CÓMO OCULTAR UN IMPERIO

Historia de las colonias de ESTADOS UNIDOS

Capitán Swing

DANIEL IMMERWAHR

CÓMO OCULTAR UN IMPERIO

Historia de las colonias de ESTADOS UNIDOS

DANIEL IMMERWAHR

Traducción de

María Luisa Rodríguez Tapia

Capitán Swing

Abreviaturas usadas en las notas

AHC: American Historical Collection, Biblioteca Rizal, Ateneo de la Universidad de Manila.

Archivo Albizu del FBI: FBIPR Files (Archivos del FBI sobre Puerto Rico), Pedro Albizu Campos, FBI File No. 105–11898, Archives of the Puerto Rican Diaspora, Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College, City University of New York.

APP: Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, www.presidency.ucsb.edu.

Burnham Collection: Daniel H. Burnham Collection, Ryerson and Burnham Archives, Art Institute of Chicago.

HF: Othmer Library of Chemical History, Chemical Heritage Foundation, Filadelfia.

CCWS: Chemical Warfare Service (Servicio de guerra química), Record Group 175, NACP.

DH: Diplomatic History.

FDR Library: Franklin D. Roosevelt Presidential Library and Museum.

FO: Founders Online, founders.archives.gov.

Forbes Diary: Diario de W. Cameron Forbes, W. Cameron Forbes Papers, Manuscript Division, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

FRUS: Foreign Relations of the United States (Washington, DC).

Gruening Papers: Ernest Gruening Papers, Alaska and Polar Regions Department, Archives and Manuscripts, University of Alaska, Fairbanks.

HC–DC: Office of the High Commissioner of the Philippines (Oficina del Alto Comisionado de Filipinas), Records of the Washington, DC Office, 1942–46, ROT.

HC–Manila: Office of the High Commissioner of the Philippine Islands, Records of the Manila Office, 1935–46, ROT.

HC–Pol/Econ: Office of the High Commissioner of the Philippines, Records Concerning Political and Economic Matters, 1927–1946, ROT.

HSA: Hawai‘i State Archives (Archivos del estado de Hawái), Honolulú.

HWRD: Hawaii War Records Depository (Archivo de guerra de Hawái), University of Hawai'i–Manoa.

LTR: Letters of Theodore Roosevelt, ed. de Elting E. Morison, Cambridge, Massachusetts, 1952.

MPD: Maddison Project Database, actualizado en enero de 2013, Groningen Growth and Development Centre, http://www.gddc.net/maddison/maddison-project/home.htm, Groningen, Países Bajos.

NACP: United States National Archives, College Park, Maryland.

NADC: United States National Archives, Washington, DC.

Nicholson Scrapbooks A. J. Nicholson, Scrapbooks Relating to the Spanish-American War and the Philippine Insurrection (Álbumes de recortes sobre la guerra hispano-norteamericana y la insurrección de Filipinas), Bancroft Library, University of California, Berkeley.

NLP: Biblioteca Nacional de Filipinas.

Notter Records: Record Group 59, General Records of the Department of State, Records of Harley A. Notter, 1939–1945, NACP.

NYT: The New York Times.

Padover File: Funciones especializadas, Registros de la Unidad de investigación sobre política territorial, Reference File of Saul K. Padover, ROT.

Pershing Papers: Papers of John J. Pershing, Manuscript Division, Library of Congress

Rem.: Douglas MacArthur, *Reminiscences,* Nueva York, 1964.

Reynolds Papers: Ruth M. Reynolds Papers, Archives of the Puerto Rican Diaspora, Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College, City University of New York.

ROT: Records of the Office of Territories (Registros de la Oficina de los territorios), Record Group 126, NACP.

Stat.: United States Statutes (Archivo de todas las leyes y resoluciones aprobadas por el Congreso de Estados Unidos).

Tydings Papers: Papers of Millard E. Tydings, Special Collections, Hornbake Library, University of Maryland.

WTR: The Works of Theodore Roosevelt, Nueva York, 1926.

CÓMO OCULTAR UN IMPERIO

Historia de las colonias de ESTADOS UNIDOS

A los incontables

Introducción

Más allá del mapa del logotipo

«El único problema es
que no piensan mucho
en nosotros
en Estados Unidos».

ALFREDO NAVARRO SALANGA, Manila.[1]

7 de diciembre de 1941. Aparecen aviones japoneses sobre una base naval en Oahu. Arrojan torpedos aéreos que se sumergen bajo el agua para dirigirse hacia sus objetivos. Cuatro golpean el *USS Arizona* y el enorme acorazado sufre una sacudida. Vuelan por el aire acero, madera, gasóleo y cuerpos humanos. El *Arizona*, en llamas, se inclina hacia el mar mientras la tripulación se lanza a las aguas cubiertas de petróleo. Para un país en paz, es un despertar violento. Para Estados Unidos, es el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

No hay muchos episodios históricos que estén tan firmemente incrustados en la memoria nacional como este, el ataque contra Pearl Harbor. Es uno de los pocos acontecimientos cuya fecha se sabe la mayoría de la gente (7 de diciembre, «la fecha que vivirá en la infamia», en palabras de Franklin Delano Roosevelt). Se han escrito cientos de libros sobre él: la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos posee más de 350 títulos. Y Hollywood ha rodado películas como *De aquí a la eternidad* (1953), protagonizada por Burt Lancaster y ensalzada por los críticos, hasta la denostada *Pearl Harbor* (2001), con

Ben Affleck.

Pero lo que no muestran esas películas es lo que sucedió a continuación. Nueve horas después de que Japón atacara el territorio de Hawái, aparecieron más aviones japoneses sobre otro territorio estadounidense, las islas Filipinas. Tal como habían hecho en Pearl Harbor, arrojaron sus bombas, que cayeron en varias bases aéreas con consecuencias devastadoras.

La historia oficial de la guerra según el Ejército considera que el bombardeo de Filipinas fue tan desastroso como el de Pearl Harbor.[2] En Hawái, los japoneses hundieron cuatro buques de guerra y dejaron otros cuatro con grandes daños, de manera que la flota estadounidense del Pacífico quedó renqueante. En Filipinas, los atacantes causaron estragos en la mayor concentración de aviones de combate que poseía Estados Unidos fuera de Norteamérica, la base de la defensa aérea de los aliados en el Pacífico.

Y Estados Unidos no perdió solo aviones. El ataque contra Pearl Harbor no fue más que eso, un ataque. Los bombarderos japoneses arrojaron sus bombas, se retiraron y no volvieron. En Filipinas fue distinto. A los primeros ataques aéreos siguieron otros, la invasión y la conquista. Dieciséis millones de filipinos —ciudadanos estadounidenses que honraban las barras y estrellas y para quienes Franklin Delano Roosevelt era su comandante en jefe— se encontraron en manos de una potencia extranjera. Vivieron una guerra muy diferente de la de los habitantes de Hawái.

Pero la agresión no se quedó ahí. Lo que todos conocemos como «Pearl Harbor», en realidad, fue un ataque relámpago y sin cuartel contra las posesiones estadounidenses y británicas en todo el Pacífico. En un solo día, los japoneses atacaron los territorios norteamericanos de Hawái, Filipinas, Guam, la isla de Midway y la isla de Wake. También atacaron las colonias británicas de Malaya, Singapur y Hong Kong e invadieron Tailandia.

Fue un triunfo espectacular. Japón nunca conquistó Hawái, pero, en cuestión de meses, Guam, Filipinas, Wake, Malaya, Singapur y Hong Kong cayeron en su poder. Incluso se apoderó de la punta occidental de Alaska y la retuvo durante más de un año.

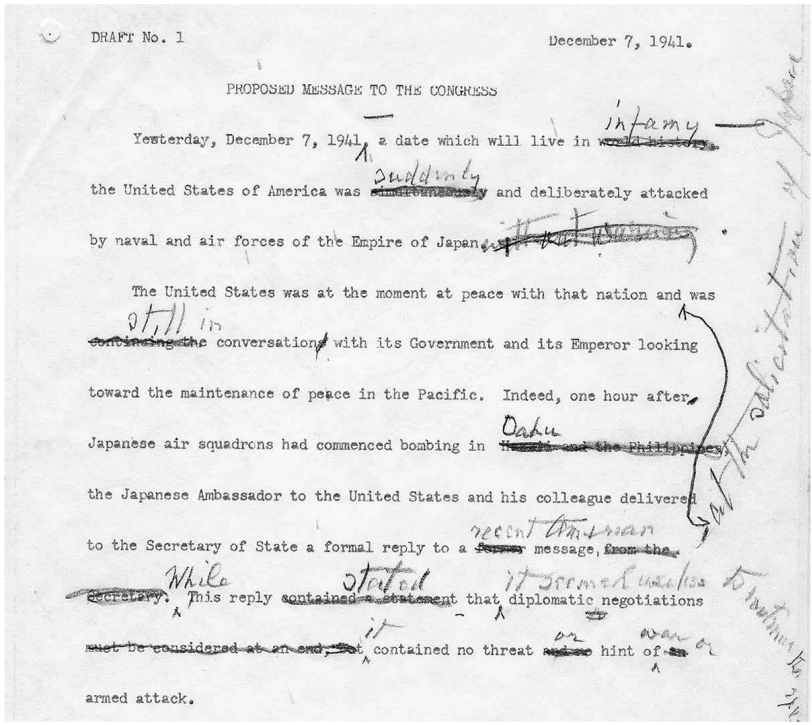
Cuando se piensa en todo lo que sucedió, hay que preguntarse si «Pearl Harbor» —el nombre de uno de los pocos objetivos de los que

Japón *no* se apropió— es verdaderamente el mejor nombre para designar los acontecimientos de aquel día.

No fue «Pearl Harbor» el nombre que se usó para referirse a los bombardeos, al menos al principio.[3] De hecho, no estaba nada claro cómo designarlos. ¿Había que centrarse en Hawái, el objetivo más próximo a Norteamérica y el primer territorio estadounidense que había atacado Japón? ¿En Filipinas, mucho más extensas y más vulnerables? ¿Guam, que se rindió casi de inmediato? ¿Todas las posesiones en el Pacífico, incluidas Wake y Midway, que estaban deshabitadas?

«Los sucesos de ayer hablan por sí solos», dijo Roosevelt ante el Congreso, el famoso «discurso de la infamia». ¿Seguro? «Los japoneses bombardean Manila, Hawái» fue el titular de un periódico de Nuevo México; «Aviones japoneses bombardean Honolulú y la isla de Guam», otro diario de Carolina del Sur.[4] Sumner Welles, subsecretario de Estado de Roosevelt, dijo que había sido «un ataque contra Hawái y las Filipinas».[5] Eleanor Roosevelt utilizó una fórmula similar en su discurso radiado la noche del 7 de diciembre, cuando dijo que Japón había «bombardeado a nuestros ciudadanos de Hawái y las Filipinas».[6]

Lo mismo decía el primer borrador del discurso de Roosevelt. Presentó el suceso como un «bombardeo en Hawái y Filipinas». Pero Roosevelt estuvo todo el día retocando el texto, añadiendo cosas a lápiz y tachando otras. En algún momento borró las referencias destacadas a Filipinas y decidió cambiar la descripción. Según la versión revisada, el ataque había sido un «bombardeo sobre Oahu» o, en una parte posterior del discurso, «sobre las islas Hawái».[7] Siguió mencionando Filipinas, pero solo como un elemento más de la breve lista formada por los objetivos de Japón: Malaya, Hong Kong, Guam, Filipinas, la isla de Wake y Midway, por ese orden. Los territorios estadounidenses y británicos mezclados, sin indicar de cuál de ellos era cada uno.



DRAFT No. 1 December 7, 1941.

PROPOSED MESSAGE TO THE CONGRESS

Yesterday, December 7, 1941, a date which will live in ~~world history~~ infamy

the United States of America was ~~simultaneously~~ suddenly and deliberately attacked

by naval and air forces of the Empire of Japan ~~which had been~~

The United States was at the moment at peace with that nation and was

~~continuing the~~ conversations with its Government and its Emperor looking

toward the maintenance of peace in the Pacific. Indeed, one hour after

Japanese air squadrons had commenced bombing in ~~Hawaii and the Philippines~~ Oahu

the Japanese Ambassador to the United States and his colleague delivered

to the Secretary of State a formal reply to a ~~former~~ recent American message, ~~from the~~

~~Secretary~~. While This reply ~~contained a statement~~ stated that diplomatic negotiations

~~must be considered at an end; that~~ it contained no threat ~~and no~~ or hint of war or

armed attack.

Borrador del día 7 de diciembre del «Discurso de la infamia» de Roosevelt. «Unos escuadrones han empezado a arrojar bombas en Hawái y Filipinas», en la séptima línea, se cambió a «Unos escuadrones han empezado a arrojar bombas en Oahu».

¿Por qué restó importancia Roosevelt a Filipinas? No lo sabemos, pero no es difícil adivinarlo. Roosevelt quería transmitir con claridad una cosa: Japón había atacado Estados Unidos. Pero se topó con un problema: ¿los objetivos de Japón eran «Estados Unidos»? Desde el punto de vista legal, por supuesto que eran territorio de Estados Unidos. Pero ¿el público tenía esa percepción? ¿Y si a quienes iban a escuchar a Roosevelt no les importaba que Japón hubiera atacado Filipinas o Guam? Las encuestas hechas algo antes del ataque demuestran que en la parte continental de Estados Unidos había poca gente que apoyara la defensa militar de aquellos territorios remotos.[8]

Recordemos qué sucedió en época más reciente con unos acontecimientos similares. El 7 de agosto de 1998, Al Qaeda llevó a cabo atentados simultáneos contra las embajadas de Estados Unidos en Nairobi, Kenia, y Dar es Salaam, Tanzania. Hubo cientos de

muertos (sobre todo africanos) y miles de heridos. Pero, aunque las embajadas eran representaciones estadounidenses, hubo poca sensación entre los ciudadanos de que era el propio país el que había sufrido los daños. Hicieron falta otros atentados simultáneos cometidos tres años después, en Nueva York y Washington, DC, para provocar una guerra abierta.

Una embajada no es lo mismo que un territorio, desde luego. Pero la lógica fue la misma. Roosevelt comprendió, sin duda, que Filipinas y Guam, aunque en teoría pertenecían a Estados Unidos, para muchos eran el extranjero. En cambio, les costaba menos ver Hawái como parte de su país. Si bien no era un estado, sino un territorio, estaba más cerca de Norteamérica y era mucho más blanco que los otros. Por eso se hablaba de que se le acabaría concediendo la condición de estado (mientras que Filipinas se encaminaba de forma provisional hacia la independencia).

No obstante, incluso en el caso de Hawái, Roosevelt sintió la necesidad de reforzar el argumento. Aunque el territorio contaba con una numerosa población blanca, casi las tres cuartas partes de sus habitantes eran asiáticos o de las islas del Pacífico. Al presidente claramente le preocupaba que sus oyentes pudieran considerarlo extranjero. Por eso, la mañana de su discurso, hizo otro retoque. Alteró la frase para que se entendiera que los escuadrones japoneses no habían bombardeado «la isla de Oahu», sino «la isla estadounidense de Oahu». Se había hecho daño, continuó, a «las fuerzas navales y militares de Estados Unidos» y se habían perdido «muchas vidas de estadounidenses».

Una isla *estadounidense* en la que se habían perdido vidas de *estadounidenses*: ese era el dato que quería destacar. Mientras que las Filipinas quedaban rebajadas a la categoría de extranjeras, Hawái ascendía a la de «estadounidense».

«Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que vivirá en la infamia, Estados Unidos de América fue atacado de forma repentina y deliberada por las fuerzas aéreas y navales del Imperio de Japón», comenzaba el discurso de Roosevelt. Es destacable que, según sus palabras, Japón es un «imperio», pero Estados Unidos no. Y también el énfasis en la fecha. De todos los objetivos de Japón, Hawái y Midway fueron los únicos en los que los caprichos de la línea internacional de

cambio de fecha hicieron que el bombardeo se produjera el 7 de diciembre. En todos los demás sitios ocurrió el 8 de diciembre, que es la fecha que utilizan los japoneses cuando hablan del ataque.

¿Destacó Roosevelt la fecha en un intento deliberado de hacer que solo importara Hawái? Casi seguro que no. No obstante, su expresión, «una fecha que vivirá en la infamia», contribuyó a promover una interpretación restringida de los sucesos que dejó poco espacio para lugares como Filipinas.

Para los filipinos, fue una decisión exasperante. Un periodista describió la escena que observó en Manila mientras la multitud escuchaba el discurso de Roosevelt por la radio. El presidente habló de Hawái y de todas las vidas que se habían perdido allí. En cambio, solo mencionó Filipinas, dijo el periodista, «muy de pasada».[9] Roosevelt hizo que la guerra «pareciera estar cerca de Washington y lejos de Manila».

No era esa la impresión que tenían en Filipinas, donde las sirenas antiaéreas seguían aullando. «Para los habitantes de Manila, la guerra estaba aquí, nos estaba afectando a nosotros —escribió el periodista—. Y no tenemos refugios antiaéreos».

Hawái, Filipinas, Guam; no era fácil saber qué pensar de esos territorios, ni siquiera cómo llamarlos. A principios del siglo XX, cuando Estados Unidos se hizo con muchos de ellos (Puerto Rico, Filipinas, Guam, Samoa Americana, Hawái, Wake), su estatus estaba claro. Eran, como dijeron sin ningún pudor Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson, colonias.[10]

Pero aquel espíritu de imperialismo sin más no duró mucho. Al cabo de una o dos décadas, enfriadas las pasiones, la palabra «colonialismo» se convirtió en tabú. «No debe utilizarse la palabra "colonia" para expresar la relación existente entre nuestro Gobierno y los pueblos que dependen de él», explicó un funcionario en 1914. Mejor emplear siempre un término más suave, que valía para todos: «territorios».[11]

Era un término más suave porque Estados Unidos ya había tenido territorios como Arkansas y Montana. En el firmamento nacional ocupaban un lugar feliz. Los territorios del oeste eran la frontera, la vanguardia del desarrollo del país. Quizá no gozaban de todos los

derechos que tenían los estados, pero, en cuanto estaban «poblados» (es decir, colonizados por el hombre blanco), se convertían en estados de pleno derecho.

Ahora bien, aunque Filipinas y Puerto Rico fueran territorios, eran un tipo distinto de territorios. A diferencia de lo que pasaba con las tierras del oeste, no estaba claramente previsto que fueran a ser estados algún día. Ni tampoco se consideraba que eran partes integrantes de la nación.

El mapa del logotipo.

En realidad, una característica muy llamativa de los territorios de ultramar era hasta qué punto ni siquiera se hablaba de ellos. Los mapas de Estados Unidos que se sabía la mayoría de la gente no incluían sitios como las Filipinas. En esos mapas mentales, Estados Unidos era una serie de territorios «contiguos»: una unión de estados limitada por el Atlántico, el Pacífico, México y Canadá.

Así es como la mayoría de la gente imagina hoy Estados Unidos, tal vez con el añadido de Alaska y Hawái. El politólogo Benedict Anderson lo llamó «el mapa del logotipo». Porque, si el país tuviera un logotipo, sería esa silueta.[12]

Pero el inconveniente del mapa del logotipo es que no está bien. Su silueta no coincide con las fronteras legales del país. Para empezar, este mapa deja fuera Alaska y Hawái, que adquirieron la condición de

estado en 1959 y hoy aparecen en prácticamente todos los mapas de Estados Unidos. Pero también falta Puerto Rico, que, aunque no es estado, forma parte del país desde 1899. ¿Cuándo ha visto usted un mapa de Estados Unidos en el que estuviera Puerto Rico? ¿O Samoa Americana, las Islas Vírgenes de Estados Unidos, las Marianas del Norte o cualquiera de las pequeñas islas que Estados Unidos se ha anexionado a lo largo de los años?

En 1941, el año del ataque japonés, este habría sido un mapa más certero:

El Gran Estados Unidos, 1941. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Alaska, el continente, Guam, Samoa Americana, Filipinas, Hawái, Puerto Rico y las Islas Vírgenes Estadounidenses, las islas periféricas del Pacífico y las islas periféricas del Caribe. [Inspirado por el mapa de Bill Rankin, «The Territory of the United States», 2007, radicalcartography.net/us-territory].

Lo que muestra este mapa es el territorio completo de Estados Unidos: el «Gran Estados Unidos», lo llamaban algunos a comienzos del siglo XX.[13] En esta imagen, la zona que suele denominarse «Estados Unidos» —el mapa del logotipo— no es más que una parte del país. Una parte extensa y privilegiada, desde luego, pero una parte. Quienes residen en los territorios de ultramar suelen llamarla «el territorio continental».

He dibujado este mapa para mostrar todas las zonas habitadas del Gran Estados Unidos a la misma escala y con proyecciones de áreas

reales. Es decir, no he encogido Alaska para que encaje en un pequeño recuadro, como aparece en la mayoría de los mapas. Aparece con su verdadero tamaño, o sea, enorme. Las Filipinas también son muy extensas y el archipiélago de Hawái —todo el archipiélago, no solo las ocho islas principales, que son las que aparecen en casi todos los mapas—, si se sobreimpusiera por encima del territorio continental, llegaría casi desde Florida hasta California.

Además, este mapa también muestra los territorios en el otro extremo de la escala. En los cien años anteriores a 1940, Estados Unidos se adueñó de casi un centenar de islas dispersas y deshabitadas en el Caribe y el Pacífico. Algunas posesiones cayeron en el olvido; el control de Washington podía ser a veces asombrosamente laxo. Las veintidós islas que incluyo en el mapa son las que aparecían en los recuentos oficiales (el censo o algún otro informe gubernamental) en los años cuarenta. Las he representado como grupos de puntos en la parte inferior, a la izquierda y a la derecha, aunque son tan pequeñas que, si las dibujara respetando la escala, serían invisibles.

¿Por qué las incluyo? ¿Era importante que Estados Unidos poseyera, por ejemplo, la isla de Howland, un terreno deshabitado en medio del Pacífico, apenas más grande que Central Park? Sí, era importante. Howland no era una isla extensa ni poblada, pero, en la era de la aviación, tenía su utilidad. Con un coste considerable, el Gobierno llevó equipos de construcción hasta allí para emplazar una pista de aterrizaje; es donde se dirigía Amelia Earhart cuando cayó su avión. Los japoneses, temerosos de lo que podía hacer Estados Unidos con un aeródromo tan bien situado, bombardearon la isla al día siguiente del ataque contra Hawái, Guam y Filipinas.

Desde el punto de vista estratégico, esos puntos eran importantes.

El mapa del logotipo deja fuera todo eso, tanto las grandes colonias como las islas del tamaño de un alfiler. Y tiene algo más que conduce a engaño. Da a entender que Estados Unidos es un espacio políticamente uniforme: una unión en la que se integran los estados de forma voluntaria y en pie de igualdad. Pero no es cierto ni nunca lo ha sido. Desde el día en el que se ratificó el tratado de independencia de Gran Bretaña hasta hoy, ha sido siempre una colección de estados y territorios. Un país dividido en dos partes, con leyes distintas para cada una de ellas.

Los Estados Unidos de América consisten en una unión de estados americanos, tal como indica su nombre. Pero el país contiene también otros territorios que no se han incorporado a la Unión, que no son estados y que (durante la mayor parte de su historia) no están por completo en América.

Aún más, en esa otra parte ha vivido mucha gente. Este es el resultado del censo de los territorios habitados en 1940, el año antes de Pearl Harbor:

Territorio	Años de posesión	Población en 1940
Filipinas	1899-1946	16.356.000
Puerto Rico	1899-actualidad	1.869.255
Hawái	1898-1959 (desde entonces, estado)	423.330
Alaska	1867-1959 (desde entonces, estado)	72.524
Zona del Canal de Panamá	1903-1979	51.827
Islas Vírgenes de Estados Unidos	1917-actualidad	24.889
Guam	1899-actualidad	22.290
Samoa Americana	1899-actualidad	12.908
Población total de los territorios		**18.883.023**
Estados Unidos continental		131.669.275

Territorios habitados de Estados Unidos, enumerados con arreglo al censo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. No se incluyen en la población de cada territorio los 118.933 soldados procedentes del continente y destacados allí, por lo que se quedan fuera las islas con puestos militares, pero sin población local, como Wake. La Zona del Canal de Panamá, en teoría, era un terreno panameño alquilado a Estados Unidos, pero el censo la incluyó de todas formas.

En las colonias vivían casi diecinueve millones de habitantes, la gran mayoría en Filipinas. ¿Eran muchos? No en comparación con el Imperio británico, que abarcaba el mundo entero y, en esa época,

contaba con una población de más de cuatrocientos millones (la gran mayoría en India). Pero el imperio de Estados Unidos era considerable. Por población, en el momento del ataque a Pearl Harbor, era el quinto del mundo.[14]

Otra manera de ver esos diecinueve millones de habitantes de los territorios es en forma de fracción de la población estadounidense. Si volvemos a fijarnos en 1940, algo más de uno de cada ocho habitantes de Estados Unidos (el 12,6 por ciento) vivía fuera de los estados propiamente dichos. Para poner la cifra en perspectiva, hay que tener en cuenta que solo uno de cada doce, aproximadamente, era afroamericano.[15] En otras palabras, una persona que viviera en Estados Unidos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial tenía más probabilidades de estar colonizado que de ser negro, en una proporción de tres a uno.

Lo que me interesa no es contraponer unas formas de opresión a otras. De hecho, la historia de los afroamericanos y la de los pueblos colonizados están estrechamente relacionadas (y a veces se superponen, como ocurre con los afrocaribeños en Puerto Rico y las Islas Vírgenes de Estados Unidos). El racismo que impregnaba el país desde la esclavitud también afectaba a los territorios. A los súbditos coloniales, como a los afroamericanos, se les negaba el voto, se les privaba de los derechos de quienes gozaban de plena ciudadanía, se les llamaba «negros», se les sometía a peligrosos experimentos médicos y se les utilizaba como carne de cañón en la guerra. También ellos tuvieron que abrirse camino en un país donde unas vidas importaban y otras no.

Lo que descubrimos al adoptar la perspectiva del Gran Estados Unidos es que la raza es aún más importante en la historia del país de lo que se suele suponer. No ha sido solo un problema de blancos y negros, sino también de filipinos, hawaianos, samoanos y guameños (de Guam), entre otras identidades. La raza no solo ha influido en cómo vivía la gente dentro del país, sino al propio país: dónde estaban las fronteras, quiénes eran «estadounidenses». Cuando ampliamos la mirada para ver más allá del mapa del logotipo, nos encontramos toda una serie de nuevas luchas sobre lo que significa vivir en Estados Unidos.

Sin embargo, ver más allá del mapa del logotipo era difícil para quienes vivían en los estados continentales. Los mapas nacionales que utilizaban no solían mostrar los territorios. Incluso los atlas mundiales eran confusos. En el Ready Reference Atlas of the World de Rand McNally que se publicó después de Pearl Harbor, como en muchos otros atlas de la época, figuraban Hawái, Alaska, Puerto Rico y Filipinas como «extranjeros».

Las niñas de la clase de séptimo curso en la Escuela de Magisterio de la Universidad de Western Michigan, en Kalamazoo, estaban muy desconcertadas. Habían intentado seguir la guerra en sus mapas. ¿Cómo era posible, se preguntaban, que el ataque a Pearl Harbor fuera un ataque contra Estados Unidos si Hawái era extranjero? Escribieron a Rand McNally.[16]

«Aunque Hawái pertenece a Estados Unidos, no es parte integrante de este país —respondió la editorial—. Está fuera de nuestras costas continentales y, por tanto, no es lógico que figure dentro de Estados Unidos propiamente dicho».[17]

Las chicas no se quedaron satisfechas. ¿Hawái no forma parte de este país? «Creemos que esa afirmación no es cierta», escribieron.[18] Era «una coartada, en lugar de una explicación». Además, continuaban, «creemos que el atlas de Rand McNally es engañoso y un buen motivo para que los habitantes de las posesiones de fuera de nuestras fronteras se sientan avergonzados e inquietos». Las chicas remitieron la correspondencia al Departamento del Interior (en cuyos archivos la encontré) y pidieron que se dictara un fallo.

Por supuesto, las alumnas de séptimo tenían razón. Como aclaró un funcionario, Hawái, en efecto, formaba parte de Estados Unidos.[19]

Sin embargo, el Gobierno podía conducir a engaño tanto como Rand McNally. Un ejemplo es el censo. Según la Constitución, los censadores solo tenían obligación de contar la población de los estados. Pero siempre habían contado también los territorios. O, por lo menos, los territorios en la parte oeste de la masa continental. Los territorios de ultramar se trataban de otra forma. No siempre se contaban en un mismo año, con el mismo cuestionario ni con el mismo empeño que en el territorio continental. Como consecuencia, era imposible medirlos con el resto del país y había que segregarlos en las estadísticas.

Ni siquiera cuando se disponía de cifras aprovechables sobre los territorios de ultramar se utilizaban. El informe del censo decenal señalaba cumplidamente las poblaciones de los territorios al principio, pero luego las eliminaba a la chita callando de casi todos los cálculos posteriores. Como se explicaba en el informe de 1910, esas estadísticas solo cubrían «Estados Unidos propiamente dicho». «Estados Unidos propiamente dicho» no era un término legal, pero los funcionarios del censo contaban con que todo el mundo lo entendiera. Lo justificaban alegando «diferencias evidentes» entre los habitantes de los territorios de ultramar y los del continente.[20]

Y así, como con el mapa del logotipo, el país se quedó con una foto de familia estratégicamente recortada. A los lectores del censo de 1940 se les dijo que la minoría más grande de Estados Unidos era afroamericana, que las mayores ciudades estaban casi todas en el este y que el centro de la balanza demográfica era el condado de Sullivan, Indiana. Si se hubieran tenido en cuenta los territorios de ultramar, como se había hecho anteriormente con los territorios del oeste, los lectores del censo habrían visto una imagen diferente. Habrían visto un país cuya minoría más grande era asiática, entre cuyas principales ciudades estaba Manila (del mismo tamaño de Washington DC y San Francisco) y cuyo centro demográfico estaba en Nuevo México.

Pero ese no era el censo que veían los habitantes continentales. El país que se les presentaba en mapas, atlas e informes oficiales tenía la forma del mapa del logotipo. ¿El resultado? Una profunda confusión. «La mayoría de la gente de este país, incluida la gente educada, sabe poco o nada sobre nuestras posesiones de ultramar —concluía un informe gubernamental redactado durante la Segunda Guerra Mundial —. De hecho, mucha gente no sabe que tenemos posesiones de ultramar. Está convencida de que solo “extranjeros” como los británicos tienen un “imperio”. A veces, los estadounidenses se sorprenden al saber que nosotros también tenemos un “imperio”».[21]

La hipótesis de que Estados Unidos es un imperio es menos polémica hoy en día. El izquierdista Howard Zinn, en su *A People’s History of the United States*, un libro enormemente popular, escribió sobre el «imperio americano mundial»,[22] y la continuación que elaboró en forma de novela gráfica se tituló *A People’s History of American Empire*

[Historia popular del Imperio Americano].[23] En la extrema derecha, el político Pat Buchanan ha advertido que Estados Unidos está «recorriendo el mismo camino que recorrió el Imperio británico».[24] En el enorme espacio político existente entre Zinn y Buchanan hay millones de personas que estarían de acuerdo en que Estados Unidos es, al menos en cierto sentido, imperial.

Hay varios argumentos en este sentido.[25] El expolio de los nativos americanos y el confinamiento de muchos de ellos en las reservas fue una maniobra imperialista muy transparente. Más tarde, en la década de 1840, Estados Unidos libró una guerra con México y se apoderó de un tercio de él. Cincuenta años más tarde libró otra guerra con España y reclamó la mayor parte de los territorios españoles de ultramar.

Pero el imperio no consiste solo en apoderarse de unas tierras. ¿Cómo llamar a la subordinación de los afroamericanos? Para W. E. B. Du Bois, los negros de Estados Unidos parecían más unos súbditos colonizados que unos ciudadanos.[26] Es la misma opinión que han expresado muchos otros pensadores negros, como Malcolm X y los líderes de los Panteras Negras.

¿O qué decir de la expansión del poder económico de Estados Unidos en el extranjero? Estados Unidos no conquistó físicamente Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial, pero eso no impidió que los franceses se quejaran de la «Coca-colonización». Quienes manifestaban esas críticas se sentían abrumados por el comercio estadounidense. Hoy en día, cuando los negocios mundiales se hacen en dólares y McDonald's está presente en más de cien países, podemos pensar que quizá tenían algo de razón.

Y no olvidemos las intervenciones militares. En los años transcurridos desde la Segunda Guerra Mundial, el Ejército estadounidense ha combatido en muchos países. Las grandes guerras son bien conocidas: Corea, Vietnam, Irak, Afganistán. Pero también ha habido un flujo constante de intervenciones a menor escala. Desde 1945, las fuerzas armadas estadounidenses se han desplegado en el extranjero para participar en conflictos o posibles conflictos 211 veces, en 67 países.[27] Podemos decir que ha sido para preservar la paz o llamarlo imperialismo. Pero está claro que este no es un país que se haya mantenido al margen.

Sin embargo, cuando se habla de imperio, hay algo que se suele olvidar: el territorio físico. Desde luego que muchos estarían de acuerdo en que Estados Unidos es o ha sido un imperio, por todas las razones expuestas. Pero ¿qué sabe la mayoría de la gente sobre las colonias propiamente dichas? Seguro que no mucho.

¿Y por qué van a saberlo? Los libros de texto y los resúmenes de la historia de Estados Unidos incluyen invariablemente un capítulo sobre la guerra de 1898 contra España, gracias a la cual adquirió muchos de los territorios, y a la guerra de Filipinas posterior («el peor capítulo de casi cualquier libro», se quejó un crítico).[28] Sin embargo, a partir de ahí, no hay muchas más informaciones. El imperio territorial se trata más como un episodio que como una característica. Las colonias, una vez adquiridas, desaparecen.

No es que no haya información. Los investigadores, que en muchos casos trabajan en las propias posesiones del imperio, llevan decenios investigando este tema con insistencia.[29] Lo que pasa es que, cuando llega el momento de ampliar el enfoque y contar la historia del país en su conjunto, los territorios tienden a desaparecer. La confusión y la indiferencia que sentían los continentales hacia los territorios en la época de Pearl Harbor no han cambiado mucho.[30]

En última instancia, el problema no es la falta de conocimientos. Las bibliotecas contienen miles de libros sobre los territorios estadounidenses de ultramar. Lo malo es que esos libros están marginados, archivados, por así decir, en los estantes equivocados. Están ahí, pero, mientras tengamos el mapa del logotipo en la cabeza, nos parecerán irrelevantes. Pensaremos que son libros sobre países extranjeros.

Confieso que yo mismo he cometido este error de archivo conceptual. Aunque en el doctorado estudié las relaciones exteriores de Estados Unidos y leí innumerables libros sobre el «imperio americano» —las guerras, los golpes de Estado, la intromisión en asuntos de otros países —, nadie me pedía que supiera ni los datos más elementales sobre los territorios de ultramar. No parecían importantes.

No me di cuenta hasta que fui a Manila con el fin de investigar otra cosa completamente distinta. Para ir a los archivos viajaba en *jeepney*, un sistema de transporte creado originalmente a partir de

jeeps reutilizados del Ejército estadounidense. Lo tomaba en una zona de Manila en la que las calles llevan nombres de universidades (Yale, Columbia, Stanford, Notre Dame), estados y ciudades (Chicago, Detroit, Nueva York, Brooklyn, Denver) y presidentes (Jefferson, Van Buren, Roosevelt, Eisenhower) de Estados Unidos. Y cuando llegaba a mi destino, el Ateneo de Manila —una de las universidades más prestigiosas del país—, oía hablar a los estudiantes un inglés, para mis oídos de Pensilvania, prácticamente sin acento.

En otras palabras, quizá fuera difícil vislumbrar el imperio desde la parte continental, pero en los lugares colonizados era ineludible.

Leí sobre la historia colonial de Filipinas y empecé a sentir curiosidad por otros lugares: Puerto Rico, Guam, Hawái antes de ser estado. «Estos lugares forman parte de Estados Unidos, ¿no? —pensé —. ¿Por qué no los he considerado parte de su historia?».

Al recatalogar mi biblioteca mental, apareció una versión sorprendentemente distinta de la historia de Estados Unidos. Acontecimientos que antes había creído conocer adquirieron una nueva luz; Pearl Harbor no era más que la punta del iceberg. Las creaciones culturales más conocidas —el musical *Oklahoma!*, la llegada a la luna, Godzilla, el símbolo de la paz— adquirieron nuevo significado. Algunos episodios históricos poco conocidos a los que apenas había prestado atención me parecían de pronto tremendamente importantes. Empecé a asaltar a colegas indefensos por los pasillos para darles la noticia. «¿Sabías que los nacionalistas organizaron una revuelta en siete ciudades de Puerto Rico que culminó con un intento de asesinato de Harry Truman? ¿Y que esos mismos nacionalistas dispararon contra el Congreso cuatro años después?».

Islas Filipinas, Estados Unidos: billete de diez pesos. En todos los territorios, los súbditos colonizados utilizaban billetes con los rostros de los dirigentes estadounidenses. De forma excepcional, este billete filipino fue la base para el diseño del conocido billete de dólar continental, y no al revés. [Alvita Akiboh, «Pocket-Sized Imperialism: U.S. Designs on Colonial Currency», *DH* 41 (2017), p. 874].

Este libro pretende mostrar cómo sería la historia de Estados Unidos si ese nombre, «Estados Unidos», incluyera los estados continentales y todos los territorios colonizados, y no solo el mapa del logotipo. Para escribirlo he visitado archivos en lugares a los que los historiadores estadounidenses no suelen ir, como Fairbanks y Manila. Pero, al mismo tiempo, he utilizado mucho las investigaciones sobre los territorios llevadas a cabo desde hace generaciones. En definitiva, la principal aportación de este libro no es en el aspecto documentalista, porque no se trata de sacar a la luz algún gran documento inédito, sino que es cuestión de perspectiva, de ofrecer una visión diferente de una historia conocida.

La historia del Gran Estados Unidos, tal como yo la entiendo, puede contarse en tres actos. El primero es la expansión hacia el oeste: la campaña para llevar la frontera nacional en esa dirección y el desplazamiento de los nativos americanos. No es el tema principal de este libro, pero sí el punto de partida. Incluso en esta historia tan conocida, descubrimos aspectos desconocidos cuando observamos el pasado pensando en el territorio; por ejemplo, la creación, en la década de 1830, de un enorme territorio exclusivamente indio, se puede decir que la primera colonia de Estados Unidos.

El segundo acto discurre fuera del territorio continental, y es

llamativo lo rápido que comienza. Solo tres años después de completar la silueta del mapa del logotipo, Estados Unidos empezó a anexionarse nuevos territorios en ultramar. Primero se adjudicó docenas de islas deshabitadas en el Caribe y el Pacífico. Luego, Alaska en 1867. En 1898-1899 absorbió la mayor parte del imperio español de ultramar (Filipinas, Puerto Rico y Guam), al tiempo que se anexionaba las tierras no españolas de Hawái, la isla de Wake y Samoa Americana. En 1917 compró las islas Vírgenes (ahora Islas Vírgenes de Estados Unidos). En la Segunda Guerra Mundial, los territorios de ultramar constituían casi una quinta parte de la superficie de Estados Unidos.

Este tipo de expansión fue típico del siglo XIX y principios del XX. A medida que los países se hacían más poderosos, en general, también se hacían más grandes. Era de esperar, pues, que Estados Unidos siguiera creciendo. Y en efecto, al acabar la Segunda Guerra Mundial poseía ya mucho territorio: había recuperado su imperio del Pacífico, tenía miles de bases militares en todo el mundo y ocupaba partes de Corea, Alemania y Austria y todo Japón. Si sumamos todos los territorios bajo jurisdicción estadounidense —tanto colonias como territorios ocupados—, el Gran Estados Unidos, a finales de 1945, albergaba a unos 135 millones de personas fuera de la zona continental.[31]

Pero lo extraordinario es lo que ocurrió después. En lugar de convertir los territorios anexionados en territorios ocupados (como había hecho tras la guerra de 1898 con España), Estados Unidos hizo algo prácticamente sin precedentes. Ganó una guerra y cedió territorio. Filipinas, su mayor colonia, obtuvo la independencia. Las ocupaciones terminaron enseguida y solo hubo una —la de un conjunto de islas poco pobladas en Micronesia— que derivó en anexión. Otros territorios, aunque no obtuvieron la independencia, adquirieron un estatus nuevo. Puerto Rico se convirtió en «Estado libre asociado» y, en teoría, la relación coercitiva se sustituyó por otra de consenso. Hawái y Alaska, tras algo de retraso, pasaron a ser estados después de vencer las décadas de empeño racista en mantenerlos fuera de la Unión.

Este es el tercer acto, que suscita una pregunta. ¿Por qué Estados Unidos, en el apogeo de su poder, se distanció del imperio colonial? Voy a analizar esta cuestión con detalle, porque es tremendamente importante, pero no suele plantearse.

La respuesta es que hubo varios factores; uno de ellos, que los súbditos colonizados se resistieron y obligaron al imperio a retroceder. Esto fue así tanto dentro del Gran Estados Unidos, un proceso que hizo que las cuatro mayores colonias adquirieran un nuevo estatus, como fuera de él, donde el antiimperialismo impidió que prosiguieran las conquistas coloniales.

Otro factor está relacionado con la tecnología. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos perfeccionó un extraordinario conjunto de tecnologías que le proporcionaron muchas de las ventajas de tener un imperio sin necesidad de poseer colonias. Los plásticos y otros productos sintéticos permitieron sustituir las materias tropicales por productos artificiales. Los aviones, la radio y el DDT le permitieron trasladar fácilmente sus mercancías, ideas y personas a otros países extranjeros sin tener que anexionárselos. Al mismo tiempo, consiguió que muchos de sus objetos y sus costumbres —desde las roscas de los tornillos hasta las señales de tráfico y la lengua inglesa— atravesaran las fronteras y se normalizaran, lo que le otorgó gran influencia en países que no controlaba. Todas estas tecnologías, sumadas, apartaron a Estados Unidos del modelo conocido de imperio formal. Sustituyeron la colonización por la globalización.

«Globalización» es una palabra de moda, a la que resulta fácil referirse en términos vagos, hablando de tecnologías cada vez mejores que unen un mundo diverso. Pero esas nuevas tecnologías no surgieron de la nada. Muchas las desarrolló el Ejército estadounidense en un breve periodo de tiempo, con el objetivo de forjar una relación nueva entre Estados Unidos y los territorios. En solo unos años, el Ejército construyó una red logística espectacular, que abarcaba el mundo entero y que sorprendió por lo poco que dependía de las colonias. También sorprendió ver hasta qué punto centraba el comercio, el transporte y las comunicaciones de todo el mundo en un solo país, Estados Unidos.

Sin embargo, por más que estemos en la era de la globalización, los territorios no han desaparecido. Estados Unidos no solo conserva parte de su imperio colonial (en el que viven millones de personas), sino que administra un gran número de lugares que son manchas todavía más pequeñas en el mapa. Además de Guam, Samoa Americana, las Islas Marianas del Norte, Puerto Rico, las Islas Vírgenes

de Estados Unidos y las dos docenas de islas periféricas menores, Estados Unidos tiene alrededor de ochocientas bases militares en el extranjero en todo el mundo.[32]

Esas pequeñas manchas —como la isla de Howland y otras similares— son los cimientos del poder mundial de Estados Unidos. Cumplen la función de zonas militares de descanso, plataformas de lanzamiento, lugares de almacenamiento, faros y laboratorios. Constituyen lo que yo llamo (inspirándome en un concepto del historiador y cartógrafo Bill Rankin) un «imperio puntillista».[33] Hoy, ese imperio se extiende por todo el planeta.

Sin embargo, nada de esto —ni las grandes colonias, ni las islas pequeñas, ni las bases militares— ha dejado mucha huella mental en la parte continental del país. Una de las características más peculiares del imperio de Estados Unidos es hasta qué punto se lo ha ignorado siempre. Aparte del breve periodo posterior a 1898 en el que el país exhibió sus dimensiones imperiales con orgullo, gran parte de su historia ha transcurrido entre bastidores.

Hay que subrayar que es un caso único. Los británicos no sentían ninguna confusión sobre la existencia de un Imperio británico. Lo celebraban con un día festivo concreto, el «Día del Imperio». Francia no se olvidaba de que Argelia era francesa. Solo Estados Unidos ha sufrido una confusión crónica sobre sus fronteras.

La razón no es difícil de adivinar. El país se considera un Estado-nación, no un imperio. Nació con una rebelión antiimperialista y lleva desde entonces luchando contra imperios, desde el Reich de los Mil Años de Hitler y el Imperio japonés hasta el «imperio del mal» de la Unión Soviética. Lucha contra imperios incluso cuando sueña. *La guerra de las galaxias*, una saga que empezó con una rebelión contra el Imperio galáctico, sigue siendo la franquicia cinematográfica más taquillera de todos los tiempos.

Esta imagen que tiene Estados Unidos de sí mismo como Estado-nación y no como imperio es reconfortante, pero también es costosa. Y la mayor parte del coste corre a cargo de quienes viven en las colonias, las zonas de ocupación y los alrededores de las bases militares. El mapa del logotipo los ha relegado a las sombras, que son un lugar peligroso para vivir. A los habitantes del imperio

estadounidense, en distintos periodos, se les ha fusilado, bombardeado, matado de hambre, internado, desposeído, torturado y sometido a experimentos. Lo que no se ha hecho con ellos, en general, es verlos.

El mapa del logotipo también tiene un coste para los continentales. Les da una visión truncada de su propia historia, que excluye parte de su país. Una parte importante. Como pretendo revelar, en los territorios de fuera del continente han ocurrido muchas cosas, sucesos muy importantes para los continentales. Las zonas de ultramar de Estados Unidos han desencadenado guerras, han creado inventos, han alzado a presidentes y han contribuido a definir lo que significa ser «estadounidense». Tenemos que incluirlas en el cuadro para poder tener una imagen completa del país, no como aparece en sus fantasías, sino como es en realidad.

---

[1] Alfredo Navarro Salanga, «They Don't Think Much about Us in America», en *Poems 1980–1988: Turtle Voices in Uncertain Weather,* Manila, 1989, pp. 180-181.

[2] Louis Morton, *The Fall of the Philippines,* Washington, DC, 1953, p. 88.

[3] La etimología de este término, que se usó por primera vez en el *Oregonian* de Portland dos días después del ataque, se trata en Emily S. Rosenberg, *A Date Which Will Live: Pearl Harbor in American Memory,* Durham, 2003, p. 16.

[4] Beth Bailey y David Farber, «The Attack on Pearl Harbor… and Guam, Wake Island, Philippines, Thailand, Malaya, Singapore, and Hong Kong: December 7/8, the Pacific World, American Empire, and the American Political Imaginary», en *Pearl Harbor and the Attacks of December 8, 1941: A Pacific History*, Beth Bailey y David Farber (eds.) (Lawrence, en prensa).

[5] Sumner Welles Papers, Speeches and Writings, «Speech Draft, December 8, 1941», 16, FDR Library.

[6] Discurso, 7 December 1941, Eleanor Roosevelt Papers, Speech and Article File, December 1941-January 1942, FDR Library.

[7] Draft 1 (Primer borrador), Significant Documents Collection, FDR Library.

[8] Earl S. Pomeroy, *Pacific Outpost: American Strategy in Guam and Micronesia,* Stanford, 1951, p. 140. Otro factor que probablemente contribuyó a la edición del manuscrito por parte de Roosevelt fue la confusión en la Casa Blanca sobre si Filipinas había sufrido un ataque. Es posible que la inclusión y la posterior eliminación de Filipinas por parte de Roosevelt respondiera a una primera información falsa de que Filipinas había sido atacada y a una retractación posterior. Sin embargo, Roosevelt continuó editando ese mismo borrador hasta la noche del 7 de diciembre, cuando Filipinas ya sí había sido atacada y Roosevelt lo sabía: incluyó a Filipinas y Guam en la lista de objetivos. Si Roosevelt tachó a Filipinas debido a la retractación, la pregunta es por qué, una vez que tuvo la información confirmada y correcta del ataque a Filipinas, no volvió a su formulación original de «Hawái y Filipinas» (ni la cambió a «Hawái, Filipinas y Guam»). Sobre estas cuestiones, véase el capítulo que escribí y el de Bailey y Farber en la recopilación que ellos editaron, *Pearl Harbor*.

[9] John Hersey, *Men on Bataan*, Nueva York, 1942, p. 365.

[10] *WTR*, 11, p. 250; Woodrow Wilson, *A History of the American People*, Nueva York, 1902, 5, p. 295.

[11] Citado en Rebecca Tinio McKenna, *American Imperial Pastoral: The Architecture of U.S. Colonialism in the Philippines*, Chicago, 2017, p. 110.

[12] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (ed. rev.), Nueva York, 2006, p. 179. La base teórica del mapa del logotipo es el concepto de «geo-cuerpo» de Thongchai Winichakul, en *Siam Mapped: A History of the Geo-Body of a Nation*, Honolulú, 1994.

[13] El término se estudia en Daniel Immerwahr, «The Greater United States: Territory and Empire in U.S. History», *DH* 40 (2016), pp. 378-381.

[14] Bouda Etemad, *Possessing the World: Taking the Measurements of Colonisation from the Eighteenth to the Twentieth Century*, trad. ingl. de Andrene Everson, Nueva York, 2007, p. 131.

[15] Immerwahr, «Greater United States», p. 376. El recuento de afroamericanos incluye a los de los territorios.

[16] Cartas recopiladas en carpeta «World's Colonies—General», caja 67; 9-0-1, Administrative, World's Colonies; Office of Territories Classified Files, 1907-1951; ROT.

[17] Helen Johnson de Rand McNally a Donna Kowalski, hacia 1942, en ibíd.

[18] Barbara Frederick a Harold Ickes, 14 de enero de 1943, en ibíd.

[19] Ruth Hampton a Barbara Frederick, 30 de enero de 1943, en ibíd.

[20] US Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States*, vol. 1, *Population: 1910*, Washington, DC, 1913, p. 17.

[21] Saul Padover, «The Overseas Expansion Policy of the U.S.», hacia 1943, carpeta «Reports», caja 12, Padover File.

[22] Howard Zinn, *A People's History of the United States, 1492-Present* (ed. rev.), Nueva York, 1995, p. 492.

[23] Hay ediciones en castellano, *La otra historia de los Estados Unidos*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2021, y *Una historia popular del imperio americano*, Madrid, Sinsentido, 2010. (*N. del T.*).

[24] Patrick J. Buchanan, *A Republic, not an Empire: Reclaiming America's Destiny* (1999), Washington, D.C., 2002, p. 6.

[25] Un resumen magnífico es el de Paul A. Kramer, «Power and Connection: Imperial Histories of the United States in the World», *American Historical Review* (2011), pp. 1.348-1.391.

[26] Véase especialmente su *Dark Princess: A Romance*, Nueva York, 1928, y *Color and Democracy: Colonies and Peace*, Nueva York, 1945.

[27] Barbara Salazar Torreon, *Instances of Use of United States Armed Forces Abroad, 1798-2016,* Congressional Research Service Report R42738, 2016. Este informe no tiene en cuenta el estacionamiento rutinario de tropas, las operaciones encubiertas ni las operaciones de ayuda después de catástrofes.

[28] James A. Field Jr., «American Imperialism: The Worst Chapter in Almost Any Book», *American Historical Review* 83 (1978), pp. 644-668.

[29] Las palabras clave aparecen en Immerwahr, «Greater United States». También debo mencionar dos libros muy recientes: Brian Russell Roberts y Michelle Anne Stephens (eds.), *Archipelagic American Studies*, Durham, 2017, y A. G. Hopkins, *American Empire: A Global History*, Princeton, 2018.

[30] Esto puede verse no solo en los libros de texto, sino también en instancias superiores de la jerarquía académica, en la revista más importante sobre estudios de historia de Estados Unidos, *Journal of American History*. Filipinas fue la mayor colonia de Estados Unidos en un orden de magnitud. Sin embargo, en los últimos cincuenta años, *JAH* solo ha publicado un

artículo de investigación sobre ella (es decir, solo un artículo que no sea una reseña y que mencione a Filipinas en su título). Dicho artículo, de Walter L. Williams, «United States Indian Policy and the Debate over Philippine Annexation: Implications for the Origins of American Imperialism», se publicó en 1980. Como era inevitable, abordaba 1898 y sus consecuencias inmediatas.

[31] Immerwahr, «Greater United States», p. 388.

[32] David Vine, *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*, Nueva York, 2015, p. 4.

[33] William Rankin, *After the Map: Cartography, Navigation, and the Transformation of Territory in the Twentieth Century*, Chicago, 2016.

Nota sobre el lenguaje

El principal argumento de este libro es que debemos pensar en Estados Unidos de forma distinta. En lugar de imaginarlo como una gran mancha única, debemos tomar en serio sus posesiones en el extranjero, desde las grandes colonias hasta las islas más diminutas. Por eso empleo Estados Unidos para referirme a todo el país. A la parte contigua la llamo territorio continental, que es como la llaman muchos en los territorios de ultramar.

Sin embargo, este uso no es universal. Los nacionalistas puertorriqueños, por ejemplo, suelen tratar Estados Unidos y Puerto Rico como países distintos para indicar que rechazan la legitimidad del Gobierno estadounidense. He preferido no seguir su ejemplo porque me preocupa que eso cree confusión en el sentido opuesto y haga que Estados Unidos parezca una mera unión de estados. Es decir, que puede ocultar la faceta imperial del país.

El colonialismo impone nombres extranjeros a las personas y los lugares. Por eso, cómo llamar a los lugares y poblaciones que han estado sujetos a él puede ser una cuestión cargada de connotaciones políticas. En lugar de «Hawaii», yo escribo «Hawái'i», con una 'okina, una consonante de la lengua hawaiana que se pronuncia como una oclusión glotal. Es la costumbre local y la recomendación del Consejo de Nombres Geográficos de Hawái (aunque en *hawaiian* no hay 'okina).[34] También escribo «Puerto Rico» incluso cuando hablo de la

colonia durante las tres primeras décadas bajo el dominio de Estados Unidos, un periodo en el que Washington insistió en que se empleara la ortografía anglicista, «Porto Rico». Recientemente, los activistas que protestan por la presencia militar en Guam han empezado a utilizar el nombre en lengua chamorra, que se escribe «Guåhan» o «Guåhån», pero, como todavía no es una práctica muy extendida, me he quedado con Guam. Por último, aunque se suele pensar que el término «indio» es un insulto y que en su lugar hay que utilizar «nativo americano», las comunidades y organizaciones nativas suelen utilizar los dos. Aquí utilizo ambos de forma indistinta, aunque siempre que es posible uso nombres más específicos (por ejemplo, cheroqui, ojibwe).

---

[34] En castellano no hay distinción posible, claro, así que siempre aparece como Hawái. (*N. de la T.*).

PARTE I

EL IMPERIO COLONIAL

01

Caída y ascenso de Daniel Boone

Las trece colonias de las que surgió Estados Unidos declararon su independencia de Gran Bretaña en 1776. Pero la libertad tiene muchas formas. Solo un año antes, el cazador Daniel Boone y una treintena de seguidores habían llevado a cabo una declaración de independencia diferente. Acosado por las deudas, Boone abandonó su hogar junto al río Yadkin, en Carolina del Norte, y se dirigió al oeste. Su grupo aprovechó una oportuna hendidura en la cordillera de los Apalaches, el desfiladero de Cumberland. Recorrieron aproximadamente 320 kilómetros en un mes, a través de espesa maleza, cañas y juncos, en busca de tierras mejores.[35]

Boone y sus seguidores encontraron lo que buscaban en las llanuras de Kentucky. Los shawnees que vivían allí habían talado cuidadosamente árboles de la zona para dejar que creciera la hierba y los herbívoros pastaran. Para unos hombres acostumbrados a las miserias de la vida, aquello era el paraíso. «Nunca habíamos visto un suelo tan rico, cubierto de trébol en plena floración —se admiró uno de los leñadores de Boone—. Los bosques estaban llenos de animales de caza». Se establecieron y dieron a su nuevo hogar el nombre de quien los había llevado hasta allí: Boonesborough.[36]

Los oasis en el desierto suelen desaparecer cuando se examinan de cerca, y los seguidores de Boone no tardaron en arrepentirse de su entusiasmo. Las fértiles praderas no eran un espejismo. Pero eran los terrenos de caza de los shawnees, cuya presencia era un obstáculo para que el grupo de Boone se aventurara más allá del perímetro de Boonesborough y sus defensas. Confinados en sus rudimentarias estructuras y asediados por todas partes, muchos residentes del pueblo se desanimaron y volvieron a casa cuando no hacía ni un año de su llegada.

El éxito de Boonesborough fue, a primera vista, modesto. Ahora bien, aunque el «qué» de la colonia fuera decepcionante, el «dónde» fue más significativo. El asentamiento estaba situado al otro lado de los Apalaches, que durante más de un siglo habían constituido una barrera —legal y real— para la colonización británica en Norteamérica. Al abrirse camino a través de la naturaleza, Boone creó un pasillo por el que pronto pasarían cientos de miles de blancos arrastrando consigo a los esclavos negros. Boone no fue exactamente el «primer hombre blanco del Oeste», como subrayó uno de sus biógrafos. Pero sí fue una de las primeras gotas de un grifo que estaba a punto de abrirse a toda potencia.[37]

A los intelectuales europeos les resultó muy atractivo el tosco pionero. Los filósofos de la Ilustración lo consideraban el hombre en su estado natural y los románticos, un refugiado huido de la civilización. Una oscura biografía de Boone, publicada inicialmente como apéndice de una historia de Kentucky, dio la vuelta a Europa, donde se reeditó y se tradujo rápidamente al francés y al alemán.

Boone también apareció en la literatura europea.[38] La feminista británica Mary Wollstonecraft tuvo una relación con un conocido del pionero y escribió en colaboración con él una versión ficticia de la vida de Boone (también tuvo una hija fuera del matrimonio con su coautor). El romántico francés François-René de Chateaubriand aprovechó fragmentos de la biografía de Boone para su influyente epopeya *Les Natchez*, sobre un francés que vive entre los indios de Norteamérica. Lord Byron, el principal poeta de la época, dedicó siete estrofas a Boone (el «más feliz entre los mortales») en su poema *Don Juan*.

Sin embargo, curiosamente, Boone no vio casi nada de esto. A

pesar de los elogios que recibía del extranjero, no fue gran objeto de veneración en su país mientras vivió.[39] Murió en 1820, a la avanzada edad de ochenta y cinco años. También en esa década murieron Thomas Jefferson y John Adams, ambos, por una coincidencia casi inimaginable, el mismo día: el del quincuagésimo aniversario de la firma de la Declaración de Independencia. Es comprensible que el país enloqueciera cuando murieron Jefferson y Adams. «Si hubieran descendido los caballos y el carro de fuego para llevarse a los patriarcas —escribió un periódico de Nueva York— quizá habría sido más maravilloso, pero no más glorioso».[40]

En cambio, por la muerte de Boone no hubo nada parecido. Falleció en el territorio de Misuri, al oeste de San Luis. No tenía dinero ni tierras; vivía retirado en la pequeña finca de su hijo. Los miembros de la asamblea territorial de Misuri llevaron brazalete negro en honor de Boone, pero los periódicos de la costa este tardaron más de un mes solo en dejar constancia de su muerte, cosa que solían hacer con una nota breve. Lo enterraron en una tumba sin nombre.

¿Cómo pudo ocurrir? ¿Por qué nadie hizo nada? ¿No estaban al tanto las autoridades de Estados Unidos de la existencia de Boone? Lo sabían. ¿No entendían lo que representaba? Claro que lo entendían.

Sencillamente, no les gustaba.

Esta indiferencia respecto a Daniel Boone puede sorprender. Estados Unidos, como se dice a menudo, fue desde el principio un país optimista y expansivo. Sus fundadores habían obtenido la libertad luchando contra un imperio opresor —con lo que transformaron a los súbditos en ciudadanos y las colonias en estados— y estaban ansiosos por impulsar su forma republicana hacia el oeste y atravesar con ella el continente, desde una costa hasta la otra. Parecería lógico que los hombres como Daniel Boone hubieran sido instrumentos cruciales de esa misión nacional.

Sin embargo, el camino de Boone estuvo lleno de obstáculos. En primer lugar, los británicos habían fijado la cresta de los Apalaches como límite para los asentamientos de la población blanca, por lo que el viaje de Boone hacia el oeste era un delito. Pero el fin del dominio británico tampoco mejoró su situación. Los fundadores desconfiaban abiertamente de los pioneros como él. Eran los «desechos» de la

nación (escribió Ben Franklin),[41] «nada más que animales carnívoros» (J. Hector St. John de Crèvecoeur)[42] o «salvajes blancos» (John Jay).[43] George Washington advirtió, después de la revolución, sobre la «colonización, o más bien la invasión de las tierras occidentales […] por parte de un grupo de bandidos que desafiarán a toda autoridad».[44] Para evitarlo, propuso trazar una frontera para los asentamientos, como habían hecho los británicos, y considerar delincuente a cualquier ciudadano que la cruzara.

Parte del rechazo era social; los fundadores eran hombres cultos y sofisticados, que encontraban pocas cosas de su agrado en la ruda vida del salvaje oeste. Pero también había un motivo más de fondo. Como descubrieron los colonos de Boonesborough, Estados Unidos no era el único país que reclamaba la tierra al oeste de los Apalaches. Los pueblos nativos —organizados en naciones, tribus, confederaciones y otros sistemas políticos establecidos— tenían su propia cartografía, su propia forma de trazar el mapa de Norteamérica. Y, a finales del siglo XVIII, podían respaldar esos mapas con la fuerza.

Esa era la llaga en la que había puesto el dedo Daniel Boone. Cuando se llevó a sus colonos blancos hacia el oeste, estaba invadiendo tierras indias. Eso significaba pelea, una lucha a la que muy bien podría verse arrastrado el Gobierno de Estados Unidos. También implicaba una confusión de los límites entre europeos y nativos. Boone había matado indios, había sido capturado por ellos muchas veces y había visto morir a un hermano y dos hijos a manos de los nativos. Pero, por otra parte, durante uno de sus periodos de cautiverio, lo había adoptado una familia shawnee que le había dado el nombre de Sheltowee («Gran Tortuga») y llegó a tener una relación «sumamente amistosa y familiar», como él decía, con sus «nuevos padres, hermanos, hermanas y amigos».[45]

Este tipo de embrollo era precisamente el motivo por el que Washington era partidario de reforzar la antigua frontera británica. Para él no era una cuestión meramente filosófica, sino que también era personal. Gran parte de sus propiedades eran grandes extensiones de terreno en el oeste. Esas tierras solo mantendrían su valor si él podía controlar su venta y el asentamiento de los colonos en ellas. Los «bandidos» como Boone, que se apoderaban de tierras sin consultar a sus propietarios del este, eran una amenaza. Boone, en concreto, era

especialmente peligroso, porque sus reclamaciones de tierras en Kentucky chocaban con las de Washington.

Los títulos de propiedad de tierras lejanas como los de Washington eran difíciles de mantener desde el este. Durante la guerra de la Independencia, Washington había dejado su considerable patrimonio en manos de un primo lejano, Lund Washington. Su mirada poco atenta permitió que se instalaran ocupantes ilegales en las propiedades de Washington en el oeste (no en las concesiones de Kentucky, sino en otras más al norte). Este, furioso, se propuso arreglar las cosas y atravesó los Apalaches en una especie de cruzada de venganza del terrateniente.[46]

La expedición no sirvió para mitigar su desprecio por los colonos. Escribió que los enfrentamientos con los indios habían provocado «asesinatos y descontento general».[47] «Trabajan muy poco»,[48] protestó, y bastaría «el roce de una pluma» para que dejaran de ser leales a Estados Unidos.

Washington puso en orden sus asuntos, pero nunca dejó de tener sospechas sobre la lealtad política de los colonos del oeste. Sus temores se confirmaron en la década de 1790, cuando los habitantes de las zonas rurales de Pensilvania se negaron a pagar un impuesto federal sobre el alcohol y amenazaron con iniciar una secesión armada. Era como una nueva rebelión del Tea Party de Boston, en esta ocasión a propósito del whisky. Sin embargo, aunque no hacía tanto que él mismo había encabezado una revolución contra las maquinaciones económicas de un Gobierno lejano, la comprensión de Washington hacia los rebeldes se agotó enseguida. La revuelta, se quejó a Jefferson, se había vuelto «demasiado abierta, violenta y seria como para seguir sin tomársela en serio».[49]

De modo que Washington volvió a atravesar a caballo las montañas en dirección oeste, esta vez para sofocar una rebelión. Al final, la revuelta se dispersó antes de que llegaran sus tropas. Pero el episodio sigue siendo, como dice el historiador Joseph Ellis, «la primera y única ocasión en que un presidente estadounidense en ejercicio dirigió las tropas en el campo de batalla».[50]

La impaciencia de Washington con los pioneros no quería decir que se opusiera a la expansión. Tanto él como los demás fundadores la veían

encantados como una perspectiva a largo plazo. El problema era el futuro más inmediato. El país era inmenso, pero con un gobierno débil. Los ocupantes ilegales que atravesaban las montañas eran imposibles de gobernar, y las guerras que acababan emprendiendo siempre eran costosas de librar. Por eso, Washington insistió en que la colonización se llevara a cabo de forma «compacta», bajo estricta supervisión. De ese modo, el salvaje oeste no sería un refugio para hombres sin dueño como Boone, sino la vanguardia de la civilización, que avanzaría con paso señorial.[51]

Para hacer realidad su visión, los fundadores crearon una categoría política distinta para el oeste: el territorio. La revolución la había hecho una unión de estados, pero las fronteras de esos estados quedaron mal definidas e incluso se solapaban al llegar al oeste. En lugar de dividir esas tierras entre los estados, los líderes de la república negociaron acuerdos por los que ninguno de los estados del Atlántico se extendería hasta el Misisipi, que constituía el límite occidental del país. En lugar de ello, las tierras del oeste pasarían a ser propiedad del Gobierno federal. No se administrarían como estados, sino como territorios.

El Gobierno aceptó el control de su primer territorio en 1784, cuando Virginia renunció a poseer una gran franja de tierra al norte del río Ohio. Esta cesión se produjo menos de dos meses antes de que Estados Unidos recibiera formalmente su independencia, cuando Gran Bretaña ratificó el Tratado de París. En otras palabras, el nombre «Estados Unidos de América» estuvo equivocado desde el primer día. No era una unión de estados, sino una amalgama de estados y territorios.

Para 1791, todos los estados de la costa atlántica, salvo Georgia, habían seguido el ejemplo de Virginia y habían renunciado a sus tierras en el lejano oeste. Como consecuencia, ese año no había más que algo más de la mitad de la superficie del país (55 por ciento) cubierta por estados.[52]

¿Qué era ese territorio no estatal? La Constitución era muy hermética y no dedicaba al asunto más que una frase. Otorgaba al Congreso el poder de «disponer y dictar todas las normas y reglamentos necesarios con respecto a los territorios y otras propiedades pertenecientes a Estados Unidos». Es decir, el documento

fundacional, que entraba en detalles extravagantes sobre las enmiendas, las elecciones y la división del poder, dejaba en el aire la pregunta de cómo se iba a gobernar una gran parte del país.

Por el contrario, la política territorial se estableció mediante una serie de estatutos y reglamentos, el más famoso de los cuales fue la Ordenanza del Noroeste de 1787, inspirada por Jefferson, que abarcaba gran parte del Medio Oeste actual (había leyes similares para otras regiones). La Ordenanza del Noroeste forma parte de la mitología nacional y se ensalza en los libros de texto porque ofrecía a los territorios el estatus de estado «en pie de igualdad con los estados originales en todos los aspectos».[53] Solo tenían que superar una serie de mínimos de población: con cinco mil hombres libres, podían tener su propia cámara legislativa; con sesenta mil habitantes libres (o antes, si el Congreso lo permitía), podían ser estados.

Pero la palabra clave es «podían». No era un proceso automático, porque el Congreso conservaba la potestad de impulsar o poner obstáculos a los territorios, y lo hacía. A veces negaba, ignoraba o desviaba las solicitudes para convertirse en estados. Ese es el motivo de que Lincoln, Dakota del Oeste, Deseret, Cimarrón y Montezuma —todos ellos, territorios que pidieron ser admitidos en la Unión— no lo sean.

Además, el poder discrecional del Congreso hacía que, hasta que los territorios fueran estados, las autoridades federales tuvieran un control absoluto sobre ellos. En una primera fase, se designaba a un gobernador y tres jueces para que estuvieran al frente. Pero, incluso cuando los estados ya disponían de su propia cámara legislativa, el gobernador conservaba la capacidad de vetar proyectos de ley y disolver la asamblea.

«En la práctica —escribió James Monroe, redactor de la Ordenanza—, es un gobierno colonial similar al que prevalecía en estos estados antes de la revolución».[54] Jefferson reconoció que la primera etapa se parecía a una «oligarquía despótica».[55]

Era una descripción acertada. El primer gobernador del Territorio del Noroeste, Arthur St. Clair, un escocés conservador que había sido ayudante de campo de Washington, era poco tolerante con la democracia. Se consideraba un «pobre diablo desterrado a otro planeta».[56] El territorio, en su opinión, era una «colonia

dependiente»,[57] habitada no por «ciudadanos de Estados Unidos», sino por «súbditos» («indios blancos», los llamaba uno de los jueces territoriales).[58] Como pensaba que los habitantes del territorio eran demasiado «ignorantes» y «poco cualificados» para gobernarse a sí mismos, St. Clair utilizó sus amplios poderes discrecionales para impedir la formación de estados.[59]

El mismo modelo se mantuvo en el territorio de Luisiana, la región que Jefferson compró a Francia en 1803. A los políticos de la costa este les preocupaban los habitantes de las tierras recién anexionadas: colonos anglosajones, católicos, negros libres, indios y mestizos. «Esta Constitución nunca se ha deformado, ni se podrá deformar, para que abarque también las tierras salvajes del oeste», advirtió el congresista Josiah Quincy, futuro rector de Harvard.[60]

Jefferson se identificaba con ese sentimiento. El pueblo de Luisiana era «tan incapaz de autogobernarse como un niño», opinaba, y añadía que «los principios del gobierno popular les resultan completamente imposibles de comprender».[61] En lugar de limitarse a aplicar en Luisiana los procedimientos normales de la Ordenanza del Noroeste, Jefferson añadió una nueva fase inicial, un gobierno militar, y envió al Ejército de Estados Unidos para mantener la paz. En 1806, el Territorio de Luisiana albergaba ya la mayor cantidad de tropas del país.[62]

El gobernador del territorio de Luisiana designado por Jefferson, igual que Arthur St. Clair, se quejaba de la «oscuridad mental» de los habitantes del territorio. En su opinión, permitirles votar «sería un experimento peligroso».[63]

Los habitantes de Luisiana protestaron por su privación de derechos. «¿Acaso los axiomas políticos de la costa del Atlántico se convierten en problemas cuando se trasladan a las orillas del Misisipi?», preguntaron durante un viaje a la Casa Blanca.[64] Jefferson se encogió de hombros y no hizo nada.[65]

Thomas Jefferson no estaba en contra de la expansión, como no lo había estado Washington. Salvo que, como Washington, pensaba que debía ser un proceso controlado.

En sus momentos más audaces, Jefferson imaginaba que Estados Unidos se extendería hasta «abarcar todo el continente del norte, e

incluso el del sur, con un pueblo que hable el mismo idioma, tenga un gobierno similar y unas leyes parecidas».[66] Pero esa vaga fantasía, en opinión de Jefferson, se haría realidad en «un futuro lejano». En cuanto a la velocidad de la expansión, tenía unas ambiciones sorprendentemente modestas. En el discurso que pronunció al jurar el cargo de presidente, expresó su admiración por «las amplias y fértiles tierras»[67] que se extendían desde el Atlántico hasta el Misisipi y predijo que habría «espacio suficiente para nuestros descendientes hasta la milésima generación y más allá».

A pesar de que parecía satisfecho con las dimensiones originales del país, a Jefferson se lo acabó considerando un expansionista por la compra de Luisiana, que amplió Estados Unidos hasta mucho más allá del Misisipi. Pero no fue una compra meditada, sino impulsiva. Cuando envió a unos emisarios a París para negociar con Napoleón, su propósito ni siquiera era conseguir grandes extensiones de tierra hacia el oeste. Lo que quería eran unos puertos muy codiciados en el golfo de México. Es revelador lo que el enviado de Jefferson respondió en un primer momento cuando Napoleón ofreció venderle toda la Norteamérica francesa: «Le dije que no, que los únicos sitios que queríamos eran Nueva Orleans y las Floridas».[68]

A Jefferson le importaban más los puertos que las tierras porque no buscaba espacio para que se establecieran colonos. Ni siquiera después de anexionarse Luisiana la vio como un lugar apropiado para los blancos. Gran parte de las tierras seguían siendo propiedad de los indios y «el mejor uso que podemos hacer del territorio durante algún tiempo», escribió, era mantenerlo así.[69] Su idea era que todas las tierras, salvo un área alrededor de Nueva Orleans, estarían «cerradas» a los blancos «durante mucho tiempo».[70] En lugar de precipitarse hacia los límites del nuevo territorio, los blancos poblarían poco a poco el valle del Misisipi e irían «avanzando de forma compacta a medida que nos multipliquemos», concluía.[71] Mientras se mantuvieran en el territorio asignado y no se multiplicaran con demasiada rapidez, podría fácilmente haber sitio para todos.

Esta era la verdadera visión de los fundadores. Y parecía que la compra de Luisiana iba a hacer que fuera más fácil llevarla a la práctica. Si se podía firmar un tratado con los indios del este para que se desplazaran al oeste de la frontera de los asentamientos y, al mismo

tiempo, mantener a los blancos en el lado este, «avanzando de forma compacta», habría sitio para todos, hasta la imaginaria «milésima generación y más allá» de Jefferson.

Jefferson y Washington suponían que era posible dirigir a los blancos para que colonizasen las tierras, como ellos decían, «de forma compacta», es decir, de manera que, aunque aumentaran en número, no acaparasen demasiado sitio. No era una suposición impensable, sobre todo si se tenía en cuenta lo despacio que habían crecido las poblaciones europeas en el pasado. Entre el año 1 y el año 1000 d. C., la población de Europa occidental no había aumentado más que un 6 por ciento.[72] El ritmo aumentó en los siete siglos siguientes y la población llegó a ser más del doble. Pero ni siquiera entonces se podía decir que fuera un crecimiento rápido. En 1700, las estadísticas más fiables indicaban que la población de Inglaterra iba camino de multiplicarse por dos solo cada 360 años.[73]

La situación de las colonias norteamericanas era similar, al menos al principio. Las enfermedades se cobraron tantas vidas en el primer asentamiento permanente de Gran Bretaña en Norteamérica, Jamestown, establecido en 1607, que hasta la década de 1690 no hubo más nacimientos que muertes.[74] En el siglo y medio posterior a la construcción de Jamestown, la frontera de los asentamientos blancos se fue desplazando poco a poco hacia el oeste, entre 1,5 y 3 kilómetros al año.[75]

Pero a mediados del siglo XVIII algo empezó a cambiar. Ben Franklin fue el primero en darse cuenta. En 1749 organizó un censo de los habitantes de Filadelfia y empezó a recopilar los datos de población de Boston, Nueva Jersey y Massachusetts. Lo que vio fue sorprendente. La población colonial no solo crecía, sino que se duplicaba cada veinticinco años. De seguir así, Franklin predijo (con un vértigo no despreciable) que, en el plazo de un siglo, la Norteamérica colonial contaría con más ingleses que la propia Gran Bretaña.[76]

Fue toda una revelación. A Franklin se le recuerda sobre todo por sus experimentos con la electricidad y sus numerosos inventos (las lentes bifocales, el pararrayos, la estufa circulante, la sonda urinaria), pero sus investigaciones demográficas fueron también una parte

importante de su legado. Sus cálculos se difundieron rápidamente por Europa (solo a veces con su nombre) y se incorporaron al pensamiento de filósofos como Adam Smith y David Hume. La sombría predicción del economista Thomas Malthus de que el abastecimiento de alimentos nunca podría seguir el ritmo del crecimiento de la población se basó en gran parte en los cálculos de Franklin sobre Norteamérica (que, según Malthus, indicaban «una velocidad de crecimiento probablemente sin igual en la historia»).[77] A su vez, Malthus influyó enormemente en Charles Darwin, cuyos abuelos habían leído a Franklin. El ejemplar del libro de Malthus que se encuentra en la biblioteca de Darwin tiene los pasajes de Franklin subrayados.[78]

Franklin no solo era influyente, sino que tenía razón. Tenía muchísima razón. Más razón de la que debería haber tenido. Las cifras completas de población de Estados Unidos se recogieron por primera vez en 1790, el año de la muerte de Franklin. Cien años más tarde, el censo de 1890 registró que la población se había multiplicado por dieciséis, es decir, por dos cada veinticinco años, con un margen de error de menos de un 0,14 por ciento.[79] Y en 1855, exactamente cien años después de que Franklin publicara su predicción de que los colonos norteamericanos superarían en número a los británicos en el plazo de un siglo, la población de Estados Unidos rebasó por primera vez a la de Gran Bretaña.[80]

Lo que Franklin había comprendido antes que nadie era que una pequeña población de blancos de habla inglesa y sus esclavos negros se estaba convirtiendo en una supernova. Vivían en un continente básicamente vaciado por las enfermedades, poseían unas tecnologías agrarias muy potentes y gozaban de estrechos vínculos económicos con Gran Bretaña, el centro de la Revolución Industrial. La mezcla era explosiva.

La población de Francia cuando Estados Unidos se independizó era de unos treinta millones de habitantes. En 1900, estaba ligeramente por encima de los cuarenta millones. En cambio, la población de Estados Unidos, que en el momento de independizarse era de entre tres y cuatro millones —aproximadamente una décima parte de la de Francia—, en 1900 ascendía a 76 millones de habitantes, casi el doble que Francia.[81] En cuanto a la frontera, si en los ciento cincuenta años posteriores a la construcción de Jamestown

avanzó menos de tres kilómetros al año, en la primera mitad del siglo XIX empezó a expandirse hacia el oeste a un ritmo de unos sesenta kilómetros al año y ya no paró hasta que los colonos llegaron a la costa del Pacífico.[82]

Era un crecimiento desconocido hasta entonces. En parte se debió a la llegada de gente de Europa y África, pero la inmigración nunca representó, en ninguna década del siglo XIX, más de una tercera parte del incremento demográfico.[83] Como señalaba Franklin, la mayor parte se produjo de manera tradicional, una manguera de fecundidad que roció a los colonos de todo el continente norteamericano. Con una extensión infinita de tierras cultivables, los colonos se propagaron como bacterias.

«Ha ido llegando una ola detrás de otra —escribió un nervioso pensador ojibwe—, y ahora parece haber un mar de población sin límites».[84]

Se veía en las ciudades construidas por los colonos. Cincinnati, que en 1810 era una aldea, en 1815 tenía un molino de vapor de nueve pisos y en 1830 una flota de 150 barcos de vapor. Chicago pasó de ser un asentamiento de menos de cien personas (y catorce contribuyentes) en 1830 a ser una megalópolis imponente en 1890, con la primera concentración de rascacielos del mundo y más de un millón de residentes, a pesar del incendio que la destruyó en 1871.[85]

Los casos de ave fénix renacidas de las cenizas eran asombrosamente habituales. Las ciudades de los colonos, construidas a toda prisa y con muy poca preocupación por los principios urbanísticos, estallaban en llamas con una frecuencia alarmante. Pero ni siquiera el fuego acabó con el torrente interminable.

El crecimiento de la población blanca era una dinamita que iba a hacer saltar por los aires la visión del país que tenían los fundadores. El gran sistema creado por Jefferson y que había prevalecido en las primeras décadas, con los súbditos de las tierras del oeste semicolonizados, era insostenible. Había demasiados Daniel Boone. En la década de 1830, el Gobierno renunció a perseguir a los ocupantes ilegales y empezó a permitir que compraran su tierra. En la década de 1860 empezó a ceder parcelas de tierra pública a casi cualquier ciudadano dispuesto a establecerse como colono y construir allí su

granja (*homestead*).[86]

Los territorios con una gran población blanca se convirtieron en estados a toda velocidad; California, repleta de buscadores de oro, pasó de estar bajo un gobierno militar a la condición de estado en dos años. Y, aunque los habitantes de los territorios restantes siguieron protestando por la falta de derechos (el sistema territorial era «el sistema de gobierno colonial más infame que se haya visto jamás sobre la faz de la tierra», refunfuñó un delegado del territorio de Montana),[87] sus motivos de queja disminuyeron. Los gobernadores por designación perdieron parte de los poderes discrecionales y, a partir de 1848, los nuevos territorios se saltaron la primera etapa, la del gobierno absoluto de los funcionarios federales, y pasaron directamente a contar con legislaturas bicamerales.[88]

La cultura también cambió. En lugar de ser «bandidos» o «salvajes blancos» despreciados y al margen de la civilización, los colonos adquirieron una nueva identidad, la de pioneros. Ya no eran malhechores, sino orgullosos abanderados de una nación llena de dinamismo.

A medida que los ocupantes ilegales se convertían en pioneros, aumentó la fama de Daniel Boone. Tras su muerte lo reivindicaron, de forma retroactiva, como fundador honorario del país. En 1851 se instaló en la escalinata del Capitolio una estatua que representaba a un explorador asombrosamente parecido a Boone luchando contra un indio. Permaneció allí durante más de un siglo. En el ámbito de la ficción, las popularísimas novelas de la serie *Leatherstocking Tales* de James Fenimore Cooper relataron, a lo largo de muchos volúmenes (*El cazador de ciervos*, *El último mohicano*, *Los pioneros* y otras, publicadas entre las décadas de 1820 y 1840), la historia de Nathaniel Bumppo, una figura que también estaba claramente basada en Boone. Estas novelas grabaron a fuego el personaje del rudo héroe fronterizo en la conciencia nacional. Nathaniel Bumppo, Davy Crockett, Kit Carson, Wild Bill Hickok; se puede trazar una línea de figuras similares desde Boone hasta John Wayne y Han Solo.

Los fundadores siempre habían previsto algún tipo de expansión, pero solo en ese momento, a mediados del siglo XIX, empezó a parecer inevitable una conquista rápida y total del continente. En 1845, la revista *United States Magazine and Democratic Review* acuñó una frase

indeleble que capturaba el estado de ánimo predominante cuando escribió sobre el «destino manifiesto de la nación de extenderse sobre el continente asignado por la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de ciudadanos que cada año se multiplican».[89]

Un país que había empezado pareciéndose al Imperio británico, con centros de poder en el este y territorios subordinados en el oeste, se había convertido, debido al desmesurado crecimiento demográfico, en algo diferente: un imperio de colonos violento y expansivo, que se alimentaba de la tierra y desplazaba todo a su paso.

---

[35] Para la exposición que sigue me he basado en John Mack Faragher, *Daniel Boone: The Life and Legend of an American Pioneer,* Nueva York), 1992; Stephen Aron, *How the West Was Lost: The Transformation of Kentucky from Daniel Boone to Henry Clay*, Baltimore, 1996; y Meredith Mason Brown, *Frontiersman: Daniel Boone and the Making of America*, Baton Rouge, 2008.

[36] Felix Walker, citado en Brown, *Boone*, p. 73.

[37] Timothy Flint, *The First White Man of the West*, Cincinnati, 1856.

[38] Sobre la acogida de Boone en Europa, ver Richard Slotkin, *Regeneration through Violence: The Mythology of the American Frontier, 1600–1860, Middletown, Connecticut, 1973, caps. 10*–11.

[39] Louise Phelps Kellogg, «The Fame of Daniel Boone», *Register of the Kentucky State Historical Society* 32 (1934), pp. 187-198.

[40] *New-York American*, reproducido en *Alexandria Gazette*, 11 de julio de 1826.

[41] Benjamin Franklin, *The Interest of Great Britain Considered*, 1760, *FO*. Sobre el desprecio inicial a los hombres de la frontera, véase David Andrew Nichols, *Red Gentlemen and White Savages: Indians, Federalists, and the Search for Order on the American Frontier*, Charlottesville, 2008.

[42] J. Hector St. John de Crèvecoeur, *Letters from an American Farmer and Others Essays*, Dennis D. Moore (ed.), Cambridge, Massachusetts, 2013, p. 33.

[43] John Jay a Thomas Jefferson, 14 de diciembre de 1786, *FO*.

[44] Washington a James Duane, 7 de septiembre de 1783, *FO*.

[45] Boone, citado en Brown, *Boone*, p. 137.

[46] Mi descripción se basa en gran medida en Fred Anderson y Andrew Cayton, *The Dominion of War: Empire and Liberty in North America, 1500-2000*, Nueva York, 2005, cap. 4.

[47] 12 de septiembre de 1784, *The Diaries of George Washington*, Donald Jackson y Dorothy Twohig (eds.), Charlottesville, 1978, 4, p. 19.

[48] Ibíd., 4 de octubre de 1784, 4, p. 66.

[49] Washington a Jefferson, 15 de septiembre de 1792, *FO*.

[50] Joseph J. Ellis, *His Excellency: George Washington*, Nueva York, 2005, p. 225.

[51] Washington a Duane, 7 de septiembre de 1793, *FO*. Un resumen excelente de la resistencia a los asentamientos en el oeste es el de Paul Frymer, *Building an American Empire: The Era of Territorial and Political Expansion*, Princeton, 2017, caps. 2-3.

[52] Calculado a partir de Franklin K. Van Zandt, *Boundaries of the United States and the Several States*, Washington, DC, 1966, pp. 262-264, y Thomas Donaldson, *The Public Domain:*

Its History, with Statistics, Washington, DC, 1884, pp. 87-88.

[53] Northwest Territory Ordinance of 1787, 1 *Stat.* 51, sección 14, artículo 5.

[54] Monroe a Jefferson, 11 de mayo de 1786, *FO*.

[55] Jefferson a Henry Innes, 23 de enero de 1800, *FO*.

[56] St. Clair a Alexander Hamilton, 9 de agosto de 1793, *FO*.

[57] Arthur St. Clair, citado en Peter S. Onuf, *Statehood and Union: A History of the Northwest Ordinance*, Bloomington, 1987, p. 71.

[58] Citado en Andrew R. L. Cayton, *The Frontier Republic: Ideology and Politics in the Ohio Country, 1780-1825*, Kent, Ohio, 1986, p. 8.

[59] St. Clair, citado en Onuf, *Statehood and Union*, p. 70. Sobre las características imperiales del gobierno territorial, véase (además de las obras mencionadas de Onuf, Cayton y Frymer) Whitney T. Perkins, *Denial of Empire: The United States and Its Dependencies*, Leyden, 1962, cap. 1; Jack Ericson Eblen, *The First and Second United States Empires: Governors and Territorial Government, 1784-1912,* Pittsburgh, 1968, cap. 2; y Julian Go, *Patterns of Empire: The British and American Empires, 1688 to the Present*, Cambridge, 2011, cap. 1.

[60] *Annals of Congress*, 11.º Cong., 3.ª ses., 1811, p. 537.

[61] Citado en Bartholomew H. Sparrow, *The* Insular Cases *and the Emergence of American Empire*, Lawrence, 2006, p. 22.

[62] Peter J. Kastor, *The Nation's Crucible: The Louisiana Purchase and the Creation of America*, New Haven, 2004, p. 90.

[63] Citado en Perkins, *Denial of Empire*, p. 21.

[64] Pierre Sauve, Pierre Derbigny y Jean Noël Destrehan, «Remonstrance of the People of Louisiana against the Political System Adopted by Congress for Them», 1804, en *American State Papers*, 10, *Miscellaneous*, 1, p. 397.

[65] Kastor, *Nation's Crucible*, pp. 58-60.

[66] Jefferson a James Monroe, 24 de noviembre de 1801, *FO*. Sobre las diferencias entre jeffersonianos y federalistas a propósito del gobierno territorial, véase Cayton, *Frontier Republic*.

[67] Jefferson, Inaugural Address (Discurso de toma de posesión), 4 de marzo de 1801, *APP*.

[68] Robert R. Livingston a James Madison, 11 de abril de 1803, *FO*.

[69] Jefferson a John Breckinridge, 12 de agosto de 1803, *FO*.

[70] Jefferson a John Dickinson, 9 de agosto de 1803, *FO*.

[71] Jefferson a Breckinridge, 12 de agosto de 1803, *FO*.

[72] MPD.

[73] Alfred Owen Aldridge, «Franklin as Demographer», *Journal of Economic History* 9, 1949, pp. 25-26.

[74] Jack P. Greene, *Pursuits of Happiness: The Social Development of Early Modern British Colonies and the Formation of American Culture*, Chapel Hill, 1988, p. 82.

[75] Dale Van Every, *Ark of Empire: The American Frontier, 1784-1803*, Nueva York, 1963, p. 21.

[76] Benjamin Franklin, *Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling of Countries, &c.*, Boston, 1755, p. 9. Sobre los fundamentos para los cálculos de Franklin, véase William F. Von Valtier, «'An Extravagant Assumption': The Demographic Numbers behind Benjamin Franklin's Twenty-Five-Year Doubling Period», *Proceedings of the American Philosophical Society* 155, 2011, pp. 158-188.

[77] Thomas Robert Malthus, *First Essay on Population*, Londres, 1798, p. 105. (Ed. esp., *Primer ensayo sobre la población,* Madrid, Alianza, 2016).

[78] Joyce E. Chaplin, *Benjamin Franklin's Political Arithmetic: A Materialist View of*

Humanity, Washington, DC, 2009, p. 45.

[79] Conway Zirkle, «Benjamin Franklin, Thomas Malthus and the United States Census», *Isis* 48, 1957, p. 62.

[80] MPD.

[81] MPD. Mi explicación del crecimiento demográfico de Estados Unidos debe mucho a D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*, vol. 2, New Haven, 1993, y James Belich, *Replenishing the Earth: The Settler Revolution and the Rise of the Anglo-World, 1783–1939*, Oxford, 2009.

[82] Van Every, *Ark of Empire*, p. 21.

[83] Michael R. Haines, «The Population of the United States, 1790–1920», en *The Cambridge Economic History of the United States*, vol. 2, Stanley L. Engerman y Robert E. Gallman (eds.), Cambridge, 2000, p. 153.

[84] Kah-Ge-Ga-Gah-Bouh, *Organization of a New Indian Territory East of the Missouri River*, Nueva York, 1850, p. 3.

[85] Belich, *Replenishing the Earth*, 196, p. 1.

[86] Esta transformación se analiza de forma muy útil en Frymer, *Building an American Empire*, y Paul W. Gates, *History of Public Land Law Development*, Washington, DC, 1968, caps. 10 y 15.

[87] Earl S. Pomeroy, *The Territories and the United States, 1861–1890: Studies in Colonial Administration*, Filadelfia, 1947, p. 104.

[88] Eblen, *First and Second U.S. Empires*, p. 140.

[89] «Annexation», *United States Magazine and Democratic Review*, julio–agosto 1845, 5. Aunque el artículo, sin firmar, se ha atribuido durante mucho tiempo al director de la revista, John L. O'Sullivan, Linda S. Hudson ha empleado el análisis textual para afirmar que «probablemente lo escribió» Jane Cazneau. *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807–1878*, Austin, 2001, p. 61.

02

Tierras indias

La explosión demográfica de los colonos en Norteamérica fue asombrosa. Pero no fue el único hecho demográfico sorprendente. Hubo otro factor determinante para el aumento de la población de colonos: la extraordinaria despoblación de los habitantes indígenas.

El alcance de esa despoblación es objeto de debate. Es difícil saber cuántos indios vivían en Norteamérica antes de que llegaran los europeos. El cálculo que da el antropólogo Russell Thornton, cinco millones de indios en la parte continental de lo que hoy es Estados Unidos, es un promedio, pero otros investigadores sugieren cifras que van de 720.000 a 15 millones.[90]

Lo que no se discute es que el contacto europeo desencadenó una profunda crisis demográfica. Las enfermedades del Viejo Mundo —la viruela, el tifus y el sarampión, entre otras— arrasaron la tierra como si fueran tormentas de fuego y se extendieron más lejos y a más velocidad que los propios europeos. Después llegaron las guerras y el desorden social, que causaron más muertes y la falta de nacimientos. Hacia 1800, la población nativa estaba más cerca del medio millón de personas, después de sufrir una caída quizá del 90 por ciento.[91]

Ahora bien, pese a lo catastrófica que fue la despoblación, no fue fatal. Los indios seguían teniendo una presencia formidable. Los

británicos habían demostrado saberlo cuando situaron en la cresta de los Apalaches el límite de los asentamientos blancos, en parte para evitar la guerra con los indios. Esa fue también una de las razones por las que los fundadores quisieron que la colonización por parte de los blancos fuera «compacta» y no una carrera hacia la frontera exterior, como la de Boone.

Un ejemplo importante de supervivencia india fue el de la nación cheroqui, cuyas tierras abarcaban partes de Tennessee, Alabama, Carolina del Norte y Georgia. El número de cheroquis había disminuido, quizá a la mitad, en los siglos XVII y XVIII. Pero a principios del XIX la población empezó a recuperarse.[92]

Los cheroquis no solo crecían, sino que se fueron haciendo hueco en la nueva república con la adopción de varios aspectos de la cultura europea. Dirigían plantaciones, compraban esclavos y construyeron una capital («Es como Baltimore», presumió uno de sus jefes).[93] Un platero llamado Sequoyah diseñó un silabario y así convirtió el cheroqui en una lengua escrita. La lengua adquirió rápida popularidad con la ayuda del periódico de la tribu, el *Cherokee Phoenix*, que se publicaba en la capital en inglés y en cheroqui. En 1827, la nación cheroqui aprobó una Constitución inspirada en la de Estados Unidos. Los votantes eligieron a un presidente mestizo, rico y cristiano, Koo-wi-s-gu-wi, que había luchado junto a Andrew Jackson y prefería utilizar su nombre europeo, John Ross.

Los cheroquis eran, según explicó Ross al Senado de Estados Unidos, «iguales que los blancos en modales, moral y religión».[94]

No todos los nativos americanos eligieron ese camino. Era difícil decidir si mantener las costumbres indígenas o adoptar las extranjeras y había distintas opiniones, como es lógico. Ahora bien, al apostar por la europeización, los cheroquis pusieron en evidencia al Gobierno. Si eran «civilizados» con arreglo a las normas de la sociedad blanca, ¿no deberían respetarse sus derechos territoriales?

En los primeros años de la república se habían respetado, en términos generales. Incapaz de ignorar o desplazar a los indios, el Gobierno de Washington había firmado un tratado con la nación cheroqui y parecía aceptar la perspectiva de que los cheroquis «civilizados» se incorporaran a Estados Unidos como ciudadanos.

Sin embargo, esas frágiles conquistas eran difíciles de mantener

ante el hambre de tierras de los blancos. La población de Georgia creció más de un 50 por ciento durante la década de 1820. Eso, sumado al auge del algodón en el sur y al descubrimiento de oro en la nación cheroqui, colocó a estos en una situación precaria. En 1828, el estado de Georgia declaró inválida la Constitución cheroqui e insistió en que los indios se marcharan. El presidente Andrew Jackson estuvo de acuerdo. Declaró que «no se toleraría» una nación india. Los cheroquis debían someterse a la autoridad de Georgia o encaminarse hacia el oeste, a los territorios.[95]

El Tribunal Supremo declaró inconstitucionales las medidas tomadas por Georgia. Pero las sentencias de los altos tribunales tenían poco que hacer ante la avalancha de ocupantes ilegales. Los terratenientes cheroquis vieron alarmados que Georgia empezaba a dividir la nación cheroqui en parcelas y empezaba a distribuirlas por sorteo entre los blancos. En 1835, John Ross regresó a su casa y encontró a un hombre blanco instalado en ella; tuvo que abandonar sus tierras e irse a vivir a una cabaña de madera de una sola habitación. Más tarde, ese mismo año, fue detenido, falsamente acusado de incitar a una rebelión de esclavos. Otros cheroquis sufrieron un acoso similar.

Muchas de estas medidas eran claramente ilegales, pero los cheroquis tenían pocos recursos. El secretario de Guerra les advirtió de que la única solución era «trasladarse al otro lado del Misisipi», a las tierras adquiridas con la compra de Luisiana. Allí, aseguró, disfrutarían por fin de «protección y paz».[96]

Aunque Ross quería quedarse y luchar, otros cheroquis se dieron por vencidos. «Aquí no podemos ser una nación», anunció John Ridge, abatido.[97] Ridge formaba parte de una facción que, sin tener en cuenta al Gobierno tribal electo, firmó en nombre de la nación cheroqui un tratado con el Gobierno federal por el que los indios estaban dispuestos a dejar su tierra natal y marcharse a nuevos territorios al oeste del Misisipi.

Al menos, esa era la idea. Alrededor de dos mil personas se fueron de forma voluntaria, con arreglo al acuerdo. Pero el resto, unos dieciséis mil, se negaron. El Gobierno envió siete mil milicianos y voluntarios, que los detuvieron a punta de bayoneta y los encarcelaron y, a continuación, los llevaron a la fuerza a la actual Oklahoma. Los

cheroquis denominaron a aquel viaje *Nunna daul Isunyi*, «el sendero en el que lloramos». El Sendero de las Lágrimas, nombre con el que se lo conoce en la actualidad, fue una marcha amarga, que algunos hicieron a pie. El hambre, el frío y las enfermedades mataron a miles de personas, incluida la esposa de Ross.

Pero las muertes no acabaron ahí. Las enfermedades, el hambre y la violencia asolaron las nuevas tierras cheroquis durante años. La recuperación demográfica de principios del siglo XIX quedó anulada. En 1840, las muertes durante la marcha, las muertes en el nuevo territorio y la disminución de los nacimientos como consecuencia de todo ello habían reducido la población cheroqui en un tercio o incluso la mitad de lo que habría sido si hubieran permanecido en el este.[98]

El Sendero de las Lágrimas adquirió triste fama, pero no era nada anómalo. Thomas Jefferson había fantaseado con la idea de dividir todo el país, dejar a los nativos a un lado y los europeos al otro. De ahí que decidiera comprar Luisiana. Si reservaba la mayor parte del territorio nuevo para los indios, podría dejar libres tierras en el este para los blancos.

Durante las primeras décadas de la historia del país, este *apartheid* continental fue informal e incompleto. Fueron el auge de la población y, en particular, la crisis de las tierras de los cheroquis y otras tribus vecinas del sureste en la década de 1830 lo que volvió a poner la cuestión sobre el tapete. Para solucionar el problema, Andrew Jackson buscó y consiguió nuevas leyes que permitieron a su Gobierno negociar agresivos acuerdos para canjear tierras en el este por otras en el oeste.

Pero para que esos tratos fueran creíbles era necesario tener tierras que ofrecer en el oeste. Por eso, el Gobierno de Jackson trató de convertir el oeste en algo parecido a una colonia india. Decidió designar una enorme franja de territorio, que se extendía desde la parte norte de la actual Texas hasta la frontera canadiense y desde Michigan hasta las Rocosas, con el nombre oficial de «Nación india» (también «Territorio indio»). Estaría separada de los asentamientos y el comercio de los blancos. Si el traslado forzoso era el palo, esa promesa de un territorio permanente, libre de blancos, fue la zanahoria.

Para dorar aún más la píldora, el Gobierno de Jackson propuso designar, dentro de la nación india, un área más pequeña —pero que seguiría siendo muy grande, de un tamaño entre California y Texas— con el nombre de «Territorio Occidental». Sería un territorio organizado, gobernado por una confederación de comunidades indias y con un delegado en el Congreso. El objetivo, explicó el representante del Gobierno, era que el Territorio Occidental acabara siendo «reconocido como estado y admitido dentro de la Unión».[99]

Era una propuesta audaz. El Gobierno ya había reservado parcelas de tierra para comunidades concretas en otras ocasiones anteriores, pero no había creado ninguna unidad política india. Ahora se trataba de establecer un territorio permanente habitado únicamente por nativos americanos. Como Illinois o Arkansas, pero más grande.

Sin embargo, el precio fue la división oficial del país en dos partes desiguales, una para los colonos y otra para los indios. Era una división más rigurosa y quizá más permanente que la que había entre estados y territorios, y el expresidente John Quincy Adams manifestó su preocupación por cómo podría influir en el carácter nacional. Advirtió que la idea «no era republicana en absoluto». Era algo propio de un imperio, un acto de «despotismo».[100]

La Nación India tal y como se designó en 1834. El Territorio occidental, rechazado por el Congreso, forma la parte sur. (Archivos del Servicio Forestal de Estados Unidos, *Tribal Lands Ceded to the United States*).

Los colegas sureños de Adams en el Congreso expresaron otra preocupación. Si el Congreso iba a «añadir a nuestra Unión hombres de sangre y color ajenos al pueblo de Estados Unidos —preguntó el representante de Virginia—, ¿hasta dónde llegaría ese derecho? ¿Por qué no incorporar a nuestros hermanos de Cuba y Haití?».[101] Y luego estaba el asunto del delegado del Territorio Occidental en el Congreso. «No estoy dispuesto a recibir a los indios en esta cámara», declaró el representante de Georgia con un resoplido.[102]

Al final, la idea de que un «salvaje purasangre» tuviera su propia mesa en el Capitolio fue excesiva para la delicada sensibilidad de los miembros del 23.º Congreso,[103] así que aparcaron la propuesta del Territorio Occidental. Sin embargo, la nación india se mantuvo. El Gobierno federal proporcionó material agrícola y ganado, distribuyó alimentos, envió herreros y médicos y reservó fondos para los pobres, de acuerdo con las obligaciones del tratado.[104]

No obstante, esos acuerdos fueron provisionales. El verdadero objetivo del Gobierno era vigilar las fronteras: mantener a los indios dentro y a los blancos fuera. Sin el Gobierno representativo que habría tenido un Territorio Occidental, la nación india fue para Washington, más que una colonia, un cercado.

La nación india no solía figurar en los mapas como tal. Estaba definida por ley, pero vagamente desdibujada, al menos desde el punto de vista de los blancos. En teoría, proporcionaba una «protección eficaz y completa» a los nativos americanos, tal como había garantizado el Gobierno de Jackson.[105] Pero el crecimiento demográfico de los colonos no se había acabado, ni mucho menos. ¿Serían las fronteras de aquella tierra prometida capaces de resistir más expansión blanca?

La nación india pareció precaria desde su inicio en la década de 1830, pero aún más en la década de 1840, con la anexión de Texas, la conquista de gran parte de México y la extinción de los derechos británicos sobre el territorio de Oregón. De repente, la nación india ya no estaba pegada a la frontera occidental de Estados Unidos, sino en medio, entre el bullicioso este y el pujante oeste.

Donde se acababa de descubrir oro.

«Hay que eliminar la barrera india», exigió el senador Stephen Douglas, que soñaba con construir un ferrocarril transcontinental a

través del territorio indio hasta California.[106] William Henry Seward señaló que en las tierras que quería Douglas vivían dieciocho tribus. «¿Adónde irán? —preguntó Seward—. ¿Otra vez al este del Misisipi?… ¿Al Himalaya?».

¿Qué más daba? Los colonos blancos acudieron en masa y el Congreso les obligó a formar, en el mismo centro de la nación india, Kansas y Nebraska, dos territorios nuevos y abiertos a la colonización blanca. La Ley Kansas-Nebraska de 1854, que instituyó ambos territorios, es más conocida por haber instigado la guerra de Secesión, puesto que la disputa sobre si los nuevos territorios iban a permitir la esclavitud desembocó en sangrientos choques en Kansas. Pero esa no fue la única violencia. Los blancos lucharon entre sí por las tierras que habían arrebatado a los indios en un complejo proceso en el que intervinieron compañías ferroviarias, agentes federales, ocupantes ilegales armados, el Ejército y una maraña de dudosos derechos legales.

Los lectores de *La casa de la pradera*, de Laura Ingalls Wilder, estarán familiarizados con esta dinámica, dado que es el eje sobre el que gira la novela. La casa del título está cinco kilómetros dentro de la frontera de la nación india. La madre no conoce bien los detalles:

> No sabía si estábamos dentro de la nación india o no. No sabía dónde estaba el límite de Kansas. En cualquier caso, los indios no iban a quedarse allí mucho tiempo. Papá se había enterado por un hombre en Washington de que la nación india iba a abrirse pronto a la colonización.[107]

El padre, con algo más de conocimiento sobre la materia, explica:

> —Cuando los colonos blancos llegan a un país, los indios tienen que irse a otra parte. El Gobierno va a trasladar a estos indios más al oeste en cualquier momento. Por eso estamos aquí, Laura. Los blancos van a colonizar todo este país, y nosotros nos quedaremos con las mejores tierras porque llegamos primero y elegimos. ¿Ahora lo entiendes?
>
> —Sí, papá —dijo Laura—. Pero, papá, creía que esto era territorio indio. ¿No se enojarán por tener que…?
>
> —Se acabaron las preguntas, Laura —dijo el padre en tono firme—. Vete a dormir.[108]

Al final del libro, el padre se entera de que se aproximan unos soldados federales para expulsarlo de su asentamiento ilegal. «¡No me

quedaré aquí para que los soldados me detengan como si fuera un forajido!», exclama, y se lleva a la familia de vuelta a Wisconsin.[109]

La casa de la pradera estaba directamente inspirada en la infancia de Laura Ingalls Wilder. Hubo verdaderamente una cabaña que estaba en territorio indio. Pero las tropas federales no desalojaron nunca a la familia de Wilder. En los años noventa del siglo XX, un redactor de *The Washington Post*, el periodista de origen osage Dennis McAuliffe Jr., investigó la historia de su familia y descubrió que a los que expulsaron de la zona no fue a los blancos, sino a los osages. Los vecinos del padre de Laura Ingalls, y tal vez él mismo, los expulsaron a base de robarles la comida, matarles el ganado, quemarles las casas, profanar las tumbas y sencillamente asesinarlos.[110]

«La pregunta surge sola —escribió un agente federal horrorizado que fue testigo de todo—: ¿quiénes son los salvajes?».[111]

Expulsados de sus tierras «permanentes», los nativos americanos tuvieron que volver a mudarse. La nación india fue estrechándose poco a poco hasta quedar reducida a su franja meridional, la actual Oklahoma. La población del territorio, procedente de todo Estados Unidos, reflejaba cuántas vidas se habían trastocado de forma desgarradora durante el siglo XIX. En 1879 vivían en él cheroquis, choctaws, chickasaws, quapaws, seminolas, senecas, shawnees, modocs, odawas, peorias, miamis, wyandots, osages, kaws, nez percés, pawnees, poncas, sacs y foxes, kickapoos, creeks, potawatomis, cheyennes, arapahoes, wichitas, wacos, tawakonis, kichais, caddos, delawares, comanches, kiowas y apaches.[112]

La expulsión de los indios de sus tierras: los traslados a un territorio indio muy recortado. (adaptado de Theodore Taylor, *Bureau of Indian Affairs*, p. 13).

Fue como si alguien hubiera despoblado la mayor parte de Europa y hubiera desterrado a los supervivientes de cada país a un territorio asignado en Rumanía.

Sin embargo, también esta estrella comprimida de neutrones en la que se habían agrupado las comunidades indias era vulnerable a las incursiones. Se habló de organizarla en forma de territorio, como se había hecho con Kansas y Nebraska. Como en estos dos casos, los blancos empezaron a llegar de manera ilegal. «Aquí estamos, con el hacha y el arado —anunció en tono desafiante un grupo en una carta presentada ante el Congreso en 1885—. Cientos, miles de amigos nuestros están en camino desde todos los estados del oeste para unirse a nosotros. Estamos aquí para quedarnos. Negamos el derecho de cualquier hombre, o turba de hombres, ni de uniforme ni de paisano, a acosarnos».[113]

Una carrera febril para conseguir tierras: en 1893, tras el disparo, los colonos se apresuran a reclamar unas tierras que antes habían sido de los indios.

Los indios observaban a los ocupantes ilegales con horror. «Por mucho que se le quite al hombre rojo, esos desalmados nunca se conformarán ni dejarán en paz al Gobierno hasta que los indios se queden sin tierras y sin hogar —advirtió el periódico *Cherokee Advocate*—. No hay palabras para expresar el carácter de esos hombres: incapaces de todo sentimiento humano y sin obedecer ninguna ley».[114]

Tal como temía el *Cherokee Advocate*, el Gobierno accedió a las demandas de los colonos, adjudicó y distribuyó la parte occidental del territorio entre ellos y, como consecuencia, dejó a los nativos apiñados en la parte oriental. Varias de las parcelas en el oeste se adjudicaron por sorteo. Otras se asignaron mediante una carrera: un funcionario federal disparó al aire con una pistola y los colonos se lanzaron a tomar posesión de sus tierras. Fue, en palabras de la Oficina del Censo, «la colonización de un territorio más rápida de la historia de Estados Unidos».[115]

Siguiendo la venerable tradición estadounidense de nombrar los lugares por los pueblos expulsados de ellos, el territorio recién abierto se llamó Oklahoma, una palabra choctaw que significa «pueblo rojo».

El único vestigio que quedaba de la nación india era la parte este del territorio. Pero los ocupantes ilegales también estaban llegando allí. Al ver lo que se avecinaba, las principales tribus convocaron una convención abierta a todos, tanto indios como no indios. Pensaban solicitar la admisión en la Unión como un estado que no sería

exclusivamente indio, pero que sí tendría una considerable población india. El nombre sería Sequoyah, en honor al orfebre que había diseñado el silabario cheroqui.

El Congreso se negó a examinar la petición. En su lugar, permitió que el territorio de Oklahoma, dominado por los colonos, absorbiera al hipotético estado de Sequoyah. Oklahoma adquirió la condición de estado en 1907, con una población india inferior a la cuarta parte del total.[116]

La destrucción definitiva de la nación india fue un acontecimiento de importancia trascendental para los nativos americanos. Dos décadas después, el dramaturgo cheroqui Lynn Riggs se propuso contar la historia. Riggs concibió y escribió la obra durante su estancia en París, donde frecuentaba el Café des Deux Magots, el mismo en el que también garabateaban Ernest Hemingway y Francis Scott Fitzgerald. Pero él tenía la cabeza puesta en el hogar de su infancia. El resultado, *Green Grow the Lilacs* [Verdes crecen las lilas], es una celebración melancólica del territorio indio en el umbral del cambio. Es una obra amable y nostálgica, pero con un final batallador. Cuando aparece en escena un agente federal, los personajes se niegan a cooperar con él porque, explican, están «repletos de sangre india» y consideran Estados Unidos como un «país obsesionado por la piel». Con ese incómodo enfrentamiento, cae el telón.[117]

La obra de Riggs tuvo buena acogida cuando se estrenó en 1931. Sin embargo, hoy no se recuerda por sus propios méritos, sino porque sirvió de base al musical *Oklahoma!* de Richard Rodgers y Oscar Hammerstein. «Mantuve la mayoría de los diálogos de la obra original sin hacer ningún cambio en ellos por la sencilla razón de que no se podían mejorar, al menos no yo», declaró Hammerstein a la prensa.[118]

Sin embargo, sí hubo un cambio importante. Aunque hacia el final del musical hay un enfrentamiento con un policía federal (que termina felizmente), los personajes de *Oklahoma!* no dicen nada de tener «sangre india». De hecho, la palabra «indio» no se pronuncia ni una sola vez en toda la obra. *Oklahoma!* presenta a unos personajes blancos, encantados con la tierra que tienen a su disposición y con arrebatos de éxtasis cuando piensan que pronto van a poder «¡vivir en un nuevo estado!». «Sabemos que pertenecemos a la tierra —cantan—, y la tierra a la que pertenecemos es magnífica».

Es el estribillo jubiloso del colono blanco.

---

[90] Russell Thornton, *American Indian Holocaust and Survival: A Population History since 1492*, Norman, 1987, p. 32. Las estimaciones a la baja y al alza, de Alfred L. Kroeber y Henry F. Dobyns, se valoran y extrapolan en pp. 25-26.

[91] Ibíd., p. 90.

[92] Russell Thornton, *The Cherokees: A Population History*, Lincoln, 1990, cap. 3. Lo que cuento a continuación sobre los cheroquis se basa en Gary E. Moulton, *John Ross: cherokee Chief*, Athens, 1978; Theda Purdue y Michael D. Green, *The Cherokee Nation and the Trail of Tears*, Nueva York, 2007; y Brian Hicks, *Toward the Setting Sun: John Ross, The Cherokees and the Trail of Tears,* Nueva York, 2011.

[93] Hicks, *Setting Sun*, p. 148.

[94] John Ross, «To the Senate», 8 de marzo de 1836, en *The Papers of Chief John Ross*, Gary E. Moulton (ed.), vol. 1, Norman, 1978, p. 394.

[95] Andrew Jackson, Annual Message (Mensaje anual), 8 de diciembre de 1829, *APP*.

[96] Citado en Moulton, *Ross*, p. 38.

[97] Ibíd., p. 51.

[98] El cálculo es sobre la población total, no solo los cheroquis desplazados. Thornton, *Cherokees*, p. 76.

[99] House Committee on Indian Affairs, H. Rep 474, *Regulating the Indian Department,* 23.º Cong., 1.ª ses., 1834, p. 14.

[100] *Register of Debates*, 23.º Cong., 2.ª ses., 20 de febrero de 1835, p. 1.447.

[101] *Register of Debates*, 23.º Cong., 1.ª ses., 25 de junio de 1834, p. 4.776.

[102] *Register of Debates*, 23.º Cong., 2.ª ses., 20 de febrero de 1835, p. 1.454.

[103] Ibíd.

[104] D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*, vol. 2, New Haven, 1993, pp. 99-100.

[105] *Register of Debates*, 23.º Cong., 1.ª ses., 25 de junio de 1834, p. 4.764.

[106] William E. Unrau, *The Rise and Fall of Indian Country, 1825–1855*, Lawrence, 2007, pp. 125-126. Véase también Anne F. Hyde, *Empires, Nations, and Families: A New History of the North American West, 1800–1860*, Lincoln, 2011, parte II.

[107] Laura Ingalls Wilder, *The Little House Books*, Caroline Fraser (ed.), Nueva York, 2012, p. 287. (Ed. cast., *La casa de la pradera*, Barcelona, Noguer, 2010).

[108] Ibíd., p. 366.

[109] Ibíd., p. 401.

[110] Dennis McAuliffe Jr., *The Deaths of Sybil Bolton: An American History*, Nueva York, 1994, pp. 110-117. Véase también Frances W. Kaye, «Little Squatter on the Osage Diminished Reserve: Reading Laura Ingalls Wilder's Kansas Indians», *Great Plains Quarterly* 20, 2000, pp. 123-140.

[111] McAuliffe, *Sybil Bolton*, p. 116.

[112] Roy Gittinger, *The Formation of the State of Oklahoma, 1803–1906,* 1917; Norman, 1939, pp. 264-265.

[113] Ibíd., p. 271.

[114] «The Oklahoma Boomers», *Cherokee Advocate*, 12 de octubre de 1887.

[115] *Statistical Atlas of the United States*, Washington, DC, 1914, p. 40.

[116] Paul Frymer, *Building an American Empire: The Era of Territorial and Political Expansion*, Princeton, 2017, p. 167.

[117] Lynn Riggs, *Green Grow the Lilacs*, Nueva York, 1931, p. 161.

[118] Phyllis Cole Braunlich, *Haunted by Home: The Life and Letters of Lynn Riggs*, Norman, 1988, p. 179.

03

Todo lo que siempre quiso saber sobre el guano y nunca se atrevió a preguntar

Un triunfo poco conocido de la historia mundial es el hecho de que, en las últimas décadas, el mapa haya cambiado poco. Ha habido lugares conflictivos (Irak/Kuwait, Rusia/Ucrania, Sudán), por supuesto, así como el espectacular desmantelamiento de la Unión Soviética. Pero no ha habido nada parecido al desgarrador tumulto cartográfico de siglos anteriores, como las invasiones, revoluciones, conquistas y anexiones que convirtieron Polonia en un acordeón maldito que no dejaba de expandirse y contraerse y que borraron del mapa a la nación india.

La tendencia de las fronteras actuales a permanecer inmutables puede hacer que la forma de los países parezca inevitable. El hexágono de Francia, la bota de tacón de Italia, la aguja increíblemente fina de Chile («una daga que apunta al corazón de la Antártida», bromeó Henry Kissinger):[119] aunque es evidente que son resultado de la historia, resulta difícil imaginar esos países con otra silueta.

Esa es una de las razones por las que cuesta recordar las dudas de los fundadores sobre la expansión hacia el oeste. «Seguro —pensamos — que debieron de ver lo atrofiado, lo inacabado que estaba su pedacito de país». Da satisfacción seguir la historia hasta el final, como si estuviéramos encajando las piezas de un puzle. La compra de Luisiana, clic, Florida oriental y occidental, clic clic, Texas, clic,

Oregón, clic, la guerra con México, clic, y la compra de Gadsden, una franja de tierra en la frontera con México que completó la famosa silueta del mapa del logotipo de Estados Unidos. Clic. Imagen completa, destino manifiesto.

Salvo que la marcha continuó. La silueta del mapa del logotipo solo reflejó con exactitud las fronteras de Estados Unidos durante tres años. Porque en 1857, no mucho después de que se ratificara la compra de Gadsden (1854), comenzó la anexión de pequeñas islas por todo el Caribe y el Pacífico. A finales de siglo tendría casi un centenar.

Las islas no tenían población indígena ni, en aquel entonces, valor estratégico. Eran en general remotas, rocosas y sin lluvia, sitios poco apropiados para el cultivo. Pero daba igual. Poseían lo único que todo el mundo deseaba en el siglo XIX. Tenían «oro blanco», lo que en círculos menos educados se conocía como mierda de pájaro.

Para comprender por qué eran importantes los excrementos de ave, conviene saber un poco sobre la agricultura preindustrial.

La agricultura en los Estados Unidos del siglo XIX no era como la de hoy, con hectáreas de campos abrumadoramente fértiles erizados de cultivos de alto rendimiento. Era una actividad precaria. El motivo por el que las cifras de población de Benjamin Franklin habían alarmado a Thomas Malthus era que a este le preocupaba de dónde saldrían los alimentos para dar de comer a esas generaciones que se multiplicaban sin cesar. Reconocía que las nuevas tierras de cultivo y los suelos vírgenes habían dado a los norteamericanos margen para respirar, pero eso solo podía ser temporal. A la hora de la verdad, escribió, «el poder de la población es tan superior a la capacidad de la tierra de producir alimentos para la subsistencia del hombre que la raza humana acabará recibiendo la visita, de una forma u otra, de una muerte prematura».[120]

A medida que avanzaba el siglo XIX, los agrónomos comprendieron mejor por qué la fertilidad de la tierra iba por detrás de la fecundidad humana. La tierra cultivable contiene nutrientes, sin los cuales no crecen las plantas. El más importante, con diferencia, es el nitrógeno, uno de los cuatro componentes básicos de la vida (CHON: carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno). La tierra que carece de él produce plantas poco desarrolladas, con hojas pálidas y semillas pobres en

proteínas.

Por suerte, el nitrógeno constituye casi cuatro quintas partes del volumen de la atmósfera terrestre. Por desgracia, el nitrógeno de la atmósfera es casi exclusivamente dinitrógeno (N_2), con unos fuertes enlaces triples que hacen que sea no reactivo y, por tanto, inaccesible para las plantas. Y peor aún, la naturaleza proporciona muy pocas formas de convertir el dinitrógeno en un compuesto reactivo utilizable. Una forma son los rayos, y otra las bacterias que viven en los nódulos de las raíces de algunas legumbres, pero nada más.

Los químicos no consiguieron comprender todo este proceso hasta el siglo XIX. Pero los agricultores, a su manera, llevaban milenios sabiéndolo. Todas las tradiciones agrarias, para que duren lo suficiente como para ser verdaderamente tradiciones, necesitan unos métodos para gestionar los flujos de nitrógeno. Es una serie de complejas danzas entre el agricultor y la tierra, coreografiadas por la sabiduría popular y que siguen el ritmo de las estaciones. Se utilizan abonos ricos en nitrógeno, se hace una rotación de cultivos, se queman bosques, se dejan los campos en barbecho o se plantan lentejas. Cada lugar tiene su propia y complicada variante de un tema imperecedero.

Sin embargo, estos complejos sistemas empezaron a tambalearse en el siglo XIX. La industrialización requería materias primas para alimentar las fábricas y grano para alimentar a los hombres y las mujeres que trabajaban en ellas. Las granjas que antes cultivaban productos variados para el consumo local se centraron en los cultivos más rentables, destinados a mercados lejanos. ¿Quién va a perder tiempo en plantar judías cuando los británicos compran algodón a once céntimos la libra y los barcos están esperando?

Peor aún, al llevar los productos del campo a ciudades lejanas, la nueva agricultura rompió el antiguo ciclo que devolvía los residuos —tanto humanos como animales— a la tierra y los nitratos al suelo. Los agrónomos del siglo XIX se estremecían ante el hecho de que las grandes ciudades arrojaran a los ríos y los océanos los desechos nitrogenados que podrían haber fertilizado los campos. El autor de un libro de texto muy utilizado calculaba que el valor anual de las heces humanas «perdidas» era de cincuenta millones de dólares, casi el volumen del presupuesto federal.[121]

Había motivos para preocuparse. Las granjas en cultivo continuo

rendían cada vez menos. El «agotamiento del suelo», como se denominaba, era la pesadilla de la agricultura decimonónica en todo el mundo en vías de industrialización y se había apoderado de las granjas del este. «Por desgracia, es sabido —declaró un experto en agricultura ante el Senado de Nueva York— que hay miles e incluso millones de acres en este estado que en otro tiempo producían veinte fanegas de buen trigo por acre y ahora no dan más de diez».[122]

Los agricultores recorrían la región en busca de material orgánico para esparcirlo en los campos y así reponerlos. La gran variedad de posibilidades que se comentan en la prestigiosa obra de sir Humphry Davy *Elements of Agricultural Chemistry* (1813) da una idea de lo desesperados que estaban. Davy proponía torta de colza, torta de linaza, polvo de malta, algas («lo más frescas posible»), paja, heno estropeado, avena, «simple fibra leñosa», «material de turba inerte», ceniza de leña, «músculos enteros de animales terrestres», restos de animales putrefactos (caballos, perros, ovejas, ciervos y «otros cuadrúpedos»), pescado, grasa, polvo de hueso, virutas de cuerno, pelo, trapos de lana, «vísceras desechadas en las curtidurías», sangre, «escoria sacada de las calderas de los pasteleros», arrecifes de coral, esponjas de mar, orina fresca, «orina podrida», estiércol de paloma, estiércol de gallina, estiércol de conejo, estiércol de ganado, estiércol de oveja, estiércol de ciervo y hollín.[123]

Especialmente interesante era la *poudrette*, una forma cortés de referirse a las heces humanas que tenían uso comercial. El propio Victor Hugo, en *Los miserables* (1862), no pudo llevar a su atormentado héroe Jean Valjean por las alcantarillas de París sin detenerse —de hecho, le dedica todo un capítulo— a comentar que sería verdaderamente mejor que se pudiera encontrar algún uso para los residuos de París. En una parte lamentablemente dejada fuera del musical, Hugo esbozaba su proyecto de fabricar «un aparato tubular doble, provisto de válvulas y esclusas», para llevar los residuos de vuelta a los campos.[124]

Sin embargo, la repatriación de heces a gran escala seguía siendo una fantasía. Las heces de la ciudad estaban demasiado dispersas y eran demasiado pesadas para recogerlas y transportarlas y había pocos «remedios para el suelo» más que cumplieran las expectativas.

Lo que sí daba resultado era el guano. Este término puede

designar cualquier excremento de ave o murciélago utilizado como fertilizante, pero el guano que todo el mundo tenía en mente eran los excrementos ricos en nitrógeno de los cormoranes, piqueros y pelícanos de las islas Chinchas, frente a la costa de Perú. Las islas son lugares atractivos en los que formar colonias para las aves marinas en general. Las Chinchas tenían además la virtud de que no llovía casi nunca. El guano se amontonaba hasta cientos de metros de altura y se endurecía al sol, de modo que las propias rocas de las islas estaban formadas por siglos de excrementos de aves calcificados.[125]

El guano era tóxico, «algo en una especie de botella de olor espantoso, como rapé malo mezclado con gatitos podridos», decía un periódico de Vermont.[126] El senador por Virginia lo consideraba «el material más odioso y desagradable que se pueda imaginar».[127] Su olor fuerte y a amoniaco era llamativo, perceptible a kilómetros de distancia. Los marineros que transportaban guano no podían pasar más de quince minutos bajo cubierta con él. Salían jadeando y a veces sufrían hemorragias nasales o ceguera temporal.[128]

Sin embargo, espolvoreado en pequeñas cantidades sobre las granjas de Norteamérica faltas de nitrógeno, el producto obraba milagros. Los primeros barcos que transportaban guano peruano llegaron en la década de 1840 y desencadenaron de inmediato la locura. Era, alardeaba el *Cleveland Herald*, «el fertilizante más barato, potente, duradero y portátil» de todos.[129] Empezaron a correr leyendas sobre un padre que encerró a su hijo de diez años en un granero con un montón de guano y al abrirlo, horas más tarde, se encontró en su lugar con un hombre adulto, o sobre el agricultor cuyas plantas de pepino cubiertas de guano salieron disparadas de la tierra y lo atraparon con sus ramas.[130]

El guano peruano empezó a llegar al mercado a unos precios especialmente bajos: el cargamento de un barco que llegó a Baltimore en 1843 se vendía a siete centavos la tonelada. Ahora bien, en 1850, la tonelada se vendía a 76 dólares, más de mil veces el precio de siete años antes. En parte, por el aumento de la demanda. Pero también porque la oferta estaba muy controlada por las empresas británicas, que monopolizaban las exportaciones de guano de las Chinchas.[131]

Esto era, por decirlo suavemente, un problema. La «cuestión del

guano» se debatió una y otra vez en el Congreso. («Este tema es mucho menos importante que el ferrocarril del Pacífico», protestó un cansado senador de California;[132] «El senador no ha debido de prestar atención al uso del guano, o no haría ese comentario», fue la cortante respuesta del senador de Virginia). El guano también figuró en cuatro mensajes anuales de los presidentes, sobre todo en el primero de Millard Fillmore. «El guano peruano se ha convertido en un artículo tan deseable», dijo Fillmore, que consideraba un «deber del Gobierno» conseguirlo a un «precio razonable». «Por mi parte, no omitiré nada», prometió a la nación, en el intento de adquirir guano barato.[133]

Partitura de finales del XIX con música en honor de la Era del guano.

No eran palabras huecas. En 1852, el secretario de Estado de Fillmore, Daniel Webster, dio carta blanca a los especuladores para que fueran a las islas Lobos, frente a la costa del norte de Perú y muy ricas en guano, para limpiarlas, y les prometió protección naval, para lo que envió un buque de guerra. Era un plan audaz y peligroso, ya que Perú reclamaba la soberanía de las islas. En respuesta a la medida de Webster, Perú se preparó para la guerra. Un periódico peruano llamó a sus lectores a levantarse y «exterminar a la raza odiada, adueñarse de las propiedades estadounidenses» y «matar antes de que maten a los peruanos».[134]

Los ánimos se calmaron enseguida y Estados Unidos dio marcha atrás («El pingüino peruano ha vencido limpiamente al águila

americana», se rio *The London Times*).[135] Pero era evidente que el guano había estado a punto de desencadenar una guerra interamericana. No había ninguna garantía de que no fuera a ocurrir en el futuro. Una sola isla peruana, insinuó uno de los senadores por Delaware, podía valer más que la compra de Gadsden, Cuba y todo el resto del Caribe juntos.[136]

Sin embargo, había otras formas de sortear el monopolio peruano. Pocos años después de terminar la saga de *Leatherstocking*, que tanto había contribuido a consolidar la mitología en torno a Daniel Boone, James Fenimore Cooper escribió una nueva novela, *The Crater* (1847), sobre una isla rica en guano en el Pacífico Sur. En la novela, un «vasto depósito de guano muy antiguo» cae sobre la llanura de la isla, que, como es natural, estalla en «verdes espacios».[137] Un grupo de viajeros de Estados Unidos lo descubre y forma allí una colonia. Quizá un peñón volcánico a medio camino de Fiyi era un lugar sorprendente para que Cooper situara allí la continuación de sus historias de expansión hacia el oeste, pero el guano ejercía un atractivo magnético.

Y no atraía solo a Cooper. Los especuladores también sospechaban que las islas del Pacífico sin dueño contenían riquezas incalculables de guano. Dos de ellas, Howland y Jarvis, situadas en el Pacífico Central, a más de 1.600 kilómetros de la masa continental más cercana, eran conocidas desde hacía décadas por los balleneros y parecían especialmente prometedoras. Los empresarios del guano se apresuraron a formar la American Guano Company, con un capital de 10 millones de dólares (una cifra que resulta más impresionante si se piensa que todos los gastos federales de 1850 sumaron menos de 45 millones de dólares).[138] Y rogaron al presidente Franklin Pierce que enviara la armada a Howland y Jarvis para proteger sus excavaciones de los intrusos extranjeros.

Pierce no solo accedió a la petición, sino que fue más allá y en 1856 respaldó la Ley de las Islas del Guano. Según sus términos, cada vez que un ciudadano estadounidense descubriera guano en una isla sin dueño y deshabitada, se consideraría que esa isla, «a discreción del presidente, se anexaría a Estados Unidos».[139] Era un término curioso, «se anexaría», como si los redactores hubieran mascullado la parte más importante. Pero lo fundamental era que esas islas pertenecerían, de alguna manera, al país.

Islas del guano reclamadas por Estados Unidos, 1857-1902.
(*Fuente*: Skaggs, *Guano Rush*, apéndice).

Quizá los redactores de la ley tenían razón al mascullar, porque suponía un gran cambio respecto al pasado. En todas las demás etapas de la historia de Estados Unidos, la expansión territorial había sido objeto de polémicas, debates en los periódicos y batallas en el Congreso. Ahora, si se aprobaba la ley, cualquier aventurero que quisiera tendría «libertad para vagar por el Pacífico o por cualquier otro océano y anexionar islas a Estados Unidos», explicó un periódico.[140]

Los miembros del Congreso dudaron: era un «nuevo tipo de legislación» que tendría «consecuencias no solo para el mero suministro de guano».[141] El senador William Henry Seward, que había propuesto la ley, trató de disipar las dudas de sus colegas. Si el proyecto de ley hubiera incluido «la perspectiva de dominio», reconoció, podrían tener razón en cuestionarlo.[142] «Pero el proyecto de ley está redactado de manera que no abarca más que esas rocas inhóspitas […] que no se prestan a instaurar un dominio». Dejando de lado las fantasías de James Fenimore Cooper, Seward prometió que no habría «establecimiento de colonias» en las islas.

Eso fue suficiente para el Congreso. Se aprobó el proyecto de ley y

los especuladores se apresuraron a reclamar sus derechos. Fue una nueva fiebre como la de los territorios, esta vez en el Pacífico y el Caribe. Estados Unidos se hizo con el primer lote de islas en 1857. En 1863, el Gobierno se había anexionado ya 59.[143] Cuando se presentó la última reclamación, en 1902, el imperio oceánico de Estados Unidos comprendía 94 islas guaneras. «El Pacífico será nuestro y el Atlántico principalmente nuestro —ensalzó Walt Whitman—. ¡Qué época! ¡Qué tierra!».[144]

James Fenimore Cooper, que conocía el incomparable poder fertilizante del guano, había concebido su isla ficticia como «un pequeño paraíso».[145] No podía estar más equivocado. Lo que no comprendía era que el guano solo se acumulaba en climas de extrema sequedad, desiertos oceánicos en los que la falta de lluvias permitía que los excrementos de las aves se amontonaran durante siglos. Esas islas eran rocas desnudas, nada de llanuras fértiles, lugares poco propicios para el asentamiento humano.

Pero el guano no llegaba por sí solo a los barcos. La extracción de guano —hacer túneles, escoger y volar el material para transportarlo a bordo— era seguramente el peor trabajo que se podía tener en el siglo XIX. Exigía el mismo esfuerzo agotador y causaba el mismo daño a los pulmones que la extracción de carbón, pero además significaba estar atrapado en una isla calurosa, seca, insalubre y maloliente durante meses. Eran frecuentes las enfermedades respiratorias, que hacían que los trabajadores se desmayaran o tosieran sangre. También las molestias gastrointestinales, consecuencia natural del hacinamiento, la comida podrida y la escasez de agua potable. Las nubes de aves marinas oscurecían el cielo entre chillidos y desataban alguna que otra tormenta fecal («Estábamos completamente envueltos en una espesa capa de estiércol de pájaro», recordaba un visitante).[146] En la isla de Howland correteaba por el suelo una población descontrolada de ratas, lo que añadía otro ingrediente nauseabundo al caldo epidemiológico.

Encontrar trabajadores no era fácil. Los señores peruanos del guano, que no conseguían reclutar a sus compatriotas, recurrían sobre todo a los trabajadores chinos, a los que atraían a los barcos que se dirigían al este con falsas promesas o a veces, sencillamente, secuestraban; entre 1847 y 1874, hubo motines por lo menos en

sesenta y ocho de estos barcos.[147] Los especuladores del guano de Estados Unidos reclutaban su mano de obra principalmente en Hawái, porque consideraban que allí los trabajadores (llamados *kanakas*) tendrían cierta afinidad con el paisaje. «Estos pacientes y resistentes *kanakas* de piel oscura, que excavan y manipulan el guano y manejan el pesado remo a través de olas ardientes desde que amanece hasta el atardecer, bajo el resplandor de un sol ecuatorial […] son una raza de gente extraordinaria», escribió un patrono agradecido, aunque lo que parecía impresionarle más era su capacidad de soportar las dificultades, sobrevivir a las enfermedades y enfrentarse a las peligrosas aguas para conseguir pescado. «El tiburón y el *kanaka* tienen la relación más amistosa que se pueda imaginar», añadió.[148]

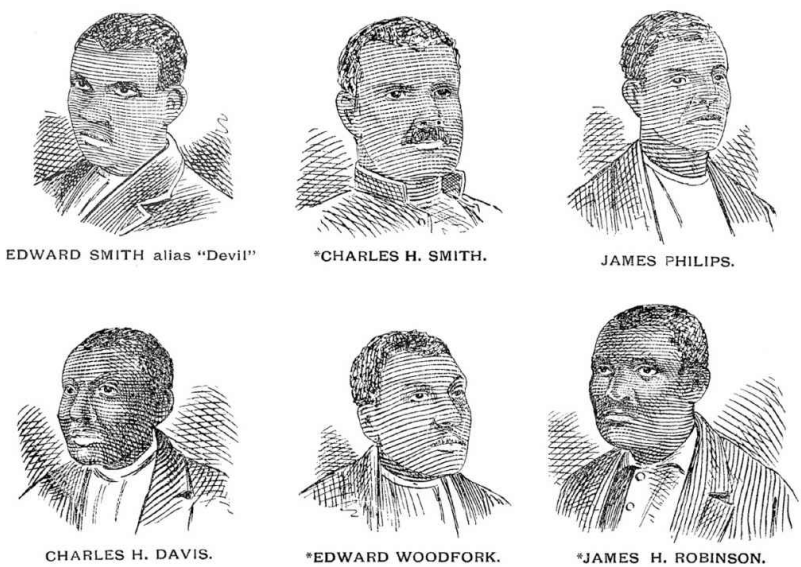
Sin embargo, lo peor estaba al otro lado del mundo, en la pequeña isla caribeña de Navassa, cerca de Haití, que recibía el siniestro apodo de «Isla del Diablo».[149]

Aunque Navassa no tenía mucho guano propiamente dicho, su arrecife de coral estaba repleto de depósitos de fosfato tricálcico, el legado fosilizado de siglos de vida marina y un rico nutriente para los cultivos en suelos agotados. Bajo el control de la Navassa Phosphate Company, esa iba a ser la fuente de fertilizantes más fiable del incipiente imperio insular de Estados Unidos.

La Navassa Phosphate Company reclutó trabajadores entre los afroamericanos de Baltimore. La empresa prometía a aquellos hombres, muchos de ellos analfabetos, una vida tropical dedicada a recoger fruta y llena de bellas mujeres y así los convencía de que firmaran largos contratos y subir a bordo.

Sin embargo, cuando los trabajadores desembarcaban, se encontraban unas condiciones mucho menos idílicas. La isla, abrasada, escarpada y batida por el mar, no tenía ni fruta ni mujeres. Por el contrario, la dieta que permitía era como para producir escorbuto, nada más que galletas y carne de cerdo curada, y la compañía, unos capataces blancos maltratadores. Los artículos de primera necesidad, como camisas, zapatos, colchones y almohadas, solo podían comprarse en la tienda de la empresa a precios desorbitados. Los trabajadores que enfermaban tenían que pagar una multa. A quienes causaban problemas se los «suspendía»: los ataban durante horas al sol con los brazos en alto y las puntas de los pies rozando el suelo.

En 1889, una discusión entre un capataz y un trabajador desembocó en un estallido de violencia. Los oficiales blancos dispararon a los trabajadores, que se defendieron con hachas, navajas, palos, piedras, pistolas viejas y dinamita. En el enfrentamiento murieron cinco oficiales. Un vapor británico que pasaba cerca recogió a los demás blancos y los llevó a Kingston («Nos han tratado como príncipes desde el mismo momento en que nos rescataron», decía con satisfacción el informe).[150] A los trabajadores los llevaron de vuelta a Baltimore, donde recorrieron las frías calles, esposados y en algunos casos sin zapatos, hasta la cárcel municipal.



Los alborotadores de Navassa:
seis de los acusados de la isla de Navassa.

Con cinco cadáveres blancos por los que rendir cuentas y los testimonios sensacionalistas de los agentes supervivientes que publicaban los periódicos («Los carniceros negros», decía un titular medio histérico),[151] no parecía que los acusados tuvieran buenas perspectivas. Los activistas negros de Baltimore recaudaron fondos y contrataron a un formidable equipo jurídico, en el que estaba E. J. Waring, el primer abogado negro que se colegió en Maryland.

Waring y sus colegas señalaron algo que era obvio: las penosas

condiciones en las que vivían los trabajadores desobedientes y cómo los suspendían de las manos. Pero, a la hora de la verdad, el caso se resolvió por un argumento legal presentado a la desesperada. Los abogados insistieron en que no se podía condenar a los alborotadores porque Estados Unidos carecía de jurisdicción. Explicaron que Haití también reclamaba Navassa. Destacaron la ausencia de funcionarios estadounidenses destinados allí. E indagaron a propósito del curioso lenguaje en el que estaba redactada la Ley de las Islas del Guano, en la que se decía que las islas «eran anexos» de Estados Unidos. ¿Anexos? ¿Qué significaba eso exactamente? En opinión de los abogados defensores, Navassa era territorio extranjero.[152]

Se trataba de algo más que un intento de conseguir la libertad de los amotinados. Era un desafío a los fundamentos legales del imperio estadounidense, que rápidamente llegó hasta el Tribunal Supremo. El tribunal se puso del lado de la acusación y aseguró que las leyes estadounidenses abarcaban «inequívocamente» Navassa.[153] Pero la defensa tenía razón. Si era territorio estadounidense, ¿dónde estaba la presencia de la administración?

El presidente Benjamin Harrison se hizo la misma pregunta. Para él era indudable que los amotinados eran «ciudadanos estadounidenses» que trabajaban «en territorio estadounidense».[154] Pero le preocupaba que la Navassa Phosphate Company hubiera convertido una parte de Estados Unidos en un feudo de su propiedad, regido no por la ley, sino por las normas empresariales.

En un llamativo giro de los acontecimientos, Harrison envió un buque de guerra, el *USS Kearsage*, a investigar, una reacción muy distinta a la típica respuesta de la Edad Dorada ante un levantamiento obrero. Cuando los oficiales del *Kearsage* informaron de que Navassa se estaba administrando como «un establecimiento de convictos», aunque sin ni siquiera el cuidado de una prisión por «las comodidades y la limpieza», Harrison se inclinó en favor de los amotinados.[155] Conmutó las sentencias de muerte de los jefes y sacó a colación el tema en su mensaje anual. «Es inexcusable que unos trabajadores estadounidenses se queden, dentro de nuestra propia jurisdicción, sin ningún oficial del Gobierno ni tribunal que pueda protegerlos», dijo.[156]

Fue un estruendoso respaldo presidencial a un principio que hasta entonces había sido confuso. Por muy remotas que fueran aquellas

rocas e islas salpicadas de mierda, a la hora de la verdad, formaban parte de Estados Unidos.

La historia de las islas del guano puede parecer trivial. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tenían unas cuantas docenas de islas deshabitadas? Sin embargo, la locura del guano del siglo XIX dejó tres legados que iban a determinar el destino del Gran Estados Unidos.

El primero fue de tipo jurídico. La Ley de las Islas del Guano, la sentencia del Tribunal Supremo y el respaldo del presidente Harrison a la sentencia dejaron establecido que la expansión de Estados Unidos no se limitaba al continente. En 1889-1890, cuando lo que ocupaba los titulares era la controversia de Navassa, ese aspecto no interesaba demasiado a nadie. Pero en las décadas siguientes iba a ser la base sobre la que se sostendría todo el imperio de ultramar de Estados Unidos.

El segundo legado fue estratégico. Las mismas características que hacían que las islas atrajeran a las aves a formar colonias en ellas las convirtieron, décadas más tarde, en lugares idóneos para construir aeródromos. El imperio puntillista que construyó Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial se levantó, en parte, a partir de esas islas guaneras adquiridas en el siglo XIX.

El tercer y más inmediato legado fue el agrario. En total, los especuladores extrajeron unas cuatrocientas mil toneladas de guano de roca de las posesiones estadounidenses. No era exactamente con lo que soñaban los especuladores, pero fue un botín nada despreciable. [157]

El guano no resolvió la crisis del agotamiento del suelo. Pero, unido al nitrato de sodio chileno que las empresas empezaron a vender más avanzado el siglo, logró contenerla. Los fertilizantes minerales permitieron sostener la agricultura industrial el tiempo suficiente para que los científicos desarrollaran una solución más permanente: fabricar fertilizantes a partir del N_2 no reactivo de la atmósfera.

El hallazgo se produjo en 1909, cuando Fritz Haber, un químico judeoalemán, desarrolló una técnica para sintetizar amoniaco, un compuesto de nitrógeno. En 1914 ya era viable el uso industrial de dicha técnica y, en ese primer año, el método de Haber, llamado proceso Haber-Bosch, produjo tanto nitrógeno reactivo como todo el

guano vendido por Perú.[158] Además, el método Haber-Bosch, a diferencia de la extracción de guano, podía expandirse todo lo que hiciera falta. Y no requería surcar los mares en busca de islas deshabitadas.

Con ese hallazgo, Haber había abierto las puertas para el crecimiento casi ilimitado de la vida humana y abolió la lógica maltusiana.[159] El agotamiento de la tierra dejó de ser una preocupación; solo había que añadir más productos químicos. Sin Haber-Bosch, y al ritmo actual de consumo, la Tierra no podría sostener más que a unos dos mil cuatrocientos millones de personas. Es decir, menos de la mitad de la población actual.[160]

Al inventar la síntesis del amoniaco, Fritz Haber se convirtió posiblemente en el ser más importante del planeta. Pero el precio que pagó en su vida personal fue inmenso. Su esposa, Clara, también era una prometedora química judeoalemana, la primera mujer que se doctoró en la Universidad de Breslavia. Las mujeres de la localidad habían acudido en masa a presenciar la entrega de su título: «Pocas veces ha asistido tanta gente a la concesión de un doctorado», informó el periódico.[161] Sin embargo, después de casarse, Clara abandonó sus investigaciones, se convirtió en una *Hausfrau* y dedicó su vida a apoyar a Fritz.

Fue un matrimonio como el de *El retrato de Dorian Gray*: cuanto más florecía Fritz, más se marchitaba Clara. Justo cuando su marido estaba perfeccionando su invento, Clara escribió una angustiosa carta a su antiguo mentor científico. «Lo que Fritz ha ganado en estos últimos ocho años —e incluso más— lo he perdido yo, y lo que queda me llena de la más profunda insatisfacción».[162]

Fritz había ganado mucho. Su invento le valió la dirección de un nuevo instituto en Berlín y un lugar fundamental dentro del mundo científico alemán (una posición que utilizó para promover la carrera de un joven físico judío de gran talento llamado Albert Einstein). Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Haber se ofreció como voluntario. Propuso que el amoniaco que salía de las fábricas de fertilizantes alemanas se reutilizara como explosivo para reforzar las menguantes reservas de municiones del país. Dado que la guerra impedía que Alemania tuviera acceso a los nitratos importados, esta era una contribución esencial. El presidente de la Sociedad Química

de Estados Unidos calculó que Alemania habría perdido la guerra a principios de 1916 si Haber no hubiera repuesto sus reservas de explosivos de nitratos.[163]

Pero Haber no se detuvo ahí. Reunió a un supergrupo de científicos alemanes, cuatro de los cuales, como el propio Haber, acabarían galardonados con el Premio Nobel. Desde su posición de supervisor del grupo, presentó su segundo gran invento: el gas venenoso.

Haber no solo lo inventó, sino que vigiló personalmente su estreno en 1915, cuando se arrojaron cuatrocientas mil toneladas de gas de cloro sobre tropas argelinas en la batalla de Ypres. Es una ironía histórica deliciosa que el hombre que salvó al mundo de la inanición fuera también el padre de las armas de destrucción masiva.

Todo ello le granjeó a Haber aún más honores: un cargo militar, la Cruz de Hierro y una audiencia con el emperador. La única que no parecía muy contenta era Clara. Justo después de gasear a los argelinos en Ypres, Fritz hizo una rápida visita a casa. Lo que sucedió entre marido y mujer durante esa visita se ha perdido para la historia, pero, cuando Fritz se fue a dormir, Clara le cogió el revólver de servicio, salió al jardín y se disparó en el corazón. Al día siguiente, Fritz volvió al frente.

Hoy en día existe un gran interés por Clara, especialmente en Alemania, donde se la evoca como una mártir de la ciencia. No se conserva ninguna nota suya, y Fritz se negó a hablar del tema, de modo que es imposible saber con certeza por qué se suicidó. Seguramente intervinieron muchos motivos. Pero el momento de su suicidio y algunos de los testimonios de quienes la conocieron han llevado a muchos a pensar que lo hizo para protestar por el invento de su marido.[164]

Si fue así, fue un acto premonitorio. Después de la guerra, Fritz continuó su trabajo y su instituto desarrolló un prometedor insecticida llamado Zyklon A. Con ligeras modificaciones y el nombre de Zyklon B, iba a emplearse contra otros judíos como Fritz y Clara, aunque esta vez no en el campo de batalla, sino en cámaras de gas. La familia de Clara formó parte de los que murieron en los campos.

Por suerte, no todos perecieron. Aunque el nombre de casada de Clara era Haber, hoy se la conoce por su nombre de soltera, el nombre

con el que defendió su tesis: Clara Immerwahr.

Su primo Max era mi bisabuelo.

---

[119] Lubna Z. Qureshi, *Nixon, Kissinger, and Allende: U.S. Involvement in the 1973 Coup in Chile*, Lanham, Maryland, 2009, p. 86.

[120] Thomas Robert Malthus, *First Essay on Population*, Londres, 1798, p. 44.

[121] George E. Waring, *The Elements of Agriculture*, Nueva York, 1854, p. 129, tratado en Richard A. Wines, *Fertilizer in America: From Waste Recycling to Resource Exploitation*, Filadelfia, 1985, p. 25.

[122] «Selections by the Committee: Extracts from Dr. Lee's Report in N. Y. Legislature», *Sentinel and Witness,* Middletown, Connecticut, 7 de mayo de 1845.

[123] Humphry Davy, *Elements of Agricultural Chemistry*, Londres, 1813, conferencia 6. Sobre fertilizantes he aprendido mucho de Ariel Ron, «Developing the Country: 'Scientific Agriculture' and the Roots of the Republican Party», tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, 2012.

[124] Victor Hugo, *Les Misérables*, trad. ingl. de Isabel F. Hapgood, Nueva York, 1887, 2, p. 85. (Ed. esp., *Los miserables*, Barcelona, Planeta, 2012).

[125] Los mejores estudios sobre el guano son Wines, *Fertilizer;* Jimmy M. Skaggs, *The Great Guano Rush: Entrepreneurs and American Overseas Expansion,* Nueva York, 1994; Edward D. Melillo, «The First Green Revolution: Debt Peonage and the Making of the Nitrogen Fertilizer Trade, 1840–1930», *American Historical Review* 114, 2012, pp. 1.028-1.060; y Gregory T. Cushman, *Guano and the Opening of the Pacific World: A Global Ecological History*, Cambridge, 2013.

[126] «Guano», *Vermont Watchman and State Journal*, 27 de diciembre de 1844.

[127] *Congressional Globe*, 34.º Cong., 1.ª ses., 1856, p. 1.740.

[128] «Beauties of Guano Digging», *New York Herald*, 3 de mayo de 1845; Skaggs, *Guano Rush*, p. 160.

[129] «Guano», *Cleveland Herald*, 19 de julio de 1844.

[130] «The Effects of Guano—Munchausen Beaten All Hollow!!!», *Weekly Raleigh Register and North Carolina Gazette*, 27 de junio de 1845; «Remarkable Properties of Guano», *The Floridian*, 4 de septiembre de 1847.

[131] Melillo, «First Green Revolution», p. 1.044.

[132] *Congressional Globe*, 34.º Cong., 1.ª ses., 1856, p. 1.741.

[133] Millard Fillmore, First Annual Message (Primer mensaje anual), 12 de diciembre de 1850, *APP*.

[134] Dan O'Donnell, «The Lobos Islands: American Imperialism in Peruvian Waters in 1852», *Australian Journal of Politics and History* 39, 2008, p. 45.

[135] *London Times*, 6 de octubre de 1852.

[136] *Congressional Globe*, 33.º Cong., 1.ª ses., 1854, p. 1.194.

[137] James Fenimore Cooper, *The Crater, or, Vulcan's Peak*, vol. 1, Nueva York, 1847, pp. 186, 185.

[138] Skaggs, *Guano Rush*, p. 54; los gastos federales en 1850 ascendieron a 44,8 millones de dólares según el Departamento del Tesoro estadounidense, *Annual Report of the Secretary of the Treasury on the State of Finances for the Fiscal Year Ended June 30, 1934*, 1935, p. 303.

[139] *Guano Islands Act*, *U.S. Code* 48 (1856), §1.411.

[140] Rene Bach, «Our Ocean Empire», *Morning Oregonian*, 11 de julio de 1897.

[141] *Congressional Globe*, 34.º Cong., 1.ª ses., pp. 1.856, 1.699, 1.698.

[142] Ibíd., p. 1.698.

[143] Skaggs, *Guano Rush*, pp. 71, 199.

[144] Walt Whitman, *Democratic Vistas and Other Papers*, Londres, 1888, p. 66.

[145] Cooper, *The Crater*, p. 184.

[146] Gregory Rosenthal, «Life and Labor in a Seabird Colony: Hawaiian Guano Workers, 1857–1870», *Environmental History*, 17, 2012, p. 764.

[147] Melillo, «First Green Revolution», p. 1.047.

[148] «Life on a Guano Island», *Weekly Georgia Telegraph*, 7 de mayo de 1869.

[149] Sobre Navassa, me baso en W. M. Alexander, *The Brotherhood of Liberty, or, Our Day in Court*, Baltimore, 1891; John Cashman, «'Slaves under Our Flag': The Navassa Island Riot of 1889», *Maryland Historian* 24, 1993, pp. 1-21; Skaggs, *Guano Rush*, cap. 10; y Jennifer C. James, «'Buried in Guano': Race, Labor, and Sustainability», *American Literary History* 24, 2012, pp. 115-142.

[150] «Rescued from Death», *Rocky Mountain News*, 11 de octubre de 1889.

[151] «The Black Butchers», *Galveston Daily News*, 11 de octubre de 1889.

[152] «The Navassa Murder Cases», *The Nueva York Age*, 19 de abril de 1890; Christina Duffy Burnett, «The Edges of Empire and the Limits of Sovereignty: American Guano Islands», *American Quarterly* 57, 2005, pp. 779-803.

[153] *Jones v United States*, 137 US 211 (1890).

[154] Harrison, citado en «Sentence Commuted», *Atchison Champion,* 19 de mayo de 1891.

[155] «The Navassa Prisoners», *Nueva York Age*, 30 de mayo de 1891.

[156] Benjamin Harrison, Third Annual Message (Tercer mensaje anual), 9 de diciembre de 1891, *APP*.

[157] Skaggs, *Guano Rush*, p. 153.

[158] Cushman, *Guano*, p. 155.

[159] He utilizado especialmente Vaclav Smil, *Enriching the Earth: Fritz Haber, Carl Bosch, and the Transformation of World Food Production,* Cambridge, Massachusetts, 2001; Dietrich Stolzenberg, *Fritz Haber: Chemist, Nobel Laureate, German, Jew*, Filadelfia, 2004; y Daniel Charles, *Master Mind: The Rise and Fall of Fritz Haber, the Nobel Laureate Who Launched the Age of Chemical Warfare*, Nueva York, 2005.

[160] Smil, *Enriching the Earth*, p. 160.

[161] Charles, *Master Mind*, p. 49.

[162] Stolzenberg, *Haber*, p. 174.

[163] Julius Stieglitz, introducción a Edwin E. Slossen, *Creative Chemistry*, Garden City, Nueva York, 1919, p. iii.

[164] Morris Goran asegura —y esa afirmación se ha citado con frecuencia— que Clara pensaba que el gas venenoso era «no solo una perversión de la ciencia», sino también una señal de «barbarie», y «rogó a su marido» que se olvidara de él (*The Story of Fritz Haber*, Norman, 1967, p. 71). Pero Goran no ofrece ninguna prueba documental. Más precavida es la versión de Bretislav Friedrich y Dieter Hoffman, «Clara Haber, nee Immerwahr (1870–1915): Life, Work and Legacy», *Zeitschrift für Allgemeine und Anorganische Chemie* 642, 2016, pp. 437-488.

04

El día más afortunado de Teddy Roosevelt

Si hubo un símbolo que definió la presidencia en la época del auge de los asentamientos, fue la cabaña de madera. A los votantes les encantaba la idea de que sus líderes fueran hombres del pueblo que bebían sidra, vivían en una casa rústica, manejaban el hacha y luchaban contra los osos en el salvaje oeste. Y los candidatos estaban muy contentos de complacerlos, así que presumían de sus raíces rurales en sus discursos de campaña.

Pero era todo más bien falso. Los poderosos normalmente proceden de lugares con poder.[165] Nunca ha habido un presidente nacido en uno de los territorios; aunque algunos pasaron épocas en ellos, casi nunca fue durante mucho tiempo. De jóvenes, Abraham Lincoln y Zachary Taylor se trasladaron con la familia a los territorios del oeste, pero justo antes de que se convirtieran en estados (solo unos meses antes, en el caso de Lincoln). Andrew Jackson, Zachary Taylor y William Henry Harrison trabajaron en los territorios posteriormente, pero al servicio de los Gobiernos territoriales designados por el Gobierno federal, no como colonos. Harrison, para quien se inventó el mito de la «cabaña de madera», pasó su infancia en una opulenta plantación de Virginia y, cuando vivió en el Territorio del Noroeste,

no fue en una cabaña, sino en la residencia del gobernador.

En otras palabras, pocos políticos importantes tuvieron verdaderamente que ver con el auge de los asentamientos. Pocos, claro está, excepto Theodore Roosevelt.

Como su prestigioso apellido indica, Roosevelt era un vástago de la clase dirigente atlántica. Nació en el seno de la aristocracia neoyorquina: su padre ayudó a fundar el Museo Metropolitano de Arte y el Museo Americano de Historia Natural. Educado en Harvard y joven promesa del mundo de la política reformista, «Thee», nombre con el que firmaba sus cartas, era el purasangre de la costa este con más pedigrí que se podía encontrar en el país.

Sin embargo, también tenía una parte de mustang del oeste en él. En 1883, Roosevelt salió de Nueva York con destino al territorio de Dakota, donde construyó un rancho en la frontera de las Badlands y se sumergió en la vida de pionero con el fervor de un converso. A diferencia de Harrison, él sí vivió en una cabaña de madera. Durante cuatro años, interrumpidos por viajes al este, Roosevelt taló árboles, acorraló bandidos, cazó y se enfrentó a los elementos. Tuvo amigos como el empresario del espectáculo sobre el Salvaje Oeste Buffalo Bill Cody; Pat Garrett, el hombre que mató a Billy el Niño; y Seth Bullock, el famoso *sheriff* de Deadwood.

Fueron días de gloria, que Roosevelt se apresuró a narrar con detalle en una serie de libros: *Hunting Trips of a Ranchman* (1885), *Ranch Life and the Hunting Trail* (1888), *The Wilderness Hunter* (1893) y otros. Son volúmenes tediosos y repetitivos, dedicados sobre todo a sus enfrentamientos con lobos, ciervos, linces y osos (en un episodio que en retrospectiva resulta inquietante, dispara contra un águila). Los libros, con poco argumento, contienen sobre todo la sabiduría rural que había ido adquiriendo: «La mejor manera de matar a un venado es buscarlo con sigilo en su refugio al anochecer», o «Los antílopes son muy duros y aguantan una gran cantidad de plomo si no reciben un disparo en el lugar adecuado».[166]

A los novatos, el futuro presidente les dedicaba palabras de aliento. «El cerebro de un oso es aproximadamente como una botella de una pinta —escribió—. Cualquiera puede acertar fácilmente a una botella de una pinta a treinta o cuarenta pies».[167]

Es indudable que la interpretación del hombre de las montañas

que hacía Thee tenía algo de payasada: un niño grande que jugaba a indios y vaqueros. El elemento fantasioso alcanzó su apogeo con el Boone and Crockett Club, una organización nacional creada por él para fomentar «la virilidad, la independencia y la capacidad de superarse» mediante la promoción de la caza.[168] Atrajo sobre todo a hombres de negocios del este: el banquero J. P. Morgan, los políticos Elihu Root y Henry Stimson y el autor Owen Wister, nacido en Filadelfia y educado en París y Harvard, cuya novela de vaqueros *El virginiano* (dedicada a Roosevelt) estableció el género del *western*.

Ve al Oeste, joven Theodore: aquí posa con su atuendo dakota en un estudio de Nueva York, 1885.

Normalmente, el club se reunía en Manhattan o en Washington, DC. Sin embargo, en un gesto hacia la vida de esfuerzo, Roosevelt ordenó que se le construyera una cabaña de madera en medio de la

gran arquitectura clásica de la Exposición Colombina de Chicago en 1893. Allí, rodeados de pistolas, cuchillos, naipes y lazos, sus compañeros admiradores de Boone y Crockett y él cenaron y bebieron champán en el suelo de tierra.[169]

Para Roosevelt, esa actitud no era una mera actuación. Se lo creía de verdad. Roosevelt se identificaba instintivamente, como ningún otro presidente anterior o posterior, con las fuerzas históricas que habían extendido las fronteras del país hacia el oeste y lo habían llenado de colonos blancos.

Roosevelt plasmó su visión de Estados Unidos como un país de pioneros en *The Winning of the West*, su erudito estudio sobre «las grandes hazañas de la gente de la frontera» en cuatro volúmenes.[170] Era una historia llena de sangre, una lucha con uñas y dientes. Roosevelt soportaba mal a «los estadistas de la costa atlántica», que eran congénitamente «incapaces de valorar por completo la magnitud de los intereses en juego en el oeste».[171] En su opinión, los verdaderos autores de la historia de la nación no eran ni George Washington ni Thomas Jefferson, sino Daniel Boone y Davy Crockett, que habían luchado contra los indios y se habían abierto paso a través de los bosques.

Las escaramuzas fronterizas emprendidas por aquellos hombres habían sido desagradables, reconocía Roosevelt, «singularmente repugnantes y bárbaras».[172] Pero eran necesarias. «En el fondo, la más justa de todas las guerras es la guerra contra los salvajes, aunque tiende a ser también la más terrible e inhumana —escribió—. El colono rudo y feroz que expulsa al salvaje de unas tierras pone a toda la humanidad civilizada en deuda con él».[173]

Roosevelt se consideraba a sí mismo uno de esos rudos y feroces colonos. Pero no expulsó a ningún salvaje de ninguna tierra. No podía, había llegado al oeste demasiado tarde. «Las luchas sangrientas y las campañas interminables»[174] se habían acabado, explicaba con pesar mal disimulado. A lo más que llegó fue a encontrarse con una partida de cuatro o cinco sioux armados que iban de caza. Le aseguraron que iban en son de paz, les apuntó con el rifle y ellos huyeron mientras le insultaban.[175]

«La frontera tal como era ha llegado a su fin», reflexionó un

abatido Roosevelt en 1892.[176]

No era el único que lo pensaba. Un año después, el joven historiador Frederick Jackson Turner hizo una reflexión similar y la enunció en forma de hipótesis, la que hoy se conoce como «tesis de la frontera», de enorme influencia.[177] La frontera, el Salvaje Oeste, decía Turner, había sido la gran fuerza regeneradora de la vida estadounidense, la fuente de la democracia, el individualismo, el sentido práctico y la libertad. Sin embargo —añadía—, de acuerdo con el censo, esa frontera ya no existía en 1890. El peligro evidente era que el carácter nacional muriera con ella.

«Creo que tiene usted unas ideas de gran categoría», le dijo Roosevelt a Turner.[178]

Lo que Roosevelt y Turner habían notado no era un hecho exclusivo de Estados Unidos, sino del mundo. Para las sociedades en proceso de industrialización, el siglo XIX había sido un periodo de expansión relativamente fácil. Estados Unidos se había extendido hacia el oeste, Rusia hacia el este y las potencias europeas hacia el sur, hacia las colonias de Asia y África.

Sin embargo, a finales de siglo parecía que ya no quedaba más. La Nación India había quedado reducida casi a la nada, África estaba fragmentada e incluso en las islas del Pacífico, excepto unas cuantas muy al sur, ondeaban las banderas de Gobiernos lejanos. Si añadimos zonas como Latinoamérica, Oriente Medio y China, que se habían dividido en esferas de influencia y control comercial, era difícil ver hacia dónde podía continuar la expansión en el futuro.

«El mundo está casi todo parcelado y lo que queda de él se está repartiendo, conquistando y colonizando», se lamentó el archiimperialista británico Cecil Rhodes. Las fronteras mundiales se habían cerrado.[179]

Roosevelt se podría haber desanimado por ello. Pero, al mismo tiempo que leía las advertencias de Frederick Jackson Turner sobre el fin de la frontera, también estudiaba la obra de otro historiador, el capitán Alfred Thayer Mahan, de la Escuela de Guerra Naval. El extenso tratado escrito por Mahan de 1890, *The Influence of Sea Power upon History*, no era precisamente el libro más fascinante jamás publicado. Pero incluía una sólida sugerencia. Ahora que, según Turner, la tierra

ya estaba cerrada —sostenía Mahan—, los mares estaban abiertos.

A Mahan no le importaban la democracia ni el individualismo, como a Turner. Lo que le interesaba era el comercio. La riqueza de las naciones, argumentaba, procedía del comercio marítimo. Pero los barcos no podían zarpar sin más hacia tierras lejanas. Necesitaban puertos, sitios en los que repostar, almacenes y otras estaciones de paso en su ruta. Y también necesitaban protección naval, para lo que hacían falta más bases de ultramar.

En teoría, un país no necesitaba tener sus propias bases. Podía pedirlas prestadas a potencias amigas, y Estados Unidos ya lo había hecho. Pero solo era posible en tiempos de paz y, en una época de cierre de fronteras, la paz entre las grandes potencias se había vuelto frágil. Mahan advirtió que la guerra podría cerrar los mares a Estados Unidos y entonces sus barcos serían «como aves terrestres, incapaces de volar lejos de sus propias costas».[180]

La amenaza era seria. Cuanto más se industrializaban los países, más necesitaban importar productos de lugares lejanos. Necesitaban caucho del sudeste asiático, yute de la India (para embalar), aceite de palma de África occidental (que era un lubricante industrial), tungsteno de Corea (para filamentos de bombillas) y cobre de Sudamérica. A veces, la Revolución Industrial podía parecer una búsqueda de productos tropicales poco conocidos por todo el mundo.

Estados Unidos tuvo su primera experiencia de este tipo en la década de 1840, cuando se dio cuenta de que no podía explotar las granjas sin guano, que no existía en su territorio nacional. Una opción habría sido comprarlo a otros países. Pero las maquinaciones del monopolio británico-peruano inspiraron otra solución: Estados Unidos fijaría sus fronteras. Así el país tendría cierta seguridad. Incluso en tiempos de guerra, el guano seguiría llegando.

El argumento tenía un carácter mucho más general y no se limitaba solo al guano. La anexión de territorios podría asegurar tanto las rutas marítimas como las materias primas tropicales a las que esas rutas daban acceso.

Como teórico naval, a Mahan le preocupaban más las rutas que los destinos. Veía el océano como una «gran carretera» y estaba decidido a que Estados Unidos se mantuviera en ella.[181] En teoría, para proteger y aprovisionar las rutas marítimas bastaba con disponer de

una serie de puestos —unos puertos seguros— a lo largo del camino. Pero, como reconocía Mahan, para defender aunque solo fuera uno de esos puertos ante un ataque hostil, había que controlar el territorio que lo rodeaba. De ahí la tendencia de las bases a convertirse en auténticas colonias.[182]

A pesar de que la obra histórica de Mahan era larga y árida, sus ideas fueron recibidas con gran entusiasmo. *Influencia del poder naval en la historia* se tradujo rápidamente a los principales idiomas. Mahan cenó con la reina Victoria y recibió títulos honoríficos de Oxford y Cambridge. El káiser Guillermo II, con quien también cenó, le escribió para decirle que estaba «devorando» el libro y compró ejemplares para todos los barcos de la flota alemana. La academia naval de Japón adoptó *Influencia del poder naval* como libro de texto.[183]

En Estados Unidos, Mahan encontró un lector entusiasta en Theodore Roosevelt. «Durante los dos últimos días he dedicado la mitad de mi tiempo, ocupado como estoy, a leer su libro —escribió a Mahan—. O mucho me equivoco o va a ser un clásico de la literatura naval».[184]

Para Roosevelt no era solo un clásico naval. Era un manual de estrategia para un país dinámico que acababa de toparse con los límites de su propio crecimiento. Estados Unidos debía conquistar un imperio. Y si tenía que arrebatárselo a otros imperios existentes, así lo haría.

«Recibiría con agrado casi cualquier guerra —declaró Roosevelt en 1897—, porque creo que este país la necesita».[185]

No era difícil adivinar dónde. En un mundo de imperios en ascenso, había uno que se tambaleaba de forma visible: el de España. El vasto imperio que en otro tiempo se extendía desde California hasta Buenos Aires se había quedado reducido a Cuba y Puerto Rico en el hemisferio occidental y a las Filipinas y otras islas dispersas por el Pacífico en Oriente.

E incluso estas le eran difíciles de mantener. A finales del siglo XIX hubo oleadas de rebelión en Cuba, Filipinas y, en menor medida, Puerto Rico. Donde más claro estaba el debilitamiento del poder español era en Cuba, que había sufrido la guerra de los Diez Años (1868-1878), la «Guerra Chiquita» (1879-1880) y pequeñas

insurrecciones en 1883, 1885, 1892 y 1893 (dos en este año). En 1895, los rebeldes cubanos exiliados regresaron para librar otra gran guerra.[186] Filipinas tuvo su propia serie de levantamientos que culminaron en una guerra total en 1896.

Ante una rebelión hay dos maneras de reaccionar: con reformas o con la fuerza. Madrid probó con ambas. Cuba y Puerto Rico obtuvieron cierto grado de autonomía política. Pero, al mismo tiempo, España peleó contra los rebeldes cubanos, lo que obligó a la mayor parte de la población rural a refugiarse en ciudades fortificadas y convirtió el campo en zona de combate. Como era de esperar, las consecuencias fueron enfermedades generalizadas, hambre y muerte. En dos años murieron cientos de miles de cubanos.

En Filipinas, la confusión de España sobre si conciliar o conquistar se vio en su forma de tratar a los dirigentes nacionalistas. Ejecutó al reformista José Rizal, un novelista y médico muy culto cuyos modestos objetivos no incluían la plena independencia. Al joven revolucionario Emilio Aguinaldo, que propugnaba la guerra de guerrillas, España le pagó y lo envió a un cómodo exilio voluntario en Hong Kong.

No sirvió de nada. Las rebeliones continuaron y, a medida que aumentaba el número de muertos en Cuba, todo se convirtió en un escándalo internacional. Aquella no era una «guerra civilizada», reprendió el presidente William McKinley cuando vio al Gobierno español masacrar a sus súbditos cubanos. Era «un exterminio».[187]

Los periódicos exprimieron y exageraron la noticia, con una imagen de Cuba como una damisela en apuros cuya morena virtud estaba siendo mancillada por los voraces católicos de España.[188] ¿Debía Estados Unidos entrar en la refriega? ¿Quizá debería asumir el control? El debate fue largo y ruidoso. Roosevelt, que entonces era subsecretario de Marina, se ofreció para ir en persona a invadir Cuba. Pero las opiniones estaban decididamente encontradas y McKinley optó por actuar a medias. A instancias de Roosevelt, aceptó estacionar un buque de guerra, el *USS Maine*, frente a la costa de La Habana como muestra de determinación. Aparte de eso, prefería seguir esperando.

Pero no esperó mucho. El 15 de febrero de 1898, el *Maine* sufrió una misteriosa explosión que mató a 262 hombres. Dependiendo de

quién lo explicara, podía considerarse un acto de guerra.

«No pienso dejarme arrastrar por la catástrofe —escribió McKinley al día siguiente—. El país puede permitirse esperar a emitir su juicio y no asestar el golpe de la venganza hasta que se conozca la verdad».[189]

Roosevelt no fue tan prudente como McKinley. «Una sucia traición de los españoles», diagnosticó, y los periódicos se mostraron de acuerdo.[190] «¡Recordad el *Maine*!» sustituyó a «¡Recordad el Álamo!» como grito de guerra de una nación herida.

En retrospectiva, McKinley tenía razón en dudar. Por lo que se sabe, la explosión del *Maine* fue probablemente resultado de una combustión espontánea en sus carboneras, un riesgo sorprendentemente habitual en aquella época (apenas un mes después, los almacenes de carbón del *USS Oregon* estallaron en llamas de forma espontánea). Fuera cual fuera la causa, McKinley estaba ansioso por evitar una escalada del conflicto con España. «Ya he vivido una guerra —dijo, recordando su servicio en la guerra civil estadounidense—. He visto cómo se amontonan los muertos. No quiero ver otra».[191]

Roosevelt meneó la cabeza. «Me temo que McKinley está empeñado en que haya paz».[192]

Normalmente, cuando el presidente de Estados Unidos quiere una cosa y el subsecretario de Marina quiere otra, tanto la costumbre como la Constitución dictan que prevalece el presidente. Pero Roosevelt tenía una asombrosa habilidad para orquestar los acontecimientos en su favor.

Le ayudó el hecho de que dependía de John D. Long, el secretario de Marina, una figura apacible y venerable («perfectamente adorable», murmuraba Roosevelt, embobado),[193] propenso a ausentarse durante bastante tiempo. Roosevelt tenía poca paciencia para los detalles burocráticos, pero había uno que comprendía con la máxima claridad: cuando Long no estaba, Roosevelt era, técnicamente, el secretario de Marina en funciones.

El 25 de febrero de 1898, Long se tomó la tarde libre para visitar a un osteópata y Roosevelt entró en acción. Ordenó a todos los comandantes de escuadra que tuvieran sus barcos llenos de carbón, requisó munición para tener reservas, alertó a los jefes de estación sobre la posibilidad de una guerra y envió a las dos cámaras del

Congreso sendas peticiones para que aprobaran el reclutamiento ilimitado de marineros. Las más fatídicas fueron las órdenes que envió al comodoro George Dewey, de la Escuadra Asiática.

Un observador de paso quizá habría preguntado por qué era necesaria la intervención de la Escuadra Asiática si se trataba de una revolución en Cuba. Pero Roosevelt, envalentonado por Mahan, estaba pensando en un ataque total al imperio español. Esperaba que, si llegaba la guerra, «podría soltar a Dewey como un perro lobo de la correa».[194] De modo que ordenó al comodoro que reuniera sus barcos en Hong Kong y, en caso de guerra, atacara las Filipinas.

El secretario de Marina, Long, había ordenado a Roosevelt que «se ocupara de los asuntos rutinarios de la oficina mientras yo tenía un día libre».[195] A su regreso le sorprendió ver que su subordinado había sentado las bases para una guerra transoceánica. Aun así, probablemente por miedo a tomar cualquier medida que los periódicos pudieran interpretar como signo de debilidad, permitió que se mantuvieran las órdenes de Roosevelt.

Como era de esperar, McKinley cedió ante el sentimiento popular y declaró la guerra. Los antiimperialistas del Congreso, decididos a evitar que la situación se descontrolara, aprobaron una enmienda a la declaración de guerra: Estados Unidos podía luchar contra España, pero no podía anexionarse Cuba.

Pero la enmienda no decía nada sobre las Filipinas, a las que el comodoro Dewey se encaminó a toda prisa.

La batalla de la bahía de Manila, nombre con el que se conoce el choque, fue un comienzo favorable para la guerra.[196] «Se enfrentaban la civilización del siglo XIX y el medievalismo del siglo XV», [197] escribió el asistente de Dewey. El 1 de mayo de 1898, en poco más de seis horas, Dewey hundió o capturó todos los barcos españoles. El capitán del buque insignia de España murió en combate. El comandante de las baterías costeras españolas se suicidó.

La única víctima mortal en Estados Unidos se debió a un ataque al corazón.

«La escena de aquella noche fue horrible, pero grandiosa —declararon los tripulantes del buque insignia de Dewey que habían visto arder la flota española—. De vez en cuando estallaba un polvorín

y era como la erupción de un volcán, lanzando al aire sus restos en llamas».[198]

McKinley, mientras tanto, pidió 125.000 voluntarios para librar la guerra en el Caribe. El Ejército se vio inundado de solicitudes. Y dando saltos de entusiasmo, en el primer puesto de la fila, estaba un tal Theodore Roosevelt, subsecretario de Marina.

El afán de Roosevelt por dejar su puesto y unirse al Ejército desconcertó a sus amigos. «¿Ha muerto su mujer? ¿Se ha peleado con todo el mundo? ¿Está loco?», se preguntó el historiador Henry Adams.[199]

El Congreso había autorizado la formación de tres regimientos voluntarios de caballería y a Roosevelt se le ofreció el mando de uno de ellos. En un momento poco frecuente de discreción lo rechazó y, en su lugar, consiguió que asumiera el cargo su amigo Leonard Wood, con el rango de coronel. Roosevelt aceptó un rango inferior, teniente coronel, y empezó a reunir a sus hombres.

El Primer Regimiento Voluntario de Caballería reclutó a gente de todo el país, y Roosevelt estaba orgulloso de haber atraído no solo a hombres de Harvard, sino también a graduados de Yale y Princeton. Pero los antiguos alumnos de la Ivy League no eran más que una pequeña parte del regimiento. Para alegría de Roosevelt, la mayoría de sus reclutas procedían de los territorios, de «las tierras que se han ganado más recientemente para la civilización blanca y cuyas condiciones de vida son las más parecidas a las que había en el oeste cuando todavía era Salvaje Oeste»: Arizona, Nuevo México, Oklahoma y la Nación India.[200] En el Primero Voluntario de Caballería, más conocido como los Rough Riders («Jinetes Salvajes»), había numerosos hombres que entre sus hazañas presumían de haber luchado contra los indios.

Curiosamente, el regimiento también contaba con unos cuantos nativos americanos. Y Roosevelt también estaba orgulloso de ello, aunque creía que quienes carecían de ascendencia blanca eran de un «tipo más salvaje» y necesitaban que ejerciera «dura disciplina» con ellos. «Y aprendían», escribió.[201]

Completada su unidad, Roosevelt partió hacia Cuba. Viajó con dos caballos, su sirviente negro («el más fiel y leal de los hombres»),[202] un revólver que habían sacado de los restos del *Maine* y un ejemplar del libro de Edmond Demolins *Anglo-Saxon Superiority*.[203] El

regimiento desembarcó sin problemas en Daiquirí y se encaminó hacia el oeste, a Santiago de Cuba, el centro de las fuerzas españolas.

Lo que sucedió después se ha contado tantas veces que es difícil comprender lo extraño que fue. Que el hombre que contribuyó de forma tan crucial a iniciar y extender la guerra, un funcionario sin experiencia en combate, acabara siendo también el héroe de su batalla más decisiva, parece más ficticio que real. Pero la vida de Theodore Roosevelt siempre estuvo, en gran parte, rodeada de un aura de «Un momento, ¿qué ha pasado?».

Al fin y al cabo, se trata de un hombre que fue sucesivamente estudiante de Harvard, vaquero, policía, héroe de guerra, presidente y explorador de África; prácticamente toda la lista de fantasías infantiles, menos la de astronauta. Años después, cuando se disponía a hablar en un acto de campaña, Roosevelt recibió en el pecho una bala disparada desde cerca, pero pronunció el discurso previsto durante una hora mientras se desangraba.

Pero, bueno, volvamos a la batalla de las Lomas de San Juan.[204] Empezó de forma muy sencilla. España controlaba las lomas en las afueras de Santiago y Estados Unidos las quería. Los Rough Riders se situaron en quinta línea, detrás de otros cuatro regimientos, para tomar una colina que denominaron Kettle. Mientras tanto, se encargó a otra división la captura de la loma más importante, San Juan, a ochocientos metros de distancia.

Roosevelt se enfureció al ver que lo habían colocado en la retaguardia y solicitó una y otra vez que le dejaran entrar en la refriega. Por fin le dieron permiso para «apoyar a los regulares en el asalto».[205] No necesitaba nada más. «En cuanto recibí la orden, salté sobre mi caballo, y entonces comenzó mi "hora más intensa"».[206]

El caballo era importante. Diversos problemas en el transporte hacia Cuba habían obligado a los Rough Riders alistados a dejar sus monturas en casa, así que Roosevelt, que era oficial, era uno de los pocos que sí tenía un caballo. Gracias a eso era más rápido, pero también un blanco fácil. Impertérrito, cabalgó hasta la primera línea y ordenó a sus hombres que le siguieran a pie.

El novelista Stephen Crane, que observaba desde la distancia, no vio más que «una delgada línea de figuras negras que atravesaban el

campo».[207] Desde la perspectiva de Roosevelt, la carrera hacia Kettle Hill estuvo llena de dramatismo. Galopaba con entusiasmo arriba y abajo de la fila, «entre los hombres que gritaban, vitoreaban y disparaban».[208] Una bala le rozó el codo cuando los Rough Riders tomaron la colina.

Podría haberse detenido allí, con una herida y mucho que contar. Pero Roosevelt miró hacia la loma de San Juan, donde una división estadounidense estaba peleando contra los españoles, y decidió que también podía tomarla. Dejó ir a su caballo, saltó una valla y, con un puñado de hombres («las balas rasgaban la hierba a nuestro alrededor»),[209] emprendió la carga a pie. Al ver que nadie le seguía, Roosevelt volvió corriendo a Kettle Hill (todavía bajo el fuego), volvió a saltar la valla y reprendió a sus soldados. Cuando consiguió, por fin, tener a sus hombres detrás, cruzó la valla por tercera vez, coronó la colina y mató a un español con el revólver rescatado del *Maine*.[210]

Inmediatamente después, con los españoles sometidos, Roosevelt y los Rough Riders repitieron su carga a petición de un equipo de cine: la primera filmación documental de una batalla.[211]

Después de la batalla de las Lomas de San Juan, los acontecimientos se precipitaron. Las tropas estadounidenses sitiaron Santiago de Cuba y sus barcos derrotaron a la flota española frente a la ciudad. Los españoles tardaron menos de un mes en rendirse. También en Puerto Rico la resistencia española se derrumbó a toda velocidad; la campaña terrestre duró diecisiete días y solo se cobró siete vidas estadounidenses. En Manila, los españoles libraron un simulacro de batalla para preservar el honor y ofrecieron una muestra simbólica de resistencia antes de rendirse.

Fue una derrota total. El imperio que en otro tiempo dominaba las Américas había caído completamente derrotado en menos de cuatro meses: una «guerrita espléndida», comentó a Roosevelt el embajador en Gran Bretaña.[212] En Estados Unidos, los escritores presumían del vigor de su país frente a la decrepitud de España. El imperio español era un «castillo de naipes —escribió Woodrow Wilson—.[213] En cuanto lo tocó la potencia estadounidense, se vino abajo». El rector de Stanford ofreció una explicación similar: «Triunfamos porque éramos más grandes, más ricos y mucho más capaces que nuestro enemigo».[214]

Puede ser.

Es fácil ver España como una potencia feudal obsoleta, el enfermo del Caribe. Pero España tenía un Ejército imperial considerable y experimentado. Sus doscientos mil soldados en Cuba, treinta mil en Filipinas y ocho mil en Puerto Rico eran muy superiores a los veinticinco mil oficiales y soldados con los que contaba Estados Unidos en vísperas de la guerra. McKinley se apresuró a reforzar el Ejército hasta aproximadamente 275.000 soldados, pero esa cifra no se alcanzó hasta el final de la guerra, mucho después de que se hubieran ganado las batallas decisivas.[215]

¿Cómo pudo Estados Unidos, en teoría inferior, ganar de forma tan contundente?

Una de las razones, mencionada con frecuencia, es que la Armada estadounidense estaba en mejor forma que la española (gracias a la influencia de Mahan). Pero otra causa importante, que se olvida demasiadas veces, es que Estados Unidos no era el único adversario de España. La guerra suele llamarse «guerra Hispano-estadounidense» y se considera que empezó en 1898. Pero sería más exacto llamarla «guerra Hispano-cubana-puertorriqueña-filipina-estadounidense». Los cubanos la llaman «guerra de 1895», los filipinos la sitúan en 1896 y ninguno de los dos incluye los numerosos levantamientos y guerras anteriores.

En otras palabras, Estados Unidos llegó a última hora y aportó un estallido de fuerza al final de un conflicto largo y sangriento que casi había destruido ya el imperio español.[216]

En enero de 1898, cuatro meses antes de que Estados Unidos entrara en la contienda, Máximo Gómez, el líder del Ejército cubano, dijo que el conflicto era una «guerra muerta».[217] Gómez llevaba tres décadas luchando contra España y tenía por primera vez al alcance la victoria. «Esta guerra no puede durar más de un año», predijo, y acertó.

Estados Unidos necesitaba a hombres como Gómez. El propio Roosevelt resaltó la facilidad con la que su regimiento había desembarcado en Daiquirí. Habrían bastado quinientos soldados españoles defendiendo la costa para que los Rough Riders hubieran tenido «grandes dificultades», indicó.[218] Pero los españoles no estaban allí, y la razón por la que no estaban era que el Ejército

cubano acababa de expulsarlos. Tampoco los treinta mil soldados españoles de la provincia de Oriente pudieron relevar a los ocho mil encerrados en el sitio de Santiago porque las fuerzas cubanas los tenían inmovilizados.[219]

Lo mismo ocurrió en Filipinas. «Dígale a Aguinaldo que venga lo antes posible», decía un cable enviado por el comodoro Dewey en los días previos a que zarpara hacia Manila.[220] Dewey destruyó la flota española y bloqueó la bahía de Manila, con una fuerza que no sumaba más que 1.743 oficiales y soldados.[221] Ni siquiera con refuerzos tenía poder suficiente para enfrentarse a España en tierra. Así que recurrió a Emilio Aguinaldo, el revolucionario exiliado, cuyas tropas capturaron una ciudad tras otra en los meses siguientes.

Las operaciones de Aguinaldo se llevaron a cabo con «el mayor vigor y un éxito invariable», informó un escritor estadounidense.[222] «De día podíamos ver sus ataques —recordaba Dewey— y de noche oíamos sus disparos».[223]

Los cubanos, los filipinos y (en mucho menor grado) los puertorriqueños luchaban contra España desde hacía décadas y le habían agotado los recursos y la moral. Pero en Estados Unidos no se habían enterado. Nada más desembarcar en Cuba —desembarco que fue posible gracias a que los cubanos derrotaron a las tropas españolas en Daiquirí—, Roosevelt observó a sus aliados cubanos y los consideró «puros andrajosos […], no servirían de nada en una lucha seria».[224]

«Nos habría ido mejor si no hubiera habido un solo cubano acompañando al Ejército —escribió—. No hicieron absolutamente nada».[225]

Esa opinión, muy generalizada, era importante. Como los mandos estadounidenses pensaban que los cubanos habían contribuido poco a la guerra, no tuvieron reparos en marginarlos al firmar la paz. Negociaron la rendición de Santiago y después de Cuba directamente con España, sin contar con la población local. Leonard Wood, amigo de Roosevelt y oficial al mando de los Rough Riders, se hizo cargo de Santiago.

El general cubano Calixto García dimitió en señal de protesta. «Nunca aceptaré que se trate a nuestro país como un territorio conquistado», dijo.[226] Pero poco podía hacer. Los cubanos, como los

españoles, estaban agotados por décadas de guerra desgarradora. Era difícil pensar en enfrentarse a un nuevo adversario.

La situación no era muy diferente en Filipinas. Allí, las fuerzas de Aguinaldo habían liberado la mayoría de las ciudades importantes y estaban sitiando Manila. Aguinaldo pensaba que todo ello formaba parte de la guerra de independencia de Filipinas y, de hecho, ya había hecho pública una declaración de independencia, había izado una bandera y había ordenado tocar el himno nacional filipino. Sin embargo, igual que en Cuba, España se rindió a Estados Unidos, no a los rebeldes locales. Las fuerzas estadounidenses y españolas negociaron un acuerdo secreto para librar una batalla simulada por Manila, con la condición de que los españoles entregaran la ciudad exclusivamente a las tropas estadounidenses y no se permitiera la entrada a los filipinos.

Como explicó el gobernador general español, estaba «dispuesto a rendirse a unos blancos, pero nunca a unos negros».[227]

Los filipinos, que habían sitiado Manila durante dos meses y medio a costa de perder miles de vidas, vieron con asombro cómo sus aliados entraban en la ciudad sin oposición, dejaban fuera a los soldados filipinos y confraternizaban con el enemigo.

Un minuto después de que se arriara la bandera española en Manila, se izó en su lugar una enorme bandera estadounidense y la banda empezó a tocar su himno nacional, «*The Star-Spangled Banner*».[228]

La guerra comenzó como una revuelta de los súbditos coloniales de España en todo el imperio, pero terminó como «guerra Hispano-estadounidense». El tratado de paz, negociado en París, lo firmaron España y Estados Unidos. España vendió las Filipinas a Estados Unidos por veinte millones de dólares. Puerto Rico y Guam (una isla de Micronesia que resultaba valiosa como base de las que propugnaba Mahan) quedaron en libertad. Gracias a la enmienda que habían aprobado los antiimperialistas, Estados Unidos no podía anexionarse Cuba. Pero la convirtió en protectorado, una isla ocupada por Estados Unidos hasta que fuera posible instalar un Gobierno adecuado; o sea, un Gobierno adecuado para Washington.

Ningún representante de Cuba, Puerto Rico, Filipinas ni Guam tuvo voz ni voto. No parece probable que hubieran estado de acuerdo.

«Esta no es la República por la que luchamos, esta no es la independencia absoluta con la que soñamos», dijo, resentido, Máximo Gómez, jefe del Ejército cubano.[229]

Pero sí se parecía bastante a aquello por lo que Teddy Roosevelt había luchado y soñado.

---

[165] Un buen examen de los orígenes de los presidentes es el de Edward Pessen, *The Log Cabin Myth: The Social Backgrounds of the Presidents*, New Haven, 1984.

[166] *WTR*, 1, pp. 86; 1, p. 403.

[167] *WTR*, 1, p. 241.

[168] Citado en Richard Slotkin, *Gunfighter Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth-Century America*, Nueva York, 1992, p. 37.

[169] El encuentro se describe en Evan Thomas, *The War Lovers: Roosevelt, Lodge, Hearst, and the Rush to Empire, 1898*, Nueva York, 2010, pp. 53-54.

[170] *WTR,* 8, p. xliv.

[171] *WTR*, 8, pp. 17-18.

[172] *WTR*, 9, p. 58.

[173] *WTR*, 9, p. 57.

[174] *WTR*, 1, p. 4.

[175] *WTR,* vol. 1, cap. 7 de *Ranch Life*.

[176] *WTR*, 12, p. 254.

[177] Frederick Jackson Turner, «The Significance of the Frontier in American History», 1893, en *The Frontier in American History*, Nueva York, 1920.

[178] G. J. A. O'Toole, *The Spanish War: An American Epic–1898*, Nueva York, 1984, p. 91.

[179] W. T. Stead (ed.), *The Last Will and Testament of Cecil John Rhodes*, Londres, 1902, p. 190. Sobre el cierre de las fronteras mundiales, véase Neil Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, 2003, cap. 1.

[180] Alfred Thayer Mahan, *The Influence of Sea Power upon History, 1660–1783*, Nueva York, 1957 [1890], p. 72. (Ed. esp.: *Influencia del poder naval en la historia,* Madrid, Ministerio de Defensa, 2007).

[181] Ibíd., p. 22.

[182] Walter LaFeber, en «A Note on the 'Mercantilist Imperialism' of Alfred Thayer Mahan», *Mississippi Valley Historical Review* 48 (1962): 674–685, señala que los llamamientos de Mahan al imperio eran estratégicos, no económicos, y no necesitaban la anexión de grandes colonias. Pero la admiración de Mahan por el Imperio británico es evidente en *Sea Power*, igual que su interpretación de que, históricamente, las bases «se multiplicaron y crecieron de forma natural hasta convertirse en colonias» (Mahan 24).

[183] David Milne, *Worldmaking: The Art and Science of American Diplomacy*, Nueva York, 2015, pp. 22, 47-48.

[184] Roosevelt a Mahan, 12 de mayo de 1890, en Richard W. Turk, *The Ambiguous Relationship: Theodore Roosevelt and Alfred Thayer Mahan*, Westport, Connecticut, 1987, p. 109. No está claro, como en el caso de Turner, si Mahan influyó en Roosevelt o se limitó a confirmar las opiniones que ya tenía.

[185] Roosevelt a Francis V. Greene, 23 de septiembre de 1897, citado en Howard K. Beale, *Theodore Roosevelt and the Rise of America to World Power*, Baltimore, 1956, p. 37.

[186] Louis A. Pérez Jr., *Cuba: Between Reform and Revolution*, 3ª ed., Oxford, 2006, p. 120.

[187] William McKinley, Message to Congress, 11 de abril de 1898, *APP*.

[188] Un astuto análisis del papel del género en el asunto es el de Kristin L. Hoganson, *Fighting for American Manhood: How Gender Politics Provoked the Spanish-American and the Philippine-American Wars*, New Haven, 1998.

[189] O'Toole, *Spanish War*, p. 125.

[190] Edmund Morris, *The Rise of Theodore Roosevelt*, Nueva York, 1979, p. 600.

[191] Hermann Hagedorn, *Leonard Wood: A Biography*, Nueva York, 1931, 1, p. 141.

[192] O'Toole, *Spanish War*, p. 146.

[193] Morris, *Rise of Roosevelt*, p. 566.

[194] *WTR*, 20, p. 220.

[195] Joseph Bucklin Bishop, *Theodore Roosevelt and His Time*, Nueva York, 1920, 1, p. 86.

[196] Mi análisis de la guerra desde la perspectiva de Estados Unidos se basa en David F. Trask, *The War with Spain in 1898,* Nueva York, 1981; O'Toole, *Spanish War*; e Ivan Musicant, *Empire by Default: The Spanish-American War and the Dawn of the American Century*, Nueva York, 1998.

[197] Joseph Stickney, *War in the Philippines: Life and Glorious Deeds of Admiral Dewey*, Chicago, 1899, p. 37.

[198] «The Battle of Manila Bay», *The Bounding Billow*, junio de 1898, en Nicholson Scrapbooks.

[199] Morris, *Rise of Roosevelt*, p. 612.

[200] *WTR*, 11, p. 11.

[201] *WTR*, 11, p. 17.

[202] *WTR*, 11, p. 40.

[203] *WTR,* 11, p. 32.

[204] Véase, además de las historias militares antes citadas, la obra de Roosevelt *The Rough Riders* en *WTR*, vol. 11, y Morris, *Rise of Roosevelt*, cap. 25.

[205] Morris, *Rise of Roosevelt*, p. 654.

[206] *WTR*, 11, p. 81.

[207] *The Works of Stephen Crane*, Fredson Bowers (ed.), Charlottesville, 1971, 9, p. 158.

[208] *WTR*, 11, p. 85.

[209] *WTR*, 11, 88.

[210] Una versión más escéptica es la de Trask, *War with Spain*, cap. 10.

[211] Bonnie M. Miller, *From Liberation to Conquest: The Visual and Popular Cultures of the Spanish-American War*, Amherst, 2011, p. 98.

[212] John Hay a Roosevelt, 29 de julio de 1898, en William Roscoe Thatcher, *The Life and Letters of John Hay*, Boston, 1915, 2, p. 337.

[213] Woodrow Wilson, *A History of the American People*, Nueva York, 1902, 5, p. 295.

[214] David Starr Jordan, *Imperial Democracy*, Nueva York, 1899, p. 91.

[215] Sebastian Balfour, *The End of the Spanish Empire, 1898–1923*, Oxford, 1997, p. 39; Graham A. Cosmas, *An Army for Empire: The United States Army in the Spanish-American War*, Columbia, Missouri, 1971, pp. 5, 136.

[216] Esta interpretación de la guerra en relación con Cuba la propone de forma brillante Louis A. Pérez, *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, Chapel Hill, 1998. Se puede argumentar de forma casi idéntica sobre Filipinas, como muestra el magnífico resumen que hace Renato Constantino, *A History of the Philippines: From the Spanish Colonization to the Second World War*, Nueva York, 1975, caps. 9-12. Sobre el papel más reducido que tuvieron los puertorriqueños en la expulsión de España, véase Fernando

Picó, *Puerto Rico 1898: The War after the War*, trad. ingl. de Sylvia Korwek y Psique Arana Guzmán, 1987; Princeton, 2004.

[217] Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, p. 135.

[218] *WTR*, 11, p. 49.

[219] Balfour, *End of the Spanish Empire*, p. 39.

[220] Felipe Agoncillo, *To the American People,* París, 1900, p. 40.

[221] Joseph L. Schott, *The Ordeal of Samar*, Nueva York, 1964, p. 151.

[222] Trumbull White, *Our New Possessions*, Chicago, 1898, p. 79.

[223] *Autobiography of George Dewey, Admiral of the Navy*, Nueva York, 1913, p. 247.

[224] *WTR*, 11, p. 49.

[225] Pérez, *Cuba between Empires*, 201.

[226] Ibíd., 209.

[227] Citado en Musicant, *Empire by Default,* p. 569.

[228] White, *Our New Possessions*, p. 104.

[229] Pérez, *Cuba between Empires*, p. xv.

05

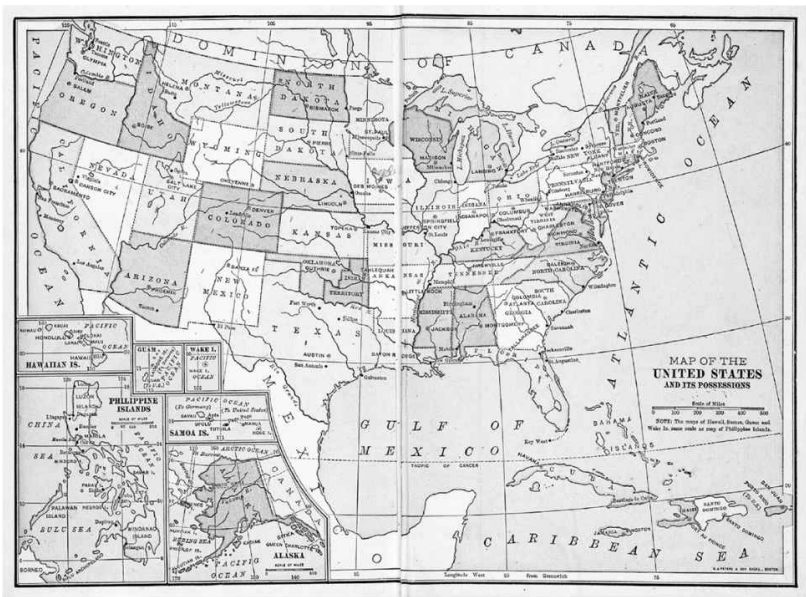
Un estado de ánimo imperial

Todo sucedió demasiado rápido para William McKinley. Los asuntos imperiales rebasaban su capacidad de comprensión. Parece que, a propósito de Filipinas, confesó a un amigo que, antes de la guerra con España, «no habría sabido decir dónde estaban esas malditas islas en un radio de dos mil millas».[230]

Y la sección de geografía, además, era la parte más fácil del examen. La última pregunta, que sumaba la mayor parte de la nota, era la más difícil de responder: después de haber conquistado el imperio español, ¿qué debería hacer Estados Unidos con él? Explique su respuesta con referencias a la economía, la geoestrategia y las ideologías raciales imperantes a finales del siglo XIX.

La pregunta resultaba especialmente problemática en relación con las distantes y pobladas islas Filipinas. Estaban cerca de China y, por tanto, eran posibles peldaños hacia un imperio comercial del tipo que Alfred Thayer Mahan había propuesto. Pero Estados Unidos no tenía ningún negocio en Filipinas; según un recuento, había menos de diez ciudadanos estadounidenses allí en el momento de estallar la guerra.[231] El comodoro Dewey dudaba de que Washington aceptara algo más que una mera estación de reabastecimiento.[232]

Pero eso fue antes de que Dewey hundiera la flota española en la bahía de Manila, antes de que Teddy Roosevelt coronara las lomas de San Juan. El desmoronamiento del atribulado imperio español puso todo el archipiélago filipino en manos de un sorprendido McKinley. ¿Qué hacer? ¿Devolver las islas a España? ¿Venderlas? ¿Dejarlas en paz? «Recorrí los pasillos de la Casa Blanca durante varios días hasta la medianoche —explicó McKinley a un grupo de clérigos—. Y no me avergüenza decirles, caballeros, que más de una noche me arrodillé y recé a Dios Todopoderoso para que me iluminara y me guiara».



El Gran Estados Unidos: los mapas como este, extraído de la cubierta interior de un libro de texto de historia de 1900, aparecieron con frecuencia a partir de 1899, a menudo como mapas principales de Estados Unidos. Junto con los estados, se muestra una Nación India muy recortada, Hawái, Guam, Wake, Samoa Americana, Filipinas, Alaska, Cuba y Puerto Rico.

A McKinley no le resultaba especialmente apetecible ninguna de sus opciones. Devolver la colonia a España sería «de cobardes», entregarla a cualquier otro país sería «un mal negocio». Dudaba de que los filipinos pudieran gobernarse a sí mismos. No veía más que una alternativa: apropiarse de las Filipinas, «educar a los filipinos, elevarlos, civilizarlos y cristianizarlos y, por la gracia de Dios, hacer

todo lo que podamos por ellos, como hermanos nuestros por los que también murió Cristo».

Tomada la decisión, mandó llamar al cartógrafo del Departamento de Guerra. «Le dije que pusiera las Filipinas en el mapa de Estados Unidos —recordó más tarde, mientras señalaba el mapa en cuestión— y ahí están».[233]

Ahí estaban, efectivamente. La guerra con España produjo el único momento de la historia de Estados Unidos en el que los cartógrafos rechazaron categóricamente el mapa del logotipo. En su lugar, propusieron mapas del imperio. Las editoriales, aprovechando la fiebre imperial, se apresuraron a publicar atlas que mostraban las nuevas dimensiones del país.

«Resulta un poco extraño ver Puerto Rico, Hawái y las lejanas Filipinas en el mapa de Estados Unidos —reflexionaba un escritor—. Pero ahí están, impresos con tanto cuidado y descritos con tanto esmero como si hubieran estado desde hace toda una generación en su honorable compañía actual».[234]

Hacia 1900, estos mapas ya eran habituales. Figuraban como algo natural en los atlas, las paredes de las aulas, los libros de texto y la portada del informe del censo. Algunos mostraban la parte continental de Norteamérica rodeada de recuadros. Otros mostraban Estados Unidos extendiéndose por el mapa del mundo, desde el Caribe hasta la frontera de China. En cualquier caso, el mensaje estaba claro: el país había sufrido una metamorfosis. La oruga había desplegado sus alas de mariposa.

También los escritores notaron el cambio y buscaron un nuevo nombre para el país transformado. Titularon sus libros con distintas sugerencias: *Imperial America* (1898), *The Greater Republic* (1899), *The Greater United States* (1904) y otros siete libros publicados en los diez años posteriores a 1898 en cuyos títulos figuraba la expresión *Greater America* [El Gran Estados Unidos].[235]

«El término “Estados Unidos de América” ha dejado de ser una descripción precisa de los países sobre los que ondean las barras y estrellas —argumentaba el autor de uno de esos libros—. Como ocurre con “Reino Unido”, solo es válido para el ente central y dominante, la sede del imperio; y el Gran Estados Unidos comprende una variedad de gobiernos casi tan amplia como la del Gran Reino Unido».

«El término “Estados Unidos de América” ha dejado de ser una descripción precisa».[236] Esta era una observación extraordinaria. Que dio pie no solo a un episodio transitorio de creatividad verbal, sino a un cambio de nomenclatura mucho más duradero.

Aunque el nombre oficial del país siempre ha sido Estados Unidos de América, en el siglo XIX era habitual llamarlo Estados Unidos, o quizá referirse a él en función de su estructura política: la República o la Unión. Lo llamativo es qué poco se utilizaba «América». A Walt Whitman le gustaba el nombre, como en «I Hear America Singing» [Oigo cantar a América] (1860) o el movimiento Joven América del que formaba parte (Herman Melville, también miembro, utilizaba «América» en ocasiones). Ahora bien, si buscamos en todos los mensajes y documentos públicos de los presidentes —los mensajes anuales, los discursos de toma de posesión, las proclamaciones, los mensajes especiales al Congreso y muchos más— desde la fundación hasta 1898, no encontraremos más que once referencias inequívocas al país como «América», aproximadamente una cada década.[237]

«América» no figuraba tampoco en las canciones patrióticas que se cantaban antes de 1898.[238] No está en la letra de «Yankee Doodle», «Hail to the Chief», «My Country ‘Tis of Thee», «Dixie», «The Battle Cry of Freedom», «The Battle Hymn of the Republic» ni «Stars and Stripes Forever». Ni siquiera aparece en «The Star-Spangled Banner», la composición de 1814 adoptada posteriormente como himno nacional. Lo que sí aparece en las letras del siglo XIX es «Columbia» —como en el Distrito de Columbia—, que se empleaba en aquel entonces como apelativo literario para designar el país. Aunque hoy en día han perdido popularidad, «Columbia», «Hail, Columbia» y «Columbia, Gem of the Ocean» fueron de los himnos más cantados en el siglo XIX.

Sin embargo, en algún momento del cambio de siglo, todo cambió. Un escritor británico de fino oído se dio cuenta del cambio. «Antes de 1898, durante aproximadamente treinta años, el adjetivo “americano” era de uso general, pero el sustantivo “América” era muy poco frecuente —escribió—. Hasta ese *annus mirabilis*, era posible recorrer cinco mil millas y leer cien libros y periódicos sin encontrárselo nunca; el término que utilizaba el estadounidense para hablar de su país era casi invariablemente “Estados Unidos”».[239]

Pero a partir de 1898, decía, «los mejores oradores y escritores», sintiendo que «Estados Unidos» ya no capturaba la naturaleza de su país, lo sustituyeron por «América».

Si entre «los mejores oradores y escritores» se puede incluir a los presidentes, es verdad. Aunque McKinley, como la mayoría de sus predecesores, se negó a utilizar «América» en sus discursos públicos, los reparos terminaron con él. Su sucesor, Theodore Roosevelt, habló de América en su primer mensaje anual y nunca volvió a pensárselo. En un periodo de dos semanas, Roosevelt utilizó el nombre más que todos sus predecesores juntos.[240] Desde entonces, todos los presidentes han utilizado «América» a discreción y con enorme frecuencia.

Los himnos también cambiaron: dejó de cantarse «Columbia, Gem of the Ocean» y se cambió por «America the Beautiful» y «God Bless America».[241]

Mil ochocientos noventa y ocho constituyó una ruptura trascendental con el pasado que necesitó nuevos mapas y nombres. Pero quizá habría que preguntarse por qué. ¿Acaso el país no contenía estados y territorios desde el principio? ¿No se habían movido las fronteras desde la compra de Luisiana? ¿Por qué no habían hecho falta nombres nuevos hasta este momento?

Es cierto que Estados Unidos se había anexionado territorios desde hacía casi un siglo. Pero las adquisiciones posteriores a 1898 tenían algo distinto. No era la tierra. Era quien vivía en ella.

Si nos fijamos en los años anteriores a 1898, vemos un patrón. Aunque Estados Unidos se había anexionado nuevos territorios a toda velocidad, pocas veces había incorporado grandes poblaciones no blancas. Luisiana, Florida, Oregón, Texas y las cesiones mexicanas añadieron mucha superficie al país, pero unas poblaciones «extranjeras» relativamente pequeñas (sobre todo nativos americanos, pero también mexicanos, españoles, franceses y, en el caso de Luisiana, negros libres).

Antes de 1898, el mayor aumento de población debido a una anexión fue el de las tierras arrebatadas a México (incluida Texas) entre 1845 y 1853.[242] Pero no fue un aumento muy grande. Aunque las incorporaciones ampliaron la superficie del país en un 69 por

ciento, los indios y los mexicanos que las habitaban supusieron un incremento de población de menos del 1,5 por ciento en ocho años. En Estados Unidos, un país en plena explosión demográfica cuya población ya crecía a un ritmo superior al 3 por ciento anual, esa pequeña aportación se difuminó enseguida, como un aspersor en una tormenta.

No fue casualidad. La guerra con México entre 1846 y 1848 había terminado con las fuerzas estadounidenses ocupando Ciudad de México. En el Congreso, algunos propusieron tomar todo México. Desde una perspectiva militar era totalmente factible. Pero el senador de Carolina del Sur John C. Calhoun, uno de los principales defensores de la esclavitud, se opuso.

«Nunca hemos soñado con incorporar a la Unión a nadie más que a la raza caucásica, la raza blanca libre —insistió en el pleno del Senado—. ¿Vamos a asociarnos, como iguales, compañeros y conciudadanos, con los indios y las razas mixtas de México?».[243]

Al parecer, no. Estados Unidos se anexionó la parte norte y poco poblada de México (los actuales California, Utah, Nuevo México y Arizona), pero renunció a la populosa parte sur. La frontera, trazada con todo cuidado, dio a Estados Unidos, como dijo un periódico, «todo el territorio de valor que podemos adquirir sin incorporar a la gente».[244]

Algunos querían ir más lejos. Varios defensores de la esclavitud, preocupados por la posibilidad de que la expansión de los colonos blancos pudiera asfixiarla, fueron más al sur a buscar sitio para su modo de vida. Organizaron una serie de expediciones «filibusteras», invasiones privadas de repúblicas latinoamericanas que, confiaban, desembocarían en la anexión. La más llamativa fue la invasión de Nicaragua en 1855 por parte de William Walker, que, contra todo pronóstico, impulsó a Walker brevemente a la presidencia nicaragüense.

Pero Walker acabó defraudado (fue ejecutado en 1860). Washington no les apoyó a él ni a los otros filibusteros. El problema no era que quisieran expandir la esclavitud. El problema era que querían hacerlo incorporando más latinoamericanos a la Unión.

Si al compromiso republicano de defender la igualdad se sumaba el compromiso con la supremacía blanca, el resultado era un imperio de colonos en rápida expansión que vivían de la tierra, pero rehuían

incorporar más población. Unas islas de guano deshabitadas, estupendo. Pero ¿todo México o todo Nicaragua? No.

A finales de la década de 1860, el presidente de la República Dominicana dio a entender que vería con buenos ojos que Estados Unidos comprase su país. El presidente Ulysses S. Grant estaba deseoso de llegar a un acuerdo: al fin y al cabo, la República Dominicana era un terreno privilegiado para el azúcar y el café. Pero ni siquiera un país rico servido en bandeja ni los deseos de un presidente popular y héroe de guerra cuyo partido controlaba el Congreso sirvieron de nada: los legisladores no mordieron el anzuelo.

La República Dominicana estaba «situada en aguas tropicales y ocupada por otra raza, de otro color —explicó el senador por Massachusetts Charles Sumner— y nunca podrá convertirse en una posesión permanente de Estados Unidos».[245]

Alaska, que el Gobierno de Andrew Johnson intentó comprar a Rusia en 1867, topó con la misma resistencia. «No queremos […] *Exquimaux* como conciudadanos», se quejaba *The Nation*.[246] El acuerdo solo fue posible porque, al final, no había tantos *Exquimaux*, y Alaska era mucho terreno.

De todas formas, era difícil saber con exactitud cuántos nativos de Alaska había. El censo de Estados Unidos no los contaba. Esta era la otra cara de la moneda de las cuidadosas anexiones, otra forma de controlar quién formaba parte del país y quién no. Desde el principio, la Oficina del Censo se negó a contar a la mayoría de los indígenas. Por eso, durante más de un siglo, un Gobierno que cada diez años disponía de estadísticas fiables sobre los jugueteros y los deshollinadores, las vacas y los caballos, fue incapaz de decir cuántos indios vivían dentro de sus fronteras.[247]

Cuando el censo empezó a contar a los indios y a los nativos de Alaska, en 1890, los separó del resto de la población para que no contaminaran las estadísticas sobre «Estados Unidos». Este fue el comienzo del censo segregado, la costumbre de considerar a unos habitantes registrados parte del país y relegar a otros a una especie de purgatorio estadístico (posteriormente, esta misma técnica se utilizó para los territorios de ultramar). En el informe del censo de 1890, hay que ir a la página 963 y buscar en la mitad de un párrafo para enterarse —como un dato sin importancia— de que la población total

del país, incluidos los nativos, era de 62.979.766.[248]

Excluir a los nativos del censo tenía importancia simbólica, puesto que avalaba la fantasía de que los colonos estaban domesticando un desierto deshabitado. Pero desde el punto de vista estadístico no era tan importante. En 1890, los indios y los habitantes de Alaska que figuraban en la página 963 no constituían más que el 0,57 por ciento de la población, como consecuencia de la disminución de las poblaciones nativas y la explosión de las anglosajonas.

Sin embargo, en 1898 las cosas habían cambiado. Las colonias españolas no estaban poco pobladas. En realidad, tenían más densidad de población que Estados Unidos. Y una población muy numerosa: los expertos calculaban que había casi ocho millones de habitantes en Filipinas, Puerto Rico y Guam. Eso era más del 10 por ciento de la población estadounidense y casi lo mismo que la población afroamericana (8,8 millones).[249] Además, con las serias dudas que existían en la época sobre si los anglosajones podían vivir en los trópicos, parecía poco probable que los blancos fueran a desplazar a los habitantes de las colonias insulares españolas como lo habían hecho con los nativos americanos.

En otras palabras, era un tipo de expansión diferente, que recordaba a la visión fallida de la Nación India. No se trataba de tomar tierras e inundarlas de colonos, sino de conquistar poblaciones, someterlas y gobernarlas. «Una cosa es conceder a comunidades dispersas de hombres blancos, o casi blancos, los derechos de ciudadanía —dijo un escritor— y otra muy distinta hacer lo mismo con una población morena muy densa y numerosa».[250] O, como dijo en términos menos amables el escéptico presidente de la Cámara: «Supongo que ya tenemos suficientes negros en este país sin necesidad de comprar más».[251]

Pero los opositores al imperio, como el presidente de la Cámara de Representantes, no pudieron hacer nada ante la fiebre arrebatadora que se apoderó del país en 1898. La angustia económica nacional, la lucha por las colonias en el extranjero, el desmoronamiento de España y la asombrosa victoria naval del comodoro Dewey se sucedieron rápidamente y empujaron en una misma dirección. Los antiimperialistas, que llevaban decenios obstruyendo la expansión

hacia los trópicos, se encontraron con que el suelo cedía bajo sus pies. Antes de la guerra, habían conseguido la aprobación unánime de una ley que impedía a Estados Unidos anexionarse Cuba. Pero ahora, con la fiebre de la guerra y el Ejército ya presente en las colonias españolas, no pudieron hacer nada más que observar, mudos y asombrados, cómo pasaba la máquina por encima de Cuba y llegaba a la cercana Puerto Rico, la lejana Guam y las enormes Filipinas.

Y la anexión no terminó ahí. Eliminada la obstrucción, los expansionistas aprovecharon para impulsar una ley que llevaba mucho tiempo estancada y así poder adquirir Hawái, un reino insular de cuya economía se habían ido apoderando los plantadores estadounidenses. La habitual resistencia a la incorporación de pueblos no blancos (sería un «estado de la Unión de pigmeos», se burló *The Chicago Herald*)[252] perdió toda su fuerza ante el argumento de que Dewey necesitaba Hawái para controlar el Pacífico. «Debemos tomar Hawái en interés de la raza blanca», insistió Roosevelt.[253] Y así, pese a las protestas de los nativos hawaianos, más de 38.000 de los cuales habían firmado escritos en contra, Estados Unidos se anexionó las islas.[254]

Al año siguiente, 1899, Estados Unidos se anexionó la mitad de Samoa, otro bastión del Pacífico que le interesaba desde hacía tiempo, y la isla deshabitada de Wake.

Cuando cesaron los disparos y se firmaron los tratados, Estados Unidos había ganado alrededor de tres mil islas con 8,5 millones de habitantes. Sumado a Alaska, el imperio de ultramar abarcaba una superficie casi tan grande como la de todo Estados Unidos en 1784 y con una población de más del doble.

Como era de esperar, esto suscitó gran controversia. Durante la guerra, durante los debates en el Congreso sobre el tratado con España y durante las acaloradas elecciones de 1900, la cuestión del imperio fue objeto de intensos debates.

En realidad, lo que se estaba discutiendo era un trilema. El republicanismo, la supremacía blanca y la expansión en el extranjero: el país podía tener, en el mejor de los casos, dos de esas tres cosas. Hasta entonces, el republicanismo y la supremacía blanca se habían protegido con una minuciosa configuración de las fronteras del país. Pero la absorción de colonias habitadas por poblaciones no blancas

iba a arruinar ese equilibrio.

Los opositores al imperio se agruparon en torno a William Jennings Bryan, que se había presentado contra McKinley en 1896 y volvió a hacerlo en 1900. A Bryan le encantaba dejar al descubierto las contradicciones entre el republicanismo y el imperio. Los derechos inalienables del hombre y lo injusto de pagar impuestos sin tener representación eran unos principios políticos fundamentales. Pero había que imaginar, advirtió Bryan, lo que ocurriría si Estados Unidos se apoderaba de colonias. A cualquiera que se dispusiera a hablar de las virtudes republicanas, por ejemplo en una celebración del 4 de julio, se le diría que guardara silencio «para que sus afirmaciones no provocasen una rebelión entre los súbditos lejanos».[255]

Era un argumento convincente y Bryan reunió una amplia y variopinta coalición de antiimperialistas.[256] Estaban afroamericanos como W. E. B. Du Bois y supremacistas blancos intransigentes como el senador *Pitchfork* Ben Tillman, de Carolina del Sur. A la causa se unieron empresarios (Andrew Carnegie, que se ofreció a comprar Filipinas por veinte millones de dólares para liberarla) y dirigentes sindicales (Samuel Gompers, presidente de la AFL-CIO). También lo hicieron los rectores de las universidades de Harvard, Cornell, Stanford, Michigan y Northwestern.

Pero el imperio, una vez conquistado, era difícil de abandonar. Roosevelt lo quería y tenía a su lado al grueso de la clase política republicana. Para muchos, se trataba de algo más que los beneficios económicos que había prometido Alfred Thayer Mahan. Para ellos, la colonización de tierras de ultramar era la siguiente fase del destino manifiesto, la siguiente salida para los Daniel Boone del país. «Dios nos ha dado este imperio del Pacífico para que lo civilicemos —dijo el senador Albert Beveridge—. Hay cien tierras salvajes que someter. Regiones en las que nadie ha penetrado y que debemos explorar. Valles inmaculados que hay que cultivar. Bosques sin explotar que debemos talar».[257]

Los imperialistas proponían una solución distinta para el trilema. Estaban dispuestos a sacrificar el republicanismo, al menos en relación con las llamadas «razas atrasadas». Roosevelt expresó su desprecio por «quienes hablan sin parar sobre la “libertad” y el “consentimiento de los gobernados” para justificar su falta de voluntad de desempeñar el

papel de hombres». Y continuaba: «Si sus doctrinas se llevaran a cabo, nos obligarían a dejar que los apaches de Arizona se busquen su propia salvación y a negarnos a intervenir en ninguna reserva india. Sus doctrinas condenan a vuestros antepasados y a los míos por haberse establecido en Estados Unidos».[258]

Por supuesto, había una tercera opción: deshacerse de la supremacía blanca. Los territorios de ultramar podrían considerarse estados embrionarios y sus habitantes, ciudadanos de pleno derecho. Esta solución provocó gran entusiasmo en los territorios; los partidos políticos de Puerto Rico y Filipinas incluyeron en sus programas la demanda de que se los nombrara estados. Con los ojos puestos en los territorios del oeste de la parte continental del país, imaginaban que, con el tiempo, ellos también se incorporarían a la Unión en pie de igualdad.[259]

Sin embargo, esta opción tenía escaso apoyo en el continente. Cuando se planteaba la posibilidad de conceder el carácter de estados a los territorios, era principalmente para infundir miedo, como táctica con la que los antiimperialistas subrayaban los horrores resultantes de anexionarse aquellos lugares.

En cualquier caso, los súbditos colonizados tenían pocas oportunidades de presentar sus argumentos. De hecho, lo más destacable de los debates sobre el imperio en la parte continental del país fue la absoluta ausencia de filipinos, puertorriqueños, hawaianos y otros habitantes de los territorios de ultramar. La mayoría de los continentales nunca había visto a un filipino, un puertorriqueño o un hawaiano.

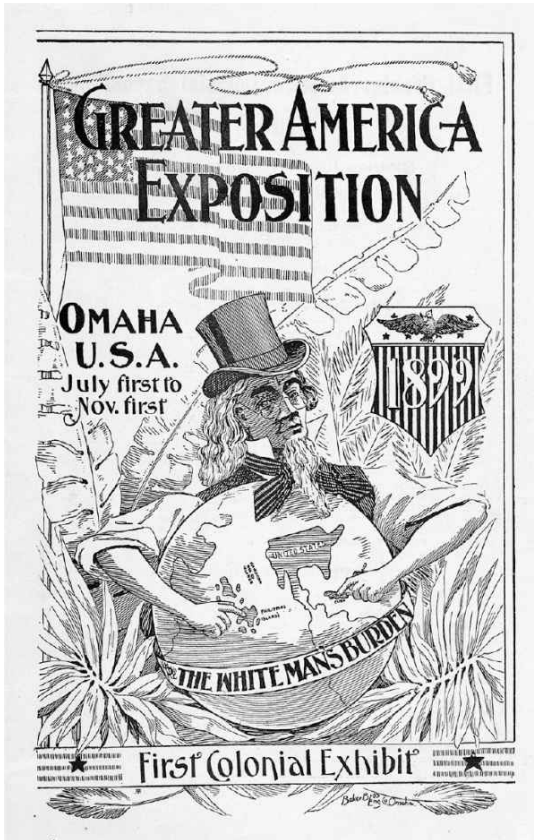
Precisamente para hacer frente al enorme abismo de ignorancia sobre las colonias, un grupo de empresarios de Omaha organizó una «Exposición Colonial de la Gran América». Los últimos años del siglo XIX fueron una gran época para las ferias y esta montó una exhibición con todas las atracciones habituales: simulacros de batallas, discursos, desfiles y un «Congreso Mundial de Bellezas».[260] Pero la principal atracción eran los pueblos colonizados. Los organizadores prometieron «más de mil nativos de las posesiones insulares del Tío Sam»: filipinos, cubanos, puertorriqueños y hawaianos.[261] En el contingente filipino no solo iba a haber «civilizados tagalos», sino también «enanos medio

salvajes y simiescos del interior de Luzón».[262]

En teoría, era una forma de que el público conociera a las personas directamente afectadas por la controversia del imperio. Pero es significativo de qué forma iba a conocerlas: no dando conferencias ni hablando con los asistentes a la feria, sino viviendo en permanente exposición en aldeas modelo, como si fueran animales en un zoológico.

Para completar el cuadro, también habría «un gran campamento de indios de todas las tribus del gran oeste».[263]

Cumplir esas promesas significaba reclutar a súbditos colonizados para llevarlos a la metrópoli. Que no fue tarea fácil. Incluso con el apoyo del Ejército y el respaldo personal del presidente McKinley, los organizadores de la feria no convencieron más que a treinta y cinco filipinos de embarcar en el *USS Indiana* hacia San Francisco. Y subirlos al barco fue lo más fácil. Cuando el *Indiana* llegó a puerto, las autoridades de inmigración no les dejaron desembarcar.



Los filipinos, que llevaban días pudriéndose a bordo, protestaron. Alegaron que eran ciudadanos estadounidenses, con pleno derecho a trasladarse de una parte a otra de su nuevo país. Pero los funcionarios del puerto se negaron a ceder. Para ellos, los filipinos eran extranjeros, y aún peor, extranjeros asiáticos, sujetos a las mismas leyes de exclusión racial que impedían la entrada de trabajadores chinos en el país.[264]

La Exposición de la Gran América pretendía explorar los interrogantes relacionados con el imperio, pero los organizadores plantearon, sin querer, el más complicado de todos. Los territorios estaban en el mapa, desde luego. Pero ¿eran «americanos» los que vivían en ellos?

Los filipinos llegaron a Omaha (aunque el secretario de Guerra tuvo que dar personalmente su palabra de que abandonarían el país después). Allí causaron gran impresión. «Visten con estilo», escribió el *Omaha Bee*;[265] más que una «raza de salvajes», parecían «un grupo de tipos arreglados», con bastón, bombín y pantalón blanco. Los asistentes a la feria esperaban que la banda filipina ofreciera exótica música folclórica y se sorprendieron con su animada interpretación de «There'll Be a Hot Time in the Old Town Tonight», el tema de los Rough Riders de Roosevelt. Parecía que, desde el punto de vista cultural, los filipinos habían asumido con entusiasmo su nueva nacionalidad.

Sin embargo, la cuestión legal seguía sin resolverse. La Decimocuarta Enmienda concedía la ciudadanía a cualquier persona nacida en Estados Unidos. ¿Incluidos los territorios?

Las anexiones de 1898-1899 ya habían suscitado la pregunta de qué era Estados Unidos, en el habla y en los mapas. Ahora era el turno de las leyes. Y llegó al Tribunal Supremo, a través de una serie de casos relacionados, en 1901.

Las cuestiones legales de peso salen a relucir, muchas veces, en disputas triviales.[266] Desde luego, los casos que llevaron esta cuestión hasta el Tribunal Supremo parecían poco importantes: si un

importador que enviaba naranjas de Puerto Rico a Nueva York tenía que pagar un arancel, o si un soldado que regresaba de Filipinas debía pagar impuestos por las sortijas de diamantes que había comprado allí. Pero escondían una cuestión más profunda. La Constitución prohíbe gravar el comercio entre unas partes y otras de Estados Unidos. ¿Valía esa norma también para los territorios de ultramar? En otras palabras, ¿formaban parte del país?

El Gobierno, que había cobrado los aranceles, trató de defenderse. Argumentó que el término «Estados Unidos» era ambiguo. El nombre podía referirse a toda la zona bajo jurisdicción estadounidense o, en un sentido más estricto, a la unión de estados. Las referencias de la Constitución a «Estados Unidos», alegaba, estaban pensadas en ese sentido estricto, para designar únicamente los estados. Por tanto, los territorios no tenían derecho a la protección constitucional, por la sencilla razón de que la Constitución no los englobaba.

Como resumió un magistrado, la Constitución era «la ley suprema de la nación», pero los territorios «no formaban parte de la nación». [267]

Esto quizá sorprendió a los residentes de los territorios del oeste, que suponían que tenían las mismas protecciones constitucionales que sus compatriotas de los estados. Pero, según el fiscal general, esa era una fantasía amable con escasa base legal. Con pocos pelos en la lengua, recordó que el Congreso podía imponer leyes en los territorios «sin pedir el consentimiento de los habitantes, incluso contra su opinión y aunque protesten, como ha hecho con frecuencia». Mencionó el desmantelamiento de la Nación India por parte del Congreso y subrayó que los habitantes de Alaska no tenían «derecho a elegir un solo funcionario, formar una ciudad ni establecer un sistema político ni lo que fuera para su propia protección».[268] Con los territorios de ultramar —a los que se llamaba abiertamente «colonias»— pasaba lo mismo. Los filipinos de la bahía de San Francisco estaban equivocados; eran súbditos, no ciudadanos.

Ese era precisamente el tipo de discurso que levantaba ampollas entre los antiimperialistas, pero el fiscal general siguió adelante. «Ser llamado súbdito estadounidense no es una desgracia», propuso como consuelo. Además, continuó, el Gobierno necesitaba poder gobernar sus territorios como colonias. Era la época del imperio. ¿Qué pasaría si Estados Unidos se anexionara Egipto, Sudán, parte de África Central o

«una sección del imperio chino»? ¿Se vería obligado a aplicar la Constitución también a esos lugares? «Tenemos que recordar que una gran potencia mundial, que extiende sus dominios desde los mares helados del norte hasta donde crecen las palmeras que abrazan las islas del Pacífico, no debe estar sujeta a normas demasiado estrictas o restrictivas».[269]

El argumento prevaleció. El Tribunal Supremo ratificó que «la Constitución se ocupa de los estados» y que los derechos de los territorios quedaban a discreción del Congreso.[270] Este podía, si lo deseaba, «incorporar» territorios a la Unión y ponerlos bajo la protección de la Constitución, como el tribunal consideró que había hecho en el caso de los territorios del oeste. Años después, la instancia suprema llegó a la conclusión de que Alaska y Hawái, los territorios de ultramar que parecían más propicios para que se establecieran colonos blancos, también se habían «incorporado». Pero lo importante es que la incorporación no era automática, y el tribunal negó en repetidas ocasiones que el Congreso hubiera incorporado las antiguas colonias españolas.

Uno de los magistrados que estaban de acuerdo con la decisión invocó la idea de que «Estados Unidos» tenía diferentes «sentidos» para expresar el razonamiento en una frase particularmente enrevesada. Puerto Rico era «extranjera a Estados Unidos en sentido interno —explicó—, porque la isla no se había incorporado a Estados Unidos, sino que solo era un anexo, como una posesión».[271]

Los abogados con buena memoria debieron de reconocer en esa palabra tan poco frecuente, «anexo», una referencia al caso de la isla Navassa de más de diez años antes. En aquel entonces, la defensa había alegado que, aunque las islas guaneras eran «anexos de Estados Unidos», no formaban parte del país y, por tanto, no estaban sujetas a la legislación estadounidense. El tribunal no había estado de acuerdo. Pero, mientras que el caso Navassa reafirmaba el poder del Gobierno para aplicar las leyes federales en sus territorios, las nuevas sentencias negaban a los habitantes de esos territorios el derecho a la protección federal.

Los fallos de 1901 se conocen colectivamente con el nombre de Casos Insulares (el término abarca también algunos casos posteriores). Pero

no son los casos por los que el Tribunal Supremo de principios del siglo XX es más conocido. Ocho de los nueve jueces que decidieron los Casos Insulares de 1901 también dictaron sentencia en el caso de Plessy contra Ferguson (1896), el caso tristemente famoso por haber servido para reafirmar que las instituciones «separadas pero iguales» de las leyes de Jim Crow[272] eran constitucionales.

A primera vista, las dos sentencias tienen mucho en común. El caso Plessy permitió la segregación racial, la división del país en espacios separados, algunos reservados para los blancos y otros para los no blancos. Los Casos Insulares dividieron el país en lo que un juez llamó «dos Gobiernos nacionales», uno sujeto a la Carta de Derechos y el otro no.[273]

Y, como el caso Plessy, lo que se dirimió en los Casos Insulares fue un problema racial. El fallo dictado por la mayoría contenía advertencias sobre la inclusión de «salvajes» y «razas extranjeras» bajo el paraguas constitucional.[274] Uno de los jueces estuvo de acuerdo en que incluirlos «destrozaría nuestras instituciones» y quizá incluso acabaría «derribando toda la estructura de gobierno».[275]

Pero hay una diferencia fundamental entre el caso Plessy y los Casos Insulares. En 1954, en el caso de Brown contra el Consejo Escolar, el Tribunal Supremo anuló Plessy porque dijo que las instalaciones «separadas pero iguales» eran incapaces de garantizar la igualdad ante la ley. Hoy en día consideramos que Plessy fue uno de los mayores errores del tribunal, una sentencia terriblemente racista que tergiversó la Constitución para privar a millones de ciudadanos de sus derechos.

Los Casos Insulares son mucho menos conocidos. Hasta hace muy poco, no era raro que los estudiosos de la Constitución no hubieran oído hablar de ellos.[276] Pero siguen estando vigentes y se siguen citando como leyes ejemplares. El Tribunal Supremo ha defendido repetidamente el principio de que la Constitución valga para unas partes del país, pero no para otras. Ese es el motivo de que un ciudadano de los estados continentales tenga derecho constitucional a un juicio con jurado, pero, cuando ese ciudadano viaja a Puerto Rico, el derecho desaparezca.

Del mismo modo, la garantía de ciudadanía que ofrece la Decimocuarta Enmienda a cualquier persona nacida en Estados Unidos

no se aplica a los territorios no incorporados. En ellos, la ciudadanía llegó tarde y solo después de pelear por ella. Es más, llegó como «ciudadanía estatutaria», lo que significa que su origen estaba en una ley y no en la Constitución y, por tanto, podía rescindirse.

Los puertorriqueños adquirieron la ciudadanía en 1917 y los guameños en 1951, aunque en los dos casos, como la ciudadanía es estatutaria, puede revocarse. Los filipinos nunca fueron ciudadanos de pleno derecho en sus 47 años de pertenencia a Estados Unidos. Los samoanos americanos, a pesar de que son «americanos» desde 1899, siguen siendo legalmente solo «de nacionalidad estadounidense». Se les permite luchar en las fuerzas armadas, cosa que hacen muchísimos de ellos: su puesto de reclutamiento es el primero de los 885 puestos del Ejército estadounidense.[277] Pero no son ciudadanos, porque no se les aplica la Decimocuarta Enmienda.

La importancia de los Casos Insulares va más allá de la ley. Al distinguir entre partes «incorporadas» y «no incorporadas» de Estados Unidos, las sentencias consagraron la idea de que ciertas zonas del país no formaban verdaderamente parte de él. Algunos territorios —en concreto, los que estaban llenándose de colonos blancos— podían aspirar a la condición de estado. Otros se quedarían colgando, en palabras del presidente del Tribunal Supremo, como una «sombra incorpórea, en un estado intermedio de ambigua existencia durante un periodo indefinido».[278]

Ese «periodo indefinido» continúa hasta hoy. Todos los territorios que el tribunal consideró «incorporados» se han convertido en estados. Todos los territorios que consideró «no incorporados» siguen siendo territorios. En la actualidad viven en ellos más de cuatro millones de personas que no tienen representación en el Congreso, no pueden elegir al presidente y para quienes los derechos y la ciudadanía siguen siendo un regalo de Washington. Podrían solicitar la condición de estado, como de hecho querrían muchos en Puerto Rico. Pero el carácter de estado, como tantas otras cosas, depende exclusivamente del Congreso, un órgano legislativo en el que ni los puertorriqueños ni otros súbditos coloniales tienen voto.

---

[230] Stanley Karnow, *In Our Image: America's Empire in the Philippines*, Nueva York, 1989, p. 104.

[231] Michael Adas, *Dominance by Design: Technological Imperatives and America's Civilizing Mission*, Cambridge, Massachusetts, 2006, p. 131.

[232] *Autobiography of George Dewey, Admiral of the Navy*, Nueva York, 1913, p. 185.

[233] Estos tres párrafos se basan en James F. Rusling, «Interview with President McKinley», *Christian Advocate*, 22 de enero de 1903, p. 137.

[234] Citado en Susan Schulten, *The Geographical Imagination in America, 1880–1950*, Chicago, 2001, p. 178. Sobre los mapas imperiales en general, véase pp. 38-44, 176-180.

[235] Daniel Immerwahr, «The Greater United States: Territory and Empire in U.S. History», *DH* 40 (2016), pp. 378-380.

[236] Archibald Ross Colquhoun, *Greater America*, Nueva York, 1904, p. 253.

[237] *The Messages and Papers of the Presidents: Washington–Taft (1789–1913)*, búsqueda digital en *APP*. Solo he contado los usos de *America* que se refieren claramente a Estados Unidos, no a toda América ni a las colonias británicas en Norteamérica. George Washington, Special Message (Mensaje especial), 31 de mayo de 1790; Washington, Inaugural Address (Discurso de toma de posesión), 1793; John Adams, Inaugural Address, 1797 (usado dos veces); Andrew Jackson, «Regarding the Nullifying Laws of South Carolina», 1832; Martin Van Buren, Inaugural Address (Discurso de toma de posesión), 1837; James Polk, First Annual Message (Primer mensaje anual), 1845 (aunque Polk tambien habla de «las naciones de América» en este mismo discurso); Abraham Lincoln, «Remarks at a Fair in the Patent Office», 1864; Chester Arthur, First Annual Message (Primer mensaje anual), 1881; Arthur, Third Annual Message (Tercer mensaje anual), 1883; Grover Cleveland, Third Annual Message (Tercer mensaje anual), 1895.

[238] Samuel F. Smith, que escribió la letra de «My Country 'Tis of Thee», tituló su composición de 1831 «America», pero siempre se ha conocido como «My Country 'Tis of Thee» y la letra no menciona *America*. Sobre *Columbia*, véase Thomas J. Schlereth, «Columbia, Columbus, and Columbianism», *Journal of American History* 79, 1992, pp. 937-968.

[239] Beckles Wilson, *The New America: A Study of the Imperial Republic*, Londres, 1903, pp. 255, 256. Wilson también comentó que los británicos solían referirse mucho más a Estados Unidos como «*América*», y que los visitantes estadounidenses solían corregirlos (antes de 1898).

[240] Los diez discursos mencionados de 1789-1898 contienen once referencias a «*América*». Roosevelt, en su viaje a California, usó el nombre doce veces en diez discursos distintos (todos en *APP*): Remarks at Barstow, 7 de mayo de 1903; Address at San Bernardino, 7 de mayo de 1903; Address at Pasadena, 8 de mayo de 1903; Address at Santa Barbara, 9 de mayo de 1903; Address at San Luis Obispo, 9 de mayo de 1903 (dos menciones); Remarks at Stanford University, 12 de mayo de 1903; Address at the Mechanic's Pavilion en San Francisco, 13 de mayo de 1903; Address at the Dedication of a Navy Memorial Monument en San Francisco, 14 de mayo de 1903; Address at Truckee, 19 de mayo de 1903 (dos menciones); Remarks at Dunsmuir, 20 de mayo de 1903.

[241] «America the Beautiful» era originalmente un poema titulado «Pike's Peak», escrito en 1893 por Katharine Lee Bates. Languidecía en el anonimato cuando volvieron a republicarlo (1904) y le pusieron música (1910).

[242] Richard L. Nostrand calcula que las cesiones incorporaron a 80.302 mexicanos a Estados Unidos y el informe del censo de 1853 calculaba que el número de indios en las zonas nuevas (incluidos los «indios de las praderas o del río Arkansas») era 205.000. Nostrand, «Mexican Americans circa 1850», *Annals of the Association of American Geographers* 65, 1975, pp. 378-390; J. D. B. De Bow, *The Seventh Census of the United States: 1850*, Washington, DC, 1853, p. xciv. Juntos, constituyen el 1,48 por ciento de la población de Estados Unidos en 1845 tal como figura en MPD. Las anexiones mexicanas incorporaron a Estados Unidos a una

población mayor, en términos absolutos, que la compra de Luisiana, pero es difícil decir si era una población nueva relativamente mayor por los fallos a la hora de contar a los indios.

[243] Discurso sobre la guerra con México, 4 de enero de 1848, en Clyde Wilson y Shirley Bright Cox (eds.), *Papers of John C. Calhoun*, Columbia, 1999, 25, pp. 64, 65.

[244] *Louisville Democrat*, 9 de marzo de 1848, citado en Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History: A Reinterpretation*, Nueva York, 1963, p. 151.

[245] Citado en Eric T. L. Love, *Race over Empire: Racism and U.S. Imperialism, 1865–1900*, Chapel Hill, 2004, p. 66. Además del libro de Love, otro estudio importante sobre el conflicto entre racismo e imperialismo es el de Paul Frymer, *Building an American Empire: The Era of Territorial and Political Expansion*, Princeton, 2017.

[246] Love, *Race over Empire*, p. 32.

[247] Se contaron algunos indios, pero, como, según la Constitución, los «indios que no pagaban impuestos» —los indios que vivían fuera de la comunidad política estadounidense— no contaban para el reparto del Congreso, no se les incluyó en el censo.

[248] Departmento del Interior, *Report on the Population of the United States at the Eleventh Census: 1890*, parte 1, 1895, p. 963.

[249] *Statistical Atlas of the United States, 1900*, Washington, DC, 1903, p. 25.

[250] Archibald R. Colquhoun, *The Mastery of the Pacific*, Nueva York, 1904, pp. 50-51.

[251] Comentario de Thomas Brackett Reed, citado en Lemuel Quigg a Theodore Roosevelt, 16 de mayo de 1913, *LTR*, 2, p. 921n.

[252] Love, *Race over Empire*, p. 103.

[253] Roosevelt a James Bryce, 10 de septiembre de 1897, *LTR*, 1, p. 672.

[254] Noenoe K. Silva, *Aloha Betrayed: Native Hawaiian Resistance to American Colonialism*, Durham, 2004, p. 151.

[255] Bryan, «Annexation», 1899, en Murat Halstead, *Pictorial History of America's New Possessions*, New Haven, 1899, p. 545.

[256] A propósito de los debates sobre el imperialismo, véase especialmente Robert L. Beisner, *Twelve against Empire: The Anti-Imperialists, 1898–1900,* Nueva York, 1968, y David Healy, *US Expansionism: The Imperialist Urge in the 1890s,* Madison, 1970.

[257] Albert J. Beveridge, «The Republic's Task», febrero de 1899, en Robert I. Fulton y Thomas C. Trueblood (eds.), *Patriotic Eloquence*, Nueva York, 1900, p. 33.

[258] *WTR*, 13, pp. 329-330.

[259] Julian Go, *American Empire and the Politics of Meaning Elite Political Cultures and the Philippines and Puerto Rico during U.S. Colonialism*, Durham, 2008.

[260] «Omaha's Colonial Exposition», *Weekly Register-Call,* Central City, Colorado, 7 de julio de 1899.

[261] «Greater America Exposition of 1899», *Daily Mining Record*, 25 de febrero de 1899.

[262] «Gossip Gather in Hotel Lobbies», *Daily Picayune,* Nueva Orleans, 30 de marzo de 1899.

[263] *Greater America Exposition*, Omaha, 1899, 13.

[264] La historia procede de Michael C. Hawkins, «Undecided Empire: The Travails of Imperial Representation of Filipinos at the Greater America Exposition, 1899», *Philippine Studies* 63, 2015, pp. 341-363.

[265] Ibíd., pp. 356-357.

[266] Sobre los Casos Insulares y los aspectos legales del imperio, véase en especial Christina Duffy Burnett y Burke Marshall (eds.), *Foreign in a Domestic Sense: Puerto Rico, American Expansion, and the Constitution, Durham, 2001; Bartholomew H. Sparrow, The Insular Cases and the Emergence of American Empire, Lawrence, 2006; y Gerald L. Neuman y Tomiko Brown-Nagin (eds.), Reconsidering the Insular Cases: The Past and Future of American Empire,*

Cambridge, Massachusetts, 2015.

[267] *Dorr v. United States*, 195 U.S. en 138, 155 (1904) (Harlan, J., voto particular).

[268] John W. Griggs, en *The Insular Cases, Comprising the Records, Briefs, and Arguments of Counsel in the Insular Cases of the October Term, 1900, in the Supreme Court of the United States*, Washington, D.C., 1901, pp. 333, 282.

[269] Ibíd., pp. 314, 367, 338.

[270] *Downes v. Bidwell*, 182 U.S. en 244, 251, 1901.

[271] *Downes*, 182 U.S. en 341 (White, J., posición mayoritaria).

[272] Las leyes de Jim Crow son unas leyes locales y de los estados que estuvieron vigentes desde el final de la guerra de Secesión y la esclavitud hasta 1965 y que imponían la separación de los espacios para los blancos y los no blancos (*N. de la T.*).

[273] *Downes*, 182 U.S. en 380 (Harlan, J., voto particular). Para una advertencia importante sobre hasta qué punto los Casos Insulares labraron una nueva «zona extraconstitucional» de territorios no incorporados, véase Christina Duffy Burnett, «*United States: American Expansion and Territorial Deannexation», University of Chicago Law Review 72*, (2005):, pp. 797–879.

[274] *Downes*, 182 U.S. en 279 y 287.

[275] *Downes*, 182 U.S. en 313 (White, J., posición mayoritaria).

[276] Sanford Levinson, «Installing the *Insular Cases* into the Canon of Constitutional Law», en Duffy Burnett y Marshall, *Foreign in a Domestic Sense*, pp. 122–123.

[277] A fecha de 9 de septiembre de 2014, según la Reserva del Ejército de Estados Unidos, www.usar.army.mil/Featured/Army-Reserve-At-A-Glance/American-Samoa.

[278] *Downes*, 182 U.S. en 372 (Fuller, C. J., voto particular).

06

Lanzaron un grito de libertad

La Exposición de la Gran América se inauguró el 1 de julio de 1899 con una ruidosa celebración. Miles de personas acudieron a Omaha para verlo todo: el Congreso Mundial de Bellezas, un Palacio Moro, una fuente eléctrica con los colores del arco iris, la banda filipina y una recreación del triunfo de Dewey en la bahía de Manila. Los veteranos de la guerra con España, incluida una compañía de los Rough Riders, desfilaron por el recinto entre fuertes vítores.[279]

Sin embargo, los últimos en desfilar, el Primer Batallón de Voluntarios de Nebraska, sorprendieron a unos cuantos. El *Denver Evening Post* no pudo evitar notar que «su aspecto tenía algo de patético». Con el uniforme hecho jirones, llenos de heridas y un aire atormentado.[280]

Venían de Filipinas.

No debía haber sido así. La guerra había comenzado con una alianza prometedora: Estados Unidos y Filipinas contra España. Con el comodoro Dewey controlando el mar y Emilio Aguinaldo acumulando victorias en tierra, la situación avanzó a toda velocidad. Dewey organizó un bloqueo naval y suministró armas a Aguinaldo; este las

utilizó para expulsar a los españoles.

Para Aguinaldo, que había encabezado una revuelta fallida contra España en 1896, la llegada de Dewey fue un *deus ex machina*. «Los estadounidenses, no por motivos mercenarios, sino por el bien de la humanidad y por los lamentos de tantas personas perseguidas, han considerado oportuno extender su manto protector a nuestro amado país —decía un mensaje de su junta—. Allí donde veáis ondear la bandera estadounidense, congregaos en gran número; ¡son nuestros redentores!».[281]

La fe de Aguinaldo en Estados Unidos se reforzó por las repetidas garantías de Dewey y otros funcionarios estadounidenses de que, cuando terminara la guerra, los filipinos tendrían su independencia. Aguinaldo advirtió con cierta consternación que ninguna de estas promesas aparecía por escrito, pero siguió adelante. En junio de 1898 instauró un Gobierno (con él de «líder supremo») y proclamó la independencia. «Bajo la protección de la Poderosa y Humanitaria Nación de los Estados Unidos de América, proclamamos y declaramos solemnemente, en nombre y por la autoridad del pueblo de las islas Filipinas, que son y tienen derecho a ser libres e independientes».[282]

El nuevo Gobierno se dedicó rápidamente a construir el Estado.[283] En pocos meses redactó una Constitución, fundó un periódico, reabrió escuelas, creó una universidad, emitió moneda, nombró diplomáticos y recaudó impuestos. También eligió una bandera. La Declaración de Independencia estableció que los colores de la bandera debían ser rojo, blanco y azul, «en conmemoración de la bandera de los Estados Unidos de Norteamérica, como manifestación de nuestra profunda gratitud hacia esta Gran Nación por su desinteresada protección».[284]

Los problemas empezaron en agosto. El asedio de Manila, que llevaron a cabo conjuntamente el Ejército estadounidense y el Ejército de Liberación de Filipinas, terminó cuando España entregó la ciudad solo a Estados Unidos. Cuando las tropas estadounidenses entraron en la ciudad y dejaron fuera a sus compañeros de armas, McKinley hizo su propia declaración. No iba a haber «ninguna ocupación conjunta con los insurgentes» y los filipinos debían «reconocer la ocupación militar y la autoridad de Estados Unidos».[285]

Así empezó un pulso. Estados Unidos tenía Manila y dominaba el

mar. El Gobierno de Aguinaldo controlaba el resto del país, aunque ese control era teórico en el sur, menos poblado y con una cultura propia.

Las tropas filipinas que habían sitiado Manila se mantuvieron a la espera en sus posiciones alrededor de la ciudad. Los soldados estadounidenses también estaban a la espera dentro de la ciudad, matando el tiempo como suelen hacer los soldados. Se abrieron bares en la calle principal, que los hombres apodaron con afecto la «rampa cervecera de los yankis».[286] Empezaron a llegar a Manila prostitutas procedentes de Rusia, Rumanía, Austria, Hong Kong, Singapur, India y Japón. Fue una fiebre del oro de las trabajadoras sexuales.[287]

A medida que pasaba el tiempo, los soldados de ambos bandos empezaron a estar inquietos y a insultarse mutuamente. Las esperanzas de lograr una solución diplomática se desvanecieron en diciembre, cuando el Gobierno de McKinley firmó el tratado con España para comprar las Filipinas por 20 millones de dólares. La noticia «se recibió en el campo revolucionario como un rayo en medio de un cielo azul claro», escribió Aguinaldo.[288]

McKinley proclamó públicamente que el gobierno militar de Manila debía «extenderse con la mayor rapidez posible a todo el territorio cedido».[289] Aguinaldo hizo una contraproclamación para denunciar «la toma violenta y agresiva» de las Filipinas.[290] Instauró un nuevo Gobierno, esta vez como República, y juró el cargo como primer presidente de Filipinas. Su banquete inaugural fue suntuoso, con un menú de estilo europeo escrito en francés.[291]

Cuanto más insistían McKinley y Aguinaldo en sus pretensiones de soberanía, más nerviosos se ponían los habitantes de Manila. En la primera semana de enero de 1899, unos treinta mil huyeron de la ciudad.[292] Dos semanas más tarde, un chino intentó dar una patada al perro de un español, pero el zapato de madera salió volando y golpeó a un filipino en la cara. En cualquier otro lugar, esto no habría tenido ninguna importancia y, como mucho, habría desembocado en una pelea a puñetazos. Pero en Manila, una ciudad al límite, fue añadir leña al fuego. Se cerraron las puertas a cal y canto, salieron a relucir las armas y los habitantes de la ciudad corrieron a buscar refugio. «En un área de veinticinco millas cuadradas, no había hombre, mujer o niño que no supiera que sus vecinos huían de unos

monstruos terribles y desconocidos —informó el periódico—. Todos sufrieron al mismo tiempo los efectos de aquella temible estampida». [293]

El incidente internacional del zapato que apuntaba al perro y golpeó una cara se saldó con un mínimo derramamiento de sangre. La única víctima fue el perro (alguien le disparó). Pero dos semanas después comenzaron los verdaderos problemas. El soldado William W. Grayson y el soldado Orville H. Miller del Primero de Voluntarios de Nebraska (el regimiento que desfilaría cojeando en el recinto de la Exposición de la Gran América cinco meses después) se encontraron con tres o cuatro soldados filipinos durante una patrulla nocturna por las afueras de Manila. Grayson les ordenó que se detuvieran. Pero ¿quién era él para dar órdenes? Ellos le ordenaron que se detuviera él.

«Pensé que lo mejor era disparar», recordó después Grayson, y así lo hizo.[294] Miller y él dispararon a tres filipinos y corrieron en busca de refuerzos. «Poneos en fila, compañeros —exclamó Grayson—. Los negros están aquí, al otro lado de estos campos».

No fue un grito de «¡Que vienen los británicos!». Ahora bien, como grito de guerra, fue suficiente. Pocas horas después, Estados Unidos había organizado una ofensiva. La guerra había empezado.[295]

Alguien que siguiera la guerra desde lejos podría haber pensado que los dos ejércitos estaban bastante igualados. El Ejército estadounidense tenía alrededor de veinte mil soldados en Manila y sus alrededores. Las cifras del Ejército de Liberación son más difíciles de conocer, pero los cálculos oscilaban entre quince mil y cuarenta mil. El Ejército de Estados Unidos tenía mejores armas, pero el de Filipinas conocía el terreno.[296]

Sin embargo, el primer día completo de lucha puso de relieve el gran desequilibrio que había entre los dos. El 5 de febrero, la batalla más sangrienta de la guerra se saldó con 238 bajas estadounidenses y millares de filipinas. El informe oficial del Ejército de Estados Unidos situó el número de bajas en cuatro mil, aunque eran puras conjeturas. [297]

Una de las razones fueron las armas. Los hombres de Aguinaldo tenían algunas armas utilizables, pero poca munición. Un tercio de las tropas que rodeaban Manila carecían de fusiles. Había una unidad armada con lanzas y otra —que tenía enfrente a la batería de Utah—

tenía arcos y flechas.[298] Y luego estaba el «batallón» compuesto por niños a los que habían enseñado a arrojar piedras al enemigo.

La exasperante escasez de armas iba a paralizar a las fuerzas filipinas durante toda la guerra. Los hombres de Aguinaldo se las arreglaban con cualquier arma que pudieran introducir de contrabando desde Asia (no muchas, dado el bloqueo estadounidense) o capturar. Recogían latas que el Ejército estadounidense había desechado y trataban de convertirlas en cartuchos.[299] Fundían las campanas de las iglesias para fabricar balas, raspaban las cabezas de las cerillas para obtener fulminantes y utilizaban resina de árbol para obtener pólvora.[300] Más adelante, los independentistas empezaron a enviar buscadores de perlas a rastrear en el fondo del océano las municiones que los españoles pudieran haber tirado en su retirada.[301]

Pero no era solo cuestión de armas. La guerra es, si no una ciencia, al menos un arte, que exige práctica. Los soldados estadounidenses estaban entrenados y muchos eran veteranos. Muchos de los generales que los dirigían habían luchado en la guerra de Secesión o contra los indios. En 1898, casi todos tenían entre 50 y 60 años.

No ocurría lo mismo en el lado filipino. Como súbditos colonizados de España, nunca habían tenido ejército propio. Muchos de los que habían adquirido experiencia militar en la revuelta de 1896 o la guerra de 1898 habían muerto, de modo que solo quedaba lo que Aguinaldo llamaba un «ejército residual», una «muchedumbre variopinta de reclutas y voluntarios sin desbastar».[302] La mayoría no estaban entrenados ni siquiera en la técnica básica para utilizar armas de fuego.

Y los jefes eran asombrosamente jóvenes. El «padre del Ejército filipino», el general Artemio Ricarte, tenía treinta y dos años en 1898. El general Emilio Jacinto, considerado el cerebro de la revolución, tenía veinticuatro. Los demás comandantes principales eran el general Antonio Luna (treinta y dos), el general Mariano Noriel (treinta y dos), el general Miguel Malvar (treinta y tres), el general Gregorio del Pilar (veintitrés) y el más joven, el general Manuel Tinio (veintiuno). Tinio había dejado los estudios de bachillerato para unirse a la revolución en 1896 y, dos años después, era general. Su ayudante de campo tenía quince años.[303]

En cuanto a Aguinaldo, en 1898 tenía veintinueve años. Vivió hasta 1964.

A este ejército de criaturas le fue mal contra las fuerzas armadas de Estados Unidos. La guerra había empezado en febrero de 1899. En marzo, Estados Unidos capturó la capital de la República de Filipinas, Malolos, con una sola víctima mortal.[304] Aguinaldo escapó y trasladó su Gobierno a San Isidro. Cuando esta ciudad cayó, lo trasladó a Cabanatuan. Luego a Tarlac, su cuarta capital. Tarlac cayó en noviembre, diez meses después de iniciada la guerra. Aguinaldo huyó a las montañas y se negó a decir dónde estaba ni siquiera a sus comandantes de campo.[305]

El general Arthur MacArthur (padre de Douglas MacArthur, más conocido), que estaba al mando de las fuerzas estadounidenses, llegó a la conclusión de que la guerra había terminado. Sencillamente «no quedaba ninguna fuerza rebelde organizada a la que atacar».[306]

Pero MacArthur se equivocaba. En los meses siguientes se duplicaron y triplicaron los enfrentamientos entre ambos bandos.[307] Lo que a MacArthur le había parecido el final de la guerra era, en realidad, el principio de una nueva estrategia. Consciente de su tremenda inferioridad, Aguinaldo había renunciado a instaurar capitales y librar batallas convencionales. En lugar de ello, había ordenado a sus seguidores que se convirtieran en guerrilleros.

No era mala idea. Mientras que las batallas coreografiadas habían puesto de manifiesto las debilidades de Aguinaldo, la guerra de guerrillas aprovechaba sus puntos fuertes: el conocimiento del terreno y la popularidad de su causa. Los «insurrectos», como se les llamaba, podían tender emboscadas a las patrullas estadounidenses, esconder sus armas y luego mezclarse con la población. Podían ir por los pueblos pidiendo comida, refugio e información, incluso en pueblos que estaban oficialmente bajo el control de Estados Unidos.

Un niño de la época recordaba que las mujeres que regateaban en el mercado aprovechaban para esconder en clave en los precios del mango y la guayaba que estaban negociando lo que averiguaban sobre el tamaño y los movimientos de las tropas estadounidenses, y los vendedores de fruta transmitían después esos datos a la guerrilla. Recordaba que los niños que veían acercarse a los vigías estadounidenses avisaban a los guerrilleros arrojando «sin querer»

pelotas contra sus casas.[308]

Todo ello requería el apoyo de la población y Aguinaldo no tenía reparos en exigirlo por la fuerza. Pero en 1899 no necesitó mucha coacción. «Me veo obligado a creer, a mi pesar —confesó MacArthur —, que las masas filipinas son leales a Aguinaldo».[309]

La opinión de los filipinos no era lo que más le inquietaba a Aguinaldo, al menos no al principio. Le preocupaban los votantes en las elecciones de Estados Unidos. Pensaba que el objetivo de la guerra de guerrillas no era derrotar al Ejército estadounidense —nadie creía que pudiera hacerlo—, sino desgastarlo. Si Aguinaldo conseguía mantener la lucha viva hasta noviembre, esperaba poder influir en las elecciones presidenciales de 1900.

Los filipinos no podían votar en esas elecciones, desde luego. Pero quizá podrían influir en su resultado de otras maneras. McKinley se presentaba a la reelección, esta vez con Roosevelt como vicepresidente, así que poca ayuda podían esperar de los republicanos. A Aguinaldo le interesaba más el adversario demócrata de McKinley, William Jennings Bryan, que había sido candidato en 1896 y que volvía a serlo. Y Bryan quería dar la libertad a Filipinas.

Desde la perspectiva de Aguinaldo, había que ganarse el corazón y la cabeza de la gente. Tenía la intuición de que los votantes estadounidenses se sentían incómodos como colonizadores y que la imagen de los filipinos muriendo por la independencia podría impresionarlos lo suficiente como para que el resultado de las elecciones de 1900 fuera distinto al de 1896.

¿Había una aversión profunda al imperio incrustada en el carácter nacional de Estados Unidos? ¿Un resto de antiimperialismo derivado de la guerra de la Independencia? Los historiadores han debatido esta cuestión durante décadas. Ahora bien, si quisiéramos buscar argumentos en favor de esta teoría, la mejor prueba que se podría presentar es el caso de Samuel Clemens, también conocido como Mark Twain.

Twain era un tipo peculiar. Desafiaba las estrictas normas de la época victoriana y disfrutaba diciendo cosas irrespetuosas y tocando temas tabú. En su época, eso hizo que lo consideraran una especie de bufón de la corte, muy inferior a autores como William Dean Howells

y Henry Wadsworth Longfellow. Pero hoy poca gente se acuerda de ellos y Twain, en cambio, es imposible de olvidar. Parece más «estadounidense» que ellos, que casi todo el mundo.

Con quien mejor se puede comparar a Mark Twain no es con Howells ni Longfellow, sino su colega británico Rudyard Kipling. A ambos se los valora todavía hoy por lo que escribieron en lenguaje cotidiano sobre la vida rural. A Twain se le recuerda sobre todo por su novela *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1885), sobre un chaval blanco y un hombre negro que viven una odisea en el río Misisipi. Kipling, que consideraba a Twain «el hombre más grande de su tiempo», leyó *Huck Finn* con admiración. Después él escribió otra gran novela, *Kim* (1901), sobre un chico blanco y un hombre asiático que vivían una odisea en la India colonial. Twain releía *Kim* todos los años.[310]

Sin embargo, había una diferencia entre los dos autores, que quizás reflejaba una diferencia de fondo entre las culturas de Gran Bretaña y Estados Unidos. Kipling, en su época, fue el gran defensor del imperio. Se hizo amigo de Roosevelt y observó con interés el conflicto que se estaba gestando en Filipinas. Ofreció consejo en forma de un poema muy popular. Roosevelt recibió una copia por adelantado, pero el poema se publicó, por una extraordinaria coincidencia, el mismo día en que estalló la guerra. Se llamaba «La carga del hombre blanco: dirigido a Estados Unidos» y empezaba así: [311]

> Asumid la carga del hombre blanco.
> Enviad a los mejores de vuestra raza;
> atad a vuestros hijos al exilio
> para servir las necesidades de vuestros cautivos;
> para esperar, bien pertrechados,
> a gentes agitadas y salvajes;
> vuestros pueblos recién conquistados y descontentos,
> mitad demonios y mitad niños. [312]

Hoy en día, con el imperialismo desprestigiado en todas partes, el poema de Kipling se mantiene como una especie de ruina intelectual de una época pasada. Es el panegírico al imperio más recordado de la lengua inglesa.

En la época en que se publicó el poema, Twain probablemente

compartiría sus sentimientos. Era un «apasionado imperialista —recordaba más tarde—. Quería que el águila americana volara chillando hacia el Pacífico».[313] Sin embargo, después de ver cómo se desarrollaba la guerra de Filipinas, Twain pensó que no podía seguir acatando la postura oficial. En 1900 se declaró «antiimperialista».

Twain no era un antiimperialista cualquiera, era el antiimperialista más famoso del país. Llegó a ser vicepresidente de la Liga Antiimperialista de Nueva York y sus textos sobre la guerra desprenden un sarcasmo devastador. «Debe de haber dos Américas —reflexionaba—. Una que pone en libertad al cautivo, y otra que le quita al que fue cautivo la nueva libertad y se pelea con él sin ningún motivo; y luego lo mata para quedarse con su tierra».[314]

Para esa segunda América, Twain propuso añadir unas palabras a la Declaración de Independencia: «Los Gobiernos derivan sus justos poderes del consentimiento de los hombres blancos gobernados».[315] Y sugirió una modificación para la bandera: roja, negra y azul, con las estrellas sustituidas por una calavera y unos huesos cruzados.[316]

Eran palabras fuertes, pero, sorprendentemente, no resultaban tan extrañas. Tal como esperaba Aguinaldo, la guerra de Filipinas despertó una intensa corriente de antiimperialismo. Incluso el Partido Demócrata —que no era precisamente una organización radical en la época de Jim Crow— se mostraba indignado sobre este tema. La guerra era una «agresión criminal», denunciaba su programa electoral en 1900, nacida del «mercantilismo y la codicia», que seguramente arruinaría al país.[317] «Ninguna nación puede soportar por mucho tiempo ser mitad república y mitad imperio —advertía—. El imperialismo exterior llevará rápida e inevitablemente al despotismo en el interior».

La cuestión del imperio dominó las elecciones de 1900. Kipling no podía votar, porque no era ciudadano estadounidense. Twain se negó a hacerlo (aunque reconoció que cualquier candidato que se presentara con un programa «antidonuts» podría haber tenido su apoyo).[318] Pero, para el resto del país, era la primera vez que el imperio de ultramar se sometía al juicio de los votantes. Y, dado que los candidatos no habían cambiado desde las elecciones anteriores, no era una mala forma de juzgar el estado de ánimo nacional respecto al imperio.

Ahora, si era una prueba, los antiimperialistas no la superaron. En 1896, McKinley había conseguido el 51 por ciento del voto popular. En 1900, obtuvo el 52 por ciento y su proporción del colegio electoral pasó del 61 por ciento al 65 por ciento. La política imperial salió reforzada y ya nunca iba a volver a plantearse en serio en ningunas elecciones.

Twain sintió que ya no pisaba terreno tan firme. Aunque siguió criticando el imperialismo, conservó sus escritos más incisivos en privado, puesto que no encontró forma de publicarlos. Tras su muerte, en 1910, los albaceas de su legado literario los excluyeron.[319] Hubo que esperar a los años sesenta para que se hicieran públicos sus escritos sobre el imperio y los opositores a la guerra de Vietnam los apadrinaran, para que los lectores comprendieran en toda su profundidad el odio de Twain hacia el imperio.

Mientras tanto, en Filipinas, se habían acabado las buenas maneras. Las elecciones habían despertado el interés por la guerra y el general MacArthur había obedecido a McKinley y había evitado cualquier cosa que los demócratas pudieran tachar de atrocidad. Celebradas las elecciones y apagado el interés, MacArthur solo quería que la guerra se terminara cuanto antes. Así que dio nuevas órdenes. Estaba permitido matar a los rebeldes capturados. Y destruir los pueblos que los apoyaran. El método preferido era la quema y, como casi todos los pueblos del norte de Filipinas ayudaban de una u otra forma a los rebeldes, todos eran posible material combustible.

Los hombres no necesitaban mucho estímulo para cumplir esas órdenes. Como bien sabía MacArthur, sus soldados no consideraban a los filipinos compatriotas, sino fastidiosos «nativos». Cuando William Howard Taft, entonces principal legislador de la colonia, llamó a los filipinos «nuestros hermanitos morenos», los soldados se burlaron.[320] Una canción que cantaban con frecuencia y en voz alta expresaba su opinión:

> No soy más que un soldado corriente en las malditas Filipinas.
> Dicen que aquí tengo hermanos morenos,
> pero no sé qué significa eso.
> Me gusta la palabra fraternidad, pero hay un límite.
> ¡Puede que sea hermano de Big Bill Taft,
> pero no es hermano mío![321]

«Hermano», en efecto, era una palabra poco utilizada. Los soldados preferían *gugu*, una palabra que, según los historiadores, fue el precursor etimológico del epíteto *gook*, que tanta importancia adquirió después en las guerras de Corea y Vietnam. Los soldados blancos también empleaban una palabra muy popular en su país: *nigger*.[322] Lo cantaban con orgullo, como en una balada de significado inequívoco: «I Don't Like a Nigger Nohow» [No me gusta de ninguna manera un negrata].[323]

Los soldados negros destacados en Filipinas se estremecían al oír esas palabras.[324] Relacionaban el racismo que impregnaba la guerra con el racismo que habían vivido en su país: la década de 1890 fue la del apogeo de los linchamientos. Los insurrectos también se dieron cuenta de la relación y empezaron a emitir propaganda en la que sugerían que a los soldados negros les convendría cambiar de bando.

Sorprendentemente, uno lo hizo. David Fagen, del 24 de Infantería, aceptó un nombramiento en el Ejército de Aguinaldo. El Ejército estadounidense, para cortar de raíz esa posibilidad, ofreció una recompensa de seiscientos dólares por la cabeza de Fagen, el equivalente a tres años de sueldo de un soldado raso. Y eso es lo que consiguió: la cabeza de Fagen —o, al menos, una cabeza que se suponía que era la de Fagen—, que entregó en un saco de tela un cazador filipino.[325]

Pero Fagen fue la excepción. En general, los soldados cerraron filas. Para ganarse a los filipinos, emprendieron una gran campaña de saneamiento, construcción de carreteras y educación en las zonas que controlaban.[326] En las que no, iniciaron una serie de incursiones en las que disparaban a los insurgentes e incendiaban pueblos.

Los soldados utilizaban el palo y la zanahoria, pero fue el palo lo que les ayudó a construir su identidad. Si los soldados de la Segunda Guerra Mundial se llamaban a sí mismos «G. I. Joe» (soldados de la tropa general) —meras ruedas de una inmensa burocracia—, los que lucharon en Filipinas se denominaban «caminantes» que atravesaban territorio hostil en busca de guerrilleros. Hoy se encuentran monumentos a «El Caminante» en decenas de ciudades. Son los monumentos bélicos más visibles en la parte continental de Estados Unidos.[327]

Las «marchas» hicieron mucho daño, pero no pudieron acabar por

sí solas con la rebelión. Los guerrilleros siguieron en libertad y los pueblos siguieron alimentándolos. Quizá los filipinos ayudaban a los rebeldes por el entusiasmo que despertaba la causa de Aguinaldo[328] o tal vez se daban cuenta de que los rebeldes eran mucho más hábiles que el Ejército estadounidense a la hora de identificar y castigar a los traidores. Fuera cual fuera el motivo, también era evidente que la incapacidad de Estados Unidos para distinguir a los amigos de los enemigos era una grave desventaja. Un coronel describió al Ejército estadounidense como un «gigante ciego»: «Lo bastante poderoso como para destruir al enemigo, pero incapaz de encontrarlo».[329]

Demasiado torpe para extirpar la rebelión con bisturí, el Ejército recurrió a una sierra para cortar huesos. Decidió aplicar una política llamada de «reconcentración» y reagrupó a las poblaciones rurales en ciudades fortificadas o en campamentos donde se las podía vigilar más de cerca.[330] Desde la perspectiva del Ejército, así se daba claridad a una situación por lo demás confusa. Los que estaban dentro de las zonas de reconcentración estaban «pacificados». Los que estaban fuera no y, por tanto, recibían otro trato: se les cortaba el suministro de comida, se les quemaban las casas o sencillamente se los fusilaba.

Curiosamente, la reconcentración era la misma táctica que España había utilizado contra los cubanos, la que había provocado que Estados Unidos decidiera «liberar» Cuba. «Parece horrible —confesó un funcionario estadounidense en su diario—. Pero tiene una eficacia admirable».[331]

Parecía que la guerra se estaba acabando. La decepción de las elecciones de 1900 y el puro agotamiento estaban debilitando la insurrección. Los filipinos ricos y educados empezaron a acostumbrarse a que gobernara Estados Unidos. Un mes después de las elecciones de 1900, más de cien miembros de la élite de la colonia formaron el Partido Federalista, que, como su nombre indica, buscaba que la incorporaran a la Unión y, con el tiempo, le otorgaran la condición de estado.[332] Y cuanto menos probable parecía la independencia de Filipinas, menos inclinados estaban los filipinos a apoyar a los rebeldes, puesto que eso podía hacer que el Ejército estadounidense les diera un duro castigo.

En marzo de 1901 llegó otro golpe: la captura de Aguinaldo. No solo se rindió, sino que juró lealtad a Estados Unidos. «Que dejen de

correr los ríos de sangre —escribió en una proclama—. Que se acaben las lágrimas y la desolación».[333] Siguió una serie de rendiciones de otros altos oficiales. Satisfecho con el fin de la guerra, McKinley ordenó que el Ejército entregara la mayor parte de Filipinas al Gobierno civil, a las órdenes de Taft, el 4 de julio de 1901.

George Frisbie Hoar, el principal antiimperialista del Congreso, meneó la cabeza. «Hemos aplastado la única república de Asia».[334]

La fantasía de la conquista es siempre la misma: derrota al líder y el país será tuyo. Estados Unidos había aprendido que eso era una falacia cuando compró las Filipinas a España y acabó luchando contra el Ejército filipino. Estaba a punto de aprender la lección de nuevo.

El archipiélago filipino contiene más de siete mil islas. La guerra contra Aguinaldo tuvo lugar sobre todo en la más grande, Luzón, la isla septentrional en la que está Manila y que contenía la mitad de la población. España había gobernado desde Luzón, Aguinaldo había gobernado desde Luzón y Estados Unidos pretendía ahora hacer lo mismo.

Derrota al líder y el país será tuyo.

Sin embargo, cuanto más al sur de Filipinas, menos relevantes parecían los acontecimientos de Luzón. Especialmente, la rendición de Aguinaldo: en teoría, debería haber significado el fin de la República de Filipinas. Pero cuando Estados Unidos trató de extender su poder hacia el sur y controlar Samar, la tercera isla más grande del archipiélago, se encontró con una tierra aún entregada a la causa nacionalista. En mayo de 1901, MacArthur ordenó emprender «medidas drásticas» para «limpiar» Samar «lo antes posible».[335]

El lugar de la masacre de Balangiga se conmemora hoy con un gran grupo de estatuas que recuerdan el heroísmo de sus habitantes, a los que aquí se ve en el momento de irrumpir en una tienda del Ejército.

Esas medidas drásticas eran ya habituales: interrupción del comercio, quema de cosechas, reasentamiento de civiles y «marchas» contra la guerrilla. Pero la población civil, en esta ocasión, se resistió. Un grupo de quinientos habitantes de Balangiga que habían visto que destruían sus alimentos, les confiscaban las herramientas agrícolas y encarcelaban a sus vecinos lanzaron un ataque sorpresa contra un campamento estadounidense. Mataron a cuarenta y cinco soldados en un solo día.[336]

La denominada «masacre de Balangiga» sembró el terror entre los colonizadores. «La mitad de la gente que conocíamos no hablaba más que de su convicción de que todo el archipiélago era un volcán en llamas y todos íbamos a morir asesinados en la cama», recordaba Nellie, la esposa de Taft.[337]

El Ejército contraatacó a toda velocidad. «Han sembrado vientos —dijo un capitán— y recogerán tempestades».[338]

La tempestad llegó con el comandante Edwin F. Glenn, que ordenó una investigación exhaustiva. Glenn era un interrogador violento, aficionado a una técnica que se había hecho popular en el Ejército y que hoy resulta incómodamente familiar. Si los hombres a

los que interrogaba —entre ellos, funcionarios municipales y sacerdotes— no daban respuestas satisfactorias, Glenn les administraba «la cura de agua». Así lo explicaba un soldado: «Túmbese [al interrogado] boca arriba, con un hombre de pie sobre cada mano y cada pie, colóquese un bastón en la boca, viértase un cubo de agua en la boca y la nariz y, si no se rinden, viértase otro cubo. Se hinchan como sapos».[339]

La tempestad también asumió la forma del general Jacob Smith. Este había luchado contra los lakotas en Wounded Knee y se mostró igual de implacable con los filipinos. «No quiero prisioneros —ordenó supuestamente a sus subordinados—. Quiero que matéis y queméis, cuanto más matéis y queméis, más me complaceréis».[340] Había que confiscar todo el arroz, insistía Smith, y matar a cualquier varón mayor de diez años que no se entregara al Gobierno estadounidense. Comunicó sus órdenes (también supuestamente) con una sola frase, escrita con pulcra caligrafía, en una hoja de papel de carta: «Hay que convertir el interior de Samar en una jungla llena de aullidos».

Smith se quedó muy lejos de alcanzar ese atroz objetivo, pero la campaña de Samar mostró el peor rostro de la guerra. Y también puso de manifiesto que, independientemente de lo que pensaran en Washington, la guerra no había terminado. De hecho, no había terminado ni siquiera en Luzón. También allí estaban todavía calientes los rescoldos de la rebelión, con la revuelta en la provincia de Batangas y los ataques de los insurgentes por toda la isla.

Cuanto más duraba la guerra, más sucia se volvía. Los nacionalistas, a los que les resultaba cada vez más difícil que las ciudades les dieran el apoyo y los suministros necesarios,[341] empleaban tácticas de terror: secuestrar, torturar y ejecutar a los «colaboradores», a veces con métodos desmesurados. Por su parte, el Ejército estadounidense amplió su política de reconcentración. Y, aunque estaba prohibido, siguió torturando a los presos. De nuevo, como si fueran el elenco de un musical infernal, los soldados expresaron sus sentimientos con música. Uno de los hombres compuso esta entusiasta canción, titulada «La cura de agua de las Filipinas»: [342]

> Coged la vieja jeringuilla, muchachos, y llenadla hasta el borde.
> Hemos capturado a otro negro y vamos a operarlo.

Que coja la manivela alguien que la maneje con energía
gritando el grito de guerra de la libertad.
Hurra. Hurra. Traemos el Jubileo.
Hurra. Hurra. La bandera que lo hace libre.
Empuja la boquilla hasta el fondo
y deja que pruebe qué es ser libre,
mientras grita el grito de guerra de la libertad.

Las noticias de las atrocidades causaron escándalo cuando llegaron al continente. Se juzgó al mayor Glenn por torturas. Al general Smith, que había ordenado una masacre, no se le juzgó por crímenes contra los filipinos, sino por «conducta perjudicial para el buen orden y la disciplina militar».

Las acciones de Smith eran poco representativas y constituyeron una clara vergüenza para el Gobierno. Pero era difícil pensar que no tenían absolutamente nada que ver con el objetivo supremo de la guerra. El propio Roosevelt, que ascendió a la presidencia cuando asesinaron a McKinley, opinaba desde hacía mucho tiempo que la lucha contra los «salvajes» era una forma de guerra «en la que no se muestra compasión alguna hacia los no combatientes, en la que se acosa sin remordimientos a los débiles y se trata a los vencidos con una ferocidad despiadada».[343] Y, sin embargo, a su juicio, era «la más justa de todas las guerras».

A Glenn le impusieron una multa y lo suspendieron durante un mes («Nadie resultó gravemente dañado» por la cura de agua, insistió Roosevelt).[344] A Smith lo amonestaron y lo retiraron del servicio activo. «Tomada en su totalidad, su labor ha sido un motivo de orgullo para el Ejército estadounidense y, por tanto, para la nación —explicó Roosevelt—. Hay que lamentar profundamente que actuara en este caso de tal modo que ha perjudicado su futura utilidad».[345]

Por mucho que se «lamentara» la dureza de las tácticas una vez que salieron a la luz, tuvieron una siniestra eficacia. Al mismo tiempo que las campañas de obras públicas de Estados Unidos socavaban el apoyo de los pueblos a los rebeldes, las torturas, los incendios y las privaciones de alimentos castigaban duramente a los que se resistían. Los insurgentes tenían que rendirse; si no, morían. Un congresista republicano que recorrió Luzón en 1902 relató a un periódico lo que había visto. «El país se invadió y se limpió con enorme determinación

—dijo—. Nuestros soldados no capturaron prisioneros ni guardaron registros, se limitaron a barrer el país y siempre y dondequiera que atrapaban a un filipino, lo mataban».[346]

Este tipo de relatos puede dar la impresión de que la mayoría de los filipinos que perecieron lo hicieron a manos de «caminantes» fanáticos, como si toda la guerra hubiera sido Samar. Sin duda, las armas y las antorchas mataron a decenas de miles de personas. Pero la explicación completa de la mortandad filipina es mucho más complicada. Como solía ocurrir en el siglo XIX, la mayoría de las víctimas de la guerra murieron de enfermedades.[347]

Para enredar aún más las cosas, las enfermedades comenzaron bajo el dominio español. Los últimos años del siglo XIX habían sido una época tumultuosa para Filipinas, con desplazamientos de población por todo el archipiélago y con las viejas estructuras económicas trastocadas. Los desplazamientos y la inestabilidad tuvieron consecuencias epidemiológicas letales, sobre todo durante la epidemia de cólera de 1882-1883, que mató a cientos de miles de personas, y el brote de peste bovina de 1887, que mató a nueve de cada diez reses y carabaos. Antes de que Dewey viera por primera vez las luces de la bahía de Manila, los jinetes del Apocalipsis ya acechaban a Filipinas.

Cuando empezó la guerra con Estados Unidos, esos jinetes cargaron, todos a la vez y a la carrera: cólera, malaria, disentería, beriberi, peste bovina, tuberculosis, viruela y peste bubónica. «Todo lo que podía ocurrirle a un país había ocurrido o estaba ocurriendo entonces», recordaba Nellie Taft.[348]

Los Ejércitos —de ambos bandos— llevaban enfermedades con ellos cuando avanzaban. También las prostitutas que iban a Manila y todos los refugiados causados por la guerra. La gente entraba y salía de las zonas de malaria y transportaba la infección en su sangre. Aguinaldo se contagió, igual que las tropas que huyeron con él a las montañas, que quedaron diezmadas.[349]

Ahora bien, si los desplazamientos propagaban enfermedades, también lo hacían los confinamientos. Desde el punto de vista epidemiológico, la reconcentración fue una táctica especialmente horrible. Obligaba a grupos de población con distinta inmunidad y enfermedades diferentes a vivir juntos en un espacio reducido y en condiciones insalubres. Además, al separar a los filipinos de sus

campos, hacía que dependieran de los alimentos importados, muchas veces arroz de Saigón —nutricionalmente pobre—, en el mejor de los casos. La desnutrición aumentaba la susceptibilidad a muchas enfermedades y facilitó directamente el beriberi.[350]

Hay que explicar que el beriberi es una enfermedad muy difícil de contraer. Para que un adulto caiga enfermo, debe tener una dieta de lo más restringida, por ejemplo, arroz molido y prácticamente nada más, durante meses. Pero en el caso de los filipinos, separados de sus granjas y sin posibilidad de comprar nada más que los productos más baratos, la padecieron muchísimos, seguramente decenas de miles. Los más afectados fueron los bebés. Aunque el beriberi infantil era desconocido para los médicos de la época (y, por consiguiente, no se anotaba como diagnóstico), sin duda fue la razón de que Manila, durante la guerra, tuviera la tasa de mortalidad infantil más alta del mundo.

La reconcentración también se cobró un precio en el campo. Los campos se quedaban sin cultivar a medida que se obligaba a los agricultores a trasladarse a las ciudades con guarnición. Por si faltaba alguna connotación bíblica, los campos desatendidos atrajeron nubes de langostas, que minaron aún más la reserva de alimentos. El Ejército de Estados Unidos agravó la situación cuando involucró esos alimentos en la guerra: incendiaba los almacenes de grano, confiscaba o mataba animales e instauraba bloqueos para impedir el comercio. Los guerrilleros se morían de hambre, pero todos los demás también.[351]

Mejor dicho, todos menos los soldados estadounidenses. Con sus compras dejaron la economía filipina sin gran parte del arroz, los huevos, los pollos, la fruta, el pescado y la carne. Y, cuando ya no quedaba suficiente carne en la economía filipina, el Ejército envió carne de vacuno desde Australia, en barcos refrigerados. Con vacunas, agua potable, instalaciones sanitarias y comida abundante, las fuerzas estadounidenses no sufrieron más que de pasada las enfermedades que diezmaron la colonia.

Hasta mediados de 1902, el Ejército estadounidense perdió a 4.196 hombres, más de tres cuartas partes de ellos por enfermedad. El bando contrario, según cálculos de Estados Unidos, sufrió alrededor de 16.000 muertes en combate. Pero esa cifra representa solo las muertes de guerra registradas y es una mínima fracción de la mortandad total.

El general J. Franklin Bell, arquitecto de la estrategia de reconcentración, calculaba que solo en Luzón la guerra había matado a una sexta parte de la población, aproximadamente 600.000 personas.[352] Los libros de texto suelen dar un cálculo de 250.000 bajas para todo el archipiélago, aunque no hay pruebas sólidas detrás de esa cifra. El estudio más minucioso, llevado a cabo por el historiador Ken de Bevoise, determinó que en el periodo 1899-1903 murieron alrededor de 775.000 filipinos a causa de la guerra.[353]

«Por supuesto, queremos la gloria militar —escribió Twain, mientras destacaba el número de muertos—, pero esto es alcanzarla mediante una avalancha».[354]

El 4 de julio de 1902, Roosevelt proclamó el fin de la guerra de Filipinas. Si los cálculos de De Bevoise son correctos, se había cobrado más vidas que la guerra de Secesión.[355]

El anuncio de Roosevelt no fue el primero en el que las autoridades declaraban el fin de la guerra. Ni siquiera era el segundo. *The Washington Post* recordó que Taft había anunciado «la cuarta y definitiva conclusión de las hostilidades» dos años antes y que «se ha puesto fin a la guerra en seis ocasiones distintas desde entonces».[356]

«Cuando hay una cosa mala, todas las veces que se acabe con ella son pocas», terminaba el periódico.

Después de haber anunciado el fin de la guerra y haberla visto renacer de la tumba una y otra vez, a las autoridades coloniales no debería haberles sorprendido que la proclamación de Roosevelt fuera, como las otras, demasiado precipitada. Como antes, el problema estaba fuera de Luzón, aunque esta vez incluso más al sur.[357]

«Morolandia» —las islas de Mindanao, Palawan y Basilan más el archipiélago de Sulú— comprendía el tercio inferior y menos poblado de Filipinas. Era como un país diferente. Habitada sobre todo por musulmanes (llamados «moros») en lugar de católicos y gobernada por un sistema de sultanes y *datus*, se adhería a la ley islámica y practicaba tanto la poligamia como la esclavitud.[358]

Como cada hombre moro libre llevaba un arma blanca en todo momento, Morolandia también estaba armada hasta los dientes.

España nunca consiguió controlar la zona; se conformó con algo parecido a un pacto de no agresión con el sultán de Sulú. Estados

Unidos siguió su ejemplo y firmó un acuerdo con el sultán que dejaba intacta su autoridad legal. ¿Significaba esto que la esclavitud volvía a ser legal en Estados Unidos?, se preguntaban los antiimperialistas. «Los esclavos forman parte de nuestras propiedades —insistió el sultán —. Que nos quiten esta propiedad significaría una gran pérdida».[359] Washington decidió hacer la vista gorda, cosa que fue más fácil después de que los Casos Insulares establecieran que la Decimotercera Enmienda no se aplicaba a Filipinas.

Pero era difícil pensar que esta tenue paz iba a durar siempre, sobre todo a medida que aumentaba la presencia del Ejército estadounidense en el sur. Las hostilidades estallaron en la batalla de Bayán, en mayo de 1902, dos meses antes de que Roosevelt proclamara el fin de la guerra. Y quienes leyeran con atención la proclamación de Roosevelt debieron de darse cuenta de que, incluso con la guerra «terminada», las autoridades civiles solo controlaban las zonas cristianas. En Morolandia y en las tierras altas de Luzón, seguían gobernando los militares.

Sin embargo, no estaba nada claro qué iban a hacer los militares con Morolandia. Era la primera vez que Estados Unidos gobernaba a una población musulmana y entre los funcionarios había actitudes muy variadas.

Una de las estrategias fue la defendida por el capitán John Pershing, que comandaba un puesto a orillas del lago Lanao, una gran masa de agua situada en Mindanao alrededor de la cual vivía casi la mitad de la población musulmana de Morolandia. El nombre de Pershing salió en los medios de comunicación durante la campaña presidencial de 2016, cuando Donald Trump describió, con gran deleite, cómo Pershing («un tipo duro, un tipo duro») había capturado a cincuenta «terroristas», había empapado cincuenta balas de sangre de cerdo, había puesto a los presos en fila y había fusilado a cuarenta y nueve, para que el último fuera a informar de lo sucedido. «Y durante veinticinco años no hubo ningún problema, qué bien, ¿no?», concluyó Trump.[360]

Pues no, qué bien no. Dejando a un lado los problemas éticos de las ejecuciones extrajudiciales, la historia que contaba Trump no tenía nada que ver con lo que pasó. En realidad, Pershing mostró una afinidad extraordinaria con los moros. Les hacía visitas diplomáticas,

sin armas. Estudió su lengua y sus costumbres, comió su comida («Nunca he probado un pollo más delicioso»)[361] y algunos de ellos llegaron a ser «grandes amigos personales».[362] En 1903 ya celebraba reuniones de bajo nivel sin necesidad de intérprete.[363]

El trato amistoso produjo resultados: Pershing fue elegido *datu* —el único *datu* de todos los oficiales estadounidenses— y designado padre honorario de la esposa del sultán de Bayan.[364] Llevó a cabo una expedición de ciento quince kilómetros alrededor del Lanao, durante la que estableció alianzas donde pudo y peleó donde no pudo. Era la primera vez que un funcionario estadounidense o español daba la vuelta completa al lago.

Todo ello hizo que Pershing ocupara los titulares de prensa. Joven, guapo y con vocación de paz, era todo lo contrario al general Jacob Smith, el de la «jungla llena de aullidos». Roosevelt lo nombró general de brigada, por delante de novecientos nueve oficiales de mayor rango.[365]

Pero, por supuesto, el deseo de Pershing de conciliar significaba tolerar las costumbres moras, incluida la esclavitud. Y no todos estaban dispuestos a hacerlo. Especialmente hostil a la estrategia de Pershing era el general Leonard Wood, antiguo compañero de armas de Roosevelt en los Rough Riders, que fue nombrado gobernador de la provincia de Moro en 1903. Wood era un hombre intransigente: «Intolerante, arrogante, superior y convencido de tener razón», lo describió un colega.[366] Y tenía poca paciencia con el autogobierno moro. En una reunión con los *datus* de Joló, Wood anunció: «Ha llegado un nuevo orden de cosas. Ahora es dueño de todas estas islas un país nuevo y muy fuerte; Estados Unidos».[367]

Wood abjuró del pacto de no injerencia, abolió la esclavitud y estableció un impuesto per cápita, plenamente consciente de que las medidas iban a causar conflictos. «Una sencilla lección será suficiente —escribió a Roosevelt—, pero debe ser de tal carácter que no haga falta una docena de repeticiones inútiles».[368]

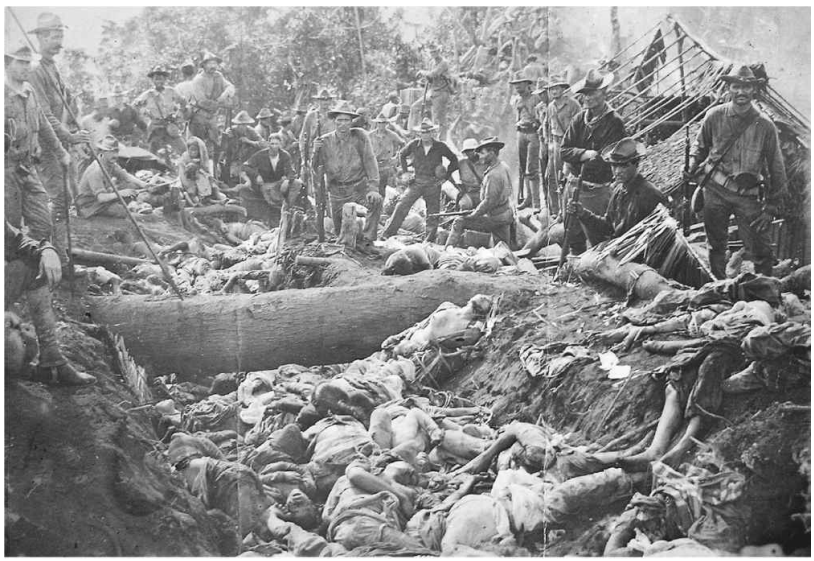
Siguiendo la costumbre, Wood instauró zonas de reconcentración y puso en marcha una serie de incursiones.

Wood esperaba «una sencilla lección». En su lugar, tuvo que hacer lo que temía: una docena de repeticiones. Sus incursiones mataron a miles de moros, pero nunca consiguieron poner fin a la guerra. En

1905, cientos de resistentes —familias enteras— huyeron a refugiarse en el cráter de un volcán inactivo, Bud Dajo. Como se oponían a que Wood aboliera la esclavitud y, sobre todo, a sus impuestos, en la práctica se escindieron y crearon una microconfederación en lo alto de una montaña.

Era la pelea que Wood estaba esperando. En marzo de 1906 envió una fuerza expedicionaria al volcán. La «batalla», que duró cuatro días, fue totalmente desigual: un soldado describió la escena diciendo que los moros caían «como fichas de dominó» bajo el fuego de las ametralladoras.[369] Wood perdió veintiún hombres y calculó que habían muerto seiscientos moros, aunque los intérpretes filipinos que trabajaban con el Ejército elevaron la cifra a casi mil.[370] «Todos los defensores murieron», informó Wood.[371]

Las matanzas de este tipo no eran desconocidas en Estados Unidos. Wounded Knee, Sand Creek, Bloody Island: las guerras indias habían teñido de rojo el oeste. Pero Bud Dajo las eclipsó.[372] «Los suprimimos por completo, sin dejar ni siquiera un bebé vivo que llorara por su madre muerta —escribió en privado Mark Twain, lleno de amargura—. Esta es, sin comparación posible, la mayor victoria que han conseguido los soldados cristianos de Estados Unidos».[373]



Unos soldados de pie ante una trinchera llena de cadáveres de hombres y mujeres tras la matanza de Bud Dajo, en 1906. W. E. B. Du Bois declaró que esta fotografía era «lo más esclarecedor que he visto nunca» y propuso

mostrarla en su clase «para inculcar a los estudiantes lo que verdaderamente significan las guerras, en especial las guerras de conquista». [Du Bois a Moorfield Storey, en *The Correspondence of W. E. B. Du Bois*, Herbert Aptheker (ed.), vol. 1, Amherst, 1973, p. 136].

«No quisiera tener eso en mi conciencia ni a cambio de la fama de Napoleón», escribió Pershing a su esposa.[374] Pero él tuvo también su propia oportunidad de tener mala conciencia cuando fue nombrado gobernador de la provincia de Moro en 1909. Pese a la esperanza de Wood de que «una sencilla lección» pondría fin a las cosas, la guerra continuaba: incursiones, contraincursiones, bandas armadas y gobierno militar. En 1911, un exasperado Pershing publicó una orden ejecutiva que eliminó por completo las armas de la provincia y exigió que los moros entregaran no solo las armas de fuego, sino también las armas blancas.

Si una autoridad hubiera dado una orden como esa en el continente, habría violado la Segunda Enmienda. En Filipinas se limitó a indignar y alarmar a la población. Entre seis mil y diez mil personas huyeron de sus hogares y subieron a otra montaña volcánica, Bud Bagsak, después de llevarse unos trescientos rifles.

Pershing fue más paciente que Wood. Esperó durante meses hasta que, por fin, la mayoría de los rebeldes volvieron a bajar una vez que la comida empezó a agotarse. Pero la paciencia de Pershing tenía un límite y en junio de 1913 llevó a cabo un ataque sorpresa. «La lucha fue la más feroz que he visto nunca», escribió, y los moros recibieron «una paliza que creo que tardarán en olvidar».[375] Al final, Pershing perdió quince hombres y calculó que había matado entre doscientos y trescientos moros, incluyendo mujeres y niños.[376] Las estimaciones de los historiadores oscilan entre doscientos y más de quinientos.[377]

Bud Bagsak no terminó con la guerra. Los combates continuaron y ese mismo mes se libraron otras batallas.[378] La violencia asoló la región durante años. A pesar de ello, la provincia de Moro pasó a depender de un Gobierno civil en 1913, con lo que se puso fin a catorce años de ley marcial.

Desde 1903, el cargo más alto del Ejército estadounidense es el de jefe de Estado Mayor. El creador de la política de reconcentración, J.

Franklin Bell, ocupó ese puesto tras su paso por Filipinas. También lo hizo Leonard Wood, cuatro años después de la masacre de Bud Dajo. Tras dejar la provincia de Moro, Pershing comandó las Fuerzas Expedicionarias Americanas en Europa y fue un héroe de la Primera Guerra Mundial. Luego, también él fue jefe de Estado Mayor.

En realidad, todos y cada uno de los doce primeros jefes de Estado Mayor del Ejército sirvieron en la guerra de Filipinas. Desde el inicio de las hostilidades, en 1899, hasta el final del gobierno militar en Morolandia, en 1913, fue la segunda guerra más larga que ha librado Estados Unidos, solo por detrás de la de Afganistán.

---

[279] «Omaha's Colonial Exposition», *Weekly Register-Call, Central City,* (Colorado), 7 de julio de 1899.

[280] «Back from the Wars», *Denver Evening Post*, 2 de julio de 1899.

[281] *Congressional Record*, 57.º Cong., 1.ª ses., p. 7.708.

[282] Declaración de independencia de Filipinas, en Sulpicio Guevara (ed.), *The Laws of the First Philippine Republic*, Manila, 1972, p. 204.

[283] Paul A. Kramer, *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, and the Philippines*, Chapel Hill, 2006, pp. 98-100.

[284] Declaración de independencia de Filipinas, p. 206.

[285] Orden ejecutiva, 17 de agosto de 1898, *APP*.

[286] David Starr Jordan, *Imperial Democracy*, Nueva York, 1899, p. 96.

[287] Ken de Bevoise, *Agents of Apocalypse: Epidemic Disease in the Colonial Philippines*, Princeton, 1995, pp. 86-87.

[288] Emilio Aguinaldo, *True Version of the Philippine Revolution*, Tarlac, 1899, p. 42.

[289] Orden ejecutiva, 21 de diciembre de 1898, *APP*.

[290] John Morgan Gates, *Schoolbooks and Krags: The United States Army in the Philippines, 1898–1902*, Westport, Connecticut, 1973, p. 38

[291] Renato Constantino, *A History of the Philippines: From the Spanish Colonization to the Second World War*, Nueva York, 1975, p. 216.

[292] Leon Wolff, *Little Brown Brother: America's Forgotten Bid for Empire Which Cost 250,000 Lives*, Londres, 1961, p. 202.

[293] «The Big Scare», documento anónimo, 24 de enero de 1899, en Nicholson Scrapbooks.

[294] Entrevista con Grayson en *Congressional Record*, 57.º Cong., 1.ª ses., 1902, p. 7.634.

[295] Hay muchas historias de la guerra de Filipinas, especialmente entre 1899 y 1902. Me he basado en particular en Glenn Anthony May, *Battle for Batangas: A Philippine Province at War*, New Haven, 1991; De Bevoise, *Agents of the Apocalypse*; Reynaldo C. Ileto, *Knowing America's Colony: A Hundred Years from the Philippine War*, Manoa, 1999; Resil B. Mojares, *The War against the Americans: Resistance and Collaboration in Cebu: 1899–1906*, Quezon City, 1999; Brian Linn, *The Philippine War, 1899–1902,* Lawrence, 2000; Angel Velasco Shaw y Luis H. Francia (eds.), *Vestiges of War: The Philippine-American War and the Aftermath of an Imperial Dream, 1899–1999,* Nueva York, 2002; Kramer, *Blood of Government*; y David J. Silbey, *A War of Frontier and Empire: The Philippine-American War, 1899–1902*, Nueva York, 2007.

[296] Linn, *Philippine War*, p. 42.

[297] Ibíd., p. 52.

[298] Wolff, *Little Brown Brother*, pp. 207, 219.

[299] May, *Batangas*, pp. 173-174.

[300] Mojares, *War against the Americans*, pp. 75, 223n, 22.

[301] James R. Arnold, *The Moro War: How America Battled a Muslim Insurgency in the Philippine Jungle, 1902–1913*, Nueva York, 2011, p. 100.

[302] Emilio Aguinaldo con Vicente Albano Pacis, *A Second Look at America*, Nueva York, 1957, p. 97.

[303] Orlino A. Ochosa, *The Tinio Brigade: Anti-American Resistance in the Ilocos Provinces, 1899–1901*, Quezon City, 1989, p. 30.

[304] «The Capture of Malolos», *Manila Freedom*, 2 de abril de 1899.

[305] Es difícil saber qué era una «capital» y qué era sencillamente un cuartel general. Me baso en el relato del propio Aguinaldo en *Second Look at America*, p. 109.

[306] MacArthur a Theodore Schwan, 23 de noviembre de 1899, en *Annual Reports of the War Department for the Fiscal Year Ended June 30, 1900*, 1900, p. 275.

[307] Frank Hindman Golay, *Face of Empire: United States–Philippine Relations, 1898–1946*, Madison, 1998, p. 65.

[308] Carlos P. Rómulo, *Mother America: A Living Story of Democracy*, Garden City, Nueva York, 1943, p. 27.

[309] James H. Blount, *The American Occupation of the Philippines, 1898–1912*, Nueva York, 1913, p. 24.

[310] Leland Krauth, *Mark Twain and Company: Six Literary Reflections*, Athens, 2003, p. 215. Véase el capítulo 6 a propósito de los numerosos vínculos entre los dos escritores.

[311] Rudyard Kipling, «The White Man's Burden», *London Times*, 4 de febrero de 1899.

[312] En el original: «Take up the White Man's Burden / Send forth the best ye breed / Go bind your sons to exile / To serve your captives' need; / To wait, in heavy harness, / On fluttered folk and wild / Your new-caught, sullen peoples, / Half-devil and half-child.» (*N. de la T.*).

[313] «Mark Twain Home, An Anti-Imperialist», *New York Herald*, 15 de octubre de 1900, en Jim Zwick (ed.), *Mark Twain's Weapons of Satire: Anti-Imperialist Writings on the Philippine-American War*, Syracuse, 1992, p. 5.

[314] Twain, «To a Person Sitting in Darkness», 1901, en ibíd., pp. 33-34.

[315] Ibíd., p. xxx.

[316] Twain, «Sitting in Darkness», p. 39.

[317] Programa del Partido Demócrata en 1900, *APP*.

[318] Twain, «Speech on Municipal Corruption», en Zwick, *Twain's Weapons*, pp. 14-15.

[319] Jim Zwick, «Mark Twain's Anti-Imperialist Writings in the 'American Century'», en Shaw y Francia, *Vestiges of War*, pp. 38-56.

[320] Stuart Creighton Miller, «*Benevolent Assimilation*»: *The American Conquest of the Philippines, 1899–1903*, New Haven, 1982, p. 134.

[321] «I'm only a common soldier in the blasted Philippines / They say I've got brown brothers here, but I dunno what it means / I like the word fraternity, but still I draw the line / He may be a brother of Big Bill Taft, but he ain't no brother of mine!» (*N. de la T.*).

[322] Kramer, *Blood of Government*, pp. 124-130.

[323] Willard B. Gatewood, «*Smoked Yankees*» *and the Struggle for Empire: Letters from Negro Soldiers, 1898–1920*, Urbana, 1971, p. 244.

[324] George P. Marks, III (ed.), *The Black Press Views American Imperialism,* Nueva York, 1971; Willard B. Gatewood Jr., *Black Americans and the White Man's Burden, 1898–1913*,

Urbana, 1975.

[325] Michael C. Robinson y Frank N. Schubert, «David Fagen: An Afro-American Rebel in the Philippines, 1899–1901», *Pacific Historical Review* 44, 1975, p. 80.

[326] Gates, *Schoolbooks and Krags*; Linn, *Philippine War*, pp. 200-206; y Adas, *Dominance by Design*, cap. 3.

[327] «Casualty Figures of the American Soldier and the Other: Post–1898 Allegories of Imperial Nation-Building as "Love and War"», en *Vestiges of War*, pp. 134-162.

[328] El complejo tema de la colaboración y la resistencia se trata con habilidad y sensibilidad en Mojares, *War against the Americans*, cap. 9.

[329] Ileto, *Knowing America's Colony*, p. 28.

[330] Véase especialmente Ileto, *Knowing America's Colony*, conferencia 1, y May, *Batangas*.

[331] Forbes Diary, 1, p. 1, 22 de agosto de 1904.

[332] Julian Go, *American Empire and the Politics of Meaning Elite Political Cultures and the Philippines and Puerto Rico during U.S. Colonialism*, Durham, 2008.

[333] Constantino, *History of the Philippines*, p. 229.

[334] Robert L. Beisner, *Twelve against Empire: The Anti-Imperialists, 1898–1900*, Nueva York, 1968, p. 162.

[335] MacArthur, citado en Linn, *Philippine War*, p. 306.

[336] Rolando O. Borringa, *The Balangiga Conflict Revisited*, Quezon City, 2003.

[337] Helen Herron Taft, *Recollections of Full Years*, Nueva York, 1914, p. 225.

[338] Joseph L. Schott, *The Ordeal of Samar*, Nueva York, 1964, p. 55.

[339] Citado en Richard Franklin Pettigrew, *The Course of Empire: An Official Record*, Nueva York, 1920, p. 285.

[340] Schott, *Ordeal*, pp. 78, 98.

[341] Sobre las dificultades de los revolucionarios para suscitar lealtades, véase Gates, *Schoolbooks and Krags*, pp. 225-230, y Brian McAllister Linn, *The U.S. Army and Counterinsurgency in the Philippine War, 1899–1902*, Chapel Hill, 1989, pp. 18-19, pp. 167-168.

[342] May, *Batangas*, p. 147, tratado en Kramer, *Blood of Government*, p. 141.

[343] *WTR*, 9, pp. 58, 57.

[344] Roosevelt a Speck von Sternberg, 19 de julio de 1902, *LTR*, 3, pp. 297-298.

[345] Schott, *Ordeal of Samar*, p. 279.

[346] *Boston Transcript*, 1902, citado en Moorfield Storey y Marcial P. Lichauco, *The Conquest of the Philippines by the United States*, Nueva York, 1926, pp. 121-122.

[347] La siguiente explicación de la mortalidad filipina se basa en gran medida en May, *Batangas,* y De Bevoise, *Agents of the Apocalypse*. Sobre la salud pública durante la guerra, véase también Reynaldo C. Ileto, «Cholera and the Origins of the American Sanitary Order in the Philippines», en *Discrepant Histories: Translocal Essays on Philippine Culture*, Vicente L. Rafael (ed.), Filadelfia, 1995, pp. 51-82, y Warwick Anderson, *Colonial Pathologies: American Tropical Medicine, Race, and Hygiene in the Philippines*, Durham, 2006.

[348] Taft, *Recollections*, p. 253.

[349] Aguinaldo, *Second Look*, p. 107; Simeon A. Vilal Diary, Rare Books, NLP.

[350] De Bevoise, *Agents of the Apocalypse*, p. 140.

[351] Ibíd., p. 61.

[352] Storey y Lichauco, *Conquest*, p. 121. El historiador Resil Mojares calcula que también murió la sexta parte de la población de Cebú: 100.000 muertes por la guerra y enfermedad entre los años 1898 y 1906. *War against the Americans*, p. 135.

[353] De Bevoise, *Agents of the Apocalypse*, p. 13.

[354] Twain, «Review of Edwin Wildman's Biography of Aguinaldo», 1901-1902, en

Zwick, *Twain's Weapons*, p. 103.

[355] La cuenta sale incluso si se combinan las bajas de los soldados en la guerra de Secesión, alrededor de 620.000, con las muertes sin contabilizar de civiles, que se calculan en 50.000. Drew Gilpin Faust, *This Republic of Suffering: Death and the American Civil War*, Nueva York, 2008, pp. xi-xii.

[356] «It Must Be Over Now», *The Washington Post*, 6 de mayo de 1902, tratado en Kramer, *Blood of Government*, p. 155.

[357] Las hostilidades también continuaron en el norte, aunque existe un debate sobre si hay que calificarlas de guerra o de crímenes. Véase, por ejemplo, Orlino A. Ochosa, *Bandoleros: Outlawed Guerrillas of the Philippine-American War, 1903–1907*, Quezon City, 1995.

[358] Una explicación extraordinariamente útil de la guerra de Morolandia es la de Peter Gordon Gowing, *Mandate in Moroland: The American Government of Muslim Filipinos, 1899–1920*, Quezon City, 1977. También me baso en Frank E. Vandiver, *Black Jack: The Life and Times of John J. Pershing*, vol. 1, College Station, 1977; Robert A. Fulton, *Moroland: The History of Uncle Sam and the Moros, 1899–1920,* Bend (Oregón), 2009; los ensayos de Joshua Gedacht y Patricio N. Abinales en *Colonial Crucible: Empire in the Making of the Modern American State*, Alfred W. McCoy y Francisco A. Scarano (eds.), Madison, 2009; y Arnold, *Moro War*.

[359] Gowing, *Mandate*, p. 56. Sobre esta cuestión, véase Michael Salman, *The Embarrassment of Slavery: Controversies over Bondage and Nationalism in the American Colonial Philippines*, Berkeley, 2001.

[360] Donald Trump, 29 de febrero de 2016, mitin de campaña, North Charleston, Carolina del Sur.

[361] John J. Pershing, *My Life before the World War, 1860–1917*, John T. Greenwood (ed.), Lexington, 2013, p. 152.

[362] Donald Smythe, *Guerrilla Warrior: The Early Life of John J. Pershing*, Nueva York, 1973, p. 84.

[363] Pershing, *My Life*, p. 189.

[364] Vandiver, *Black Jack*, cap. 9.

[365] Suele darse la cifra de 862, pero véase Vandiver, *Black Jack*, p. 390, n. 88.

[366] Rexford Guy Tugwell, *The Stricken Land: The Story of Puerto Rico*, Garden City, Nueva York, Doubleday and Company, 1946, p. 414.

[367] Hermann Hagedorn, *Leonard Wood: A Biography*, Nueva York, 1931, 2, p. 8.

[368] Wood a Roosevelt, 3 de agosto de 1903, en Gowing, *Mandate*, p. 156.

[369] Linn, *Guardians*, p. 39.

[370] Para ver estimaciones contemporáneas, que subían hasta 1.500, véase Fulton, *Moroland*, p. 339. La cifra de los intérpretes procede del informe del mayor Omar Bundy, 12 de marzo de 1906, p. 8, Record Group 94, Records of the Adjutant General's Office, Document File 1890-1917, entrada 25, NADC. Agradezco a Joshua Gedacht que me haya proporcionado este documento.

[371] A pesar del pronunciamiento de Wood, sobrevivieron algunos moros, quizá hasta un centenar. Véase Fulton, *Moroland*, p. 339, y Jack McCallum, *Leonard Wood: Rough Rider, Surgeon, Architect of American Imperialism*, Nueva York, 2006, p. 229.

[372] Hay algo de difícil y al mismo tiempo de desagradable en querer comparar el tamaño de las matanzas. Lo difícil consiste en que los autores no suelen hacer censos de cadáveres; lo desagradable es que la comparación del recuento de cuerpos puede sugerir que la matanza más pequeña fue «menos mala», lo que implica una matemática moral de una frivolidad incómoda, en la que matar a cuarenta personas es exactamente la mitad de malo que matar a ochenta. Aun así, por si sirve de algo, creemos que en Sand Creek (unos 150), Wounded Knee (unos 200) y Bloody Island (75-200), todas juntas, murieron menos personas

que en Bud Dajo. En cambio, Bloody Island es especialmente difícil de contabilizar. Los informes de los que estuvieron allí varían enormemente, con entre 75 y 200 fallecidos como media aproximada, pero con unos extremos que van desde 16 (el informe de un jefe pomo) hasta más de 800 (un mayor estadounidense que llegó al lugar dos meses después). Sand Creek: *Report of the John Evans Study Committee,* Evanston, 2014, p. 7; Wounded Knee: Jerome A. Greene, *American Carnage: Wounded Knee, 1890,* Norman, 2014, p. 288; Bloody Island: Benjamin Madley, *An American Genocide: The United States and the California Indian Catastrophe*, New Haven, 2016, pp. 131-133.

[373] Twain, «Comments on the Moro Massacre», 1906, en Zwick, *Twain's Weapons*, 172.

[374] Fulton, *Moroland*, 370.

[375] Pershing a «Frank», 19 de junio de 1913, carpeta 1, y Pershing a Leonard Wood, 9 de julio de 1913, carpeta 3, caja 371, Pershing Papers.

[376] Pershing, *My Life*, p. 302. En su informe oficial Pershing calculaba, basándose en «fuentes de Morolandia», que había habido «entre trescientos y quinientos» defensores de Bud Bagsak, aunque algunos moros se escaparon durante el combate y no está claro si ese cálculo los incluye. Pershing, Report of Bud Bagsak Operations, 15 de octubre de 1913, carpeta 4, caja 372, Pershing Papers.

[377] Smythe sitúa el número de muertes en «más de 500» (*Guerrilla Warrior*, p. 200); Gowing, entre 300 y 500 (*Mandate,* p. 240); Fulton, entre 200 y 400 (*Moroland,* pp. 449-450); Linn, en más de 500 (*Guardians*, p. 41).

[378] Arnold, *Moro War*, pp. 240-241.

07

Fuera del círculo encantado

El Gobierno de McKinley tenía la esperanza de que, al derrocar la tiranía española, se ganaría la lealtad de los antiguos súbditos de España. En Filipinas, esa esperanza parecía pura arrogancia. En vez de multitudes entusiastas, las fuerzas estadounidenses se encontraron con el Ejército de Liberación de Emilio Aguinaldo y una guerra que duró años.

Pero no era una esperanza irracional. Cuando las tropas estadounidenses desembarcaron en Puerto Rico, sí se congregaron multitudes para vitorearlas.[379] Los puertorriqueños gritaban «¡Vivan los americanos!» y regalaban a los soldados puros, fruta y flores. Los lugareños se referían a sí mismos como «puertorriqueños, americanos» y las autoridades municipales cambiaron nombres de calles por los de Washington y Lincoln.

Muchos puertorriqueños creían que saldrían ganando si sustituían a España por Estados Unidos.[380] Su pequeña isla dependía mucho más del comercio que Filipinas. Desde el punto de vista económico, el dominio estadounidense les permitiría acceder a mejores mercados. Desde el punto de vista político, los puertorriqueños esperaban más autonomía de la que habían tenido con España. Pensaban que Estados

Unidos era una gran federación —una «república de repúblicas»— y confiaban en unirse a ella en igualdad de condiciones, como habían hecho los territorios de la parte oeste. Los políticos formaron dos partidos, el Partido Republicano y el Partido Federal, que propugnaban la condición de estado. Como decía el programa federalista, Puerto Rico debía ser «un país próspero y feliz a la sombra de la bandera de Estados Unidos».[381]

A Pedro Albizu Campos, en aquel entonces un niño, todo aquello debió de impresionarle.[382] Vivía en Ponce, el centro de la ocupación estadounidense. Los habitantes locales eran «las almas más amistosas del mundo», escribió un periodista estadounidense, y estaban «locos» de entusiasmo por Estados Unidos.[383]

El padre de Albizu se había acercado al puerto para dar la bienvenida a las tropas que llegaban y pronto encontró trabajo como funcionario de aduanas para el nuevo Gobierno.[384] Aunque Albizu tenía poco contacto con su padre, también parecía entusiasmado. «Daba la impresión de ser un amante de todo lo estadounidense», recordaba el director de su escuela.[385] Un profesor recordaba que Albizu se quedaba después de clase para hablar con los profesores procedentes de los estados continentales y que visitaba sus casas.[386] Con el tiempo, el director consiguió que le dieran una beca para ir a estudiar al continente, a la Universidad de Vermont.[387]

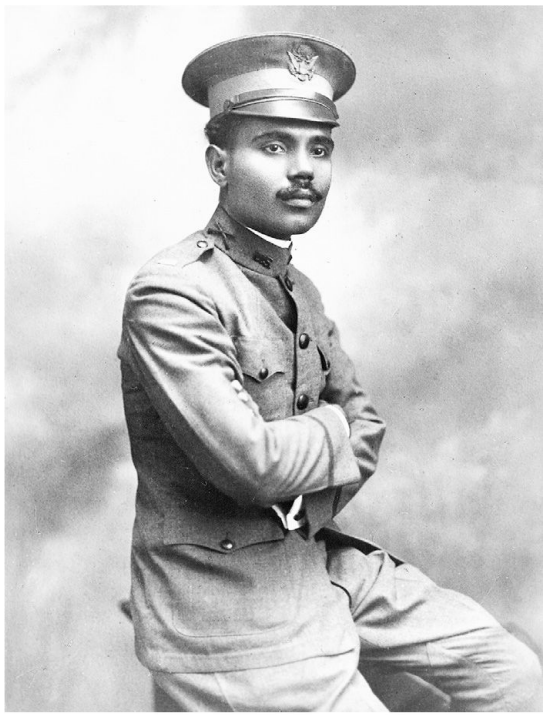
Desde Vermont, Albizu se trasladó a Harvard, donde se graduó y, más tarde, obtuvo el título de Derecho. Allí triunfó. Pete, como le conocían sus amigos angloparlantes, era un estudiante popular, con fama de buen orador. Se hizo miembro de varios clubes, sobre todo el Cosmopolitan Club, una organización para alumnos de Harvard extranjeros e interesados por todo lo internacional.[388]

El Cosmopolitan Club estaba muchos peldaños por debajo de los clubes más elegantes como el Porcellian o el Hasty Pudding, los lugares preferidos de Teddy Roosevelt. Sin embargo, a juicio del rector de Harvard, era el club más interesante del campus.[389] Tenía miembros procedentes de todo el mundo: China, Alemania, Corea, Francia, Liberia, Japón, Sudáfrica, la Guayana Británica y muchos otros sitios.[390]

Aquellos hombres, incomprendidos en el Cambridge de los WASP, eran miembros de la élite más exclusiva en sus respectivos países de

origen. Cuando eligieron a Albizu para ser uno de los dos vicepresidentes del club en 1914, el otro fue T. V. Soong, que más tarde llegó a ser, supuestamente, el hombre más rico del mundo. Una de las hermanas de Soong estaba a punto de casarse con Sun Yatsen, líder de la revolución china. Y otra se casaría con Chiang Kai-shek, presidente de la República de China (primero en el continente y luego en Taiwán) entre 1928 y 1975.

Albizu fue presidente del Cosmopolitan durante su último curso. Era un honor, pero llegó en el momento menos oportuno, porque, a mitad de su mandato, Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial.



Primer teniente
Pedro Albizu Campos

No debió de ser un periodo fácil para los miembros del Cosmopolitan, pacifistas y extranjeros en medio de un nacionalismo cada vez más beligerante. A su alrededor se iba purgando de forma agresiva cualquier sospecha de lealtad a un país extranjero. En la

cercana Orquesta Sinfónica de Boston deportaron al director, de origen alemán, encerraron a decenas de músicos alemanes e incluso se evitaron las composiciones germánicas.[391]

El club Cosmopolitan estaba lleno de alemanes. Peor aún, uno de sus más fieles aliados en el claustro había sido el psicólogo Hugo Münsterberg, un ciudadano alemán cuyas desmesuradas palabras en defensa de su patria lo habían convertido en un villano nacional y una vergüenza para el campus. Seguramente, la administración de Harvard sintió alivio cuando Münsterberg murió de repente a finales de 1916, de una hemorragia cerebral.[392]

Albizu no solo era presidente del Cosmopolitan, sino que se había identificado públicamente con el pacifismo. Había alzado la voz en contra de la participación de los alumnos de Harvard en los campamentos veraniegos de preparación militar.[393] Y había formado parte del consejo del International Polity Club, una organización pacifista que había invitado a Münsterberg a dar un discurso político cuando el profesor era un paria.[394]

Pero todo eso lo había hecho cuando Estados Unidos era mero espectador. En cuanto entró en guerra, Albizu tuvo que tomar una difícil decisión. Podía mantener su pacifismo o apoyar a su país, pero no ambas cosas.

Recogió sus pensamientos en una carta al *Harvard Crimson*. «Cuando estalló la guerra hispano-estadounidense, los puertorriqueños vieron en este país a su libertador y hubo una ola de americanismo que recorrió el país —escribió—. Dimos la bienvenida a la bandera estadounidense en 1898 porque creíamos, y seguimos creyendo, que es un símbolo de democracia y justicia».[395]

Su rumbo, por tanto, estaba claro. «Señores, permítanme asegurarles a ustedes y al pueblo americano nuestra lealtad a Estados Unidos —continuó—. Detestamos la tiranía y la arrogancia alemanas y daremos buena imagen de nosotros mismos en una cooperación militar voluntaria y real con Estados Unidos».

Tres semanas después, Albizu se alistó en el Ejército.

La fe de Pedro Albizu Campos en Estados Unidos era llamativa, pero había razones para ella. La fiebre del imperio que se había apoderado del país en 1898 parecía estar remitiendo. Los escándalos y la

duración de la guerra de Filipinas habían hartado incluso a los imperialistas más acérrimos. En 1907, el propio Theodore Roosevelt dijo que Filipinas era un «talón de Aquiles»[396] y sugirió a Taft que se preparara la colonia para la independencia. Incluso Emilio Aguinaldo admitió que, para entonces, a Estados Unidos se le había empezado a «pasar la borrachera».[397]

En efecto, el imperio podía parecer, desde lugares como Cambridge, Massachusetts, una lamentable borrachera de la que más valía no hablar. En 1898, las colonias eran noticia. Pero en la década de 1910, incluso con los combates que aún se libraban en Morolandia, el imperio era, en el mejor de los casos, tema de contraportada. En 1913, la revista imperialista *The Outlook* (uno de cuyos responsables era Theodore Roosevelt), al informar sobre la batalla de Bud Bagsak, sintió la necesidad de reconocer que quizá sería una sorpresa para sus lectores saber que la guerra no había terminado todavía.[398]

El contraste con Gran Bretaña es revelador. Tras la muerte de la reina Victoria, en 1901, se instauró la celebración del «Día del Imperio» en todo el Imperio británico coincidiendo con la fecha de su cumpleaños. En 1916 se convirtió en fiesta oficial. En las colonias y en las islas Británicas había procesiones y desfiles, himnos y discursos. «Nuestros profesores nos recordaban constantemente que el 24 de mayo era el Día del Imperio —recordaba una mujer de Derby—. Nos señalaban con orgullo las partes rojas del globo».[399] Los niños se vestían con trajes de las distintas colonias.

Estados Unidos también tenía una fiesta patriótica. Empezó en las escuelas y, como el Día del Imperio, se convirtió en fiesta oficial en 1916. Pero el «Día de la Bandera», que así se llamaba, no tenía nada que ver con el imperio. Era, según explicó el presidente Woodrow Wilson, una oportunidad para que «la gente del país […] interrumpiera sus asuntos ordinarios y se reuniera en una demostración común de su sentimiento como Nación» y mostrara que «América es indivisible».[400] Mientras a los niños británicos se les hacía examinar el mapa del mundo, los niños estadounidenses veneraban la bandera nacional, que tenía una estrella para cada estado, pero ningún símbolo para los territorios.

Si los profesores estadounidenses hubieran sacado sus mapas, como sin duda hicieron muchos, no está claro qué habrían encontrado

en ellos. Es probable que los mapas del «Gran Estados Unidos», de moda una década antes, siguieran colgados en las paredes de algunas aulas, pero en 1916 ya se encargaban pocos mapas nuevos de este tipo. Los cartógrafos habían vuelto a los mapas del logotipo, en los que solo aparecían los estados.

El nacionalismo se apoderaba del país, sobre todo cuanto más cerca estaba la Primera Guerra Mundial. Y, a medida que la idea de nación —una unión de estados que comparten una cultura, una lengua y una historia— cobraba importancia, las colonias parecían más lejanas y nebulosas y desaparecían físicamente de los mapas y los atlas. En el caso de las islas del guano, la desaparición no fue meramente simbólica. El Departamento de Estado dejó de reclamar la propiedad de aquellas islas deshabitadas y dejó que muchas pasaran a manos extranjeras sin que nadie lo advirtiera.[401] A otros territorios simplemente se les empezó a prestar menos atención, desde Washington y desde todos los demás lugares del continente.

Estaban, como dijo Wilson, «fuera del círculo encantado de nuestra vida nacional».[402]

Un factor que contribuyó a esconder el imperio bajo la alfombra fue que las anexiones, en gran medida, se habían interrumpido. Uno de los motivos por los que los imperialistas y los antiimperialistas se habían mostrado tan apasionados era que concebían las fronteras del país anteriores a 1898 como una presa: una vez reventada, habría una riada interminable de conquistas. Precisamente para evitar que ocurriera fue por lo que los antiimperialistas del Congreso habían aprobado una ley que fijaba límites estrictos a lo que Estados Unidos podía hacer con Cuba. Prohibía todo ejercicio de «soberanía, jurisdicción o control» sobre la isla, «salvo con fines de pacificación».[403]

Ahora, aunque se hubiera frenado a los expansionistas en Cuba, no se los había derrotado del todo. La ley prohibía que Estados Unidos tuviera jurisdicción sobre Cuba, salvo fines de «pacificación». ¿Y quién iba a decir cuándo estaba pacificada Cuba?

Pues esa pregunta tenía respuesta. El hombre que dijo cuándo estaría pacificada Cuba fue su gobernador militar, nada menos que Leonard Wood, compañero de Roosevelt en los Rough Riders y, más tarde, autor de la matanza de Bud Dajo en Filipinas. Según Wood,

Cuba no estaría pacificada hasta que tuviera un Gobierno estable. ¿Y qué era un Gobierno estable? Uno en el que «se puede pedir dinero prestado a un tipo de interés razonable y en el que el capital está dispuesto a invertir», era la definición de Wood.[404] Escribió a McKinley: «Cuando la gente me pregunta qué entiendo por Gobierno estable, les digo: "Dinero al seis por ciento"».

En realidad, el Gobierno de McKinley quería algo más. Quería garantizar la protección de las propiedades de Estados Unidos (una preocupación seria, dado que los revolucionarios cubanos habían incendiado plantaciones de azúcar) y el derecho a intervenir si la política cubana empezaba a tambalearse. Utilizando la amenaza de una ocupación militar prolongada como instrumento de chantaje, Wood consiguió que el poder legislativo cubano aceptara ambas demandas, y no solo que las aceptara, sino que las convirtiera en ley. Durante más de treinta años, la Constitución cubana contuvo una cláusula asombrosa que daba a Estados Unidos el derecho a invadir la isla (cosa que hizo en cuatro ocasiones).

Cuba también aceptó, como precio para conseguir la salida de Wood, arrendar un área de 116 kilómetros cuadrados a Estados Unidos para uso militar. La bahía de Guantánamo, nombre que recibía el terreno arrendado, sería técnicamente territorio cubano, pero Estados Unidos tendría «total jurisdicción y control» sobre ella.[405]

Era, por decirlo con palabras suaves, un acuerdo insólito, que daba a Estados Unidos muchos de los beneficios de la colonización sin la responsabilidad. Nadie lo había buscado; fue una solución diseñada por el Gobierno de McKinley para eludir las restricciones que habían promulgado los antiimperialistas. Pero creó una bifurcación histórica: Filipinas, Hawái, Puerto Rico, Samoa Americana y Guam tomaron un camino y Cuba, otro.

Cuanto más se prolongaba la guerra de Filipinas, mejor les parecía la vía cubana a los posibles imperialistas. Aunque en teoría Cuba era independiente, Estados Unidos la atrapó fácilmente en su esfera de influencia.[406] Los estadounidenses eran dueños de los campos de caña de azúcar, las minas, la industria del tabaco, los bancos y gran parte de las tierras. Los jóvenes cubanos aprendían inglés y jugaban al béisbol.

Por si fuera poco, Cuba se ahorró la violencia al por mayor que

dejó tantas cicatrices en Filipinas. O, por lo menos, evitó la violencia a manos de Estados Unidos. En 1912, un año antes de que las tropas de John Pershing masacraran a cientos de moros en las laderas de Bud Bagsak, Cuba se encontró con sus propios habitantes desconfiados. Los afrocubanos, a los que se había excluido de la política nacional, se alzaron en armas, destruyeron propiedades e interrumpieron la producción en una provincia.[407]

A instancias de los inversores estadounidenses, que temían por sus propiedades, el presidente Taft envió *marines* a la bahía de Guantánamo y congregó una gran fuerza naval en la zona. Pero ni los barcos ni los *marines* entraron en combate. Fue el Ejército cubano el que se volvió contra los afrocubanos y mató a miles de personas en una guerra que duró meses.

El modelo cubano tuvo repercusión. Cuando el Gobierno de Roosevelt buscó un canal transoceánico para conectar su comercio en el Atlántico con su comercio en el Pacífico (que había crecido después de que Hawái, Filipinas, Guam y Samoa Americana se hubieran convertido en territorios estadounidenses), se fijó en el istmo de Panamá, en Colombia. Pero ni lo compró ni lo conquistó. Lo que hizo fue animar a los nacionalistas panameños a separarse de Colombia y luego negoció para quedarse una pequeña zona en la que construir el canal. El arrendamiento estadounidense era a perpetuidad y, dentro de la zona arrendada, el tratado otorgaba a Estados Unidos «todos los derechos, poder y autoridad» que le corresponderían «si tuviera la soberanía del territorio».[408] Pero, como en Guantánamo, en teoría, Estados Unidos no tenía esa soberanía.

Roosevelt no había hecho más que empezar. En 1903, las finanzas de la República Dominicana se hundieron. Su presidente, Carlos Morales, dio a entender que aceptaría la anexión a Estados Unidos, la segunda vez que el país se ofrecía. Una década antes, Roosevelt habría aceptado la oferta de Morales. Pero ahora, agotado por la guerra de Filipinas, ya no estaba interesado. «Tengo más o menos las mismas ganas de anexionármela que las que una boa constrictor atiborrada tendría de zamparse un puercoespín», dijo.[409]

En lugar de ello, Roosevelt hizo un trato parecido al de Cuba. Su Gobierno obtendría el control temporal de las finanzas dominicanas (con lo que garantizaba el pago de la deuda a los bancos

estadounidenses) a cambio de defender al Gobierno de Morales de los rebeldes y los enemigos externos. Los intereses estadounidenses estarían protegidos, pero la República Dominicana seguiría siendo independiente.

Esta estratagema se utilizó repetidamente, en un país tras otro del Caribe. Estados Unidos se apoderaba de las palancas financieras y comerciales, pero dejaba la soberanía oficialmente intacta. Se la llamó educadamente «diplomacia del dólar», aunque otro eufemismo más acertado era «diplomacia de la cañonera». Para garantizar la «estabilidad» política y económica, las tropas estadounidenses entraron en Cuba (cuatro veces), Nicaragua (tres veces), Honduras (siete veces), la República Dominicana (cuatro veces), Guatemala, Panamá (seis veces), Costa Rica, México (tres veces) y Haití (dos veces) entre 1903 y 1934.[410] Estados Unidos ayudó a sofocar revueltas, sustituyó Gobiernos en caso necesario y ofreció «asesoramiento» con los acorazados atracados en el puerto. Pero el único territorio que se anexionó en ese periodo fueron las Islas Vírgenes de Estados Unidos, compradas pacíficamente a Dinamarca en 1917.

En su carta al *Harvard Crimson*, Albizu expresó su esperanza de que Puerto Rico pudiera independizarse y llegar a ser como Cuba.[411]

La esperanza de Albizu dependía, sobre todo, de una figura, Woodrow Wilson, elegido presidente en 1912. Wilson, un demócrata sureño, estaba muy lejos de los tres imperialistas republicanos que le habían precedido: William McKinley, Teddy Roosevelt y William Howard Taft.

Con quien más claramente contrastaba era con Roosevelt. De niño, Teddy Roosevelt había animado a los soldados de la Unión a su paso por Nueva York de camino para someter al Sur secesionista; posteriormente, fue el presidente más belicoso e imperialista de la historia de Estados Unidos. En cambio, los primeros recuerdos de Wilson eran del Ejército Confederado poco antes de ser derrotado, cuyos miembros heridos y moribundos acudían como pacientes a la iglesia de su padre, que servía de hospital. De adulto, Wilson no compartía en absoluto las ansias de conquista y violencia de Roosevelt. Como secretario de Estado eligió a William Jennings Bryan,

el gran antiimperialista.

Cuando se conoció la elección de Wilson, alrededor de diez mil filipinos desfilaron por las calles para celebrarlo.[412] Tenían buenos motivos para hacerlo. El programa del Partido Demócrata en 1912 condenó el imperialismo como «un error inexcusable, que nos ha envuelto en unos gastos enormes, nos ha traído debilidad en lugar de fuerza y ha expuesto a nuestra nación a la acusación de haber abandonado la doctrina fundamental del autogobierno».[413] En la campaña electoral, Wilson pidió la independencia de Filipinas. Dijo ante el Congreso que «no había que seguir explotando de forma egoísta» las colonias y que «los derechos y privilegios familiares» de los ciudadanos debían extenderse a sus habitantes.[414]

No fue un discurso vacío. En Filipinas acabó con el Gobierno militar y sustituyó a numerosos funcionarios del continente por filipinos. En 1916, respaldó un proyecto de ley para dar la independencia a la colonia en el plazo de cuatro años. Se aprobó en el Senado por un solo voto, pero no superó la Cámara de Representantes. En su lugar, el Congreso aprobó un proyecto de ley más endeble y más vago, en el que se prometía la libertad a Filipinas cuando lograra esa condición tan importante, pero claramente sin definir, que era el «Gobierno estable».

Pese a ello, los logros de Wilson fueron sólidos. En 1917, acuciado por el comienzo de la guerra, avaló otro importante proyecto de ley, relacionado con Puerto Rico. Dio la condición de ciudadanos a los puertorriqueños y les permitió elegir legisladores (aunque el gobernador designado por Washington seguía teniendo la capacidad de vetar todas las leyes). No era una independencia total, pero sí, según señaló Albizu con satisfacción, «una forma de autonomía». El proyecto de ley fue aprobado.

Albizu escribió, en nombre de Puerto Rico, que «hay fe en Estados Unidos y en que el espíritu de justicia prevalecerá aquí».[415]

Que Woodrow Wilson, un sureño, intentara hacer retroceder los imperios tenía sentido. Es indudable que sus simpatías por los colonizados se alimentaban de su indignación ante el trato que el Norte había dado a lo que él llamaba las «posesiones conquistadas» —los antiguos estados confederados— después de la guerra de Secesión.[416]

Pero la identidad sureña de Wilson tenía otra cara más oscura. Wilson no era solo hijo del Sur en general, sino, en particular, hijo de un pastor sureño que había defendido la esclavitud en un panfleto titulado *Mutual Relation of Masters and Slaves as Taught in the Bible* [La mutua relación entre amos y esclavos que enseña la Biblia]. Era una visión del mundo de la que Wilson nunca se liberó del todo. Cuando era rector de Princeton, se opuso a la admisión de estudiantes negros. Cuando era presidente de Estados Unidos, aprobó que los miembros de su gabinete segregaran grandes partes de la administración federal.

Wilson no consideraba a los no blancos como infrahumanos, como hacían algunos a su alrededor. Pero consideraba a muchos de ellos «niños» a los que había que «formar» antes de poder gobernarse a sí mismos.[417] La posibilidad más horripilante, en su opinión, era que se diera a los niños un poder que no estaban preparados para ejercer. Recordaba a los antiguos esclavos que accedieron a cargos políticos inmediatamente después de la guerra civil. Fue una época, escribió Wilson, en la que «los hombres blancos del Sur» estaban «bajo la bota de los negros».[418] Fue una catástrofe, un «verdadero derrocamiento de la civilización». A su juicio, la breve participación de los afroamericanos en la política había dejado una herida «incomparablemente más profunda, incomparablemente más difícil de sanar» que la propia guerra.

Estas no eran opiniones dadas a la ligera. Formaban parte importante del quinto volumen de su *History of the American People* (1902). Con su publicación, Wilson se convirtió, según Frederick Jackson Turner, en «el primer erudito sureño con formación y poder suficientes que se ha ocupado de la historia de Estados Unidos en su conjunto».[419] Otros críticos compartieron la admiración de Turner por la historia de Wilson, pero no pudieron evitar notar su debilidad por el Ku Klux Klan,[420] una organización cuya misión era, según el autor, «proteger el país sureño de parte de los peligros más espantosos de una época revolucionaria».[421] Wilson reconvenía a los miembros del Klan por ser unos exaltados, pero defendía sus motivos. Actuaban, escribió, por «mero instinto de conservación».[422]

Es lo mismo que pensaba Thomas Dixon Jr., amigo íntimo de Wilson y antiguo compañero de clase, sobre el Klan. Dixon escribió su propia obra sobre este tema, una novela titulada *The Clansman*, que

fue rápidamente adaptada al teatro. En 1915, Dixon y el director D. W. Griffith utilizaron la novela como base para una película, *El nacimiento de una nación,* una historia épica sobre la redención del Sur gracias al Ku Klux Klan. El film citaba los escritos históricos de Wilson en sus intertítulos.

Los activistas negros, que como es lógico temían lo que *El nacimiento de una nación* podría suponer para su causa, presionaron a las ciudades del este para que prohibieran el estreno de la película. Dixon pidió ayuda a Wilson, quien organizó una proyección especial en la Casa Blanca. «Enseña la historia mediante relámpagos» fue su juicio tras ver la película, según Griffith, aunque Wilson se negó a hacer una declaración pública.[423] Aun así, Dixon y Griffith utilizaron el apoyo implícito de Wilson para convencer a las autoridades municipales de que permitieran el estreno de la película.

El nacimiento de una nación se convirtió en la película más popular del país.[424] El Klan, que en 1915 había desaparecido, renació. Sus reclutadores utilizaron la película para atraer a millones de miembros.[425]

Cinco meses más tarde, Wilson recreó prácticamente la trama de *El nacimiento de una nación* cuando envió a los *marines* a la república negra de Haití para arrebatarle el control al Gobierno «inestable». La ocupación se prolongó durante todo el mandato de Wilson y no terminó hasta 1934.

Para los habitantes de las colonias del mundo, había dos Wilson: Wilson el liberador y Wilson el racista. Y no estaba claro cuál les tocaría.

A medida que se acercaba la Primera Guerra Mundial, Wilson estaba ansioso por resaltar su faceta antiimperialista, por presentar a Estados Unidos como un faro de libertad. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en Rusia y su líder, V. I. Lenin, pidió la «liberación de todas las colonias»,[426] Wilson no tuvo nada que objetar. «La era de conquistar y crecer ha quedado atrás»,[427] dijo ante el Congreso, en un discurso en el que esbozó sus objetivos de guerra. Entre esos objetivos —los «catorce puntos» de Wilson— se incluía «un reajuste libre, con amplitud de miras y absolutamente imparcial de todas las reivindicaciones relacionadas con las colonias».

El Gobierno de Estados Unidos difundió los catorce puntos por

todo el mundo. En China, el discurso se utilizó para la enseñanza de la lengua inglesa.[428] Muchos estudiantes de allí podían recitar los catorce puntos de memoria.

Es probable que esos estudiantes notaran una estudiada vaguedad en el lenguaje de Wilson. Desde luego, no llegaba a la estricta exigencia de Lenin de acabar inmediatamente con los imperios. Pero como Lenin no era más que el líder de un Estado apestado y Wilson gobernaba el país más rico de la tierra, fueron las palabras de este último las que tuvieron eco. Cientos de nacionalistas de todo el mundo le pidieron apoyo. Esperaban que, con su ayuda, la guerra que consumía Europa pudiera debilitar, al mismo tiempo, el dominio de los imperios europeos.

Albizu también tenía algo así en mente. Wilson había «transmitido a los puertorriqueños la impresión de que se reconocería la independencia de Puerto Rico», escribió.[429] Albizu confiaba en que su incorporación al Ejército le permitiera ayudar a garantizarlo. Participar en la guerra, creía, sería «muy beneficioso para el pueblo puertorriqueño». Se imaginaba el efecto que la imagen de «treinta o cuarenta mil puertorriqueños cojos, ciegos o mutilados» volviendo de combatir heroicamente en Europa tendría en las aspiraciones de autogobierno de la isla.[430] Esta no era una línea de razonamiento inusual. En India, incluso el pacifista Mohandas Gandhi instó a sus compatriotas a unirse a la guerra como una forma de merecer el autogobierno a ojos de los británicos.

Los nacionalistas esperaban que todo este sacrificio se viera recompensado por el acuerdo alcanzado al terminar la guerra en la Conferencia de Paz de París de 1919, donde se redactó el Tratado de Versalles. Allí iban a escribirse las reglas del nuevo orden internacional. La incógnita era qué pasaría con las colonias de las potencias derrotadas, Alemania y el Imperio otomano. Pero la cuestión, más en general, era el destino de los imperios.

Llegar a París, y llegar a Wilson, se convirtió en el principal objetivo de los nacionalistas de todo el mundo.[431] El Congreso Nacional Indio votó a favor de enviar a Gandhi a presentar sus demandas. Los nacionalistas egipcios intentaron enviar a Saad Zaghlul, un destacado reformista. Zaghlul empezó a recibir clases de inglés con la esperanza de conocer a Wilson. «Ningún pueblo —le

escribió— ha sentido con más fuerza que el egipcio la jubilosa emoción del nacimiento de una nueva era que, gracias a su viril acción, pronto se impondrá en el universo».[432] Los partidarios de Zaghlul organizaron un nuevo partido político con el objetivo de llevarlo a París. Lo llamaron Wafd, que significa «delegación» en árabe.

También buscaron a Wilson otros nacionalistas menos conocidos. Un ayudante de cocina de 28 años llamado Nguyen Tat Thanh, originario de la Indochina francesa, pero residente en París, preparó un documento con las demandas de su colonia. Lo firmó como «Nguyen el Patriota» (Nguyen Ai Quoc) y recorrió los pasillos de la Conferencia de Paz repartiendo copias. Le dio una al ayudante de Wilson, que prometió mostrársela al presidente.[433]

Albizu también tenía los ojos puestos en París. Pero, para su disgusto, el Departamento de Guerra lo retuvo en Puerto Rico, para entrenar soldados. Antes de que se embarcara su unidad, la guerra terminó.

Sin embargo, tuvo otra oportunidad.[434] Recibió un telegrama desde Cambridge, Massachusetts, del nuevo presidente del Cosmopolitan Club de Harvard. Se iba a formar una delegación de los Cosmopolitan de todo Estados Unidos para que asistiera a la Conferencia de Paz. Y Harvard había elegido a Albizu como candidato. No está claro si esto significaba que el viaje de Albizu estaba asegurado, pero sus compañeros parecían pensar que sí. En febrero de 1919 organizaron un baile con el fin de recaudar 200 dólares para enviarlo a París.

Los líderes del mundo colonizado acudieron corriendo a Woodrow Wilson con la esperanza de conseguir su apoyo. Iban a quedarse muy decepcionados. Los británicos, que controlaban los viajes dentro de su imperio, se negaron a dejar que Gandhi viajara a París. Arrestaron a Saad Zaghlul y lo exiliaron a Malta (al final consiguió llegar a París, pero cuando Wilson ya se había marchado).

Pedro Albizu Campos vivió su propia odisea. Como muchos puertorriqueños, él se consideraba blanco.[435] Pero también tenía sangre indígena y negra (su mujer creyó que era del sur de Asia cuando lo conoció).[436] El Ejército lo había colocado en un

regimiento negro segregado. Albizu protestó y alegó que era blanco. En un episodio sin duda humillante, un consejo de médicos le examinó y llegó a la conclusión de que no lo era.[437]

Cuando supo que tenía la oportunidad de ir a París, Albizu fue a toda prisa al continente para emprender el viaje. Pero no pudo navegar directamente hacia el norte desde Puerto Rico, sino que tuvo que atravesar el sur desde Galveston, Texas. No quedan testimonios escritos del viaje, pero parece que su experiencia en la travesía del Sur de Jim Crow como hombre «negro» fue horrorosa; pasaría el resto de su vida alzando la voz en contra del racismo sureño. Lo que sea que ocurrió en el Sur retrasó mucho a Albizu. Cuando llegó a Cambridge, ya era demasiado tarde para llegar a la conferencia de paz.[438]

Albizu, como Gandhi y Zaghlul, nunca llegó a conocer a Wilson. Incluso si lo hubiera conseguido, no está claro qué podría haber hecho. Wilson hablaba con elocuencia en nombre de las naciones más pequeñas y su derecho a la autodeterminación. Pero estaba pensando en los países del sureste de Europa: Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y otras similares. Puerto Rico ni siquiera estaba en el orden del día.

Wilson no solo no hizo nada para liberar a Puerto Rico, sino que aprovechó la guerra para expandir el imperio estadounidense. En 1917, su Gobierno compró las Indias Occidentales danesas, un pequeño grupo de islas caribeñas junto a Puerto Rico con una población aproximada de 26.000 habitantes y, lo que es más importante, unas prometedoras bases navales. Esta colonia, las Islas Vírgenes de Estados Unidos, fue el primer territorio habitado que se anexionó Estados Unidos desde las adquisiciones de 1898-1899.

En cuanto a los nacionalistas del mundo colonizado, ni siquiera hay pruebas de que Wilson leyera sus numerosas peticiones. Nguyen el Patriota no obtuvo respuesta de él. El único líder nacionalista de fuera de Europa que logró acceso a Wilson en París fue Jan Smuts, que pronto sería el primer ministro sudafricano y que deseaba un sistema internacional que reforzara el control blanco del sur de África.[439]

Smuts consiguió lo que quería. Los imperios sobrevivieron y todas las colonias de los vencedores quedaron intactas. Las colonias de las potencias derrotadas, en lugar de ser liberadas, se redistribuyeron entre los vencedores. La única novedad fue que ahora se calificaban de

«mandatos» bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones (esta había sido la propuesta de Smuts). Los mandatos se organizaron en una jerarquía inequívocamente racista, con los territorios de Oriente Medio en la cima («Clase A», de camino a la independencia) y los territorios africanos y de las islas del Pacífico por debajo («Clases B y C»).

La delegación japonesa pidió que, por lo menos, en el pacto fundacional de la Sociedad de Naciones se incluyera un texto sobre la igualdad racial. Su propuesta contaba con una mayoría de votos a favor: la delegación francesa consideraba la causa «indiscutible».[440] Pero Wilson la vetó y se negó a mantener ni siquiera el principio de la igualdad racial.

Es increíble hasta qué punto tuvieron consecuencias esas esperanzas frustradas en el mundo colonizado. Para las colonias, 1919 fue el año en el que cambiaron las cosas, en el que los movimientos nacionalistas dejaron de pedir las cosas con buenas maneras. Fue el año en el que Gandhi renunció a su esperanza de que la India pudiera ser un socio en igualdad de condiciones dentro de la confederación británica y empezó a pensar en la independencia. Fue el año en el que todo pareció descontrolarse para los británicos en la India: las campañas de no violencia de Gandhi, la represión gubernamental (la «matanza de Amritsar»), una invasión desde Afganistán y una rebelión de los musulmanes indios que se extendió a toda la India.

En Egipto, la detención de Zaghlul y otros nacionalistas desencadenó una ola de protestas conocida como la Revolución de 1919. Un niño de doce años que se vio envuelto en ella recordaba «explotar de entusiasmo» y acudir a mezquitas y otros locales de reunión para pronunciar apasionados discursos y leer poemas.[441] En 1919, los coreanos se proclamaron independientes de Japón y salieron a la calle en el Movimiento del Primero de Marzo. China vivió un levantamiento similar, llamado Movimiento del Cuatro de Mayo, como reacción al hecho de que en París se hubiera decidido la entrega del territorio alemán en China a Japón. Un manifestante indignado calificó a los líderes aliados de París como «un puñado de ladrones empeñados en quedarse con territorios e indemnizaciones».[442]

Esta animosidad les importó poco a las autoridades

estadounidenses de la época: no tenían mucho interés en lugares como Egipto o Corea. Pero más adelante iba a cobrar gran importancia. El manifestante chino que se quejaba de los «ladrones» en París era un joven Mao Zedong. Nguyen el Patriota también se hizo famoso, aunque con otro nombre: Ho Chi Minh. Aquel muchacho egipcio que recitaba poemas y pronunciaba discursos era Sayyid Qutb, un destacado pensador islamista que iba a ser la principal inspiración de Osama bin Laden.

¿Y Albizu? Pedro Albizu Campos acabaría siendo el ciudadano antiimperialista más peligroso de Estados Unidos.

---

[379] Julian Go, *American Empire and the Politics of Meaning Elite Political Cultures and the Philippines and Puerto Rico during U.S. Colonialism*, Durham, 2008, p. 55. Más en general, véase Emma Dávila-Cox, «Puerto Rico in the Hispanic–Cuban–American War: Re-assessing "the Picnic"», en *The Crisis of 1898: Colonial Redistribution and Nationalist Mobilization*, Angel Smith y Emma Dávila-Cox (eds.), Londres, 1999, pp. 96-127.

[380] Go, *American Empire*, p. 81. Véase también Christina Duffy Ponsa, «When Statehood Was Autonomy», en *Reconsidering the Insular Cases: The Past and Future of American Empire*, Gerald L. Neuman y Tomiko Brown-Nagin (eds.), Cambridge, Massachusetts, 2015, pp. 1-28.

[381] Duffy Ponsa, «When Statehood Was Autonomy», p. 25.

[382] Entre las biografías más destacadas están Federico Ribes Tovar, *Albizu Campos: Puerto Rican Revolutionary*, trad. ingl. de Anthony Rawling, Nueva York, 1971; Benjamín Torres, Marisa Rosado y José Manuel Torres Santiago (eds.), *Imagen de Pedro Albizu Campos*, San Juan, 1973; Luis Ángel Ferrao, *Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño,* San Juan, 1990; Marisa Rosado, *Pedro Albizu Campos: Las llamas de la aurora*, 2.ª ed., Santo Domingo, 1998; Laura Meneses de Albizu Campos, *Albizu Campos y la independencia de Puerto Rico,* San Juan, 2007; y Nelson A. Denis, *War against All Puerto Ricans: Revolution and Terror in America's Colony,* Nueva York, 2015.

[383] Richard Harding Davis, *The Cuban and Porto Rican Campaigns*, Nueva York, 1898, pp. 325, 350.

[384] Ferrao, *Albizu*, p. 122.

[385] Charles Horton Terry, parafraseado en Dante Di Lillo y Edgar K. Thompson, «Pedro Albizu Campos», Informe, 19 de febrero de 1936, Archivo Albizu del FBI, sec. 1.

[386] Bill O'Reilly, «The Apotheosis of Hate», *Palabras Neighbors* 5, hacia 1951, en Archivo Albizu del FBI, sec. 8.

[387] Di Lillo y Thompson, Informe Albizu, 19 de febrero de 1936, Archivo Albizu del FBI.

[388] Laura Meneses de Albizu Campos, «Cómo conocí a Albizu Campos», septiembre de 1957, carpeta 7, caja 31, Reynolds Papers. Sobre la estancia de Albizu en Harvard, véase Rosado, *Albizu*, y Anthony de Jesús, «I Have Endeavored to Seize the Beautiful Opportunity for Learning Offered Here: Pedro Albizu Campos at Harvard a Century Ago», *Latino Studies* 9, 2011, pp. 473-485.

[389] E. D. M., «International Clubs in German Universities», *Unity*, 13 de junio de 1912, p. 238.

[390] Basado en consultas del *Harvard Crimson* de los años entre la fundación del club, en 1908, y el fin del periodo de Albizu, en 1921.

[391] Barbara Tischler, «One Hundred Percent Americanism and Music in Boston during World War I», *American Music* 4, 1986, pp. 164-176.

[392] Jutta Spillman y Lothar Spillman, «The Rise and Fall of Hugo Münsterberg», *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 29, 1993, pp. 322-338.

[393] «Forum Upheld Military Camps», *Harvard Crimson*, 3 de abril de 1915.

[394] «Polity Club Changes Program», *Harvard Crimson*, 18 de octubre de 1916. Sobre la pertenencia de Albizu: «Polity Club Elects New Officers», 2 de junio de 1915.

[395] Pedro Albizu Campos, «Porto Rico and the War», *Harvard Crimson*, 14 de abril de 1917.

[396] Roosevelt a William Howard Taft, 21 de agosto de 1907, *LTR*, 5, p. 762.

[397] Emilio Aguinaldo con Vicente Albano Pacis, *A Second Look at America*, Nueva York, 1957, p. 133.

[398] «A Battle with Moros», *The Outlook*, 21 de junio de 1913.

[399] Jim English, «Empire Day in Britain, 1904–1958», *The Historical Journal* 49, 2006, p. 251.

[400] Discurso en el Día de la Bandera, 14 de junio de 1916, en *The Foreign Policy of President Wilson: Messages, Addresses and Papers*, James Brown Scott (ed.), Nueva York, 1918, pp. 176, 175.

[401] Jimmy M. Skaggs, *The Great Guano Rush: Entrepreneurs and American Overseas Expansion*, Nueva York, 1994, caps. 7 y 11.

[402] Woodrow Wilson, First Annual Message [Primer mensaje anual], 2 de diciembre de 1913, *APP*.

[403] Resolución conjunta sobre el reconocimiento de la independencia del pueblo de Cuba, 1898, 30 *Stat.* 739.

[404] Louis A. Pérez Jr., *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, Chapel Hill, 1998, p. 32.

[405] Citado en Jana K. Lipman, *Guantánamo: A Working-Class History between Empire and Revolution*, Berkeley, 2009, p. 24.

[406] Louis A. Pérez Jr., *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*, Athens, 1990, caps. 4-5.

[407] Véase Alejandro de la Fuente, *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba*, Chapel Hill, 2001, cap. 2.

[408] Hay–Bunau-Varilla Treaty, Convention for the Construction of a Ship Canal, 18 de noviembre de 1903, 33 *Stat.* 2.234.

[409] Roosevelt a Joseph Bucklin Bishop, 23 de febrero de 1904, *LTR*, 4, p. 734.

[410] Bárbara Salazar Torreón, «Instances of Use of United States Armed Forces Abroad, 1798–2016», Congressional Research Service Report R42738, 2016.

[411] Albizu, «Porto Rico and the War».

[412] Paul A. Kramer, *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, and the Philippines*, Chapel Hill, 2006, pp. 344-345.

[413] Programa del Partido Demócrata, 25 de junio de 1912, *APP*.

[414] Woodrow Wilson, First Annual Message [Primer mensaje anual], 2 de diciembre de 1913, *APP*.

[415] Albizu, «Porto Rico and the War».

[416] Woodrow Wilson, *A History of the American People*, Nueva York, 1902, 5, p. 3.

[417] Woodrow Wilson, «The Ideals of America», *Atlantic Monthly*, diciembre de 1902, pp. 731, 733.

[418] Wilson, *History*, 5, pp. 38, 49, 78.

[419] Frederick Jackson Turner, *American Historical Review* 8, 1903, p. 764.

[420] Véase las reseñas de Francis Wayland Shepardson, George McLean Harper y C. H. Van Tyne en *The Papers of Woodrow Wilson*, Arthur S. Link (ed.), vol. 14, Princeton, 1972.

[421] Wilson, *History*, 5, p. 62.

[422] Wilson, *History*, 5, p. 58.

[423] «Es como escribir la historia mediante relámpagos. Lo único que siento es que todo sea tan terriblemente cierto», es como se suele citar. Pero esa versión no apareció hasta 1937, veintidós años después del suceso, y no hay muchas pruebas que la corroboren. Por el contrario, la versión de Griffith se publicó en el *New York American* el 28 de febrero de 1915. Un análisis completo y juicioso es el de Mark E. Benbow, «Birth of a Quotation: Woodrow Wilson and 'Like Writing History with Lightning'», *Journal of the Gilded Age and the Progressive Era* 9, 2010, pp. 509-533.

[424] Leon F. Litwack, «*The Birth of a Nation*», en *Past Imperfect: History According to the Movies*, Ted Mico *et al.* (eds.), Nueva York, 1995, 136.

[425] Las relaciones entre Wilson y *Birth* figuran de forma detallada en Lloyd E. Ambrosius, «Woodrow Wilson and *The Birth of a Nation*: American Democracy and International Relations», *Diplomacy and Statecraft* 18, 2007, pp. 689-718.

[426] Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford, 2007, p. 37.

[427] Woodrow Wilson, Address to a Joint Session of Congress on the Conditions of Peace, 8 de enero de 1918, *APP*.

[428] Erez Manela, «Global Anti-Imperialism in the Age of Wilson», en *Empire's Twin: U.S. Anti-Imperialism from the Founding Era to the Age of Terrorism*, Ian Tyrrell y Jay Sexton (eds.), Ithaca, 2015, p. 145.

[429] [Pedro Albizu Campos], notas editoriales en textos biográficos sobre Albizu, carpeta 4, caja 30, Reynolds Papers. El contexto y el uso de la primera persona en la versión manuscrita de las notas dejan claro que el autor es Albizu.

[430] Meneses de Albizu Campos, *Albizu,* p. 29.

[431] La campaña de los antiimperialistas para captar la atención de Wilson en 1919 se narra en Manela, *Wilsonian Moment*. El extraordinario trabajo de Manela proporciona el marco narrativo de esta parte y es una de las fuentes de lo que cuento sobre Gandhi, Zaghlul, Thanh (Ho) y Mao. Véase también Emily S. Rosenberg, «World War I, Wilsonianism, and Challenges to U.S. Empire», *DH* 38, 2014, pp. 852-863.

[432] Manela, *Wilsonian Moment*, p. 71.

[433] William J. Duiker, *Ho Chi Minh,* Nueva York, 2000, pp. 58-60. Véase también Sophie Quinn-Judge, *Ho Chi Minh: The Missing Years, 1919–1941,* Berkeley, 2002.

[434] Véase la nota autobiográfica de Albizu en Wells Blanchard, *Harvard College Class of 1916: Secretary's Third Report,* s. l., 1922, y los siguientes artículos del *Harvard Crimson*: «Campos, 2L., for Peace Conference», 13 de enero de 1919; «Cosmopolitan Club Plans for 'International Night, Feb. 21», 25 de enero de 1919; «Cosmopolitan Club Will Hold Dance», 25 de febrero de 1919.

[435] Albizu respondió que era de raza «blanca» en el cuestionario de Servicio Selectivo para la Segunda Guerra Mundial, según John M. Hansell, Report 100–47403, 5 de julio de 1944, Archivo Albizu del FBI, sec. 3. Albizu nunca negó tener ancestros no blancos, solo rechazaba el sistema de clasificación racial «único».

[436] Meneses de Albizu Campos, «Cómo conocí».

[437] Descrito en Carl E. Stanford, Report 100–3906, 26 de mayo de 1943, Archivo Albizu del FBI, sec. 2. Andrea Friedman aconseja no dar demasiada importancia a este

incidente en *Citizenship in Cold War America: National Security State and the Possibilities of Dissent*, Amherst, 2014, pp. 145-146.

[438] Albizu en Blanchard, *Harvard Class of 1916*. Las reacciones de Albizu durante su viaje por el Sur se describen en Ribes Tovar, *Albizu*, pp. 20-21. Otro análisis alternativo de la radicalización de Albizu, que asegura que era nacionalista ya desde el instituto, es el de Juan Antonio Corretjer, *Albizu Campos and the Ponce Massacre*, Nueva York, 1965, pp. 9-12.

[439] Véase Mark Mazower, *No Enchanted Palace: The End of Empire and the Ideological Origins of the United Nations*, Princeton, 2009, especialmente el cap. 1.

[440] Naoko Shimazu, *Japan, Race and Equality: The Racial Equality Proposal of 1919*, Londres, 1998, p. 9.

[441] Sayyid Qutb, *A Child from the Village*, trad. ingl. de John Calvert y William Shepard, 1946 (Syracuse, 2005), p. 96.

[442] Manela, *Wilsonian Moment*, p. 195.

08

La ciudad blanca

Desde el punto de vista de Washington, al empezar el siglo XX parecía haber buenas perspectivas. No solo Estados Unidos había destruido el imperio español, sino que sus industrias crecían rápidamente. Tenía la mayor economía del mundo. Sus dos hombres más ricos, John D. Rockefeller y Andrew Carnegie, poseían seguramente las mayores fortunas privadas de la historia.[443]

Aun así, lo que sorprendía a los observadores una y otra vez era toda la pobreza que seguía habiendo en medio de la abundancia. Los rascacielos que desafiaban la gravedad eran la expresión de las nuevas y grandes acumulaciones de capital. Pero a la sombra de los gigantes había inmensas barriadas de chabolas llenas de contaminación y habitadas por los desgraciados a quienes había arrastrado la resaca industrial.

Que el país más rico del mundo fuera al mismo tiempo paupérrimo era difícil de aceptar. La prensa retumbaba con propuestas para controlar el caos, limpiar las ciudades y arreglar lo que estuviera roto. Uno de los éxitos de la época fue una obra de ciencia ficción, *Looking Backward* (1888), de Edward Bellamy.[444] En ella se imaginaba a un hombre que se quedaba dormido en Boston en 1887 y se despertaba en el año 2000, en el que se encontraba con un futuro

luminoso, en el que todo funcionaba.

Las profecías de Bellamy eran apasionantes. Decía que los consumidores dejarían de comprar en las tiendas. Harían sus pedidos a través de tubos neumáticos, utilizando lo que denominaba «tarjetas de crédito», y las compras les llegarían volando a través de los mismos tubos. Por un módico precio, incluso podrían recibir música en sus casas a través de unos conductos, como si fuera agua.

«Me parece —se maravillaba el viajero del tiempo de Bellamy, en un pasaje que en retrospectiva resulta divertidísimo— que, si hubiéramos podido idear un sistema para proporcionar a todo el mundo música en su hogar, con una calidad perfecta, en cantidad ilimitada, adecuada a cada estado de ánimo y que empezara y parara a voluntad, habríamos pensado que ya habíamos alcanzado los límites de la felicidad humana y habríamos dejado de esforzarnos para seguir mejorando».[445]

Pero la estrella del viaje al futuro era la propia ciudad. Boston, en el año 2000, le resultaba casi irreconocible al durmiente de Bellamy. Se quedaba boquiabierto ante sus «kilómetros de anchas calles», sus «grandes plazas llenas de árboles» y sus «edificios públicos de inmenso tamaño y una grandeza arquitectónica sin parangón en mi época». Limpia, espaciosa y cuidadosamente planificada, era todo lo contrario a la ciudad de la Edad Dorada.[446]

En la realidad, nadie había visto una ciudad así de moderna. Pero cinco años más tarde pudieron vislumbrar algo similar. En 1893 se celebró la Exposición Colombina de Chicago, organizada (con un año de retraso) para celebrar el 500 aniversario del primer viaje de Colón. Para levantar el enorme conjunto de edificios que albergaría la exposición, los organizadores de la feria contrataron a Daniel Burnham, conocido como uno de los primeros constructores de rascacielos.[447]

A Burnham le atraía trabajar a lo grande. Estaba fascinado con el tamaño, atrapado en lo que su colega Louis Sullivan diagnosticó como una «megalomanía ligada a lo más grande, lo más alto, lo más costoso y espectacular».[448] Con 278 hectáreas de terreno pantanoso en la parte sur de Chicago a su disposición, Burnham no tendría que limitarse a hacer edificios individuales. Podía fundar su propia ciudad.

Era una ciudad provisional, desde luego, no de piedra, sino de

yeso pintado con aerosol. Y necesitó a otros arquitectos para construirla. Pero Burnham dejó un sello indeleble en ella. Las estructuras de la ciudad eran enormes, neoclásicas y, de acuerdo con sus instrucciones, todas blancas.

El éxito fue rotundo. Los asistentes a la feria compraron más de 21 millones de entradas, en una época en la que la población del país no llegaba a los 70 millones.[449] Las multitudes estaban «asombradas», recordaba Louis Sullivan. «Contemplaron lo que para ellos era una sorprendente revelación del arte arquitectónico, del que hasta entonces, en comparación, no sabían nada. Para ellos fue un verdadero Apocalipsis, un mensaje inspirado desde las alturas».[450]

La Ciudad Blanca de Burnham era sorprendente. Pero lo que impresionaba no era un edificio concreto. Era el conjunto de todos los edificios —más de doscientos— diseñados en un único estilo, con un solo color y dispuestos con arreglo a un plan maestro.

Era sorprendente porque los constructores de la época no podían hacer aquello. Era lo que querían, desde luego. Hacer realidad el sueño de Bellamy de eficiencia, racionalidad e higiene era uno de los mayores deseos de los principales hombres y mujeres de la época. Lo malo era que las grandes intervenciones sociales de ese tipo topaban siempre con resistencia. Una cosa era construir «anchas calles» y «grandes plazas» como las que describía *El año 2000* en un parque sin uso, como había hecho Burnham; ahora bien, en una ciudad real, para construirlas habría que desgarrar un tejido urbano ya muy tupido. Habría que convencer a los grandes intereses adinerados, apaciguar a los políticos y desplazar a numerosos residentes obstinados.

Eso era lo habitual en la era progresista. En una esquina estaban los reformadores, decididos a poner orden. En la otra, una multitud discordante de intereses y grupos de población cruzados. No solo en la arquitectura. Eran muchos los campos de batalla —la política, la salud pública, las plantas de producción— en los que la guerra seguía adelante.

Pero había un ámbito en el que la lucha era mucho menos equitativa, en el que los ingenieros sociales tenían una ventaja indiscutible: el imperio. Aunque los territorios de ultramar hubieran desaparecido de los mapas, para cierto tipo de profesionales eran

lugares tremendamente interesantes. Servían de laboratorios, espacios para la experimentación audaz, en los que se podían probar las ideas casi sin resistencia, supervisión ni consecuencias. Y así, como dijo un reformador, «ardiendo de piedad y justa ira, nuestra gente voló hacia las islas como una brigada de alas blancas en una especie de guerra santa contra la ignorancia, la superstición, la enfermedad y la suciedad».[451]

En 1904, el propio Burnham se alistó para librar esa guerra santa. Aceptó la invitación para elaborar unos planos para Manila y una nueva «capital de verano» que el Gobierno quería establecer en las montañas de Baguió.

La Ciudad Blanca se iba a Filipinas.

Quien invitó a Burnham fue Cameron Forbes, nieto de Ralph Waldo Emerson. Forbes había llegado a Filipinas como comisario de Comercio y Policía, un trabajo de amplias competencias que le daba autoridad para construir carreteras y sofocar revueltas. En 1909, Forbes fue nombrado gobernador general. «¿Quién sino un loco soñador podría haber planeado una carrera como la mía? —escribió en su diario con motivo de su cuadragésimo cumpleaños—. Me sacaron de una contaduría de Boston para ir a los Mares del Sur, y aquí estoy, a los cuarenta años, gobernando un conglomerado de razas, lenguas, costumbres y diferencias como el que existe entre los ocho millones de personas que viven en las islas Filipinas».[452]

A diferencia de Gran Bretaña y Francia, Estados Unidos tenía pocos funcionarios de carrera en las colonias. Sus empleados públicos solían ir y venir rápidamente y consideraban que los territorios eran unos puestos de trabajo difíciles que quizá les permitirían ocupar un cargo más alto en su país, esperaban que, cuanto antes, mejor.

Sin embargo, de vez en cuando, alguien se metía en el papel de *sahib* y lo interpretaba a la perfección, con salacot y todo. En Filipinas, ese alguien era Cameron Forbes. Le encantaba la vida en el trópico: el Oriente exótico, los atentos sirvientes, el lánguido modo de vida. También amaba a los filipinos, aunque los quería, como observó el líder nacionalista Manuel Quezón, «igual que los antiguos propietarios de esclavos amaban a sus esclavos negros».[453]

Forbes llenó su diario de historias de polo, béisbol y golf, aunque

normalmente con un toque racista. Uno de sus caballos de polo favoritos se llamaba *Nigger*.[454] Su equipo de béisbol era el Gee Strings (Taparrabos),[455] así llamado por la vestimenta de los pueblos igorotes de las montañas de Luzón. «Recuerdo un día que jugaba al golf, con un *caddie* igorot que iba sin pantalones —escribió Forbes—. Me pregunté en voz baja: "¿Cuántos llevo?". Y el chico me contestó: "Está en el cinco". Me quedé tan sorprendido como si me hubiera hablado un árbol».[456]

Forbes no contaba con que los filipinos hablaran, o al menos no pensaba que pudieran decir gran cosa que valiera la pena. Sabía que muchos buscaban la independencia, pero escribió que «la desean mucho, igual que un bebé quiere una vela porque es brillante y porque se la ofrecen para que la coja».[457] Dudaba de que los filipinos «supieran exactamente lo que significaba».[458] En cualquier caso, Forbes no creía «que fuera lo mejor para ellos»[459] y consideraba que sus intereses estarían más protegidos por hombres del continente con buena voluntad.

Es decir, hombres como Daniel Burnham.

Burnham podría empezar por Manila. Si el Boston del siglo XXI de Bellamy era el sueño, Manila era la pesadilla. El «viejo agujero apestoso» (como lo llamó un reformador)[460] estaba plagado de gente, enfermedades y pobreza. «Tiene las calles más tortuosas de todas las ciudades del mundo», decía una guía.[461]

Los estadounidenses del continente culpaban de todo ello a los filipinos, pero la Manila que encontró Burnham en 1904 había sido muy vapuleada por las fuerzas de la historia. Su cronología parecía un libro del Antiguo Testamento: 1899, guerra; 1901, peste bubónica; 1902, cólera y peste bovina; 1903, el «Gran Incendio». Nellie Taft, la esposa del gobernador general William Howard Taft, recordaba el «terror constante», la sensación de que «vivíamos siempre bajo la sombra acechante de una terrible catástrofe».[462]

Pero lo que desde el punto de vista humano era un desastre, desde el punto de vista de los urbanistas era una invitación. La guerra, las enfermedades y las destructivas campañas de salud pública consiguientes habían arrasado grandes franjas de la ciudad (en un caso, las tropas estadounidenses incendiaron un distrito entero con la excusa de luchar contra el cólera).[463] Las parcelas eran baratas y los

mejores terrenos ya estaban en manos del Gobierno, confiscados por los militares al comienzo de la guerra.

«Manila tiene ante sí una oportunidad única en la historia de los tiempos modernos —proclamó Burnham—, la oportunidad de crear una ciudad cohesionada, equiparable a las más grandes del mundo occidental».[464]

Con el apoyo de Forbes, Burnham se puso manos a la obra. Estaba dispuesto a respetar el estilo arquitectónico dominante, el de las misiones españolas, pero quería transformar por completo la huella urbana de la ciudad. Bajo el mandato de España, el centro del poder, llamado Intramuros, era una ciudad dentro de una ciudad, enclaustrada y llena de iglesias, encerrada entre unas murallas impresionantes y rodeada por un foso. Burnham llenó el foso (por insalubre), abrió huecos en las murallas para que pasara el tráfico y dio a la ciudad un nuevo centro.

Escogió la Luneta, una zona despejada cerca del agua donde los músicos tocaban por las tardes. Esta zona, a aproximadamente trescientos metros al oeste y rodeada de edificios oficiales, podría servir como centro de mando de Manila. De ella saldrían amplias avenidas que cortarían en diagonal el entramado de calles. ¿Por qué? «Porque todas las secciones de la capital deben mirar con deferencia hacia el símbolo del poder de la nación», explicó.[465]

Burnham quería inculcar en los filipinos que el Gobierno colonial era la autoridad. Pero, en realidad, le preocupaba menos la opinión de los filipinos que las necesidades de los estadounidenses llegados del continente. Por eso, mientras que no tenía mucho que decir sobre los numerosos barrios que habían sido incendiados o acribillados en los años anteriores (aparte de imaginar cómo iban a abrirse bulevares a través de ellos), estaba preocupadísimo por la falta de un hotel de categoría mundial en Manila. Propuso colocar uno (un «complejo turístico de fama mundial»)[466] al lado de la Luneta. También dejó espacio entre los edificios oficiales que proyectaba en la zona para un club de campo, clubes náuticos y un casino. Cuando se construyeron no fue pensando en los filipinos y, de hecho, algunos clubes se negaron a admitirlos. Eran para extranjeros, una promesa, escribió Burnham, de «buenos tiempos constantes» con la esperanza de que «los que hagan fortuna se queden y entonces vengan otros».

A Forbes le encantó. El plan «parece contar con la aprobación general», dijo, encantado.[467]

«Si uno tiene un plan magistral y bien pensado, la cosa se hace sola», [468] anunció Burnham con confianza el año en que erigió su Ciudad Blanca en Chicago. Pero la experiencia posterior le enseñó que esa afirmación, si alguna vez la había creído, era un disparate. Los planes no «se hacían solos». Necesitaban una gestión cuidadosa.

Fue una lección que Burnham aprendió a tomar en serio. Más o menos al mismo tiempo que elaboraba sus planes para Manila, empezó a trabajar en otro gran plan de urbanismo, el de Chicago. Chicago y Manila fueron sus proyectos más ambiciosos. Hoy son las dos ciudades en las que con más claridad se ve su marca.[469]

Las ciudades son endemoniadamente complejas y hay que planificarlas con cuidado. En Chicago, donde vivía y trabajaba desde hacía décadas, Burnham fue muy concienzudo. Consultó a expertos de toda la ciudad. Preguntó a las nueve empresas navieras más importantes sobre las dimensiones de sus barcos. Preguntó a un médico de un hospital de Chicago de dónde procedían sus pacientes. Investigó el origen de los estudiantes de la Universidad de Chicago y la Northwestern. El *Plan of Chicago*, que se tardó dos años en redactar y contó con la aportación de decenas de empleados, mencionaba a 312 personas en sus agradecimientos.

Burnham necesitaba esa ayuda. El plan urbanístico de Chicago necesitaba un esfuerzo colectivo, tanto en su concepción como en su aplicación. Se tardarían décadas en hacerlo realidad. De su ejecución se responsabilizó una comisión de 400 ciudadanos destacados que patrocinó conferencias e hizo un documental con la esperanza de conseguir apoyos. La comisión ordenó que un libro sobre el proyecto, *Wacker's Manual of the Plan of Chicago*, se añadiera al plan de estudios de octavo curso en las escuelas públicas de la ciudad, se supone que con la idea de que los niños predicarían el evangelio de Burnham a sus padres.

En su mayor parte, salió bien. No del todo: hubo grandes apartados del plan que nunca se llevaron a cabo, como un núcleo de edificios cívicos al estilo de la Luneta en las calles Congress y Halsted. No obstante, entre 1912 y 1931, los votantes de Chicago aprobaron

unas 86 emisiones de bonos relacionados con el plan, por un coste total de 234 millones de dólares.[470]

Ahora bien, en Filipinas las cosas fueron distintas.[471] No había votantes a los que persuadir. Burnham pasó seis semanas en la colonia, un lugar sobre el que sabía pocas cosas antes de llegar. Recorrió Manila con Forbes y habló con algunos funcionarios, pero su contacto con filipinos que no fueran criados fue limitado. No encontró a ningún filipino vivo que mencionar en sus cartas, en su diario ni en el propio plan.[472] En total, Burnham trabajó en Manila durante seis meses, lo que le dejó tiempo para viajar, hacer turismo y trabajar simultáneamente en Baguió.

Burnham nunca habría podido darse tanta prisa en Chicago. En cambio, en Manila no hubo inconveniente. Tres días después de que el Gobierno aprobara su plan (sin modificar nada), empezaron las obras.[473]

Las cosas pudieron avanzar tan rápido porque la autoridad sobre los espacios construidos de Filipinas estaba en manos de un solo hombre, el asesor arquitectónico (inicialmente llamado arquitecto insular). En el continente no existía este cargo. Pero en Filipinas, explicaba Forbes, «conseguimos que el arquitecto insular elaborase los planos de todos los edificios públicos, ya fueran insulares, municipales o provinciales».[474] Los pueblos pequeños no podían ni modificar sus muros o parques sin la aprobación del asesor arquitectónico. Y, por ley, el asesor arquitectónico era «el encargado de interpretar el Plan Burnham».[475]

Burnham no solo consiguió un dictador arquitectónico para ejecutar su plan, sino que pudo elegirlo. Por recomendación suya, el Gobierno nombró a William E. Parsons, un arquitecto formado en Yale y en la École des Beaux-Arts, que ocupó el cargo de 1905 a 1914.[476] Parsons consideraba el puesto como el «sueño de un arquitecto».[477] Tenía el control exclusivo de todos los edificios públicos de la colonia. Y además dirigía, alentado por Forbes, una empresa privada para construir edificios comerciales equiparables a los oficiales.

En una especie de arrebato, Parsons construyó muchos de los lugares más emblemáticos de Manila: el Army-Navy Club (solo para blancos), el Elks Club (igual), el Hotel Manila (en la práctica, solo para blancos), el YMCA (con entradas separadas), la Central School en la avenida Taft, el Auditorio de la Universidad de Filipinas, la estación

de ferrocarril y el Hospital General de Filipinas. También elaboró sus propios planes urbanísticos, para Cebú y Zamboanga, siguiendo el estilo de Burnham.

Pero Parsons no tardó mucho en empezar a preocuparse por el «gran número de edificios, en constante crecimiento» que tenía que supervisar.[478] Una solución habría sido delegar. Pero él prefirió uniformizar los diseños.[479] Las escuelas, los mercados, los hospitales e incluso las asambleas provinciales se podían duplicar sin más. Su oficina distribuía formularios en blanco para recopilar información básica sobre los lugares en los que se iba a construir y después enviaba los planos correspondientes.

Tenía cierto sentido. Al fin y al cabo, ¿era necesario que un mercado de Davao fuera distinto de otro de Balanga? Sin embargo, cuando el Congreso de Estados Unidos, por motivos de eficiencia, propuso uniformizar la arquitectura en los estados continentales, se oyeron aullidos de protesta.[480] Cada lugar es único, dijeron los detractores, no se puede poner el mismo edificio en todas partes.

Tal vez no en el continente. Pero en Filipinas, Parsons podía hacer lo que quisiera. Sus colegas del continente lo veían con interés y bastante envidia. «No creo que este método fuera fructífero en nuestros planes de mejoras urbanísticas, para los que todo depende de unos lentísimos órganos legislativos —observó un corresponsal del *Architectural Record*—. La mano de hierro del poder, cuando se ejerce en interés del bien público, es un arma poderosa».[481]

Cameron Forbes mantenía informado a Daniel Burnham de los avances en Manila y le aseguraba que «el plan Burnham es sagrado y se está cumpliendo con todo rigor».[482] Sin duda, Burnham se alegró de saberlo. Pero Manila no era su principal preocupación. Según declaró al llegar a Filipinas, estaba «más interesado en el proyecto de la capital de verano», la ciudad que planeaba en Baguió. Manila le ofrecía bastante carta blanca, pero Baguió había que construirlo, como la Ciudad Blanca, completamente desde cero. Burnham consideraba que era la oportunidad «para formular mis planes sin más trabas que las naturales».[483]

La idea de una capital de verano no era nueva. Los colonizadores europeos habían construido una serie de estaciones de montaña, la

más famosa, Simla, en India, donde veraneaba Rudyard Kipling y desde donde los británicos gobernaban durante los meses de calor. Los funcionarios estadounidenses, que temían los efectos del clima filipino en su constitución, buscaron su propia estación de montaña. Eligieron Baguió, a doscientos cuarenta kilómetros al norte de Manila y a mil quinientos metros sobre el nivel del mar. En 1903 el Gobierno designó Baguió como capital de verano de Filipinas y en 1904 Forbes encargó a Burnham la planificación de la ciudad, aún sin construir.

Sin embargo, antes de empezar las obras, tenía que haber una carretera. A Baguió solo se podía acceder por un largo sendero que subía en zigzag por la pared de un cañón en ruinas. Llegar hasta allí era una hazaña. Cuando el corpulento William Howard Taft hizo el viaje, informó con orgullo a Washington: «Resistí bien el viaje. Cabalgué veinticinco millas hasta una altitud de cinco mil pies. Espero que la disentería amebiana se haya curado. Gran provincia esta».[484]

«¿Cómo está el caballo?», fue la cruel respuesta del secretario de Guerra.

Construir la carretera a Baguió se convirtió en una obsesión del Estado colonial. Las empinadas pendientes y los frecuentes desprendimientos convirtieron la tarea en una lucha del hombre contra la naturaleza al estilo de Werner Herzog. En el apogeo de las obras, daba trabajo a alrededor de cuatro mil hombres de decenas de naciones.[485] «Hasta ahora, los filipinos son los peores —se quejó Forbes—. Tienen miedo a las alturas y a las rocas que caen».[486]

Había motivos para tenerlo. Los trabajadores se caían por los precipicios, morían de disentería, malaria y cólera y los aplastaban los puentes que se deslizaban por las laderas. Un tramo del camino se ganó el nombre de «tobogán del diablo» por todos los hombres que había matado.[487] «Hay pocos días en los que no haya alguna víctima», anotó Forbes en su diario.[488]

Aun así, Forbes pensaba que el premio merecía la pena. Baguió era un paraíso: primavera perpetua, una fresca neblina, colinas onduladas, pinos en abundancia. «Da glóbulos rojos», escribió.[489]

En cuanto a Burnham, a duras penas podía contenerse. Era una oportunidad única de construir una ciudad —una ciudad de verdad, no de yeso— desde cero. La tierra no estaba vacía, porque gran parte estaba en manos de los igorotes, los habitantes de las tierras altas de

Filipinas. Pero el Tribunal Supremo del país, dominado por estadounidenses procedentes del continente, sentenció que los igorotes, como eran salvajes, no podían poseer tierras.[490] En cualquier caso, el Gobierno se quedó con más de 5.600 hectáreas, más de veinte veces la superficie de la que disponía Burnham para erigir la Ciudad Blanca. Si se construía como era debido, dijo entusiasmado, «podría ser igual que cualquier cosa que se haya visto antes».[491]

Burnham dio lo mejor de sí mismo: grandes edificios oficiales, vistas impresionantes, un gran eje que atravesaba la pradera de Baguió. Colocó las estructuras más importantes en las laderas que rodeaban la pradera. Era caro, reconoció Burnham, pero construirlas en el valle arruinaría lo que él llamaba «las extraordinarias posibilidades monumentales» de la zona.[492] En su opinión, los edificios oficiales debían colocarse de forma que «dominaran sin reservas todo el panorama».[493]

Forbes se animó y se quedó con un terreno: una parcela de casi cinco hectáreas en una colina con vistas a todo Baguió. Planeó abrir el Baguió Country Club, con un campo de golf de dieciocho hoyos «tan bueno como el mejor de Escocia,[494] en el que, con la claridad y la frescura del aire, no habrá fallos torpes ni situaciones de *dormy*».[495]

La arquitectura del poder sumada al golf: un buen resumen. Aunque, en teoría, Baguió era un centro de mando —la capital a tiempo parcial de la gran colonia asiática de Estados Unidos—, también era un lugar de retiro. Forbes lo veía como «un bendito alivio de Manila», donde «el enjambre de personas que corren de un lado a otro es temible. Aquí, la gente solo viene si se lo ordenan o si su asunto es suficientemente urgente como para tener que venir a las montañas».[496]

No parece que muchos asuntos de trabajo hicieran el viaje hasta arriba. La Comisión Filipina, el órgano legislativo designado por la colonia, se reunía solo «cada tres días», según escribió Forbes en su diario, «y examinamos todos los temas en una hora, si es que llega».[497] El verdadero centro de la vida era el Baguió Country Club, donde se podían mantener conversaciones sinceras mientras se jugaba al golf. Sin embargo, de los 161 miembros iniciales del club, solo seis eran filipinos.[498]

El imperio de las tierras altas: el centro de gobierno de Baguió, con vistas al valle, de acuerdo con el plan de Burnham de erigir «edificios monumentales que dominaran el panorama». [Burnham, «Plan of Baguio», p. 6].

Libre del calor, libre de los negocios y, en gran medida, libre de los filipinos, el gobernador general Forbes tenía tiempo para dedicarse a otras actividades. «Me levanto tranquilamente cuando me apetece, escribo en mi diario con moderación para no caer en el error de que sea demasiado voluminoso y juego unas cuantas manos de cartas para planchar las arrugas de la mente». Por las tardes, Forbes pasaba «una hora o más» leyendo recortes de periódicos, pero se interrumpía a las cuatro para «dar un paseo o jugar al polo, según el día».[499]

«He dejado de lado el gran mundo», murmuraba.[500]

Ninguna de estas cosas era barata. Solo la carretera había costado ya dos millones de dólares cuando se inauguró en 1905, la décima parte de lo que Estados Unidos había pagado a España cuando compró Filipinas. Y eso sin contar las costosas reparaciones necesarias cada vez que un monzón barría trozos de carretera ni todas las vidas que se perdieron durante su construcción. Luego estaba la ciudad en sí, erigida según el plan de Burnham y bajo la dirección de Parsons. Era un triunfo de la ingeniería moderna directamente inspirado en

Bellamy, con calles anchas, un excelente sistema de alcantarillado, una fábrica de hielo y, a partir de 1921, energía hidroeléctrica.[501] A esta inversión municipal, que superaba con creces las inversiones llevadas a cabo en cualquier ciudad filipina de las zonas bajas, había que añadir el coste de transportar a todas las capas superiores del Gobierno a las montañas durante cuatro meses al año.

Hubo incluso un reportero británico, es de suponer que acostumbrado a este tipo de cosas, que no tuvo más remedio que «admirar la audacia» de los hombres que, con las enfermedades campando por sus respetos y una guerra que continuaba en el sur, habían construido Shangri-La.[502]

Los filipinos no lo admiraron tanto, al ver que el dinero destinado a la reconstrucción de posguerra se iba a las montañas para financiar varios meses de balneario a un Gobierno no elegido. «Tacaño con el pueblo y generoso consigo mismo, no tiene escrúpulos ni remordimientos a la hora de despilfarrar un dinero que no es suyo», se quejaba un periódico.[503] En 1913, el año en que se fue Forbes, la Comisión Filipina cedió por fin y aceptó llevar a cabo su trabajo durante el verano en Manila, aunque Baguió siguió siendo el centro neurálgico extraoficial del Gobierno.

El restablecimiento de Manila como capital durante todo el año marcó un punto de inflexión en la política colonial. Coincidió con la elección de Woodrow Wilson y su política de entregar el poder local a los filipinos. En 1914, más de uno de cada cuatro puestos de la administración estaba ocupado por personas procedentes del continente. En 1921, no llegaban a uno de cada veinte.[504]

A William E. Parsons, el protegido de Burnham, le pareció intolerable la campaña de filipinización de Wilson. Los responsables de su equipo eran continentales y él no tenía demasiadas ganas de ver un cambio así. «Es imposible entender cómo puede haber algún hombre que, pensando en el bienestar del pueblo filipino, pueda avenirse a la política actual», escribió en su carta de dimisión.[505]

No obstante, Parsons se fue con la sensación de que su trabajo estaba hecho. Informó con orgullo de que los contornos principales de la Manila de Burnham estaban «fijados, por así decir, con edificios públicos y semipúblicos permanentes».[506] Los cimientos estaban puestos. Solo faltaba que sus sucesores construyeran sobre ellos.

Y el mayor sucesor de Parsons llegó el mismo año en el que él se fue. Pero no alguien que visitara por primera vez la ciudad. Juan Arellano había nacido allí.

Juan Arellano pertenecía a una de las familias más extraordinarias de Filipinas.[507] Un hermano suyo, Arcadio, fue el primer asesor arquitectónico filipino contratado por Estados Unidos. Otro, Manuel, acabaría siendo uno de los fotógrafos más destacados de la colonia. Su primo José Palma escribió el himno nacional utilizado por la República Filipina de Aguinaldo (que sigue siendo el himno actual). Otro primo, Rafael Palma, fue uno de los seis miembros filipinos originales del Baguió Country Club y futuro rector de la Universidad de Filipinas.

El oficio de Juan era la pintura; fue uno de los primeros impresionistas filipinos. Presentó una de sus primeras obras, *Woman Descending Stairway* [*Mujer bajando una escalera*], en la Feria Mundial de San Luis de 1904, una de las muchas ferias del continente que exhibían las obras del imperio. Para su decepción, no ganó ningún premio.[508]

Tres años después, Arellano se presentó a otra feria, la Exposición de Jamestown.[509] Esta vez tuvo éxito, aunque no como artista, sino como una de las «exposiciones vivientes» de nativos de las que se alimentaban estas ferias. Durante siete meses, llevó una camisa de fibra de piña y fue objeto de miradas. Los asistentes a la feria se sorprendían cuando contestaba a sus preguntas en inglés fluido.

Pero Arellano había ido al continente a estudiar, no a ser estudiado. En cuanto ganó suficiente dinero trabajando en Jamestown, se trasladó a Pensilvania para matricularse en la Academia de Bellas Artes de Filadelfia. Ganó el premio anual de la academia al mejor cuadro, un premio que le colocaba de forma automática en la competición del año siguiente para el Prix de Rome. Sin embargo, lo descalificaron en el último momento, cuando alguien observó que, como filipino, no era ciudadano estadounidense.[510]

Entonces, Juan Arellano decidió dedicarse a la arquitectura, campo en el que ganó más premios y recibió diplomas tanto en el Instituto Drexel como en la Escuela de Bellas Artes de Nueva York. Consiguió trabajo en Nueva York y, algo más tarde, con Frederick Law

Olmsted Jr., uno de los estrechos colaboradores de Daniel Burnham. Olmsted despertó el interés de Arellano por el urbanismo.[511]

En otras palabras, Arellano era un hombre del Renacimiento: pintor, constructor y urbanista. Su primer encargo arquitectónico importante al volver a Manila fue el Edificio Legislativo, parte del núcleo cívico que Burnham había trazado alrededor de la Luneta. Los cimientos los había puesto Ralph Harrington Doane, el último asesor arquitectónico del continente, durante su último año en Filipinas. Fue Arellano quien amplió el edificio, le dio una fachada clásica y lo convirtió en uno de los mayores edificios de la colonia.

Edificio Legislativo de Juan Arellano,
terminado en 1926.

Se trataba de una obra de gran envergadura, que costó tanto como la carretera de Baguió. Pero el simbolismo era el opuesto. El Edificio Legislativo estaba en Manila, no en una montaña, y estaba destinado a albergar la Asamblea Legislativa de Filipinas, es decir, la única parte elegida del gobierno colonial. Y, por si fuera poco, lo había construido un filipino.

A la prensa le encantó. Era «la estructura más espléndida e impresionante jamás construida en Filipinas», elogió una revista de

Manila.[512] «He aquí un argumento más sólido y duradero sobre las capacidades de la raza filipina que cualquiera que puedan formular los más entusiastas amigos estadounidenses de los filipinos —escribió un periódico—. Los pesimistas que decían que los filipinos no eran capaces de hacer nada no tienen nada en lo que apoyarse».[513]

En efecto, el edificio legislativo era una forma de refutar los argumentos de imperialistas como Forbes, que dudaban de que los filipinos pudieran gobernarse a sí mismos. No obstante, al derrotar a los imperialistas con sus propias armas, Arellano estaba utilizando esas armas. Aunque más tarde se arrepintió,[514] el Edificio Legislativo lo construyó siguiendo el estilo de la Ciudad Blanca, en vez del estilo español al que Burnham e incluso Parsons se habían adaptado. Uno de los historiadores más conocidos de Manila, Nick Joaquín, ha identificado el Edificio Legislativo como «el hito que separa, desde el punto de vista arquitectónico, la era americana de la española».[515] Es decir, fue el edificio de Arellano, y no una de las creaciones de Parsons, el que señaló el paso sin vuelta atrás al estilo neoclásico que, escribe Joaquín, «domina desde entonces nuestras obras públicas».

Arellano no se detuvo. Se convirtió en el arquitecto de las Filipinas coloniales y acabó ocupando el antiguo puesto de Parsons, el de asesor arquitectónico. Diseñó la enorme Oficina de Correos de Manila. Diseñó los capitolios de tres provincias. ¿La oficina del Alto Comisionado en Manila? Otro proyecto de Arellano; hoy es la embajada de Estados Unidos. En la década de 1930, el Gobierno se planteó trasladar la capital al norte de Manila, a Quezon City, una metrópolis planificada, con plazas y bulevares radiales al estilo de Burnham. Arellano formó parte de la comisión urbanística.

Si Daniel Burnham hubiera vivido hasta los años treinta y hubiera vuelto a Filipinas, le habría entusiasmado lo que viera. En Chicago había tenido que superar enormes dificultades durante años para hacer realidad su visión (y sus aliados habían seguido esforzándose durante décadas después de su muerte). En Filipinas, sin embargo, bastó medio año de trabajo a toda prisa, solo seis semanas de ese tiempo en el país, para rehacer una ciudad y construir otra desde los cimientos.

Esas eran las alegrías del imperio. Las colonias eran, para hombres

como Burnham, zonas de recreo, lugares en los que llevar a la práctica las ideas sin preocuparse por las fuerzas opositoras que entorpecían la acción en casa. Los continentales podían confiscar tierras, redirigir impuestos y malgastar las vidas de los trabajadores para construir paraísos en las montañas.

Los filipinos, por su parte, fueron relegados. Los espacios segregados en el centro de los planes de Burnham no eran para ellos, aunque sus impuestos pagaran el coste. Lo mejor que podían esperar era ganar algo de poder mostrándose dignos a los ojos de sus colonizadores. En el ámbito de la arquitectura, eso se tradujo en que Juan Arellano llevara a cabo los planes de Burnham con una devoción aún mayor que la de William Parsons.

Y así pasó la antorcha, de Burnham a Parsons y de él a Arellano. Al rememorarlo, el biógrafo de Burnham llegó a la conclusión de que su visión no alcanzó «su mayor éxito arquitectónico» en el continente, sino en Filipinas.[516]

---

[443] Calcular la riqueza en distintos momentos de la historia es muy difícil. Después de consultar con economistas, *Business Insider* concluyó que Rockefeller y Carnegie fueron las dos personas más ricas de todos los tiempos (Gus Lubin, «The 20 Richest People of All Time», *Business Insider*, 2 de septiembre de 2010, www.businessinsider.com/richest-people-in-history-2010-8). *Time* publicó una lista similar, pero situó a cinco jefes de Estado autoritarios, entre ellos Iósif Stalin y César Augusto, por encima de Rockefeller y Carnegie, con el argumento de que controlaban toda la riqueza de su país (Jacob Davidson, «The 10 Richest People of All Time», *Time*, 30 de julio de 2015, time.com/money/3977798/the-10-richest-people-of-all-time-2).

[444] Ed. esp., *El año 2000*, Madrid, Capitán Swing, 2011 (*N. de la T.*).

[445] Edward Bellamy, *Looking Backward, 2000–1887,* Boston, 1888, pp. 157-158.

[446] Bellamy, *Looking Backward*, p. 52.

[447] Las biografías clásicas son las de Charles Moore, *Daniel H. Burnham: Architect, Planner of Cities,* Boston, 1921, y Thomas Hines, *Burnham of Chicago: Architect and Planner*, ed. rev., Chicago, 1979. Sobre los vínculos entre la visión de Bellamy y la de Burnham, véase Mario Manieri-Elia, «Toward an 'Imperial City': Daniel H. Burnham and the City Beautiful Movement», en *The American City: From the Civil War to the New Deal*, Giorgio Cuicci *et al.* (eds.), trad. de Barbara Luigia La Penta (1973), Cambridge, Massachusetts, 1979, pp. 1-142.

[448] Louis H. Sullivan, *The Autobiography of an Idea*, 1924, Nueva York, 1954, p. 288.

[449] Reid Badger, *The Great American Fair: The World's Columbian Exposition and American Culture*, Chicago, 1979, p. 131.

[450] Sullivan, *Autobiography*, p. 321.

[451] Katherine Mayo, *The Isles of Fear: The Truth about the Philippines*, Nueva York, 1925, p. 83. A lo que se refiere Mayo es en particular a Filipinas.

[452] Forbes Diary, 1:4, 21 de mayo de 1910.

[453] Manuel Quezón, citado en *Origins of the Philippine Republic: Extracts from the Diaries and Records of Francis Burton Harrison*, Michael P. Onorato (ed.), Ithaca, 1974, p. 6.

[454] Forbes Diary, 1:5, 4 de septiembre de 1913.

[455] Ibíd., 1:4, 15 de abril de 1911.

[456] Ibíd., 1:3, 27 de marzo de 1909.

[457] Ibíd., 1:1, 1 de febrero de 1904.

[458] Ibíd., 1:1, p. 439 n.

[459] Ibíd., 1:3, 18 de julio de 1910.

[460] Mayo, *Isles of Fear*, p. 84.

[461] George A. Miller, *Interesting Manila*, Manila, 1906, p. 54.

[462] Helen Herron Taft, *Recollections of Full Years*, Nueva York, 1914, pp. 254, 256.

[463] Reynaldo C. Ileto, «Cholera and the Origins of the American Sanitary Order in the Philippines», en *Discrepant Histories: Translocal Essays on Philippine Culture*, Vicente L. Rafael (ed.), Filadelfia, 1995, pp. 51-82.

[464] D. H. Burnham, con la ayuda de Peirce Anderson, «Report on the Improvement of Manila, P.I.», 28 de junio de 1905, 33, carpeta 7, caja 57, ser. 5, Burnham Collection. Sobre la relación entre los planes de Burnham y el diezmado estado de Manila, véase Estela Duque, «Militarization of the City», *Fabrications* 19, 2009, pp. 48-67.

[465] Burnham, «Improvement of Manila», p. 19.

[466] Ibíd., p. 25.

[467] Forbes Diary, 1:1, 5 de enero de 1905.

[468] Moore, *Burnham*, 1, p. 73.

[469] Véase William E. Parsons, «Burnham as Pioneer in City Planning», *Architectural Record* 38, 1915, pp. 13-31; Moore, *Burnham*; Hines, *Burnham*; y especialmente Carl Smith, *The Plan of Chicago: Daniel Burnham and the Remaking of the American City*, Chicago, 2006. Los detalles proceden del libro de Smith.

[470] Smith, *Plan of Chicago*, p. 133.

[471] Sobre Burnham y la arquitectura colonial, véase, además de las biografías, Thomas S. Hines, «Daniel H. Burnham and American Architectural Planning in the Philippines», *Pacific History Review* 41, 1972, pp. 33-53; Robert R. Reed, *City of Pines: The Origins of Baguio as a Colonial Hill Station and Regional Capital,* Berkeley, 1976; Winand Klassen, *Architecture in the Philippines: Filipino Building in a Cross-Cultural Context,* Cebu City, 1986, cap. 5; David Brody, «Building Empire: Architecture and American Imperialism in the Philippines», *Journal of Asian American Studies* 4, 2001, pp. 123-145; Gerard Lico, *Arkitekturang Filipino: A History of Architecture and Urbanism in the Philippines,* Quezon City, 2008, cap. 5; Christopher Vernon, «Daniel Hudson Burnham and the American City Imperial», *Thesis Eleven* 123, 2014, pp. 80-105; y Rebecca Tinio McKenna, *American Imperial Pastoral: The Architecture of U.S. Colonialism in the Philippines*, Chicago, 2017.

[472] El único nombre filipino que aparece en el plan urbanístico de Burnham para Manila es el de «Dr. Razal [*sic*]», es decir, el difunto José Rizal, mencionado (una vez y de pasada) en el párrafo que dedica a la historia de Manila desde 1571 hasta la llegada de Estados Unidos. Gracias a Margaret Garb por destacar lo aislado que estaba Burnham de los filipinos.

[473] A. N. Rebori, «The Work of William E. Parsons in the Philippine Islands», *Architectural Record* 40, 1917, p. 433.

[474] Forbes Diary, 1:1, p. 392 n.

[475] William E. Parsons, Annual Report of the Consulting Architect, 17 November 1905 to 30 June 1906, 2, carpeta 9, caja 57, ser. 5, Burnham Collection.

[476] Véase Rebori, «William E. Parsons»; Thomas S. Hines, «American Modernism in the

Philippines: The Forgotten Architecture of William E. Parsons», *Journal of The Society of Architectural Historians* 32, 1973, pp. 316-326; Michelangelo E. Dakudao, «The Imperial Consulting Architect: William E. Parsons (1872–1939)», *Bulletin of the American Historical Collection* 12, 1994, pp. 7-43; y Lico, *Arkitekturang Filipino*, cap. 5.

[477] Parsons, citado en Forbes Diary, 1:1, 12 de marzo de 1906.

[478] Parsons, 1906 Annual Report, p. 10.

[479] Ibíd.; Rebori, «Parsons», p. 433; y Lico, *Arkitekturang Filipino*, pp. 262-272.

[480] Ralph Harrington Doane, «The Story of American Architecture in the Philippines», *The Architectural Review* 8, 1919, p. 121.

[481] Rebori, «Parsons», p. 433.

[482] Citado en Hines, «Burnham in the Philippines», p. 51.

[483] «Plan Queen City for the Far East», *Chicago Tribune*, 18 de septiembre de 1904.

[484] John J. Pershing, *My Life before the World War, 1860–1917*, John T. Greenwood (ed.), Lexington, 2013, p. 253.

[485] Reed, *City of Pines*, p. 109.

[486] Forbes Diary, 1:1, 17 de septiembre de 1904.

[487] W. Cameron Forbes, *Notes on Early History of Baguio*, Manila, 1933, p. 32.

[488] Forbes Diary, 1:1, 17 de septiembre de 1904. Sobre la carretera, véase Greg Bankoff, «"These Brothers of Ours": Poblete's Obreros and the Road to Baguio 1903–1905», *Journal of Social History* 38, 2005, pp. 1.047-1.072, y McKenna, *American Imperial Pastoral*, cap. 2.

[489] Forbes Diary, 1:1, 1 de enero de 1905.

[490] Hubo una confiscación de tierras en Baguió impugnada y finalmente anulada por el Tribunal Supremo de Estados Unidos. El juez Oliver Wendell Holmes advirtió de que el colonialismo en Filipinas no debía proceder «como el asentamiento de la raza blanca en Estados Unidos». Su propósito debía ser «hacer justicia a los nativos, no explotar su país para beneficio privado». *Carino v. Insular Government*, 212 U.S. 449, 458, 1909. La historia figura en McKenna, *American Imperial Pastoral*, cap. 3.

[491] D. H. Burnham, «Preliminary Plan of Baguio Province of Benguet, P. I.», 27 de junio de 1905, 2, carpeta 3, caja 56, ser. 5, Burnham Collection.

[492] D. H. Burnham, «Report on the Proposed Plan of the City of Baguio, Province of Benguet, P.I.», 3 de octubre de 1905, 2, en carpeta 4, caja 56, ser. 5, Burnham Collection.

[493] Burnham, «Preliminary Plan of Baguio», p. 1.

[494] Forbes, Prospectus of the Baguio Country Club, citado en Virginia Benitez Licuanan, *Filipinos and Americans: A Love-Hate Relationship*, Baguió, 1982, p. 71.

[495] *Dormy*, en golf, es la situación en la que un jugador tiene una ventaja igual al número de hoyos que quedan por jugar, de modo que ya no puede perder (*N. de la T.*).

[496] Forbes Diary, 1:5, 9 de marzo de 1913.

[497] Ibíd., 1:3, 14 de mayo de 1908.

[498] Licuanan, *Filipinos and Americans*, p. 91.

[499] Forbes Diary, 1:5, 9 de marzo de 1913.

[500] Ibíd., 1:3, 14 de mayo de 1908.

[501] S. R. Afable, «Most Progressive City», en J. C. Orendain, *Philippine Wonderland*, Baguió, 1940, pp. 35-40.

[502] «America in the Philippines, Part VII», *London Times*, 1 de diciembre de 1910.

[503] *La Vanguardia*, 20 de junio de 1912, citado en Reed, *City of Pines*, p. 108.

[504] Cristina Evangelista Torres, *The Americanization of Manila, 1898–1921*, Quezon City, 2010, p. 43.

[505] Hines, «Modernism in the Philippines», p. 325.

[506] Parsons, «Burnham as Pioneer», p. 24.

[507] Existen asombrosamente pocos estudios académicos sobre la vida y la carrera de Arellano. Las mejores fuentes son I. V. Mallari, «Architects and Architecture in the Philippines», *The Philippine Magazine*, agosto de 1930, pp. 156-157, pp. 186-194; Ernesto T. Bitong, «Portrait of an Architect in Retirement», *Sunday Times Magazine* (Manila), 16 de junio de 1957, pp. 3-6; Dominador Castañeda, *Art in the Philippines*, Quezon City, 1964, pp. 94-95; Klassen, *Architecture in the Philippines*, cap. 5; y Lico, *Arkitekturang Filipino*, cap. 5.

[508] *Report of the Philippine Exposition Board to the Louisiana Purchase Exposition*, San Luis, 1904, p. 87.

[509] Bitong, «Portrait of an Architect».

[510] *Art in the Philippines*, p. 94.

[511] Mallari, «Architects and Architecture», p. 190.

[512] A. V. H. Hartendorp, «The Legislative Building», *Philippine Education Magazine*, octubre de 1926, citado en Rodrigo D. Perez III, *Arkitektura: An Essay on the American Colonial and Contemporary Traditions in Philippine Architecture*, Manila, 1994, p. 5.

[513] «Designed by Filipino Brains, and Built by Filipino Hands», *The Philippine Republic*, febrero de 1927, p. 5.

[514] El llamativo repudio que hace Arellano de la «influencia occidental» se desarrolla en «Fine and Applied Arts in the Philippines: An Interview with Juan M. Arellano», *Philippines Herald Year Book*, 29 de septiembre de 1934, pp. 53, 58, 62.

[515] Nick Joaquín, *Almanac for Manileños*, Manila, 1979, pp. 213, 214. Más adelante, Arellano adoptaría otros estilos, fundamentalmente el *art déco*.

[516] Hines, «Burnham in the Philippines», p. 50.

09

Médicos sin fronteras

La conquista de Puerto Rico por parte de Estados Unidos fue relativamente indolora: «un picnic»,[517] como dijo un periodista. Pero, aunque los puertorriqueños habían evitado los horrores de la guerra, se encontraron con algo similar al año siguiente, cuando un huracán de categoría cuatro azotó la isla. Plantaciones enteras de café cayeron arrastradas por las laderas de las montañas. Murieron miles de personas y muchas más perdieron su hogar.

Al cirujano ayudante Bailey K. Ashford le pareció dantesco. Ashford estaba destinado en Ponce, la ciudad natal de Pedro Albizu Campos. Vio los destrozos causados en la ciudad por el huracán, que derribó casas, desnudó árboles e hizo volar techos de metal por el aire. Vio a «hordas de pálidos refugiados» que huían de las montañas en busca de comida, refugio y asistencia médica.[518]

Tuvieron suerte de topar con un doctor como Ashford. Era un médico cuyo talento había llamado la atención de Leonard Wood.[519] Este se había hecho amigo suyo y le había animado a hacerlo, y así fue como Ashford acabó en Puerto Rico. Pero, a diferencia de Wood, Ashford no se mantuvo apartado de los colonizados. Aprendió español, se enamoró de una puertorriqueña y tuvo tres hijos con ella: Mahlon, Margarita y Gloria María. Colaboró estrechamente con los médicos

locales, en particular con su colega el doctor Pedro Gutiérrez Igaravídez. Es más, después de vivir en la isla durante la mayor parte de su vida, Ashford llegaría a considerarse puertorriqueño, no continental.[520]

Pero eso vendría después. Ahora, Ashford tenía una preocupación más inmediata: los refugiados. Observó su «carne flácida y palidez espantosa» con alarma.[521] Su mujer le explicó que lo que veía no era solo obra del huracán, sino de siglos. Ese era el aspecto de los campesinos, le explicó. «Están débiles y anémicos. Se mueren».

Pensando que el problema era la dieta tan pobre que ingerían, Ashford los alimentó de carne, habichuelas y pescado. Sin embargo, seguían teniendo la complexión pálida y seguían muriendo. Les analizó la sangre y confirmó el diagnóstico de su esposa: sufrían una anemia grave. Pero aquello no tenía sentido. ¿Una epidemia de anemia que afectaba a toda una clase social? «Era impensable».[522]

Inspeccionó las heces de uno de sus pacientes en el microscopio y vio algo interesante: «una cosa ovalada con cuatro bolas grises esponjosas dentro».[523] Un huevo. Probablemente, un huevo de gusano. Consultó su manual de enfermedades tropicales. Parecía un helminto.

¡Un helminto! La fuerza de la revelación le golpeó. Sintió que era «como si se hubiera levantado un velo».[524] Los campesinos no solo tenían aspecto anémico. No estaban desnutridos porque estaban oprimidos. Casi todos —Ashford calcularía más tarde que nueve de cada diez puertorriqueños rurales— padecían un caso grave de parásitos intestinales.[525]

Como la mayoría de los parásitos, los helmintos tienen una vida fascinante y profundamente asquerosa. Las larvas crecen en suelos cálidos, húmedos y sombríos y buscan los pies humanos. Atraviesan la piel, normalmente entre los dedos de los pies, y se abren paso hasta el torrente sanguíneo, luego hasta los pulmones y, tras toser y tragar, hasta la parte superior del intestino delgado. Allí se instalan y viven seis o siete años de vida, alimentándose de la sangre. Las personas con un número elevado de gusanos —puede haber más de dos mil— se quedan apagadas y pálidas y pierden músculo. Además, a través de las heces, expulsan cientos de miles de huevos de los que, en el entorno

adecuado, nacen más gusanos que encuentran otros pies humanos y completan el repugnante ciclo.

Los helmintos llevan unos doce mil años escondidos en el intestino delgado de la humanidad, un efecto secundario de la domesticación de los perros. Pero, como los parásitos no suelen matar a la persona, sino solo debilitarla, y las poblaciones africanas más propensas a sufrirlos tienen cierta inmunidad, pasaron inadvertidos hasta el siglo XIX. Los médicos occidentales se dieron cuenta por primera vez de su peligrosidad en 1880, cuando un profesor de la Universidad de Turín descubrió una forma letal de helmintiasis (anquilostomiasis) entre los trabajadores que excavaban un largo túnel bajo los Alpes, entre Italia y Suiza. El túnel era caluroso y húmedo y estaba abarrotado y lleno de heces: el paraíso de los helmintos. En lugar de no alojar más que unos cuantos gusanos, los hombres estaban repletos, expulsaban huevos y se reinfectaban a diario.[526]

Es difícil imaginar un hábitat tan propicio para los helmintos como un túnel transalpino, pero Puerto Rico era sorprendentemente similar. No solo era una isla densamente poblada, sino que casi dos tercios de los puertorriqueños vivían en las tierras altas, donde el café era el rey.[527] Las plantaciones de café carecían de retretes, los trabajadores trabajaban descalzos y la cosecha se realizaba durante la estación de las lluvias, lo que hacía que las condiciones se parecieran bastante a las del suelo caliente, húmedo, sombreado y pisoteado del túnel.

Los helmintos eran tan abundantes en las fincas cafeteras de la isla que no solo debilitaban a los trabajadores, sino que los mataban. A finales de siglo, la anemia era la principal causa de muerte en la colonia, entre el 20 y el 30 por ciento de la mortalidad.[528]

Pero los gusanos de Puerto Rico eran especiales, como descubrió Ashford. A diferencia de los de su libro, no tenían dientes. Regresó a Washington «llevando conmigo un frasco de mis preciosos gusanos» y se los presentó a su antiguo profesor en Georgetown, Charles Wardell Stiles.[529] Stiles llegó a la conclusión de que se trataba de una especie desconocida hasta entonces. Le dio un nombre dramático: *Necator americanus*. Asesino americano.

Por suerte para Ashford, el *Necator americanus* era fácil de tratar. Bastaba una píldora barata (pero que provocaba náuseas) para

eliminar los gusanos, y al cabo de unos días había una recuperación visible. Ashford regresó a Puerto Rico y, con su colega Pedro Gutiérrez Igaravídez, estableció una clínica en Utuado. La llegada de pacientes fue lenta al principio y luego más rápida hasta que Ashford, Gutiérrez y sus colegas empezaron a tratar a cientos de personas al día. Los médicos administraban medicamentos y hablaban de higiene a sus pacientes, en especial sobre la importancia de los zapatos y las letrinas.

En 1905, la cámara legislativa puertorriqueña aprobó la financiación de un programa nacional, de nuevo bajo la supervisión de Ashford y Gutiérrez. En 1910 calcularon que se había tratado casi al 30 por ciento de la población con un coste de menos de un dólar por paciente.[530]

Mientras Bailey Ashford luchaba contra la anquilostomiasis en Puerto Rico, su profesor, Charles Wardell Stiles, seguía reflexionando sobre la enfermedad. En 1908, Stiles atravesó Carolina del Norte en tren con Walter Hines Page, el gran periodista sureño, y Henry C. Wallace, un experto en agricultura procedente de Iowa (y padre del futuro vicepresidente Henry A. Wallace). Wallace señaló a un hombre pálido y encorvado junto a la estación. «¿Qué demonios es eso?», preguntó; [531] no había visto a nadie así en Iowa. Page le explicó que se trataba de un blanco pobre, un tipo de persona demasiado frecuente en el Sur. A esos hombres los llamaban «comedores de tierra».

Stiles intervino. No, ese hombre sufría un caso grave de anquilostomiasis. Su palidez y su postura eran consecuencia de la anemia. Los enfermos graves de anemia comen tierra o arcilla; están ávidos de hierro. Y el hombre podía curarse «con un coste de unos cincuenta céntimos».

«¡Dios mío! Stiles, ¿lo dices en serio?», exclamó Page.

Otro velo que se levantó. ¿De ahí venía el estereotipo del «sureño blanco perezoso»? ¿Por eso los blancos sureños tenían un aire extraño, desgarbado, pálido y holgazán? Page presentó a Stiles al ayudante de John D. Rockefeller, que consiguió que el magnate del petróleo diera un millón de dólares para desparasitar el Sur. Esta fue una de las primeras incursiones de Rockefeller en la filantropía, que culminaría con la creación de la Fundación Rockefeller.[532]

El responsable de la campaña de Rockefeller viajó a Puerto Rico para hablar con Ashford. La idea era poner en marcha algo similar en el Sur, con la participación de Stiles. Así, mientras Ashford luchaba contra los helmintos en las colonias, su antiguo maestro los combatiría en el continente.

No obstante, incluso con píldoras antiparasitarias baratas, no era fácil convencer a la gente de que la campaña contra la anquilostomiasis merecía la pena. Stiles, nacido en Nueva York, se encontró con que los sureños blancos se mostraban irritables y hasta violentos cuando sacaba a relucir el delicado tema de sus hábitos de aseo. Después de un discurso en una escuela, el *sheriff* local insistió en proteger a Stiles hasta que saliera sano y salvo de la ciudad.[533] El director de un periódico de Tampa amenazó con lincharle.[534] La guerra civil había terminado, pero no había pasado tanto tiempo como para que los sureños soportaran que un médico del Norte diagnosticara que toda su región era patológicamente perezosa y antihigiénica.

Mark Twain, que observaba todo desde la barrera, se moría de risa ante toda aquella indignidad. Escribió una sátira ligera en la que imaginaba a los personajes bíblicos sufriendo la plaga eterna («Hace seis mil años, Sem estaba lleno de helmintos»).[535]

Pero pocos compartían el sentido del humor de Twain. Y parece que los puertorriqueños de clase alta eran tan orgullosos en este sentido como los blancos del Sur.[536] Algunos se burlaron de los médicos, pusieron en duda sus razonamientos y se opusieron activamente. Sin embargo, la forma de llevar a cabo las dos campañas fue un estudio de contrastes muy revelador sobre cómo funcionaban las cosas en las colonias.

En la campaña del Sur, los hombres de Rockefeller tuvieron mucho cuidado de no ofender la sensibilidad de la población. En lugar de enviar a sus propios médicos, trabajaron con los consejos estatales de salud y emplearon a médicos locales, todos ellos blancos. Se granjearon el favor de los directores de periódicos. Y adoptaron para su campaña una forma cultural que resultaba familiar: las grandes carpas evangélicas típicas del Sur.[537] Igual que los predicadores itinerantes, los médicos que luchaban contra la anquilostomiasis se acercaban discretamente a los poderosos locales, obtenían su

bendición y luego se instalaban con gran fanfarria en la ciudad. Había pícnics, góspel y dramáticos testimonios de conversión (yo era ciego y ahora puedo ver; tenía lombrices…). Los dispensarios administraban el medicamento —a más de 440.000 pacientes en cinco años— y restaban importancia a los sermones y reprimendas.

A Ashford y Gutiérrez les habría encantado llevar a cabo su campaña de esa manera. Imaginaban una red de consultas y un ejército de puertorriqueños, hombres que contaban con la confianza de los campesinos, para «predicar el evangelio».[538]

Pero para eso hacía falta dinero, lo que significaba exprimir los recursos del Gobierno colonial. Mientras que la campaña del Sur comenzó con una donación de un millón de dólares de John D. Rockefeller, la de Puerto Rico empezó con cinco mil dólares de la tesorería colonial. Cuando Ashford y Gutiérrez demostraron que la desparasitación funcionaba, pidieron fondos para erradicar definitivamente la anquilostomiasis. Pero el dinero que llegó fue, en su opinión, «totalmente insuficiente»: la mitad de lo necesario, en el mejor año, y luego fue bajando hasta un tercio.[539] En 1908, el Gobierno no asignó fondos, así que hubo que cerrar oficialmente todos los dispensarios (aunque algunos continuaron, utilizando reservas y mano de obra voluntaria) durante más de tres meses.

Sin posibilidad de ejercer la persuasión, Ashford y Gutiérrez intentaron la coacción. Rogaron a los propietarios de las plantaciones que obligaran a los trabajadores a llevar zapatos. Abogaron por una «ordenanza sanitaria» que «se hiciera cumplir enérgicamente» en toda la colonia. Para poder trabajar, los campesinos debían llevar certificados que acreditaran que no tenían helmintos. Eran unas medidas que invadían la «libertad del ciudadano», reconocía Gutiérrez, pero la causa merecía la pena.[540]

Pero nunca llegaron a aprobarse esas leyes y tampoco está claro hasta qué punto el Gobierno colonial las habría aplicado. A la hora de la verdad, dio igual. Gutiérrez se quedó sin las competencias de supervisión (Ashford ya había dimitido), que pasaron a depender de una sola autoridad, el Comisionado de Salud nombrado por Washington. La campaña se desinfló.[541]

¿El resultado? La anquilostomiasis se redujo sustancialmente en el Sur, con efectos económicos duraderos, sobre todo gracias a que los

niños empezaron a permanecer más tiempo en la escuela.[542] Los resultados fueron tan alentadores que la Fundación Rockefeller emprendió un proyecto más ambicioso: combatir la anquilostomiasis en todo el trópico, la primera campaña sanitaria mundial de la historia.[543]

Mientras tanto, en Puerto Rico, Ashford, Gutiérrez y sus colegas trataron a cientos de miles de personas y evitaron los casos más graves, que eran muchos.[544] El tratamiento de la anquilostomiasis y las campañas paralelas que los militares llevaron a cabo contra la fiebre amarilla y la viruela redujeron de forma drástica y definitiva la tasa de mortalidad de Puerto Rico. Pero Ashford y Gutiérrez veían con frustración que sus pacientes sucumbían a la reinfección una y otra vez. El tratamiento podía prevenir la muerte, pero, por más pastillas contra las lombrices y más dispensarios en los que se administraran, era imposible cambiar la realidad fundamental: la mayoría de los puertorriqueños eran pobres y trabajaban en el campo, sin zapatos ni retretes, y su Gobierno carecía de recursos —y seguramente de voluntad— para hacer mucho al respecto.

La medicina redujo la morbilidad de la anquilostomiasis en Puerto Rico, pero no su propagación. En 1930, la situación era bastante parecida a la que había cuando Ashford llegó por primera vez hacía más de treinta años. Ya era una enfermedad crónica en lugar de aguda, pero seguía afectando a ocho o nueve de cada diez puertorriqueños rurales.[545]

En 1930, la anquilostomiasis no era más que uno de los numerosos problemas de los puertorriqueños. Dos años antes, había atravesado la isla otro huracán, el peor que había sufrido la región en la era moderna. Mató a cientos de personas, causó daños por valor de decenas de millones de dólares y casi destruyó la industria del café.[546] El año siguiente, 1929, trajo la Gran Depresión, que derrumbó los precios del azúcar y los salarios.[547] Entre 1930 y 1933, las rentas en Puerto Rico cayeron casi un 30 por ciento.[548] Al mismo tiempo, los precios subieron, el comercio se desplomó, el desempleo acabó con más de la mitad de la fuerza laboral y estallaron huelgas en los puertos, las fábricas de costura, los campos de tabaco y los de caña de azúcar.

Las causas de las desgracias de Puerto Rico eran múltiples y complejas. Muchas de ellas tenían que ver con la permisividad ante el incumplimiento de las leyes sobre la propiedad de la tierra y con complicados aspectos de los aranceles del azúcar. Sin embargo, en el continente se inclinaban por achacarlos a otro problema: la superpoblación. Lo mismo que les había preocupado sobre Puerto Rico en 1898, cuando pensaban que las colonias españolas tenían demasiada población no blanca para poder anexionárselas de forma segura.

En efecto, Puerto Rico estaba densamente poblada; por eso la anquilostomiasis se propagaba con tanta facilidad. Pero en 1930 no lo estaba más que en Nueva Jersey. Aun así, había señalamientos y meneos de cabeza. El gobernador creía que restringir los nacimientos «entre los elementos más bajos e ignorantes de la población»[549] era «la única salvación para la isla».[550] El presidente Franklin Delano Roosevelt empleó el humor negro hablando con un asesor —por lo menos, creo y espero fervientemente que fuera una broma— que «la única solución es utilizar los métodos que con tanta eficacia aplicó Hitler».

«Es muy sencillo e indoloro —continuó—. Se hace pasar a la gente por un pasadizo estrecho en el que se oye el zumbido de un aparato eléctrico. Permanecen allí veinte segundos y a partir de ese momento son estériles».

Depresión, enfermedades, acusaciones de superpoblación: esa era la situación cuando llegó otro médico del continente: Cornelius Packard Rhoads, *Dusty* para sus amigos. Rhoads se había formado en Harvard (donde coincidió brevemente con Albizu) y luego fue a trabajar para el Instituto Rockefeller de San Juan como miembro del equipo mundial de lucha contra la anquilostomiasis. Era una amarga ironía que Puerto Rico, que había sido pionera de la desparasitación, tuviera que ser ahora uno de los objetivos de esa campaña contra la anquilostomiasis. Pero la isla seguía repleta de graves casos de anemia, y la División de Salud Internacional de la Fundación Rockefeller confiaba en que se pudieran probar tratamientos experimentales.[551]

Cornelius P. Rhoads era muy distinto a Bailey K. Ashford. Mientras Ashford estaba dispuesto a colaborar, incluso con los

puertorriqueños, Rhoads era más irritable. Era un hombre «sin pelos en la lengua y a menudo tajante», escribió *The New York Times*, con «ojos de lince de un azul luminoso y ardiente que miran a través de unos anteojos redondos con montura de acero».[552] Un colega puertorriqueño lo describió como «un hombre de modales bruscos y pocas palabras».[553]

Sus métodos también diferían de los de Ashford. Este siempre había sido de lo más precavido con los experimentos médicos. La primera vez que administró una píldora antiparasitaria, se quedó en vela toda la noche y se dedicó visitar a su paciente «inquieto y durante periodos de media hora hasta el amanecer»,[554] cuando vio que el hombre no había sufrido efectos negativos. Rhoads, en cambio, parecía pensar que Puerto Rico era un laboratorio del tamaño de una isla. La idea que tenía del imperio era muy parecida a la de Daniel Burnham: un lugar para poner a prueba ideas con pocas consecuencias.

Rhoads sacó todo el partido posible a la carta blanca que le habían dado. Se negó a tratar a algunos pacientes anémicos para poder comparar su evolución con la de los pacientes a los que sí se había tratado.[555] Intentó provocar la anemia en otros (los denominaba «"animales" de laboratorio») a base de limitarles la dieta. «Si no caen enfermos, será indudable que tienen una constitución de buey», observó.[556]

Pese a ese extraordinario margen de maniobra, Rhoads se hartó de Puerto Rico. Cuando llevaba cinco meses allí, llevó el coche a una fiesta y, al salir, descubrió que lo habían desvalijado. Días después, escribió una carta a un colega de Boston. Empezaba de forma amistosa, aunque con cierto tono de irritación:[557]

> Querido Ferdie:
>
> Cuanto más pienso en el nombramiento de Larry Smith, más me indigna. ¿Le han explicado algún motivo? Desde luego, es extraño que un hombre peleado con todo el grupo de Boston, despedido por Wallach y, por lo que sé, completamente carente de reputación científica, reciba la plaza.

Pero luego cambiaba el tono:

> Aquí puedo tener un trabajo estupendo y estoy tentado de aceptarlo. Sería ideal si no fuera por los puertorriqueños, que son, sin duda, la raza de hombres más sucia,

perezosa, degenerada y ladrona que ha vivido jamás en este planeta. Da náuseas vivir en la misma isla que ellos. Son incluso peores que los italianos. Lo que la isla necesita no es una campaña de salud pública, sino un maremoto o algo parecido que extermine por completo a la población. Entonces podría ser habitable. He hecho todo lo posible para favorecer el proceso de exterminio matando a ocho y trasplantando un cáncer a unos cuantos más. Esto último no ha provocado ninguna muerte hasta ahora. Lo de tener en cuenta el bienestar de los pacientes, aquí, no tiene ninguna importancia; de hecho, todos los médicos disfrutan maltratando y torturando a los desafortunados sujetos.

Infórmeme si se entera de algo más.

Atentamente, Dusty.

Una fechoría clandestina, una carta incriminatoria… Parecía sacado de una novela decimonónica.[558] Y para darle aún más sabor novelesco, Rhoads redactó su carta en el escritorio de una taquígrafa del hospital y se la dejó allí sin querer. El documento circuló a toda velocidad entre el personal puertorriqueño. Un asistente de laboratorio, Luis Baldoni, envió la carta robada a su casa de Utuado, a cuatro horas de distancia.

Rhoads palideció. Fue en coche a Utuado en un vano intento de interceptar a Baldoni. De regreso en el hospital, se disculpó emocionado ante el equipo, alegó que había escrito la carta «en un momento de ira» y destacó que no había llegado a enviarla.[559] «Tengo muy buen concepto de los puertorriqueños», explicó. Insistió en hacer un «préstamo» a Baldoni. Y luego se marchó a Nueva York, para no volver jamás.

Seguramente esperaba que, con su disculpa y su precipitada salida, la cosa no pasara de ahí: lo que pasa en San Juan se queda en San Juan. Y podría no haber pasado de ahí. Pero Baldoni aún tenía la carta y se la entregó a un hombre que sabía qué hacer con ella.[560]

Se la dio a Pedro Albizu Campos.

Albizu había cambiado desde la Primera Guerra Mundial. Tras no poder asistir a la Conferencia de Paz de París, había terminado su carrera de Derecho en Harvard. Pero su entusiasmo por Estados Unidos había decaído. El sueño de los puertorriqueños en 1898 había sido que la isla se convirtiera en un estado próspero, en pie de igualdad con los del continente. En 1930 era evidente que ese sueño era una fantasía. El wilsonianismo no había producido ningún cambio de estatus, la pobreza no había mejorado y los continentales parecían

claramente hostiles a sus conciudadanos de Puerto Rico.

Cuando Albizu regresó a Puerto Rico, se unió a un pequeño partido político, el de los nacionalistas. En su opinión, para que Puerto Rico prosperase, debía ser libre.

En un Puerto Rico destrozado por la pobreza, no era difícil convencer a la gente de esa necesidad. El Partido Liberal también proponía la independencia y conseguía buenos resultados en las urnas. La única discrepancia era a qué velocidad. Los liberales, cuyo portavoz de más talento era el director de periódico y estrella política en ascenso Luis Muñoz Marín, querían una transición controlada. Albizu y los nacionalistas, en cambio, exigían una ruptura limpia e inmediata.

La discrepancia se debía, en parte, a si se podía confiar en Estados Unidos. Albizu creía que no y, con la carta de Rhoads en la mano, la prueba le parecía suficiente. Envió copias a todas partes: a los periódicos, la Sociedad de Naciones, el Vaticano, la Unión Americana de Libertades Civiles. Una carta de presentación de uno de sus colegas explicaba que Estados Unidos pretendía exterminar a los puertorriqueños igual que a los indios norteamericanos.[561]

¿Mató verdaderamente Cornelius Rhoads a ocho pacientes suyos? La pregunta sigue sin respuesta a estas alturas. Rhoads y sus defensores ofrecieron excusas variadas y contradictorias: que estaba enfadado, que era una broma, que estaba borracho. El gobernador colonial se tomó el asunto más en serio. Consideró que la carta era una «confesión de asesinato» y ordenó una investigación.[562]

Esa investigación sacó a relucir otra carta, que el gobernador consideró «aún peor que la primera».[563] Pero el Gobierno la eliminó y nunca se ha encontrado. En el grupo de estudio de la Comisión Rockefeller murieron trece pacientes (al fin y al cabo era un hospital), pero no eran solo pacientes de Rhoads y la revisión de los expedientes no reveló nada extraño. La prueba más contundente que se presentó en la investigación fue la afirmación de Baldoni de que Rhoads no esterilizaba sus agujas, aunque se impugnó la declaración. Al final, el fiscal llegó a la conclusión de que Rhoads era «un enfermo mental o una persona sin escrúpulos», pero no un asesino.[564]

Una investigación llevada a cabo en 2003 por un prestigioso bioético de Yale, Jay Katz, llegó a una conclusión similar: el

comportamiento de Rhoads fue reprobable, pero no había pruebas de que hubiera matado a nadie.[565]

Sin embargo, una investigación dirigida por un Gobierno que destruye pruebas incriminatorias y ni siquiera exige que participe el acusado no parece precisamente justa ni exhaustiva. La investigación de 2003 se basó necesariamente en los documentos que quedaban. Hoy en día, muchos puertorriqueños están convencidos de que Rhoads era culpable y de que el Gobierno encubrió sus crímenes.

También lo pensaron muchos en los años treinta. Los puertorriqueños habían sentido el desdén y el desprecio de los continentales. Les habían oído hablar de «superpoblación». Y entonces apareció esa carta —la innegable confesión de un asesino—, pero no hubo juicio. Todo ello parecía corroborar los peores temores sobre el imperialismo estadounidense. Que un médico asesinara a sus pacientes por odio racial, en opinión de muchos, era de lo más creíble.

El asunto Rhoads supuso un punto de inflexión en la política puertorriqueña. Antes de la carta, los nacionalistas eran un grupo desconocido. Después, se convirtieron en una fuerza. Durante siglos, Puerto Rico había soportado el dominio colonial con poca resistencia directa. Pero ahora, con la isla asolada por la enfermedad y la pobreza y con lo que parecía una prueba de la voluntad oficial de exterminar a los puertorriqueños, las cosas eran diferentes. La insistencia de Albizu en que había que conquistar la independencia, cuanto antes y por la fuerza, ya no era tan fácil de desechar.

Con la carta de Rhoads como arma, Albizu encabezó el Partido Nacionalista en las elecciones de 1932. Le fue mal, aunque a los liberales independentistas les fue muy bien. Fue el primer y único intento de Albizu en la política electoral. Ese mismo año redactó una Constitución para la República de Puerto Rico y creó un Ejército de Liberación. El «Ejército» no parecía tener armas: los cadetes se entrenaban con réplicas de pistolas de madera. Pero se entrenaban.

«Donde la tiranía es la ley, la revolución es el orden», declaró Albizu.[566]

Estalló una bomba en la hacienda del gobernador, aunque no hubo ningún herido. Después, el jefe de la Policía Insular, Francis Riggs, encontró cuatro cartuchos de dinamita en el jardín de la

mansión del gobernador; no habían explotado por una mecha defectuosa.[567]

Aquello no fue más que el comienzo. Una huelga de trabajadores del azúcar en 1934 estuvo a punto de paralizar lo que quedaba de la economía. Fue significativo que los huelguistas eligieran a Pedro Albizu Campos como portavoz. Con las huelgas, las bombas, la pobreza y los hombres de Albizu que se manifestaban por las calles, los continentales sintieron que la colonia se les escapaba de las manos. «La situación empeora cada día —escribió Riggs al senador Millard Tydings—. ¡No puedo aguantar mucho más!». «¡Ayúdeme!», añadió al final de la carta. (Cinco días más tarde: «La situación está empeorando… ¡Caos y anarquía!»).[568]

«El orden público —advirtió Luis Muñoz Marín— pende de un hilo».[569]

El año 1935 fue el de las bombas: en el National City Bank (hoy Citigroup), las oficinas de correos y las comisarías. Explotaban en días festivos —Año Nuevo, el 4 de julio— o directamente después de los discursos de Albizu.[570] No hubo muertos y no se condenó a nadie, pero no era difícil adivinar quién era el responsable.

«Alguna noche, aquí, nos alzaremos —prometió Albizu en un discurso radiofónico—. Hay que poner en manos de cada puertorriqueño un puñal, un arma para que haga valer los derechos de su país».[571]

En ese mismo discurso, Albizu reprendió a los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico por adoptar las costumbres del continente. Llamó afeminados a los hombres y prostitutas a las mujeres. Cuando un grupo de estudiantes organizó una protesta contra él, cinco nacionalistas fueron en coche a la universidad. No está claro qué pretendían: la policía que los interceptó dijo que planeaban poner una bomba en el campus. Alguien empezó a disparar y la policía mató a cuatro de ellos, además de un transeúnte.

Francis Riggs, el jefe de la policía, dio a entender que no se acababa ahí la cosa. Prometió una «guerra sin cuartel» contra los «criminales».[572]

«Habrá guerra», coincidió Albizu. Pero iba a ser «una guerra contra los yanquis».[573] Una mañana de domingo, cuando Riggs volvía a casa después de misa, dos nacionalistas lo mataron a disparos.

La policía capturó a los asesinos, los llevó a la comisaría y los mató allí. La versión oficial fue que estaban «intentando escapar».

El levantamiento y la policía y los nacionalistas siguieron intercambiando fuego en las calles. Estallaron más bombas. Luis Baldoni, el técnico del laboratorio, se vio envuelto en un tiroteo con la policía.[574] Un congresista estadounidense solicitó ir a Puerto Rico acompañado por un contingente de *marines*; prometió «limpiar» la «situación puertorriqueña» en una semana.[575] No fue ningún soldado a la isla, pero J. Edgar Hoover envió agentes del FBI para seguir a Albizu, lo que supuso el inicio de tres décadas de vigilancia continua.

A nadie le sorprendió que detuvieran a Albizu. Se le acusó de conspirar para derrocar al Gobierno, un delito que implicaba el juicio en un tribunal federal. El fiscal de Estados Unidos en Puerto Rico, A. Cecil Snyder, le dijo a Roosevelt que era «el mayor juicio penal jamás celebrado en Puerto Rico».[576] Cuando el jurado, en el que había siete puertorriqueños, no declaró culpable al acusado, Snyder organizó un segundo juicio para la semana siguiente, con un jurado elegido por él en el que no había más que dos miembros locales.[577] Esta vez logró lo que quería. El juez reprendió a Albizu por desperdiciar su educación en Harvard y lo condenó a diez años en la prisión federal de Atlanta.

El Domingo de Ramos de 1937, mientras Albizu languidecía en prisión, el Ejército Libertador desfiló por las calles de Ponce. Los manifestantes no llevaban armas, pero sus adversarios sí: la pequeña fuerza policial de Ponce se multiplicó por cinco al llegar más de un centenar de oficiales con rifles, bombas de gas, revólveres, garrotes y ametralladoras Thompson (*tommy guns*). Rodearon a los nacionalistas. Cuando los manifestantes empezaron a andar, estallaron los disparos y la policía empezó a descargar sus armas, durante varios minutos y desde todas las direcciones. Murieron dieciocho manifestantes y curiosos, además de dos policías que cayeron en el fuego cruzado. Hubo seguramente más de ciento cincuenta heridos.[578]

El gobernador insistió en que los nacionalistas habían disparado primero. Pero el agente del FBI encargado de vigilar a Albizu informó en privado a J. Edgar Hoover de que era un «hecho sabido» que la policía era «culpable casi con total seguridad».[579] Es más, una investigación independiente dirigida por el departamento jurídico de

la Unión Americana de Libertades Civiles indicó los fallos evidentes que tenía la versión del Gobierno. Y llegó a la conclusión de que aquello no fue un desgraciado percance, sino una «masacre».[580]

La ciudad natal de Albizu, antes conocida por el entusiasmo «delirante» que sentía por Estados Unidos, había quedado grabada en la memoria como el lugar de «la masacre de Ponce». Todavía hoy, aquel sigue siendo el tiroteo más sangriento a manos de la policía en la historia de Estados Unidos.

En los años treinta, Puerto Rico siguió en ebullición: un intento de asesinar al juez que condenó a Albizu, un atentado contra la vida del gobernador, más bombas, huelgas. Pero todo ocurrió sin Albizu, que fue enviado a Atlanta y pasó la mayor parte del resto de su vida entre rejas.

Las cosas fueron muy distintas para Cornelius Rhoads. La noticia del escándalo le había seguido hasta el continente, aunque de forma callada. *The Washington Post* informó de que Rhoads había escrito una «carta jocosa» a la que los nacionalistas puertorriqueños habían dado demasiada importancia.[581] *Time* publicó la carta, pero, a instancias de la firma de relaciones públicas de los Rockefeller, omitió las frases más inquietantes y la calificó de parodia.[582] En su deseo de promocionar las investigaciones de Rhoads, la revista predijo que los seis meses de estancia del doctor en la isla llegarían a considerarse «una de las mejores cosas que le han ocurrido a la población de allí».

Unos cadáveres de transeúntes yacen en la calle tras el tiroteo en Ponce.

Las informaciones seguramente avergonzaron a Rhoads, pero no le impidieron prosperar. No solo no lo juzgaron, sino que ni siquiera le despidieron: siguió trabajando para el Instituto Rockefeller. En 1940 fue nombrado director del Memorial Hospital de Nueva York. En 1942, fue elegido vicepresidente de la Academia de Medicina de Nueva York. Y a continuación, con Estados Unidos en guerra, Rhoads fue nombrado coronel del Ejército.[583]

El Ejército era un lugar interesante para un hombre de su experiencia. Desde que Fritz Haber había liberado gas de cloro en Ypres en 1915, la amenaza de la guerra química flotaba en el aire. Roosevelt prometió que Estados Unidos no sería el primero en utilizar gas en la Segunda Guerra Mundial, pero el Ejército se preparó para la guerra química de todos modos. Eso significaba no solo fabricar gas venenoso, sino también hacer pruebas con él. Y el jefe de la división médica del Servicio de Guerra Química era Cornelius P. Rhoads.

Era un puesto importante. Aunque el Servicio de Guerra Química hacía los ensayos con animales —uno de los preferidos era la cabra—, insistía en que las últimas pruebas de todos los gases y equipos había que hacerlas con seres humanos. En concreto, con soldados, a los que

reclutaban para los experimentos con incentivos modestos, como permisos adicionales o llamamientos al patriotismo.[584]

Los hombres participaban en tres tipos de ensayos. En la prueba de la gota, se les ponía un líquido en la piel. En la prueba de campo, los aviones los rociaban desde arriba. En la prueba de cámara, a veces llamada «prueba de ruptura del hombre», se encerraba a los participantes en cámaras de gas en las que se dispersaba gas hasta que flaqueaban. Los que inhalaban el gas solían llevar equipo de protección, pero las pruebas, muchas veces, sobrepasaban la capacidad del equipo. En algunos casos, eso significaba días enteros en cámaras de gas o en la selva con bombas de gas cayendo sobre ellos. A los participantes que querían abandonar a mitad se les amenazaba con un consejo de guerra.

Durante la guerra, el Ejército probó sus gases y equipos con más de sesenta mil soldados propios.

Las pruebas eran secretas. Normalmente, no aparecían en los expedientes personales y los participantes tenían órdenes tajantes de no hablar nunca de ellas. En general, los hombres obedecían. Aunque sufrieron secuelas debilitantes —cáncer, enfermedades pulmonares, problemas oculares, anomalías cutáneas, daños psicológicos, cicatrices en los genitales—, la dimensión del programa no se conoció hasta los años noventa. Algunos participantes no se lo contaron a sus familias hasta encontrarse en el lecho de muerte.

Después de que se descubriera la existencia de estos ensayos, hubo otra revelación: algunos de los experimentos se hacían con arreglo a criterios raciales. Se investigaba si los afroamericanos, los japoneses y los puertorriqueños tenían una reacción distinta de la de los blancos al rociarlos con gas mostaza.[585]

Además del uso experimental de los puertorriqueños en las pruebas con criterios raciales, el Servicio de Guerra Química también los utilizó para los ensayos de campo en su centro de pruebas en la «jungla»: la isla de San José, situada frente a Panamá, y dedicada por entero a probar armas químicas. A los puertorriqueños no los llevaron allí por su raza. Los llevaron porque eran fáciles de conseguir. La División de Personal Militar no quiso enviar suficientes hombres «de los límites continentales» para las pruebas, pero le pareció bien que se enviase a puertorriqueños.[586] Un soldado que participó en los

ensayos de la isla de San José (y que posteriormente tuvo cáncer de estómago y garganta) observó que más de dos tercios de sus compañeros tenían apellidos españoles y no podían entender las instrucciones en inglés.[587]

Jay Katz, el bioético de Yale que llevó a cabo el estudio de 2003 sobre el caso Rhoads, también participó en una revisión de los ensayos de guerra química. Su conclusión fue que los experimentos se habían llevado a cabo aprovechando «disponibilidad barata de seres humanos», sin pensar en cómo reducir los daños. Los soldados fueron «manipulados, explotados y traicionados». Lo ocurrido, a su juicio, fue «inaceptable».[588]

¿Dónde estaba Cornelius Rhoads mientras tanto? Justo en medio de todo. Como jefe de la División Médica, era el médico de más alto rango, el encargado de aprobar las pruebas con seres humanos. Las decisiones de seguridad y, en última instancia, en materia de ética eran suyas. Pues bien, en todas mis búsquedas en los archivos del Servicio de Guerra Química no he encontrado indicios de que dudara sobre ninguna prueba. Al contrario, parece que participó con entusiasmo. Creó laboratorios de pruebas médicas, incluso en la isla de San José.[589] Organizaba el transporte de los hombres a los que se gaseaba.[590] Recomendaba qué gases usar y cómo usarlos.[591] Hacía comentarios sobre las pruebas; por ejemplo, sobre cómo reaccionaban las personas a las quemaduras químicas en función del color de piel.[592]

Al final de la guerra, Rhoads fue condecorado con la Legión del Mérito por «luchar contra el gas venenoso y otros avances en la guerra química».[593]

Para Rhoads, esto no fue más que el principio. Los científicos sabían desde el inicio de la guerra que los gases mostaza —los principales productos químicos con los que trabajaba Rhoads— atacaban el tejido linfoide y la médula ósea. ¿Quizá podrían utilizarse para tratar el linfoma? Los resultados de la guerra eran prometedores, pero otras investigaciones tenían prioridad.[594]

Los científicos planeaban volver a tratar el tema una vez terminada la lucha y aprovechar lo que habían aprendido durante la guerra. El Ejército tenía productos químicos que habían quedado y estaban disponibles para la investigación, y Rhoads presidía el comité

que decidía qué hacer con ellos. Distribuyó las existencias entre tres hospitales, uno de ellos el suyo.[595]

Además, contrató a casi todo el personal del programa del Servicio de Guerra Química para que trabajara para él investigando los gases mostaza, esta vez para fabricar medicamentos.[596] Lo hizo en un nuevo centro creado gracias a una donación de cuatro millones de dólares de Alfred P. Sloan, el presidente de General Motors. Como director del Memorial Hospital de Manhattan y del Instituto Sloan-Kettering (que así se llamaba) que estaba al lado, Rhoads estaba en la situación perfecta. Tenía un laboratorio enorme. Tenía dinero. Y tenía un hospital lleno de pacientes con enfermedades terminales que de buen grado iban a consentir someterse a tratamientos experimentales.

Rhoads lanzó lo que denominó «un ataque frontal con todas nuestras fuerzas» contra el cáncer, probando una sustancia química tras otra.[597] Con su inmensa fuerza de voluntad, sus considerables recursos y su intolerancia a los puntos de vista alternativos, su programa de investigación se impuso.[598] La revista *Science* proclamó que era «uno de los investigadores médicos estadounidenses más destacados» de su época.[599]

Hoy, Cornelius Rhoads está presente en la memoria puertorriqueña como alguien infame. En el continente, sin embargo, se le recuerda de otra manera: como un pionero de la quimioterapia.

En realidad, más que recordarlo, se le ha honrado. En 1980, gracias al dinero de un donante anónimo, la Asociación Americana para la Investigación del Cáncer (AACR) instituyó los prestigiosos premios anuales en memoria de Cornelius P. Rhoads al joven investigador más prometedor en las investigaciones sobre del cáncer. Muchos galardonados con el Premio Rhoads han llegado a estar entre las figuras más destacadas del sector; incluso hay un premio nobel. Pero era tal la separación informativa entre Puerto Rico y el continente que pasaron veintitrés ediciones del premio hasta que alguien, un biólogo de la Universidad de Puerto Rico, presentó sus objeciones. Para la AACR, el pasado histórico de Rhoads fue una sorpresa. «Nos produjo estupor recibir, de repente, una avalancha de mensajes de gente de Puerto Rico», dijo el director general.[600] Ni siquiera el donante que había financiado el premio conocía el legado puertorriqueño de Rhoads.

Y así se oculta un imperio.

---

[517] Richard Harding Davis, *The Cuban and Porto Rican Campaigns*, Nueva York, 1898, pp. 299-300.

[518] Bailey K. Ashford, *A Soldier in Science: The Autobiography of Bailey K. Ashford,* Nueva York, 1934, p. 3. Mi descripción de la campaña de Ashford en Puerto Rico se basa también en Bailey K. Ashford y Pedro Gutiérrez Igaravídez, «Summary of a Ten Years' Campaign against Hookworm Disease in Porto Rico», *Journal of the American Medical Association* 54, 1910, pp. 1.757-1.761; Bailey K. Ashford y Pedro Gutiérrez Igaravídez, *Uncinariasis (Hookworm Disease) in Porto Rico: A Medical and Economic Problem*, Washington, DC, 1911; Warwick Anderson, «Going though the Motions: American Public Health and Colonial 'Mimicry'», *American Literary History* 14, 2002, pp. 686-719; Nicole Trujillo-Pagan, *Modern Colonization by Medical Intervention: U.S. Medicine in Puerto Rico*, Leiden, 2013; y especialmente José Amador, *Medicine and Nation Building in the Americas, 1890–1940,* Nashville, 2015, cap. 3.

[519] Ashford, *Soldier in Science*, pp. 17-18.

[520] En ibíd., Ashford llama «hogar» a Puerto Rico (p. 325), se define como «puertorriqueño» (p. 412) y critica a «nuestros hermanos del norte», del continente (p. 332).

[521] Ibíd., p. 41.

[522] Ibíd., p. 42.

[523] Ibíd., p. 4.

[524] Ibíd., p. 43.

[525] «Report of the Porto Rico Anemia Commission», 1904, en Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, p. 136.

[526] Steven Palmer, «Migrant Clinics and Hookworm Science: Peripheral Origins of International Health, 1840–1920», *Bulletin of the History of Medicine* 83, 2009, pp. 688-690.

[527] José G. Amador, «"Redeeming the Tropics": Public Health and National Identity in Cuba, Puerto Rico, and Brazil, 1890–1940», tesis doctoral, University of Michigan, 2008, p. 119.

[528] «Report of the Porto Rico Anemia Commission», 1904, en Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, pp. 127-128.

[529] Ashford, *Soldier in Science*, p. 45.

[530] Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, p. 35. Con ellos trabajaron otros tres médicos: Walter W. King y, más tarde, Isaac González Martínez y Francisco Sein y Sein.

[531] Historia relatada (por Stiles) en Mark Sullivan, *Our Times: The United States, 1900–1925*, Nueva York, 1930, 3, pp. 319-320. Véase también Burton J. Hendrick, *The Training of an American: The Earlier Life and Letters of Walter H. Page, 1855–1913*, Boston, 1928, pp. 370-371.

[532] Lo que cuento sobre la Comisión Sanitaria Rockefeller procede de John Ettling, *The Germ of Laziness: Rockefeller Philanthropy and Public Health in the New South*, Cambridge, Massachusetts, 1981.

[533] Charles Wardell Stiles, «Early History, in Part Esoteric, of the Hookworm (Uncinariasis) Campaign in Our Southern United States», *Journal of Parasitology* 25, 1939, p. 298.

[534] Sullivan, *Our Times*, p. 328.

[535] Mark Twain, *Letters from the Earth*, Nueva York, 1962, p. 33.

[536] Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, pp. 30-31.

[537] Tratado con gran claridad en Ettling, *Germ of Laziness*, caps. 6-7.

[538] «Second Report of the Porto Rico Anemia Commission», 1906, en Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, p. 170.

[539] Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, p. 19.

[540] «Third Report of the Porto Rico Anemia Commission», 1907, en ibíd., pp. 213, 214.

[541] Ashford, *Soldier in Science*, pp. 71-72, 87-88. Para la comparación entre las campañas contra la anquilostomiasis en el continente y en las colonias, véase Anderson, «Going through the Motions», pp. 701-702.

[542] Hoyt Bleakley, «Disease and Development: Evidence from Hookworm Eradication in the American South», *Quarterly Journal of Economics* 122, 2007, pp. 73-117.

[543] John Farley, *To Cast Out Disease: A History of the International Health Division of the Rockefeller Foundation, 1913–1951*, Oxford, 2004; Steven Palmer, *Launching Global Health: The Caribbean Odyssey of the Rockefeller Foundation*, Ann Arbor, 2010.

[544] Ashford y Gutiérrez, *Uncinariasis*, pp. 21-22.

[545] Arnold Dana, *Porto Rico's Case, Outcome of American Sovereignty*, New Haven, 1928, p. 39; Lawrence D. Granger, «A Study of the Rural Social Problems in Porto Rico», tesis de máster, University of Southern California, 1930, pp. 62-63; y Farley, *Cast Out Disease*, cap. 5.

[546] Thomas Mathews, *Puerto Rican Politics and the New Deal*, Gainesville, 1960, cap. 1.

[547] Emilio Pantojas-Garcia, «Puerto Rican Populism Revisited: The PPD during the 1940s», *Journal of Latin American Studies* 21, 1989, p. 523.

[548] James L. Dietz, *Economic History of Puerto Rico: Institutional Change and Capitalist Development*, Princeton, 1986, p. 139.

[549] James R. Beverley, citado en Annette B. Ramírez de Arellano y Conrad Seipp, *Colonialism, Catholicism, and Contraception*, Chapel Hill, 1983, p. 186, n. 56.

[550] Anexo «Top Secret» al memorándum de Charles W. Taussig, 15 de marzo de 1945, citado en Wm. Roger Louis, *Imperialism at Bay: The United States and the Decolonization of the British Empire*, Nueva York, 1978, pp. 486-487 n.

[551] Farley, *Cast Out Disease*, cap. 5.

[552] «Cancer Fighter, Dr. Cornelius Rhoads», *NYT*, 10 de octubre de 1956.

[553] Luis Baldoni, Testimony in Cornelius Rhoads Case, 1932, 1, carpeta 4, caja 31, Reynolds Papers.

[554] Ashford, *Soldier in Science*, p. 44.

[555] C. P. Rhoads *et al.*, «Observations on the Etiology and Treatment of Anemia Associated with Hookworm Infection in Puerto Rico», *Medicine* 13, 1934, pp. 353, 361.

[556] Susan E. Lederer, «"Porto Ricochet": Joking about Germs, Cancer, and Race Extermination in the 1930s», *American Literary History* 14, 2002, p. 725.

[557] Reproducido en Truman R. Clark, *Puerto Rico and the United States, 1917–1933*, Pittsburgh, 1975, pp. 152-153.

[558] Los análisis más detallados son los de Lederer, «Porto Ricochet», y Pedro Aponte Vázquez, *The Unsolved Case of Dr. Cornelius P. Rhoads: An Indictment*, San Juan, 2004. Sobre la perspectiva del Rockefeller Institute: Farley, *Cast Out Disease*, cap. 5.

[559] Baldoni, Testimony, 5, 8.

[560] «Patients Say Rhoads Saved Their Lives», *NYT*, 2 de febrero de 1932.

[561] Lederer, «Porto Ricochet», p. 726.

[562] Douglas Starr, «Revisiting a 1930s Scandal, AACR to Rename a Prize», *Science* 300, 2003, p. 574.

[563] James R. Beverley a Wilber A. Sawyer, 17 de febrero de 1932, reproducido en Aponte Vázquez, *Unsolved Case*, pp. 35-36.

[564] Lederer, «Porto Ricochet», p. 734.

[565] «Revisiting a Scandal», p. 573.

[566] Juan Manuel Carrión *et al.* (eds.), *La nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu Campos*, San Juan, 1997, p. 234.

[567] Mathews, *Puerto Rican Politics*, p. 103.

[568] Francis Riggs a Millard Tydings, 3 de enero de 1934 y 8 de enero de 1934, carpeta «Commission on Territories and Insular Affairs, 1933–December 10, 1934», caja 1, ser. 4, Tydings Papers.

[569] A. W. Maldonado, *Luis Muñoz Marín: Puerto Rico's Democratic Revolution*, San Juan, 2006, p. 132.

[570] Dante Di Lillo y Edgar K. Thompson, «Pedro Albizu Campos», informe suplementario, 26 de febrero de 1936, 3, Archivo Albizu del FBI, sec. 1.

[571] Dante Di Lillo, «Pedro Albizu Campos», informe, 4 de abril de 1936, 32, Archivo Albizu del FBI, sec. 1.

[572] El periodista Nelson A. Denis ha escrito de forma muy destacada que Riggs declaró «la guerra a muerte a todos los puertorriqueños», pero no parece que Riggs dijera nunca algo así. Denis, *War against All Puerto Ricans: Revolution and Terror in America's Colony*, Nueva York, 2015, p. 66. Las pruebas (la cita auténtica es de *La Democracia*, 26 de octubre de 1935) se analizan con detalle en Luis A. Ferrao, «29 Lies (and More to Come) in the Fictitious War against All Puerto Ricans», *Diálogo UPR*, 24 de septiembre de 2015, www.dialogoupr.com.

[573] Carl E. Stanford, report 100-3906, «Pedro Albizu Campos», 26 de mayo de 1943, 5, Archivo Albizu del FBI, sec. 2.

[574] Juan Manuel Carrión, «The War of the Flags: Conflicting National Loyalties in a Modern Colonial Situation», *CENTRO Journal* 28, 2006, p. 112.

[575] «Zioncheck Offers to Clean up Island», *NYT*, 14 de mayo de 1936.

[576] Ronald Fernandez, *The Disenchanted Island: Puerto Rico and the United States in the Twentieth Century*, 2.ª ed., Westport, Connecticut, 1996, p. 128.

[577] Pruebas de la selección ilegal del jurado presentadas por el representante Vito Marcantonio en «Five Years of Tyranny in Puerto Rico», *Congressional Record*, 76.º Cong., 1.ª ses., 1939, appendix, pp. 4.062-4.069.

[578] Todos los detalles proceden de Arthur Garfield Hays, Report of the Commission of Inquiry on Civil Rights in Puerto Rico, 22 de mayo de 1937.

[579] Edgar K. Thompson a Hoover, 22 de diciembre de 1939, Archivo Albizu del FBI, sec. 2.

[580] Hays, Report of Commission, p. 28.

[581] «Porto Rico 'Plot' Fails at Hearing», *The Washington Post*, 7 de febrero de 1932.

[582] «Porto Ricochet», *Time*, 15 de febrero de 1932, p. 38. Sobre las relaciones públicas, véase Lederer, «Porto Ricochet».

[583] Un buen resumen (aunque omite hablar de Puerto Rico) es el de C. Chester Stock, «Cornelius Packard Rhoads, 1898–1959», *Cancer Research* 20, 1960, pp. 409-411.

[584] Véase Committee on the Survey of the Health Effects of Mustard Gas and Lewisite, *Veterans at Risk: The Health Effects of Mustard Gas and Lewisite*, Constance M. Pechura y David P. Rall (eds.), Washington, DC, 1993, y Susan L. Smith, *Toxic Exposures: Mustard Gas and the Health Consequences of World War II in the United States*, New Brunswick, 2017.

[585] Susan L. Smith, «Mustard Gas and American Race-Based Human Experimentation in World War II», *Journal of Law, Medicine and Ethics* 36, 2008, pp. 517-521.

[586] William N. Porter a Commanding General, 5 de mayo de 1944; carpeta «200, San Jose Project»; caja 56; Entry 2B, Misc. Series, 1942–45; CWS. Esto era parte de una estrategia general del Departamento de Guerra consistente en desplegar tropas portorriqueñas en el Caribe para liberar a las tropas «continentales» para el combate, como explica Steven High, *Base Colonies in the Western Hemisphere, 1940–1967*, Nueva York, 2009, pp. 39-41.

[587] John Lindsay-Poland, *Emperors in the Jungle: The Hidden History of the U.S. in Panama,* Durham, 2003, p. 59.

[588] Jay Katz a David Rall, 16 de junio de 1992, en *Veterans at Risk*, pp. 388, 389.

[589] «Col. Rhoads is Cited for Poison Gas Study», *NYT*, 6 de mayo de 1945.

[590] Rhoads a Jake T. Nolan, 31 de agosto de 1944; carpeta «200, Bushnell Project»; caja 56; Entry 2B, Misc. Series, 1942–45; CWS.

[591] Cornelius P. Rhoads, «Estimates of the Extent of Ground Contamination Necessary for the Production of Casualties by Mustard Vapor Effects on Masked Troops in the Contaminated Area»; carpeta 470.6; caja 154; Entry 4M, Subject Series, 1942–45; y Cornelius P. Rhoads, «The Assessment of Casualties Produced by WP and PWP», 19 de septiembre de 1944; carpeta 704; caja 178; Entry 4B, Miscellaneous Series, 1942–45; ambos en CWS.

[592] Ver por ejemplo Rhoads a John R. Wood, 13 de agosto de 1943; carpeta «400.112 Mustard Liquid»; caja 151; Entry 4A, Subject Series 1942–45; CWS.

[593] «Rhoads Cited for Gas Study».

[594] Sobre los agentes mostaza y sus usos médicos, véase Cornelius P. Rhoads, «The Sword and the Ploughshare», 1946, reproducido en *CA: A Cancer Journal for Clinicians* 28, 1978, pp. 306-312; Alfred Gilman, «The Initial Clinical Trial of Nitrogen Mustard», *American Journal of Surgery* 105, 1963, pp. 574-578; Peggy Dillon, National Cancer Institute, Oral History Interview Project, Entrevista con Joseph Burchenal, 26 de enero de 2001, history.nih.gov/archives/oral_histories; Vincent T. DeVita Jr. y Edward Chu, «A History of Cancer Chemotherapy», *Cancer Research* 68, 2008, pp. 8.643-8.653; y especialmente Smith, *Toxic Exposures*, cap. 4.

[595] Rhoads, «Sword and Ploughshare», p. 312.

[596] DeVita y Chu, «History of Chemotherapy», p. 8.646.

[597] «Frontal Attack», *Time*, 27 de junio de 1949, 66.

[598] Rhoads marginaba en particular los enfoques propuestos por mujeres. Ver Virginia Livingston-Wheeler y Edmond G. Addeo, *The Conquest of Cancer: Vaccines and Diet,* Nueva York, 1984, pp. 72-79, 84-88; Ralph W. Moss, *The Cancer Industry: Unraveling the Politics,* Nueva York, 1989, p. 478; y Matthew Tontonoz, «Beyond Magic Bullets: Helen Coley Nauts and the Battle for Immunotherapy», *Cancer Research Institute Blog,* 1 de abril de 2015, www.cancerresearch.org.

[599] Starr, «Revisiting a Scandal», p. 573.

[600] Eric T. Rosenthal, «The Rhoads Not Given: The Tainting of the Cornelius P. Rhoads Memorial Award», *Oncology Times*, 10 de septiembre de 2003, p. 20. Véase también ibíd.

10

La fortaleza norteamericana

Para los habitantes de los territorios estadounidenses, el imperio era una presencia diaria ineludible.[601] Homenajeaban la bandera de Estados Unidos. Estudiaban inglés y la historia de Estados Unidos en el colegio. Usaban dinero con el rostro de George Washington impreso. Conmemoraban los días festivos de Estados Unidos —el cumpleaños de Lincoln, el 4 de julio— y el aniversario de la ocupación estadounidense (que los nacionalistas puertorriqueños celebraron en 1938 intentando matar al gobernador).

Sin embargo, en el continente era fácil perder el imperio de vista. Fijémonos en las informaciones publicadas por *The New York Times* en un año representativo, 1930.[602] Los lectores tenían casi el doble de posibilidades de encontrar artículos sobre Polonia o Brasil que sobre Filipinas. Los trece artículos que publicó el periódico sobre Albania («Desbaratado un complot contra el rey Zog», etcétera) fueron muchos más que los seis que publicó sobre Alaska. Ese año, Hawái apareció en el *Times* siete veces y Guam ni una sola vez. En cambio, el periódico publicó 639 artículos sobre la India, la mayor colonia británica. Esta cifra es más de cinco veces superior a la que publicó sobre todos los territorios de Estados Unidos juntos, unos territorios en los que vivía

más del 10 por ciento de la población estadounidense.

Las cosas no eran muy distintas en el ámbito de los libros. Al examinar los estantes de las bibliotecas, es fácil encontrar conocidos libros del periodo de entreguerras sobre los nativos americanos y las guerras fronterizas, pero escasean los libros sobre los territorios de ultramar. La única excepción es *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*[603] (1928), de la antropóloga Margaret Mead, una etnografía muy popular que estudiaba sin reservas la sexualidad samoana y que lanzó la carrera de Mead como una de las académicas más famosas del país. Pero Mead escribía sobre «Samoa», no sobre «Samoa Americana» (el nombre legal de la colonia), y evitaba por completo la mención de colonias, territorios e imperios. Es totalmente posible leer *Adolescencia* sin darse cuenta de que los «polinesios morenos» a los que dice haber conocido en «una isla de los Mares del Sur» son ciudadanos estadounidenses.[604]

La indiferencia hacia las colonias en la cultura estaba en consonancia con la que mostraba la Administración. Mientras que Gran Bretaña gobernaba sus posesiones desde grandes edificios de arquitectura imponente, Estados Unidos no tenía ninguna oficina colonial en su capital. Tampoco tenía una escuela para formar a los funcionarios coloniales. Sus territorios estaban gobernados por una serie de disposiciones burocráticas aleatorias e improvisadas y bajo el control del Ejército, la Armada y el Departamento del Interior.

Y se notaba. Los hombres enviados a gobernar los territorios, a diferencia de los administradores que supervisaban las colonias europeas, que tenían una formación, no sabían gran cosa sobre el lugar asignado y pasaban a toda velocidad por el puesto. Entre su anexión, en 1899, y la Segunda Guerra Mundial, Guam tuvo casi cuarenta gobernadores. El primer gobernador nombrado por FDR para Puerto Rico, que ocupó el cargo durante seis meses, no hablaba español y dejó a los periodistas con la clara impresión de que no sabía dónde estaba la isla.[605] Hubo un periodo de varios meses durante el que el territorio de Alaska, con un tamaño que es la mitad de India, no contó con un solo funcionario federal.[606]

Los súbditos coloniales se quejaban, por supuesto, pero pocos continentales les hacían caso. Como señaló un filipino graduado en Harvard en 1926, «ha sido imposible convencer al pueblo

estadounidense de que tenga algo más que un interés superficial por la marcha de los asuntos filipinos».[607]

Ni siquiera estaban interesados quienes deberían haberlo estado. La Liga Antiimperialista, que en 1899 tenía más de medio millón de contribuyentes, se atrofió enormemente después de las elecciones de 1900.[608] En 1924, los progresistas asociados a la revista *The Nation* revivieron la Liga. Pero, en su nueva encarnación, tenía otro enfoque. Ernest Gruening, que había sido el director editorial de *The Nation*, sugirió que se le diera un nuevo nombre, «Liga de la Libertad Panamericana».[609] La sugerencia era un fiel reflejo de los intereses de la organización: no hacer campaña en defensa de los territorios oficiales (de los que solo algunos estaban en América), sino oponerse a las incursiones de Estados Unidos en América Latina. En otras palabras, era una organización que no se preocupaba por Puerto Rico, Hawái o Filipinas, sino por Cuba, Haití y México.

La falta de atención del continente siempre había creado tensión en los territorios. Pero en los años treinta pasó a ser un auténtico peligro. Aquella fue una década de desesperación económica y amenazas militares, en la que la «Fortaleza norteamericana» empezó a levantar barreras de protección contra un mundo hostil. Pero las colonias recibieron poca protección. Se quedaron fuera, viendo cómo crecían los muros que rodeaban los estados continentales.

La borrosa neblina que envolvía la política colonial era una fuente constante de quejas. Para aclarar las cosas, Franklin Delano Roosevelt creó en 1934 una oficina central: la División de Territorios y Posesiones Insulares del Departamento del Interior. Por primera vez, Puerto Rico, Alaska, Hawái y las Islas Vírgenes de Estados Unidos dependían de una misma autoridad, que cinco años después se amplió también a Filipinas y las principales islas del guano. Los únicos territorios habitados que permanecieron separados eran Guam y Samoa Americana, que se dejaron como feudos de la Armada.

Para dirigir la nueva oficina, Roosevelt nombró a Ernest Gruening, de la renacida Liga Antiimperialista. Los colegas de Gruening en *The Nation* recibieron la noticia eufóricos. «En todos los años que llevo escribiendo para la prensa no recuerdo un nombramiento que me haya dado más satisfacción —escribió el director de la revista—. Toda su

trayectoria parece haber sido una preparación para este puesto».[610]

Desde luego, Gruening había tenido una gran trayectoria.[611] Aunque había estudiado Medicina en Harvard (por desgracia, no coincidió con Albizu ni Rhoads), luego había trabajado en el periodismo y la política. Como miembro (blanco) de la rama de Boston de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, había encabezado la campaña para impedir que se estrenara allí *El nacimiento de una nación*. También fue miembro fundador de la Liga Americana del Control de la Natalidad, la organización que acabaría convirtiéndose en Planned Parenthood. Había editado un diario en español en Nueva York, había supervisado la cobertura en tono crítico de la ocupación de Haití en *The Nation* y había escrito un importante libro sobre la Revolución mexicana.

Pocos no caribeños sabían tanto sobre los asuntos del Caribe como Ernest Gruening. Sin embargo, como de costumbre en su generación de antiimperialistas, Gruening sabía poco sobre las verdaderas colonias de Estados Unidos. Para él, el «imperialismo» era una noción más difusa, que no se refería a la conquista territorial formal, sino a la intimidación informal que Estados Unidos ejercía con países más débiles y que había perfeccionado en Latinoamérica. De hecho, en todos sus viajes, Gruening no había pasado más que un solo día en una colonia estadounidense: una breve visita a Puerto Rico.[612]

Y ahora estaba a cargo de todo el imperio.

Gruening pidió consejo al presidente. Roosevelt recitó su valoración de los territorios.[613] Hawái estaba en «bastante buena forma». Las Islas Vírgenes necesitaban dedicación. Alaska debía servir de lugar de asentamiento para los refugiados del *Dust Bowl*: *Las uvas de la ira* sobre hielo.[614] «En cuanto a Puerto Rico —continuó—, ese lugar no tiene remedio, no tiene remedio».

—Esta división nueva es el equivalente a la oficina colonial británica, ¿no, señor presidente? —preguntó Gruening.

—Supongo que sí.

—Bueno —se aventuró Gruening, vacilante—, una democracia no debería tener colonias.

—Creo que tiene razón—sonrió Roosevelt. Levantó las manos con las palmas hacia arriba—. A ver qué consigue desarrollar usted.

¿A ver qué consigue desarrollar? Este no era precisamente el credo de los padres fundadores. Era incluso un nuevo rumbo para Roosevelt. Al principio de su carrera, había seguido los pasos de su primo lejano Teddy cuando, como subsecretario de la Marina, fantaseaba con la anexión del Caribe.[615]

Pero los tiempos habían cambiado. El principal motivo para replantearse el valor de las colonias fue la depresión mundial, que desencadenó una desbandada de las potencias para apuntalar sus debilitadas economías nacionales con aranceles protectores: una serie de soluciones individuales de atroces consecuencias colectivas. A medida que aumentaban las barreras comerciales, el comercio mundial se desplomó y llegó a perder dos tercios de su volumen entre 1929 y 1932.[616]

Esta era exactamente la pesadilla sobre la que Alfred Thayer Mahan había advertido ya en la década de 1890. Cuando se cerraron las puertas del comercio internacional, las grandes economías se vieron obligadas a subsistir sobre todo con sus propios productos nacionales. «Nacionales», en este contexto, incluía las colonias, ya que uno de los principales beneficios del imperio era el acceso económico sin restricciones a tierras lejanas. A las grandes potencias imperiales —Holanda, Francia, Gran Bretaña— les preocupaba poder seguir recibiendo productos tropicales, como el caucho, de sus colonias de Asia. Y a los países industriales sin grandes imperios —Alemania, Italia, Japón— les preocupaba no poder hacerlo.

Estados Unidos estaba en una posición peculiar. Tenía colonias, pero no las necesitaba para vivir. El petróleo, el algodón, el hierro, el carbón y muchos de los minerales importantes que a otras economías industriales les resultaba difícil conseguir, Estados Unidos los tenía en abundancia en su enorme territorio continental. Podía seguir comprando caucho y estaño a Malaya a través de su aliado, Gran Bretaña. Importaba varios productos útiles de sus colonias tropicales: el aceite de coco de Filipinas y Guam y el «cáñamo de Manila» de Filipinas (que se usaba para fabricar cuerdas y papel resistente, de ahí los «sobres de manila» y las «carpetas de manila»). Pero Estados Unidos no dependía de sus colonias tanto como otros imperios. Era, según declaró un experto en los años treinta, «infinitamente más autónomo» que sus rivales.[617]

La mayor parte de lo que Estados Unidos importaba de sus colonias era azúcar, que se cultivaba en plantaciones de Hawái, Puerto Rico y Filipinas. Pero ni siquiera en relación con el azúcar era Estados Unidos dependiente. Había caña de azúcar en las zonas subtropicales del sur del país, en Luisiana y Florida. También se podía obtener azúcar a partir de la remolacha y, en los primeros años treinta, Estados Unidos compraba más azúcar a los cultivadores de remolacha de la parte continental que a cualquiera de sus territorios.[618]

Lo que dejó claro la Depresión fue que, tres décadas después de la guerra con España, Estados Unidos aún no había sacado mucho partido a su imperio. Las colonias tenían su utilidad: eran bases marítimas y zonas de experimentación para hombres como Daniel Burnham y Cornelius Rhoads. Pero los productos coloniales no formaban realmente parte de la economía estadounidense.

Es más, podían ser una amenaza. Como el azúcar colonial competía con el azúcar de caña y de remolacha continental, los agricultores del continente presionaron para que se les protegiera. Ernest Gruening se opuso. Discriminar el azúcar colonial, declaró ante el Congreso, perpetuaría la noción de que había «dos tipos de territorios» en el país, «un Estados Unidos continental y otro de ultramar».[619] Aun así, el Congreso promulgó cuotas de producción de azúcar. Las de Hawái, Puerto Rico y Filipinas eran restrictivas, mientras que las del azúcar de caña y de remolacha continental eran favorables. Con estos y otros mecanismos legales, el continente se aseguró un alivio económico y las colonias pagaron el precio.[620]

Los cultivadores de remolacha de Colorado no eran los únicos preocupados por las colonias. Los sindicatos de la costa oeste miraban con nerviosismo a las decenas de miles de filipinos que se disputaban los puestos de trabajo en la agricultura con los blancos; como los filipinos tenían la nacionalidad estadounidense, ninguna ley les impedía ir a vivir al continente. Y no había que olvidar la situación militar. Japón había invadido Manchuria en 1931 y parecía estar preparándose para invadir el sudeste asiático y adquirir colonias. Filipinas y Guam estaban en su ruta. ¿Verdaderamente iría Estados Unidos a la guerra por estas posesiones lejanas, casi desconocidas y poco rentables?

Tal vez no iba a ser necesario. Cuando el país llevaba dos años de

depresión, Calvin Coolidge observó un «cambio de opinión» sobre la independencia de Filipinas.[621] Varios políticos, incluido FDR, estaban poniéndose de acuerdo en una nueva idea. En lugar de absorber el comercio y a los migrantes de Filipinas y defender la colonia contra Japón, ¿por qué no deshacerse de ella?

Los años treinta son conocidos como la década del proteccionismo, en la que Estados Unidos instauró fuertes aranceles para atrincherarse frente al mundo. Y en ese momento pareció que ese espíritu iba a transformar incluso las fronteras del país. Iba a deshacerse de Filipinas arrojándola por encima de los muros del castillo.

Los sentimientos que inspiraron la campaña por la independencia de Filipinas en Washington no eran precisamente nobles. «Sería un espectáculo humillante que Estados Unidos tuviera que modificar su política filipina en función de la hoja de resultados de un selecto grupo de intereses industriales y agrarios», criticó el *Christian Science Monitor*.[622] Una gran encuesta llevada a cabo en 1931-1932 entre casi trescientos periódicos importantes del continente reveló que el 92 por ciento estaba en contra de esa posibilidad, entre ellos *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *Chicago Daily Tribune* y *San Francisco Chronicle*.[623]

En cualquier caso, era una oportunidad para los filipinos, y más aún después de que la elección de Roosevelt en 1932 situara al primer demócrata en la Casa Blanca desde Woodrow Wilson. La afortunada coincidencia de un presidente demócrata y la Depresión «seguramente no volverá a ocurrir en un futuro previsible», destacó el rector de la Universidad de Filipinas.[624]

Pero había un tercer elemento necesario: Manuel Quezón, el presidente del Senado filipino y la persona más poderosa e indispensable de la colonia. Quezón era un maestro de la política, experto en jugar a todas las bandas a la vez. Había formado parte del equipo de Aguinaldo durante la guerra (a los veinte años), pero, tras la rendición de su jefe, espió para el Gobierno colonial y ayudó a meter en cintura a los resistentes. Dirigió el Partido Nacionalista, pero también fue uno de los seis miembros fundadores del Baguió Country Club.[625]

Cameron Forbes comparó a Quezón con «un perro de caza maravillosamente adiestrado pero descontrolado».[626] Bien dirigido, agrupaba las ovejas. «Pero solo o en malas compañías, se equivoca y acaba matando corderos y destruyendo los corrales».

Una forma más justa de decirlo sería decir que Manuel Quezón encarnaba las contradicciones del colonialismo. El deseo de la aprobación del colonizador, la demanda de autogobierno, la conciliación, la violencia: Quezón contenía multitudes. Un periodista dijo que hablar con él era como intentar recoger mercurio con un tenedor.[627]

Quezón se mostró especialmente flexible en relación con la independencia. Sabía que la mayoría de los filipinos la deseaban y exigirla le permitió ganar votos. «Prefiero tener un Gobierno horrible formado por filipinos que un Gobierno maravilloso dirigido por los estadounidenses» era su famoso eslogan. Pero también vio mejor que nadie los peligros que entrañaba. Puede que el continente no dependiera de Filipinas, pero, tras décadas de dominio estadounidense, Filipinas dependía mucho del continente. En los años treinta, más de cuatro quintas partes de su comercio tenían Estados Unidos como destino.[628] Y, aunque el Gobierno colonial había creado un pequeño ejército nativo para sofocar las rebeliones locales, había impedido que Filipinas tuviera un ejército capaz de rechazar una invasión extranjera. La pérdida repentina y simultánea de la protección militar de Estados Unidos y el acceso comercial sin aranceles al continente anunciaba una catástrofe.

Hasta entonces, Quezón había logrado la cuadratura del círculo exigiendo la independencia en público al tiempo que en privado aseguraba a sus contactos en el Gobierno federal que no eran más que palabras.[629] Mientras Washington permaneció decidido a conservar su colonia, la estrategia funcionó. Sin embargo, en los años treinta Quezón vio que la puerta en la que se apoyaba estaba abierta. La Cámara de Representantes tardó cuarenta minutos en aprobar una ley que concedía la independencia a Filipinas en un periodo de ocho años, con el voto favorable de todos los congresistas demócratas. Presa del pánico, Quezón se las arregló para que la legislatura filipina lo bloqueara. Pero, a la hora de la verdad, esa era una posición indefendible para el jefe del Partido Nacionalista, así que tuvo que

apoyar un proyecto de ley casi idéntico que el Congreso aprobó al año siguiente. De nuevo bajo instrucciones de Quezón, la asamblea filipina ratificó por unanimidad esa versión el 1 de mayo de 1934, coincidiendo con el trigésimo sexto aniversario de la ocupación estadounidense.[630]

Que un país poderoso diera la libertad a su mayor colonia sin amenaza de violencia era algo inaudito. Allí cerca, las Indias Orientales Holandesas (hoy Indonesia) llevaban trescientos años bajo el poder de Holanda, y en esos mismos años treinta el gobernador general predijo que pasarían otros trescientos hasta que la colonia viera la independencia.[631] En cambio, Filipinas, en manos de Estados Unidos durante la décima parte de ese tiempo, estaba a punto de ser libre.

Para ser justos, la Ley de Independencia de Filipinas no concedía la libertad inmediata. Autorizaba a los filipinos a establecer un nuevo gobierno, un «Estado libre asociado», similar a Australia o Canadá dentro del Imperio británico. Si el Congreso aprobaba la Constitución de ese Estado libre asociado y si este cumplía ciertos criterios durante un periodo de diez años, Filipinas sería independiente.

Durante ese tiempo, Filipinas, aunque seguiría formando parte de Estados Unidos, estaría «considerada como un país extranjero» a efectos de inmigración.[632] También, en un momento dado, empezaría a pagar aranceles, al principio bajos, pero que irían aumentando con los años. En teoría, la década de transición daría tiempo suficiente a Filipinas para reestructurar la economía y construir un ejército.

Manuel Quezón presentó su candidatura a la presidencia de este nuevo Estado libre asociado. Venció a Emilio Aguinaldo, que se presentó con una plataforma de oposición y a favor de la independencia inmediata. Para celebrar su toma de posesión, Quezón organizó una ceremonia frente al Edificio Legislativo de Juan Arellano. La bandera filipina, que había estado prohibida durante años, se izaría a la misma altura que la bandera estadounidense. Quezón también quería una salva de veintiún cañonazos, pero Roosevelt lo prohibió: ese honor estaba reservado a los jefes de Estados soberanos, y Filipinas seguía siendo una colonia. Después de dejar caer que podría haber guerra y amenazar brevemente con

boicotear su propia toma de posesión, Quezón acabó aceptando que hubiera diecinueve disparos.[633]

No eran suficientes. Este iba a ser un tema recurrente en años posteriores.

Filipinas era la mayor colonia estadounidense. Algo similar ocurrió en la segunda, Puerto Rico. La depresión había causado estragos en la isla: desempleo, huelgas y, fomentada por Pedro Albizu Campos, violencia. Lo que verdaderamente puso nerviosas a las autoridades coloniales fue el asesinato del jefe de policía Elisha Francis Riggs a manos de los nacionalistas. Riggs era de los suyos, nada menos que el protegido del senador Millard Tydings, el principal patrocinador de la Ley de Independencia de Filipinas en el Congreso.

Ernest Gruening se indignó. Rogó a Luis Muñoz Marín, el principal político liberal de la isla, que condenara el asesinato de Riggs. Pero Muñoz Marín se negó: entendía por qué habían atacado los nacionalistas y no estaba dispuesto a enfrentarse a ellos. «Con su silencio, estaba consintiendo el asesinato y, de hecho, toda la campaña de violencia de los nacionalistas», dijo Gruening furioso.[634]

Gruening y Tydings unieron sus fuerzas y redactaron otra ley de independencia, basada en la de Filipinas, pero destinada a Puerto Rico. A primera vista, era antiimperialista. Pero Muñoz Marín vio su intención vengativa: «Venganza disfrazada de libertad política», la llamó.[635] Mientras que la Ley de Independencia de Filipinas no empezaba a imponer los aranceles estadounidenses hasta el sexto año del gobierno de transición y lo aumentaba poco a poco a partir de entonces, el proyecto de ley para Puerto Rico dejaba caer todo el peso de los aranceles en cuatro años. Entre los dirigentes puertorriqueños, solo Albizu, obsesionado con la independencia, mostró entusiasmo.

Tydings retiró el proyecto de ley al cabo de unas semanas, con tiempo suficiente para que Muñoz Marín y sus colegas se dieran cuenta de la amenaza. Si los puertorriqueños seguían presionando para alcanzar la independencia, quizá la conseguirían.

En Filipinas, mientras tanto, Manuel Quezón pensaba en la llegada de la independencia y también él empezó a inquietarse. ¿Ayudaría Estados Unidos a la defensa de Filipinas cuando la colonia fuera independiente? «La fría realidad —le dijo un antiguo gobernador

general— es que el pueblo estadounidense no arriesgará sus intereses futuros por el bien de unas Filipinas independientes, como tampoco lo haría por cualquier otra nación».[636]

A finales de los años treinta surgió un movimiento para revertir la independencia de las islas, sobre todo entre los empresarios filipinos y los funcionarios procedentes del continente.[637] El alto comisionado para Filipinas, en aquella época el funcionario de mayor rango de la colonia, pidió una «revisión realista» de la ley de independencia. «Si se arría nuestra bandera, Filipinas se convertirá en una tierra ensangrentada», advirtió en una emisión de radio.[638] Quezón le envió un mensaje de felicitación por el discurso, en el que decía que su «presentación de los hechos» era «irrefutable».[639]

Los filipinos se quedaron estupefactos. ¿De verdad Quezón, el líder del Partido Nacionalista, acababa de aprobar un llamamiento para revertir el proceso de independencia? Quezón se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y al día siguiente se echó atrás, con el argumento de que había entendido mal el mensaje del alto comisionado.

No obstante, en privado, Quezón se mostraba desesperado y se agarraba a cualquier clavo. Entabló conversaciones secretas con Japón. Proclamó el 19 de junio como «Día de la Lealtad» —una demostración desmesurada de «la lealtad incondicional e inquebrantable de todos los elementos de nuestra población a Estados Unidos»—,[640] con la esperanza de arrancar más fondos de defensa al Congreso. Habló discretamente con la embajada británica sobre la posibilidad de que nada menos que Gran Bretaña se anexionara Filipinas si Estados Unidos los abandonaba.[641]

Moneda conmemorativa de un peso de 1936 que muestra a Franklin Delano Roosevelt y a Manuel Quezón mirando al frente, presumiblemente hacia la independencia. El diseño, muy peculiar, presenta a dos líderes en lugar de uno y muestra el águila estadounidense sobre el sello filipino, lo cual expresa la compleja soberanía del Estado libre asociado de Filipinas. En el anverso está impreso «Commonwealth of the Philippines» y en el reverso, «United States of America». [Gracias a Alvita Akiboh por llamarme la atención sobre esta moneda].

Al mismo tiempo, Quezón inició una carrera enloquecida para crear su propia fuerza de defensa nacional, financiada con el escaso presupuesto del Estado libre asociado. Para construirla, reclutó a uno de los únicos oficiales estadounidenses que sentía una verdadera vinculación con Filipinas: el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Douglas MacArthur.

Douglas MacArthur es una de esas irregularidades de la historia, una figura idiosincrásica que, por razones difíciles de explicar, acabó teniendo mucho más poder del que habría sido de esperar. En Estados Unidos, a mediados del siglo XX, hubo tres hombres de este tipo, cada uno a una escala diferente. En el ámbito urbano, fue Robert Moses, que se las arregló para convertir la autoridad sobre los parques de Nueva York —un puesto que normalmente no implicaba más que atender a las necesidades de los observadores de aves de la ciudad— en el dominio, durante décadas, de toda la política municipal. En el ámbito nacional, fue J. Edgar Hoover, el maestro del espionaje que tuvo a varios presidentes bajo su control. Y en el ámbito de las relaciones exteriores, con más autoridad real seguramente que

cualquier otra persona en la historia de Estados Unidos, fue Douglas MacArthur.

Un psicoanalista habría hecho su agosto con cualquiera de los miembros de este trío, aunque, quizá, sobre todo con MacArthur. Se mostraba tranquilo bajo el fuego enemigo, pero vivió gran parte de su vida adulta bajo el dominio de una madre controladora. Vestía de forma impecable y caminaba «como si tuviera un palo de bandera en lugar de la columna vertebral»,[642] pero, según su primera esposa, sus dotes sexuales eran lamentables.[643] Aunque muchos lo consideraban un genio militar, su carrera estuvo salpicada de errores asombrosos.[644] Y hablaba de sí mismo en tercera persona.

MacArthur era primo lejano de Franklin Delano Roosevelt y Winston Churchill y había sido durante un breve periodo ayudante de Theodore Roosevelt. Pero nunca tuvo una relación fácil con ellos. Los Roosevelt y Churchill giraban en torno al Atlántico, mientras que MacArthur siguió un rumbo diferente, como si tuviera una gravedad propia. Los años de apogeo de su fama, de 1937 a 1951, los pasó por completo en el lado asiático del Pacífico. Aunque se habló muchas veces de la posibilidad de que fuera candidato a la presidencia, MacArthur no volvió a la parte continental de Estados Unidos ni una sola vez en esos catorce años.

Si MacArthur tenía un hogar, era Filipinas. Su padre, Arthur MacArthur, había sido gobernador durante la guerra contra España. Fue allí donde Douglas cumplió su primer servicio militar en 1903. Allí entró por primera vez en combate y derramó sangre, cuando mató a un par de «forajidos» (probablemente rebeldes, aunque quizá no fueran más que unos delincuentes) en la isla de Guimaras, que aún no estaba pacificada.[645]

La primera esposa de MacArthur, la que anunció a los cuatro vientos su decepción, era al principio la acompañante del general John Pershing. Inmediatamente después de que ella pasara del brazo de Pershing al de MacArthur, Pershing ordenó a MacArthur que regresara a Filipinas, presumiblemente como castigo. Pero MacArthur prosperó allí. Trabajó para Leonard Wood, pasó un verano en Baguió y se buscó una amante filipina, una actriz de teatro y cine que se llevó de vuelta a Washington, donde la escondió en un apartamento de Georgetown, lejos de la atenta mirada de su madre.

Los íntimos lazos de MacArthur con Filipinas causaron discrepancias con el estamento militar, que no pensaba más que en Europa. Desde principios del siglo XX, los estrategas habían pensado en la posibilidad de una guerra con Japón. Diseñaron un plan, el «Plan Naranja», aprobado en 1924 y posteriormente revisado numerosas veces.[646] Pero cuando los funcionarios de Washington hicieron simulaciones sobre la posibilidad de enfrentarse a Japón, vieron de inmediato lo difícil que sería defender los puestos avanzados de Estados Unidos en el Pacífico, en especial Guam y Filipinas. Para construir las defensas necesarias se necesitaría mucho más dinero del que estaba dispuesto a pagar un Gobierno federal indiferente: «No cabía ni la más remota posibilidad», informó el jefe del Departamento de Filipinas del Ejército.[647] En lugar de ello, las sucesivas versiones del Plan Naranja preveían concentrar una flota en Hawái o en la costa oeste y no dejar más que unas pequeñas fuerzas en los territorios más occidentales. Si Japón atacaba, se quedaría con las colonias del Pacífico occidental, pero entonces (esta era la teoría) Estados Unidos podría organizar un contraataque y acabar recuperándolas.

A MacArthur, la idea de que Estados Unidos planeara sacrificar Filipinas le parecía inconcebible. En calidad de jefe de Estado Mayor del Ejército, cargo que asumió en 1930, MacArthur insistió. Preveía crear un gran ejército filipino para contener al enemigo en la costa y organizar un relevo inmediato y masivo de ese ejército desde Hawái. Pero era un optimismo excesivo, sobre todo en una época marcada por graves restricciones presupuestarias y un antimilitarismo generalizado. El director de la División de Planes de Guerra consideró la propuesta de MacArthur como «un verdadero acto de locura».[648]

Uno de los problemas era la apatía hacia las colonias. Incluso el general de brigada Hugh Drum, uno de los pocos aliados de MacArthur en la causa de la defensa territorial, reconocía sin reparos que «podríamos perder Filipinas y Hawái sin que eso perjudicara sustancialmente la seguridad de los Estados Unidos continentales».[649] Las encuestas de opinión pública indicaban que en el continente había pocos habitantes que apoyaran la defensa militar de todo lo que estuviera al oeste de Hawái.[650] Y cuando *Fortune,* en 1940, preguntó a sus lectores qué «países» debería proteger Estados Unidos con sus fuerzas armadas, solo una ligera mayoría (55 por ciento) se mostró en

favor de defender Hawái, muchos menos que los que defenderían Canadá (74 por ciento).[651]

Los funcionarios de Hawái protestaron enérgicamente ante *Fortune* alegando que Hawái no era un «país», sino «parte integral de Estados Unidos».[652]

Otro problema era sencillamente que el Gobierno no confiaba en sus súbditos. Para defender por completo el Pacífico sería necesario armar a las poblaciones de Hawái, Samoa Americana, Guam, Filipinas y Alaska. Pero los estrategas bélicos no se decidían a hacerlo; parecían tan preocupados por defender a Estados Unidos contra los pueblos colonizados como por defenderlo con ellos. Los primeros planes para Hawái preveían deportar o internar a la numerosa población de etnia japonesa, un grupo que había llegado a constituir más de un tercio de los habitantes del territorio en los años veinte. En Filipinas, los estrategas del Ejército elaboraron situaciones hipotéticas en las que las fuerzas estadounidenses tendrían que luchar para aplacar revueltas de la población local.[653]

Quizás hacían bien en temer a los pueblos colonizados. Los años treinta, que desencadenaron un violento movimiento independentista en Puerto Rico, también crearon turbulencias en las colonias del Pacífico. A finales de la década hubo en Hawái una serie de huelgas agresivas y con tintes raciales que empezaron en los puertos y se extendieron hasta los campos de cultivo. En Filipinas, en 1935, una pequeña revuelta rural acabó convirtiéndose en la «rebelión de Sakdal».[654] Aproximadamente diez mil campesinos mal armados, hartos del tono contemporizador de Quezón, tomaron varios edificios municipales y exigieron la independencia inmediata. Su líder quería que secuestraran al gobernador general, asaltaran las armerías en busca de fusiles y atacaran la capital.

Antes de que llegara tan lejos, los agentes de policía y soldados filipinos reprimieron la rebelión, mataron a 59 rebeldes y dispersaron al resto.[655] Pero los estrategas militares miraban con recelo incluso a los filipinos de uniforme. Y también en este caso tenían motivos. En 1924, cientos de soldados filipinos del Ejército estadounidense se habían amotinado en protesta por la desigualdad salarial con respecto a los soldados blancos. El propio MacArthur había supervisado el consejo de guerra en el que se condenó a más de doscientos

amotinados a condenas de entre cinco y veinte años.[656]

En definitiva, la defensa colonial era una cuestión peligrosa. Pero la fe de MacArthur no flaqueó. A invitación de Quezón, MacArthur —aún jefe del Estado Mayor del Ejército— viajó de Washington a Filipinas con el fin de sumarse en el último momento a lo que calificó de «una campaña para construir una fuerza capaz de repeler a un enemigo».[657]

Douglas MacArthur arrastró a su ayudante favorito, Dwight Eisenhower. Si para MacArthur el trabajo en Filipinas era una vocación, para Eisenhower era «un trabajo más». También creía que era una «aventura sin esperanza», dadas la falta de recursos de Manila y la falta de interés de Washington.[658]

Una de las ideas de Eisenhower fue conseguir los fusiles sobrantes del Ejército estadounidense a un precio mínimo. No eran fusiles que el Ejército necesitara. Eran modelos Enfield obsoletos, de la época de la Primera Guerra Mundial, y que no funcionaban bien. Aun así, Washington dudó. El jefe de la División de Planes de Guerra se opuso a la propuesta: le preocupaba que los filipinos armados pudieran levantarse contra Estados Unidos.[659] ¿Y Japón consideraría la militarización de Filipinas como una provocación? Eisenhower se quejó en su diario de que «en el Departamento de Guerra no entienden en absoluto el problema de la defensa local».[660] Al final, el Ejército vendió los fusiles en lotes con prudencia, primero unos pocos y, si todo iba bien, más fusiles posteriormente. Y cobró más del doble de lo que Eisenhower había previsto.

Mientras Eisenhower luchaba con la contabilidad, MacArthur se establecía en su nuevo hogar. Había conocido a su segunda esposa en el viaje desde Washington. Su único hijo, Arthur MacArthur IV, nació en Manila, y Manuel Quezón fue el padrino. MacArthur se instaló en el ático del Hotel Manila, diseñado por Parsons. Se convirtió en un personaje habitual de la sociedad de Manila e incluso recibió una tarjeta de felicitación por su cumpleaños de la antigua némesis de su padre, Emilio Aguinaldo.[661]

Todo indicaba que MacArthur tenía intención de seguir adelante con su empeño. Cuando el Departamento de Guerra, nervioso por la posibilidad de que reforzar las defensas filipinas pudiera molestar a

Japón, llamó a MacArthur a Washington en 1937, él tomó la extraordinaria decisión de dimitir del Ejército. Era un sacrificio increíble, después de todos los servicios prestados por él y por su padre, pero eso le permitió seguir siendo el asesor militar de Quezón. Si MacArthur no podía ser general del Ejército estadounidense en Filipinas, sería el mariscal de campo (un título grandilocuente que él mismo eligió) del Ejército del Estado libre asociado de Filipinas.

Eisenhower estaba furibundo. «General, usted era un general de cuatro estrellas… Eso es un orgullo, que solo unos pocos han conseguido. ¿Por qué demonios quiere ser mariscal de campo de un país bananero?».[662] MacArthur no se dejó intimidar. Había encargado diseñar un uniforme especial: un traje blanco de lana merina, pantalones negros, cuatro estrellas en el hombro, cinta roja en las solapas y una gorra con cordón dorado. Llevaba un bastón de mando también dorado.[663]

En teoría, el propósito de tanta pompa era levantar la moral filipina. Pero quizá pretendía levantar también el ánimo de MacArthur. A medida que pasaban los años, su esperanza de crear un ejército de reserva filipino parecía cada vez más ilusoria. La escasez de armas no era el único problema. La poca munición que se enviaba desde las islas solía llegar muy deteriorada y los reclutas no tenían suficientes balas para entrenarse.

MacArthur pidió ayuda a Washington: 50 dólares por cada recluta filipino. No era una petición absurda, dado que la guardia nacional recibía una subvención de 220 dólares por novato. Pero también rechazaron esta petición.[664]

MacArthur pensaba que Filipinas era «parte integral de Estados Unidos», tan digna de ser defendida como Nueva York. Pero en 1940 tuvo que reconocer que las fuerzas militares estacionadas allí eran «completamente insuficientes para la defensa exterior y poco más que meros símbolos de la soberanía de Estados Unidos».[665]

En mayo de 1941, un mariscal de campo muy frustrado envió un cable a Washington para decir que volvía a casa.

Mientras tanto, Ernest Gruening también padecía su propio calvario. A pesar del enorme ámbito que cubría su trabajo —supervisor de todas las colonias—, carecía de poder. Su oficina era pequeña y no podía

hacer mucho más que presionar en nombre de las colonias. Pasaba la mayor parte de su tiempo en Puerto Rico, donde tenía un cargo aparte como responsable en la isla de la administración del New Deal.

Aun así, a pesar de su falta de poder, Gruening se las arregló para que le surgiera un rival, el secretario de Interior Harold Ickes. Sus ideas políticas no eran muy diferentes, pero ambos se enfrentaron con la misma pasión y la misma inutilidad de dos *apparatchiks* de la burocracia soviética. Como toda buena rivalidad en el Kremlin, terminó con el exilio en Siberia. O, en este caso, con la salida a regañadientes de Gruening, que en 1939 se fue de Washington destinado a Alaska para ser gobernador colonial.

Desde su nuevo puesto en Anchorage, Gruening vio el peligro que corrían los territorios del Pacífico. Por el oeste, las islas Aleutianas de Alaska se extendían hacia Japón, de forma que el océano Pacífico quedaba reducido «al ancho de un canal de transbordador», como dijo un periodista.[666] Cuando Estados Unidos se anexionó Alaska, en 1867, esa era una ventaja prometedora: las islas eran peldaños para llegar a Asia. Ahora, sin embargo, había más probabilidades de que el tráfico peatonal fuera en la otra dirección, que Alaska fuera la puerta de entrada para una invasión japonesa de Norteamérica.

Igual que MacArthur en Filipinas, Gruening pidió ayuda. La necesitaba con urgencia. Aunque Alaska estaba dentro del continente, no había ninguna carretera que conectara con el resto de los estados (al secretario de Guerra le parecía que una carretera así tenía un valor «insignificante»).[667] Alaska tenía una fuerza aérea, pero solo podían volar seis bombarderos medio obsoletos y doce aviones de persecución también obsoletos, y no había mucha gasolina.[668] El subsecretario de Guerra dijo que el Ejército de Alaska era «el nombre y poco más».[669] No había fuerzas navales.

Gruening solicitó fondos al Congreso, tal como habían hecho los habitantes de Alaska desde hacía años, pero con escasa suerte. Las inversiones masivas en infraestructuras características del New Deal se habían olvidado de Alaska. No era un estado, así que no tenía congresistas que presionaran en su favor. Y alegar que existía un peligro militar no servía de nada. «El consenso era: “No vamos a gastar dinero en Alaska”», recordaba Gruening.[670]

Hasta que los japoneses entraron en la Indochina francesa, a

mediados de 1941, no fue posible vencer el bloqueo del Congreso. Con las incursiones de Japón, la Cámara pensó por fin que era prudente fortificar su territorio en las costas del Pacífico. Y los avances japoneses aterrorizaron aún más a los británicos, que temían perder Singapur y suplicaron a Roosevelt que organizara una defensa en Asia.

Roosevelt accedió. MacArthur, que había amenazado con abandonar Filipinas, recibió la orden de quedarse. El Ejército estadounidense estaba dispuesto a volver a aceptarlo, esta vez como comandante de todas las fuerzas de Estados Unidos en Asia, y a absorber su ejército filipino. Aunque Washington mantuvo su postura sobre los fusiles modernos, sí empezó a enviar enormes bombarderos B-17 (los llamaban «fortalezas volantes») a la colonia.[671] La idea era que, con 128 bombarderos en febrero de 1942, MacArthur debería ser capaz de defender no solo Filipinas, sino todo el teatro de operaciones, incluidas las posesiones británicas. El jefe del Estado Mayor del Ejército, George Marshall, dijo que los B-17 eran «el elemento decisivo para disuadir a Japón».[672]

Pero los B-17 no empezaron a llegar hasta septiembre de 1941. Había otras prioridades: importar todo el caucho posible del sudeste asiático antes de que una guerra en el Pacífico cerrara los mercados y enviar destructores al otro lado del Atlántico para ayudar a los británicos.[673] El material destinado a los puestos avanzados en el Pacífico se amontonaba en los puertos. «¡Más rápido! ¡Congreso! —exigían los exasperados responsables de una revista hawaiana—. ¡Mucho más rápido!».[674]

Cualquiera que recorriera en avión la zona del Pacífico a finales de 1941 vería esta situación. Las defensas de Hawái eran sustanciales, pero incompletas y, sobre todo, carecían de bombarderos de largo alcance (solo tenían doce B-17 en servicio).[675] Guam no tenía prácticamente nada: su única base, rudimentaria, era demasiado pequeña para que aterrizara un bombardero. El gobernador de la isla decía con desesperación que la colonia era «absolutamente indefendible»[676] y en el Ejército era habitual referirse a Guam como algo del pasado.[677] Alaska, a pesar del cambio de opinión del Congreso en el último momento, no estaba mucho mejor. «Era inimaginable», sentenció el jefe de su fuerza aérea, que los aviones de

Alaska pudieran «defender el territorio contra un ataque masivo».[678]

Las Filipinas de MacArthur tenían una situación ambigua.[679] Había un pequeño contingente regular del Ejército estadounidense, de 31.095 soldados, más de un tercio de los cuales eran filipinos, al que se sumaba el ejército de reserva de MacArthur, a medio pulir, de unos 120.000 filipinos. Los reservistas tenían poco entrenamiento y estaban mal equipados: zapatillas de lona,[680] cascos de corteza de coco,[681] fusiles anticuados, artillería que databa de 1898[682] y poca munición. Muchos nunca habían disparado un fusil.[683] Más prometedora era la fuerza aérea, en plena expansión, que, con sus cazas y bombarderos de largo alcance, constituía la mayor concentración de aviones de guerra estadounidenses fuera del continente.[684] Pero llegaban muy poco a poco y a finales de 1941 no habían llegado más que 35 de las 128 fortalezas volantes previstas.

MacArthur seguía siendo optimista y aseguraba a todos los que estaban a su alrededor que «era posible defender las Filipinas y juraba ante Dios que serían defendidas».[685] Pero un informe confidencial del alto comisionado advertía de las «innegables deficiencias» de las defensas filipinas.[686] También destacaba que Quezón había reconocido en privado que la guerra encontraría a la población «desprevenida y desprotegida».

Ese informe se envió el 30 de noviembre de 1941. Una semana más tarde, los filipinos vieron unos aviones desconocidos en el cielo.

---

[601] He aprendido mucho sobre este tema de Alvita Akiboh y su artículo «Pocket-Sized Imperialism: U.S. Designs on Colonial Currency», *DH* 41, 2017, pp. 874-902.

[602] *The New York Times Index: Annual Cumulative Volume Year 1930,* Nueva York, 1931.

[603] Ed. esp., *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Planeta, 1985.

[604] Margaret Mead, *Coming of Age in Samoa,* 1930, Nueva York, 2001, p. 8. El silencio de Mead sobre los aspectos coloniales de su objeto de estudio se trata en Derek Freeman, *Margaret Mead and Samoa: The Making and Unmaking of an Anthropological Myth*, Cambridge, Massachusetts, 1983. El libro de Mead no contiene más que tres ejemplos del término *Samoa Americana* (dos de ellos entre paréntesis), una vez *colonia* (una referencia clásica), una vez *armada* y ninguna mención de *territorio, imperio* o *imperialismo*.

[605] Hubert Herring, «Rebellion in Puerto Rico», *The Nation*, 29 de noviembre de 1933, pp. 618-619.

[606] Este episodio de 1878-1879 se describe en A. P. Swineford, *Alaska: Its History, Climate and Natural Resources*, Chicago, 1898, p. 66.

[607] Moorfield Storey y Marcial P. Lichauco, *The Conquest of the Philippines by the United States*, Nueva York, 1926, p. 203.

[608] Robert L. Beisner, *Twelve against Empire: The Anti-Imperialists, 1898–1900*, Nueva York, 1968, p. 225. Véase también Jim Zwick, «The Anti-Imperialist League and the Origins of Filipino-American Oppositional Solidarity», *Amerasia Journal* 24, 1998, pp. 65-85.

[609] Robert David Johnson, *Ernest Gruening and the American Dissenting Tradition*, Cambridge, Massachusetts, 1998, p. 67.

[610] Oswald Garrison Villard, «Ernest Gruening's Appointment», *The Nation*, 29 de agosto de 1934, p. 232.

[611] Johnson, *Gruening,* e ídem, «Anti-Imperialism and the Good Neighbour Policy: Ernest Gruening and Puerto Rican Affairs, 1934–1939», *Journal of Latin American Studies* 29, 1997, pp. 89-110.

[612] Ernest Gruening, *Many Battles: The Autobiography of Ernest Gruening*, Nueva York, 1973, p. 181.

[613] Ibíd., p. 181, y Ernest Gruening, *The Battle for Alaska Statehood*, Seattle, 1977, p. xi.

[614] El Dust Bowl (Cuenco de Polvo) son las llanuras del centro del país que en la época de la Gran Depresión padecieron una terrible sequía (*N. de la T.*).

[615] Lowell T. Young, «Franklin D. Roosevelt and America's Islets: Acquisition of Territory in the Caribbean and the Pacific», *The Historian* 35, 1973, p. 206.

[616] David M. Kennedy, *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929–1945*, Oxford, 1999, p. 77.

[617] Brooks Emeny, *The Strategy of Raw Materials: A Study of America in Peace and War*, Nueva York, 1938, p. 174.

[618] Thomas Pepinsky, «Trade Competition and American Decolonization», *World Politics* 67, 2015, p. 397.

[619] Gruening, *Many Battles*, p. 229.

[620] April Merleaux, *Sugar and Civilization: American Empire and the Cultural Politics of Sweetness*, Chapel Hill, 2015, cap. 7.

[621] «Calvin Coolidge Says», *New York Herald-Tribune*, 25 de mayo de 1931.

[622] «The Philippines and Economics», *Christian Science Monitor,* 20 de julio de 1931, p. 14.

[623] Ten Eyck Associates, *Philippine Independence: A Survey of the Present State of American Public Opinion on the Subject*, Nueva York, 1932, p. 31.

[624] Citado en Manuel V. Gallego, *The Price of Philippine Independence under the Tydings McDuffie Act: An Anti-View of the So-Called Independence Law*, Manila, 1939, p. 85.

[625] Carlos Quirino, *Quezon: Paladin of Philippine Freedom*, Manila, 1971, caps. 3-5; Alfred W. McCoy, *Policing America's Empire: The United States, the Philippines and the Rise of the Surveillance State*, Madison, 2009, pp. 187-188.

[626] McCoy, *Policing America's Empire*, p. 188.

[627] John Gunther, *Inside Asia - 1942 War edition*, Nueva York, 1942, p. 316.

[628] Hernando J. Abaya, *Betrayal in the Philippines*, Nueva York, 1946, p. 184.

[629] Herbert Hoover, *Memoirs*, Nueva York, 1952, 2, p. 361. Theodore Friend, *Between Two Empires: The Ordeal of the Philippines, 1929–1946*, New Haven, 1965, cap. 1; Michael Paul Onorato, «Quezon and Independence: A Reexamination», *Philippine Studies* 37, 1989, pp. 221-231.

[630] La mejor guía de este complicado episodio es Friend, *Between Two Empires*, parte 3.

[631] Theodore Friend, *The Blue-Eyed Enemy: Japan against the West in Java and Luzon, 1942–1945*, Princeton, 1988, p. 33.

[632] Philippine Independence Act (Ley de Independencia de Filipinas), 24 de marzo de 1934, 48 *Stat.* 462.

[633] Francis Burton Harrison, *Origins of the Philippine Republic: Extracts from the Diaries*

and Records of Francis Burton Harrison, Michael P. Onorato (ed.), Ithaca, 1974, pp. 17-18.

[634] Gruening, *Many Battles*, p. 197.

[635] Luis Muñoz Marín, *Memorias: autobiografía pública, 1898–1940*, San Juan, 1982, 1, p. 149.

[636] Theodore Roosevelt Jr. a Quezón, citado en Theodore Roosevelt Jr., *Colonial Policies of the United States*, Garden City, Nueva York, 1937, p. 187.

[637] Gerald E. Wheeler, «The Movement to Reverse Philippine Independence», *Pacific History Review* 33, 1964, pp. 167-181.

[638] Paul V. McNutt, discurso por radio, 14 de marzo de 1938, carpeta «Commonwealth (Administration) Philippines», caja 2, Padover File.

[639] «Quezon Proves to be Irresponsible!», *Philippine-American Advocate*, 1938, recorte de prensa en carpeta «Independence—Philippines», caja 4, Padover File.

[640] Quezon, Loyalty Day Declaration, 1941, en *World War II and the Japanese Occupation*, Richard Trota Jose (ed.), Quezon City, 2006, p. 14.

[641] R. John Pritchard, «President Quezon and Incorporation of the Philippines into the British Empire, 1935–1937», *Bulletin of the American Historical Collection* 12, 1984, pp. 42-63.

[642] John Hersey, *Men on Bataan*, Nueva York, 1942, p. 279.

[643] Michael Schaller, *Douglas MacArthur: The Far Eastern General*, Nueva York, 1989, p. 11.

[644] Hay mucha literatura sobre MacArthur. Me he basado sobre todo en D. MacArthur, *Reminiscences*; D. Clayton James, *The Years of MacArthur*, vol. 1, Boston, 1970; William Manchester, *American Caesar: Douglas MacArthur, 1880–1964,* Boston, 1978; Carol Morris Petillo, *Douglas MacArthur: The Philippine Years,* Bloomington, 1981; Schaller, *MacArthur*; y Richard Connaughton, *MacArthur and Defeat in the Philippines,* Woodstock, Nueva York, 2001.

[645] *Rem.*, p. 29. MacArthur describe Guimaras como un lugar «infestado de bandoleros y guerrilleros», pero no dice qué eran los hombres a los que mató.

[646] Earl S. Pomeroy, *Pacific Outpost: American Strategy in Guam and Micronesia*, Stanford, 1951; Louis Morton, «Germany First: The Basic Concept of Allied Strategy in World War II», en Kent Roberts Greenfield (ed.), *Command Decisions,* Washington, DC, 1960, pp. 11-47; Stetson Conn, Rose C. Engelman y Byron Fairchild, *Guarding the United States and Its Outposts,* Washington, DC, 1961; Louis Morton, *The War in the Pacific: Strategy and Command: the First Two Years,* Washington, DC, 1962; Timothy P. Maga, «Democracy and Defence: The Case of Guam, U.S.A., 1918–1941», *Journal of Pacific History* 20, 1985, pp. 156-172; Edward S. Miller, *War Plan Orange: The U.S. Strategy to Defeat Japan, 1897–1945,* Annapolis, 1991; John Costello, *Days of Infamy: MacArthur, Roosevelt, Churchill—The Shocking Truth Revealed,* Nueva York, 1994; Brian McAllister Linn, *Guardians of Empire: The U.S. Army and the Pacific, 1902–1940,* Chapel Hill, 1997; Galen Roger Perras, *Stepping Stones to Nowhere: The Aleutian Islands, Alaska, and American Military Strategy, 1867–1945*, Vancouver, 2003.

[647] Richard H. Rovere y Arthur Schlesinger Jr., *The MacArthur Controversy and American Foreign Policy,* Nueva York, 1965 [1951], p. 44.

[648] Morton, *War in the Pacific*, p. 34.

[649] Linn, *Guardians*, p. 147.

[650] Pomeroy, *Pacific Outpost*, p. 140.

[651] «*Fortune Magazine* Survey XXVI», carpeta «Fortune Magazine Survey», caja 1, Hawaii Equal Rights Commission Records, COM16, HSA.

[652] John Snell a *Fortune*, 27 de enero de 1940, junto con otras cartas, en ibíd.

[653] Linn, *Guardians*, caps. 4 y 6.

[654] Motoe Terami-Wada, *Sakdalistas' Struggle for Philippine Independence, 1930–1945*, Quezon City, 2014, p. 4.

[655] Ibíd.

[656] Linn, *Guardians*, p. 148.

[657] *Rem.*, p. 109. El nombramiento de MacArthur como jefe de Estado Mayor se acabó mientras se dirigía al Pacífico, cosa que le molestó.

[658] Dwight D. Eisenhower, *At Ease: Stories I Tell to Friends*, Garden City, Nueva York, 1967, pp. 222, 225.

[659] Ricardo Trota Jose, *The Philippine Army, 1935–1942*, Manila, 1992, p. 64.

[660] Daniel D. Holt y James W. Leyerzapf (eds.), *Eisenhower: The Prewar Diaries and Selected Papers, 1905–1941*, Baltimore, 1998, p. 307.

[661] James, *Years of MacArthur*, 1, p. 564.

[662] Relatado por Eisenhower a Peter Lyon, según cuenta Lyon en *Eisenhower: Portrait of the Hero*, Boston, 1974, p. 78.

[663] Rovere y Schlesinger, *MacArthur Controversy*, p. 42.

[664] James, *Years of MacArthur*, 1, p. 608.

[665] MacArthur a Quezón, octubre de 1940, reproducido en James, *Years of MacArthur*, 1, pp. 541-542.

[666] Joseph Driscoll, *War Discovers Alaska*, Filadelfia, 1943, p. 20.

[667] Henry Stimson, citado en K. S. Coates y W. R. Morrison, *The Alaska Highway in World War II: The U.S. Army of Occupation in Canada's Northwest*, Norman, 1992, p. 26.

[668] Brian Garfield, *The Thousand-Mile War: World War II in Alaska and the Aleutians*, Garden City, 1969, p. 64.

[669] Harry W. Woodring, citado en Perras, *Stepping Stones*, p. 21.

[670] Gruening, *Many Battles*, p. 295.

[671] Costello, *Days of Infamy*, cap. 2. Un buen análisis del abastecimiento del Departamento de Guerra a MacArthur es el de Louis Morton, *The Fall of the Philippines*, Washington, DC, 1953, cap. 3.

[672] Citado en William H. Bartsch, *December 8, 1941: MacArthur's Pearl Harbor*, College Station, 2003, p. 98.

[673] Linn, *Guardians*, p. 217.

[674] «Speed! Congress! Speed!», *Paradise of the Pacific*, febrero de 1939, p. 32.

[675] Linn, *Guardians*, p. 217.

[676] Lewis H. Brereton, *The Brereton Diaries: The War in the Air in the Pacific, Middle East, and Europe, 3 October 1941–8 May 1945*, Nueva York, 1946, p. 17.

[677] Timothy P. Maga, *Defending Paradise: The United States and Guam, 1898–1950*, Nueva York, 1988, p. 164.

[678] Perras, *Stepping Stones*, p. 53.

[679] Morton, *Fall of the Philippines*, pp. 49, 27.

[680] Glen M. Williford, *Racing the Sunrise: Reinforcing America's Pacific Outposts, 1941–1942*, Annapolis, 2010, p. 102.

[681] Holt y Leyerzapf, *Eisenhower Diaries*, p. 405.

[682] Connaughton, *MacArthur*, p. 155.

[683] Rigoberto J. Atienza, *A Time for War: 105 Days in Bataan*, Filipinas, 1985, p. 10; Morton, *Fall of the Philippines*, p. 28.

[684] Morton, *Fall of the Philippines*, pp. 39, 42.

[685] «Destiny's Child», *Time*, 29 de diciembre de 1941, p. 16.

[686] High Commissioner's Office to FDR, 30 November 1941, carpeta «Civilian Defense», caja 1, HC–Pol/Econ.

11

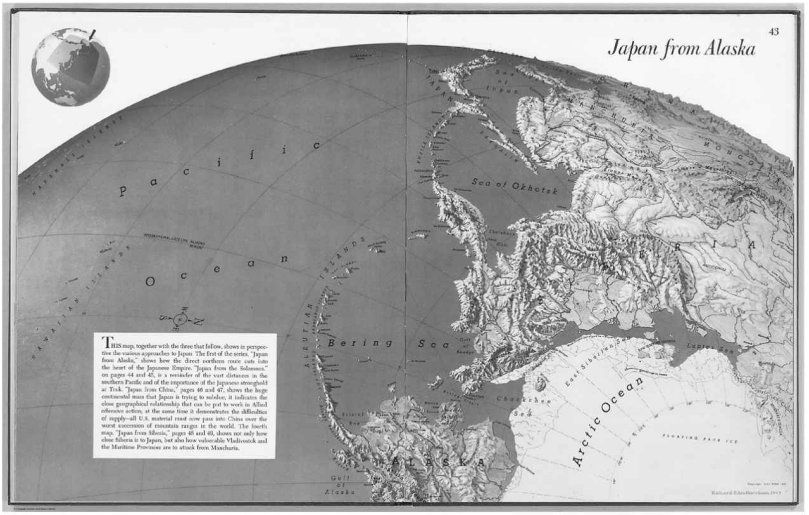
Un Estado en guerra

«La guerra —dijo una vez el cómico Jon Stewart— es la forma que tiene Dios de enseñar geografía a los estadounidenses».[687] Sin duda, los ataques japoneses del 7 y 8 de diciembre de 1941 les enseñaron la lección. Para los que estaban acostumbrados a los mapas según la proyección de Mercator, que situaban a Japón a la derecha (en el «Lejano Oriente») y a Hawái a la izquierda, Pearl Harbor ofreció una lección de libro sobre los peligros de representar una esfera redonda en una superficie plana. Incluso los territorios que no habían sufrido ningún ataque, como Alaska, sobresalían con una claridad inquietante después de que Japón mostrara hasta dónde llegaban sus ambiciones.

Los estrategas bélicos pudieron ver por fin lo que Ernest Gruening llevaba años tratando de hacerles comprender: que Alaska se extendía de forma vertiginosa hacia el Pacífico y sus islas Aleutianas formaban un puente hacia el norte de Asia. Una colonia de unos 75.000 habitantes, la mitad nativos, con una economía basada fundamentalmente en la pesca, era de pronto la vanguardia de la defensa militar. Pero si ahora parecía que Alaska estaba cerca de Japón, también parecía que estaba lejos del resto de Estados Unidos, porque no había ninguna carretera que la conectara.

Inquieto por la posibilidad de una invasión japonesa y dispuesto a

sacar partido a su inmenso territorio al borde del Pacífico, el Gobierno de Roosevelt se propuso construir esa carretera. Así no solo se conectaría Alaska con los estados continentales, sino que sería más fácil transportar suministros a la Unión Soviética, su aliada.[688]



Nuevo mapa estilo globo terráqueo en tiempos de guerra, elaborado por el popular cartógrafo Richard Edes Harrison, en el que se destaca el puente insular que conecta Alaska (en la parte inferior) con Japón, 1944.

Construir la carretera fue un empeño asombrosamente difícil. El trazado, con el consentimiento ambivalente del Gobierno canadiense, atravesaba las provincias del norte de dicho país y abarcaba más distancia que entre Nueva York y Dallas. Las tierras que atravesaba eran casi totalmente salvajes, con nada más que unos cuantos pueblos a lo largo de la ruta, así que los trabajadores tendrían que transportar consigo toda la comida, los suministros y alguna forma de cobijo. Esto último era especialmente importante, porque iban a tener que soportar un frío extremo (una vez, durante el primer invierno, descendió por debajo de menos 56º Celsius). Y todo tendría que hacerse a la máxima velocidad.

Estados Unidos envió 11.150 soldados al norte.[689] Un tercio eran afroamericanos, las primeras unidades negras que salieron de los estados de la zona continental en la Segunda Guerra Mundial. Con los 11.150 hombres llegaron 11.107 piezas de material pesado: tractores,

excavadoras, volquetes, trituradoras, niveladoras, palas de vapor, calderas, compresores y generadores.[690]

En el tramo comprendido entre Dawson Creek (Columbia Británica) y Fairbanks (Alaska), fue como si todo el siglo xx hubiera llegado de repente. Hombres y mujeres acostumbrados a viajar en trineo tirado por perros observaban atónitos las excavadoras que atravesaban un bosque espeso e inexplorado. El permafrost, oculto bajo la vegetación durante siglos, recibió por primera vez la luz del sol y se derritió, lo que convirtió el duro suelo duro en tierra pantanosa. Muchas personas que no habían tenido más que un contacto limitado con forasteros de pronto empezaron a ganar cantidades inauditas de dinero abasteciendo a las tropas. Pero también adquirieron propensión a caer enfermas. Una antropóloga que trabajó décadas después con las Primeras Naciones del Noroeste de Canadá descubrió que en cualquier conversación sobre historias familiares surgía inevitablemente el recuerdo de parientes que habían «muerto en 1942».[691]

La carretera se terminó en noviembre de 1942 con un coste de 19,7 millones de dólares. Fue, según el alto comisionado de Canadá, «la mayor obra de construcción de carreteras realizada jamás por el hombre».[692]

Al acabar, en total, medía 2.650 kilómetros. Cientos más de lo necesario. Pero los ingenieros del Ejército, empeñados en la velocidad por encima de todo, habían hecho que la carretera rodeara los lugares más complicados, una forma cara de ahorrar tiempo. Y lo mismo hacían con el material. Cuando se averiaba alguna excavadora, la abandonaban al borde de la carretera en lugar de repararla; era más rápido y no faltaban otras para reponerla.[693]

Porque, por primera vez en la historia de Alaska, el dinero no era ningún inconveniente.

En todo el imperio, los lugares más aislados se convirtieron en puestos de combate. Y con el Ejército llegó el dinero federal, que inundó de forma indiscriminada unas tierras que llevaban mucho tiempo agostadas por el abandono. Los trabajadores puertorriqueños pasaron de unas plantaciones de azúcar precarias a los puestos de trabajo en la construcción y el funcionamiento de bases militares. En 1950, el Gobierno federal había gastado 1.200 millones de dólares en Puerto

Rico.[694]

Lo mismo ocurrió con Hawái, el centro de la guerra del Pacífico. Después de Pearl Harbor, los militares llegaron en masa, acompañados de una demanda insaciable. El paro desapareció, el número de restaurantes en Honolulú se triplicó[695] y los depósitos bancarios en todo el territorio se quintuplicaron.[696] Los hombres recién llegados con la cartera llena convirtieron la zona turística de Hotel Street en una mina de oro. Había ocho salones que hacían entre cuatrocientos y quinientos tatuajes al día («Recuerda Pearl Harbor» era el favorito). Los burdeles estaban abarrotados, ofrecían servicios de tres minutos en tres minutos y recaudaban diez millones de dólares al año, nada menos que la mitad de lo que había costado la carretera de Alaska.[697]

La transformación no se limitó a los territorios. También en el continente, la guerra supuso más puestos de trabajo. Y al mismo tiempo dio pie a nuevas intromisiones del Gobierno en la vida cotidiana:[698] restricciones de precios, controles salariales, racionamiento, impuesto sobre la renta, bonos de guerra y reclutamiento obligatorio. La diferencia fue que, en los territorios, todo eso ocurrió multiplicado por diez. Eran las zonas del Gran Estados Unidos que tenían enfrente tierras extranjeras. De modo que, para ver cómo se expandió la Administración durante la Segunda Guerra Mundial, conviene olvidarse de Detroit y San Francisco. Fue en los territorios, y en particular en Alaska y Hawái, donde la militarización asumió verdaderamente el mando.

Las primeras bombas cayeron sobre Pearl Harbor a las 7:55. Ocho horas más tarde —antes de que Estados Unidos hubiera declarado la guerra—, el gobernador de Hawái, Joseph Poindexter, suspendió el recurso de *habeas corpus* y puso todo el poder efectivo sobre el territorio en manos del Ejército.[699]

Los habitantes de Hawái vieron cómo su colonia, famosa por sus playas, sus flores y sus guitarras, se convertía en una base armada. Las trincheras destruyeron los parques y los patios de las escuelas, el alambre de púas cubrió las playas, los guardias armados ocuparon puestos en las principales intersecciones y aparecieron miles de nidos de ametralladoras hechos de hormigón, que recordaron la perturbadora posibilidad de que las balas zumbaran por el centro de

Honolulú. El Ejército y la Armada se hicieron con cientos de miles de hectáreas de tierra, a veces comprándolas y otras simplemente apropiándoselas. En el momento más intenso de la guerra, el Ejército llegó a poseer un tercio de la isla de Oahu.[700]

La vida en una zona de guerra estaba determinada por la cautela. Suponía salir siempre con una máscara antigás cuando se salía a la calle (los graduados de la Universidad de Hawái desfilaban con toga, birrete y máscara).[701] Suponía obedecer unos toques de queda estrictos. Suponía vivir con los «apagones»: apagar cualquier luz que pudiera orientar a los aviones japoneses de noche.

Pero las salvaguardias no estaban pensadas solo contra los invasores. Los militares también insistieron en tomar precauciones extraordinarias contra los propios hawaianos. Hawái era un «país enemigo», según el secretario de Marina, y tenía una población sospechosa, de la que más de un tercio era de ascendencia japonesa.[702] Por eso se inscribió a los residentes, se les tomaron las huellas dactilares y se les vacunó, la primera toma masiva de huellas dactilares y la mayor campaña de vacunación obligatoria de Estados Unidos hasta entonces. Tenían obligación de llevar siempre la tarjeta de identificación encima, so pena de acabar detenidos. Esta orden provocó un momento incómodo cuando pararon en la calle al propio gobernador Poindexter y se dio cuenta de que se había dejado el documento de identidad en el bolsillo de otro traje.[703]

Las normas las dictaba, sin ningún control legislativo ni supervisión presidencial, la Oficina del Gobernador Militar (OMG o, como decían algunos, «One Mighty God» [Un Solo Dios Poderoso]).[704] Como todos los dioses, el gobernador militar dictaba mandamientos agobiantes: la sustitución de los dólares estadounidenses por una moneda exclusiva de Hawái, restricciones de viaje, censura de prensa, censura de correo, congelación salarial y prohibición de dejar el puesto de trabajo en las industrias cruciales. También podía ser un dios celoso, como cuando estableció un castigo de hasta diez años de trabajos forzados por el desprecio a la bandera o cuando prohibió las expresiones de «hostilidad o falta de respeto» (de palabra, imagen o «gestos») hacia él o cualquier miembro de las fuerzas armadas en los locales de ocio.[705] En otros apartados, las Órdenes Generales parecían el Talmud, porque iban mucho más allá

de los asuntos de innegable importancia militar para ocuparse de la pintura de las vallas, la forma de conservar la carne, los horarios de las boleras, el transporte de palomas y el sacrificio de cerdos (hasta un mes de prisión por matar un cerdo de poco peso).[706]

Carros de combate en la calle Beretania de Honolulú durante los casi tres años de ley marcial de Hawái.

«Mi autoridad era esencialmente ilimitada», presumió después el gobernador militar en su diario.[707]

Sus numerosas órdenes estaban respaldadas por el poder de las fuerzas armadas. El director de una de las emisoras de radio de Hawái recordaba su primera emisión en directo bajo la ley marcial. Llegó al estudio un oficial de la Armada que sacó el arma reglamentaria y anunció: «Tengo un arma de calibre 45 en la mano y le dispararé si se aparta del guion».[708] El oficial se reía, recordó posteriormente el director, pero no estaba bromeando.

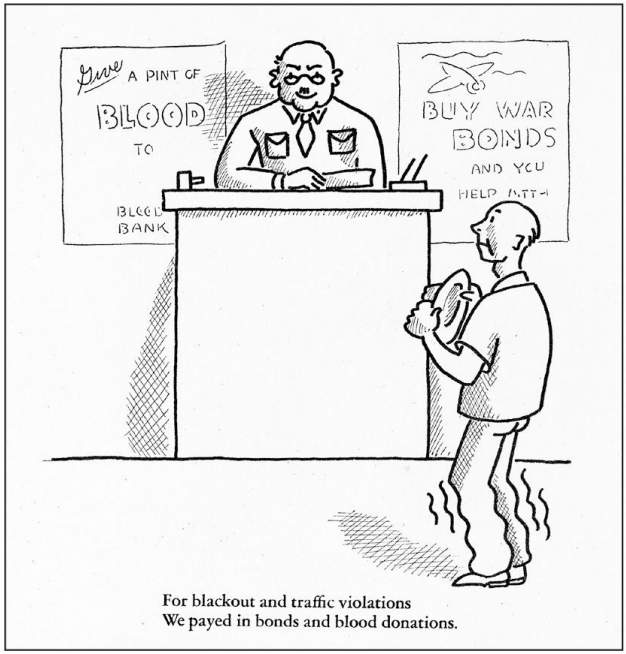
La policía militar era «conocida por su exceso de celo», anotó un japonés de Honolulú en su diario. «Dispara primero y pregunta después».[709]

Aparte de sacar las armas a la calle, el Ejército instauró un sistema

de tribunales prebostales para hacer cumplir las leyes. La justicia que impartían era precipitada e implacable. En general, los juicios se celebraban el mismo día de la detención y duraban minutos. En los primeros cuatro meses en Honolulú, un solo juez despachaba alrededor de un centenar de casos al día.[710] No había jurados ni periodistas, ni se citaba a testigos ni, en la mayoría de los casos, había tampoco abogados. Unos oficiales armados, que no solían tener formación jurídica, interpretaban los hechos y la ley con gran libertad de criterio: los acusados podían ser y eran condenados por infringir el «espíritu de la ley marcial». No es extraño que el resultado más habitual fuera una condena. De los más de veinte mil juicios celebrados en uno de los tribunales prebostales de Honolulú en 1942, el 98,4 por ciento terminó en condena.[711]

A las decenas de miles de detenidos que pasaron por los tribunales prebostales de Hawái no los acusaban de las cosas habituales: robo, agresión, fraude y cargos similares.[712] Los juzgaban por no presentarse a trabajar, por incumplir el toque de queda y por infracciones de tráfico, sobre todo. Y tal vez algunos, me atrevo a imaginar, fueron acusados de mostrar la mencionada falta de respeto a un miembro de las fuerzas armadas en un local de ocio.

Una vez juzgados y, con toda probabilidad, declarados culpables, los acusados en esos juicios sin jurado podían ser sancionados con multas de miles de dólares o condenados a un máximo de cinco años de prisión (los delitos más graves que merecían sentencias más largas se juzgaban en tribunales militares de otro tipo). Las Órdenes Generales especificaban castigos de hasta treinta días de prisión por dejar puesta la llave de contacto de un coche aparcado y hasta un año de trabajos forzados y una multa de mil dólares por comprar naipes marcados.[713]



«Por infringir la obligación de apagar las luces y las normas de tráfico. Pagábamos en bonos y donaciones de sangre». Un libro infantil de Honolulú, de la época de la ley marcial, que muestra a un acusado temblando ante un juez del tribunal prebostal. Hawaii War Records Depository.

Vivir bajo aquel régimen podía ser exasperante. A un automovilista le impusieron una multa de cincuenta dólares por asalto y agresión por dar patadas a su propio coche.[714] Uno de los casos más inquietantes fue el de un hombre negro que, mientras huía de un bar en el que le había amenazado un portero, chocó con dos policías militares. Lo detuvieron, le acusaron de agredir a un policía y lo condenaron a cinco años de prisión.[715]

Como no había un método uniforme para guardar los registros y los juicios estaban cerrados al público, es difícil saber hasta qué punto eran habituales los atroces errores judiciales de ese tipo. Pero era infrecuente que se dictaran sentencias de más de un año de prisión y hay pocas razones para pensar que muchas personas languidecieran en las cárceles de Hawái.[716] Muchas veces se ordenaba a los acusados que donaran sangre a cambio de la pena de prisión o que compraran bonos de guerra a cambio de la multa. De esa forma, el Ejército obligaba a los hawaianos a hacer actos patrióticos que, para los

continentales, eran opcionales.

La ley marcial estuvo vigente en Hawái casi tres años, es decir, dos años y medio más después de que Japón dejara de ser una amenaza creíble para el territorio. Los mandos militares de las islas se negaron una y otra vez a ceder lo que el secretario del Interior se había aficionado a llamar el «territorio estadounidense "conquistado" de Hawái».[717]

Lo que hizo que se derogara la ley marcial, llegado el momento, fueron varias demandas legales que pusieron el problema de manifiesto ante la opinión pública, en una de las pocas ocasiones en las que los continentales prestaron atención a los territorios. Los abogados del Ejército argumentaron ante el Tribunal Supremo que el estatus territorial de Hawái permitía la ley marcial. Además, añadieron, Hawái tenía «una población heterogénea, con todo tipo de afinidades y lealtades que en muchos casos son ajenas a la filosofía de vida del Gobierno estadounidense».[718]

El tribunal, con gran mérito por su parte, no estuvo de acuerdo. La ley marcial en Hawái era ilegal, fue su conclusión, y la población civil de allí merecía las mismas protecciones que la del continente. «El racismo no tiene cabida en nuestra civilización», dijo un magistrado.[719] Pero la sentencia no se dictó hasta 1946, cuando ya no solo había quedado atrás la ley marcial, sino la propia guerra.

Poco después de apoderarse de las Filipinas, Japón empezó a atacar Alaska. En junio de 1942 bombardeó Dutch Harbor y conquistó las islas aleutianas de Agattu, Attu y Kiska («Alguien debería ser destituido», protestó Manuel Quezón cuando se enteró de que había caído en manos japonesas otro trozo de territorio mal defendido).[720] Los japoneses ocuparon las islas durante más de un año y trasladaron a los escasos habitantes de Attu (42) a Japón como prisioneros de guerra. La mitad murió allí.[721]

Conquistar parte de Alaska fue una victoria importante, y los propagandistas japoneses se llevaron reliquias de las Aleutianas a sus islas de origen para exhibirlas con orgullo.[722] Los habitantes del territorio continental de Estados Unidos no se enteraron demasiado de lo ocurrido, debido a la censura oficial. Aunque Ernest Gruening, que era el gobernador, consiguió no tener que proclamar la ley marcial en

Alaska, a cambio tuvo que aceptar, a regañadientes, cooperar con el Ejército en todos los asuntos oficiales. Alaska se convirtió en una especie de guarnición militar, con sus propios apagones, restricciones de viaje y todo lo demás.

Lo más llamativo fue el bloqueo casi total de la información. En los estados continentales, la censura fue sorprendentemente escasa.[723] El Gobierno se limitaba a pedir a los redactores jefes que no publicaran detalles sobre asuntos delicados. En Alaska, por el contrario, la censura era obligatoria y vigorosa. Los materiales impresos que entraban en el territorio debían pasar por una censura estricta, hasta el punto de que incluso Gruening, el gobernador, tenía que abrir su correo y eliminar artículos de sus ejemplares de *The Washington Post* y *Newsweek*.[724] Las noticias que se originaban allí estaban sometidas a una censura aún más fuerte. Después del ataque japonés, se expulsó a los periodistas que no eran de Alaska (algunos acabaron volviendo). A los demás se les prohibió escribir sobre asuntos estratégicos, lo que, en la generosa interpretación de los militares, significaba casi todos los aspectos de la vida en Alaska.

«¿Somos extranjeros aquí? —preguntó un habitante local—. ¿Acaso no somos también estadounidenses?».[725]

Un indignado Ernest Gruening viajó a Washington para quejarse de «la introducción de los métodos de la Gestapo en Estados Unidos».[726] Pero descubrió que estaba ante un círculo vicioso perfecto: la censura era tan absoluta que ni siquiera los congresistas se enteraban de nada.[727]

Como consecuencia, Alaska fue «el escenario bélico más silencioso»[728] o «el frente oculto»,[729] según decían los periodistas. Hoy en día, es la guerra olvidada. A mucha gente le sorprende saber el mero hecho de que los japoneses estuvieron cerca de Alaska.

También les sorprende enterarse de que se envió a los habitantes de las Aleutianas a campos de internamiento.[730]

El internamiento de japoneses durante la Segunda Guerra Mundial es uno de los mayores motivos de remordimiento de la historia de Estados Unidos. En mayo de 1942 se expulsó por la fuerza de su hogar a alrededor de 112.000 residentes de los estados del oeste, unos de nacionalidad japonesa y otros ciudadanos estadounidenses de

ascendencia japonesa, para recluirlos durante años en campos de concentración. En 1988, el Congreso se disculpó por «la injusticia fundamental» de aquellas acciones y aprobó el pago de veinte mil dólares a cada prisionero, en un ejemplo poco frecuente de pago de indemnizaciones por parte del Gobierno.[731]

Sin embargo, el internamiento es uno de esos episodios que parece distinto cuando se mira más allá del mapa del logotipo. Porque fue en los territorios donde la voluntad del Gobierno de quebrantar las libertades civiles de sus propios habitantes quedó más claramente en evidencia. Hawái es un ejemplo: un semiinternamiento que, en lugar de abarcar un grupo racial, convirtió todo un territorio en un campo armado rodeado de alambre de espino en el que los militares vigilaban los movimientos, las comunicaciones y la actividad política de cada habitante.

Menos conocido es lo que ocurrió en las Aleutianas, la cadena de islas de Alaska que se extendía hacia Asia. Antes de que empezara la guerra, Gruening y sus colegas habían hablado sobre la posibilidad de un ataque japonés. ¿Había que evacuar las islas, por si acaso? Gruening estaba en contra: en su opinión, expulsar a los aleutianos de sus hogares sería desastroso.

La invasión japonesa forzó la situación. El Mando de Alaska ordenó que se sacara a todos los nativos que vivían en las Aleutianas al oeste de Unimak y en las cercanas islas Pribilof y se los enviara al interior de la península. La orden de internamiento no se dio por miedo a la deslealtad, sino «por su propio bien», como forma de mantener a los civiles fuera de la zona de guerra (aunque los aleutianos se dieron cuenta de que a los residentes blancos de la isla de Unalaska sí se les permitió quedarse).[732]

Como Gruening y sus colegas se habían resistido a la idea del campo de concentración para los aleutianos, no había ningún plan establecido. Se introdujo apresuradamente a casi novecientos aleutianos en barcos («Mientras desayunaban —recordaba un oficial en Atka—, los huevos estaban todavía en la mesa»)[733] que los dejaron en el sureste de Alaska, una región que desconocían.

Los aleutianos encontraron ese nuevo entorno inquietante. Según cuentan, las grandes masas forestales les atemorizaban. «Es una sensación rara —señaló alarmado el jefe de la tribu atka—. No hay

sitio para caminar».[734]

Pero los árboles eran el menor de los problemas que aguardaban a los aleutianos. Su nuevo «hogar» era cualquier espacio que la Armada pudiera encontrar sin previo aviso: campamentos mineros abandonados, fábricas de conservas de pescado y campos de trabajo. Muchos carecían de agua corriente. Y con todos los millones que el Ejército estaba invirtiendo en la carretera de Alaska, nunca encontró el dinero necesario para arreglar los campos de internamiento.

¿Y cómo eran los campos? «No tengo las palabras necesarias para describir de forma adecuada lo que he visto —escribió el fiscal general de Alaska a Gruening después de visitar uno—. Si las tuviera, estoy seguro de que no creería lo que le dijera».[735]

Una presa desesperada intentó explicar la situación a las autoridades. El campo «no es sitio para un ser vivo —escribió en una carta—. Bebemos agua contaminada y entonces nos ponemos malos, los niños tienen enfermedades de la piel, incluso los adultos caen enfermos por el frío. Comemos en el comedor, que está cerca del retrete, a solo unos metros de distancia. Comemos la porquería que revolotea alrededor. No tenemos sitio para bañarnos ni para lavar nuestra ropa o secarla cuando llueve».[736]

Gruening fue a visitar los campos acompañado de un médico. Las quejas tenían razón. «Cuando entramos en el primer barracón, el olor a excrementos y desechos humanos era tan fuerte que casi no pude soportarlo», anotó el médico. Los edificios no tenían luz, las alcantarillas no funcionaban y el agua estaba «descolorida, contaminada y poco apetecible».[737]

A pesar de ser ciudadanos leales que habían renunciado a su hogar a petición de la Armada, los aleutianos languidecían en aquellos campos. No estaban rodeados por ninguna alambrada, pero era imposible salir: los aleutianos necesitaban un permiso militar y, en la mayoría de los campos, un barco, y ninguna de las dos cosas estaba disponible.

De modo que allí se quedaron, durante años. Después de que se echara a Japón de las Aleutianas y de que cambiara el rumbo de la guerra, parecía poco probable que las islas siguieran en peligro. Por lo menos, el Gobierno no tuvo inconveniente en llevar a los hombres de las islas Pribilof de vuelta a sus hogares para trabajar en la temporada

de caza de focas de 1943 (el Servicio de Pesca y Vida Silvestre tenía un lucrativo contrato con una empresa de pieles).[738] Ahora bien, en cuanto los pribilovianos entregaron las pieles, los devolvieron directamente a los campamentos.

El largo internamiento no se debió a ninguna animosidad hacia los aleutianos. No eran el «enemigo». Parece solo que a las autoridades les era más fácil mantenerlos donde estaban —lejos— que llevarlos a casa. Además, los militares se habían instalado en muchas de sus casas. Y, como la censura era hermética, no había presión pública. Nadie se enteró.

Sin embargo, el retraso fue importante. Las enfermedades presentes en los campos —consecuencia previsible de una falta casi total de infraestructuras— derivaron en muertes. En los campos de la costa oeste, la tasa de mortalidad no fue mayor que la de la población civil general. En los campos de Alaska, al acabar la guerra, había fallecido el 10 por ciento.

La historia de los internamientos en el Gran Estados Unidos no se limita a la ley marcial hawaiana o el traslado de los aleutianos. Aunque este caso lo conoce poca gente, Estados Unidos también internó a japoneses en Filipinas.

La infame Orden Ejecutiva 9.906 de Roosevelt, que reclamaba el internamiento de los japoneses en el oeste de Estados Unidos, se hizo pública en marzo de 1942, tras muchas deliberaciones. Para encerrar a la población de ascendencia japonesa (alrededor de treinta mil personas) en Filipinas no hizo falta hablar tanto. Meses antes de Pearl Harbor, la Asamblea filipina había aprobado una ley que exigía que los extranjeros se inscribieran en las oficinas de la administración y que se les tomaran las huellas dactilares. El día del ataque, MacArthur ordenó a la policía que reuniera a la población japonesa, incluidos los ciudadanos filipinos naturalizados y las personas de ascendencia japonesa nacidas en Filipinas.[739] Solo se excluyó a los funcionarios consulares de carrera.

No se hizo de buenas maneras. Los soldados arrasaron las casas, las tiendas y las oficinas de los japoneses y los sacaron a rastras cuando era necesario.[740] Una filipina describió un camión lleno de familias a las que se llevaban por la calle:

> La gente gritaba. Mi criado estaba como loco. «¡Colgad a los traidores!», gritó por encima de la valla. Se agachó para coger una piedra, pero se lo impedí. «No te entrometas —le dije en tono severo—. Debes dejar a los americanos que hagan lo que tengan que hacer».[741]

Alentada por las autoridades, la población civil se lanzó a buscar a los japoneses que permanecían ocultos.[742] Los filipinos que los ayudaban a esconderse acababan detenidos.[743] Civiles y soldados violaban a las mujeres y los hogares y negocios japoneses sufrieron saqueos.[744] En Manila, la policía estacionó camiones con más de un centenar de presos en medio de la calle durante un ataque aéreo, un objetivo tentador para los bombarderos japoneses y un tormento aterrador para los que estaban atrapados dentro.[745] En Davao, los guardias desahogaban una y otra vez su rabia contra Japón disparando de forma arbitraria a los prisioneros; un preso calculó que en total habían matado a cincuenta.[746]

Kiyoshi Osawa, un preso que llevaba dieciséis años viviendo en Filipinas, desde que era adolescente, recordaba «la indescriptible ola de incertidumbre y humillación» que le invadió mientras «languidecía en la cárcel».[747]

A Osawa y otros presos como él nunca se los menciona en los relatos estadounidenses sobre los campos de concentración de japoneses. El motivo es, en parte, la tendencia general de excluir a las colonias de la historia de Estados Unidos, aunque sin duda también tiene que ver con la brevedad de su internamiento. Mientras que los campos de la costa oeste, la ley marcial de Hawái y los campos de los aleutianos duraron años, los centros de internamiento de Filipinas se cerraron al cabo de unas semanas, cuando Japón invadió las islas, a finales de 1941.

La invasión puso a los presos como Osawa en una posición curiosa. En la costa oeste, el temor oficial a que los residentes de etnia japonesa colaboraran con Japón resultó infundado. No se conocen más que unos cuantos casos de habitantes del continente que ayudaran materialmente a Japón. Por el contrario, en Filipinas, la lealtad era una cuestión más peliaguda, puesto que Japón había conquistado el territorio. ¿Los japoneses de Filipinas se alinearían con Japón o con Estados Unidos?

Casi por unanimidad, eligieron Japón. Los que habían sido

prisioneros, con armas proporcionadas por el Ejército japonés, se vengaron de forma rápida y brutal de quienes los habían encerrado.[748] Hicieron de intermediarios e intérpretes para los ocupantes. Los filipinos se acostumbraron a ver caras conocidas —el jardinero, el vendedor de helados, el criado— desfilando con uniforme militar japonés.

«No hay palabras para describir la gravedad del dilema al que nos enfrentamos los residentes japoneses cuando nos vimos atrapados entre la brutalidad de los militares japoneses y la miseria de nuestros amigos filipinos», recordaba Osawa.[749] No obstante, se unió al Gobierno de ocupación y trabajó para él durante toda la guerra. A pesar de su «integración en la sociedad filipina», seguía sintiendo un «feroz orgullo de ser japonés».

No cabe duda de que los sentimientos de Osawa se vieron reforzados por el hecho de que sus vecinos filipinos le hubieran encarcelado.

La situación de Kiyoshi Osawa no era infrecuente. Los súbditos colonizados tenían motivos de queja contra Estados Unidos, en especial las víctimas de los campos de internamiento. No era absurdo suponer que algunos pudieran ponerse del lado de Japón durante la guerra, como hizo Osawa. Desde luego, los funcionarios coloniales de todo el imperio del Pacífico tenían muy presente ese miedo.

En cambio, ese miedo no se hizo realidad en los territorios del Pacífico que quedaban fuera del alcance directo de Japón. Por el contrario, los habitantes de Hawái y Alaska apoyaron a Estados Unidos como pocos. De la misma manera que muchos afroamericanos combatieron en la guerra para defender sus demandas de igualdad en casa, los habitantes de los territorios del Pacífico se incorporaron al esfuerzo bélico con ánimo muy decidido, como si tuvieran algo que demostrar. En Hawái se vendieron más bonos de guerra que en ninguna otra parte del país, constantemente entre el doble y el cuádruple de la media nacional.[750] En Alaska, al menos a mitad de guerra, fueron los segundos.[751] A pesar de sufrir presiones gubernamentales más extremas que los ciudadanos del continente, los habitantes de los territorios del Pacífico financiaron la guerra.

Pero el Gobierno no solo les pidió que compraran bonos. En

Alaska, Gruening, preocupado por una invasión japonesa (un mes antes de que Japón atacara las Aleutianas), decidió organizar la Guardia Territorial de Alaska. Iba a ser una milicia, un grupo de ciudadanos armados y preparados para rechazar a los invasores. Como Gruening necesitaba que la guardia se extendiera por toda la costa, eso significaba reclutar a nativos.

«Hasta entonces —recordaba Gruening—, había tenido muy poco contacto con los esquimales».[752] Se preguntó cómo reaccionarían ante la perspectiva de alistarse en el Ejército. Los nativos de Alaska vivían sometidos a un duro sistema de Jim Crow: asientos separados en los teatros, escuelas segregadas y carteles de «No se admiten nativos» en hoteles y restaurantes. Gruening confesó que «no sabía qué resentimiento podía esconderse detrás de sus rostros sonrientes».[753] Tampoco lo sabían los soldados del continente, que temían que los nativos, si estaban armados, pudieran volver sus armas contra el Ejército.[754]

Gruening estaba convencido de que no lo harían y recorrió el territorio con el comandante Marvin Marston para empezar a reclutar gente. Era la primera vez que un gobernador visitaba a los nativos del norte. Gruening fue el primero en hablar y se dirigió a ellos como «conciudadanos de Estados Unidos». Luego, Marston les explicó la petición. No tendrían salario ni uniforme, pero serían soldados —«los ojos y oídos del Ejército»— y llevarían insignias en el hombro para indicar su pertenencia.[755]

«Les vamos a dar armas y municiones —continuó Marston—. Si un japonés viene y atraca su barco, ¿se apresurarán a dispararle?».[756]

Dijeron que sí. «En todas partes encontré respuestas de lo más cordial a mis peticiones de organizar su propia defensa —recordaba Gruening—. En todos los pueblos esquimales convocaba una reunión. Venían todos: hombres, mujeres, niños, bebés».[757] Contando a los auxiliares, alrededor de veinte mil nativos se incorporaron a las «guerrillas de Gruening».[758]

No tenían financiación y muy poco contacto con sus mandos. Y sus relaciones con los militares podían ser de lo más irritante. «Lo pasé muy mal», recordaba Simeon Pletnikoff, que contaba que los soldados del continente lo capturaron, amenazaron con matarlo y trataron de llevarlo ante el mariscal preboste por hacerse pasar por un soldado.[759]

«Pero ¿qué os pasa? —preguntó Pletnikoff—. Soy aleutiano».

A pesar de las humillaciones, los oficiales de la guardia territorial se dedicaron a fortificar el norte de Alaska.[760] Construyeron senderos, arsenales y refugios, se aseguraban de que se respetaran las órdenes de apagar las luces, extinguían incendios en la tundra y se mantenían vigilantes. Cuando los japoneses arrojaron globos en llamas a través del Pacífico en un vano intento de bombardear Norteamérica, la guardia territorial los localizó y los recuperó. Sus fusiles eran los mismos modelos obsoletos de la época de la Primera Guerra Mundial que los de los filipinos, pero eso no impidió que los nativos de Alaska se entrenaran todas las semanas con ellos.

Una vez activadas, las unidades nativas continuaron sirviendo bajo la tutela de la Guardia Nacional de Alaska, con un ritmo de reclutamiento muy superior al de los continentales.[761] Desempeñaron sus funciones con discreción, pero con gran lealtad, hasta bien entrada la Guerra Fría. Un general que aterrizó en la isla de Little Diomede sin previo aviso en 1969 se sorprendió al ver que unos hombres armados y uniformados salían a recibir su avión. ¿Había alguna alerta?, preguntó.[762]

No, le explicaron, simplemente estaban preparados.

El comandante Marston entrega su fusil a un miembro de la Guardia Territorial de Alaska. Cuadro de Rusty Heurlin, que también entrenó a miembros del ATG.

Los nativos de Alaska trabajaron en el anonimato. No fue así con los hawaianos de origen japonés que se alistaron en el Ejército. En mayo de 1942 se formó el 100.º Batallón (separado) de Infantería con más de mil cuatrocientos hombres de ascendencia japonesa, todos ellos ciudadanos estadounidenses. Los periodistas se interesaron mucho por la unidad, conocida como «los conejillos de indias de Pearl Harbor». [763] «Sabíamos que teníamos que ser tan buenos como cualquier unidad formada por caucásicos —recuerda un miembro—. Y sabíamos que teníamos que derramar sangre». [764]

Los japoneses de Hawái sabían que todas las miradas estaban puestas en ellos. Así que estuvieron a la altura. Cuando, al año siguiente, el Ejército pidió soldados de ascendencia japonesa para formar el 442.º Regimiento de Infantería, las plazas reservadas para

los japoneses de los estados continentales no se cubrieron (muchos estaban todavía en campos de concentración). En cambio, la oficina de reclutamiento se vio inundada por casi diez mil japoneses de Hawái. Más de tres cuartas partes de los reclutas iniciales del 442.º eran de las islas.

El 100.º, formado totalmente por hawaianos, y el 442.º, compuesto en su mayoría por hawaianos y que absorbió al 100.º, fueron destinados a Europa. Allí lucharon con innegable valor; en este caso, «valor» es un eufemismo para referirse a un desprecio extremo por la seguridad personal en la labor entusiasta de matar nazis.

Un soldado, Daniel Inouye, mostró una valentía casi inconcebible en Toscana hacia el final de la guerra.[765] Cuando tres ametralladoras alemanas tenían inmovilizados a sus hombres, él se levantó dispuesto a atacar. Inmediatamente, recibió un disparo en el estómago, pero corrió hacia el primer nido de ametralladoras y lo hizo estallar con una granada. Después, según sus propias palabras, subió «a trompicones por la colina» hacia el segundo emplazamiento y lo voló con dos granadas. En su camino hacia el tercer nido, con la última granada en la mano, una granada de fusil alemana le alcanzó el codo derecho y «casi me arrancó el brazo». Pero la mano derecha, que colgaba de «unos cuantos jirones de tejido ensangrentado», seguía apretando su granada activada. La cogió con la mano izquierda y la lanzó contra el tercer nido de ametralladoras. Cuando los pocos alemanes supervivientes salieron corriendo, Inouye agarró su metralleta y los roció con una lluvia de disparos, todo con la mano izquierda. Solo cuando recibió un nuevo disparo, en la pierna, acabó por derrumbarse.

«¡Volved a subir por la colina! —reprendió a sus camaradas cuando corrían a ayudarle—. ¡Nadie ha dado por terminada la guerra!».

Inouye perdió el brazo, pero ganó la Medalla de Honor, el más alto honor que otorga Estados Unidos. En la Segunda Guerra Mundial, solo cuatro divisiones obtuvieron más de diez. El 442.º, un regimiento —la tercera parte del tamaño de una división—, recibió veinte (veintiuno si se cuenta al señor Miyagi en *The Karate Kid*). Y casi diez mil —más de dos tercios— fueron condecorados con un corazón púrpura. En proporción, el 100.º/442.º Regimiento fue una de las

unidades más condecoradas de la historia de Estados Unidos.[766]

---

[687] *The Daily Show with Jon Stewart*, Comedy Central, 12 de agosto de 2008. El chiste se atribuye muchas veces y erróneamente a Ambrose Bierce o Mark Twain. Existen diversas variantes desde el siglo XIX, pero ninguna de Bierce ni de Twain.

[688] Véase Philip Paneth, *Alaskan Backdoor to Japan,* Londres, 1943; David A. Remley, *Crooked Road: The Story of the Alaska Highway,* Nueva York, 1976; Kenneth Coates (ed.), *The Alaska Highway: Papers of the 40th Anniversary Symposium,* Vancouver, 1985; K. S. Coates y W. R. Morrison, *The Alaska Highway in World War II: The U.S. Army of Occupation in Canada's Northwest,* Norman, 1992; y John Virtue, *The Black Soldiers Who Built the Alaska Highway: A History of Four U.S. Army Regiments in the North, 1942–1943,* Jefferson, Carolina del Norte, 2013.

[689] Coates y Morrison, *Alaska Highway*, p. 47.

[690] Ibíd., p. 41.

[691] Julie Cruikshank, «The Gravel Magnet: Some Social Impacts of the Alaska Highway on Yukon Indians», en Coates (ed.), *Alaska Highway*, p. 182.

[692] Malcolm MacDonald, citado en Virtue, *Black Soldiers*, p. 160.

[693] Remley, *Crooked Road*, p. 60.

[694] César J. Ayala y José L. Bolivar, *Battleship Vieques: Puerto Rico from World War II to the Korean War*, Princeton, 2011, p. 25.

[695] «Honolulu . . . Island Boomtown», *Paradise of the Pacific*, mayo de 1944.

[696] Gwenfread Allen, *Hawaii's War Years, 1941–1945*, Honolulú, 1950, p. 284.

[697] Beth Bailey y David Farber, *The First Strange Place: Race and Sex in World War II Hawaii*, Baltimore, 1992, pp. 105, 103.

[698] Tratado de forma convincente en James T. Sparrow, *Warfare State: World War II Americans and the Age of Big Government*, Oxford, 2011. El libro de Sparrow, del que este capítulo toma prestados el título y la inspiración, examina exclusivaente los estados continentales.

[699] Sobre Hawái en tiempo de guerra, véase Allen, *Hawaii's War Years*; J. Garner Anthony, *Hawaii under Army Rule*, Palo Alto, 1955; y Bailey y Farber, *First Strange Place*. El texto definitivo sobre la ley marcial es el de Harry N. Scheiber y Jane L. Scheiber, *Bayonets in Paradise: Martial Law in Hawai'i during World War II*, Honolulú, 2016.

[700] Allen, *Hawaii's War Years*, p. 221.

[701] Louise Stevens, «A Gas Mask Graduation Class», *Paradise of the Pacific*, agosto de 1942.

[702] Frank Knox a FDR, citado en Scheiber y Scheiber, *Bayonets*, p. 135.

[703] Allen, *War Years*, p. 120.

[704] Scheiber y Scheiber, *Bayonets*, p. 86.

[705] Territory of Hawaii, Office of the Military Governor, General Orders 31 and 42, Uncatalogued Subject Files, caja 8, HWRD.

[706] Territory of Hawaii, OMG, General Orders 129, 164, 167, 84, 88, respectivamente, en ibíd.

[707] Scheiber y Scheiber, *Bayonets*, p. 59.

[708] Jim A. Richstad, *The Press under Martial Law: The Hawaiian Experience*, Lexington, 1970, pp. 13-14.

[709] George Akita, extractos del diario, en Hawaii Nikkei History Editorial Board, *Japanese Eyes… American Heart: Personal Reflections of Hawaii's World War II Nisei Soldiers*,

Honolulú, 1998, p. 40.

[710] «Taking Stock of Hawaii», *Honolulu Star Bulletin*, 6 de abril de 1942.

[711] Garner, *Hawaii under Army Rule*, pp. 27, 52.

[712] Scheiber y Scheiber, *Bayonets*, p. 109.

[713] Territory of Hawaii, OMG, General Orders 113 and 134, HWRD.

[714] Drew Pearson, «Demand Cessation of Military Rule in Hawaii», *The Washington Post*, 26 de diciembre de 1942.

[715] Factores importantes que complicaron la situación: el acusado, Fred Spurlock, pidió clemencia al presidente del tribunal y consiguió que le conmutaran la pena de prisión por la de libertad condicional. Pero volvieron a detenerlo por participar en una pelea. El Tribunal Prebostal de Honolulú, al ver que Spurlock estaba en libertad condicional, le condenó en el acto a cinco años de trabajos forzados. No se le permitió declarar ni llamar a testigos. El juicio, según él, duró menos de diez minutos. *Ex Parte Spurlock*, 66 F. Supp. 997 (D. Hawaii 1944).

[716] Scheiber y Scheiber, *Bayonets*, pp. 109-110. En marzo de 1944 la prisión de Oahu albergaba a menos de un centenar de presos, muchos menos que los miles a los que había condenado el tribunal prebostal de Honolulú. Ernest May, «Hawaii's Work in Wartime», *Honolulu Star Bulletin*, 18 de mayo de 1944.

[717] Harold Ickes, citado en Scheiber y Scheiber, *Bayonets*, p. 214.

[718] Citado en *Duncan v. Kahanamoku*, 327 U.S. 304, 333 (1946).

[719] *Duncan*, 327 U.S. en 334 (Murphy, J., opinión mayoritaria).

[720] Michael P. Onorato (ed.), *Origins of the Philippine Republic: Extracts from the Diaries and Records of Francis Burton Harrison*, Ithaca, 1974, p. 154.

[721] La terrible experiencia se narra con detalle en Nick Golodoff, *Attu Boy*, Rachel Mason (ed.), Anchorage, 2012.

[722] Leocadio de Asis, *From Bataan to Tokyo: Diary of a Filipino Student in Wartime Japan, 1943–1944*, Grant K. Goodman (ed.), Lawrence, 1979, p. 65.

[723] Sam Lebovic, *Free Speech and Unfree News: The Paradox of Press Freedom in America*, Cambridge, Massachusetts, 2016, pp. 118-125.

[724] Claus-M. Naske, *Ernest Gruening: Alaska's Greatest Governor*, Fairbanks, 2004, p. 73.

[725] Citado en Driscoll, *War Discovers Alaska*, p. 27.

[726] Citado en Robert David Johnson, *Ernest Gruening and the American Dissenting Tradition*, Cambridge, Massachusetts, 1998, p. 160.

[727] Naske, *Gruening*, p. 77.

[728] «Alaska Quietest War Theater—In Communiqués», *Chicago Daily Tribune*, 12 de julio de 1942.

[729] William Gilman, *Our Hidden Front*, Nueva York, 1944.

[730] Mi exposición se basa sobre todo en *Personal Justice Denied*; Ryan Madden, «The Forgotten People: The Relocation and Internment of Aleuts during World War II», *American Indian Culture and Research Journal* 16, 1992, pp. 55-76; Dean Kohlhoff, *When the Wind Was a River: Aleut Evacuation in World War II,* Seattle, 1995; y Russell W. Estlak, *The Aleut Internments of World War II: Islanders Removed from Their Homes by Japan and the United States,* Jefferson, Carolina del Norte, 2014.

[731] Civil Liberties Act of 1988, 102 *Stat.* 904.

[732] Madden, «Forgotten People», p. 62.

[733] Kohlhoff, *Wind*, p. 70.

[734] Driscoll, *War Discovers Alaska*, p. 48.

[735] Kohlhoff, *Wind*, p. 116.

[736] *Personal Justice Denied*, p. 339.

[737] Ibíd., p. 340.

[738] Ryan Madden, «The Government's Industry: Alaska Natives and Pribilof Sealing during World War II», *Pacific Northwest Quarterly* 91, 2000, pp. 202-209.

[739] «25,000 Japanese Interned», *Manila Tribune*, 9 de diciembre de 1941; Richard Connaughton, *MacArthur and Defeat in the Philippines*, Woodstock, Nueva York, 2001, p. 189.

[740] John Hersey, *Men on Bataan*, Nueva York, 1942, pp. 35-36.

[741] Pacita Pestaño-Jacinto, *Living with the Enemy: A Diary of the Japanese Occupation*, Pasig City, 1999, p. 3.

[742] Eliseo Quirino, *A Day to Remember*, Manila, 1958, p. 20.

[743] «Filipino Arrested for Hiding "Friend"», *Manila Tribune*, 12 de diciembre de 1941.

[744] Maria Virginia Yap Morales (ed.), *Diary of the War: World War II Memoirs of Lt. Col. Anastacio Campo*, Quezon City, 2006, pp. 30, 43-46.

[745] «Internees Cower as Sirens Sound», *Manila Daily Bulletin*, 29 de diciembre de 1941.

[746] Hiroyuki Mizuguchi, *Jungle of No Mercy: Memoir of a Japanese Soldier*, Manila, 2010, pp. 33-36. Se describen más malos tratos en P. Scott Corbett, *Quiet Passages: The Exchange of Civilians between the United States and Japan during the Second World War*, Kent, Ohio, 1987, pp. 50-52.

[747] Kiyoshi Osawa, *The Japanese Community in the Philippines before, during, and after the War*, Manila, 1994, p. 222.

[748] Descrito en Marcial P. Lichauco, «*Dear Mother Putnam»: A Diary of the War in the Philippines*, Manila, hacia 1949, p. 17. Véase también Hayase Shinzo, «The Japanese Residents of "Dabao-Kuo"», en *The Philippines under Japan: Occupation Policy and Reaction*, Ikehata Setsuho y Ricardo Trota Jose (eds.), Quezon City, 1999, pp. 247-287.

[749] Osawa, *Japanese Community*, p. 162.

[750] William K. Hanifin, «Bond Sales», 30 de abril de 1946, carpeta 66, caja 37, HWRD.

[751] Naske, *Gruening*, p. 97.

[752] Ernest Gruening, *Many Battles: The Autobiography of Ernest Gruening*, Nueva York, 1973, p. 210.

[753] Gruening, *Many Battles*, p. 210. Sobre la segregación en Alaska (a la que Gruening se opuso enérgicamente), véase Terrence M. Cole, «Jim Crow in Alaska: The Passage of the Alaska Equal Rights Act of 1945», *Western Historical Quarterly* 23, 1992, pp. 429-449.

[754] Muktuk Marston, *Men of the Tundra: Eskimos at War*, Nueva York, 1969, p. 156.

[755] Henry Varnum Poor, *An Artist Sees Alaska*, Nueva York, 1945, p. 123.

[756] Marston, *Men of the Tundra*, p. 58.

[757] Gruening, introducción a Marston, *Men of the Tundra*, p. 4.

[758] Capitán Richard Neuberger, «Eskimo Guerrillas», *Saturday Evening Post*, 17 de febrero de 1945, p. 6; Marston, *Men of the Tundra*, p. 156.

[759] Ray Hudson, «Aleuts in Defense of Their Homeland», en *Alaska at War, 1941–1945: The Forgotten War Remembered*, Fern Chandonnet (ed.), Anchorage, 1995, p. 163.

[760] Charles Hendricks, «The Eskimos and the Defense of Alaska», *Pacific Historical Review* 54, 1985, p. 281.

[761] Ibíd., p. 292.

[762] C. F. Necrason, «Epílogo», en Marston, *Men of the Tundra*, p. 179.

[763] Masayo Umezawa Duus, *Unlikely Liberators: The Men of the 100th and the 442nd*, trad. ingl. de Peter Duus 1983; Honolulú, 1987, p. 113.

[764] Robert Asahina, *Just Americans: How Japanese Americans Won a War at Home and Abroad*, Nueva York, 2006, p. 35. La historia del 100.º y el 442.º se ha contado muchas veces, y uno de los mejores análisis es el del libro de Asahina. Hay una útil perspectiva mundial en T. Fujitani, *Race for Empire: Koreans as Japanese and Japanese as Americans during World War*

II, Berkeley, 2011, cap. 5.

[765] Historia y citas de Daniel K. Inouye, *Journey to Washington*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1967, pp. 150-154.

[766] Sobre la comparación de condecoraciones entre distintas unidades, véase James M. McCaffrey, *Going for Broke: Japanese American Soldiers in the War against Nazi Germany*, Norman, 2013, pp. 346-347.

12

Hay momentos en los que algunos hombres tienen que morir

Hawái y Alaska se militarizaron para rechazar una invasión que nunca llegó. Hubo ataques en los dos territorios, pero, salvo las islas Aleutianas de Alaska, ambos permanecieron intactos. En esto tuvieron suerte. En el resto del Pacífico, la guerra provocó la invasión y conquista de las colonias occidentales.

Todo empezó con «Pearl Harbor». Aunque en Estados Unidos se recuerda el acontecimiento como un ataque contra una base hawaiana, eso no fue más que una parte. Ese día, los japoneses lanzaron un ataque casi simultáneo contra las colonias de los aliados en todo el Pacífico.[767] Como los bombardeos por sorpresa salen mejor al despuntar el día, la idea era atacar los objetivos principales —Hawái, Filipinas, Guam y Hong Kong— poco después del amanecer.

Ahora bien, amanecer es un concepto relativo. El fallo inevitable del plan japonés era que los territorios atacados podían avisar a los que estaban más al oeste, donde todavía era de noche. Esto era especialmente preocupante pensando en los B-17 de MacArthur, su «unidad estrella» de Filipinas, que era el pilar de la defensa aliada en el Pacífico.[768] Con la advertencia de Hawái, las fortalezas volantes

podrían estar en el aire y preparadas.

Peor aún, los aviones japoneses que estaban en Taiwán y debían atacar las Filipinas no despegaron a tiempo. La espesa niebla los mantuvo en tierra durante seis horas, así que MacArthur dispuso de mucho más tiempo para reaccionar a las noticias de Hawái.[769] Los pilotos japoneses tenían motivos para temer que, para cuando llegaran a Filipinas, MacArthur estaría esperando. Incluso era posible que sus B-17 bombardearan Taiwán antes de que los aviones pudieran despegar.

Pero no fue eso lo que sucedió, en absoluto. «El panorama que nos aguardaba era increíble —decía un piloto japonés recordando su llegada a Filipinas—.[770] En lugar de encontrarnos con un enjambre de cazas americanos lanzándose al ataque, miramos hacia abajo y vimos alrededor de sesenta bombarderos y cazas enemigos perfectamente estacionados en las pistas del aeródromo». Los aviones de MacArthur no estaban en el aire ni, desde luego, de camino a Taiwán. Estaban en tierra, ordenados en filas.

Los asombrados pilotos japoneses arrojaron sus bombas.

MacArthur sí había recibido las noticias de Hawái. El teléfono sonó en su ático del Hotel Manila a las 3:40 de la madrugada, hora filipina. Se vistió y corrió al cuartel general.

Pero es imposible saber qué sucedió después. Da la impresión de que MacArthur no hizo prácticamente nada durante horas. El jefe de la fuerza aérea visitó dos veces su cuartel general en un intento desesperado de reunirse con él, pero no vio más que la puerta de su despacho cerrada. Durante esas horas hubo repetidas advertencias de Washington que no tuvieron respuesta; se desobedecieron órdenes directas.

¿Se había quedado MacArthur catatónico? ¿Estaba desplegando alguna táctica tortuosa (pero ineficaz)? Al biógrafo de MacArthur su comportamiento le pareció «desconcertante». Es un enigma, escribió, «que nunca resolveremos».[771]

Fuera cual fuera la causa, las consecuencias fueron catastróficas. Los japoneses atacaron poco después del mediodía, nueve horas después de que sonara el teléfono de MacArthur. «Vimos arder nuestras hermosas fortalezas volantes, estallar ante nuestros ojos sin

poder hacer nada para remediarlo»,[772] escribió un copiloto de un B-17. En cuestión de horas, MacArthur perdió dieciocho de sus treinta y cinco B-17 y unos noventa aviones más. Muchos de los restantes aparatos quedaron muy dañados. El jefe de la fuerza aérea de MacArthur dijo que era «uno de los días más negros de la historia militar de Estados Unidos».[773]

Antes del ataque, la fuerza aérea de MacArthur estaba incompleta. Ahora era inutilizable.[774] Los japoneses llevaron a cabo nuevos bombardeos, una y otra vez, y MacArthur no pudo hacer nada. Eran ellos, y no él, quienes controlaban los cielos. Era otra vez 1898 y la batalla de la bahía de Manila. Solo que ahora Estados Unidos ocupó el lugar de España: un imperio lejano que perdió su flota en un solo día.

Con la rápida eliminación de la mejor esperanza que tenían los aliados para organizar la defensa en el Pacífico, los japoneses conquistaron el resto de sus objetivos a toda velocidad. Guam cayó el 10 de diciembre, Tailandia el 21, la isla de Wake el 23 y Hong Kong el día de Navidad. El día de Año Nuevo sucumbió Manila. Luego fue el turno de las demás grandes capitales coloniales de Asia: Singapur el 15 de febrero («El peor desastre y la mayor capitulación de la historia británica», se lamentó Winston Churchill),[775] Batavia el 5 de marzo y Rangún el 8. En tres meses asombrosos, Japón había sometido a los imperios holandés, británico y estadounidense en el Pacífico.

MacArthur se había quedado sin los B-17, pero todavía tenía su ejército, que, contando a los reservistas, comprendía alrededor de 150.000 efectivos. Sin embargo, los reservistas, casi sin armas ni entrenamiento, no estaban preparados, en absoluto, para enfrentarse a las experimentadas tropas japonesas. Muchos desaparecieron sin más; en dos semanas, las fuerzas del norte de Luzón se redujeron de 28.000 a 16.000.[776] Las tropas que sobrevivieron seguían superando en número a la primera oleada de invasores japoneses en la isla, pero dio igual. El ejército de MacArthur luchó contra Japón con tanta eficacia (como dijo un periodista) como un trozo de roble contra una sierra circular.[777]

MacArthur renunció a luchar y se concentró en trasladar a los soldados que quedaban en Luzón hacia la relativa seguridad de la península de Bataán. La retirada tuvo toda una coreografía: atacar,

retroceder, dinamitar el puente, repetir. Lo malo era que la tenían que llevar a cabo dos de las deterioradas fuerzas de MacArthur, a través de grandes distancias (184 puentes destruidos en total) y con el acompañamiento del fuego enemigo. Curiosamente fue ahí, en la retirada, donde MacArthur demostró su valía como jefe militar. Según todos los testigos, fue una maniobra muy bien ejecutada. El general Pershing la calificó de «obra maestra, uno de los mejores movimientos de tropas de toda la historia militar».[778]

Mientras su debilitado ejército se reagrupaba en Bataán, MacArthur declaró Manila «ciudad abierta». A partir del 1 de enero la iba a dejar totalmente indefensa, lo que significaba que los japoneses podrían entrar en paz. No obstante, antes de que los japoneses tomaran la ciudad, las fuerzas estadounidenses echaron su maldición. Incendiaron los depósitos de petróleo y destruyeron los principales puentes de la ciudad, unos puentes que había construido el Gobierno con gran orgullo (y con los impuestos de los filipinos).

«Era difícil creer que nuestra situación militar hubiera empeorado hasta ese punto»,[779] comentó un residente en Manila, mientras observaba las grandes columnas de humo negro que se elevaban sobre la ciudad.

Una vez más, como en tiempos de Cameron Forbes, los altos estamentos del Gobierno abandonaron Manila. Pero esta vez no se fueron a Baguió, que también había sufrido ataques (había cinco cráteres de bombas en el campo de golf del Baguió Country Club).[780] Huyeron a Corregidor, una isla fortificada de la bahía de Manila un poco más pequeña que el Bajo Manhattan.

Si Baguió era un balneario al aire libre, Corregidor era un búnker claustrofóbico. Más de diez mil militares y destacados políticos se apiñaban en profundos túneles excavados en la roca de la isla. También estaba presente el dinero, puesto que Roosevelt había ordenado al alto comisionado que vaciara los bancos. En conjunto, era una escena extraña: las bombas japonesas golpeaban la tierra sobre sus cabezas, el hijo de MacArthur, de tres años, desfilaba por los túneles cantando el «Himno de Batalla de la República»[781] y el botín del dragón —aproximadamente cinco toneladas y media de oro, ciento cincuenta toneladas de pesos de plata y millones en billetes estadounidenses— se limitaba a relucir.[782]

La situación en Bataán era más seria. Desde una perspectiva militar, la península era un lugar prometedor para defenderse de un asedio. Ahora bien, para sobrevivir a un asedio se necesita comida, y no había, ni mucho menos, suficiente para alimentar a los 80.000 soldados y los 26.000 civiles refugiados.[783] En enero los hombres disponían de medias raciones; en marzo, tenían suerte si conseguían la cuarta parte de una ración.[784] Buscaban comida a la desesperada por toda la zona de alrededor. Comían caballo, perro, mula de carga, iguana, serpiente y mono[785] («Parecía un bebé asado», comentó un soldado con repugnancia).[786] Un sargento intentó comer cigarrillos.[787] Como era de esperar, florecieron las enfermedades: disentería, malaria, anquilostomiasis y un indicador infalible de una deficiencia nutricional prolongada, el beriberi.

«En las trincheras no hay ateos»,[788] según un famoso dicho de tiempos de guerra, que transmite la desesperación de la primera línea de combate. Resulta que la frase se acuñó en Bataán.

Ya habría sido bastante dramático que el asedio de Bataán hubiera enfrentado a Japón contra Estados Unidos. Pero es que tres cuartas partes de los hombres de MacArthur eran filipinos. Por consiguiente, el asedio sumó interrogantes políticos a los militares. ¿Lucharían los filipinos por su imperio? ¿Y su imperio lucharía por ellos?

Franklin Delano Roosevelt expuso su posición con claridad. «Prometo solemnemente al pueblo de Filipinas que recuperarán su libertad y restableceremos y protegeremos su independencia —dijo en un mensaje dirigido a la colonia—. Todos los recursos de Estados Unidos, humanos y materiales, respaldan esta promesa».[789]

Eran palabras fuertes. Pero, examinadas con detalle, también eran vagas. Los filipinos iban a «recuperar» la libertad, pero ¿eso no implicaba que antes tenían que perderla? Además, el presidente no había dicho nada de cuándo iba a pasar todo eso. Inmediatamente después de la declaración, Roosevelt encargó a su secretario de prensa, Steve Early, que despejara el calendario. Early regañó a los periodistas por fijarse «demasiado en lo inmediato en lugar del objetivo final» en la promesa del presidente.[790] «Deben tener en cuenta las distancias», les rogó.

Pero los filipinos se tomaron en serio la promesa. Circularon

rumores de que estaba en camino un convoy inmenso, de varios kilómetros de longitud, rebosante de alimentos y material. «Nos imaginábamos la enorme flota de barcos grises como el acero que se dirigía hacia nosotros, las proas que cortaban las olas y rociaban todo de una espuma multicolor», recordaba un oficial filipino en Bataán.[791] El propio MacArthur creía que Washington estaba preparando el envío de ayuda.

Sin embargo, la ayuda llegó con cuentagotas y, a medida que transcurrían las semanas, la esperanza se convirtió en rabia. Y los propagandistas japoneses aprovecharon ese estado de ánimo. Publicaron panfletos dirigidos a los filipinos que arrojaban sobre las tropas hambrientas. «No luchamos contra vosotros, sino contra Estados Unidos —decía uno—. Rendíos y os trataremos como hermanos».[792] Los japoneses prometieron la independencia de Filipinas. Arrojaron menús del Hotel Manila, lo que tuvo el doble efecto de agravar el hambre de los filipinos y recordarles la gran vida exclusivamente para blancos de la que habían disfrutado los estadounidenses del continente.[793]

Emilio Aguinaldo habló por la radio para animar a sus compatriotas a que depusieran las armas y cooperasen con Japón. Cuando le preguntaron sobre esa actitud después de la guerra, no se mostró arrepentido. Japón siempre había apoyado su causa, señaló. «Los estadounidenses fueron los únicos que me traicionaron».[794]

No ayudó a MacArthur que los filipinos pudieran oír todos los discursos de Roosevelt, no solo los dirigidos a ellos. Le oyeron dar más importancia al enemigo alemán que al japonés. Oyeron su firme decisión de defender a Inglaterra.

Apenas una semana después de prometer que emplearía todos los recursos de Estados Unidos en la defensa de Filipinas, Roosevelt pronunció su discurso sobre el estado de la Unión. «Para nosotros fue un trago amargo no poder desembarcar un millón de hombres en mil barcos en las islas Filipinas», dijo («Un momento, ¿por qué utiliza el pasado?», se preguntaron seguramente los filipinos).[795] Pero, continuó, «hemos tenido que tomar decisiones difíciles». El ataque contra Japón llegaría «a su debido tiempo».

Manuel Quezón temblaba de indignación. «No puedo soportar esta referencia constante a Inglaterra, a Europa. Aquí estoy yo y aquí está

mi pueblo, bajo la bota de un conquistador —exclamó—. Qué típico de los estadounidenses es estremecerse de angustia por la suerte de un primo lejano mientras alguien está violando a la hija en la trastienda». [796]

MacArthur también estaba furioso. Filipinas —el escenario de la gloria de su padre, su hogar adoptivo— estaba recibiendo el trato propio de una zona de sacrificio.

MacArthur reclutó al periodista de Manila Carlos Rómulo para que ofreciera una versión más positiva de la situación. Rómulo era uno de los escritores más influyentes de la colonia y posteriormente obtendría un Premio Pulitzer, el Premio Nobel de la Paz y la presidencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Desde Corregidor, Rómulo dirigía una emisora de radio, La Voz de la Libertad. Su objetivo no era solo contrarrestar la propaganda japonesa, sino también, como dijo uno de los principales ayudantes de MacArthur, «borrar el desafortunado efecto de las voces que llegaban por las ondas desde América, que solo hablaban de Europa».[797] La ayuda estaba en camino, prometió Rómulo. A pesar de lo que pudiera parecer, la ayuda estaba en camino.

Pero Quezón no se lo creía y, en su inquietud, acabó por apreciar la lógica de la posición de Aguinaldo. «Esta guerra no es obra nuestra», destacó en un telegrama a Washington.[798] ¿Qué derecho tenía Estados Unidos a arrastrar a Filipinas a una guerra y luego abandonarla? ¿Por qué Washington defendía a una potencia imperialista, Gran Bretaña, mientras dejaba pudrirse a su propia gente? «Desde la seguridad de la que disfruta —dijo Quezón a Roosevelt—, Estados Unidos, en la práctica, ha condenado a los dieciséis millones de filipinos a la destrucción».[799]

Quezón exigió la independencia inmediata.[800] Así, alegó, podría proclamarse neutral y negociar para que tanto Japón como Estados Unidos retiraran sus fuerzas. MacArthur apoyó el plan y advirtió a Roosevelt que «el ánimo de los filipinos es de un resentimiento casi violento contra Estados Unidos».[801]

Ahora fue Roosevelt quien se indignó. «Usted no tiene autoridad para comunicarse con el Gobierno japonés —reprendió a Quezón—. [802] Mientras la bandera de Estados Unidos ondee en suelo filipino —prometió—, la defenderán nuestros propios hombres hasta la muerte». [803]

«Hasta la muerte» no era mera retórica emocionante; era el resultado más probable. El Gobierno de Roosevelt ya había acordado con Gran Bretaña una estrategia de guerra, «Alemania primero», lo que significaba dar prioridad a Europa.[804] El precio asumido de esa estrategia era dejar que Japón capturara Filipinas. ¿Verdaderamente estaba Estados Unidos dispuesto a que sucediera?, preguntó Churchill. El secretario de Guerra, antiguo gobernador general de Filipinas, le tranquilizó: «Hay momentos en los que algunos hombres tienen que morir».[805]

En marzo, Roosevelt ordenó a MacArthur, Quezón y otros altos funcionarios que salieran de Filipinas. Estaban abandonando la colonia.

Pero antes había que sabotear el cuartel general de Corregidor. Sacaron el oro a escondidas, de noche, hasta un submarino que lo llevó a San Francisco. El papel moneda lo quemaron («¿Sabes qué he aprendido después de quemar diez millones de dólares? —dijo un oficial—. Que los billetes de veinte, con la efigie de Jackson, arden más rápido que los de cinco, con Lincoln»).[806] Las ciento cincuenta toneladas de pesos de plata, demasiado voluminosas para trasladarlas, las depositaron en un lugar secreto de la bahía de Manila: un objetivo tentador para los futuros buscadores de tesoros.[807]

Quezón entregó a Douglas MacArthur medio millón de dólares del Tesoro filipino, como recompensa por los servicios prestados.[808] MacArthur tenía prohibido aceptarlo por ser oficial del Ejército estadounidense, pero lo aceptó. Quezón y MacArthur partieron hacia Australia y Rómulo los siguió.

«Volveré», prometió MacArthur.

Las tropas de Bataán, en cambio, no fueron a ningún lado. Entonaban una canción que reflejaba perfectamente su apurada situación:

> Somos los bastardos combatientes de Bataán:
> sin mamá, sin papá, sin el tío sam,
> sin tías, ni tíos, ni sobrinos, ni sobrinas,
> sin fusiles, ni cañones, ni piezas de artillería,
> y a nadie le importa un bledo.[809]

Como era inevitable, las defensas de Bataán se vinieron abajo, aunque más por hambre que en combate. Los japoneses obligaron a las tropas

capturadas, tanto filipinas como estadounidenses, a recorrer grandes distancias hasta los campos de concentración: la tristemente famosa «marcha de la muerte de Bataán». Miles de filipinos y cientos de continentales murieron en el camino, algunos ejecutados por los japoneses y otros simplemente desfallecidos.

Fue como si «el mundo se hubiera vuelto del revés», escribió una filipina que lo vio. «Los estadounidenses, que eran nuestros gobernantes e ídolos desde que teníamos memoria, se convirtieron de la noche a la mañana en unos desgraciados desastrados y sin afeitar». [810]

Sin embargo, desde el punto de vista de Estados Unidos, los blancos que se habían enfrentado a Japón eran unos héroes, en particular MacArthur. Mientras que a los generales responsables de Hawái el 7 de diciembre los relevaron del mando y fueron objeto de investigaciones en repetidas ocasiones, MacArthur recibió una Medalla de Honor por su «gallardía e intrepidez».[811] El Congreso declaró el 13 de junio de 1942 como el «Día de Douglas MacArthur» y los fabricantes de insignias empezaron a vender chapas de «MacArthur presidente».

«Toda la gente que conozco piensa que primero está Dios y después MacArthur», declaró a un periodista un comerciante de San Antonio. Un ama de casa de Hollywood pensaba lo mismo: «Nunca en mi vida he tenido deseos de pecar, pero con ese hombre sí lo haría». [812]

Se publicó un libro sobre la derrota de MacArthur, *They Were Expendable* (1942) *[Eran prescindibles]*, de W. L. White, que tuvo inmenso éxito: la primera vez que un libro sobre Filipinas llegaba a la lista de los más vendidos.[813] El director John Ford lo llevó al cine con una película protagonizada por John Wayne y Robert Montgomery, y cobró por ello el mayor sueldo que había recibido un director en la historia de Hollywood.[814]

No fue el único film. El «cine de Bataán» se convirtió casi en un género aparte: *Bataan [Bataán]*, *Texas to Bataan [De Texas a Bataán]*, *Corregidor*, *Manila Calling*, *So Proudly We Hail [Sangre en Filipinas]*, *Salute to the Marines*, *Cry «Havoc»*, *Air Force [Fuerzas aéreas]* y *Somewhere I'll Find You*. Por fin, tras años de no acordarse de Filipinas, los continentales empezaban a prestar atención.

Carlos Rómulo vio una oportunidad que no debía desaprovechar.

Recorrió frenéticamente Estados Unidos durante dos años y medio y habló en nada menos que 466 pueblos y ciudades.[815] Su mensaje era el mismo en todas partes: los filipinos no eran extranjeros, eran familia y necesitaban ayuda. Los títulos de los dos libros que publicó durante la guerra destacaban ese parentesco: *Mother America* y *My Brother Americans*.

El tema favorito de Rómulo era Bataán. Descubrió que los soldados de allí no se llamaban a sí mismos «americanos» ni «filipinos», sino «filamericanos».[816] Aquello le hizo pensar en Rudyard Kipling y en su famoso verso: «Oriente es Oriente, y Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán».

«¡Ojalá hubiera estado con nosotros en Bataán! —reflexionó Rómulo—. Me hubiera gustado mostrarle kilómetros de trincheras llenas de cuerpos americanos y filipinos y pedirle que repitiera ante esa carne mezclada que "nunca se encontrarán los dos"».[817]

En opinión de Rómulo, Bataán era la historia de unos filipinos que se sacrificaban por Estados Unidos. Pero no fue así como lo vio Hollywood. Aunque el título de la película *They Were Expendable [Eran prescindibles]* reflejaba a la perfección la situación de los filipinos, el «ellos» se refería a los blancos que estaban en Filipinas, los tipos como John Wayne y Robert Montgomery. En su soliloquio, el personaje de Wayne se lamenta por Bataán y «los 36.000 soldados de Estados Unidos» abandonados allí, «atrapados como ratas, pero muriendo como hombres».[818] En realidad, seguro que en Bataán estaban atrapados más del doble de soldados estadounidenses. Pero además había filipinos.

En ese aspecto, las películas eran incorregibles. Las estrellas eran blancas, los guionistas eran blancos y las tragedias que mostraban les ocurrían a personas blancas: soldados, marineros, médicos y enfermeras. Incluso la película *Bataán*, que rompió estereotipos al relatar la heroica historia de una patrulla formada por soldados de varias razas (un joven Desi Arnaz interpretaba a un estadounidense de origen mexicano), no tenía más que un personaje filipino con diálogo, un moro que empleaba un inglés chapurreado e iba descamisado. En otras películas, los filipinos servían sobre todo de decorado.[819]

Rómulo, al ver la situación, trató de conseguir un papel en una película sobre Bataán. Su idea era encarnar no el personaje de

ayudante nativo medio mudo, sino a sí mismo: un coronel condecorado del Ejército estadounidense que hablaba inglés y había estudiado en la Ivy League.[820] Pero no consiguió el papel. Nunca existió el papel.

En un momento de desánimo, Rómulo confesó estar «sorprendido y horrorizado» por la indiferencia de los continentales hacia Filipinas.[821] Washington le parecía «repleto de pequeños Nerones, todos tocando el arpa alegremente» mientras ardía el imperio.[822]

Mientras Carlos Rómulo recorría Estados Unidos suplicando que recordaran que los filipinos también eran «estadounidenses», Filipinas estaba transformándose. Los clubes de blancos habían pasado a servir a los asiáticos. El camarero del Baguió Country Club dejó de hacer julepes de menta y empezó a servir sake: era un club de oficiales japoneses.[823] El ático de MacArthur en el Hotel Manila que había construido Parsons se conservó como atracción turística.[824] El Hotel Leonard Wood, sin embargo, se convirtió en un burdel.[825]

Los nombres de la avenida Taft, el bulevar Dewey, Fort McKinley y Burnham Green se cambiaron por otros japoneses. De hecho, en todo el imperio se sustituyeron nombres occidentales por otros autóctonos. Batavia se convirtió en Yakarta, Singapur en Syonan, Manchuria en Manchukuo, Guam en Omiya Jima y Wake en Odori. También se habló de cambiar el nombre de Filipinas. Una de las propuestas fue ponerle el nombre del nacionalista del siglo XIX José Rizal, pero nunca llegó a nada.[826]

En pocas palabras, el imperio estadounidense estaba siendo desplazado por el imperio japonés. Los filipinos dejaron de celebrar el 4 de julio y el Día de la Ocupación y empezaron a observar el cumpleaños del emperador y el 8 de diciembre («Día de los Héroes Nacionales»). El cumpleaños de Rizal, que Manuel Quezón había convertido en «Día de la Lealtad» a Estados Unidos, pasó a conmemorar la expulsión del «imperialismo occidental» de Asia.[827]

Muchos filipinos, como Aguinaldo, se alegraron de que por fin se hubiera expulsado a Estados Unidos, y era fácil comprender por qué. Incluso los que se encontraban en el bastión estadounidense de Corregidor tenían motivos de sobra para estar resentidos. De joven, Manuel Quezón había languidecido durante cuatro meses en una

prisión estadounidense sin que se le imputara ningún cargo.[828] Carlos Rómulo recordaba que los soldados estadounidenses habían intentado matar a su padre, habían torturado a su abuelo con la «cura de agua» y habían colgado a su vecino de un árbol, al estilo sureño. «Me propuse odiarlos toda mi vida», fue la conclusión del joven Rómulo.[829]

Con el tiempo, Quezón y Rómulo acabaron haciendo las paces con el imperio occidental, pero ¿y los demás? A finales de los años treinta, Rómulo había recorrido Asia. En todos los lugares a los que había ido había encontrado «una sensación de traición a manos de los blancos». En la Birmania británica, la gente con la que habló parecía aguardar con impaciencia una invasión japonesa. «¿No les preocupaba el trato que les pudieran dar los japoneses?», preguntaba Rómulo. «Ningún cambio podría ser a peor», respondían.[830]

Japón se aferró a ese profundo resentimiento contra el imperialismo blanco. Sus propagandistas recordaron a los filipinos la larga historia imperialista de Estados Unidos, empezando por cómo habían desposeído a los indios norteamericanos y pasando por la guerra con México, la anexión de las colonias españolas y la guerra de Filipinas, hasta la política de tierra quemada practicada ante la invasión japonesa. «Estados Unidos ha malgastado vuestro dinero en crear grandes bulevares y lujosos complejos turísticos de montaña», añadió un escritor japonés, que se prestó con alegría a echar sal en las heridas causadas en la época de Daniel Burnham.[831]

Japón ofrecía otra cosa: «Asia para los asiáticos». Este lema puede sonar manido hoy en día, pero para una región colonizada durante mucho tiempo era una idea intensa y revolucionaria. Incluso Rómulo admitió que era «moralmente irrefutable».[832]

Pero las potencias blancas nunca permitirían la independencia de Asia, insistían los japoneses. Había que conquistarla. El emperador Hirohito afirmó que el origen de la guerra residía «en el pasado, en el tratado de paz firmado después de la Primera Guerra Mundial»,[833] cuando Woodrow Wilson había bloqueado el intento de Japón de incluir la igualdad racial en el pacto fundacional de la Sociedad de Naciones. Si el más idealista de los aliados no estaba dispuesto a reconocer ni siquiera el principio de que todas las razas merecían el mismo trato, ¿qué posibilidades había de que alguna vez se llegara a

aceptar a los asiáticos en pie de igualdad?

Un problema más acuciante era si los japoneses podrían aceptar a los filipinos como iguales. El inicio de la dominación japonesa no fue un buen augurio. La primera proclamación oficial de Japón después de capturar Manila fue una amenaza: frente a cualquier hostilidad o resistencia de los filipinos, toda su «tierra natal» quedaría reducida a «cenizas».[834]

En la segunda semana, el Gobierno militar especificó diecisiete actos punibles cuyo castigo sería la muerte. Entre otros, rebelarse, dar información falsa, dañar cualquier cosa de valor militar (incluida la ropa), esconder comida, hablar mal de la moneda japonesa, desobedecer órdenes, obstruir el tráfico o actuar de una manera «contraria a los intereses» del Ejército. El mero hecho de sugerir estos actos era motivo de ejecución.[835]

«Era como si Filipinas se hubiera convertido en una inmensa prisión militar», recordaba un escritor.[836] El autor de un diario describió Manila en el segundo mes de dominio japonés: «Todos los días, de camino a la oficina, me encuentro con docenas de filipinos atados a los postes en castigo por algún delito insignificante. Normalmente, las víctimas tienen la piel negra y azul o están sangrando por los terribles latigazos que han recibido».[837] Las decapitaciones públicas, llevadas a cabo en el acto y sin juicio, no eran infrecuentes.

Los filipinos vieron rápidamente que Japón no había ido a liberar su país, sino a saquearlo. Si Alemania estaba enjaulada por los países vecinos, Japón estaba cercado por los imperios: el imperio británico (Malaya, Birmania, Singapur, Hong Kong), el imperio holandés (las Indias Orientales Holandesas, hoy Indonesia), el imperio estadounidense (Filipinas, Alaska, Hawái, Guam) y China, en la que todos los imperios estaban involucrados. Los japoneses decían que sufrían el «cerco ABCD» (American-British-Chinese-Dutch, americano-británico-chino-holandés) y que, por consiguiente, el acceso de Japón al petróleo, al caucho, al estaño e incluso a los alimentos dependía de mercados extranjeros. Los turbulentos años treinta, que habían interrumpido el comercio internacional, habían dejado claro lo peligrosa que era esa situación. Si Japón quería que su economía

industrial siguiera creciendo, tendría que adueñarse de esas colonias.[838]

Filipinas era un objetivo especialmente importante en esa búsqueda japonesa del *Lebensraum*. Se encontraba justo entre Japón y las colonias de gran riqueza de recursos, como Malaya y las Indias Orientales Holandesas. Además, el gran volumen de su economía podría contribuir a alimentar la maquinaria de guerra japonesa.

Y así fue. «Los japoneses pululaban por todas las Filipinas como enjambres de termitas», escribió un periodista de Manila.[839] Los agentes comerciales recorrían la ciudad en busca de material de guerra: hierro, acero, cobre, lona, chapas onduladas y maquinaria.[840] En algunas fábricas, los japoneses se hicieron con el mando, de otras sacaron toda la maquinaria para llevársela y otras las derribaron por completo. En las ciudades confiscaban los coches y, en el campo, los tractores. En 1944, los japoneses estaban ya derribando las gasolineras vacías —hacía tiempo que se había agotado el combustible— para extraer las vigas de hierro incrustadas en sus paredes de hormigón.[841]

Pero lo que más preocupaba era la comida. Japón instituyó una economía dirigida que obligaba a los agricultores a vender sus productos al Gobierno para que este los distribuyera de forma racionada. Pero los japoneses comían primero y dejaban poca cosa para los filipinos. Y como el Gobierno pagaba a los agricultores en moneda de ocupación que no valía casi nada, muchos se limitaban a abandonar sus tierras y huían a la ciudad. Otros ocultaban las cosechas al Gobierno y las vendían en el mercado negro. En cualquier caso, la consecuencia fue el hambre.

Para los que recordaban tiempos lejanos, la sensación debió de ser parecida a la de 1899. Una vez más, había una potencia imperial que se inmiscuía en el abastecimiento de alimentos de la colonia. Una vez más, el cólera arrasó Manila, como consecuencia de la descomposición social y los desplazamientos de población. Y, una vez más, los filipinos se defendieron. Restos de las fuerzas rendidas de MacArthur y las guerrillas recién formadas se dedicaron a atormentar a los japoneses.

Tal como había pasado en 1899, la guerrilla se hizo fuerte en los lugares en los que el control del Gobierno era más débil. Es decir, las montañas y la isla de Negros, donde los rebeldes crearon su propio Gobierno en la sombra. Trasladaron la Universidad de Silliman a las

montañas y la mantuvieron en funcionamiento como «Universidad de la Jungla» (al acabar la guerra, las universidades filipinas aceptaron los créditos obtenidos en esa universidad). Establecieron una autoridad monetaria e imprimieron su propio dinero.[842]

En cuanto al Ejército japonés, sus jefes decidieron recurrir a una serie de técnicas represivas desgraciadamente conocidas. Bloqueaba la entrada y la salida de las ciudades. Torturaba a los sospechosos, con métodos como la vil «cura de agua».[843] E instituyó zonas de reconcentración.[844]

Además, Japón probó algo que Estados Unidos no había hecho. Decidió conceder la independencia a Filipinas. No prometer la independencia —cosa que Estados Unidos también había acabado haciendo—, sino concedérsela de verdad.

Japón lo hizo, el 14 de octubre de 1943.

Ese día, alrededor de medio millón de personas asistieron a la celebración en la Luneta.[845] Allí estaba Emilio Aguinaldo, con la bandera andrajosa que había enarbolado contra los españoles en 1898. También estaba su viejo camarada Artemio Ricarte, «el padre del Ejército filipino», famoso por haber preferido exiliarse que rendirse. Juntos, izaron una nueva bandera, inspirada en la original de Aguinaldo, frente al Edificio Legislativo de Juan Arellano. Era la primera vez que se permitía a la bandera filipina ondear a solas.

«Los aplausos fueron ensordecedores», escribió Antonio Molina, que estaba entre el público. Molina no creía que fueran a cambiar muchas cosas. El Ejército japonés seguía en Filipinas, aunque ahora, en teoría, como «aliado». Todo el mundo sabía que el nuevo Gobierno obedecería las órdenes de Tokio. Aun así, Molina no pudo negar una «satisfacción irreprimible al ver ondear, al cabo de tanto tiempo, nuestra bandera nacional en solitario». Mientras la izaban, Molina lloró.[846]

Juró el cargo un nuevo presidente: José Laurel, un juez del Tribunal Supremo de Filipinas educado en Yale. Su padre había muerto en un campo de concentración estadounidense.[847] Laurel recibió una salva de veintiún cañonazos.[848]

Douglas MacArthur observaba la situación con gran inquietud. La economía militar de Japón no era nada comparada con la de Estados

Unidos. En 1941, un año en el que Estados Unidos estaba todavía en paz, había fabricado más del quíntuple de aviones y diez veces más barcos que Japón. Pero esos aviones y barcos estaban destinados sobre todo a Europa.[849]

El motivo era en parte una cuestión de prioridad: el Gobierno de Roosevelt se aferraba a su estrategia de «Alemania primero». Pero también era geográfico. De San Francisco al cuartel general de MacArthur en Australia había más del doble de distancia que de Nueva York a Inglaterra. Y mientras que las rutas de suministro del Atlántico conectaban puertos grandes y consolidados como Nueva York y Liverpool, las rutas del Pacífico dependían del desarrollo a toda velocidad de unos cuantos puertos, a veces construidos desde cero, y a veces en lugares tan remotos como Guadalcanal, Pago Pago, Kwajalein y la isla de Manus.

Hasta que estuvieran disponibles, MacArthur tenía que arreglárselas con lo que llamaba «material de bajo presupuesto».[850] Se quejó ruidosamente a Washington por su tacañería, pero no le sirvió de nada.[851] A su jefe aéreo, que llegó a mediados de 1942, le sorprendió descubrir que le esperaba una fuerza aérea «lamentablemente pequeña», con solo seis B-17 en funcionamiento.[852]

Los planes de los aliados consistían en una ofensiva limitada contra Japón, que permitiera ir comiéndole terreno hasta después de derrotar a Alemania. Y ya solo esa estrategia resultaba sobrecogedora al principio. Las fuerzas japonesas, además de capturar Filipinas, estaban expandiéndose hacia el sur, por las Indias Orientales Holandesas, Papúa Nueva Guinea y las islas Salomón. Los estrategas militares de Australia, que esperaban una invasión, se prepararon para sacrificar el norte del continente.[853] MacArthur carecía de recursos para hacer retroceder a los japoneses y recuperar todo el territorio que habían perdido los aliados.

A cambio, se convirtió en un genio del ahorro. MacArthur dejó de jugar al Risk y empezó a jugar al Go, es decir, a saltar con sus unidades sobre las posiciones japonesas. Lo que había comprendido (junto con el almirante Chester Nimitz en el Pacífico Central) era que, en la era de la aviación y en un campo de batalla formado por islas, no era necesario mantener un frente continuo como en un enfrentamiento deportivo. MacArthur podía sortear los bastiones

japoneses, cortarles las líneas de suministro y dejarlos «embolsados y aislados de toda ayuda exterior».[854]

Lo llamaba la filosofía de «golpearlos donde no están y dejarlos pudrirse en la mata».[855]

Y le salió bien. MacArthur refunfuñaba y decía que todo sería más fácil si Washington le diera un acorazado, pero, aun sin él, su avance en el mapa fue constante —Guadalcanal (agosto de 1942), Buna (noviembre de 1942), Cabo Gloucester (diciembre de 1943), Los Negros y Manus (febrero de 1944) y Hollandia (abril de 1944)—, saltando de victoria en victoria por Nueva Guinea y las islas del Pacífico Sur. Nimitz hizo lo mismo atravesando el Pacífico desde Hawái.

La doble campaña del Pacífico fue larga y brutal y es revelador que muchos veteranos de la guerra que después ocuparon puestos de importancia en la política se forjaran en ellas. John F. Kennedy naufragó en las islas Salomón (hoy una isla lleva su nombre). Lyndon Baines Johnson ganó una Estrella de Plata, que le entregó MacArthur en persona, por su «valentía» como observador de artillería en Nueva Guinea. Richard Nixon estuvo en logística aérea en la zona de operaciones de MacArthur. Gerald Ford recorrió animosamente prácticamente todos los archipiélagos del Pacífico en un portaaviones ligero. El teniente George H. W. Bush, de veinte años, cayó derribado junto con otros ocho aviadores sobre Chichi Jima, en las islas Bonin.[856] Bush tuvo mucha suerte y fue rescatado por un submarino. Sus ocho compañeros murieron, cuatro de ellos de forma espantosa, como desgraciadas víctimas del caso documentado más famoso de canibalismo japonés en tiempos de guerra.

Ahora bien, el objetivo de esta doble ofensiva no era enriquecer el currículum de futuros presidentes. El objetivo era atacar a Japón para poner fin a la guerra del Pacífico. Pero la estrategia de saltar de isla en isla había suscitado una cuestión vital. Los aliados podían llegar a Japón sin necesidad de conquistar todas las islas en el camino. ¿Qué islas debían tomar y cuáles debían sortear?

Y lo que era más importante, ¿tenían que molestarse en tratar de capturar las Filipinas, donde los japoneses estaban atrincherados? ¿Por qué no tomar las islas del sur del país y dejar Luzón a los japoneses? ¿O saltarse todo el archipiélago y atacar Taiwán, que, al fin

y al cabo, estaba más cerca de Japón? A mediados de 1944, los principales mandos del Ejército se inclinaban por el plan de Taiwán: Ernest King, jefe de Operaciones Navales, Hap Arnold, jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército y, con ciertas vacilaciones, George Marshall, jefe de Estado Mayor del Ejército.[857]

Decir que MacArthur no estaba de acuerdo sería quedarse cortos. Estaba indignado. Para él, la decisión sobre qué ruta tomar no era solo una cuestión militar; era moral. Filipinas era «territorio estadounidense», decía indignado, en el que diecisiete millones de personas estaban «sufriendo las mayores privaciones y los mayores padecimientos porque no hemos sido capaces de ayudarlos ni socorrerlos».[858] Era tal la pasión con la que MacArthur opinaba sobre este tema que Marshall se sintió obligado a advertirle de que no permitiera que los «sentimientos personales» interfirieran en las decisiones estratégicas.[859]

La cuestión se debatió en una reunión con Roosevelt en Honolulú, en julio de 1944. MacArthur se empeñó a fondo. Insistió en que dejar al margen Filipinas sería un error militar, un error psicológico, un error político y un error ético. Pidió a Roosevelt que se acordara de los soldados de Bataán que languidecían en campos enemigos. Le recordó que los asiáticos estaban observando cómo trataba Estados Unidos a su mayor colonia. Le recordó su promesa de volcar «todos los recursos» de Estados Unidos en el rescate de Filipinas. «Las promesas deben cumplirse», le dijo al presidente.[860]

«Tú ganas, Douglas», dijo Roosevelt.[861] La cuestión no se resolvió del todo en Honolulú —los estrategas seguirían discutiendo sobre si dar prioridad a Taiwán o Filipinas durante dos meses más—, pero MacArthur lo había conseguido. Tal como había prometido, iba a volver a Filipinas.

¿Cómo sería ese regreso? Cuando Japón invadió el imperio estadounidense del Pacífico en 1941-1942, las rendiciones fueron rápidas: Guam se entregó en cuestión de horas y las Aleutianas más occidentales no ofrecieron resistencia a la ocupación. Pero había dos razones para pensar que las cosas podrían no ser tan fáciles en la otra dirección. En primer lugar, Japón, al contrario que Estados Unidos, había fortificado sus colonias de primera línea. En segundo lugar, la

cultura militar japonesa no instaba precisamente a rendirse ante una fuerza superior.

Una pista de lo que esperaba a MacArthur se pudo ver en los territorios pequeños del Pacífico que reconquistó Estados Unidos antes de llegar a Filipinas. Bajo el Gobierno estadounidense, las islas de Attu y Kiska, de las Aleutianas, habían sido unos puestos remotos casi despoblados y sin árboles, sin nada que ver con las maquinaciones de los estrategas bélicos. En cambio, Japón las había convertido en puestos de combate. Se levantaron cientos de edificios —bases, talleres, barracones, fábricas, un hospital, una panadería— que prestaban servicio a miles de soldados.[862] Los japoneses estaban atrincherados y listos para luchar.

Y en Attu lucharon. Cuando las fuerzas aliadas trataron de recuperar la isla en 1943, la batalla que se desencadenó mató a cientos de soldados estadounidenses y aniquiló a casi toda la guarnición, compuesta por más de dos mil soldados japoneses que lucharon hasta la muerte. Fue, para los dos bandos, un precio muy elevado por una isla cuya población antes de la guerra era de menos de cincuenta personas.[863]

Los mandos estadounidenses contaban con que Kiska, que albergaba a miles de soldados japoneses en su elaborado sistema de túneles, sería aún peor. Pero no fue así. La víspera de la invasión, por la noche, las fuerzas japonesas abandonaron en silencio la isla y escaparon. Las únicas bajas fueron algunos soldados aliados que tropezaron con minas o se dispararon unos a otros por accidente en medio de la niebla.

No era posible huir así de Guam, que los *marines* estadounidenses atacaron en el verano de 1944. La invasión estuvo precedida por trece días de ataques aéreos y navales, un bombardeo de «una escala y una duración nunca vistas en la Segunda Guerra Mundial», según dice la historia oficial del Cuerpo de Marines.[864] La sucesión de ataques navales e incursiones aéreas golpeó a guameños y japoneses por igual.

Preocupados por la posibilidad de que los guameños facilitaran la invasión estadounidense y con el miedo a morir de forma inminente, los soldados japoneses se volvieron contra la población. Las decapitaciones, las violaciones y los disparos indiscriminados se generalizaron. Los soldados hicieron marchar a toda la población

nativa, unos dieciocho mil habitantes, hacia el sur de la isla, donde mataron a muchos de ellos. Un soldado estadounidense recordó posteriormente que se había encontrado con un montón de cadáveres decapitados: «Las cabezas yacían como bolas de bolera por todas partes».[865]

Murieron unos quince mil soldados japoneses y cientos de guameños. En el asalto para recuperar la isla, el Ejército estadounidense arrasó la capital y bombardeó todos los edificios importantes de la ciudad: el museo, el hospital, la residencia del gobernador y el tribunal. La guerra destruyó aproximadamente cuatro quintas partes de las viviendas de Guam.[866]

Al terminar, Estados Unidos encerró a miles de guameños «liberados» en campos de internamiento, a pesar de sus objeciones, mientras la Armada derribaba lo que quedaba de la capital para construir una base militar. Fue una más de las ocasiones en las que Estados Unidos internó a su propia gente durante la guerra.[867]

Los sangrientos combates en Attu y Guam fueron un preocupante anticipo de lo que MacArthur podía esperar en Filipinas, la gran colonia abandonada por Estados Unidos. La situación en las islas estaba descomponiéndose a toda velocidad. En 1944, el Ejército japonés dejó de comprar comida con sus pagarés depreciados y empezó a confiscarla sin reparos.[868] El presidente Laurel proclamó una crisis alimentaria y ordenó que todos los adultos menores de sesenta años trabajaran ocho horas a la semana para aumentar la producción de alimentos.[869] En septiembre, el autor de un diario tomaba nota de «la visible disminución de la población de gatos» de Manila.[870] En diciembre, los habitantes de la ciudad estaban muriéndose de hambre por las calles.[871]

A medida que la situación de las fuerzas imperiales japonesas era cada vez más apurada, la violencia empeoraba. Claro Recto, ministro de Cultura de Filipinas, escribió una carta francamente atrevida sobre el tema a un general japonés. En ella señalaba las prácticas militares habituales de «abofetear a los filipinos en la cara, atarlos a los postes u obligarlos a arrodillarse en público, a veces bajo el sol ardiente, o golpearlos, por el menor fallo, error o provocación».[872] Además de estos tormentos diarios, había «miles de casos» de personas «quemadas

vivas, asesinadas a punta de bayoneta, golpeadas sin piedad o sometidas a diversos métodos de tortura física, sin distinción de edad ni sexo». Recto escribía sobre la matanza de un centenar de personas en su ciudad natal, dentro de la campaña constante de Japón para extirpar a los guerrilleros. Pero podría haber mencionado muchas otras, como una expedición de castigo en Pana que mató a veinte veces más personas.[873]

Eso era Filipinas en tiempo de paz. En octubre de 1944, más de doscientos mil soldados de MacArthur iniciaron su asalto, cerraron las vías marítimas e irrumpieron en las playas. MacArthur desembarcó en la isla de Leyte, al sur de Luzón, el 20 de octubre de 1944.

«He vuelto»: Douglas MacArthur, en primer plano, vuelve a pisar suelo filipino. Carlos Rómulo, con casco, está detrás de él.

«He vuelto —anunció al pueblo filipino por radio—. Uníos a mí».[874]

El objetivo de MacArthur era Manila. Y, por fin, tenía los aviones necesarios para alcanzarlo. Un manileño los recordaba atravesando la ciudad como los monos voladores de *El mago de Oz*, «volando muy bajo, pero deprisa, rozando la parte superior de los edificios».[875] Apuntaban a cualquier cosa de valor militar: carreteras, vías férreas, camiones y (una vez más) puentes.[876]

Los mandos militares japoneses tenían ante sí una decisión

trascendental. ¿Debían abandonar la ciudad, como en Kiska? ¿O quedarse y luchar, como en Guam? El general Yamashita Tomoyuki, jefe del 14.º Ejército de Área, vio las cosas claras. Escaseaban los suministros de todo tipo y, con los accesos marítimos y terrestres a Manila cortados, era difícil que pudieran reponerlos. El ejército de Yamashita ya había reducido sus raciones diarias de comida de 1,3 kilos a 400 gramos.[877] Además, Manila era imposible de conservar. Una gran ciudad, habitada por más de un millón de civiles hostiles, llena de edificios inflamables y en terreno llano: defenderla sería un suicidio. Tal como había hecho MacArthur en 1941, Yamashita ordenó la salida del Ejército.

Pero el Ejército no era la única fuerza japonesa en la zona. Mientras Yamashita sacaba sus tropas, el contralmirante Iwabuchi Sanji, comandante de la Fuerza de Defensa Naval de Manila, llevó a dieciséis mil hombres a la ciudad. Consideraba que su deber era proteger las instalaciones militares de Manila.

Iwabuchi debía de ser consciente de que, al final, las fuerzas de MacArthur iban a tomar Manila. Pero podía ponérselo difícil. Sus hombres colocaron minas explosivas por toda la ciudad. Levantaron fortines en las intersecciones críticas y convirtieron los edificios de hormigón más grandes de la ciudad en fortalezas. Hicieron acopio de municiones.

Cuando Yamashita se dio cuenta de lo sucedido, ordenó, furioso, a Iwabuchi que abandonara Manila. Iwabuchi respondió, sin faltar a la verdad, que no podía.[878] Las fuerzas de MacArthur tenían la ciudad rodeada.

«Cerramos de golpe la puerta trasera antes de empezar a luchar», dice la historia oficial de la principal división de MacArthur.[879] Un grupo de historiadores militares concluyó que ese cerco a la ciudad fue «el error estratégico de la campaña de Filipinas».[880] Al cortar la ruta de escape de Iwabuchi, MacArthur prácticamente garantizó la resistencia hasta el final del almirante en una ciudad abarrotada de gente.

La batalla de Manila iba a ser una lucha sin cuartel.

Cuando las tropas aliadas llegaron a Manila, la endeble tregua que existía entre las fuerzas japonesas y los habitantes de la ciudad se

rompió por completo.[881] Iwabuchi ordenó matar a todos los no japoneses que hubiera en el campo de batalla. Sus tropas se dedicaron a destruir la ciudad. Eliminaron las redes de luz y agua. Dinamitaron fábricas y almacenes y las llamas se extendieron, como era de prever, hacia las zonas residenciales. Cuando los habitantes salían huyendo a la calle (el «campo de batalla», para los soldados), los mataban.

En teoría, los hombres de Iwabuchi solo luchaban contra los «guerrilleros». Pero en los hambrientos, vengativos y caóticos días de la invasión estadounidense, la línea entre guerrilla y población civil se difuminó casi del todo. Los extractos del diario capturado de un soldado japonés en Manila nos dan una idea de la magnitud de la violencia.[882]

> 7 de febrero: Esta noche eliminamos a 150 guerrilleros. Yo apuñalé y maté personalmente a diez.
> 10 de febrero: Vigilé aproximadamente a mil guerrilleros.
> 13 de febrero: Ahora soy guardia en un campo de internamiento de guerrilleros. Durante uno de mis turnos, aproximadamente diez guerrilleros trataron de escapar. Murieron apuñalados. A las 16.00 horas, todos los guerrilleros murieron quemados.

La afirmación de que todas las víctimas de los japoneses eran guerrilleros era una excusa de la que se prescindía sin problemas, por ejemplo, cuando las tropas acorralaban a cientos de mujeres jóvenes para su explotación sexual. Los grandes hoteles, incluido el Hotel Manila de MacArthur, se convirtieron en escenario de violaciones masivas organizadas. Los diarios escritos durante la batalla de Manila están repletos de otras atrocidades que revuelven el estómago: mujeres embarazadas destripadas, bebés a los que mataban con una bayoneta, familias enteras asesinadas. Los hombres de Iwabuchi, preparados para morir, tenían pocos límites morales.

Esta fue la primera y única vez que las fuerzas estadounidenses y japonesas lucharon en una ciudad importante. Los hombres de MacArthur se incorporaron a la sangría con cautela. Expulsar a las fuerzas de Iwabuchi al mismo tiempo que protegían las vidas de los filipinos era una operación delicada. Al evaluar la zona de Intramuros, donde los japoneses se habían atrincherado especialmente bien, el jefe de la fuerza aérea de MacArthur sugirió utilizar napalm para «bombardear el lugar hasta destruirlo por completo».[883] Pero

MacArthur se negó. Los habitantes de Intramuros eran una población «amiga», recordó. El bombardeo aéreo era «impensable».[884]

Tal vez para MacArthur. Sin embargo, a los pocos días de iniciar la batalla, empezó a parecerles más pensable a sus subordinados. Los japoneses estaban escondidos en edificios por toda la ciudad. Asaltar sus guaridas una por una usando armas cortas era complicado. Sería más fácil bombardear o arrasar edificios enteros.

Durante la aproximación a Filipinas, cuando los hombres de MacArthur luchaban contra los japoneses en islas aisladas o en claros de selvas, las bombas y el fuego de artillería habían hecho maravillas. Habían reducido al mínimo las bajas de Estados Unidos y le habían permitido aprovechar su abrumadora capacidad industrial. Porque, por fin, tenía esa capacidad. Si en 1941 las fuerzas de MacArthur estaban mal equipadas, en 1945 —con la guerra europea en sus últimas fases y la economía estadounidense a toda máquina— tenían todo lo que necesitaban. Había muchos explosivos a su disposición.

La 37.ª División de Infantería, en particular, creía en «el máximo uso de la potencia de fuego pesada», como dijo su comandante, el general Robert S. Beightler. La 37.ª era conocida como la división que más munición de artillería derrochaba en el teatro de operaciones. «Desde luego, esa reputación no nos ha molestado jamás —explicó Beightler—, porque no tenemos más que señalar que luchamos durante más de dos años y perdimos menos hombres que otras divisiones con una experiencia de combates equiparable».[885]

La 37.ª División se encargó de la mayoría de los combates en Manila. El 9 de febrero, cuando llevaban seis días de lucha, murieron diecinueve de sus miembros y resultaron heridos más de doscientos. No era nada comparado con los miles de filipinos que morían a diario, pero a Beightler le pareció «alarmante».[886] La división volvió a la táctica que le había funcionado. En lugar de enfrentarse a los hombres de Iwabuchi en combate directo, se dedicaría a destruir los edificios en los que pudieran estar escondidos. «Para decirlo de forma vulgar, tiramos la casa por la ventana —informó Beightler—. En mi opinión, perder una sola vida estadounidense para salvar un edificio era inconcebible».[887]

Conviene leer esa frase dos veces. Beightler consideraba que tenía ante sí una elección —no especialmente difícil— entre vidas y

arquitectura. Pero, como bien sabía, esos edificios estaban habitados. Algunos por soldados enemigos, por supuesto, pero muchos por civiles. Unos civiles que también eran «estadounidenses», aunque nadie los tratara como tales.

Las demás divisiones que participaban en el asalto a Manila también aumentaron la presión. Pese a que la zona de Intramuros se salvó de los bombardeos con napalm, aun así quedó, con el visto bueno de MacArthur, completamente destruida. Durante una hora de locura, el 23 de febrero, el abarrotado distrito (todavía habitado) recibió tres toneladas de explosivos por minuto. Los proyectiles caían, a un ritmo de más de uno por segundo,[888] «como rayos arrojados por la mano de un dios furioso», escribió un observador.[889]

Manila, 1945.

«Convertimos los imponentes y clásicos edificios oficiales en un montón de polvo y chatarra», se vanaglorió Beightler.[890]

Al cabo de una semana de combates, el bombardeo estadounidense de toda la zona que encontraban delante las tropas en su avance era ya, según un informe, «la norma más que la excepción».[891] Cualquier estructura sospechosa de contener tropas japonesas era

un objetivo. «Aplastamos poco a poco una maldita manzana tras otra hasta convertirlas en una masa irreconocible», registró la historia oficial de la 37.ª División.[892]

Entre los edificios destruidos hubo centros de refugiados, como el Hospital General de Filipinas (un edificio histórico, construido por Parsons), donde se refugiaban algunos soldados japoneses y más de siete mil civiles.[893] La 37.ª disparó contra él durante dos días y dos noches. Fueron «días de terror», recordaba un filipino atrapado dentro. «Todavía hoy puedo oír con claridad los gritos de los heridos».[894] Otros refugios —el Hospital de los Remedios y el Convento de la Concordia— corrieron la misma suerte.

Los bombardeos estadounidenses y las matanzas japonesas crearon una tormenta letal perfecta. El político Elpidio Quirino lo descubrió personalmente.[895] Quirino era uno de los delegados que habían redactado la Constitución del Estado libre asociado. Había sido miembro del gabinete de Manuel Quezón y más tarde, después de la guerra, se convertiría en presidente del país. Vivía en el acomodado enclave de Ermita (en el 506 de la calle Colorado) con su esposa Alicia, sus hijos Tommy y Dody y sus hijas Norma, Vicky y Fe Angela (que tenía dos años).

La «hora más oscura» de Quirino comenzó con los incendios provocados por Japón.[896] Ermita era una zona especialmente amenazada, sobre todo porque los japoneses se habían fortificado en las principales intersecciones y disparaban a cualquiera que saliera a la calle. En la mañana del día 9, un proyectil estadounidense se estrelló contra la casa de los Quirino. La familia decidió salir a pesar de las balas japonesas y huir a la casa de la madre de Alicia, doña Concepción Jiménez de Syquia, que vivía en la misma calle. Alicia sacó a cuatro de sus hijos, mientras Elpidio y Dody quedaban cogiendo comida. Cuando Alicia llegó a la esquina de la casa de su madre, un nido de ametralladoras japonés abrió fuego y mató a Alicia y a Norma. Un infante de marina japonés cogió a la pequeña Fe Angela, la arrojó al aire y la empaló con su bayoneta. Tommy y Vicky fueron los únicos que consiguieron llegar a casa de su abuela.

Los vecinos de los Quirino, en el sur de Manila, huyen hacia las tropas estadounidenses en busca de protección.

Elpidio dejó a Dody en casa para tratar de llevar comida a casa de doña Concepción. Pero el fuego japonés y los bombardeos estadounidenses se lo impidieron y no llegó hasta el día siguiente. Cuando llegó, descubrió que su mujer y dos de sus hijas estaban muertas. Dody, que había intentado recuperar los cuerpos, también murió, de una herida de metralla en la sien.[897]

El bombardeo continuó. Los Quirino y los Syquia, catorce en total, volvieron a salir a la calle, corriendo entre los proyectiles y los disparos de refugio en refugio, por inseguros que fueran. Por la noche, un proyectil estadounidense impactó en la casa donde dormían y partió casi en dos el cuerpo de la cuñada de Elpidio. Doña Concepción sufrió un infarto y falleció durante el ataque.

La familia volvió a huir. No tenía más remedio. La casa estaba en llamas.

Era difícil encontrar refugio. «Si escapabas de los proyectiles de los americanos, no podías escapar de las ametralladoras ni de las bayonetas de los japoneses», recordaba Elpidio.[898] Después de dejar a su mermada familia en otro refugio temporal, volvió a ir en busca de un sitio más seguro. Cuando acababa de salir, un proyectil estadounidense impactó en el edificio y alcanzó a cinco miembros de su clan y a la cocinera de doña Concepción. Tres murieron y tres

resultaron heridos, entre ellos, su hijo Tommy. Los Quirino tuvieron que volver a huir. Y esta vez consiguieron ponerse a salvo.

En cuatro días, Elpidio Quirino había perdido a ocho miembros de su familia, entre ellos, su esposa, su suegra y tres de sus cinco hijos. Una mujer que lo vio al final de la contienda lo recordaba dando tumbos por Manila en camiseta, embadurnado de barro, con la mirada vacía, como un rey Lear contemporáneo.[899]

El almirante Iwabuchi se hizo fuerte en la Luneta, el conjunto de edificios oficiales que había proyectado Daniel Burnham. Las mismas cualidades arquitectónicas que Burnham apreciaba —hormigón grande y sólido, vistas impresionantes de la ciudad— hacían que esos edificios fueran fortalezas ideales.

El Edificio Legislativo de Juan Arellano era el cuartel general de la Fuerza Central de Iwabuchi.[900] Dentro esperaban alrededor de doscientos cincuenta soldados japoneses. Todas las vías de aproximación al edificio estaban en campo abierto, iba a ser difícil sacarlos. Lo intentó un batallón estadounidense, pero los japoneses lo repelieron. También fracasó otro intento de hacer salir a los japoneses. Así que la 37.ª División de Infantería hizo lo que mejor sabía hacer: disparar sus obuses y los cañones de sus tanques específicamente contra el edificio durante dos horas sin parar, hasta que el enorme edificio se vino abajo.

El orgullo del Estado colonial, construido por un filipino con arreglo a los planos de un continental, yacía en ruinas. Era difícil no ver el simbolismo.

El Edificio Legislativo de Juan Arellano, después de dos horas de bombardeos dirigidos contra él por la 37.ª División de Infantería.

Manila estaba repleta de símbolos. La sexta ciudad más grande de Estados Unidos[901] —más grande que Boston y Washington, DC— se había convertido durante un mes de lucha en un matadero. La parte sur de Manila, donde había vivido Quirino, había quedado arrasada. Había cuerpos en descomposición por todas partes, muchos de ellos con huellas de tortura o ejecución. El hedor era insoportable.

«Los edificios más grandes se habían transformado en meros montones de escombros y desechos. En algunas zonas de varios kilómetros cuadrados, apenas quedaba piedra sobre piedra. Era como si todas las fuerzas de la destrucción se hubieran unido para actuar e incluso eso se había superado —escribió un periodista local—. Parecía obra del demonio».[902]

Tal vez del demonio, pero no de forma indiscriminada. La lógica de «mejor perder un edificio que una vida estadounidense» sirvió para proteger a los soldados del continente. En un mes de lucha, murieron 1.010. Comparémoslo con los 16.665 soldados japoneses que perecieron. Y comparémoslo con los 100.000 filipinos muertos. Por cada «vida estadounidense» perdida, murieron cien manileños.[903]

O eso creemos. Como de costumbre, los fallecidos entre los soldados procedentes del continente se contaron con una precisión de hasta el último dígito, mientras que las cifras de víctimas filipinas fueron, en el mejor de los casos, estimaciones fundamentadas. El

cálculo de 100.000 muertos, aceptado por el Ejército estadounidense, se extrapoló a partir de las cifras presentadas por los servicios funerarios después de la guerra.[904]

En cualquier caso, Manila no fue el único lugar que sufrió ataques. También hubo bombardeos en pueblos y ciudades más pequeños. «Toda la ciudad de Baguió quedó arrasada», se lamentó José Laurel, el presidente filipino.[905] Él mismo estuvo a punto de morir en el ataque. Los aviones estadounidenses bombardearon repetidamente su residencia y la destruyeron por completo.[906] En la campaña de Baguió arrojaron 466 toneladas de bombas y casi 19.000 litros de napalm.

«Destrozamos ciudades enteras con nuestras bombas y nuestros proyectiles —reconoció el alto comisionado—. Destruimos carreteras, edificios públicos y puentes. Arrasamos ingenios azucareros y fábricas». Al final, concluyó, «no quedó nada».[907]

El senador Millard Tydings inspeccionó la colonia al acabar la guerra.[908] Calculó que habían quedado destruidos entre el 10 y el 15 por ciento de sus edificios y habían sufrido daños otro 10 por ciento. Después de la guerra, los filipinos presentaron al Gobierno demandas de indemnización por 1.111.938 muertos.[909] Si se suman las víctimas japonesas (518.000)[910] y las de estadounidenses continentales (el Ejército contabilizó algo más de 10.000),[911] el total asciende a más de 1,6 millones.

La Segunda Guerra Mundial en Filipinas no suele aparecer en los libros de texto de historia. Pero debería. Fue, con gran diferencia, el acontecimiento más destructivo ocurrido en suelo estadounidense.

Oscar Villadolid, un niño en aquel entonces, recuerda una escena habitual en los días posteriores a la «liberación» de Manila. Un soldado pasó por su calle repartiendo cigarrillos y chocolatinas Hershey. Le preguntó a Villadolid cómo se llamaba, hablando despacio. Cuando este respondió en perfecto inglés, el soldado se sorprendió. «¿Cuándo has aprendido americano?», le preguntó.[912]

Villadolid le explicó que, cuando Estados Unidos había colonizado Filipinas, había implantado el inglés en las escuelas. La respuesta confundió todavía más al soldado. «¡Ni siquiera sabía que Estados Unidos tenía una colonia aquí en Filipinas!», se maravilló Villadolid.

Pensémoslo por un instante. Aquel soldado había hecho un largo viaje a través del Pacífico. Le habían explicado su misión, le habían enseñado mapas, le habían dicho dónde ir y a quién disparar. Pero en ningún momento comprendió que se estaba preparando para salvar una colonia estadounidense, que la gente con la que se iba a encontrar eran ciudadanos estadounidenses como él.

Creía que estaba invadiendo un país extranjero.

---

[767] Sobre el ataque, véase especialmente Louis Morton, *The Fall of the Philippines,* Washington, DC, 1953; D. Clayton James, *The Years of MacArthur*, vol. 2, Boston, 1975, cap. 1; John Costello, *Days of Infamy: MacArthur, Roosevelt, Churchill—the Shocking Truth Revealed*, Nueva York, 1994; Richard Connaughton, *MacArthur and Defeat in the Philippines,* Woodstock, Nueva York, 2001; y William H. Bartsch, *December 8, 1941: MacArthur's Pearl Harbor,* College Station, 2003.

[768] Douglas MacArthur, citado en Bartsch, *December 8*, p. 193.

[769] Costello, *Days of Infamy*, pp. 20-21.

[770] Mark Perry, *The Most Dangerous Man in America: The Making of Douglas MacArthur*, Nueva York, 2014, p. 74.

[771] William Manchester, *American Caesar: Douglas MacArthur, 1880–1964,* Boston, 1978, pp. 206, 205. Manchester propone la hipótesis de que MacArthur quizá había sufrido una «sobrecarga de información». John Costello utiliza las notas de una entrevista nunca publicada de 1942 con Lewis Brereton, el comandante aéreo de MacArthur, para sugerir otra posibilidad más condenatoria: MacArthur se reunió con Brereton esa mañana (a pesar de que Brereton y MacArthur lo negaron posteriormente) y le ordenó que no contraatacara porque MacArthur esperaba mantener Filipinas neutral, y, por tanto, intacta, en la guerra que se avecinaba con Japón. Costello, *Days of Infamy*, p. 23. Un análisis más prudente es el de James, *Years of MacArthur*, 2, pp. 3-15.

[772] Costello, *Days of Infamy*, p. 34.

[773] Brereton, *Brereton Diaries*, p. 44.

[774] Morton, *Fall of the Philippines*, pp. 95-96.

[775] Winston S. Churchill, *The Second World War*, 1950, Boston, 1985, pp. 4, 81.

[776] James, *Years of MacArthur*, 2, p. 45.

[777] John Gunther, *Inside Asia - 1942 War edition*, Nueva York, 1942, p. 309.

[778] Manchester, *MacArthur*, p. 218.

[779] Fernando J. Mañalac, *Manila: Memories of World War II*, Quezon City, 1995, p. 10.

[780] «Ethel Herold's Baguio War Memories», *Bulletin of the American Historical Collection* 10, 1982, p. 12.

[781] Frances Bowes Sayre, *Glad Adventure*, Nueva York, 1957, p. 232.

[782] Ibíd., p. 235; Steve Mellnik, *Philippine Diary, 1939–1945*, Nueva York, 1969, p. 116.

[783] James, *Years of MacArthur*, 2, p. 35.

[784] Morton, *Fall of the Philippines*, pp. 367-368.

[785] Ibíd., pp. 396-370.

[786] Connaughton, *MacArthur*, p. 273.

[787] Rigoberto J. Atienza, *A Time for War: 105 Days in Bataan*, Filipinas, 1985, p. 102.

[788] Carlos P. Rómulo, *I Saw the Fall of the Philippines*, Garden City, 1943, p. 263.

[789] Roosevelt, Message of Support to the Philippines [Mensaje de apoyo a Filipinas], 28 de diciembre de 1941, *APP*.

[790] Citado en John Hersey, *Men on Bataan*, Nueva York, 1942, p. 257.

[791] Atienza, *Time for War*, p. 119.

[792] Citado en Rómulo, *Fall of the Philippines*, p. 108.

[793] Atienza, *Time for War*, p. 117.

[794] William A. Owens, *Eye-Deep in Hell: A Memoir of the Liberation of the Philippines, 1944–45*, Dallas, 1989, p. 102.

[795] Roosevelt, State of the Union address [Discurso del estado de la Unión], 6 de enero de 1942, *APP*.

[796] Charles A. Willoughby y John Chamberlain, *MacArthur: 1941–1951*, Nueva York, 1954, p. 56.

[797] Ibíd., p. 56.

[798] Quezón a Roosevelt, 28 de enero de 1942, en *World War II and the Japanese Occupation,* Richard Trota Jose (ed.), Quezon City, 2006, p. 79. Quezón describe la conversación en *The Good Fight*, Nueva York, 1946, pp. 259-274.

[799] Douglas MacArthur a George Marshall, 8 de febrero de 1942, *FRUS 1942,* 1, p. 894.

[800] Ibíd.

[801] Ibíd., 1, p. 896.

[802] L. T. Gerow a Douglas MacArthur, 11 de febrero de 1942, *FRUS 1942*, 1, p. 900.

[803] George Marshall a Douglas MacArthur, 9 de febrero de 1942, *FRUS 1942*, 1, p. 898.

[804] Louis Morton, «Germany First: The Basic Concept of Allied Strategy in World War II», en Kent Greenfield (ed.), *Command Decisions*, Washington, DC, 1959, pp. 11-47.

[805] Manchester, *American Caesar*, p. 241.

[806] Mellnik, *Philippine Diary*, p. 116.

[807] John G. Hubbell, «The Great Manila Bay Silver Operation», *Reader's Digest*, abril de 1959, pp. 123-134.

[808] Carol M. Petillo, «Douglas MacArthur and Manuel Quezon: A Note on an Imperial Bond», *Pacific Historical Review* 48, 1979, pp. 110-117.

[809] Jonathan Wainwright, *General Wainwright's Story*, Garden City, Nueva York, 1946, p. 54.

[810] Carmen Guerrero Nakpil, *A Question of Identity: Selected Essays*, Manila, 1973, p. 202.

[811] James, *Years of MacArthur*, 2, p. 132.

[812] Hersey, *Men on Bataan*, pp. 4, 5.

[813] www.booksofthecentury.com.

[814] Camilla Fojas, *Islands of Empire: Pop Culture and U.S. Power*, Austin, 2014, p. 39. Sobre las películas de la Segunda Guerra Mundial en Filipinas, véase cap. 1 de Fojas, Charles Affron y Mirella Jona Affron, *Best Years: Going to the Movies, 1945–46*, New Brunswick, 2009, cap. 4.

[815] Carlos P. Rómulo, *My Brother Americans*, Garden City, Nueva York, 1945, p. 21.

[816] Rómulo, *Fall of the Philippines*, pp. 217-218.

[817] Carlos P. Rómulo, *Mother America: A Living Story of Democracy*, Garden City, Nueva York, 1943, p. 1.

[818] *They Were Expendable,* dirigida por John Ford (MGM, 1945).

[819] Una notable excepción es *Regreso a Bataán* (1945), escrita y dirigida por dos izquierdistas que posteriormente entraron en la lista negra por su política. Aunque el protagonista es un coronel blanco (John Wayne), cuenta con numerosos personajes filipinos.

Sin embargo, la película se terminó de rodar después de que Estados Unidos reconquistara Filipinas, por lo que no contribuyó a fomentar el apoyo a un rescate militar.

[820] Michael P. Onorato (ed.), *Origins of the Philippine Republic: Extracts from the Diaries and Records of Francis Burton Harrison*, Ithaca, 1974, p. 203.

[821] Frank S. Adams, «Visitor from Bataan», *NYT*, 24 de junio de 1945.

[822] Rómulo, *My Brother Americans*, p. 8.

[823] Virginia Benitez Licuanan, *Filipinos and Americans: A Love-Hate Relationship*, Baguió, 1982, p. 145.

[824] Richard Connaughton, John Pimlott y Duncan Anderson, *The Battle for Manila*, Londres, 1995, p. 46.

[825] A. V. H. Hartendorp, *The Japanese Occupation of the Philippines*, Manila, 1967, 1, p. 481.

[826] Manuel E. Buenafe, *Wartime Philippines*, Manila, 1950, p. 172.

[827] Proclamación de Jorge Vargas, 1942, en Trota Jose (ed.), *WWII and the Japanese Occupation*, p. 122.

[828] Quezon, *Good Fight*, p. 83.

[829] Rómulo, *Fall of the Philippines*, p. 48.

[830] Rómulo, *Mother America*, pp. 92, 96.

[831] Cuerpo de Propaganda de las Fuerzas Imperiales Japonesas, *Significance of Greater East Asia Co-Prosperity Sphere,* Manila, s. d., p. 4. Véase también *America: A Revelation of Her True Character,* Manila, s. d. Ambos en AHC.

[832] Carlos Rómulo, «Asia Must be Free», *Collier's*, 20 de octubre de 1945, p. 11.

[833] Gerald Horne, *Race War: White Supremacy and the Japanese Attack on the British Empire*, Nueva York, 2004, p. 36.

[834] Primera proclamación, 3 de enero de 1942, *Proclamations of the Commander-in-Chief, Japanese Expeditionary Forces,* Manila, 1942, en AHC.

[835] Séptima proclamación, 14 de enero de 1942, en ibíd.

[836] Eliseo Quirino, *A Day to Remember*, Manila, 1958, p. 79.

[837] Marcial P. Lichauco, «*Dear Mother Putnam*»: *A Diary of the War in the Philippines,* Manila, 1949, p. 26.

[838] Un resumen espléndido es el de Jonathan Marshall, *To Have and Have Not: Southeast Asian Raw Materials and the Origins of the Pacific War*, Berkeley, 1995.

[839] Hartendorp, *Japanese Occupation*, 1, p. 191.

[840] Quirino, *Day to Remember*, pp. 138-139.

[841] Lichauco, *Mother Putnam*, p. 158.

[842] Earl Jude Paul L. Cleope, *Bandit Zone: A History of the Free Areas of Negros Island during the Japanese Occupation, 1942–1945*, Manila, 2002, pp. 64, 79.

[843] Quirino, *Day to Remember*, p. 67; Lichauco, *Mother Putnam*, p. 120; y Joan Orendain, «Children of War», en Renato Constantino (ed.), *Under Japanese Rule: Memories and Reflections*, Quezon City, 1993, pp. 112, 116.

[844] Descrito en Cleope, *Bandit Zone*. Una técnica espacial más común era la de la «zonificación» en la que el Ejército japonés cerraba una zona hasta que los informantes hubieran examinado a todos y los hubieran declarado leales o desleales.

[845] Reynaldo C. Ileto, «Wars with the U.S. and Japan, and the Politics of History in the Philippines», en Kiichi Fujiwara y Yoshiko Nagano (eds.), *The Philippines and Japan in America's Shadow*, Singapur, 2011, p. 48.

[846] Antonio M. Molina, *Dusk and Dawn in the Philippines: Memoirs of a Living Witness of World War II*, Quezon City, 1996, p. 153.

[847] Durante la guerra, alentados por Japón, los filipinos dieron voz al trauma reprimido

de la violencia colonial de Estados Unidos. Sobre este tema, véase Reynaldo C. Ileto, «World War II: Transient and Enduring Legacies for the Philippines», en David Koh Wee Hock (ed.), *Legacies of World War II in South and East Asia*, Singapur, 2007, pp. 74-91, e Ileto, «Wars with the U.S. and Japan».

[848] Hartendorp, *Japanese Occupation*, 1, p. 648.

[849] Michael H. Hunt y Steven I. Levine, *Arc of Empire: America's Wars in Asia from the Philippines to Vietnam*, Chapel Hill, 2012, p. 78.

[850] *Rem.*, p. 168.

[851] Manchester, *American Caesar*, pp. 284-286.

[852] George C. Kenney, *The MacArthur I Know*, Nueva York, 1951, pp. 70, 48.

[853] Manchester, *American Caesar*, p. 296.

[854] *Rem.*, p. 195.

[855] Ibíd., p. 169.

[856] James Bradley, *Flyboys: A True Story of Courage*, Boston, 2003.

[857] Robert Ross Smith, *Triumph in the Philippines*, Washington, DC, 1963, parte I.

[858] Willoughby y Chamberlain, *MacArthur*, pp. 235-236.

[859] Marshall, citado en Max Hastings, *Retribution: The Battle for Japan, 1944–1945*, Nueva York, 2008, p. 27.

[860] Manchester, *American Caesar*, p. 368.

[861] John Gunther, *The Riddle of MacArthur: Japan, Korea and the Far East*, Nueva York, 1951, p. 10.

[862] Brendan Coyle, *Kiska: The Japanese Occupation of an Alaska Island*, Fairbanks, 2014, pp. 76-77.

[863] Ibíd., pp. 122-123.

[864] Henry I. Shaw, Bernard C. Nalty, Edwin T. Turnbladh, *History of U.S. Marine Corps Operations in World War II*, Washington, DC, 1966, 3, p. 448.

[865] Citado en Robert F. Rogers, *Destiny's Landfall: A History of Guam*, Honolulú, 1995, p. 192.

[866] Ibíd., p. 201.

[867] Sobre esta especie de internamiento «amistoso», que se produjo en muchas islas del Pacífico, véase Lamont Lindstrom y Geoffrey M. White, *Island Encounters: Black and White Memories of the Pacific War,* Washington, DC, 1990, p. 61.

[868] Agoncillo, *Fateful Years*, 2, p. 556.

[869] Pacita Pestaño-Jacinto, *Living with the Enemy: A Diary of the Japanese Occupation*, Pasig City, 1999, p. 205.

[870] Lichauco, *Mother Putnam*, p. 182.

[871] Daniel F. Doeppers, *Feeding Manila in Peace and War, 1850–1945*, Madison, 2016, pp. 324-325.

[872] Claro M. Recto a T. Wati, 20 de junio de 1944, en *Documents on the Japanese Occupation of the Philippines,* Mauro Garcia (ed.), Manila, 1965, pp. 113-114.

[873] Declaración de William Gemperle, en el Cuartel General, Zona del Pacífico Sudoeste, Military Intelligence Section, General Staff, *Report on the Destruction of Manila and Japanese Atrocities*, febrero de 1945, apéndice, p. 13.

[874] *Rem.*, p. 216.

[875] Mañalac, *Manila*, p. 90.

[876] Smith, *Triumph*, p. 91.

[877] Smith, *Triumph*, p. 91.

[878] El conflicto de Yamashita e Iwabuchi se describe en Smith, *Triumph*, parte 4, y Alfonso J. Aluit, *By Sword and Fire: The Destruction of Manila in World War II, 3 February–3*

March 1945, Manila, 1994, pp. 372-379.

[879] Stanley A. Frankel, *The 37th Infantry Division in World War II*, Washington, DC, 1948, p. 73.

[880] Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*, p. 142.

[881] La historia de la batalla por Manila se cuenta en numerosos diarios y memorias (mucho de los cuales cito). Hay tres panorámicas indispensables: Smith, *Triumph*; Aluit, *Sword and Fire*; y Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*.

[882] Diario de un miembro de la Fuerza Akatsuki 16.709, en *Report on the Destruction of Manila*, p. 35.

[883] Kenney, *MacArthur I Know*, p. 98.

[884] Citado en Smith, *Triumph*, p. 294.

[885] Robert S. Beightler, *Report on the Activities of the 37th Infantry Division, 1940–1945*, citado en Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*, p. 175.

[886] Robert S. Beightler, *Report after Action: Operations of the 37th Infantry Division, Luzon P.I., 1 November 1944 to 30 June 1945 (M-1 Operation)*, septiembre de 1945, p. 51, New York Public Library.

[887] Beightler, *Report on Activities, citado en* Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*, pp. 175-176.

[888] Aluit, *Sword and Fire*, p. 355.

[889] Owens, *Eye-Deep in Hell*, p. 122.

[890] Beightler, *Report on Activities*, citado en Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*, p. 176.

[891] XIV Corps, *Japanese Defense of Cities as Exemplified by the Battle for Manila* (Jefe de Estado Mayor del Ejército, G-2, Headquarters, Sixth Army, 1 de julio de 1945, p. 20).

[892] Frankel, *37th Infantry*, p. 283.

[893] Aluit, *Sword and Fire*, p. 389; Frankel, *37th Infantry*, pp. 281-283.

[894] Miguel P. Avanceña, citado en Aluit, *Sword and Fire*, p. 391.

[895] Lo que sigue está sacado, salvo que se mencione otra cosa, de dos relatos de los Quirino: uno basado en una entrevista con Tommy Quirino en Aluit, *Sword and Fire*, *passim,* y el otro basado en una entrevista con Vicky Quirino en Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*, pp. 133-138.

[896] Elpidio Quirino, «Oration on President Quezon», en Juan Collas (ed.), *The Quirino Way: Collection of Speeches and Addresses of Elpidio Quirino*, Filipinas, 1955, p. 23.

[897] Sol H. Gwekoh, *Elpidio Quirino: The Barrio School Teacher Who Became President*, 2.ª ed., Manila, 1950, pp. 85-86.

[898] Elpidio Quirino, «The Sad Plight of the Philippines», 14 de noviembre de 1945, en Carlos R. Lazo, (ed.), *Quirino: Selected Speeches*, Manila, 1953, p. 15.

[899] Kiyoshi Osawa, *A Japanese in the Philippines*, trad. de Tsunesuke Kawashima, Tokio, 1981, p. 195.

[900] Smith, *Triumph*, pp. 303-304. Frankel, *37th Infantry*, pp. 293-294.

[901] Manila contaba con 623.492 habitantes en 1939, según el censo. Al acabar la guerra tenía aproximadamente un millón. Aluit, *Sword and Fire*, p. 398.

[902] Hartendorp, *Japanese Occupation*, 2, p. 605.

[903] Connaughton *et al.*, *Battle for Manila*, p. 174.

[904] Aluit, *Sword and Fire*, pp. 398-399.

[905] José P. Laurel, *War Memoirs*, Manila, 1962, p. 35.

[906] Beightler, *Report after Action*, p. 118.

[907] Paul V. McNutt, discurso en Beta Theta Pi Fraternity, 27 de noviembre de 1946, carpeta «McNutt, P.V., Correspondence and Speeches, 1945–46», caja 7, HC–DC.

[908] Millard Tydings, «Report on the Philippine Islands», 7 de junio de 1945, p. 22, carpeta «Philippine Rehabilitation Commission», caja 2, ser. 4, Tydings Papers.

[909] Anotado en «Our Bid for Survival», 1947, en *The Quirino Way: Collection of Speeches and Addresses of Elpidio Quirino,* Juan Collas (ed.), s. l., 1955, p. 51, y Joaquín M. Elizalde, «The Case for the Prompt Ratification of the Japanese Peace Treaty», 1952, p. 5, en AHC.

[910] Miki Ishikida, *Toward Peace: War Responsibility, Postwar Compensation, and Peace Movements and Education in Japan*, Nueva York, 2005, p. 12.

[911] 10.640 fallecidos (sin contar las campañas de Leyte y Samar) según Smith, *Triumph in the Philippines*, p. 652.

[912] Oscar S. Villadolid, *Born in Freedom: My Life and Times*, Quezon City, 2004, p. 191. Otras historias similares se tratan en Daniel Immerwahr, «"American Lives": Pearl Harbor and the United States' Empire», en *Pearl Harbor and the Attacks of December 8, 1941: A Pacific History,* Lawrence, en prensa.

PARTE II

EL IMPERIO PUNTILLISTA

13

Aquí estuvo Kilroy

Se suele decir que la guerra es el infierno. También se podría decir de otra forma más científica: la guerra es entropía. Los átomos se rompen, los edificios se derrumban, la gente muere y las cosas se hacen pedazos. De todas las guerras, la Segunda Guerra Mundial fue la más grande, un gigantesco pulso entrópico que envolvió todo el planeta, hizo escombros ciudades enteras y convirtió a alrededor de cincuenta y cinco millones de seres humanos en cadáveres. Ninguna otra guerra ha matado tanto, ni siquiera se ha aproximado.

Vista desde Dresde, Varsovia, Manila, Tokio e Hiroshima, eso es lo que parecía la guerra: un torbellino asesino. Pero lo irónico es que, para una destrucción a semejante escala, hacía falta una gran organización. Las fábricas tenían que trabajar horas extras para producir camiones, tanques, aviones, barcos, bombas, uniformes, raciones, armas y piezas de recambio. Había que transportar todo ese material, además de los hombres que lo acompañaban, a unos campos de batalla lejanos. Y, cuando llegaban, necesitaban bases, equipadas con cuarteles y panaderías, instalaciones de agua corriente y almacenes, talleres mecánicos, comedores, pistas de aterrizaje y lavanderías.

El aspecto antientrópico de la guerra era el menos glamuroso. Si

pensamos en un soldado, es más probable que imaginemos a un soldado en el frente que a un obrero de la construcción. Sin embargo, en el caso de Estados Unidos, la imagen del obrero es más apropiada. En el transcurso de la guerra, menos de uno de cada diez soldados estadounidenses vio un disparo en una acción violenta. Para la mayoría de los que sirvieron, la guerra no consistió en entrar en combate. Consistió en ocuparse de la logística.[913]

El novelista Neal Stephenson tenía razón cuando describió al Ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial como «en primer lugar, una red inmensa de mecanógrafos y archiveros; en segundo lugar, una maquinaria formidable para trasladar cosas de una parte a otra del mundo y, por último, una organización de combate».[914]

Y esto no sucedió solo en la guerra. El dominio de la logística fue uno de los varios factores que iban a redefinir el Gran Estados Unidos. Junto con las innovaciones en química e ingeniería industrial, iba a disminuir el valor de las colonias y a inaugurar un nuevo modelo de poder mundial, menos centrado en la posesión de grandes extensiones de tierra y más en el control de puntos concretos.

Tenía cierto sentido que, para librar la guerra, Estados Unidos se esforzara en gestionar la retaguardia. Poseía la mayor economía industrial del mundo y sus fábricas estaban lejos de los campos de batalla. En 1940, casi todas las naciones independientes fuera de la órbita del Eje ya habían intentado comprar munición a Estados Unidos.[915]

El Gobierno de Roosevelt estaba encantado de ayudar e inventó una serie de planes concebidos para eludir las leyes de neutralidad y conservar las escasas reservas de dólares de los aliados. Primero fueron las compras directas. Luego, los programas de venta en efectivo, el canje de destructores por bases y, por último, el préstamo y arriendo.[916] Mucho antes de que Estados Unidos declarara la guerra, ya estaba enviando aviones, motores, tanques y otro material de guerra a los frentes.

Todos esos envíos eran importantes. A principios de 1941, el imperio de Gran Bretaña en Asia estaba pendiente de un hilo. Las fuerzas del Eje habían capturado gran parte del Mediterráneo y el Afrika Korps de Erwin Rommel había hecho retroceder a los británicos

en Egipto. Si Gran Bretaña perdía Oriente Medio, perdería todo: los yacimientos petrolíferos de Irak, las reservas de material de guerra en Egipto y el canal de Suez, que conectaba las islas Británicas con India, Australia, Nueva Zelanda, Malaya, Birmania y Singapur. Los funcionarios británicos advirtieron a Washington de que estaban ante la completa «desintegración de la Commonwealth británica».[917]

Para Estados Unidos era bastante fácil fabricar carros de combate y aviones. Lo difícil era hacerlos llegar al frente: el recorrido de Detroit a El Cairo era largo. Los tanques se podían desmontar y enviar por mar rodeando el extremo sur de África, pero eso significaba descargarlos en los primitivos puertos de El Cairo, que no disponían de almacenes ni plantas de montaje y tenían pocas líneas férreas, carreteras sin asfaltar y una gran escasez de mecánicos.

«El estado de los puertos egipcios» no era un tema que hubiera interesado gran cosa en Washington en 1935. Pero en 1941 sí. Estados Unidos puso en marcha una gigantesca campaña de infraestructuras en Oriente Medio. Se construyeron nuevos muelles con grúas para descargar los carros de combate, plantas de ensamblaje para montarlos, líneas férreas y carreteras para llevarlos al frente y talleres de reparación con mecánicos cualificados. En junio de 1942, el depósito cercano a El Cairo disponía de un gran aeropuerto, alojamientos para casi diez mil hombres, un hospital de mil camas, almacenes y piezas de repuesto, herramientas y mecánicos suficientes para mantener todo en funcionamiento.

Todo eso hizo falta para llevar tanques a Oriente Medio. Para llevar aviones y productos más pequeños, Estados Unidos empleó una vía diferente: una autopista aérea de bases que descendía desde Miami hasta Brasil, cruzaba a África Occidental y saltaba por el desierto del Sahara hasta El Cairo. También esta ruta necesitó una gran inversión en infraestructuras. Había que drenar pantanos, despejar selvas, volar rocas y combatir tormentas de arena.

Y así se hizo. Alentado por los suministros estadounidenses que tanto necesitaba, en octubre de 1942, el Octavo Ejército británico contraatacó y empezó a disparar proyectiles contra las posiciones de Rommel. «He visto muchas descargas enemigas —anotó un conductor aterrorizado detrás de las líneas alemanas—, pero la intensidad de esta no la había vivido jamás».[918] Mientras los británicos hacían

retroceder a Rommel fuera de Egipto y hacia Túnez, tres poderosas flotas que sumaban en total setecientos buques desembarcaron en las costas africanas con todo lo necesario para expulsar de África al Eje en un plazo de seis meses.

La conexión de Gran Bretaña con su imperio estaba a salvo. «Fue, de hecho, lo que hizo girar la "bisagra del destino" —escribió Churchill—. Casi se puede decir: "Antes de El Alamein nunca tuvimos una victoria. Después de El Alamein, no volvimos a tener una derrota"».[919]

La campaña también transformó Oriente Medio y lo convirtió en lo que el secretario de Estado estadounidense denominó una «tremenda base de aprovisionamiento» para los aliados.[920] Las fábricas de Palestina hacían baterías, las de Irán hacían anticongelantes y las plantas conserveras de Egipto producían raciones para las tropas.[921] La mitad norte de África, que había sido una tierra casi desconocida para Estados Unidos, bullía con la actividad de las bases, los puertos, las plantas de montaje, los cuarteles y los almacenes estadounidenses.

Lo que ocurrió en el norte de África y en Oriente Medio ocurrió en todo el mundo. Podemos imaginar el territorio continental de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial como un corazón gigantesco que bombeaba abundantes suministros de material. Las cadenas de bases eran las arterias que llevaban el material a los frentes de batalla. Las bases eran los lugares en los que aterrizaban los aviones y atracaban los barcos, se almacenaban las piezas de repuesto, el combustible y los alimentos, se curaba a los heridos y se reparaban los objetos dañados.

Utilizar bases no era una estrategia nueva para Estados Unidos. Ya en la década de 1890, el capitán Mahan había propuesto adquirir bases para que los barcos estadounidenses pudieran aventurarse a los rincones más lejanos del mundo. Pero el sistema de bases que construyó la generación de Mahan fue modesto, con solo unos cuantos lugares fundamentales como Pearl Harbor y la bahía de Guantánamo, en el Pacífico y el Caribe.

En esta ocasión, por el contrario, la red creció de forma descomunal. La campaña empezó en 1940, cuando el Gobierno de

Roosevelt intercambió con Gran Bretaña cincuenta destructores por bases en los territorios británicos del hemisferio occidental: Terranova, las Bahamas, las Bermudas, Jamaica y Trinidad, entre otros. Estados Unidos no se adueñó de los terrenos, sino que los arrendó durante 99 años. Pero, igual que en la zona del canal de Panamá, consiguió tener unos poderes jurisdiccionales sorprendentes, «probablemente los de mayor alcance que el Gobierno británico ha concedido jamás a otros en territorio británico»,[922] destacó el embajador en Gran Bretaña. Estados Unidos podía izar su bandera, confiscar propiedades y construir lo que quisiera. Sus trabajadores estaban exentos de pagar los impuestos británicos y, cuando estaban en la base o de servicio, de obedecer las leyes británicas.

En la década de 1890, Mahan había creído que las bases facilitarían la colonización. ¿Los arrendamientos por un periodo de 99 años eran un primer paso para anexionarse las colonias británicas en el hemisferio occidental? «Lo que es indudable es que habrían podido convertirse en posesiones estadounidenses a cambio de dinero», señaló un alto funcionario estadounidense.[923] Muchos habitantes del Caribe británico —y algunos expertos en Washington— pensaban que pronto caerían bajo la bandera estadounidense.[924]

A medida que se prolongaba la guerra, Estados Unidos fue haciéndose con más bases. Para establecer algunas, como las de Latinoamérica, negoció acuerdos de construir carreteras y ampliar la ayuda a cambio de los arrendamientos. Otras se las reclamó a sus aliados como necesidad impuesta por la guerra. La Unión Soviética fue la única de los principales aliados que no dejó entrar a Estados Unidos.[925] Stalin aceptó los miles de millones de dólares que los estadounidenses le ofrecieron como ayuda, pero no dejó entrar a sus tropas. Los pilotos soviéticos recogían en Fairbanks los aviones suministrados con arreglo al programa de préstamo y arriendo y los pilotaban ellos mismos al frente de batalla.

El sistema de bases de Estados Unidos rodeaba el planeta con cuatro grandes autopistas: las rutas del norte y del sur a través del Atlántico y las rutas del norte y del sur a través del Pacífico. Las rutas transatlánticas podían aprovechar las infraestructuras existentes: las carreteras inglesas, los ferrocarriles africanos y los puertos latinoamericanos. En cambio, atravesar el inmenso Pacífico implicaba

desembarcar en islas pequeñas. Los Seabees (CB: batallón de construcción) de la Armada aumentaron de tamaño hasta comprender casi doscientos mil hombres y construyeron cientos de bases en el Pacífico, desde Aitape y Aguni Shima hasta Wakde y Zamboanga. Muchos obreros de la construcción de lugares como Boston y San Francisco acabaron transportando tierra en Nukefetau, Kwajalein, Sasavele y Woendi.[926]

Unos habitantes de las islas Salomón descargan cajas de cerveza para los soldados estadounidenses en Guadalcanal, 1944.

En 1919, el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado dudaba de que la seguridad del mundo dependiera de «lo que suceda en África o en Nueva Guinea, las islas Marshall y las islas Carolinas».[927] Es difícil imaginar a un político destacado diciendo algo así al acabar la Segunda Guerra Mundial. Para entonces, las tropas estadounidenses estaban presentes en todos esos lugares.

Durante la guerra, Estados Unidos llegó a tener nada menos que treinta mil construcciones repartidas en dos mil bases en el extranjero.[928] Los hombres marcaban su presencia con una pintada omnipresente en los muros: la caricatura de una cara que asomaba por encima de una pared, acompañada de las palabras «Aquí estuvo

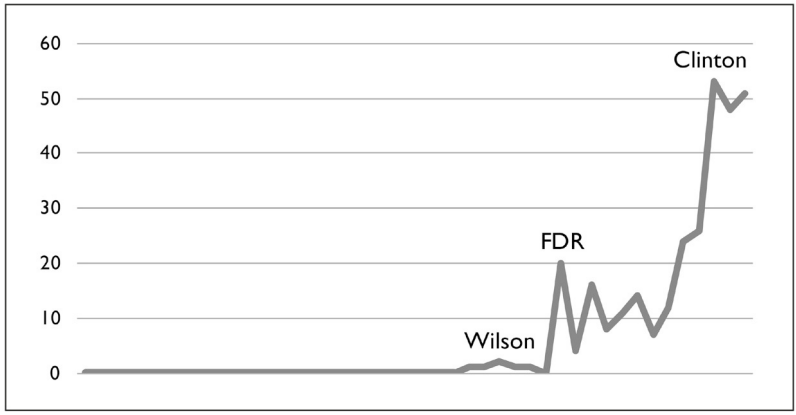
Kilroy».

En efecto, Kilroy estaba en todas partes.

Fue como si los océanos se hubieran convertido en charcos. Unos hombres que nunca habían salido de sus estados natales recorrían afanosamente el planeta, con dos mil «pequeños Estados Unidos» que se iban extendiendo como una alfombra roja a sus pies. «Casi en cualquier lugar de Estados Unidos hay probabilidades de encontrarse con jóvenes de uniforme que hablan con naturalidad de El Cairo, Chungking o Reikiavik como si cualquier punto del mapa del mundo estuviera ahí al lado —señaló un escritor—. ¿Y por qué no? Ayer, o anteayer, estuvieron allí».[929]

Los presidentes también empezaron a viajar como nunca antes.[930] Teddy Roosevelt fue el primer presidente en ejercicio que salió del territorio continental de Estados Unidos: un viaje de diecisiete días a Panamá y Puerto Rico. Sus sucesores también viajaron al exterior durante su mandato, pero, como él, en general se limitaron a viajes concretos dentro del hemisferio occidental. William Howard Taft pasó un día en México. Warren G. Harding visitó Alaska y Vancouver en julio de 1923, pero cayó gravemente enfermo durante el viaje y murió nada más regresar. Calvin Coolidge, su sucesor, fue a Cuba durante tres días, y Herbert Hoover pasó tres días en Puerto Rico y las Islas Vírgenes de Estados Unidos. Solo Woodrow Wilson, que visitó Europa en dos ocasiones para asistir a la Conferencia de Paz de París, salió al extranjero más de una vez o viajó fuera de América.

Las presidencias poco viajeras se acabaron de golpe con Franklin Delano Roosevelt. Durante su mandato, Roosevelt salió en veintiuna ocasiones del territorio continental de Estados Unidos y en todas ellas, salvo en una, viajó fuera de las fronteras del país. Visitó Canadá, Hawái, Puerto Rico, las Islas Vírgenes de Estados Unidos, las Bahamas, Haití, Colombia, Panamá, Trinidad, Brasil, Argentina, Uruguay, Terranova, Marruecos, Gambia, Liberia, México, Egipto, Argelia, Túnez, Irán, Malta, Italia, Senegal y la Unión Soviética, algunos de estos sitios varias veces. Fue el primer presidente en ejercicio que pisó Sudamérica, África y Asia.



La globalización: número de viajes al extranjero hechos por cada presidente desde Washington hasta Obama. [Datos de history.state.gov/departmenthistory/travels/president].

Pero no fue el último. Desde entonces, todos los presidentes han viajado mucho durante su mandato. Y todos han salido del hemisferio occidental.

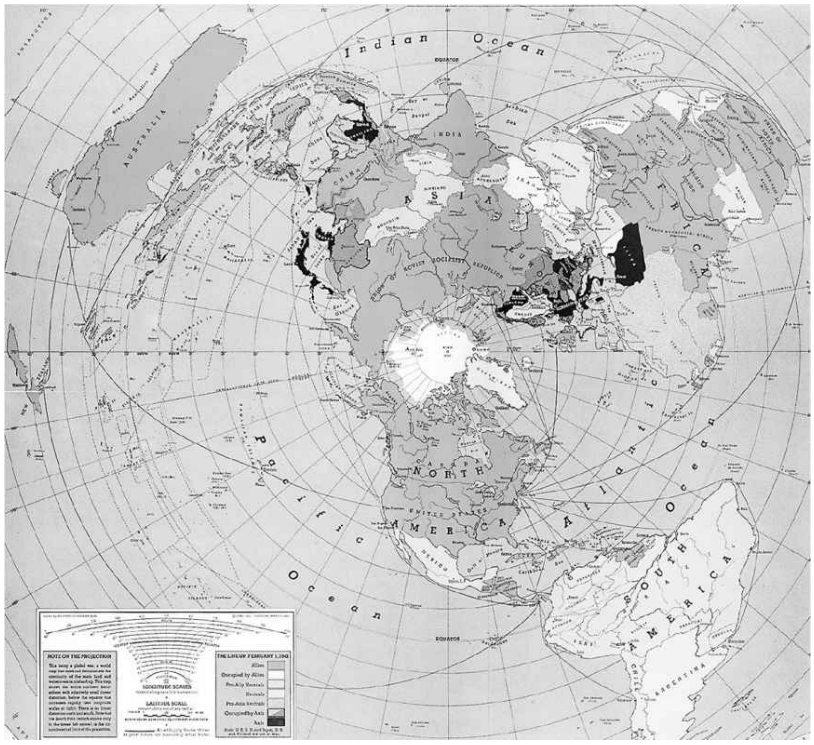
Para decirlo en pocas palabras, la Segunda Guerra Mundial dio a Estados Unidos una presencia planetaria. Los funcionarios del Departamento de Estado redactaban sin cesar memorandos de guerra en los que se fijaba la política estadounidense —a menudo por primera vez— en relación con cada país, colonia, región y subducado del mapa. Casi podemos ver las gotas de sudor que desprendían como en una caricatura mientras se devanaban los sesos sobre qué posición asumir respecto a Mongolia Exterior, Bucovina del Norte, el Turquestán chino, el Borneo británico, la Somalilandia francesa, Jubalandia o la Rutenia subcarpática, lugares que aparecían, todos ellos, en sus agendas. «A causa de la distribución étnica en Transilvania —advertían con severidad—, no sería posible fijar una frontera que no provocara el irredentismo húngaro o rumano».[931] Una advertencia a la que conviene prestar atención.

En 1898, la expansión imperial había inspirado nuevos mapas. En los años cuarenta del siglo XX, la expansión debida a la guerra provocó un brote similar de innovaciones cartográficas. Los escritores apelaban a unos sentimientos asombrosamente arraigados cada vez que abordaban el tema de las proyecciones cartográficas. El antiguo mapa

de Mercator, que mostraba Norteamérica protegida a ambos lados por unos océanos inmensos, se volvió objeto de desprecio. Había sido útil en la época en que se surcaban los mares hacia el este y el oeste, pero los responsables de la revista *Life* lo tacharon de «peligro mental» en la época de la aviación, cuando los aviones podían ir de Norteamérica a Eurasia volando en dirección norte y sobre el mar Ártico.[932]

Había otras opciones, y la gente estaba curiosamente dispuesta a conocerlas. *Life* dedicó quince páginas al «Mapa Dymaxion»[933] del inventor Buckminster Fuller: catorce segmentos desmontables que podían plegarse en un tetradecaedro o encajarse para formar varios mapas planos, a elección del usuario.

Más popular fue la «proyección acimutal polar» perfeccionada por el decano de la cartografía de guerra, Richard Edes Harrison.[934] En ella, los continentes aparecían apiñados en torno al polo norte, un punto de vista disonante que ponía de relieve las rutas aéreas y mostraba lo peligrosamente cerca que estaba Norteamérica del imperio europeo de Alemania.



La proyección acimutal polar de Richard Edes Harrison, publicada

originalmente por *Fortune* en julio de 1941 y copiada ampliamente a partir de entonces. El texto que lo acompaña explica que «todo el conflicto gira en torno a Estados Unidos». Las flechas que se extienden desde Nueva York y San Francisco muestran el sentido de los envíos en calidad de préstamo y arriendo «en todo el mundo».

El mapa tuvo un enorme éxito y se reimprimió y copió con frecuencia. Joseph Goebbels lo agitó ante los periodistas como prueba de que Estados Unidos tenía la ambición de conquistar el mundo.[935] El Ejército encargó dieciocho mil ejemplares y el mapa sirvió de base para el logotipo de Naciones Unidas cuando se diseñó en 1945.[936]

El emblema original de la ONU, diseñado por Donal McLaughlin, miembro de la Oficina de Servicios Estratégicos (precursora de la actual Agencia Central de Inteligencia). McLaughlin modificó el emblema un año más tarde para añadir la parte inferior de Sudamérica e inclinó el mapa para que Norteamérica fuera el centro del mundo, pero de manera menos descarada.

«Nunca se había interesado la gente tanto por el mundo entero», escribió *Popular Mechanics*.[937] Desde luego, los detalles técnicos de la representación de un planeta esférico en la superficie plana de un mapa nunca habían despertado tanta fascinación. A medida que se ampliaban los conocimientos de la población, cobraban más importancia los detalles de la proyección cartográfica. Hay que ver el

mundo con nuevos ojos, escribió el poeta Archibald MacLeish, como una «Tierra redonda en la que todas las direcciones acaban encontrándose».[938] «Si ganamos esta guerra —continuaba—, la imagen de la era que ahora empieza será la imagen de una tierra global, una esfera completa».

La palabra que utilizaba MacLeish, *global*, era nueva.[939] Hay casos sueltos de su utilización para referirse al mundo a partir del siglo XIX, pero no muchos antes de la década de 1940. Fue la guerra la que la popularizó. Y llegó acompañada de otras palabras totalmente nuevas: *globalista*, *globalismo* y el peyorativo *globaloney*, «globamemeces», acuñado por la escritora Clare Boothe Luce para designar las ideas del vicepresidente Henry Wallace.

Si la guerra anterior había sido una guerra mundial, esta era, como dijo Franklin Delano Roosevelt en septiembre de 1942, «una guerra global».[940] Esa era la primera vez que un presidente en ejercicio pronunciaba públicamente la palabra *global*, pero todos los presidentes sucesivos la han utilizado de forma constante.

Ese año, por Navidad, George Marshall regaló a FDR un globo terráqueo de doscientos veinticinco kilos para el Despacho Oval. Al lado del escritorio de Roosevelt, era tan grande que resultaba cómico. Se parecía al globo terráqueo con el que Charlie Chaplin había bailado amorosamente dos años antes en *El gran dictador*, pero mayor. Sin embargo, las fotografías muestran a Roosevelt mirándolo con seriedad, curiosidad y respeto: una presencia nueva, pero no indeseada.

En Estados Unidos, la guerra abrió horizontes. En otros países fue diferente. «Igual que Europa nos invadió en otro tiempo, con oleada tras oleada de inmigrantes, ahora nosotros invadimos Europa con oleada tras oleada de hijos de inmigrantes», escribió el periodista John Hersey en 1944.[941] Excepto que no era solo Europa. La «invasión» desembarcó con gran despliegue de fuerza en todos los continentes salvo la Antártida.

En su mayor parte, fue una invasión amistosa. Los soldados llegaban a los países aliados no como conquistadores, sino como constructores de la amplia red logística que sostenía la guerra. Pero eran muchos. «No hay un solo centímetro cuadrado de Londres en el que no haya un estadounidense», escribió un funcionario de Estados

Unidos en 1944.[942]

Los 1,65 millones de soldados estadounidenses que pululaban por Gran Bretaña, construyendo bases y conduciendo *jeeps* por las carreteras rurales inglesas, estaban preparándose para la invasión de Normandía de 1944.[943] Pero era comprensible que, para los británicos, ver a tanto soldado extranjero asentándose en suelo inglés evocara la invasión normanda de 1066. Los soldados no tenían más que tres inconvenientes, decían en tono de broma: cobraban demasiado, pensaban demasiado en el sexo y estaban allí.

Esa era la queja de un aliado. En las tierras del Eje, la invasión estadounidense no fue metafórica sino real. En Europa, las tropas estadounidenses ocuparon partes de Italia durante breve tiempo y luego, al final de la guerra, tuvieron jurisdicción sobre partes de Alemania y Austria. Además, Estados Unidos se hizo con la mitad sur de Corea (la Unión Soviética tenía la mitad norte).

Lo más impresionante fue que la guerra acabó con la ocupación de todo Japón. En teoría, la ocupación era de todos los aliados, pero en realidad fue una operación estadounidense (aunque había un contingente de soldados británicos). Japón no se dividió en zonas administradas por diferentes autoridades. Había un único comandante supremo en representación de las potencias aliadas, nombrado por el presidente Harry Truman.

Truman escogió a Douglas MacArthur.

Por fin, MacArthur tenía una tarea que se ajustaba al concepto que tenía de sí mismo. Dirigió de forma simultánea la ocupación japonesa, el mando del Lejano Oriente del Ejército estadounidense y del Ejército de Estados Unidos en el Lejano Oriente. Más tarde, sin dejar ninguno de esos cargos, asumió también el mando de las fuerzas de Naciones Unidas en la guerra de Corea. Aunque oficialmente dependía de Washington y la Comisión de los Aliados para el Lejano Oriente, en realidad MacArthur tenía, como decía él mismo, «el control absoluto de casi ochenta millones de personas».[944]

El embajador de Estados Unidos en Japón estaba estupefacto: «Nunca antes en la historia de Estados Unidos se había puesto un poder tan enorme y absoluto en manos de una sola persona».[945]

MacArthur se inspiró en el trabajo de su padre cuando era gobernador de Filipinas.[946] Japón no era un territorio

estadounidense, como Filipinas, desde luego. Pero MacArthur lo administró como si lo fuera. Prohibió la bandera japonesa y, en su lugar, se izaron las barras y estrellas. Se puso nuevo nombre a calles y espacios: Washington Heights, Roosevelt Recreation Area, Doolittle Park (inapropiadamente llamado en honor al primer hombre que bombardeó Tokio). «Algunas partes de Tokio parecen tan orientales como Peoria, Illinois», observó un periodista.[947]

La ocupación transformó drásticamente Japón y lo convirtió en «el mayor laboratorio del mundo para llevar a cabo un experimento de liberar a un pueblo de un Gobierno militar totalitario»,[948] en palabras de MacArthur. El emperador sufrió una degradación y pasó de ser una deidad infalible a una afable figura pública que asistía a los partidos de béisbol. Una campaña integral de reforma agraria confiscó las tierras de numerosos terratenientes ausentes. Se imprimieron cientos de millones de nuevos libros de texto para dar a los estudiantes japoneses una educación democrática. Las autoridades de salud pública vacunaron a toda la población japonesa —ochenta millones de personas— dos veces contra la viruela (la mayor campaña de vacunación de la historia hasta entonces) y fumigaron a aproximadamente cincuenta millones con DDT.[949]

Cuando los políticos japoneses no consiguieron redactar una Constitución que satisficiera a MacArthur, este ordenó redactar una, en inglés, en nueve días. «Nosotros, el pueblo japonés», comienza, y después reafirma el derecho de cada persona a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».[950]

No obstante, aunque estaba inspirada en la Constitución estadounidense, la japonesa era mucho más liberal, como consecuencia de una especie de New Deal descontrolado que las autoridades de ocupación impusieron al país. La nueva Constitución prohibía la guerra y la discriminación racial, garantizaba la libertad académica, prohibía la tortura y otorgaba a todos los ciudadanos el derecho a unos «niveles mínimos de vida saludable y cultivada».

No se sabe muy bien cómo, en el ambiente de una ocupación en la que todo valía, en el comité redactor de la Constitución estaba una judía de veintidós años llamada Beate Sirota (había pasado parte de su infancia en Tokio y era una de las pocas blancas que hablaba japonés con fluidez). Gracias en gran parte a su influencia, la Constitución

estableció la igualdad de derechos en el matrimonio y prohibió la discriminación por razón de sexo, algo que está llamativamente ausente en la Constitución de Estados Unidos.[951]

Esa sigue siendo la Constitución japonesa actual. En más de sesenta años, no ha tenido ni una enmienda.

Como dijo Winston Churchill, la guerra llevó a Estados Unidos a «la cima del mundo».[952] Fabricaba más productos, tenía más petróleo, tenía más oro y poseía más aviones que todos los demás países juntos. Era, decía Truman con asombro, «la nación más poderosa, quizá, de toda la historia».[953]

Ahora bien, lo que no se tiene tan en cuenta es la cantidad de territorio que además adquirió. En 1940, su población colonizada representaba alrededor del 13 por ciento del conjunto de Estados Unidos. Al acabar la guerra, sumando las colonias y los territorios ocupados, el total era mucho mayor. La zona de ultramar bajo jurisdicción estadounidense contaba con unos 135 millones de personas.[954] Considerablemente más que los 132 millones que habitaban en el continente.

Es decir, alguien que a finales de 1945 mirase hacia arriba y viera una bandera estadounidense ondeando tenía muchas probabilidades de no vivir en uno de los estados continentales. Lo más probable es que viviera en una colonia o en un territorio ocupado. Seguramente en algún lugar del Pacífico.

---

[913] James T. Sparrow, *Warfare State: World War II Americans and the Age of Big Government*, Oxford, 2011, p. 202.

[914] Neal Stephenson, *Cryptonomicon*, Nueva York, 1999, p. 548.

[915] Richard M. Leighton y Robert W. Coakley, *Global Logistics and Strategy, 1940–1943*, Washington, DC, 1955, p. 39.

[916] La ley de préstamo y arriendo (Lend-Lease) fue una norma que autorizaba al Gobierno de Estados Unidos a suministrar material de guerra a Reino Unido, Francia y China, entre otros países, desde antes de que los norteamericanos entraran en guerra (*N. de la T.*).

[917] Citado en Leighton y Coakley, *Global Logistics*, p. 48. La mecánica de la ayuda a Gran Bretaña en Egipto se aborda en Edward R. Stettinius Jr., *Lend-Lease: Weapon for Victory,* Nueva York, 1944, caps. 12-13 y 26; Ivan Dmitri, *Flight to Everywhere,* Nueva York, 1944; y Hugh B. Cave, *Wings across the World: The Story of the Air Transport Command,* Nueva York, 1945, parte 3.

[918] Max Hastings, *Inferno: The World at War, 1939–1945*, Nueva York, 2011, p. 361.

[919] Winston S. Churchill, *The Second World War*, 1985 (1950), 4, p. 541.

[920] Stettinius, *Lend-Lease*, p. 288.

[921] Ibíd., p. 294.

[922] John G. Winant, citado en Steven High, *Base Colonies in the Western Hemisphere, 1940–1967*, Nueva York, 2009, p. 6.

[923] Rexford Guy Tugwell, *The Stricken Land: The Story of Puerto Rico*, Garden City, Nueva York, 1946, p. 113.

[924] Annette Palmer, «Rum and Coca Cola: The United States in the British Caribbean, 1940–1945», *The Americas* 43, 1987, pp. 441-443; John Gunther, *Inside Latin America*, Nueva York, 1941, p. 420.

[925] Ken Coates y W. R. Morrison, «The American Rampant: Reflections on the Impact of United States Troops in Allied Countries during World War II», *Journal of World History* 2, 1991, p. 217. Stalin permitió alguna excepción: tres bases en Ucrania hacia el final de la guerra y dos estaciones meteorológicas dotadas de personal cerca de la frontera japonesa. Véase Alexandra Richie, *Warsaw 1944: Hitler, Himmler, and the Warsaw Uprising*, Nueva York, 2013, pp. 538-540.

[926] Una lista completa de las localizaciones de los Seabees figura en William Bradford Huie, *From Omaha to Okinawa: The Story of the Seabees*, Annapolis, 1999 [1945], apéndice.

[927] Henry Cabot Lodge, citado en «Colony Plan Stirs Senate», *NYT*, 1 de febrero de 1919.

[928] James R. Blaker, *United States Overseas Basing: An Anatomy of the Dilemma*, Nueva York, 1990, p. 33.

[929] Cave, *Wings*, p. i.

[930] «Travels Abroad of the President», Office of the Historian, U.S. State Department, history.state.gov/departmenthistory/travels/president.

[931] Security Technical Committee Minutes 7, 3 de febrero de 1943, Records of the Advisory Committee on Post-War Foreign Policy, 1942-45, Caja 79, Notter Records. La repentina aparición de los intereses planetarios de Estados Unidos se trata de forma muy útil en Andrew Preston, «Monsters Everywhere: A Genealogy of National Security», *DH* 38, 2014, pp. 477-500; John A. Thompson, *A Sense of Power: The Roots of America's Global Role,* Ithaca, 2014; y Stephen Wertheim, «Tomorrow the World: The Birth of U.S. Global Supremacy in World War II», tesis doctoral, Columbia University, 2015.

[932] «Maps: Global War Teaches Global Cartography», *Life*, 3 de agosto de 1942, 57-65.

[933] «R. Buckminster Fuller's Dymaxion World», *Life*, 1 de marzo de 1943, 41-55.

[934] Alan K. Henrikson, «The Map as an 'Idea': The Role of Cartographic Imagery during the Second World War», *The American Cartographer* 2, 1975, 19-53; Susan Schulten, «Richard Edes Harrison and the Challenge to American Cartography», *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography* 50, 1998, 174-188; Susan Schulten, *The Geographical Imagination in America, 1880–1950,* Chicago, 2001, cap. 9; y William Rankin, *After the Map: Cartography, Navigation, and the Transformation of Territory in the Twentieth Century,* Chicago, 2016, cap. 2.

[935] Henrikson, «Map as 'Idea'», pp. 37-38.

[936] Donal McLaughlin, *Origin of the Emblem and Other Recollections of the 1945 U.N. Conference*, Garrett Park, Maryland, 1995.

[937] Wayne Whittaker, «Maps for the Air Age», *Popular Mechanics*, enero de 1943, p. 162.

[938] Archibald MacLeish, «The Image of Victory», 1942, en Hans W. Weigert y Vilhjalmur Stefansson (eds.), *Compass of the World: A Symposium on Political Geography*, Nueva York, 1945, p. 7.

[939] Sobre los primeros usos, *Oxford English Dictionary Online*, Oxford University Press.

Sobre la frecuencia, Google Books Ngrams Viewer, books.google.com/ngrams.

[940] Franklin Delano Roosevelt, Charla junto a la chimenea, 7 de septiembre de 1942, *APP*. Discurso presidencial buscado en *APP*.

[941] John Hersey, *A Bell for Adano*, Nueva York, 1944, p. vii.

[942] C. D. Jackson, citado en Lynne Olson, *Citizens of London: The Americans Who Stood with Britain in its Darkest, Finest Hour*, Nueva York, 2010, p. 272.

[943] Un resumen muy bueno es el de Coates y Morrison, «The American Rampant».

[944] *Rem.*, p. 180.

[945] William J. Sebald, citado en William Manchester, *American Caesar: Douglas MacArthur, 1880–1964*, Boston, 1978, p. 470.

[946] *Rem.*, p. 282.

[947] John Gunther, *The Riddle of MacArthur: Japan, Korea and the Far East*, Nueva York, 1951, p. 84.

[948] *Rem.*, p. 282.

[949] Gunther, *Riddle of MacArthur*, pp. 138-139.

[950] Constitución de Japón, 1946, preámbulo y artículo 13.

[951] John W. Dower, *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*, Nueva York, 1999, cap. 12.

[952] «Final Review of the War», 16 de agosto de 1945, en Winston S. Churchill, *His Complete Speeches, 1897–1963*, Robert Rhodes James (ed.), Nueva York, 1974, 7, p. 7.211.

[953] Daniel J. Sargent, *A Superpower Transformed: The Remaking of American Foreign Relations in the 1970s*, Oxford, 2015, p. 15.

[954] Hajo Holborn sitúa la cifra de los que estaban «bajo el control del Gobierno militar estadounidense» en 150 millones, pero yo no he conseguido reproducir sus cálculos (*American Military Government: Its Organizations and Policies,* Washington, DC, 1947, p. xi). Mis cuentas, que suman todas las colonias más Japón, Micronesia y los sectores estadounidenses de Alemania, Austria y Corea, están en «The Greater United States: Territory and Empire in U.S. History», *DH* 40, 2016, p. 388. No incluyen el estacionamiento provisional de tropas estadounidenses bajo la enseña de la «liberación», como en Francia, ni las ocupaciones muy breves, como la de partes de Checoslovaquia durante varios meses de 1945, enumeradas en Susan L. Carruthers, *The Good Occupation: American Soldiers and the Hazards of Peace*, Cambridge, Massachusetts, 2016, pp. 6-7.

14

La descolonización de Estados Unidos

La Segunda Guerra Mundial terminó con las barras y estrellas ondeando orgullosamente sobre miles de bases en el extranjero y decenas de millones de personas en las colonias y tierras ocupadas. La bandera que se izaba en esos innumerables y remotos mástiles era la habitual de las cuarenta y ocho estrellas, una estrella por cada estado.

No obstante, inmediatamente después de acabar la guerra, los habitantes de los Estados Unidos continentales empezaron a preguntarse si esas cuarenta y ocho estrellas eran suficientes. Estados Unidos es el único país cuya bandera, por ley, debe cambiar cuando cambia la forma de la nación. Así que empezaron a surgir entusiastas aficionados que bombardeaban al Gobierno con propuestas de nuevos diseños, sin que nadie se lo hubiera pedido. Cuarenta y nueve estrellas, cincuenta, cincuenta y una, más. Algunos plasmaban sus ideas con lápices o ceras de colores. Otros hacían como Betsy Ross y se ponían a coser.

Resulta que hay muchas maneras de colocar estrellas en una bandera. Las propuestas las presentaban en cuadrículas, círculos y siluetas variadas (un águila, una estrella más grande, las letras *USA*). En una de ellas, las estrellas se salían de los límites del cuadrado azul

y saltaban a las barras, como si fueran reclusas en plena fuga. Los escolares de Beaver Creek (Montana) prefirieron una configuración tradicional de estrellas en filas, pero aconsejaron dejar espacio en la parte inferior para una cuadragésima novena estrella y «mucho espacio más» por si se añadían otros estados.[955]

Bandera de cuarenta y nueve estrellas diseñada por E. H. Clehouse, de Terre Haute, Indiana.

Cuando estos vexilólogos aficionados concretaban en qué estados nuevos estaban pensando, solían mencionar Alaska, Hawái y Puerto Rico. Ernest Gruening y su esposa diseñaron una bandera de cincuenta estrellas que izaron con orgullo en la mansión del gobernador en Anchorage para demostrar su apoyo a Alaska y Hawái.[956]

Pero es significativo que los diseñadores de la bandera, muchas veces, dejaran las cosas sin concretar. Tenían la impresión, acertada, de que había muchos futuros posibles. En el Japón de Douglas MacArthur corrían rumores entusiastas sobre la posibilidad de convertirse en estado, y el Congreso recibió una petición para convertirlo en el cuadragésimo noveno.[957] Los periódicos del

continente —entre ellos, el *Chicago Tribune*, el *Washington Times-Herald*, el *New York Daily News*, el *Atlanta Constitution* y el *Amsterdam News*, muy influyente entre la comunidad afroamericana— se manifestaron a favor de otorgar la condición de estado a Filipinas, cosa que también apoyó el presidente del Comité de Asuntos Militares de la Cámara de Representantes de Estados Unidos («Si la oferta se hace en serio, estamos muy dispuestos a considerarla», respondió la delegación filipina en la Asamblea General de la ONU).[958] Un congresista de California, por su parte, propuso añadir Islandia, entonces bajo control militar, a la Unión[959] («la lógica estratégica» de la propuesta, señaló el *New York Journal-American*, era «manifiesta»). Y en 1945, el Comité de Asuntos Navales de la Cámara de Representantes planteó la posibilidad de anexionarse las islas periféricas y mandatarias de Japón como «estado del Pacífico americano».[960]

Hablar de nuevos estados podía ser una fantasía ilusa, pero la posibilidad de que Estados Unidos tuviera algún tipo de expansión territorial después de la guerra era completamente realista. En 1940, el subsecretario de Estado Adolf Berle predijo que la guerra convertiría a Estados Unidos en «la mayor potencia imperial que el mundo haya visto jamás».[961] Desde luego, con un ejército de millones de soldados, podría imponer cualquier acuerdo territorial que deseara.

«Desde el punto de vista de los recursos materiales, es totalmente posible que Estados Unidos emprenda una trayectoria imperial —escribió el politólogo Albert Viton—. La pregunta que se hace en todo el mundo es: ¿cómo utilizará Estados Unidos ese poder tan avasallador?».[962]

Era una buena pregunta, aunque hace falta un poco de gimnasia mental para comprender verdaderamente lo buena que es. Hoy en día, la idea de que Estados Unidos pudiera haberse anexionado Francia o haberse apoderado de las colonias asiáticas de Europa en 1945 parece una realidad alternativa absurda. Pero no era impensable. Es más, era precisamente lo que acababan de hacer Alemania y Japón. Y no era muy distinto de lo que el propio Estados Unidos había hecho repetidamente con el imperio español durante el siglo anterior.

En realidad, 1945 era asombrosamente similar a 1898, salvo que a

mayor escala. Como en 1898, Estados Unidos había asestado una derrota decisiva a un imperio menor (o, en este caso, a dos) y tenía tropas estacionadas en las provincias del enemigo derrotado. ¿Por qué no anexionárselas? ¿Y por qué no, como había hecho en 1898 con Hawái y Samoa Americana, quedarse con más territorios, además del botín de guerra? Japón y Alemania estaban destrozados y no parecía que Gran Bretaña o la Unión Soviética pudieran vencer a unos Estados Unidos en plena expansión agresiva. Al acabar la guerra, Estados Unidos poseía el cuarto imperio más grande del mundo,[963] representaba más de la mitad de la producción manufacturera mundial y tenía bombas atómicas.[964] ¿Por qué no conquistar el planeta?

Pero, por supuesto, eso no es lo que sucedió. Ni mucho menos. Por el contrario, Estados Unidos y sus aliados hicieron algo tremendamente inusual: ganaron una guerra y cedieron territorios. Estados Unidos fue el primero: concedió la libertad a su mayor colonia (Filipinas), puso fin a sus operaciones de ocupación, empujó a sus aliados europeos a abandonar sus respectivos imperios y desmovilizó a su ejército. No se anexionó ningún territorio tras la guerra; lo más cerca que estuvo de hacerlo fue cuando en 1947 empezó a administrar las islas de Micronesia, que oficialmente eran el Territorio en Fideicomiso de las Islas del Pacífico, bajo el control de Naciones Unidas (en 1986 un subarchipiélago, Marianas del Norte, se convirtió en territorio estadounidense).

A finales de 1945, contando los territorios ocupados, el 51 por ciento de la población del Gran Estados Unidos vivía fuera de los estados continentales. En 1960, después de que Hawái y Alaska entraran en la Unión, esa cifra había descendido a alrededor del 2 por ciento y ahí se ha mantenido más o menos desde entonces. En la actualidad, todos los territorios de ultramar de Estados Unidos, incluidos los emplazamientos de las bases, suman una superficie menor que la de Connecticut.[965]

¿Cómo se llegó a esto?

Esa pregunta tiene dos respuestas, relacionadas con la transformación que sufrieron los imperios como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, la guerra creó nuevos obstáculos al imperio

colonial. En segundo lugar, introdujo otras formas de proyectar el poder en el planeta, para las que no era necesario tener grandes colonias.

Los dos cambios fueron esenciales. Pero centrémonos por el momento en el primero, que fue el más llamativo. La Segunda Guerra Mundial suscitó una rebelión mundial contra los imperios. La revuelta empezó en Asia, pero se extendió rápidamente a África, el Caribe y Oriente Medio. En un periodo de tiempo sorprendentemente corto, los pueblos coloniales desmantelaron los grandes imperios del mundo.

En 1940, casi una de cada tres personas del planeta estaba colonizada. En 1965 ya era solo una de cada cincuenta.[966]

No era complicado verlo venir. De pie en la cubierta del *USS Missouri* atracado en la bahía de Tokio, donde aceptó la rendición de Japón el 2 de septiembre de 1945, Douglas MacArthur podía oler los aires de liberación. La rendición significaba no solo la derrota del archipiélago de Japón, sino también la caída de su imperio, un gran arco que abarcaba casi todo el sudeste asiático, además de Corea, Manchuria, gran parte del norte de China y miles de islas del Pacífico. «Hoy la libertad está a la ofensiva», dijo MacArthur. «Los pueblos liberados de sus cadenas» estaban por fin «saboreando todo el dulzor de la libertad».[967]

Aquello no había hecho más que empezar. Los asiáticos no solo se habían liberado de Japón, sino que cada vez veían más un futuro libre de todo dominio extranjero. El 15 de agosto, el líder nacionalista Sukarno declaró la independencia de Indonesia. El 2 de septiembre, el día en el que MacArthur pronunció su discurso, Ho Chi Minh lo hacía en Vietnam. Cuatro días después, la República Popular de Corea anunció la formación de su Gobierno independiente.

Aquello era obra de la Segunda Guerra Mundial. Los pueblos colonizados habían visto a sus gobernantes blancos derrotados por una potencia asiática, y esa era una imagen difícil de olvidar. Habían oído durante años en la radio el mensaje japonés de «Asia para los asiáticos». En Birmania y Filipinas incluso habían tenido un atisbo de libertad, cuando Japón les concedió la independencia teórica en 1943.

Desde la distancia, el poeta de Harlem Langston Hughes hizo una predicción. Europa y Estados Unidos recuperarían sus antiguas posesiones, escribió. «Pero, cuando lo hagan, esas grandes ciudades de

Oriente nunca volverán a ser iguales. Los nativos de piel morena mirarán los altos edificios de estilo europeo y dirán: "¡Hubo un tiempo en el que la gente de color vivió allí!". Y pensarán: "Tenemos derecho a vivir allí de nuevo"».[968]

Hughes podría haber ido más allá. No era solo lo que pensaban los asiáticos, era lo que podían hacer. Los estrictos controles de armas que habían caracterizado siempre la vida colonial se habían venido abajo cuando la guerra empezó a extender las armas por toda Asia. «Llevar un arma era emocionante», recordaba Luis Taruc, el jefe del mayor ejército guerrillero de Filipinas, el Hukbalahap. Antes de la guerra, sus hombres solo habían visto armas en manos de la policía, cuando amenazaba sus piquetes o reprimía sus insurrecciones. «Ahora, pertenecer a un grupo armado y acariciar el cañón del fusil les hacía sentirse más poderosos que cualquier piquete».[969]

Así que formaron ejércitos, unos ejércitos lejos del control de cualquier poder exterior. Surgieron el Ejército Rojo de Mao Zedong en China, el Ejército Nacional de Birmania, el Ejército Nacional de la India, el Viet Minh, el Lao Issara (Laos Libre), el Ejército Popular Antijaponés de Malasia y el Hukbalahap de Filipinas. Algunos se habían desarrollado bajo la protección de Japón, otros nacieron de la resistencia antijaponesa y otros se formaron a toda prisa en los emocionantes días de la posguerra. «Desde un extremo hasta el otro del vasto continente —escribió un periodista destacado en Asia—, pocas veces ha sido posible, desde la caída de Japón, evitar el sonido de los disparos constantes».[970]

Fue la Primavera Asiática. Todo el continente se había convertido, según uno de los generales de MacArthur, en «un enorme caldero agitado y en ebullición».[971]

La perspectiva de que Asia entrara en ebullición no le agradaba demasiado a Washington. Sí, el fin del Imperio japonés era estupendo. Pero Estados Unidos todavía tenía cosas que hacer en la región. ¿Qué iba a pasar con las materias primas, como las ricas plantaciones de caucho del sudeste asiático, de las que Japón deseaba apoderarse hasta tal punto que había iniciado una guerra mundial? ¿Al presidente Truman le parecía verdaderamente bien que cayeran en manos del Ejército Popular Antijaponés de Malasia? ¿O de Ho Chi Minh?

Incluso en Filipinas, donde MacArthur se había aliado con los ejércitos guerrilleros, había motivos de preocupación. En las partes del país controladas por la guerrilla, se había iniciado una revolución social que estaba despojando a los terratenientes y redistribuyendo la propiedad. En septiembre de 1945, más de veinte mil campesinos, organizados en la Alianza Democrática Filipina, marcharon hacia Manila para exigir la independencia inmediata y que se encarcelara o se ejecutara a los colaboracionistas.[972] Muchos de estos políticos colaboracionistas formaban parte del Gobierno filipino que MacArthur estaba apresurándose a reconstruir.

Después de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos había devuelto a la vida civil a prácticamente todo su Ejército en un año. En 1945, sin embargo, frente a las turbulencias de la posguerra, al Gobierno de Truman le inquietaba la perspectiva de renunciar al Ejército. «Ahora nos preocupa la paz de todo el mundo —explicó George Marshall, el jefe del Estado Mayor del Ejército—. Y esa paz solo la pueden mantener los fuertes».[973]

En agosto de 1945, el Departamento de Guerra anunció que iba a necesitar dos millones y medio de hombres para el año siguiente.[974] Los aviones y los barcos podían servir para controlar los mares y el aire, pero ¿para llevar a cabo ocupaciones y sofocar rebeliones? Para eso se necesitaba un ejército.

Lo malo era que el Ejército tenía que estar de acuerdo. El plan de Marshall para mantener tropas en el extranjero provocó una reacción de furia. Las familias de los soldados enviaron cartas a sus representantes y llenaron los despachos del Congreso de zapatos de bebé, todos con etiquetas que decían «Traed a papá a casa». En un solo día de diciembre, la oficina de Truman calculó que había recibido sesenta mil tarjetas postales que exigían el regreso de las tropas.[975]

Los políticos, temiendo las consecuencias electorales, recurrieron a todos sus contactos. A medida que lo hacían, el Ejército fue vaciándose. «Si seguimos desmovilizando a las tropas a esta velocidad —advirtió Truman—, dentro de muy poco tiempo no tendremos medios para hacer cumplir nuestras demandas».[976] Preocupado por la «peligrosa rapidez» con la que se estaba llevando a cabo la «desintegración de nuestras fuerzas armadas», en enero de 1946 el presidente ordenó que se hiciera más despacio.[977] Las tropas

permanecerían en el extranjero aunque hubiera barcos listos para llevarlas de vuelta.

Para muchos, esa fue la gota que colmó el vaso. Días después del anuncio de Truman, veinte mil soldados se manifestaron en Manila y se congregaron en las ruinas del Edificio Legislativo. Querían volver a casa, por supuesto; eso era el objetivo principal y, para algunos, el único. Pero otros, incluidos los jefes, habían visto de cerca la Primavera Asiática y se opusieron categóricamente a tener que quedarse para reprimirla. «Dejemos que los chinos y los filipinos se ocupen de sus propios asuntos internos», instó un orador. «Los filipinos son nuestros aliados. No vamos a luchar contra ellos», gritó otro.[978] Los manifestantes leyeron una carta de apoyo de la Alianza Democrática Filipina.[979] Por su parte, los organizadores aprobaron una resolución en la que proclamaban su solidaridad con los guerrilleros filipinos.[980]

Yankee, Go Home!: los soldados en Manila protestan por su propia presencia en el extranjero.

El teniente general W. D. Styler, comandante general de las fuerzas del Ejército en el Pacífico occidental, se dirigió a los hombres

por radio. Señaló las «nuevas y vastas tareas» que Estados Unidos debía emprender en Asia.[981] Pero los hombres no escucharon. Sus abucheos y sus gritos sepultaron párrafos enteros del discurso de Styler.[982]

La protesta de Manila desencadenó otras. En Honolulú se manifestaron veinte mil soldados, tres mil en Corea, cinco mil en Calcuta.[983] En Guam, los hombres quemaron la efigie del secretario de Guerra y más de tres mil marineros hicieron huelga de hambre.[984] También hubo protestas en China, Birmania, Japón, Francia, Alemania, Gran Bretaña y Austria, además de manifestaciones de apoyo en Washington, Chicago y Nueva York.

«¿Qué Gobierno es este? —preguntó uno de los soldados—. ¿Qué somos nosotros, que gritamos con devoción que "el mundo debe ser libre" y luego nos lo reservamos?».[985]

Ese era el sentimiento que movía a los manifestantes más perseverantes. Otro soldado se quejaba de que «en medio de la ola de libertad en Oriente, nos aferramos al imperialismo».[986] Todos los miembros del 823.º Batallón de Aviación de Ingenieros, que eran negros y se encontraban estacionados en Birmania, enviaron a Truman una carta en la que decían estar «asqueados de la antidemocrática política exterior estadounidense».[987] No querían que «se los asociara» con «los disparos y los bombardeos hasta matar el ansia de libertad de los pueblos del sudeste asiático. No queremos "unificar" China con bayonetas y bombarderos».

Había una palabra para describir el hecho de que decenas de miles de hombres de uniforme se manifestaran en las calles, abuchearan a sus jefes, declarasen su solidaridad con las fuerzas guerrilleras y quemasen la efigie del secretario de Guerra. Era, como dijo Truman en privado, «un simple motín».[988] Y según el código de justicia militar, cualquier oficial o soldado que se amotinara o incluso presenciara un motín sin poner «todo su empeño» en detenerlo podía ser castigado con la muerte.[989]

«Os olvidáis de que no trabajáis para General Motors —gruñó el jefe de las tropas en Manila—. Todavía estáis en el Ejército».[990]

Ahora bien, ¿el Ejército verdaderamente iba a someter a consejo de guerra a decenas de miles de sus hombres? ¿Realmente iba a ejecutar a alguien? El levantamiento se había extendido de tal manera

que era difícil de imaginar.

En lugar de eso, los altos mandos del Ejército impusieron castigos leves a nueve cabecillas. Aceptaron la opinión caritativa de MacArthur de que los hombres solo sufrían un ataque de «nostalgia aguda» y no estaban «desafiando intrínsecamente la disciplina ni la autoridad». En definitiva, que los chicos siempre serían unos inmaduros.[991]

No obstante, aunque los altos mandos intentaron ocultar el levantamiento, al final acabaron capitulando ante sus demandas. Los hombres volvieron a casa, por lo que el Ejército, que tenía más de ocho millones de soldados en mayo de 1945, quedó reducido a menos de un millón a finales de junio de 1947, muy por debajo de los dos millones y medio que había pedido el Departamento de Guerra. El Ejército se había convertido, escribió un oficial, en «un reloj al que se le agotaba la cuerda y que perdía la carrera contra el tiempo, un mecanismo sin energía».[992]

En el extranjero quedaron suficientes hombres como para ocupar Japón y partes de Alemania y Austria. Pero la ocupación de Corea, que Roosevelt había predicho que duraría cuarenta años, no duró más que tres. Truman se lamentó de que «nuestra influencia en todo el mundo, así como en China, ha disminuido a medida que el Ejército estadounidense hacía los trámites para licenciar a millones de soldados».[993]

Era una exageración. Estados Unidos seguía teniendo más barcos, aviones y bases que nadie, además de bombas atómicas. Ahora bien, en tiempos de paz, su Ejército solo era el sexto más grande del mundo.[994] No estaba en condiciones de colonizar el planeta.

¿Podría siquiera conservar Estados Unidos las colonias que aún tenía? La gran duda era Filipinas. En 1934, deseoso de liberarse de la carga económica y militar que suponía su colonia, el Congreso había puesto en marcha una cuenta atrás de independencia condicionada. Si el Gobierno del Estado libre asociado podía demostrar que era capaz de proteger la vida y la propiedad y si pagaba sus deudas al Gobierno federal, Filipinas obtendría la libertad el 4 de julio de 1946.[995]

Pero, por supuesto, la guerra había hecho añicos todo aquello. ¿Podía el Gobierno filipino proteger la vida y la propiedad? Era evidente que no, puesto que se había visto obligado a exiliarse y había

visto desde lejos cómo se morían más de un millón de personas y se destruían más del 10 por ciento de los edificios del país. ¿Había pagado sus deudas? Ni mucho menos. El Gobierno, los bancos y las compañías de seguros eran insolventes, había una inflación galopante y el alto comisionado, Paul McNutt, advertía sobre una inminente «crisis alimentaria».[996] Además, la mayoría de los políticos importantes habían colaborado con Japón y había miles de campesinos armados que pedían su cabeza. La perspectiva de poder hacer un cambio de régimen sin problemas era, como mínimo, poco halagüeña.

De hecho, algunos altos responsables contemplaron seriamente la posibilidad de conservar Filipinas. Los Archivos Nacionales de Estados Unidos contienen tres conjuntos de órdenes, todas ellas pendientes exclusivamente de la firma del presidente, para disolver el Gobierno del Estado libre asociado. Si se hubiera firmado alguna de ellas, parece poco probable que se hubiera concedido la independencia, dado que el principal requisito era que Filipinas demostrara su capacidad de autogobierno.

La primera orden, redactada con la aprobación de los Departamentos de Estado, Guerra, Marina e Interior, habría declarado la ley marcial y habría puesto Filipinas bajo el mando del Ejército de Estados Unidos por no poder «garantizar suficientemente su propia protección ni su mantenimiento».[997] La segunda, preparada por el Departamento del Interior, abordaba un problema más inquietante, «la muerte o captura del presidente de Filipinas».[998] El presidente Quezón había muerto en el exilio en 1944, cuando no había forma de celebrar nuevas elecciones. ¿Y si le ocurría algo a su vicepresidente y sucesor, Sergio Osmeña? La orden proponía resolver la crisis constitucional disolviendo el Gobierno.

La orden más curiosa, redactada justo antes del saqueo de Manila, procedía de la oficina del alto comisionado. De entrar en vigor, habría liquidado el Gobierno por no haber encontrado ningún sucesor «aceptable o legítimo» en las Filipinas de la posguerra.[999] Para el funcionario que redactó la orden, esa no era una perspectiva hipotética. La facilidad con la que había colaborado la élite filipina con el régimen japonés ya había demostrado que Filipinas era incapaz de establecer un Gobierno poscolonial legítimo. «Hay pocas dudas —

advirtió— de que se pedirá a Estados Unidos, el 4 de julio de 1946 o incluso antes, que conceda la independencia a una república filipina que estará controlada por quienes sirvieron al enemigo».[1000]

Dos semanas después de que estallara el motín del Ejército de enero de 1946 en Manila, el alto comisionado McNutt envió a Truman un cable desesperado. «La situación es crítica»,[1001] explicó. Filipinas estaba destruida por la guerra, dividida entre «fieles y colaboracionistas con el enemigo» y «varios grupos disidentes de buen tamaño y bien armados» estaban «todavía en libertad». McNutt preguntaba si era «humanamente posible» que los filipinos afrontaran la independencia en medio de todo aquello.

Era una pregunta seria y quien la planteaba era el más alto cargo de Filipinas. A pesar de todo, la Casa Blanca no vaciló: la independencia no estaba en discusión.

¿Por qué no? Desde luego, las razones que habían impulsado el apoyo a la independencia en los estados continentales durante los años treinta habían perdido peso. La Depresión ya era cosa del pasado y había pocas posibilidades de que una colonia machacada por la guerra inundara el mercado continental con sus productos. Y con Japón sometido, Filipinas ya no era un lastre para el Ejército. Todo lo contrario. Los estrategas militares estaban empeñados en mantener sus posiciones en Filipinas, que les permitirían proyectar su fuerza en Asia.

Pero, aunque las viejas razones ya no fueran válidas, había otras nuevas. A los responsables políticos de los años treinta no les había importado lo que pensaran los indonesios, los indios o los indochinos sobre la política filipina. Pero ahora Asia estaba libre de ataduras y Washington quería controlarla. Ahora sí importaba. Renunciar a la magullada Filipinas a cambio de granjearse la buena voluntad del tumultuoso mundo en descolonización no era una decisión difícil.

El propio alto comisionado McNutt lo veía así. «Toda Asia, el Oriente de mil millones de habitantes, estará observando lo que hacemos en Filipinas», comentó.[1002] La promesa de independencia había «atraído el asombro y el respeto de los pueblos coloniales del Lejano Oriente». Renegar de esa promesa, reconoció McNutt, sería «traicionar el símbolo del americanismo en esta gran región del mundo».[1003]

De modo que, en lugar de intentar retener su colonia por la fuerza, como hacían sus homólogos europeos, Estados Unidos le facilitó la salida. «Este es el primer caso en la historia de una nación soberana que ha dado voluntariamente la total independencia a una colonia —presumió Truman (con cierta exageración)—. Su importancia hará que tenga repercusiones en todo el mundo».[1004]

Quedaba la cuestión de los colaboracionistas. FDR, antes de morir, había insistido en que se apartara de los puestos de autoridad a quienes habían servido a los japoneses durante la guerra. Pero era complicado saber quién había «servido» y quién no. La niebla de la incertidumbre era especialmente espesa en torno a Manuel Roxas, antiguo ayudante de MacArthur (fue Roxas quien firmó el cheque de 500.000 dólares que MacArthur aceptó ilegalmente del Gobierno filipino antes de abandonar Corregidor). Durante la guerra, Roxas había pertenecido al Gobierno patrocinado por Japón. Era «indudable que había estado seriamente involucrado» con los japoneses, informó el cónsul general de Estados Unidos, pero se había «guardado las espaldas y había ayudado a ambos bandos».[1005]

Eso le bastó a MacArthur. «Roxas no es un colaboracionista», declaró, e insistió (aunque sin aportar pruebas) en que Roxas había sido «uno de los principales factores del movimiento guerrillero».[1006]

A toda velocidad, MacArthur exoneró a Roxas, le restauró su antiguo rango en el Ejército estadounidense y le devolvió todas las pagas correspondientes al tiempo que había estado «capturado» por los japoneses. Además, volvió a convocar la Asamblea de Filipinas, a pesar de que muchos de sus miembros habían trabajado para el enemigo. Como era de esperar, los diputados votaron a Roxas como presidente del Senado, confiados en que propondría la amnistía para los colaboracionistas. Y así fue.

«¡No hay ni un solo senador al que se pueda acusar con razón de haber colaborado!», declaró Roxas en el Senado entre grandes aplausos.[1007]

El Gobierno de Roxas decidió inmediatamente acabar con la guerrilla. Detuvo a los jefes de Hukbalahap por presuntos crímenes cometidos durante la guerra. Un caso notable fue el de ciento nueve guerrilleros a los que las fuerzas gubernamentales rodearon, desarmaron, obligaron a cavar una fosa común y fusilaron.[1008]

Al año siguiente, con el apoyo de varios de los hombres más poderosos de la sociedad del país, Roxas fue elegido presidente de la Filipinas independiente. Su vicepresidente era Elpidio Quirino, el político cuya familia había muerto asesinada durante la reconquista estadounidense.

«Somos un pueblo con problemas», reconoció Roxas en su discurso del 4 de julio de 1946.[1009] Con las ciudades aún en ruinas y la violencia que aumentaba en las zonas rurales, eso era innegable. Pero también había alegría. Hubo una ceremonia en la que se arrió una bandera estadounidense especialmente confeccionada, para la que se había cosido una estrella en cada una de las cuarenta y ocho provincias de Filipinas.[1010] A continuación se izó en el mismo mástil la bandera filipina, en medio de un aplauso ensordecedor.

MacArthur se volvió hacia Carlos Rómulo. «Carlos —dijo—, hoy, Estados Unidos ha enterrado aquí el imperialismo».[1011]

Fue un momento digno de recordarse. La vez anterior que los filipinos habían declarado su independencia, en 1898, Estados Unidos había librado una amarga guerra de catorce años contra ellos. Varias generaciones de políticos habían insistido, con ciertas dudas en la época de Wilson, en que los filipinos no eran capaces de autogobernarse. Pese a todo, ahora, sin ninguna ley ni ningún ejército que le obligara a hacerlo, Estados Unidos estaba dando la libertad a su mayor colonia. Y lo sorprendente era que lo hacía para no quedar mal ante los asiáticos.

Y no se quedó ahí. Hawái y Alaska, que eran territorios «incorporados», habían sido seleccionados —en una decisión que no era vinculante— para convertirse en estados.[1012] Pero esa perspectiva se había previsto en función de una supuesta colonización por parte de los blancos, que nunca acudieron en la cantidad que se esperaba. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, Alaska seguía siendo mitad nativa y mitad blanca. En Hawái, los blancos eran una auténtica minoría. Muchos de los habitantes del territorio, que procedían de Japón, ni siquiera podían obtener la carta de ciudadanía.

Para consentir la independencia de Filipinas, los líderes estadounidenses debían olvidarse del miedo racista a que los filipinos no pudieran gobernarse a sí mismos. En cambio, para poner fin a la

condición de colonias de Hawái y Alaska, tuvieron que superar un racismo diferente. Para aceptar que Hawái y Alaska fueran estados, los políticos del continente tenían que aceptar la idea de que hubiera algunos estados no gobernados forzosamente por blancos. En 1898, el miedo a los estados no blancos había impulsado la resistencia contra el imperio. Décadas después, en un país regido por las leyes de Jim Crow, ese miedo seguía presente. El antiguo rector de la Universidad de Columbia y premio nobel Nicholas Murray Butler advirtió de que la admisión de Hawái y Alaska en la Unión «supondría el principio del fin de Estados Unidos tal como lo hemos conocido».[1013]

Hawái, conocida por su mezcla de razas nativas, asiáticas y europeas, parecía especialmente amenazante. «No queremos que esas personas contribuyan a gobernar el país —decía sin rodeos un periódico de Massachusetts—. Cuando en el futuro se planteen cuestiones en el Senado de los Estados Unidos, no queremos una situación en la que unas decisiones vitales puedan depender de dos senadores mestizos».[1014]

Ese racismo había impedido durante mucho tiempo la estatalidad de Hawái y Alaska, pero la descolonización mundial cambió las cosas. «¿Puede Estados Unidos conducir —eficazmente— el mundo hacia su principio del gobierno por consentimiento de los gobernados, cuando mantiene su propio colonialismo obsoleto en Alaska y Hawái?», preguntó Ernest Gruening.[1015] O, como planteó después en privado: «¿Cómo podemos abogar fervientemente por la autodeterminación, etcétera, de Indonesia y todos los demás pueblos que llevan taparrabos, cuando negamos la más elemental expresión de autogobierno a los nuestros?».[1016]

Gruening, que había sido director de la División de Territorios y Posesiones Insulares, sabía que este era un aspecto que levantaba ampollas y presionó todo lo que pudo. Instó a los habitantes de Alaska a «gritar sobre el “colonialismo” a pleno pulmón»[1017] y recomendó «las tácticas del Tea Party de Boston» para Hawái.[1018] Redactó un libro con un título nada sutil, *Alaska Is a Colony [Alaska es una colonia]*.[1019] Se aficionó a amenazar con llevar los asuntos coloniales ante Naciones Unidas. Y no era una amenaza cualquiera. Pese al bochorno infinito que les provocaba, los funcionarios estadounidenses se vieron obligados a presentar informes periódicos a Naciones Unidas

sobre los «territorios no autónomos» de Alaska y Hawái.

Truman, que ya había aceptado la independencia de Filipinas y el desmantelamiento del Ejército, vio hacia dónde soplaban los vientos. «Son tiempos difíciles», señaló. «Conozco pocas formas mejores de demostrar al mundo nuestra profunda fe en la democracia y en los principios de autogobierno que admitiendo a Alaska y Hawái en la Unión».[1020]

A partir de 1948, Truman se propuso conseguir ese objetivo, consciente de la «tremenda influencia psicológica» que la conversión de esos territorios en estados tendría en «el ánimo y la actitud de los pueblos de Asia y las islas del Pacífico».[1021]

El problema era que otorgar la condición de estado, a diferencia de otras concesiones a la descolonización, exigía la aprobación del Congreso. Y entonces Truman se topó con la cruda realidad. Desde el punto de vista de los partidos, los dos territorios se compensaban, porque todo el mundo daba por sentado que Hawái sería republicano y Alaska, demócrata (justo al contrario de lo que pasó). Pero era evidente que su admisión desequilibraría la política nacional en otro aspecto. Fuera cual fuera la afiliación partidista de los nuevos estados, su composición racial los situaría de manera inequívoca en el campo de los derechos civiles. Los demócratas sureños del Senado, inquietos por lo que eso podría suponer para las leyes de Jim Crow, amenazaron con bloquear la votación.

Así se abrió en la guerra por los derechos civiles un frente que no suele mencionarse. Los que tenían una posición progresista sobre la raza apoyaron la estatalidad, señalando sobre todo Hawái como prueba de que la integración funcionaba. Por su parte, los defensores de Jim Crow recurrieron a los mismos argumentos de 1900 y a la vieja retórica imperialista en defensa de su precaria posición. El archisegregacionista Strom Thurmond, uno de los congresistas más longevos de la historia de Estados Unidos, sermoneó a sus colegas sobre las «diferencias insalvables» entre la civilización occidental y las costumbres orientales.[1022] «Oriente es Oriente, y Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán», dijo, citando a Kipling.

La oposición del Sur impidió que Hawái y Alaska fueran estados durante los años cuarenta y cincuenta, pero no podía resistir eternamente. Entre los triunfos del movimiento a favor de los

derechos civiles hay algunos bien conocidos, como la integración de los colegios, conseguida en el caso Brown contra el Consejo Escolar en 1954, y la prohibición de la discriminación racial en las urnas consagrada en la Ley de Derecho al Voto de 1965. Los libros de texto hablan menos de la admisión de Alaska y Hawái como cuadragésimo noveno y quincuagésimo estado en 1959. Pero también eso supuso un serio golpe al racismo. Por primera vez, la lógica de la supremacía blanca no había dictado qué partes del Gran Estados Unidos podían optar a la condición de estado.

Martin Luther King Jr., 1965, lleva un lei hawaiano en su histórica marcha de Selma a Montgomery. King había visitado Hawái, que consideraba un modelo de armonía racial.

En opinión de los racistas, aquello significaba una catástrofe, «el fin del Estados Unidos que hemos conocido», como dijo Nicholas Murray Butler. En cierto modo, Butler acertó con su predicción. Alaska envió al Senado a Ernest Gruening, que llevaba décadas trabajando contra el racismo y el imperialismo. En 1964, Gruening alcanzó fama nacional por ser uno de los dos únicos congresistas —de los 506 que votaron— que se opusieron a la resolución del golfo de

Tonkin, que desembocó en la entrada directa de Estados Unidos en la guerra de Vietnam.

Hawái eligió de inmediato a unos congresistas que no eran blancos: Hiram Fong para el Senado y Daniel Inouye, veterano que había luchado en el legendario 442.º Regimiento de Infantería, para la Cámara de Representantes. Fong era estadounidense de origen chino, el primer chino-estadounidense que ocupaba un escaño en el Senado. Inouye era estadounidense de origen japonés, el primer japonés-estadounidense que ocupaba un escaño en el Congreso. Inouye siguió siendo miembro del Congreso de forma ininterrumpida desde la creación del estado de Hawái, en 1959, hasta su muerte en 2012, por lo que superó incluso el récord de años de servicio de Strom Thurmond, cuarenta y siete años. En el momento de su muerte, Inouye era presidente *pro tempore* del Senado y, por consiguiente, tercero en la línea de sucesión a la presidencia.

Tal como temían los supremacistas blancos, Fong e Inouye fueron grandes defensores de los derechos civiles. Y si los segregacionistas hubieran mirado más hacia el futuro, les habría preocupado todavía más otra cosa que estaba ocurriendo en Hawái en ese momento.

Hawái se convirtió en estado en 1959. Al año siguiente, 1960, un estudiante keniano conoció a una estudiante de Kansas en la clase de ruso de la Universidad de Hawái. Se casaron —un matrimonio interracial que en aquel entonces era ilegal en dos docenas de estados — y tuvieron un hijo que crecería en parte en Hawái y en parte en Indonesia. Como es frecuente en Hawái, su familia, completamente multirracial, iba a crecer todavía más mediante los matrimonios y a incorporar elementos afroamericanos, británicos, lituanos, indonesios, malayos y chinos. Y en 2009 ese hijo, Barack Obama, se convertiría en el primer presidente negro de Estados Unidos.

---

[955] Comunicado de prensa, Departamento del Interior, 23 de marzo de 1946; carpeta «Mts.—Seals & Flags»; caja 70; 9-0-2, Office of Territories Classified Files, 1907–1951; ROT. Véase el resto de la carpeta para otras propuestas de bandera.

[956] *Many Battles: The Autobiography of Ernest Gruening*, Nueva York, 1973, p. 371.

[957] Michio Kitahara, *Children of the Sun: The Japanese and the Outside World*, Nueva York, 1989, p. 95; William Manchester, *American Caesar: Douglas MacArthur, 1880–1964*, Boston, 1978, p. 474.

[958] Hernando J. Abaya, *Betrayal in the Philippines*, Nueva York, 1946, pp. 171-179;

carpeta «Philippine Statehood», caja 17, HC–DC; «Statehood for P.I.», *Manila Evening News*, 26 de enero de 1946; Gladstone Williams, «What to Do Now with the Philippines?», *Atlanta Constitution*, 28 de febrero de 1945; «World Fronts», *Amsterdam News*, 3 de marzo de 1945.

[959] Propuesta del representante Bud Gearhardt, tratada en «The Ramparts of the North», *New York Journal-American*, 21 de julio de 1945.

[960] CDA 315, «A Study of Pacific Bases: A Report by the Subcommittee, House of Representatives», 22 de agosto de 1945, p. 21, Notter Records, caja 126.

[961] Citado en Julian Go, *Patterns of Empire: The British and American Empires, 1688 to the Present*, Cambridge, 2011, p. 103. Véase también las pp. 117-123 para un examen de las ambiciones territoriales de Estados Unidos al acabar la Segunda Guerra Mundial.

[962] Albert Viton, *American Empire in Asia?*, Nueva York, 1943, pp. 286-287. Sobre las expresiones públicas de deseos de anexión durante la guerra, véase William G. Carleton, «The Dawn of a New Day», *Vital Speeches of the Day*, 1 de diciembre de 1943, pp. 117-125.

[963] El desmantelamiento del Imperio japonés aupó a Estados Unidos al cuarto lugar en la lista de los imperios mundiales por población.

[964] Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1989 [1987], p. 358. (Ed. esp., *Auge y caída de las grandes potencias,* Barcelona, Debolsillo, 2004).

[965] Daniel Immerwahr, «The Greater United States: Territory and Empire in U.S. History», *DH* 40, 2016, pp. 389-390.

[966] En 1940: 31,10 por ciento; en 1965: 2,18 por ciento. Calculado a partir de MPD. Esta cifra abarca las colonias oficiales, no los países satélites (por ejemplo, Alemania del Este bajo el control de la Unión Soviética) ni los ocupados (por ejemplo, Japón bajo el control de Estados Unidos).

[967] *Rem.*, p. 276.

[968] Langston Hughes, «Colored Lived There Once», *Chicago Defender*, 27 enero de 1945.

[969] Luis Taruc, *Born of the People*, Nueva York, 1953, pp. 64-65.

[970] Harold R. Isaacs, *No Peace for Asia*, Nueva York, 1947, p. 1.

[971] Albert C. Wedemeyer, citado en Ronald H. Spector, *In the Ruins of Empire: The Japanese Surrender and the Battle for Postwar Asia,* Nueva York, 2007, p. 21. Véase también Christopher Bayly y Tim Harper, *Forgotten Wars: Freedom and Revolution in Southeast Asia*, Cambridge, 2007. El concepto de una «Primavera Malaya», del que he extrapolado una «Primavera Asiática» más general, se aborda en Harper, *The End of Empire and the Making of Malaya*, Cambridge, 1999, cap. 2.

[972] Descrito en Hernando J. Abaya, *Betrayal in the Philippines*, Nueva York, 1946, pp. 125-130. En «GIs Fear Plan to Use Them against Filipinos», *Daily Worker*, 9 de enero de 1946, se da la cifra de 35.000.

[973] *General Marshall's Report: The Winning of the War in Europe and the Pacific*, Nueva York, 1945, p. 118.

[974] John C. Sparrow, *History of Personnel Demobilization in the United States Army*, Washington, DC, 1952, p. 141.

[975] Steven Kalgaard Ashby, «Shattered Dreams: The American Working Class and the Origins of the Cold War, 1945–1949», tesis doctoral, University of Chicago, 1993, p. 130.

[976] Truman a John Folger, 16 de noviembre de 1945, citado en David R. B. Ross, *Preparing for Ulysses: Politics and Veterans during World War II*, Nueva York, 1969, p. 187.

[977] Harry S. Truman, *Memoirs*, vol. 1, *Year of Decisions*, Garden City, Nueva York, 1955, p. 509.

[978] Abaya, *Betrayal*, pp. 135, 148.

[979] Ashby, «Shattered Dreams», p. 143.

[980] Erwin Marquit, «The Demobilization Movement of January 1946», *Nature, Society, and Thought* 15, 2002, pp. 24-25.

[981] «Styler Gives Talk on Redeployment», *Daily Pacifican*, 8 de enero de 1946.

[982] «20.000 Attend Orderly Meeting», *Daily Pacifican*, 8 de enero de 1946.

[983] Ashby, «Shattered Dreams», p. 138.

[984] Sparrow, *Personnel Demobilization*, p. 163; Ashby, «Shattered Dreams», p. 138.

[985] William D. Simpkins, carta, *Daily Pacifican*, 15 de noviembre de 1945.

[986] Robert B. Pearsall, carta, *Daily Pacifican*, 30 de noviembre de 1945.

[987] Daniel Eugene Garcia, «Class and Brass: Demobilization, Working Class Politics, and American Foreign Policy between World War and Cold War», *DH* 34, 2010, pp. 694-695.

[988] Ashby, «Shattered Dreams», pp. 170-171.

[989] *The Articles of War, Approved June 4, 1920*, artículos 66 y 67.

[990] R. Alton Lee, «The Army "Mutiny" of 1946», *Journal of American History* 53, 1966, p. 562.

[991] MacArthur, citado en Sparrow, *Personnel Demobilization*, p. 322.

[992] Rexford Guy Tugwell, *The Stricken Land: The Story of Puerto Rico*, Garden City, Nueva York, 1946, p. v.

[993] Truman, *Memoirs*, 2, p. 91.

[994] Terry H. Anderson, *The United States, Great Britain, and the Cold War, 1944–1947*, Columbia, 1981, p. 152.

[995] El peligroso estado y la historia de la deuda de bonos filipinos con Estados Unidos se detalla en Manuel Roxas, discurso, 26 de enero de 1948, en carpeta «Territories Committee, Philippine Islands», caja 5, ser. 4, Tydings Papers.

[996] Comunicado de prensa, 22 de abril de 1946, carpeta «Pub. Relations Press Releases, 1946, Pt. B», caja 11, HC–Manila.

[997] «Doc. B.», 1940, incluido en E. D. Hester a Frank P. Lockhart, 13 de noviembre de 1944, carpeta «Emergency Proclamation», caja 1, HC–Pol/Econ.

[998] «Doc. A», 13 de noviembre de 1944, incluido en ibíd.

[999] E. D. Hester a Frank P. Lockhart, 12 de enero de 1945, carpeta «Emergency Proclamation», caja 1, HC–Pol/Econ.

[1000] E. D. Hester a Richard R. Ely, 3 de julio de 1945, carpeta «Hester, E. D.», caja 2, HC–Pol/Econ.

[1001] «McNutt Raises Question of P.I. Readiness for Freedom July 4th», *Manila Evening News*, 23 de enero de 1946.

[1002] Paul V. McNutt, «Report on the Philippines», 1945, 14, carpeta «McNutt, P.V., Correspondence and Speeches, 1945–46», caja 7, HC-DC.

[1003] Paul V. McNutt, «The Filipinos are Our Friends», *Manila Evening News*, 26 de enero de 1946.

[1004] Harry S. Truman a Kenneth McKellar, 3 de abril de 1946, carpeta «Independence, Ceremonies, 1946», caja 4, HC-DC.

[1005] Paul Steintorf a James F. Byrnes, 19 de septiembre de 1945; carpeta «Collaboration», caja 1, HC–Pol/Econ.

[1006] Douglas MacArthur, citado en el comunicado de prensa de la Oficina del Mando General, Office of the Commanding General, Army forces of the Pacific, 9 de mayo de 1946; carpeta «Pub. Relations Press Releases, 1946, Pt. A», caja 11, HC–Manila.

[1007] Abaya, *Betrayal*, p. 92.

[1008] Benedict J. Kerkvliet, *The Huk Rebellion: A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, 1977.

[1009] *Manila Evening News*, 4 de julio de 1946.

[1010] Comunicado de prensa, 31 de mayo de 1946; carpeta «Pub. Relations Press Releases, 1946, Pt. A», caja 11, HC–Manila.

[1011] Citado en Julian Go, *Patterns of Empire: The British and American Empires, 1688 to the Present*, Cambridge, 2011, p. 105.

[1012] El análisis más detallado del proceso de Hawái y Alaska hasta ser estados es el de John S. Whitehead, *Completing the Union: Alaska, Hawai'i, and the Battle for Statehood*, Albuquerque, 2004. Para los párrafos siguientes me he basado en las investigaciones que examinan la relación entre el carácter de estado y la descolonización, en concreto las de Robert David Johnson, *Ernest Gruening and the American Dissenting Tradition,* Cambridge, Massachusetts, 1998; Gretchen Heefner, «"A Symbol of the New Frontier": Hawaiian Statehood, Anti-Colonialism, and Winning the Cold War», *Pacific Historical Review* 74, 2005, pp. 545-574; Sarah Miller-Davenport, «State of the New: Hawai'i Statehood and Global Decolonization in American Culture, 1945–1978», tesis doctoral, University of Chicago, 2014; Robert David Johnson, «Alaska, Hawai'i, and the United States as a Pacific Nation», en su *Asia Pacific in the Age of Globalization,* Nueva York, 2015, pp. 162-171; y A. G. Hopkins, *American Empire: A Global History,* Princeton, 2018, cap. 14.

[1013] Butler a Julius A. Krug, 7 de marzo de 1947, carpeta «Citizens' Statehood Committee, 1947–51», Governor's Files, GOV9-3, HSA.

[1014] «Hawaii Can Wait», *Worcester Telegram*, marzo de 1947, en carpeta «Editors—Opposition to Statehood», caja 4, Hawaiian Statehood Commission Records, COM18, HSA.

[1015] Ernest Gruening, «Alaska Statehood Delay Invites Red Attack», *San Francisco Examiner*, 9 de marzo de 1950.

[1016] Gruening a Sam Wilder King, hacia 1952–1954, carpeta 226, caja 59, Gruening Papers.

[1017] Citado en Johnson, *Gruening*, p. 191.

[1018] Gruening a King, hacia 1952–1954, carpeta 226, caja 59, Gruening Papers.

[1019] Contenido en la carpeta 316, caja 754, Gruening Papers.

[1020] Truman a Joseph C. O'Mahoney, 5 de mayo de 1950, *APP*.

[1021] Truman, Carta al presidente del Senado sobre la concesión de la condición de estado a Hawái y Alaska (Letter to the President of the Senate on Statehood for Hawaii and Alaska), 27 de noviembre de 1950, *APP*.

[1022] Citado en Heefner, «Symbol», p. 546.

15

Nadie lo sabe en Estados Unidos, Puerto Rico está en Estados Unidos

En 1936, un joven de 24 años, Wenzell Brown, fue de Nueva York a Ponce, en Puerto Rico. Posteriormente, Brown se haría famoso como autor de novelas baratas, con clásicos inmortales como *Teen-age Mafia*, *Prison Girl* y *The Murder Kick*. Pero, por el momento, no era más que un joven maestro que llegaba a un lugar extraño y nuevo.

Brown no hablaba una palabra de español ni sabía nada de la isla. De hecho, no recordaba que le hubieran hablado de Puerto Rico ni una sola vez durante sus años de instituto y universidad. Cuando solicitó la plaza de profesor, confundió Puerto Rico con Costa Rica y por eso creyó que se iba al extranjero.[1023]

Pero aprendió deprisa. Ponce era la ciudad natal de Pedro Albizu Campos y Brown veía desfilar con frecuencia al Ejército de Liberación de Albizu por sus calles. Estuvo allí durante la masacre de Ponce, cuando, como explicaba después, «la demencia más absoluta se apoderó del lugar» y la policía «enloqueció» y disparó a más de ciento cincuenta civiles. También vio la pobreza. «Uno no puede mirar los barrios bajos de cualquier ciudad de Puerto Rico y no pensar que ha habido un grave abandono y que no se ha cumplido una obligación»,

escribió.[1024]

Sin embargo, lo que más le llamó la atención a Brown fue el rencor. Descubrió, alarmado, la indignación de sus alumnos cuando intentaba enseñarles inglés. Vio que, años después de la publicación de la carta del doctor Cornelius Rhoads (que describía el placer de los médicos cuando «maltrataban y torturaban» a sus pacientes), muchos puertorriqueños seguían resistiéndose a que los trataran en los hospitales del Gobierno. Temían que los médicos del continente estuvieran conspirando para matarlos.[1025]

Brown se fue de la isla en 1939, pero regresó en 1945 y se encontró con que las cosas no habían mejorado. La guerra había llevado inversiones militares a Puerto Rico, pero también había llevado soldados, censura, la amenaza de la ley marcial, escasez de barcos y disturbios frecuentes. Brown percibió una atmósfera de «nacionalismo intenso y fanático».[1026] La isla era, advirtió a sus compañeros del continente, «dinamita ante nuestra puerta».

Wenzell Brown no fue el único que advirtió el potencial incendiario de Puerto Rico. El célebre periodista John Gunther se quedó sin aliento cuando vio los abarrotados barrios de chabolas de la isla. La imagen proporcionaba una «sacudida que paralizaría a cualquiera que tenga fe en los principios estadounidenses de progreso y civilización», escribió.[1027] En 1943, la revista *Life* publicó un reportaje sobre la «cloaca de Puerto Rico», con la conclusión de que la colonia era un «problema irresoluble».[1028]

En teoría, ese problema irresoluble le correspondía a Washington. Los asuntos de Puerto Rico eran competencia de la oficina colonial que había creado Ernest Gruening, la División de Territorios y Posesiones Insulares. Pero esa agencia era —como solía pasar con las iniciativas imperiales de Estados Unidos— ridículamente pequeña. Aunque era responsable de prácticamente todo el imperio de Estados Unidos, tenía una plantilla mínima. En 1949 contaba solo con diez empleados por encima del rango de auxiliar administrativo.[1029]

«El Fanguito», un tugurio de triste fama en San Juan, 1941. Unos barrios de chabolas así, escribió el gobernador en su momento, «habrían repugnado a un hotentote». [Rexford Guy Tugwell, *The Stricken Land: The Story of Puerto Rico*, Garden City, Nueva York, 1946, p. 126].

Como Washington ofrecía poca orientación, la responsabilidad recaía sobre el gobernador designado en San Juan. Pero, aunque los gobernadores tenían un gran poder formal —por ejemplo, podían vetar leyes—, tenían dificultades para utilizarlo con eficacia. En su mayoría, sabían demasiado poco y se marchaban demasiado pronto para conocer verdaderamente la política puertorriqueña. Solo durante la presidencia de Roosevelt, entraron y salieron siete gobernadores, sin contar otros tres nombramientos provisionales.

A las órdenes de los funcionarios designados en el continente trabajaban los puertorriqueños electos, menos poderosos, pero mucho más sagaces para los asuntos locales. El más destacado fue Luis Muñoz Marín, líder del partido mayoritario de la isla, que dominó el escenario político desde los años cuarenta hasta los sesenta. John Gunther lo consideraba «el puertorriqueño vivo más importante».[1030]

Nacido tres días después de la explosión del *USS Maine* en la bahía de La Habana, en 1898, Muñoz Marín creció a la sombra del dominio estadounidense. Su padre había sido representante sin voto de Puerto Rico en el Congreso, por lo que iba y venía entre el continente y la

isla. De joven, Muñoz Marín se integró en el mundo bohemio de Greenwich Village y trabajó como periodista, por ejemplo, escribiendo de vez en cuando para *The Nation,* bajo la dirección de Ernest Gruening. Un gobernador recordaba que hablaba «un inglés redondo, flexible y jugoso, sin que nada indicara su origen, excepto, tal vez, un rastro de Nueva York en su forma de expresarse»;[1031] Muñoz Marín decía en broma que su inglés era mejor que su español.

No obstante, a pesar de todos sus lazos culturales con el continente, Luis Muñoz Marín era un afilado crítico del régimen colonial. Cuando era joven, había llegado a la conclusión, como Pedro Albizu Campos, de que Puerto Rico necesitaba la independencia. Era la única manera de que la isla saliera de la pobreza.

Una noche, a finales de los años veinte, mientras cenaba en el Hotel Palace de San Juan, Muñoz Marín vio a Albizu sentado a solas, de modo que le invitó a sentarse con él.[1032] Los dos tenían mucho en común. Eran unos líderes jóvenes y carismáticos que hablaban inglés con fluidez y eran licenciados en Derecho por prestigiosas universidades del continente (Georgetown en el caso de Muñoz Marín y Harvard en el de Albizu). Al hablar, descubrieron que sus ideas políticas también coincidían. Pero Muñoz Marín notó una diferencia de motivación. Mientras Albizu estaba obsesionado con «librarse de los estadounidenses», la principal preocupación de Muñoz Marín era «librarse del hambre».

¿Los dos objetivos eran una misma cosa? Dadas las dificultades que suponía para Puerto Rico el hecho de que Washington controlara su comercio, era fácil suponer que sí. Muñoz Marín se reunía a menudo con Albizu y en 1931 declaró a un periódico que iba a votar por él.[1033] Pero, a medida que avanzaba esa turbulenta década, empezó a preguntarse si la relación entre colonialismo y pobreza no era más complicada.

Tuvo motivos para replantearse su compromiso con la independencia en 1936, cuando dos seguidores de Albizu asesinaron al jefe de policía y Ernest Gruening redactó un proyecto de ley de independencia como represalia. El proyecto de ley era un «arma de venganza imperialista»,[1034] escribió Muñoz Marín, que impondría a Puerto Rico un arancel exorbitante e inmediato. Le horrorizó ver que la isla dependía ya tanto de las ventas al continente que cualquier

interrupción del comercio desencadenaría un colapso económico y destruiría «toda esperanza de vida y civilización».[1035] Se sentía lleno de «confusión emocional» por «querer la independencia, pero no el trastorno económico».[1036]

En 1938, Muñoz Marín creó el Partido Popular Democrático, el partido que iba a dirigir hasta el final de su carrera. Hizo campaña con el eslogan «Pan, tierra y libertad», aunque mantuvo la ambigüedad sobre el último término, «libertad». El lema encajaba con el resentimiento generalizado de Puerto Rico contra el dominio colonial, pero era lo bastante vago como para englobar muchas posibilidades. Muñoz Marín ordenó a los dirigentes del PPD que evitaran deliberadamente hablar del estatus de la isla. En su opinión, era una trampa política.

No fue una mala decisión. En 1940, el partido de Muñoz Marín obtuvo el 38 por ciento de los votos. En 1944, obtuvo el 65 por ciento y se asentó como principal partido de la isla.[1037]

En 1946, el año en el que Filipinas obtuvo su libertad, Muñoz Marín habló públicamente en contra de la independencia y expulsó del partido a los miembros que estaban a favor de ella. El PPD iba a defender una solución de compromiso: ni la independencia ni la condición de estado, sino algo intermedio. Muñoz Marín esperaba conseguir así el autogobierno sin perder el acceso al mercado estadounidense («el mayor y más próspero del mundo», señaló).[1038]

Era el momento oportuno para presionar. En un periodo de rápida descolonización, en el que Filipinas consiguió su independencia, los guameños obtuvieron la ciudadanía y Alaska y Hawái se encaminaban hacia la condición de estados, Washington estaba dispuesto a resolver el problema puertorriqueño. «No se puede mantener a dos millones de personas de forma permanente en la zona gris del colonialismo», insistió Rexford Tugwell, heredero del New Deal y entonces gobernador de la isla.[1039]

Tugwell estaba de acuerdo con la idea de Muñoz Marín de combinar autonomía y desarrollo y esperaba que mitigase el palpable malestar de los puertorriqueños. Los funcionarios del Departamento de Estado también apoyaron el plan, con la esperanza de que ahorraría a Estados Unidos el bochorno de tener que presentar un informe anual a Naciones Unidas sobre el «territorio no autónomo» de Puerto Rico, un

informe que todos los años daba a los diplomáticos soviéticos una oportunidad para burlarse de Estados Unidos por su hipocresía.

En 1946, el Gobierno de Truman nombró gobernador a un puertorriqueño, Jesús T. Piñero, colega de Muñoz Marín. En 1948, el Congreso permitió a los puertorriqueños elegir a su propio gobernador. Muñoz Marín ganó con facilidad e iba a permanecer en el cargo hasta 1964. Ahora que ocupaba el cargo político más alto de la colonia, Muñoz Marín podía conducir a Puerto Rico en la nueva dirección política y, además, ocuparse de los problemas sociales de la isla.

De hecho, iba a tener que hacerlo. Con el poder local, Muñoz Marín también había obtenido la competencia sobre todo lo que sucediera en la isla. La pobreza, el resentimiento y la violencia política pasaron a ser problemas suyos.

Puerto Rico sufría muchos males, pero, en opinión casi unánime de los estadounidenses continentales, todos se debían a un mismo factor. En palabras de un funcionario, las mujeres de la isla «seguían expulsando niños al mundo como balas de cañón contra las rígidas paredes de su economía».[1040] Los continentales lamentaban la superpoblación de la pequeña isla, que en 1950 tenía casi doscientos cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado. Hoy en día, esta cifra no impresiona —Bangladés tiene más de mil cien habitantes por kilómetro cuadrado y la ciudad-Estado de Singapur tiene más de siete mil seiscientos—. Pero en aquella época era una de las mayores densidades de población del planeta.

«Si Estados Unidos estuviera tan poblado como Puerto Rico —escribió el sociólogo C. Wright Mills—, contendría casi toda la población mundial».[1041]

Muñoz Marín compartía esa preocupación. Llevaba hablando en público de la superpoblación desde los años veinte. Como había dicho entonces, el problema del hambre en Puerto Rico podía resolverse de dos maneras: con más comida o con menos bocas. Conseguir más comida fue una obsesión que le duró toda la vida y, con el tiempo, supervisó la salida gradual de Puerto Rico de la pobreza a base de promover el desarrollo económico. Pero también le atraía la segunda solución. Sobre las dos estrategias escribió: «Creo que disminuir la

población es lo más importante, lo más práctico y lo más barato». Se declaraba «malthusiano», es decir, que apoyaba el control de la natalidad.[1042]

Muñoz Marín no era el único que tenía esa postura. Aunque había distintas opiniones entre los hombres que controlaban Puerto Rico, a muchos —entre ellos, los presidentes Herbert Hoover[1043] y Franklin Delano Roosevelt[1044]— les preocupaba el aumento de población de la isla tanto como para pensar que era necesario implantar el control de la natalidad. En el continente seguía siendo una práctica muy controvertida, pero, en opinión de Ernest Gruening, era la «única esperanza» para Puerto Rico.[1045]

No obstante, como bien sabía Gruening, en una sociedad abrumadoramente católica el control de la natalidad era un asunto delicado. La Iglesia criticaba con frecuencia a Muñoz Marín por su posición e incluso, en un momento dado, los obispos locales declararon que votar por él era pecado.

El control de la natalidad también indignaba a los nacionalistas, que habían aprendido, con el caso de Rhoads, a mirar con enorme suspicacia a los médicos y los diagnósticos de «superpoblación». Albizu pensaba que Puerto Rico estaba infrapoblado[1046] y que el control de la natalidad era un intento insidioso de «invadir las entrañas de la nacionalidad»[1047] y llevar la guerra contra la libertad de Puerto Rico al útero.

Para evitar la controversia, los funcionarios —tanto puertorriqueños como continentales— rebajaron el tono sobre la planificación familiar. Las clínicas administradas por el Gobierno proporcionaban anticonceptivos, pero no se empeñaban en dárselos a los pacientes. En lugar de ello, los funcionarios fomentaron el control de la natalidad con discreción, mediante una serie de iniciativas filantrópicas, colaboraciones con empresas y proyectos piloto en las universidades, que comenzaron a finales de los años treinta y se aceleraron durante el mandato de Muñoz Marín. En público, el Gobierno se mostraba indeciso sobre el control de la natalidad. En privado, animaba a los médicos, los investigadores y las empresas farmacéuticas a que hicieran todo lo posible.

Con eso bastó. La isla era, en muchos sentidos, el lugar perfecto para probar nuevas técnicas médicas. Estaba cerca del continente y

contaba con médicos y enfermeras que hablaban inglés y estaban formados en los métodos estadounidenses. Mientras que casi todos los estados tenían leyes que prohibían la anticoncepción y violentas «brigadas puritanas» que las hacían cumplir,[1048] en Puerto Rico el control de la natalidad era legal y el Gobierno estaba bien predispuesto. Y, desde luego, los puertorriqueños tenían experiencia como sujetos para la investigación médica experimental, desde la anemia hasta el gas mostaza. Su pobreza y su posición marginal en la sociedad estadounidense hacían que fueran la carne de cañón idónea.

No es de extrañar, por tanto, que Puerto Rico acabara siendo el campo de pruebas de uno de los inventos más transformadores del siglo XX: la píldora anticonceptiva.

Como muchas figuras clave en la historia de Puerto Rico, Gregory Pincus, conocido como el padre de la píldora, era un hombre de Harvard. De hecho, allí había tenido el mismo mentor que Cornelius Rhoads: el genetista William Castle. Castle había dirigido la Comisión Rockefeller sobre la anemia en Puerto Rico y había llevado a Rhoads a la isla. Y también había formado a Pincus.[1049]

Pero a Pincus, que era judío, le era difícil conseguir el apoyo oficial con el que Rhoads siempre había podido contar. Después de una investigación sobre la fecundación *in vitro* de conejos que causó enorme sensación (titular: «Un conejo sin padres asombra a los hombres de ciencia»),[1050] Pincus se vio retratado en la prensa como un Frankenstein. Su intento de obtener una plaza de titular en Harvard fracasó.

Así que Pincus dejó Harvard y fundó su propio centro de investigación en Worcester (Massachusetts). Su preocupación por la «explosión demográfica» mundial le llevó a proponer un estudio sobre la anticoncepción.[1051] ¿Sería posible tener una píldora o una inyección que suprimiera la ovulación de forma segura? Era una buena pregunta, pero Pincus no conseguía que le financiaran la respuesta ni las empresas farmacéuticas ni Planned Parenthood.

Es muy probable que la investigación de Pincus no hubiera llegado a nada si no hubieran intervenido la activista Margaret Sanger (que fundó Planned Parenthood y popularizó la expresión «control de la natalidad») y la heredera Katharine Dexter McCormick. Las dos

reconocieron el valor del trabajo de Pincus y le proporcionaron fondos prácticamente ilimitados —dinero privado— para investigar las hormonas sintéticas.

Primero, Pincus probó casi doscientos compuestos en animales. Mientras tanto, su colega John Rock administró en Massachusetts inyecciones de hormonas a «ochenta mujeres estériles, frustradas, pero valientes e intrépidas», que esperaban concebir (Rock pensaba que las hormonas que inhiben la ovulación también podrían servir para reforzar el sistema reproductivo).[1052] Pero las pruebas de Rock eran molestas y tenían graves efectos secundarios, y todo el experimento dependía de la desesperación de las mujeres sin hijos.

McCormick estaba impaciente por empezar los ensayos de campo a gran escala. «¿Cómo podemos conseguir una "jaula" de mujeres ovulando para hacer el experimento?», preguntó a Sanger.[1053]

El equipo consideró la posibilidad de hacer pruebas en Jamaica, Japón, India, México y Hawái.[1054] En 1954, Pincus visitó Puerto Rico y quedó favorablemente impresionado. Este era un lugar en el que podían llevar a cabo, como explicó Pincus a McCormick, «ciertos experimentos que serían muy difíciles en este país».[1055]

El primer experimento se hizo con estudiantes de Medicina de la Universidad de Puerto Rico.[1056] Pese a que sus notas dependían de la participación en el estudio, lo abandonó casi la mitad: dejaron la universidad, o desconfiaban del experimento o les parecía demasiado exigente. Entonces, los investigadores probaron con presas, pero el plan volvió a fracasar. En 1956 iniciaron un ensayo clínico a gran escala en unos bloques de viviendas protegidas en Río Piedras.

La píldora que administró el equipo de Pincus era una dosis mucho mayor que la actual. Muchas mujeres se quejaron de mareos, náuseas, dolores de cabeza y de estómago. El principal investigador local llegó a la conclusión de que la píldora tenía «demasiados efectos secundarios para ser aceptable en general».[1057] Pero Pincus no se dejó intimidar. Achacó las quejas a la «superactividad emocional de las mujeres puertorriqueñas»[1058] y probó a dar la píldora a algunas sin advertirles de sus efectos secundarios, en clara infracción del principio de consentimiento informado.

Al año siguiente, un equipo de investigadores asociado con Pincus inició otro ensayo a gran escala de la píldora en Puerto Rico. Una vez

más, no pudieron pasarse por alto los efectos secundarios. Un investigador observó que las mujeres parecían sufrir erosión cervical («se llame como se llame, el cuello del útero parece "enfadado"»), [1059] pero las pruebas continuaron. Interrumpirlas significaría retrasar la aprobación de la FDA (Administración de Alimentos y Medicamentos), que los investigadores querían conseguir cuanto antes.

Y la consiguieron. En 1960, basándose en gran parte en los ensayos de Puerto Rico, la FDA aprobó la píldora anticonceptiva para su venta comercial.

Las pruebas no se limitaron a la píldora. Con un Gobierno favorable y una red de clínicas, Puerto Rico se convirtió en un laboratorio para todo tipo de anticonceptivos experimentales:[1060] diafragmas, geles espermicidas, espirales, aros, otros dispositivos intrauterinos, inyecciones de hormonas y una «espuma vaginal en aerosol» llamada Emko que se distribuyó entre decenas de miles de mujeres. Searle, Youngs Rubber, Johnson & Johnson, Hoffman-Laroche, Eaton Labs, Lanteen Medical Laboratories y Durex patrocinaron investigaciones allí en los años cuarenta y cincuenta.

Puerto Rico es fundamental para la historia de los anticonceptivos. Pero los anticonceptivos no son fundamentales para la historia de Puerto Rico. A finales de los años cincuenta, la isla tenía «una de las mayores redes de clínicas de control de la natalidad del mundo», según un estudio.[1061] Sin embargo, ese mismo estudio señalaba que los puertorriqueños tenían «poca tolerancia a los métodos anticonceptivos modernos» y los utilizaban de forma tan irregular, infrecuente e incorrecta que su efecto sobre el crecimiento demográfico era «mínimo».

¿Por qué tenían tan poco éxito los anticonceptivos en Puerto Rico, a pesar del entusiasmo sin límites de los defensores del control de la natalidad? No hay duda de que el estigma social era un factor importante. Pero también lo era la promoción incansable de otro método de controlar la natalidad: la esterilización femenina.

La práctica comenzó en los hospitales de Puerto Rico a principios de los años cuarenta, coincidiendo con el ascenso de Luis Muñoz Marín al poder, y se extendió calladamente, en general, después de

nacer un niño. En 1949, una encuesta reveló que, en el 18 por ciento de los partos en los hospitales, inmediatamente después se practicaba «la operación».[1062]

No hubo ningún programa gubernamental que propugnara la esterilización. Los defensores eran los propios médicos, tanto continentales como locales. Preocupados porque la población puertorriqueña no estaba educada para utilizar otros métodos anticonceptivos, empujaban a sus pacientes hacia este procedimiento. A veces, los hospitales lo ofrecían gratis.[1063]

¿Los médicos hacían algo más que empujar? A veces, sí. Un hospital se negó a admitir a mujeres que iban a tener el cuarto hijo a menos que aceptaran que las esterilizasen después.[1064] Y la mayoría de las esterilizaciones se practicaban a las pocas horas de dar a luz, que no era precisamente una situación ideal para el consentimiento informado.[1065]

No obstante, cuesta encontrar casos documentados de coacción. Y con las estrictas leyes de Puerto Rico contra el aborto, los tabúes contra la anticoncepción y la cultura patriarcal, las mujeres tenían motivos propios para querer la operación. «La única forma de evitar tener hijos era esterilizarme, y gratis —recordaba una mujer—. Solo tuve que conseguir la firma de mi marido, fui y me operé».[1066]

Independientemente de que los médicos insistieran o las mujeres quisieran, la esterilización femenina en Puerto Rico se extendió de forma asombrosa. En 1965, una encuesta del Gobierno descubrió que más de un tercio de las madres puertorriqueñas de entre veinte y cuarenta y nueve años habían sido esterilizadas, a los veintiséis años de media. De las madres nacidas a finales de los años veinte, casi la mitad habían sido esterilizadas.[1067]

Estas cifras, que impresionan por sí solas, asombran aún más en su contexto. En aquella época, la tasa de esterilización de mujeres casadas en India —una de las más altas del mundo— era del 6 por ciento. Puerto Rico tenía más mujeres esterilizadas, con gran diferencia, que ningún otro lugar del mundo.[1068]

Las aventuras de Puerto Rico en materia de salud reproductiva se desarrollaron al margen del continente. *Life* informó con detalle sobre las pruebas de campo de la píldora («un ejemplo brillante de

conocimiento científico»),[1069] pero no mencionó su localización en la colonia más que de refilón.

Sin embargo, la población del continente sí era muy consciente de otra maniobra en la polémica demográfica. El abaratamiento y la regularización de los vuelos habían permitido que los puertorriqueños —que, al fin y al cabo, eran ciudadanos estadounidenses— salieran de la isla.[1070] Un viaje entre San Juan y Nueva York, que duraba varios días en los años treinta, en los años cincuenta era cuestión de horas. De modo que, igual que los afroamericanos se encaminaban a mediados del siglo XX desde el sur empobrecido y rural hacia las ciudades del norte —la «Gran Migración»—, los puertorriqueños hicieron un viaje similar. Y en su mayoría aterrizaron en la ciudad de Nueva York.

La diferencia era que los puertorriqueños tenían un Gobierno que los espoleaba. En 1947, el partido de Muñoz Marín creó una oficina de migración, un caso poco frecuente de organismo estatal cuyo objetivo era que la gente se fuera de un sitio. El Gobierno repartió millones de folletos con consejos para ayudar a la gente a adaptarse a la vida en el continente. Los colegas de Muñoz Marín crearon un programa de formación de tres meses para las mujeres que querían entrar en el servicio doméstico del continente.[1071] Aprendían a hablar en inglés, lavar platos, sacar brillo a la plata, contestar el teléfono y lavar la ropa.

Cuando las fuerzas económicas empujan a los trabajadores temporales de una zona más pobre a otra más rica, los que buscan fortuna suelen ser hombres. Sin embargo, la Gran Migración puertorriqueña fue asombrosamente femenina: en los cinco años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en un porcentaje del 59 por ciento.[1072] Una de las razones fue que a las mujeres extranjeras les era más difícil entrar en Estados Unidos, lo cual dejaba sitio a las puertorriqueñas, muchas veces en el servicio doméstico. Pero otro factor fue que el Gobierno de la isla las alentaba, seguramente porque se alegraba de ver marcharse a las mujeres en edad fértil.

Y muchas se fueron. En 1950, aproximadamente uno de cada siete puertorriqueños no vivía en la isla, sino en el continente.[1073] En 1955, el porcentaje era de casi uno de cada cuatro.[1074]

En opinión de Luis Muñoz Marín, todo estaba relacionado. Para que Puerto Rico dejara de ser un «problema irresoluble» y se convirtiera en una economía viable había que hacer muchas cosas a la vez: disminuir las tasas de natalidad, sacar a la población sobrante de la isla y canalizar los beneficios del comercio libre de aranceles hacia el desarrollo económico. Más comida, menos bocas.

Ahora bien, era un pacto faustiano. Para que Puerto Rico tuviera asegurado un cómodo hueco dentro de la economía estadounidense, Muñoz Marín tenía que hacer las paces con Estados Unidos. Si Albizu insistía en la independencia, Muñoz Marín proponía una forma de colonialismo menos autoritaria. Si Albizu había utilizado el caso de Cornelius Rhoads para enardecer el sentimiento nacionalista, Muñoz Marín colaboraba con entusiasmo (aunque discretamente) con los médicos del continente en sus ensayos de campo. Su debate con Albizu en los años treinta —«librarse de los estadounidenses» frente a «librarse del hambre»— había pasado de ser una discusión amistosa entre comensales a mostrar una profunda discrepancia entre sus respectivas visiones del mundo.

Albizu y Muñoz Marín emprendieron rumbos distintos después de aquella cena. Muñoz Marín entró en el Gobierno, mientras que Albizu, después de las acciones violentas de los años treinta y su condena por conspiración, pasó más de diez años en el continente bajo custodia federal. Para Muñoz Marín, la larga ausencia de Albizu en Puerto Rico fue un alivio. Negociar con Washington era mucho más fácil cuando el Ejército de Liberación no estaba haciendo prácticas en la calle.

Pero Albizu regresó a la isla en diciembre de 1947 y varios miles de personas lo recibieron en el muelle. Cuarenta cadetes del Ejército de Liberación formaron una guardia de honor a su alrededor.[1075]

La prisión no había suavizado el fervor de Albizu. Decía que Muñoz Marín era un «títere», el «sumo sacerdote de la esclavitud», por acercar Puerto Rico todavía más a la órbita del continente. Albizu quería la independencia. Y si no era posible obtenerla por medios pacíficos, quería la «revolución».[1076]

«Tenemos que recuperar la actitud de esa gente del monte que tiene un machete a mano para matar a cualquiera que no respete a su mujer o su hijo», dijo a sus seguidores.[1077]

La protección violenta de la familia ocupó un lugar destacado en

el pensamiento de Albizu cuando regresó. Pensaba que los anticonceptivos eran un insidioso plan imperialista («Estados Unidos nos está diciendo que no deberíamos haber nacido»). A su juicio, la esterilización era una agresión contra las mujeres puertorriqueñas. «Al cirujano que esteriliza a nuestras mujeres hay que clavarle el bisturí en la garganta», dijo.[1078]

Luis Muñoz Marín estaba horrorizado. Le reprochó que dijera cosas que estaban «diez años por detrás de nuestra época»[1079] y tenían muchas probabilidades de hacer fracasar el acuerdo político previsto. Instó a la cámara legislativa a calificar como delito oponerse al Gobierno por la fuerza e incluso sugerirlo. El proyecto de ley, conocido como «Ley Mordaza», contemplaba juicios sin jurado y permitía penas de hasta diez años de prisión.

Los directores de periódicos protestaron. La Unión Americana de Libertades Civiles se quejó de que aquello superaba «con creces» cualquier ley en vigor en el continente y «amenazaría las libertades civiles de todos los ciudadanos puertorriqueños».[1080] Pero la ley se aprobó y entró en vigor seis meses después del regreso de Albizu y seis meses antes de que Muñoz Marín tomara posesión como primer gobernador electo de la colonia.

Así comenzó un delicado pulso entre los dos líderes, mientras pasaba el tiempo. La policía seguía vigilando de forma obsesiva a los nacionalistas, transcribiendo sus discursos y siguiendo sus movimientos.[1081] Sin embargo, Muñoz Marín, para evitar incidentes, se abstuvo de realizar detenciones. El tiempo jugaba a su favor. Cuanto más se desarrollara la economía y más poder pasara de los continentales a los locales, menos atractivo resultaría el nacionalismo revolucionario. El creciente flujo migratorio hacia Nueva York debilitaba todavía más la causa de la independencia.[1082] Cada puertorriqueño que vivía allí unía de forma aún más estrecha la isla y Estados Unidos.

Albizu también necesitaba tiempo. Las revoluciones no se hacen de la noche a la mañana. Tardaría meses e incluso años en granjearse el apoyo popular y reconstruir su organización. Por el momento, empezó a acumular armas en secreto. Si iba a ir a la guerra, necesitaría un arsenal.

En 1950, Albizu decidió que había llegado el momento de actuar.

[1083] No tenía completos los preparativos, ni mucho menos, pero en julio, a instancias de Muñoz Marín, Truman firmó una ley que convocaba una convención constitucional en Puerto Rico para constituir un Gobierno nuevo. La inscripción para votar en el referéndum estaba prevista para noviembre. La compuerta estaba cerrándose y, si Albizu quería la independencia, tendría que conseguirla pronto, antes de que la propuesta de Muñoz Marín ganara en las urnas.

Era «la hora de la inmortalidad», declaró Albizu.[1084]

Esa hora llegó exactamente el 30 de octubre de 1950, pocos días antes de la inscripción de votantes.[1085] Más de un centenar de nacionalistas declararon la independencia y organizaron ataques simultáneos en siete pueblos y ciudades. Asaltaron los edificios oficiales, izaron banderas, cortaron las líneas telefónicas y destruyeron los registros. En Jayuya, incendiaron la comisaría y la oficina de correos. La policía tardó tres días en expulsarlos de la zona.

Al mismo tiempo, seis nacionalistas fueron en coche hasta la mansión del gobernador en San Juan y empezaron a disparar. Las ametralladoras rociaron de balas la fachada del edificio y consiguieron que una atravesara la ventana del despacho de Muñoz Marín, que estaba allí en una reunión. Él cayó al suelo; sus hijas se escondieron detrás de un escritorio. El tiroteo duró una hora, hasta que la policía mató a cinco de los magnicidas potenciales e hirió al otro.[1086]

Era una rebelión. Por orden de Muñoz Marín, la Guardia Nacional de Puerto Rico y la policía insular contraatacaron con ametralladoras, bazucas y carros de combate. La 295.ª Infantería de la Guardia Nacional sobrevoló Jayuya y el pueblo de Utuado, en manos de los rebeldes, y los ametralló desde el aire.

Pero, por increíble que parezca, la revuelta no terminó ahí. Al día siguiente, dos nacionalistas que vivían en Nueva York, Óscar Collazo y Griselio Torresola, fueron a Washington, DC. Buscaban a Harry Truman, que no vivía en la Casa Blanca (estaban haciendo obras), sino en la cercana Blair House. Vestían traje y llevaban armas.

Su idea era sencilla: entrar a tiros en Blair House, encontrar a Truman y matarlo. No era un plan terrible, sobre todo en aquellos tiempos en los que los presidentes tenían menos protección. Es

impresionante lo cerca que estuvieron Collazo y Torresola de llevarlo a cabo.

En la tarde del 1 de noviembre, la pareja se acercó a la entrada de Blair House. Collazo debía disparar primero, pero el arma se le atascó en el momento crucial y les arrebató el factor sorpresa. No obstante, aguantaron y dispararon a un policía y a dos agentes del Servicio Secreto. Truman, que estaba durmiendo en el interior, tuvo la mala idea de asomar la cabeza por la ventana, a solo nueve metros por encima de Torresola. No está claro si este lo vio, pero, como indican dos periodistas que analizaron los detalles de balística, Truman escapó por los pelos:

> Lo que se sabe de manera indiscutible es que un asesino entrenado y decidido, con extraordinarias habilidades de tiro en combate y con predilección conocida por la postura de tiro a dos manos, que otorga gran precisión, estaba de pie, con un arma que estaba cargando, mirando en la dirección adecuada en el momento adecuado y sin que ningún agente de la ley se lo impidiera. Tenía despejada la línea de tiro hasta la ventana y el presidente estaba allí o a pocos segundos de asomarse.[1087]

Sin embargo, antes de que Torresola pudiera apuntar a su objetivo, un agente de policía moribundo, que había recibido varios disparos, disparó a su vez, le hirió en la cabeza y lo mató.

El intento casi logrado de magnicidio puso nervioso al Servicio Secreto, que aumentó drásticamente las medidas de seguridad.[1088] También inquietó a Truman, que lo sacó a colación cuando explicó por qué había decidido no presentarse a la reelección en 1952. Aquellos «disparos que le hicieron un rasguño», según lo llamó, «nos han causado a todos mucha preocupación y angustia».[1089]

La revolución abortada de Albizu. El asesino frustrado, Griselio Torresola, delante de Blair House, donde Truman había estado durmiendo la siesta.

Sin embargo, curiosamente, la gente de los estados continentales dio muy poca importancia al «rasguño». La revuelta en siete ciudades de la mayor colonia de Estados Unidos, en la que intentaron asesinar a su gobernador, que se reprimió desde el aire y estuvo a punto de matar al presidente de Estados Unidos ocupó los titulares durante un breve periodo, pero casi nadie relacionó todas estas cosas. *The New York Times* no le prestó atención porque era «una de esas locas aventuras que no tienen sentido para los de fuera».[1090] Fue, según un periodista, «una noticia de un día, que terminó enseguida y que los estadounidenses normales olvidaron».[1091]

Óscar Collazo, el magnicida superviviente, insistía a todo el que quisiera escucharle que aquello no era una «loca aventura», sino un intento decidido de llamar la atención sobre la difícil situación de Puerto Rico. Contó que su familia había perdido su granja por culpa de la estricta cuota de azúcar que Estados Unidos había impuesto a la isla en los años treinta.[1092] En el juicio habló de que Cornelius Rhoads había «intentado llevar a cabo una campaña para matar al pueblo puertorriqueño».[1093] Le asombraba que Rhoads no hubiera recibido ningún castigo. Se le quedó grabado durante décadas como

prueba del desprecio del que eran objeto los puertorriqueños.[1094]

«¡Qué poco sabe el pueblo americano de Puerto Rico!», exclamó Collazo con frustración durante su juicio. Dudaba de que uno de cada cien pudiera situarlo en un mapa. «No saben que Puerto Rico es una posesión de Estados Unidos, a pesar de que lo es desde hace cincuenta y dos años».[1095]

Óscar Collazo fue condenado a muerte, aunque después le conmutaron la sentencia por cadena perpetua. En la isla, Luis Muñoz Marín aseguró a J. Edgar Hoover, del FBI, que haría todo lo posible para erradicar a los «lunáticos revoltosos».[1096] Su policía detuvo a más de mil presuntos nacionalistas y los juzgó por diversos cargos relacionados con la Ley Mordaza.[1097] Detuvieron a algunas personas por enarbolar la bandera de Puerto Rico. Detuvieron a los abogados que representaban a los nacionalistas. Si el alcalde de un pueblo identificaba a un rival como nacionalista, la policía lo arrestaba también.

Pero hubo una detención más importante que ninguna otra: la de Pedro Albizu Campos. La policía sitió su apartamento, que también era el cuartel general de los nacionalistas, y estalló un tiroteo que duró dos horas. Un agente atestiguó que había visto a Albizu lanzar tres bombas desde el balcón.[1098] Doris Torresola, la hermana de Griselio, el fallido magnicida de Blair House, recibió un disparo en la garganta, una bala que se alojó en su pulmón izquierdo. Al final, la policía desalojó el apartamento con gases lacrimógenos —el interior «parecía un rallador de queso» con todos los agujeros de bala, dijo un nacionalista[1099]— y detuvo a Albizu.

Fue todo muy desagradable. Pese a ello, la revuelta de 1950 fue, para Muñoz Marín, una bendición inesperada. Libre para arrestar a quien quisiera, limpió la isla de líderes nacionalistas[1100] durante el importante periodo de inscripción de votantes. La violencia le permitió transmitir un relato claro, que la prensa continental reforzó. Los reformistas que buscaban la prosperidad, como él, eran racionales. Los nacionalistas, en cambio, eran unos lunáticos.

Durante los dos días que había de plazo para inscribirse, lo hicieron más de 150.000 nuevos votantes, el mayor número de inscripciones en la historia de Puerto Rico.[1101] En el referéndum no

se preguntó a los puertorriqueños si querían ser estado o ser independientes. Solo se les preguntó si, dentro de los límites de la relación colonial que mantenían con el continente, preferían contar con una nueva Constitución. Votaron que sí en una proporción de cuatro a uno.

El nuevo sistema de gobierno se llamó en inglés *commonwealth* y en español «Estado libre asociado». Las líneas de autoridad no cambiaron. Los puertorriqueños seguían estando bajo el poder discrecional de un Gobierno que no podían elegir (y el Congreso utilizó de inmediato ese poder para eliminar de la Constitución propuesta una ley de derechos económicos). La diferencia era, según Muñoz Marín, que ahora la relación había sido aprobada por el electorado puertorriqueño y, por tanto, era fruto del consenso y no de la coacción. Eso bastaba para que Puerto Rico se considerase «autónomo» a efectos de Naciones Unidas.[1102]

El 25 de julio de 1952 —el aniversario de la invasión estadounidense de 1898—, Luis Muñoz Marín juró su cargo como primer gobernador del Estado libre asociado de Puerto Rico. Izó lentamente la bandera puertorriqueña hasta colocarla a la altura de las barras y estrellas.

Ahora bien, era difícil saber qué significaba esa bandera. ¿Aquello era una descolonización o un imperio con otro nombre? A pesar de tener «libre» y «estado» en el nombre en español, Puerto Rico no era ninguna de las dos cosas. Muñoz Marín se inspiró en la entomología para presumir de que era una «mariposa de una nueva especie».[1103] La escritora Irene Vilar lo llamó una «no nación», un sistema de gobierno «vagamente amorfo», incómodamente suspendido entre la inclusión y la independencia.[1104] El acuerdo «es difícil de copiar y muchas veces incluso de describir», exclamó un diplomático desconcertado.[1105]

Los aspectos políticos eran ambiguos, pero los económicos estaban claros. Una laguna en el código fiscal eximía a las empresas de pagar impuestos federales si tenían su sede principal en los territorios. Era una de las numerosas anomalías legales derivadas de los Casos Insulares, que habían negado la extensión automática de la ley federal a los territorios no incorporados. El Gobierno de Muñoz Marín lo aprovechó para convertir Puerto Rico en un paraíso fiscal. Atrajeron a

las empresas del continente para que se instalaran en la isla con exenciones fiscales, subvenciones del tesoro insular, préstamos a bajo interés y otras ayudas. La economía de la isla quedó más vinculada que nunca a la del continente.

Muñoz Marín opinaba que valía la pena. La Operación Cincha, que así se llamó la campaña, atrajo a cientos de empresas del continente a Puerto Rico.[1106] En los años cincuenta, la economía de la isla estaba ya cambiando visiblemente de la agricultura a la industria. El producto nacional bruto creció en esa década más de dos tercios. Al mismo tiempo, los ingresos aumentaron, las tasas de mortalidad se redujeron, la alfabetización se extendió y los salarios en la industria se duplicaron con creces.

Puerto Rico seguía siendo más pobre que cualquier estado de la Unión y más pobre que México —de ahí el flujo migratorio hacia el continente—, pero estaba mejor que casi todos sus vecinos caribeños. En 1954, *Life*, que había tachado la isla de «problema irresoluble» solo once años antes, la describió como «uno de los pocos lugares del planeta sobre los que los estadounidenses pueden sentirse felices y esperanzados».[1107]

Para Luis Muñoz Marín, el problema estaba resuelto. La nueva Constitución había borrado «todas las huellas del colonialismo»,[1108] insistía, y la economía estaba mejorando. Pero no todos estaban de acuerdo. El principal asesor legal de Muñoz Marín, que había redactado la Constitución, sostenía que Puerto Rico seguía siendo una colonia, sujeta al «capricho casi sin restricciones del Congreso».[1109] Los nacionalistas también creían que lo único que había hecho Muñoz Marín era barrer el imperio bajo la alfombra. En su opinión, el hecho de que la ONU hubiera variado la clasificación de Puerto Rico y considerase que era «autónomo» perpetuaba aún más la mentira de que Puerto Rico ya era libre.

El 1 de marzo de 1954, poco después de la decisión de la ONU, entraron cuatro nacionalistas en la Cámara de Representantes de Washington. Fueron a la galería superior, desplegaron una bandera de Puerto Rico y gritaron «¡Viva Puerto Rico libre!». Después sacaron las pistolas y dispararon veintinueve veces contra los políticos que estaban abajo. Fue, según recordaba el presidente de la Cámara, «la

escena más enloquecida de toda la historia del Congreso».[1110] Con la lluvia de balas en la Cámara, volaron astillas.

En total, los disparos alcanzaron a cinco congresistas. Uno de ellos, Alvin Bentley, de Michigan, recibió una bala en el pecho y se puso gris. Su médico le dio un cincuenta por ciento de posibilidades de salir con vida.[1111] Sobrevivió, igual que los otros cuatro, pero un colega suyo dijo que nunca volvió a ser el mismo.[1112]

Todavía hoy, el cajón de la mesa de caoba que usan los dirigentes republicanos para dirigirse a la Cámara tiene un orificio irregular.[1113]

¿Lo había ordenado Albizu? Lolita Lebrón, la principal asaltante, asumió toda la responsabilidad. Albizu declaró que el atentado era un acto de «heroísmo sublime» y no dijo nada más.[1114] Pero Muñoz Marín tenía pocas dudas sobre quién era responsable. Aunque ya había indultado a Albizu por razones políticas, revocó el indulto y volvió a enviar a la policía a la sede nacionalista de San Juan. Como en otra ocasión anterior, Albizu y sus compañeros dispararon contra la policía antes de que los gases lacrimógenos llenaran la vivienda.[1115] A Albizu tuvieron que sacarlo en brazos, mientras jadeaba: «Me ahogo».[1116]

Era su tercera detención y la que iba a mantenerlo preso hasta sus últimos meses de vida. Para Albizu, aquello era más que un simple encarcelamiento. Después de que fuera a la cárcel por segunda vez, él y sus partidarios se convencieron de que, en una espeluznante recapitulación de todos los experimentos médicos realizados con pacientes puertorriqueños, el Gobierno estaba utilizando tecnología de vanguardia para matarlo. Se quejó al director de la prisión de una «ola venenosa de emanaciones negras» que entraba por las ventanas.[1117] Percibía «rayos negros», «emanaciones blancas» y «gases pestilentes» que entraban en su celda y empezó a cubrirse la cabeza con una toalla húmeda para bloquear la radiación.

«Aquí vivimos en la era del salvaje científico —reflexionó—, en la que toda la sabiduría de la ciencia, las matemáticas y la física se utilizan para cometer asesinatos».[1118]

Sin embargo, una vez más, la prensa continental trató la violencia política como un hecho extravagante. El nacionalismo de Puerto Rico era «uno de los movimientos más lunáticos que existía en el mundo», escribió *The New York Times*.[1119] Según la prensa, Albizu y sus

seguidores eran «fanáticos» o «terroristas», chiflados, a los que era fácil no tener en cuenta y olvidar a toda velocidad.

Y, en general, así se los ha seguido viendo. A pesar de su extraordinaria trayectoria, es difícil encontrar a Pedro Albizu Campos en los estudios de historia de Estados Unidos. No aparece en series académicas completas como la *Oxford History of the United States* o la *New Cambridge History of American Foreign Relations*, ni tampoco he encontrado un solo libro de texto de los que se utilizan en los colegios del continente que lo mencione. Ni siquiera libros concebidos para sacar a la luz historias omitidas, como *A People's History of the United States,* de Howard Zinn, y *Lies My Teacher Told Me*, de James Loewen, [1120] mencionan a Albizu. La revista académica más importante sobre historia de Estados Unidos, el *Journal of American History*, nunca ha incluido su nombre.

Los puertorriqueños —dentro y fuera de la isla—, desde luego, sí conocen bien a Albizu. En mi ciudad natal, Chicago, hay un colegio público de secundaria que lleva su nombre (al lado de un centro de educación familiar para padres adolescentes que lleva el nombre de Lolita Lebrón, la jefa de los que dispararon en el Congreso en 1954). En Harlem hay un colegio de primaria que lleva el nombre de Albizu: la PS 161. También está la escuela secundaria Doctor Pedro Albizu Campos en el barrio residencial construido en cadena de Levittown, en Puerto Rico (de los mismos constructores que los Levittowns más famosos, en Nueva York y Pensilvania).

En el año 2000, el desfile del Día de Puerto Rico en Nueva York, al que acuden multitudes, estuvo dedicado a Albizu. En él participaron cientos de miles de personas, incluidos Hillary Clinton y Rudy Giuliani.

Clinton y Giuliani desfilaron en honor de Albizu, pero ¿sabían quién era? Lo más probable es que no. La épica batalla entre Muñoz Marín y Albizu en los años cincuenta transformó la cultura y la sociedad puertorriqueñas, pero apenas dejó huella fuera de la isla. Si los estadounidenses del continente piensan en la historia de Puerto Rico durante ese periodo, la imagen que les viene a la mente es totalmente distinta: la de la delincuencia juvenil.[1121]

En realidad, no hubo muchos delitos cometidos por jóvenes

puertorriqueños en la posguerra. Los datos indican que su conducta era menos mala que la de otros neoyorquinos. Aun así, a medida que llegaban a la ciudad más puertorriqueños procedentes de la isla, la prensa sensacionalista se dedicó a publicar noticias escandalosas sobre sus infracciones. Unos periodistas cuyo silencio sobre la revuelta anticolonial de 1950 había sido de lo más llamativo ahora despotricaban con gusto contra las bandas, los yonquis y los habilidosos de las navajas dentro de la comunidad puertorriqueña.

Los reportajes incendiarios no tardaron en reflejarse en la cultura en general. Wenzell Brown, que en los años cincuenta se había convertido en un destacado escritor de novelas baratas, presentó a sus lectores el bajo mundo puertorriqueño con novelas tan escabrosas como *Monkey on My Back*, *The Big Rumble* y *Run, Chico, Run*. Los adolescentes puertorriqueños aparecen en las películas *The Young Savages* [*Los jóvenes salvajes*] y *Blackboard Jungle* [*Semilla de maldad*]. El joven mudo acusado de asesinato en *12 Angry Men* [*Doce hombres sin piedad*] era puertorriqueño. Y, por supuesto, una banda puertorriqueña —los Sharks— protagoniza uno de los musicales con mayor éxito de la historia: *West Side Story*.[1122]

Este musical, escrito por Arthur Laurents, con música de Leonard Bernstein y letras de Stephen Sondheim, se estrenó en 1957, tres años después del tiroteo en el Congreso. Al principio se concibió como una versión de Romeo y Julieta con una mujer judía y un hombre católico (con el poco apetecible título de *Gang Bang*). Pero el equipo creativo, para estar más cerca de la realidad, cambió a los judíos por puertorriqueños.

Sondheim estaba nervioso. «No puedo hacer esta obra —protestó en un primer momento—. Ni siquiera he conocido nunca a ningún puertorriqueño».[1123]

Sus letras lo confirman. En uno de los borradores, los personajes sueñan despiertos, como los granjeros y vaqueros de *Oklahoma!*, de Rodgers y Hammerstein, con la idea de ser un estado. «Cuando seamos un estado de Estados Unidos, emigraremos a Estados Unidos», cantan emocionados en inglés chapurreado.[1124] Claro que los puertorriqueños ya eran ciudadanos y tenían derecho a ir a vivir a cualquier lugar del país que eligieran. Y, dado que se acababa de aprobar la Constitución del Estado libre asociado, había pocas

posibilidades de que llegara a ser estado.

Sondheim eliminó esos versos, pero mantuvo una imagen de la vida en la isla que incluye —en la canción «América»— prácticamente todos los estereotipos sobre Puerto Rico en solo cuatro versos:

> Puerto Rico, you ugly island
> Island of tropic diseases
> Always the hurricanes blowing
> Always the population growing.
>
> [Puerto Rico, fea isla,
> la isla de las enfermedades tropicales,
> siempre barrida por huracanes,
> con la población que no deja de crecer].

Antes de que se estrenara la obra, los responsables de *La Prensa*, un periódico puertorriqueño de Nueva York, llamaron a los productores para protestar por la imagen de Puerto Rico como un país asolado por las enfermedades. Amenazaron con hacer piquetes si no se modificaba la canción. Sondheim reconoció, tiempo después, que la queja estaba justificada. Pero no cambió nada.

«No iba a sacrificar una frase que determina el sentido de toda la canción», dijo quitándole importancia.[1125]

West Side Story se hizo tremendamente popular; se han hecho alrededor de cuarenta mil montajes desde 1957.[1126] En 1961, los productores la convirtieron en una película también muy popular (con el verso polémico modificado), que ganó diez premios de la Academia de Hollywood, incluido el de mejor película. Enseguida pasó a ser —y sigue siendo hoy— el primer punto de referencia cuando un estadounidense piensa en Puerto Rico. Sin embargo, por muy comprensiva que fuera la imagen que daba de los jóvenes puertorriqueños en Nueva York, no ofrecía casi ningún indicio sobre el lugar que ocupaba la isla en el imperio estadounidense ni sobre las turbulencias políticas de los años cincuenta. El problema de los Sharks, fuera cual fuera, no era el colonialismo.

Curiosamente, esa no fue la única vez que Stephen Sondheim esquivó la política puertorriqueña. Otro musical estrenado en 1990, *Assassins*, cuenta la historia de nueve asesinos o asesinos fallidos de presidentes de Estados Unidos, desde John Wilkes Booth hasta John

Hinckley. Pero no incluye a Óscar Collazo ni a Griselio Torresola. Como el móvil era político, explicó Sondheim, eran «psicológicamente menos complejos» que los otros asesinos.[1127] Así que Sondheim acabó escribiendo un musical de Broadway sobre los puertorriqueños de Nueva York en los años cincuenta y otro sobre los asesinos presidenciales sin mencionar nunca a los puertorriqueños de Nueva York que en los años cincuenta intentaron asesinar al presidente.

En una cosa sí acertó Sondheim. Como dice de forma imborrable en *West Side Story*: «Nadie sabe en Estados Unidos que Puerto Rico está en Estados Unidos».

[1023] *Puerto Rican Paradox*, Nueva York, 1945, pp. 32, 6.

[1024] Ibíd., pp. 71, 90, 193.

[1025] Ibíd., p. 79.

[1026] Ibíd., p. 201.

[1027] John Gunther, *Inside Latin America*, Nueva York, 1941, p. 423.

[1028] «Puerto Rico: Senate Investigating Committee Finds it an Unsolvable Problem», *Life*, 8 de marzo de 1943.

[1029] James P. Davis, «Statement of the Director of Territories and Island Possessions, Department of the Interior, before the Senate Committee on Interior and Insular Affairs», 10 de enero de 1949; carpeta «Comm. on Interior & Insular Affairs», caja 28; Office of Territories Classified Files, 1907–1950; 9-0-1 Administrative, Committees, Interior; ROT.

[1030] Gunther, *Inside Latin America*, p. 427.

[1031] Tugwell, *Stricken Land*, p. 11.

[1032] Luis Muñoz Marín, *Memorias: autobiografía pública, 1898–1940*, San Juan, 1982, p. 63.

[1033] Ibíd., pp. 76-77.

[1034] Ibíd., p. 150.

[1035] Luis Muñoz Marín, «Alerta a la conciencia puertorriqueña», *El Mundo*, 10 de febrero de 1946.

[1036] Luis Muñoz Marín, Speech at Baranquitas (Discurso en Baranquitas), 17 de julio de 1951, en Kal Wagenheim y Olga Jiménez de Wagenheim, *The Puerto Ricans: A Documentary History*, Princeton, 2013, p. 219.

[1037] César J. Ayala y Rafael Bernabe, *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898*, Chapel Hill, 2007, p. 153.

[1038] Luis Muñoz Marín, «Nuevos caminos hacia viejos objetivos», *El Mundo*, 28 de junio de 1946.

[1039] «Tugwell Assails Lack of Policy for Puerto Rico», *New York Herald Tribune*, 17 de septiembre de 1943.

[1040] Earl Parker Hanson, *Transformation: The Story of Modern Puerto Rico*, Nueva York, 1955, p. 61.

[1041] C. Wright Mills, Clarence Senior y Rose Kohn Goldsen, *The Puerto Rican Journey: New York's Newest Migrants*, Nueva York, 1950, p. 3.

[1042] «El partido socialista —dice Muñoz Marín— es sencillamente un partido de gente

pobre», *El Mundo*, 27 de junio de 1923. Dos análisis esclarecedores de la política del control de natalidad en Puerto Rico son los de Ramírez de Arellano y Seipp, *Colonialism, Catholicism, and Contraception,* y Laura Briggs, *Reproducing Empire: Race, Sex, Science, and U.S. Imperialism in Puerto Rico,* Berkeley, 2002. Me he basado mucho en los dos para este capítulo.

[1043] Herbert Hoover, *Memoirs*, Nueva York, 1952, 2, p. 359.

[1044] Tugwell, *Stricken Land,* pp. 35-36.

[1045] Citado en Annette B. Ramírez de Arellano y Conrad Seipp, *Colonialism, Catholicism, and Contraception*, Chapel Hill, 1983, p. 46.

[1046] Muñoz Marín, *Memorias, 1898–1940*, p. 152.

[1047] Vilar, *Ladies' Gallery*, p. 45.

[1048] Ramírez de Arellano y Seipp, *Colonialism, Catholicism, and Contraception,* pp. 108-109.

[1049] Unas historias detalladas de Pincus y la píldora son las de James Reed, *From Private Vice to Public Virtue: The Birth Control Movement and American Society since 1830*, Nueva York, 1978, parte 7, y Margaret Marsh y Wanda Ronner, *The Fertility Doctor: John Rock and the Reproductive Revolution,* Baltimore, 2008, caps. 6-7.

[1050] «Rabbit without Parents Amazes Men of Science», *Chicago Daily Tribune*, 2 de noviembre de 1939.

[1051] Gregory Pincus, *The Control of Fertility*, Nueva York, 1965, p. 6.

[1052] Rock, citado en Marsh y Ronner, *Fertility Doctor*, p. 154. El equipo de Pincus también probó anticonceptivos hormonales en un pequeño grupo de mujeres psicóticas del Worcester State Hospital antes de poner en marcha el estudio de Río Piedras.

[1053] Reed, *From Private Vice*, p. 358.

[1054] Lara V. Marks, *Sexual Chemistry: A History of the Contraceptive Pill*, New Haven, 2001, p. 98; Marsh y Ronner, *Fertility Doctor*, p. 170.

[1055] Pincus a McCormick, 4 de marzo de 1954, citado en Bernard Asbell, *The Pill: A Biography of the Drug that Changed the World*, Nueva York, 1995, p. 116.

[1056] Ramírez de Arellano y Seipp, *Colonialism, Catholicism, and Contraception,* p. 110.

[1057] Edris Rice-Wray, citado en Marsh y Ronner, *Fertility Doctor*, p. 195.

[1058] Ramírez de Arellano y Seipp, *Colonialism, Catholicism, and Contraception,* p. 116.

[1059] Adaline Satterthwaite, citada en ibíd.*,* p. 118.

[1060] Briggs, *Reproducing Empire*, p. 124.

[1061] Reuben Hill, J. Mayone Stycos y Kurt W. Back, *The Family and Population Control: A Puerto Rican Experiment in Social Change*, Chapel Hill, 1959, pp. 116, 169, 174.

[1062] J. Mayone Stycos, «Female Sterilization in Puerto Rico», *Eugenics Quarterly* 1, 1954, p. 4.

[1063] Hill *et al.*, *Family and Population Control*, p. 180.

[1064] Briggs, *Reproducing Empire*, p. 157.

[1065] Un argumento en favor de que las esterilizaciones fueron no consentidas es el de Bonnie Mass, «Puerto Rico: A Case Study of Population Control», *Latin American Perspectives* 4, 1977, pp. 66-81. Una perspectiva meditada y muy cautelosa, que «no encuentra pruebas» de que hubiera una campaña para coaccionar a las mujeres, es la de Laura Briggs, «Discourses of "Forced Sterilization" in Puerto Rico: The Problem with the Speaking Subaltern», *Differences* 10, 1998, pp. 30-66.

[1066] Iris Lopez, *Matters of Choice: Puerto Rican Women's Struggle for Reproductive Freedom*, New Brunswick, 2008, pp. 7-8.

[1067] El 46,7 por ciento: Harriet B. Presser, *Sterilization and Fertility Decline in Puerto Rico*, Berkeley, 1973, pp. 61-66. Para una revisión de otros estudios que corroboran las cifras de Presser, véase Mass, «Case Study», p. 72.

[1068] Presser, *Sterilization and Fertility*, pp. 175, 185.

[1069] Robert Coughlan, «World Birth Control Challenge», *Life*, 23 de noviembre de 1959, p. 170.

[1070] Son especialmente útiles los textos de Jorge Duany, *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States,* Chapel Hill, 2002, y Eileen J. Suárez Findlay, *We are Left without a Father Here: Masculinity, Domesticity, and Migration in Postwar Puerto Rico*, Durham, 2014.

[1071] Findlay, *Left without a Father*, pp. 76-77.

[1072] Mills *et al.*, *Puerto Rican Journey*, p. 88.

[1073] Findlay, *Left without a Father*, p. 93.

[1074] Cifras de Clarence Senior, anotadas en Elena Padilla, *Up from Puerto Rico*, Nueva York, 1958, p. 21.

[1075] A. C. Schlenker a J. Edgar Hoover, 23 de diciembre de 1947, en Archivo Albizu del FBI, sección 5, caja 2.

[1076] Citado en Maldonado, *Luis Muñoz Marín*, p. 299.

[1077] El discurso de Albizu figura en el informe de Schlenker a Hoover, 23 de diciembre de 1947, y en Jack West, informe sobre Pedro Albizu Campos, 4 de mayo de 1948, 22, ambos en Archivo Albizu del FBI, sección 5, caja 2.

[1078] Discurso en Arecibo, 15 de marzo de 1948, en West, informe sobre Albizu, 4 de marzo de 1948, p. 45.

[1079] Citado en Schlenker a Hoover, 23 de diciembre de 1947.

[1080] Adeclaración de la ACLU, citada en Ruth M. Reynolds, *Campus in Bondage: A 1948 Microcosm of Puerto Rico in Bondage*, Nueva York, 1989, p. 198.

[1081] Ivonne Acosta, *La mordaza: Puerto Rico, 1948–1957*, Río Piedras, 1989, p. 107.

[1082] La tensión entre migración e independencia se examina con gran perspicacia en Duany, *Nation on the Move*.

[1083] Los cálculos en los que se basó la decisión de que era el momento oportuno se analizan en Jiménez de Wagenheim, *Nationalist Heroines*, pp. 26-27.

[1084] Discurso de 11 de junio de 1950 en Manati, anotado en Robert E. Thornton, informa sobre Pedro Albizu Campos, 22 de mayo de 1951, Archivo Albizu del FBI, sección 9, caja 2.

[1085] Ver Miñi Seijo Bruno, *La insurrección nacionalista en Puerto Rico, 1950*, Río Piedras, 1997, y Jiménez de Wagenheim, *Nationalist Heroines*.

[1086] Luis Muñoz Marín, *Memorias: autobiografía pública, 1940–1952*, San Juan, 1992, p. 238.

[1087] Stephen Hunter y John Bainbridge Jr., *American Gunfight: The Plot to Kill Harry Truman—and the Shoot-Out That Stopped It*, Nueva York, 2005, p. 242.

[1088] Ibíd., p. 317.

[1089] Drew Pearson, «"Shooting Scrape" Upset Truman», *The Washington Post*, 13 de abril de 1952.

[1090] «Uprising in Puerto Rico», *NYT*, 1 de noviembre de 1950.

[1091] Paul Harbrecht, «Puerto Rico: Operation Bootstrap», *America*, 9 de diciembre de 1950, p. 301.

[1092] Robert J. Donovan, *The Assassins*, Nueva York, 1955, p. 174.

[1093] Citado en Benjamin Bradlee, «Planned Riot Demonstration, Collazo Says», *The Washington Post*, 6 de marzo de 1951.

[1094] Donovan, *Assassins*, p. 177.

[1095] Ibíd., p. 173.

[1096] Citado en Jiménez de Wagenheim, *Nationalist Heroines*, p. 263.

[1097] Acosta, *La mordaza*, p. 119.

[1098] Oficial Melendez, testimonio en William B. Holloman, informe sobre Pedro Albizu Campos, 31 de enero de 1955, Archivo Albizu del FBI, sección 14, caja 2. Carmen María Pérez González, una de las camaradas de Albizu, también declaró que Albizu había disparado (Jiménez de Wagenheim, *Nationalist Heroines*, p. 109).

[1099] Seijo Bruno, *La insurrección nacionalista*, 170.

[1100] Documentado en Acosta, *La mordaza*, p. 120.

[1101] Maldonado, *Luis Muñoz Marín*, p. 305.

[1102] La decisión de la ONU de sacar a Puerto Rico de la lista de colonias topó con rechazo entonces y, más tarde, el Comité de Descolonización propuso reexaminar su caso, cosa que la Asamblea General aceptó. Hay unas guías excelentes para desentrañar la compleja política de la Constitución y de la ONU: José Trías Monge, *Puerto Rico: The Trials of the Oldest Colony in the World,* New Haven, 1997, caps. 10-12, y Ayala y Bernabe, *Puerto Rico*, cap. 8.

[1103] Muñoz Marín, *Memorias, 1940–1952*, p. 383.

[1104] Irene Vilar, *The Ladies' Gallery: A Memoir of Family Secrets*, trad. de Gregory Rabassa, 1996, Nueva York, 2009, p. 72.

[1105] Chester Bowles, prefacio a Hanson, *Transformation*, p. x.

[1106] Resumen en James L. Dietz, *Economic History of Puerto Rico: Institutional Change and Capitalist Development*, Princeton, 1986, caps. 4-5.

[1107] «Thank Heaven for Puerto Rico», *Life*, 15 de marzo de 1954, p. 24.

[1108] Muñoz a Truman, 9 de abril de 1952, citado en Maldonado, *Luis Muñoz Marín*, p. 317.

[1109] Trías, *Puerto Rico*, p. 3.

[1110] Joe Martin, *My First Fifty Years in Politics*, Nueva York, 1960, p. 217. Para una crónica detallada, basada en entrevistas con dos de los que dispararon, véase Manuel Roig-Franzia, «A Terrorist in the House», *The Washington Post*, 22 de febrero de 2004.

[1111] «Fanatics Shoot Five in Congress», *Los Angeles Times*, 2 de marzo de 1954.

[1112] Paul Kanjorski, opiniones anotadas en Roig-Franzia, «Terrorist».

[1113] Roig-Franzia, «Terrorist».

[1114] Citado en Peter Kihss, «San Juan Studies Rebel Chief's Act», *NYT*, 4 de marzo de 1954. Sobre quién dio las órdenes, véase Jiménez de Wagenheim, *Nationalist Heroines*, p. 252.

[1115] Análisis del papel de Albizu en la violencia en Jiménez de Wagenheim, *Nationalist Heroines*, p. 174.

[1116] Peter Kihss, «Terrorists' Chief Held in San Juan after Gun Battle», *NYT*, 7 de marzo de 1954.

[1117] Albizu a Nieves Tarrido, 3 de junio de 1951, en Archivo Albizu del FBI, sección 10, caja 2.

[1118] Ibíd. Los seguidores de Albizu hablaron de experiencias similares cuando estuvieron en la cárcel o bajo vigilancia del Gobierno. Veían rayos de colores, oían voces electrónicas y sentían *shocks* eléctricos y olas de radiación. Un análisis excelente es el de Friedman, *Citizenship,* cap. 4.

[1119] «Aftermath in Puerto Rico», *NYT*, 7 de marzo de 1954.

[1120] Eds. esp., *Patrañas que me contó mi profe,* Madrid, Capitán Swing, 2018 (*N. de la T.)*.

[1121] Clarence Senior, *The Puerto Ricans: Strangers—Then Neighbors*, Chicago, 1965, pp. 51-52.

[1122] Son útiles los análisis de Frances Negrón-Muntaner, «Feeling Pretty: *West Side Story* and Puerto Rican Identity Discourses», *Social Text* 18, 2000, pp. 83-106, y Elizabeth A. Wells, *West Side Story: Cultural Perspectives on an American Musical,* Lanham, MD, 2011. Me he

basado especialmente en Julia L. Foulkes, *There's a Place for Us:* West Side Story *and New York, Chicago*, 2016.

[1123] Citado en Craig Zadan, *Sondheim and Co.*, Nueva York, 1974, p. 13.

[1124] Foulkes, *Place for Us*, p. 51.

[1125] Stephen Sondheim, *Finishing the Hat*, Nueva York, 2010, p. 42.

[1126] Foulkes, *Place for Us*, p. 1.

[1127] Stephen Sondheim, *Look, I Made a Hat*, Nueva York, 2011, p. 112.

16

Synthetica

En 1960, el imperio estadounidense había disminuido de forma visible. Filipinas era independiente, Hawái y Alaska eran estados y Puerto Rico tenía el nebuloso estatus de «Estado libre asociado». Las demás colonias eran pequeñas: Guam, las Islas Vírgenes de Estados Unidos, Samoa Americana y un conjunto de islas del Pacífico casi deshabitadas, con una población total de 123.151 habitantes (en teoría ni siquiera son territorios de Estados Unidos, porque nunca hubo una anexión).

Pero Estados Unidos es una nación inquieta, y no tardó en proponerse nuevas perspectivas. En 1962, el presidente John F. Kennedy llamó a emprender una misión a la Luna. Dijo que era una «nueva frontera».[1128]

Hablar de fronteras era retroceder al siglo XIX, pero tenía cierto sentido. La perspectiva de adueñarse de la Luna —enorme, deshabitada, con utilidad estratégica y rica en minerales— es precisamente un objetivo de esos con los que a los conquistadores del mundo de otra época se les habría hecho la boca agua. «Si pudiera, me anexionaría los planetas —dijo una vez el archiimperialista británico Cecil Rhodes—. Lo pienso a menudo».[1129]

Colonizar la Luna era un sueño lejano en la época de Rhodes e

incluso todavía hoy parece descabellado, pero en aquel momento parecía posible. No debemos olvidar las revolucionarias innovaciones tecnológicas que los dirigentes estadounidenses habían presenciado ya durante su vida. Dwight Eisenhower nació en un mundo en el que no había más que unos cuantos coches que se podían contar, un mundo en el que las bombillas todavía eran una novedad. Pero llegó a ver ordenadores, bombas nucleares, aviones supersónicos y naves espaciales tripuladas. ¿Quién se atrevía a decir que los relatos de ciencia ficción sobre la colonización de planetas lejanos eran fantasías? Unos años después de la llegada a la Luna, la NASA convocó un grupo de estudio sobre la colonización del espacio, que la consideró «técnicamente factible» y «deseable».[1130]

Y sin embargo, Estados Unidos no se anexionó la Luna. Ni siquiera lo intentó. Bien al contrario, hizo un esfuerzo extraordinario para asegurar al mundo que el programa Apollo no tenía nada que ver con la expansión ni el imperio. En 1967, el presidente Johnson firmó el Tratado del Espacio Exterior, en el que se estipulaba que ninguna nación podía reclamar ninguna soberanía en el espacio. Posteriormente, cuando pareció probable que las misiones Apollo lograran sus objetivos, la NASA designó un Comité de Actividades Simbólicas para el Primer Aterrizaje Lunar y le encargó que se asegurara de que nadie confundiera el aterrizaje en la Luna con una apropiación de tierras.[1131] El comité pensó seriamente en la posibilidad de colocar la bandera de Naciones Unidas en lugar de la de Estados Unidos, o quizás pequeñas banderas de todos los países.

Al final, el comité optó por una bandera pequeña de Estados Unidos, que se colocó en el Mar de la Tranquilidad. Pero acompañó la ceremonia con una declaración legal en la que se explicaba que no era más que «un gesto simbólico de orgullo nacional» y «no debía interpretarse como una declaración de apropiación nacional».[1132]

La placa que dejaron los astronautas recogía ese espíritu internacionalista.[1133] «Aquí, unos hombres del planeta Tierra pisaron por primera vez la Luna, en julio de 1969, d. C.», decía el texto, bajo unas imágenes de los hemisferios del planeta. «Hemos venido en son de paz, en nombre de toda la humanidad».

¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que un país que en otro

tiempo había emprendido guerras por tierras extranjeras se mostrara tan indiferente ante el mayor pedazo de territorio que había tenido nunca a su disposición? ¿Qué había sido de su espíritu imperialista?

La respuesta estaba en parte, por supuesto, en la feroz resistencia que habían ofrecido los pueblos colonizados del mundo. Habían convertido el imperio en un asunto agotador y a veces sangriento. Los colonizadores, que en el siglo XIX se habían anexionado territorios con orgullo, en la década de 1960 comprendieron que el imperialismo sin disimulos corría el riesgo de enfurecer a un Tercer Mundo cada vez más poderoso. En esos años, parecía que incluso adueñarse de la Luna deshabitada podría causar problemas.

Pero el agotamiento del colonialismo no puede explicarse solo por el nuevo equilibrio de fuerzas. Es cierto que los opositores al imperio se hicieron más fuertes después de la guerra, pero también sus defensores. Al final de la guerra, Estados Unidos tenía una fuerza aérea formidable, armas atómicas y una red de bases militares que se extendía por todo el mundo. La derrota de Japón demostró de qué era capaz esa potencia de fuego. Después, Estados Unidos siguió librando guerras, unas guerras muy caras en Corea y Vietnam, que se cobraron millones de vidas asiáticas. Pero lo que no intentó fue anexionarse ningún territorio.

Puede ser útil analizar el declive del colonialismo desde otro ángulo, no solo desde el de la oferta, sino también desde el de la demanda. Las revueltas de los colonizados hicieron que fuera más caro tener colonias. Pero, al mismo tiempo, las nuevas tecnologías dieron a los países más poderosos formas de disfrutar de los beneficios del imperio sin necesidad de apropiarse de territorios poblados. Es decir, disminuyeron la demanda de un imperio formal.

Las «tecnologías mataimperios» fueron tan variadas como la radio de onda aérea y las roscas de tornillo y tenían modos de funcionamiento muy distintos. Pero todas juntas permitieron que Estados Unidos dependiera cada vez menos de sus colonias. Y de paso contribuyeron a crear el mundo que conocemos hoy, en el que los países poderosos ejercen su influencia mediante la globalización en lugar de la colonización.[1134]

En el siglo XIX había muchas razones para que las grandes potencias se

apoderasen de colonias. Las ideologías de la «civilización», la rivalidad internacional por tener más prestigio, los oscuros impulsos psicosexuales: todos esos factores estaban presentes en el enrevesado negocio de los imperios. En cambio, a mediados del siglo XX, la idea de elevar a los salvajes y llevar a Cristo a tierras paganas se había apagado y brillaban con mayor claridad otros motivos más crudos. Las colonias eran útiles desde el punto de vista estratégico. Y también por sus productos. De hecho, cuanto más complejas se volvían las sociedades industriales, más dependían de productos que no se podían cultivar o extraer en el propio país.

No solo era importante que las economías en pleno desarrollo tuvieran acceso a esos bienes. Necesitaban un acceso seguro, que no se pudiera negar incluso aunque estallase una guerra. ¿Y si no lo conseguían? Alemania se había dado de bruces con ese problema durante la Primera Guerra Mundial, cuando sus enemigos le cerraron los mercados sudamericanos. Sudamérica era de donde procedían los importantísimos nitratos, necesarios para fabricar fertilizantes y explosivos. Alemania se encontró en la incomodísima situación de luchar en dos frentes sin tener acceso al guano de Perú ni a los nitratos de sodio de Chile. La oportuna actuación de Fritz Haber con su invención de la síntesis del amoniaco fue lo único que permitió a Alemania seguir luchando durante cuatro años.

Haber había resuelto el problema del nitrato, pero las economías avanzadas necesitaban muchas otras materias primas, como petróleo, hierro, carbón, índigo, estaño, cobre, sisal, algodón, guata, seda, quinina, tungsteno, bauxita, aceite de palma y madera de teca. Estados Unidos, con su enorme territorio continental, que abarca múltiples zonas climáticas, tenía la suerte de contar con una abundante cosecha propia de materias primas. Pero también tenía sus dependencias. La más visible era la dependencia del caucho, que solo crecía a cinco o diez grados del ecuador y que Estados Unidos obtenía sobre todo gracias a sus buenas relaciones con los imperios europeos.

El caucho era el producto colonial por excelencia. A finales del siglo XIX, el rey Leopoldo II de Bélgica se apropió de una vasta colonia en el Congo e instauró un régimen brutal cuyo objetivo principal era extraer el caucho y que disminuyó la población en unos diez millones de personas. Por su parte, los franceses, los británicos y los holandeses

crearon plantaciones de caucho en sus colonias del sudeste asiático.[1135]

Eran empresas rentables, sobre todo porque el caucho se había ido introduciendo en todos los rincones de la economía industrial. Con él se fabricaban neumáticos, tubos, mangueras, aislantes para cables eléctricos, impermeables, balsas salvavidas, máscaras antigás y miles de piezas y componentes. Entre 1860 y 1920, el consumo mundial de caucho se multiplicó casi por doscientos.[1136]

En Estados Unidos, en plena locura por los automóviles, la sed de caucho era insaciable. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el país consumía alrededor del 70 por ciento del suministro mundial, importado de las colonias asiáticas de Europa.[1137] Si había guerra, Estados Unidos necesitaría todavía más. Un carro de combate Sherman utilizaba media tonelada de caucho; un bombardero pesado, una tonelada, y un acorazado, más de 20.000 piezas de caucho, ochenta toneladas en total.[1138] Como advirtió el presidente de la empresa fabricante de neumáticos B. F. Goodrich, sin caucho Estados Unidos «solo tendría defensas propias de 1860 contra los ataques de 1942».[1139]

Sin caucho: no era una situación hipotética. Los días 7 y 8 de diciembre, Japón, preocupado por su propio acceso al caucho y a otras materias primas críticas, extendió su guerra más allá de China, hacia las tierras llenas de recursos del sudeste asiático. Pocos meses después, ya había conquistado las colonias europeas, que suministraban el 97 por ciento del caucho utilizado por los estadounidenses.[1140] Estados Unidos y sus aliados se quedaron prácticamente sin nada.

Es difícil transmitir hasta qué punto era grave aquella amenaza. «Si se hiciera una encuesta para averiguar cuál es la pregunta más frecuente en Estados Unidos hoy en día, probablemente sería: "¿Cuándo vamos a conseguir caucho, y en qué cantidad?" —escribió el secretario del Interior a mediados de 1942—. Debemos conseguir caucho —mucho— y cuanto antes, o toda nuestra forma de vida será tristemente peor».[1141] Un informe oficial muy conocido consideró que la situación era «tan peligrosa que, si no se toman medidas correctivas de inmediato, este país se encontrará con un desplome militar y civil».[1142] ¿Un desplome militar y civil? Franklin Delano Roosevelt estuvo de acuerdo y añadió que, en el breve tiempo transcurrido desde la publicación del informe, «la situación se ha

agravado».[1143]

El Gobierno se apresuró a cubrir el vacío. FDR pidió a los ciudadanos que entregaran al Gobierno «todo el caucho del que pudieran prescindir»:[1144] neumáticos viejos, impermeables, mangueras de jardín, zapatos, gorros de baño, guantes. El terrier escocés del presidente, Fala, donó sus huesos de goma. En total, el Gobierno recogió casi dos kilos de caucho por cada hombre, mujer y niño del país.[1145]

No era suficiente en absoluto. El Gobierno presionó a los ingenieros para que investigaran sobre sustitutivos. ¿Podían circular los coches con ruedas de madera? ¿Con ruedas de acero? No, no podían.[1146]

Los mercados extranjeros quizá podían suministrar cierta cantidad de caucho y el Departamento de Estado negoció acuerdos con una veintena de países, la mayoría de ellos en Latinoamérica. Pero en esos países el caucho silvestre era escaso y los árboles recién plantados tardarían al menos seis años en empezar a producir.

¿Podría extraerse caucho de alguna otra planta? Se contrató a toda prisa a miles de científicos y técnicos para que lo intentaran —una especie de Proyecto Manhattan de la botánica—, pero sin éxito.[1147]

Para conservar el poco caucho que quedaba, el Gobierno prohibió su uso en muchas formas de fabricación. Se impuso en todo el país un límite de velocidad de 35 millas por hora (56 kilómetros por hora) para que los neumáticos tuvieran menos desgaste. En junio de 1942, Roosevelt advirtió de que había una verdadera posibilidad de tener que confiscar los neumáticos de la población civil, que quizá fuera inevitable. Un alto funcionario confió a un periodista que tal vez pronto se agotara la goma para los biberones.[1148] Otro propuso reducir la longitud de los preservativos a la mitad.[1149] Sus colegas tardaron un poco en darse cuenta de que hablaba en broma.

Había otra salida, una solución al estilo de Fritz Haber. Quizá Estados Unidos pudiera encontrar una manera de fabricar caucho, de sintetizarlo a partir del petróleo o del alcohol de cereal. Pero esa vía tampoco parecía muy prometedora. En vísperas de la guerra, un economista del Consejo de Relaciones Exteriores dijo que, en su opinión, la sustitución de materias primas críticas —el caucho y otras — por materiales sintéticos «no estaba a la vista».[1150]

El caucho sintético era posible en teoría, pero más como curiosidad de laboratorio que como producto viable. Ningún autor estadounidense había publicado nunca un libro sobre la síntesis del caucho, y las pequeñas cantidades de caucho artificial que los químicos habían logrado antes de la guerra no eran útiles más que para funciones muy especializadas. La idea de crear toda una industria que dependiera de unos avances técnicos aún no logrados y fuera capaz de suministrar suficiente caucho para abastecer a Estados Unidos y sus aliados en una guerra mundial seguía siendo disparatada.

Como dijo al Senado el director de la División de Suministros Civiles de la Junta de Producción de Guerra, para fabricar las seiscientas mil toneladas necesarias antes de 1944 «haría falta un milagro».[1151]

Estados Unidos no era el único país que se enfrentaba a la escasez de caucho. Alemania tenía el mismo problema. Alemania, una gran potencia industrial a la que le habían confiscado las colonias después de la Primera Guerra Mundial, dependía por completo de los mercados extranjeros para obtener materias primas fundamentales. Tenía carbón y madera en relativa abundancia, pero respecto al caucho, el petróleo, el hierro y muchas otras materias necesarias era, como Japón, una nación «sin recursos».

Adolf Hitler estaba obsesionado con este problema. Había vivido la Primera Guerra Mundial, cuando el bloqueo aliado aisló a Alemania y la llevó al borde de la hambruna. Los alemanes se habían visto obligados a usar neumáticos hechos de muelles metálicos. Y eso no debía volver a suceder. «La solución definitiva», creía Hitler, estaba en «ampliar nuestro espacio vital, es decir, ampliar la base de materias primas y alimentos de nuestra nación».[1152] Esa búsqueda de «espacio vital», el *Lebensraum*, fue la que empujó a Hitler a invadir tierras vecinas e incorporarlas a la Gran Alemania.

La guerra era una apuesta peligrosa. Pero Hitler tenía un arma importante en su arsenal: la industria química más avanzada del mundo. La perpetua escasez de materias primas de Alemania había servido de acicate para sus químicos, que habían llegado a alturas increíbles a lo largo de los años. No era casualidad que Fritz Haber fuera alemán. A finales del siglo XIX, los alemanes habían desarrollado

tintes sintéticos capaces de sustituir a plantas naturales como el índigo. En la Primera Guerra Mundial habían inventado los nitratos sintéticos y los gases venenosos. En el periodo de Weimar habían inventado el rayón, una seda artificial hecha de pulpa de madera que permitió depender menos del comercio con Asia (Marlene Dietrich proclamaba con orgullo que solo llevaba medias de rayón).[1153] Cuando Hitler llegó al poder, la compañía química alemana IG Farben era la mayor empresa privada de Europa.

Hitler vio en IG Farben una forma de cubrir la falta de recursos durante el tiempo necesario para que Alemania pudiera adueñarse de nuevos territorios. La empresa no solo podía fabricar nitratos a partir del aire, sino que podía convertir el carbón en combustible y —Hitler esperaba que así fuera— caucho. El Plan Cuatrienal del Reich, inaugurado en 1936, destinó una parte importante de la economía a IG Farben y el desarrollo de productos sintéticos. Hitler ordenó que para 1939 los neumáticos alemanes estuvieran fabricados exclusivamente con caucho artificial. En un mitin pronunciado en Núremberg ese año, anunció en tono triunfal que Alemania había «resuelto definitivamente el problema del caucho».[1154] Poco después invadió Polonia.

Pero Hitler no había resuelto el problema del caucho.[1155] Cuando comenzó la guerra, Alemania solo tenía una producción y unas reservas suficientes para dos meses de lucha.[1156] Durante todo el conflicto, la Wehrmacht sufrió constante escasez de combustible y caucho. Hitler recurría a arriesgadas tácticas de *Blitzkrieg* —la guerra relámpago, ataques repentinos y contundentes—, en parte, porque no tenía capacidad de sostener un combate contra sus adversarios.

Con la necesidad apremiante de conseguir más caucho, el Reich ordenó a IG Farben que construyera una nueva planta en el este, donde estaría a salvo de los bombardeos aliados. A la hora de la verdad, ese iba a ser el mayor gasto del Plan Cuatrienal. La empresa eligió un lugar prometedor en la Alta Silesia, un nudo ferroviario próximo a los suministros de carbón, cal y agua, a las afueras de la ciudad de Auschwitz. Para construir la fábrica, el Reich amplió un campo de tránsito que se había utilizado para retener a los prisioneros polacos mientras esperaban la deportación hacia el este y lo convirtió en un enorme y letal *Arbeitslager*.

El químico judío Primo Levi, que posteriormente escribiría uno de los relatos de supervivientes más inolvidables del Holocausto, estuvo preso en Auschwitz. Recordaba el letrero «brillantemente iluminado» en el exterior de la fábrica: *Arbeit Macht Frei*, «El trabajo os hará libres» (todavía «me asalta en mis sueños», escribió).[1157] Levi trabajó duramente en el implacable barro polaco para construir la fábrica de IG Farben. Cuando la fábrica empezó a producir metanol y otras materias, trasladaron a Levi al laboratorio.

El nuevo destino le salvó la vida, puesto que le protegió de lo peor del crudo invierno de 1944-1945. Otros tuvieron menos suerte. En total, al menos treinta mil presos murieron durante la construcción de la fábrica. Pero las marchas forzadas no mejoraron las perspectivas de Hitler con el caucho. Al acabar la guerra, todavía no había fabricado ni un solo kilo de caucho sintético.

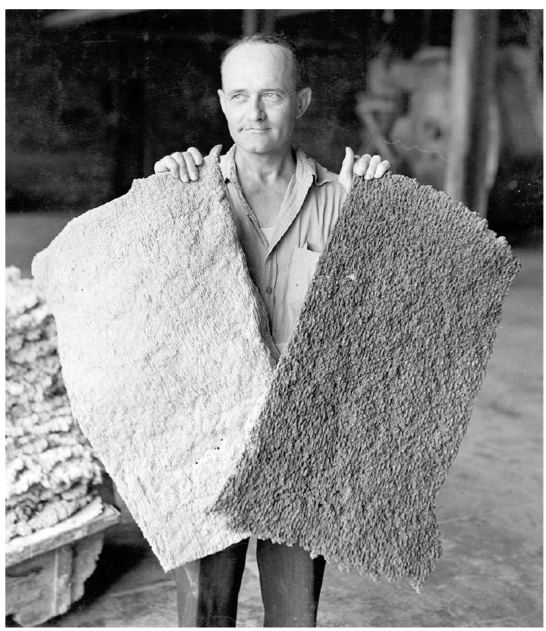
Las cosas fueron muy diferentes en Estados Unidos. El director del programa de caucho estadounidense recibió órdenes de «ser un hijo de puta»,[1158] pero en el sentido de plantar cara a los ejecutivos del petróleo, no de llevar a decenas de miles de trabajadores esclavizados a la muerte.

Segunda diferencia: el programa estadounidense funcionó. No hubo un momento «Eureka» en el que se revelara el secreto de la síntesis del caucho. Fueron mil pequeños descubrimientos, conseguidos por un pequeño ejército de químicos industriales bien financiados. Más adelante, los científicos recordaban aquella época como una edad de oro, en la que unos hombres que antes habían sido rivales en diferentes empresas pudieron colaborar por un propósito común. «No creo haber visto nunca trabajar a un grupo de personas que se llevara tan bien», dijo uno de ellos.[1159]

Los avances industriales fueron tan impresionantes como los científicos. Al acabar la guerra, el Gobierno había construido cincuenta y una fábricas de caucho sintético (Alemania tenía tres), que funcionaban con un coste total de dos millones de dólares al día. Una sola fábrica de ese tipo, en la que podía haber 1.250 trabajadores, producía suficiente caucho para sustituir una plantación de veinticuatro millones de árboles y un mínimo de noventa mil trabajadores.[1160] A mediados de 1944, había suficiente caucho para

satisfacer las necesidades del Gobierno. En 1945 las superó. En ese momento, las fábricas, que ni siquiera operaban a plena capacidad, estaban produciendo ochocientas mil toneladas al año: un tercio más de la cantidad para la que, en 1942, parecía que iba a ser necesario «un milagro».[1161]

Los *jeeps* circulaban con neumáticos de caucho sintético. Los carros de combate, con bandas de rodadura de caucho sintético, y resistían distancias mucho mayores que los *panzers* alemanes, cuyas bandas de rodadura eran de inferior calidad, se volvían quebradizas y se agrietaban con el frío («Por lo visto, los alemanes no dominaban la distribución del estireno», se reía un químico estadounidense).[1162] Al acabar la guerra, casi el 90 por ciento del caucho estadounidense era de fabricación propia, sobre todo a partir de petróleo.[1163] Aquello fue, escribió un observador asombrado, «uno de los triunfos industriales más notables de todos los tiempos».[1164]



Un trabajador de B. F. Goodrich muestra que las láminas de caucho sintético (izquierda) y de caucho natural (derecha) son casi idénticas salvo por el color.

Y también fue un triunfo político. Después de la guerra, Estados Unidos volvió a comprar caucho natural y a utilizarlo junto con el

caucho artificial. Pero nunca más volvería a depender de las plantaciones. En 1950, cuando estalló la guerra de Corea,[1165] que volvió a interrumpir las líneas de suministro, los precios del caucho se dispararon y hubo una pequeña escasez. Los fabricantes se limitaron a abrir el grifo e inundaron el mercado de caucho sintético.

El caucho —que había sido motivo de guerras, colonizaciones y grandes mortandades— se convirtió en una materia prima de la que Washington podía despreocuparse. En 1952, una comisión de expertos convocada para evaluar las necesidades de materias primas de Estados Unidos llegó a la conclusión de que la escasez de caucho ya no era una grave amenaza para la seguridad nacional.[1166]

El caucho natural, procedente principalmente de Indonesia, Tailandia y Malasia, sigue constituyendo alrededor del 30 por ciento del mercado.[1167] Pero ya no es una necesidad vital, algo por cuya obtención merezca la pena conquistar un territorio. Cuando las reservas disminuyen, las fábricas de caucho sintético compensan la diferencia sin problemas. Una de esas fábricas es la de las afueras de Auschwitz, que sobrevivió a la guerra y hoy es la tercera productora europea de caucho sintético. Esa única planta en Polonia tiene capacidad para satisfacer el 5 por ciento de la demanda mundial de caucho.[1168]

La sustitución del caucho colonial por el sintético fue casi un número de magia. Pero no fue el único conejo que los químicos se sacaron del sombrero. Es extraordinaria la cantidad de materias primas de las que Estados Unidos pudo prescindir durante la guerra. Seda, cáñamo, yute, alcanfor, algodón, lana, pelitre, gutapercha, estaño, cobre, aceite de tung. En todos los sectores de su economía, la química fue sustituyendo a las colonias.

El material sintético que mejor lo ilustra es el plástico. Hoy es tan omnipresente que es difícil imaginar un mundo sin él. Hace varios años, la escritora Susan Freinkel se propuso pasar un día entero sin tocar nada de plástico.[1169] Sin embargo, nada más despertarse, se dio cuenta de que era una tarea imposible. El colchón, el despertador, las gafas, el asiento del retrete, el interruptor de la luz, el cepillo de dientes, la ropa interior, la ropa, los zapatos y el frigorífico estaban hechos de plástico. El cuaderno y el lápiz que pensaba utilizar para

anotar su experimento también eran de plástico. Reconoció su derrota y decidió anotar todos los objetos que había tocado durante el día.

Casi dos terceras partes eran de plástico.

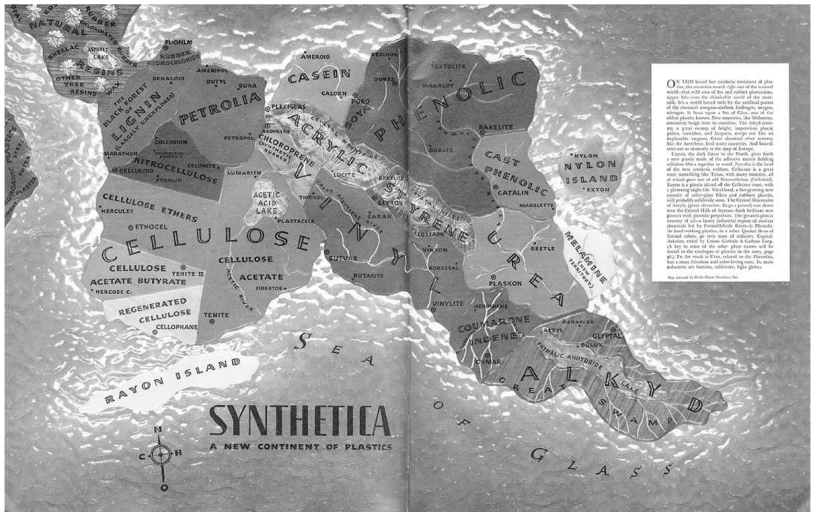
El plástico es un pariente químico del caucho sintético: la línea ontológica entre los dos puede volverse borrosa. Su historia también es similar, aunque, a diferencia del caucho sintético, el plástico ya había tenido grandes éxitos mucho antes de la Segunda Guerra Mundial. El primer plástico, el celuloide, se desarrolló para sustituir al marfil en las bolas de billar y luego fue llegando a otros artículos domésticos: peines, mangos de cuchillos, prótesis dentales, y así sucesivamente. Otro plástico, la baquelita, se promocionaba con orgullo durante el periodo de entreguerras como el «material de los mil usos». DuPont causó sensación cuando sacó al mercado las medias de nailon en 1939 («Mejores cosas para vivir mejor gracias a la química»). En 1940, Henry Ford presentó un coche de plástico, compuesto sobre todo de resina de soja.

El coche de Ford no consiguió despertar las mismas pasiones que las medias de nailon, pero sí dejó claras las ilimitadas posibilidades que los empresarios veían en el plástico. La revista *Fortune* dio pistas sobre el futuro del plástico en un mapa de «Synthetica» que publicó en 1940. Era «un nuevo continente de plásticos», con países como «Vinilo», «Estireno acrílico» e «Isla de nailon». Una nueva frontera, pero esta vez química en vez de colonial.[1170]

Cuando se publicó el mapa, gran parte de esto pertenecía aún al ámbito de la fantasía. Fue necesario que hubiera una guerra para que la economía del plástico se materializara. Los cálculos eran los mismos que con el caucho. Las potencias del Eje, en especial Japón, habían interrumpido suministros vitales para Estados Unidos. De modo que los militares se propusieron utilizar el plástico, fabricado sobre todo a partir del petróleo, como sustituto de cualquier material «estratégico» que ya no fuera fácil de conseguir.[1171] En la medida de lo posible, el esfuerzo de guerra debía seguir adelante con plástico.

Tal como habían hecho con el caucho, los químicos empezaron a acelerar. Compartieron la información, perfeccionaron las técnicas y experimentaron como locos. El caucho sintético había sustituido a una cosa importante, pero solo una. En el caso del plástico, descubrieron pequeñas aplicaciones sin fin. En forma de plexiglás podía ser la

ventana de la cabina de un avión. Como celofán, podía sustituir a las latas para almacenar alimentos. Mezclado con fibra de madera, en forma de contrachapado, podía sustituir a la madera y el acero en los barcos pequeños, que así eran más ligeros, rápidos y baratos. Al mezclarlo con vidrio daba la fibra de vidrio, que podía utilizarse para fabricar aviones.



La revista *Fortune*, en su artículo «Synthetica, un nuevo continente de plásticos», imagina el desarrollo de los plásticos como la colonización de un nuevo mundo, un «ilimitado mundo de moléculas».

En un buque de guerra de gran tamaño como el *USS Missouri*, el plástico tenía más de un millar de funciones.[1172]

En 1945, lo normal era que la cantimplora, el mango del cuchillo y partes del cinturón de un soldado fueran de plástico.[1173] Los botones eran de plástico de color verde oliva, un uso con el que el Ejército se ahorró más de sesenta mil toneladas de latón al año. Si el soldado recibía una condecoración, el lazo no sería de seda, sino de nailon. También lo serían el paracaídas, la tienda de campaña y, si tenía que hacer alguna escalada, la cuerda (antes era de cáñamo de Manila, pero los japoneses habían tomado las Filipinas). El mango de la navaja de afeitar, la corneta, el peine, el cepillo de dientes, la máscara antigás, las gafas, el forro del casco, las plantillas de las botas, la funda del fusil, el silbato, los cordones de los zapatos, la

mosquitera, la bandeja del desayuno y —para los aficionados al juego — las fichas de póquer eran de plástico.

A un soldado herido en combate se le hacían suturas quirúrgicas de nailon que se cubrían con gasas de nailon o rayón (y se recuperaba en una cama de hospital con sábanas que no eran de caucho, sino de rayón impregnado de plástico). Al que perdía un ojo se le colocaba otro nuevo de plástico, en lugar de los de cristal de criolita, que ya no se podía importar de Alemania.

Un avance muy simbólico fue el de los soldados de juguete, que antes eran de plomo o estaño y después de la guerra empezaron a venderse como «hombrecitos verdes» hechos completamente de plástico moldeado.

Aquellos hombrecillos verdes no fueron más que el comienzo; las tropas de asalto de una invasión económica a gran escala. Al acabar la guerra, un ejecutivo del sector de los plásticos observó que en la economía civil no había «prácticamente nada» hecho de plástico, pero era evidente que «podía hacerse cualquier cosa».[1174] Así que las tecnologías militares inundaron la sociedad. Las espadas se moldearon para ser rejas de arado, salvo que, como señalaba un anuncio de Modern Plastics, los nuevos arados tenían mangos de plástico.[1175]

Es verdaderamente impresionante cuántos iconos de la cultura de consumo de la posguerra estaban hechos de plástico: las tarteras de Tupperware, el Velcro, los *hulahops*, los *frisbees*, las muñecas Barbie, los GI Joes, los bolígrafos Bic, las tarjetas de crédito, las figuras de flamencos rosas para decorar el jardín, la espuma de poliestireno, los mostradores de formica, las sillas de Naugahyde, el film plástico para envolver alimentos, los discos de vinilo, los aparatos de alta fidelidad, los suelos de linóleo, la plastilina adhesiva, los sujetadores de licra y las pelotas de béisbol infantil.

«Se puede plastificar el mundo entero», señaló el filósofo francés Roland Barthes con visible alarma.[1176]

El plástico también penetró en la economía de formas menos visibles. Las fibras naturales, como el algodón, la lana y la seda, fueron sustituidas cada vez más por el nailon o el poliéster. A mitad de la guerra de Corea, el Ejército decidió usar mezclas sintéticas para sus uniformes. Y más o menos en la misma época, el Gobierno ordenó que todas las banderas que ondearan en los edificios públicos fueran

de nailon.[1177]

Pero no quedó ahí la cosa. Las lentes de contacto, los audífonos, las prótesis, las articulaciones artificiales y los dispositivos intrauterinos transformaron a los consumidores de la posguerra en cíborgs parcialmente plásticos. En 1952, los cirujanos empezaron a instalar válvulas aórticas artificiales en los pacientes, para que sus corazones latieran con la ayuda del plástico.

Entre 1930 y 1950, el volumen de plásticos producidos anualmente en el mundo se multiplicó por cuarenta. En el año 2000, había crecido hasta casi tres mil veces el volumen de 1930.[1178]

Este fue el legado de la Segunda Guerra Mundial. Cuando la economía más avanzada del mundo se quedó sin la mayor parte del comercio tropical, se puso a trabajar a toda máquina: la receta perfecta para una revolución sintética.

Los sustitutivos aparecían con regularidad y a toda prisa. Un escritor de 1943 describió con entusiasmo «un regimiento de nuevos materiales de fabricación humana»[1179] que estaban «poniendo patas arriba las viejas industrias». La quinina, el fármaco antipalúdico, podía sustituirse por una sustancia sintética llamada cloroquina, y la morfina, el analgésico derivado del opio, por otra llamada metadona. El alcanfor, un ingrediente clave en la fabricación de medicamentos, película fotográfica y explosivos, solo se encontraba en Taiwán, que estaba en manos japonesas.[1180] Hasta que los químicos descubrieron cómo sintetizarlo a partir de trementina, a una octava parte del coste original. Cuando la escasez de caucho impidió fabricar líquidos incendiarios de caucho y gasolina, un químico inventó el napalm.

Todo lo que quería el Ejército, comentó un empleado de la Union Carbide Company, lo tenía «con tanta facilidad como si abriera el grifo del agua».[1181]

El químico Jacob Rosin predijo que aquel era el principio de la «era sintética», que supondría «la liberación de la fábrica» y «la liberación de la mina».[1182] En otras palabras, a medida que el laboratorio sustituyera a la Tierra como fuente de materiales, Estados Unidos se liberaría de las limitaciones que imponían los recursos naturales. En 1959, el físico Richard Feynman presumió de que pronto iba a llegar un momento en el que los científicos sabrían «cómo

sintetizar absolutamente todo».[1183]

Sintetizarlo todo era mucho pedir. Pero no era tan absurdo. Dos años antes de la predicción de Feynman, en 1957, la empresa química Monsanto había instalado la «Casa del Futuro», hecha por completo de materiales sintéticos, en la Tierra del Mañana de Disneylandia. Ese año, en Estados Unidos, el caucho sintético ya se vendió más que el natural, el plástico había desplazado al cuero y la margarina estaba más extendida que la mantequilla.[1184] Y Gregory Pincus acababa de empezar sus experimentos de control de la natalidad con hormonas sintéticas en Puerto Rico.

Los materiales sintéticos transformaron de forma visible la vida cotidiana. Y también transformaron, aunque de manera menos visible, la geopolítica.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, nadie pensaba que fuera a ser así. Los tratados geopolíticos de los años treinta no decían gran cosa sobre los materiales sintéticos. En cambio, se quejaban de la escasez y predecían sangrientas guerras por la posesión de tierras.[1185]

De acuerdo con la lógica de los años treinta, Estados Unidos debería haber consolidado su victoria en la Segunda Guerra Mundial a base de asegurar los territorios ricos en recursos. De hecho, se habló de esa posibilidad. Los estrategas bélicos eran conscientes de que la búsqueda de recursos había desencadenado la guerra y además había privado a Estados Unidos de materias primas esenciales. Por eso, durante la guerra, estudiaron formas de evitar que eso volviera a ocurrir.

El plan más popular dentro del Departamento de Estado era hacer que todas las colonias del mundo estuvieran bajo administración internacional.[1186] Era una idea ligeramente más civilizada que el viejo estilo de conquista, pero el resultado final era el mismo. Los países poderosos, a través de algún organismo internacional, se garantizarían el acceso a los trópicos. Era una colonización colectiva.

Pero esa visión nunca se materializó. Estados Unidos no reclamó nuevas colonias ni organizó la colonización conjunta de los trópicos. En lugar de ello, los productos sintéticos le aplacaron el hambre.

En los sucesivos informes oficiales de Estados Unidos se ve cómo se van dando cuenta. Un importante estudio llevado a cabo en 1952

advertía de que quizá pudiera volver la escasez en el futuro, pero señalaba que los materiales sintéticos la habían mantenido a raya de momento. («Podemos producir gasolina a partir del carbón, pienso para el ganado a partir del serrín y energía comercial a partir de la fisión atómica»).[1187] Los informes posteriores mencionaban todavía menos la escasez y más los productos sintéticos.[1188] En los años setenta, un amplio estudio llegó a la conclusión de que el agotamiento de los recursos «no era una posibilidad seria».[1189] Sí, podría haber periodos de escasez temporal e incómodas fluctuaciones ocasionales de precios, pero la idea de que Estados Unidos se quedara sin algo necesario ya no parecía verosímil.

U Thant, el político birmano que fue secretario general de Naciones Unidas en los años sesenta, estaba asombrado. «La verdad, la formidable verdad crucial de las economías desarrolladas, es que pueden contar —prácticamente de inmediato— con el tipo y el volumen de recursos que decidan tener —se maravilló—. Ya no son los recursos los que limitan las decisiones. Son las decisiones las que crean los recursos. Este es el cambio fundamental y revolucionario, quizá el más revolucionario que ha conocido la humanidad».[1190]

Thant tenía toda la razón. La revolución sintética iniciada en los años cuarenta había reescrito las reglas de la geopolítica. El acceso seguro a las materias primas —uno de los principales beneficios de la colonización— ya no era tan importante. Se podían adquirir los productos necesarios mediante transacciones comerciales; y si, como en los años treinta y cuarenta, los mercados se cerraban, bueno, no era el fin del mundo. Solo había que poner en marcha las fábricas de caucho sintético.

Se les dio tan bien a las economías industriales inventar sustitutivos que los proveedores de materias primas sintieron pánico. Muchos lugares que antes eran objeto de la codicia imperial ahora se peleaban por encontrar compradores.[1191] Esa fue la repercusión del caucho sintético en las economías de Malaya y Borneo, de los antipalúdicos sintéticos en las plantaciones productoras de quinina de América Latina, del cordaje sintético en Filipinas, del film de plástico Mylar en la industria india de la mica, del cuarzo sintético en Brasil y de los diamantes sintéticos en las minas del Congo, Brasil y Sudáfrica. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno de Estados

Unidos adoptó la estrategia de comprar más caucho natural del que necesitaba para sostener las plantaciones amenazadas del sudeste asiático. Aun así, el coste de los bienes extractivos fue disminuyendo, año tras año y década tras década.[1192]

Todo esto no quiere decir que las materias primas se volvieran irrelevantes. Los minerales eran más difíciles de sintetizar que las plantas, y los estrategas militares vigilaban sin descanso las reservas mundiales de bauxita, uranio y cobalto (hoy, fundamental para las baterías de los teléfonos móviles). Pero la sensación de urgencia había disminuido lo suficiente como para que esas materias primas pudieran adquirirse de forma segura mediante el comercio internacional, en vez de la extracción colonial. La seguridad nacional ya no dependía de las materias primas. De hecho, cuando Richard Nixon formó una comisión que elaborase una «política nacional de materiales» para los años setenta, el informe que presentaron ni siquiera mencionaba la seguridad entre los objetivos.[1193]

Hubo una excepción, por supuesto: el petróleo. Muchos de los productos para los que Estados Unidos sustituyó las colonias por la química, como el caucho y el plástico sintéticos, necesitaban utilizar petróleo para reemplazar otros materiales. En 1945, cuando el 59 por ciento de las reservas probadas de petróleo del mundo estaba dentro de las fronteras de Estados Unidos, el país gozaba de una autosuficiencia extraordinaria.[1194] Pero, a medida que esas reservas se utilizaban y se abrían grandes yacimientos en otros países, el petróleo pasó a ser, cada vez más, de procedencia extranjera.

Por eso tiene sentido que el petróleo sea la materia prima que más ha tentado a los políticos a recaer en la vieja lógica del imperio. Ante un embargo petrolero de los árabes, Henry Kissinger hizo la reflexión de que Estados Unidos «quizá debería capturar algunos yacimientos petrolíferos».[1195] «No estoy diciendo que tengamos que conquistar Arabia Saudí —continuó el secretario de Estado—. ¿Qué tal Abu Dabi o Libia?». Es difícil imaginar a Kissinger embarcado en semejantes ensoñaciones imperialistas por el caucho, el estaño o cualquier otra antigua materia prima colonial.

Sin embargo, incluso en el caso del petróleo, los brotes de imperialismo descarado han sido infrecuentes y no han derivado en anexiones. La idea de Kissinger de que Estados Unidos tuviera un

territorio de ultramar en Abu Dabi era una fantasía, no un plan (aunque parece que el Gobierno de Nixon sí pensó seriamente en la posibilidad de apoderarse de los yacimientos petrolíferos de Oriente Medio en caso necesario).[1196] Y, por grave que fuese la crisis del petróleo de los años setenta para la economía estadounidense, el peligro estaba en la subida de los precios, no en una escasez absoluta que llevara a un «no podemos librar una guerra».[1197] En ningún momento del siglo XX existió la seria posibilidad de que el petróleo se agotara. Hoy, con las nuevas tecnologías que permiten la explotación de las arenas bituminosas canadienses y la sustitución parcial del petróleo por el gas natural, ese peligro parece más remoto que nunca.

En 1969, Estados Unidos alcanzó el que, en el aspecto técnico, fue probablemente el objetivo más difícil desde la Segunda Guerra Mundial: la llegada a la Luna. Los cohetes más potentes de la historia tenían que lanzar la nave al cielo, donde el conjunto se iría desmontando gradualmente en pleno vuelo y luego lanzaría un módulo más pequeño hacia la zona de atracción de la Luna de forma segura. Por algo en inglés se dice «ciencia de cohetes» para referirse a los retos intelectuales más difíciles que existen.

Pero no todo eran motores y órbitas. El alunizaje también fue un triunfo de la ingeniería química. La NASA necesitaba materiales ligeros capaces de soportar temperaturas extremas e impactos de micrometeoritos sin dejar de mantener el aire presurizado.[1198] Y para eso se necesitaban materiales sintéticos. Los trajes lunares que llevaban Neil Armstrong y Buzz Aldrin tenían veintiuna capas, veinte de las cuales tenían elementos o estaban hechas por completo de materiales fabricados por DuPont. Había inventos conocidos —nailon, neopreno, Mylar y teflón— y otros nuevos, como Kapton y Nomex. En cambio, lo que era difícil de ver en el espacio era cualquier cosa que pudiera haberse cultivado en una colonia.

Las materias primas ya no eran tan importantes como antes. La bandera de cincuenta estrellas que plantaron los astronautas para subrayar la máxima ambición de la humanidad estaba cosida con hilo de nailon DuPont.[1199]

[1128] State of the Union, 11 de enero de 1962, *APP*.

[1129] W. T. Stead (ed.), *The Last Will and Testament of Cecil John Rhodes,* Londres, 1902, p. 190.

[1130] Estudio de 1975, resultados publicados en Richard D. Johnson y Charles Holbrow (eds.), *Space Settlements: A Design Study*, Washington, DC, 1977, 1, p. 181.

[1131] Anne M. Platoff, «Where No Flag Has Gone Before: Political and Technical Aspects of Placing a Flag on the Moon», NASA Contractor Report 188251, http://www.jsc.nasa.gov/history/flag/flag.htm.

[1132] Ibíd., p. 6.

[1133] Sobre el carácter no imperial del acontecimiento, véase Daniel Immerwahr, «The Moon Landing: Twilight of Empire», *Modern American History* 1, en prensa.

[1134] Una panorámica importante sobre estos temas es la de Daniel R. Headrick, *Power over Peoples: Technology, Environments, and Western Imperialism, 1400 to the Present*, Princeton, 2008.

[1135] Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Nueva York, 1998, p. 223. (Ed. cast.: *El fantasma del rey Leopoldo* Barcelona, Península, 2020).

[1136] Harry Barron, *Modern Synthetic Rubbers*, 3.ª ed., Londres, 1949, p. 8.

[1137] Brooks Emeny, *The Strategy of Raw Materials: A Study of America in Peace and War*, Nueva York, 1938, p. 132.

[1138] Mark R. Finlay, *Growing American Rubber: Strategic Plants and the Politics of National Security*, New Brunswick, 2009, p. 171.

[1139] Citado en Charles Morrow Wilson, *Trees and Test Tubes: The Story of Rubber*, Nueva York, 1943, p. 232.

[1140] Reconstruction Finance Corporation, *The Government's Rubber Projects: A History of the U.S. Government's National and Synthetic Rubber Programs, 1941–1955*, Washington, DC, 1955, 2, p. 361.

[1141] «Rubber to Stretch», julio de 1942, en Papers of Harold L. Ickes, Manuscript Division, Library of Congress, caja 113.

[1142] Bernard Baruch, Report of the Rubber Survey Committee, 10 de septiembre de 1942, p. 5.

[1143] Carta al Director del caucho, 26 de noviembre de 1942, *APP*.

[1144] Discurso por radio sobre la Campaña de los trozos de caucho, 12 de junio de 1942, *APP*.

[1145] Seth Garfield, *In Search of the Amazon: Brazil, the United States, and the Nature of a Region*, Durham, 2013, p. 83.

[1146] RFC, *Government's Rubber Projects,* 2, p. 500.

[1147] Véase Finlay, *Growing American Rubber.*

[1148] Wilson, *Trees and Test Tubes*, 132, p. 206.

[1149] Stephen Fenichell, *Plastic: The Making of a Synthetic Century*, Nueva York, 1996, p. 186.

[1150] Eugene Staley, *Raw Materials in Peace and War*, Nueva York, 1937, p. 7.

[1151] Leon Henderson, citado en Wilson, *Trees and Test Tubes*, p. 209.

[1152] Citado en Alfred E. Eckes Jr., *The United States and the Global Struggle for Minerals*, Austin, 1979, p. 67.

[1153] Yvette Florio Lane, «"No Fertile Soil for Pathogens": Rayon, Advertising, and Biopolitics in Late Weimar Germany», *Journal of Social History* 44, 2010, p. 546.

[1154] Fenichell, *Plastic*, p. 183.

[1155] Mi relato se basa en Peter Hayes, *Industry and Ideology, IG Farben in the Nazi Era*,

nueva ed., Cambridge, 2001, y Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Nueva York, 2006.

[1156] Hayes, *Industry and Ideology*, p. 191.

[1157] Primo Levi, *Survival in Auschwitz: The Nazi Assault on Humanity*, trad. de Stuart Woolf, 1958; Nueva York, 1976, p. 19. (Ed. esp., *Trilogía de Auschwitz*, Madrid, Austral, 2019).

[1158] Instrucciones de Bernard Baruch a Bradley Dewey, citado en J. Inman, *Rubber Mirror: Reflections of the Rubber Division's First 100 Years*, Akron, Ohio, 2009, p. 111.

[1159] C. S. Marvel, entrevista de J. E. Mulvaney, s. d., 11, carpeta 1-5, caja 1, Carl S. Marvel Papers, CHF.

[1160] Norman V. Carlisle y Frank B. Latham, *Miracles Ahead!: Better Living in the Postwar World*, Nueva York, 1944, p. 151.

[1161] Fenichell, *Plastic*, p. 194; Robert A. Solo, *Synthetic Rubber: A Case Study*, Washington, DC, 1959, p. 87.

[1162] William O. Baker, entrevista de Marcy Goldstein y Jeffrey L. Sturchio, 23 de mayo y 18 de junio de 1985, p. 49, CHF.

[1163] Rubber Reserve Company, *Report on the Rubber Program, 1940–45*, supl. n.º 1; año 1945, Washington, DC, 1946, p. 15.

[1164] Melvin A. Brenner, *The Outlook for Synthetic Rubber*, Washington, DC, 1944, p. 1.

[1165] Vernon Herbert y Attilio Bisio, *Synthetic Rubber: A Project That Had to Succeed*, Westport, Connecticut, 1985, pp. 142-144.

[1166] The President's Materials Policy Commission (Comisión Presidencial sobre Política de Materiales), *Resources for Freedom,* Washington, DC, 1952, 2, p. 101.

[1167] Finlay, *Growing American Rubber,* p. 12.

[1168] Tooze, *Wages of Destruction*, p. 446.

[1169] Susan Freinkel, *Plastic: A Toxic Love Story,* Nueva York, 2011, pp. 2-3. Sobre el plástico, también me he basado en Jeffrey L. Meikle, *American Plastic: A Cultural History*, New Brunswick, 1995, y Fenichell, *Plastic*.

[1170] «Plastics in 1940», *Fortune*, octubre de 1940, pp. 92-93.

[1171] Fenichell, *Plastic*, 206; Freinkel, *Plastic*, p. 6.

[1172] Barrett L. Crandall, *The Plastics Industry*, Boston, 1946, p. 11.

[1173] B. H. Weil y Victor J. Anhorn, *Plastic Horizons,* Láncaster, Pensilvania, 1944, pp. 77-82; Erna Risch, *United States Army in World War II: The Technical Services; The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*, Washington, DC, 1953, 1, pp. 58-74.

[1174] Meikle, *American Plastic*, p. 146.

[1175] Weil y Anhorn, *Plastic Horizons*, p. 130.

[1176] Roland Barthes, *Mythologies*, trad. de Annette Lavers, Nueva York, 1972 [1957]. (Ed. esp., *Mitologías*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012).

[1177] Jacob Rosin y Max Eastman, *The Road to Abundance*, Nueva York, 1953, pp. 29, 32.

[1178] Vaclav Smil, *Transforming the Twentieth Century: Technical Innovations and Their Consequences*, Oxford, 2006, p. 122.

[1179] Williams Haynes, *The Chemical Front*, Nueva York, 1943, pp. 12-13.

[1180] Carlisle y Latham, *Miracles Ahead*, p. 168.

[1181] Haynes, *Chemical Front*, p. 16.

[1182] Rosin y Eastman, *Road to Abundance*. Ver Edward D. Melillo, «Global Entomologies: Insects, Empires, and the "Synthetic Age" in World History», *Past and Present*, 223, 2014, pp. 233-270.

[1183] Richard P. Feynman, «There's Plenty of Room at the Bottom», *Caltech Engineering and Science* 23, 1960, p. 36.

[1184] J. C. Fisher y R. H. Pry, «A Simple Substitution Model of Technological Change», *Technological Forecasting and Social Change* 3, 1971, p. 87.

[1185] Véase, por ejemplo, Staley, *Raw Materials* y Emeny, *Strategy*. El periodista científico Edwin E. Slossen vio con mucha más claridad que los estrategas que el laboratorio podría sustituir a la Tierra, pero también él recomendó que Estados Unidos adquiriese más colonias para obtener caucho. *Creative Chemistry*, Garden City, Nueva York, 1919, p. 156.

[1186] Una presentación convincente de la idea es la de C. W. W. Greenidge, «Tasks for an International Colonial Conference», *The Crown Colonist*, diciembre de 1943, pp. 833-835. En todos los Notter Records se palpa el entusiasmo dentro del Departamento de Estado. Véase, por ejemplo, CDA 159, «Summary Analysis of Certain Problems Relating of the Development of the Petroleum and Other Resources of Dependent Areas», mayo de 1944 (caja 124); PWC 248, «Proposal for an International Trusteeship System», mayo de 1944 (microfilm 1.221); DA 30, «The United States and Trusteeship», diciembre de 1945 (caja 132).

[1187] PMPC, *Resources for Freedom*, p. 131.

[1188] Unos estudios importantes son los de Hans H. Landsberg, Leonard L. Fischman y Joseph L. Fisher, *Resources in America's Future: Patterns of Requirements and Availabilities, 1960–2000*, Baltimore, 1963; National Commission on Materials Policy, *Material Needs and the Environment Today and Tomorrow,* Washington, DC, 1973; y National Commission on Supplies and Shortages, *Government and the Nation's Resources,* Washington, DC, 1976.

[1189] NCSS, *Government and the Nation's Resources*, p. ix.

[1190] U Thant, «The Decade of Development», 1962, en *Public Papers of the Secretaries-General of the United Nations*, Andrew W. Cordier y Max Harrelson (eds.), Nueva York, 1976, 6, p. 118.

[1191] Eckes, *Struggle for Minerals*, p. 234. Sobre la quinina, Paul F. Russell, *Man's Mastery of Malaria*, Londres, 1955, p. 112.

[1192] Harold J. Barnett y Chandler Morse, *Scarcity and Growth: The Economics of Natural Resource Scarcity*, Baltimore, 1963, cap. 8.

[1193] *NCMP*, *Material Needs and the Environment*. La irrelevancia de las materias primas en las grandes intervenciones de posguerra de Estados Unidos se examina en Stephen D. Krasner, *Defending the National Interest: Raw Materials Investments and U.S. Foreign Policy*, Princeton, 1978.

[1194] Geir Lundestad, «Empire by Invitation?: The United States and Western Europe, 1945–52», *Journal of Peace Research* 23, 1966, p. 264.

[1195] Daniel J. Sargent, *A Superpower Transformed: The Remaking of American Foreign Relations in the 1970s*, Oxford, 2015, p. 185.

[1196] Lizette Alvarez, «Britain Says U.S. Planned to Seize Oil in '73 Crisis», *NYT,* 2 de enero de 2004.

[1197] Una investigación gubernamental atribuyó la crisis del petróleo de 1973-1974 al acaparamiento por pánico, más que a unas reservas insuficientes (NSCC, *Nation's Resources*, cap. 4). Véase también Timothy Mitchell, *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*, Londres, 2011, cap. 7.

[1198] NASA, «Space Suit Evolution: From Custom Tailored to Off-the-Rack», 1994, history.nasa.gov/spacesuits.pdf.

[1199] DuPont, «DuPont Science: Out of this World and Down to Earth», www2.dupont.com/Media_Center/en_US/assets/downloads/pdf/
DuPont_SpaceEarth_FactSheet.pdf.

17

Lo que ha hecho Dios

En agosto de 1941, el Ejército y la Armada emprendieron su primer ejercicio conjunto a gran escala. Dado que la guerra era muy probable, preveían que tendrían que tomar playas extranjeras mientras les disparaban. Así que decidieron practicar invadiendo Carolina del Norte. Los hombres harían un desembarco anfibio y saltarían del barco a la orilla con su equipo y sus provisiones a cuestas.

Parecía claro, pero resultó ser todo lo contrario. Las tropas que desembarcaban se enredaban entre sí. Los hombres, con sus pesadas mochilas, tenían dificultades para permanecer de pie en el agua. Los carros de combate golpeaban el suelo blando y se hundían. La munición se empapó, igual que las cajas de cartón de las raciones, que se desintegraron a toda velocidad. Las latas de verduras y carne guisada se amontonaban de forma caótica en la playa, con las cajas rotas y las etiquetas borradas.

La historia oficial del Ejército reconoció que el ejercicio había sido «una experiencia deprimente».[1200] Los soldados inventaron su propia forma de referirse a este tipo de tortazo logístico, un acrónimo que iban a utilizar con frecuencia durante la guerra: *snafu*. Es decir, Situation Normal, All Fucked Up («Situación normal, todo jodido»).

Y eso pasó a plena luz del día, sin fuego enemigo y en aguas

tranquilas, no lejos de Myrtle Beach.

Lo que aquellos soldados empapados habían descubierto aquella tarde era una antigua verdad, que había regido la historia hasta ese momento: trasladar cosas es difícil.

Es un aspecto que se olvida con facilidad hoy en día, cuando las personas, las cosas y las ideas se mueven sin obstáculos por toda la superficie del planeta. Ahora, los mercados atraviesan las fronteras, los aviones aterrizan en cualquier lugar y los satélites de comunicaciones conectan los lugares aparentemente más distantes.

Pero todo eso es relativamente nuevo, un producto de la globalización de posguerra, que, a su vez, se basó en unas tecnologías fundamentales desarrolladas o perfeccionadas por el Ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. Estas tecnologías contribuyeron en la misma medida que los materiales sintéticos a acabar con el imperio, porque ayudaron a hacer que las colonias fueran innecesarias. Lo hicieron facilitando el movimiento sin tener control directo del territorio.

Para comprender hasta qué punto fueron transformadoras estas tecnologías, es necesario retroceder un poco, hasta cincuenta años antes de la Segunda Guerra Mundial. Aquella fue una época que no se caracterizó por el movimiento sin esfuerzo, sino por la fricción abrasiva. Cuando el comodoro Dewey derrotó a los españoles en la bahía de Manila, en 1898, cortó un cable telegráfico crucial y Washington tardó toda una semana en enterarse de su triunfo en la batalla. El contacto regular por cable no se reanudó hasta tres meses después.

Teddy Roosevelt reunió a los Rough Riders lleno de entusiasmo para asaltar Cuba, pero se quedaron varados en Tampa, un puerto abarrotado de lo que Roosevelt llamó un «hormiguero de humanidad», [1201] mientras esperaban el transporte. El atasco era tan grande que los soldados rasos tuvieron que dejar sus caballos y tomar Cuba a pie.

El *USS Oregon* podría haber ayudado y, de hecho, lo enviaron desde Seattle. Pero la travesía de Seattle a Florida duraba dos meses, porque el barco tenía que bajar por la costa del Pacífico de Sudamérica, rodear Tierra del Fuego y volver a subir hasta atravesar el golfo de México.[1202]

Si hubieran sabido lo que les esperaba, las tropas de Roosevelt quizá habrían preferido esperar. Al llegar a Cuba padecieron tremendos brotes de fiebre amarilla, malaria y diarrea. Roosevelt escribió una carta desesperada a su comandante para avisarle de que los intrépidos Rough Riders estaban «maduros para morir como ovejas podridas».[1203]

Era un contratiempo ya sabido: los seres humanos no viajaban bien. Cuando se trasladaban de una parte del planeta a otra, su reacción más habitual era enfermar y venirse abajo.

Los objetos tampoco viajaban bien. En 1901, el general Arthur MacArthur organizó una lujosa recepción en Filipinas para la alta sociedad de la colonia.[1204] Los hombres decidieron llevar sus mejores levitas y sombreros de seda. Pero descubrieron que la ropa diseñada para climas templados no se adaptaba bien a los trópicos. Los sombreros se habían deformado, habían perdido el brillo, estaban pegajosos y empezaban a emitir un olor extraño. El sombrero del secretario de Finanzas y Justicia estaba lleno de agujeros que habían hecho los bichos. Se lo puso, de todas formas, porque no tenía manera de conseguir otro.

¿Y por qué no iba a llevarlo? Muchos de los primeros edificios coloniales, hechos de pino de Oregón y secuoya de California, también estaban llenos de agujeros y empezaban a derrumbarse.[1205] La «descomposición», en realidad, era marca de la casa.

Lo que este imperio en descomposición necesitaba era un medio de transporte más rápido. Y para eso hacía falta adquirir tierras. El capitán Mahan había sugerido abrir un canal en el istmo de Centroamérica, que dividía los océanos Atlántico y Pacífico, y Roosevelt estaba de acuerdo. Quiso comprar territorios a Colombia, pero no lo logró. Probó con amenazas y tampoco consiguió nada. Por fin, tras llegar a la conclusión de que negociar con los dirigentes colombianos era como intentar «clavar mermelada de grosella en una pared»,[1206] Roosevelt apoyó a los rebeldes panameños, que se declararon independientes de Colombia. La república recién creada arrendó a Estados Unidos una franja de tierra de treinta y dos kilómetros de ancho que atravesaba el centro del país: la Zona del Canal de Panamá.[1207]

Pero tener más territorio significaba tener más problemas, precisamente con cosas y personas que se movían. En el caluroso y lluvioso istmo de tierra zumbaban sin cesar los mosquitos portadores de enfermedades. Los panameños, que habían vivido siempre con ellos, gozaban de inmunidad a la fiebre amarilla y resistencia a la malaria.[1208] Pero los extranjeros eran carne fresca. De la primera ola de estadounidenses que llegaron a la Zona del Canal de Panamá, casi todos cayeron inmediatamente enfermos de malaria. Otros funcionarios que fueron más tarde llevaban consigo el ataúd.[1209]

No eran unos paranoicos. La fiebre amarilla, la malaria, la diarrea crónica, la disentería, la neumonía y la peste bubónica arrasaron la zona. «Nunca olvidaré los trenes cargados con los muertos que se llevaban a diario como si fueran troncos de leña —recordaba un carpintero—. Había días en los que no podíamos trabajar más que unas cuantas horas por la fiebre que nos carcomía el cuerpo; era un infierno. Al final, la fiebre tifoidea pudo conmigo».[1210]

Si no era la fiebre tifoidea, era la malaria o —Dios mío— la peste, ¿o quizás una enfermedad venérea? Era demasiado pedir que un proyecto de construcción en el que intervenían decenas de miles de trabajadores no favoreciera también la prostitución. Las ciudades panameñas que limitaban con la zona eran un «torbellino de vicio», [1211] declaró un director de periódico neoyorquino. Aun así, los trabajadores del canal iban encantados a visitarlas y a contagiarse de sífilis y gonorrea.

Los que estaban en condiciones de trabajar tenían que superar otros obstáculos. La zona que había que excavar era una «selva oscura y tenebrosa —señaló uno de los primeros en llegar—, una maraña aparentemente sin remedio de vegetación tropical, pantanos a cuyo fondo no habían llegado los ingenieros, tierra negra y fangosa y arenas movedizas».[1212] Las ruinas de un intento anterior de los franceses de excavar un canal —un material abandonado, oxidado, hundido en la tierra y cubierto de enredaderas— eran una siniestra advertencia.

Los administradores del canal, como es lógico, trataban de escapar de aquella ciénaga y se quedaban en Washington. Pero la comunicación entre Washington y Panamá se limitaba a un costoso goteo de telegramas, por lo que la gestión a distancia era imposible. Los retrasos, los amontonamientos y las averías acabaron haciendo

que Roosevelt despidiera a la comisión del canal y pusiera las obras en manos de un ingeniero que exigió que todos sus colegas fueran con él a Panamá.[1213]

Lo que me importa subrayar aquí es que, para abrir un canal, Estados Unidos tuvo que ejercer un control colonial. De hecho, transformó la Zona del Canal de Panamá en uno de los lugares más controlados del planeta. Se formaron brigadas para cortar la maleza, drenar los pantanos y colocar mosquiteras. Fumigaron los edificios con piretro, un insecticida fabricado a partir de los pétalos de crisantemos;[1214] en los momentos de más actividad, llegaron a importar más de ciento veinte toneladas al mes. Para luchar contra los mosquitos, que ponían sus huevos en el agua estancada, las autoridades hicieron la guerra a los charcos. Rellenaban o cubrían cualquier hendidura en la que pudiera acumularse agua. Incluso ordenaron que se cambiara a diario el agua bendita de la pila de la catedral después de encontrar larvas de mosquitos en ella.

Las enfermedades venéreas necesitaban un tratamiento diferente. Los administradores del canal subvencionaron el traslado de las esposas desde el continente y construyeron, a un precio muy elevado, un entorno social asfixiante de clubes, asociaciones y ocio organizado.[1215] Se suponía que, si se daban suficientes biblias a los residentes de la zona, estos se mantendrían alejados de los burdeles panameños. Pero, por si acaso, las autoridades de la zona también presionaron al Gobierno panameño para que obligara a las trabajadoras del sexo a hacerse revisiones médicas y, en caso necesario, ir al hospital.[1216]

Con las enfermedades contenidas, los obreros se volcaron con furia en la tarea de construir el canal. Se abrieron paso a través de las montañas. Llevaron potentes excavadoras a vapor, capaces de sacar ocho toneladas de tierra de una sola vez.[1217] Pero aquel seguía siendo un trabajo de Sísifo, porque la tierra se deslizaba constantemente hacia el interior del corte (por cada cinco excavaciones, se deslizaban hacia atrás aproximadamente 0,75 metros cúbicos).[1218] «Hoy cavas y mañana hay un deslizamiento», dijo un trabajador.[1219] Es más, un solo corrimiento de tierras podía revertir meses de trabajo y, de paso, enterrar las costosas excavadoras a vapor.

En total, abrir el canal costó diez años y casi trescientos treinta millones de dólares —más, si se cuenta el coste de los

desprendimientos de tierra que cerraron el canal para siempre en sus primeros años—. Como de costumbre, el sistema para registrar las muertes de los no blancos era lamentable, pero se cree que murieron alrededor de quince mil trabajadores, sobre todo antillanos, por accidente o enfermedad contraída mientras trabajaban.[1220]

Y todo para domesticar una franja de tierra de treinta y dos kilómetros de ancho y menos de ochenta de largo.

El canal de Panamá fue un triunfo importante. Ahora, al lado de los obstáculos que planteó la Segunda Guerra Mundial, la excavación no fue más que un suave ejercicio de calentamiento. Los estrategas militares se encontraron con lo que un aturdido general denominó «necesidades de artillería de un tamaño inimaginable».[1221] Por cada soldado en el extranjero, Estados Unidos acabó enviando treinta kilos diarios de material.[1222] Y, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, en la que Estados Unidos enviaba ese material a catorce puertos situados en un solo teatro de operaciones, en la segunda tuvo que abastecer más de cien puertos en once escenarios bélicos.[1223]

Es revelador que, antes de que comenzara la guerra, la logística fuera un término que solo usaban los especialistas, poco frecuente en el lenguaje general.[1224] Las academias militares exaltaban el valor, el liderazgo y la agudeza táctica, no las adquisiciones y el transporte. Sin embargo, al poco tiempo de comenzar la Segunda Guerra Mundial, los jefes militares se acostumbraron a hablar de tonelaje, niveles de inventario y líneas de suministro con la deliberada reverencia que antes reservaban para los relatos de las hazañas en el campo de batalla.

Y no solo eso: aprendieron a hacerlo bien. Durante la guerra, los militares desarrollaron un conjunto de innovaciones logísticas, todas ellas diseñadas para trasladar personas, objetos e información de forma limpia y rápida por todo el planeta. Los aviones fueron los más visibles —Estados Unidos llegó a dominar la aviación—, pero hubo otros no menos importantes. La radio, la criptografía, los alimentos deshidratados, la penicilina y el DDT: estas tecnologías sentaron las bases de la actual globalización.

Las innovaciones logísticas no se limitaron a acelerar todo. También permitieron a Estados Unidos moverse por distintos lugares

sin tener que preparar antes el terreno con todo cuidado, como había hecho en Panamá. Ya no era necesario adueñarse de grandes áreas o zonas para poner en marcha una red de transporte de larga distancia. Bastarían unos simples puntos en el mapa, a veces poco más que unos aeródromos en claros de la selva. Y así, igual que ocurrió con el plástico y los materiales sintéticos, estas nuevas tecnologías contribuyeron a dejar obsoletas las colonias.

Para Estados Unidos, la guerra tuvo un inicio rápido, con los ataques de Japón el 7 y el 8 de diciembre, que tuvo su continuación en tres meses de conquistas. Luego las cosas fueron más lentas. Con el Imperio japonés asentado en todo el sudeste asiático y Micronesia, el Pacífico, que antes era un universo de posibilidades ilimitadas, se había convertido en un gigantesco bloqueo oceánico.

El cierre del Pacífico alarmó a Douglas MacArthur, que tuvo que defender Australia con nada más que el goteo de suministros que podía atravesar la parte sur del océano. China, que luchaba contra Japón al otro lado, se enfrentaba a un peligro aún mayor. Los chinos tenían una lamentable escasez de armas de la guerra moderna y, con el Pacífico cerrado, no podían importar lo que necesitaban.

Durante un tiempo pudo llegar a China algo de material por la ruta de Birmania, un camino sinuoso de más de mil cien kilómetros a través de las montañas. Era una carretera construida casi por completo a mano (las manos de medio millón de trabajadores) y en gran parte sin pavimentar, pero FDR la consideró un salvavidas. Pensaba que era «obviamente de la mayor urgencia» que «el camino a China se mantuviera abierto».[1225] Sin embargo, los japoneses se apoderaron pronto de Birmania y cerraron la carretera.

Era una jugada geopolítica clásica: encerrar el territorio de un adversario. Japón vigilaba las puertas delanteras y traseras de China e impedía que los aliados le ayudaran ni por tierra ni por mar. Sin embargo, esa estrategia tan manida no tenía en cuenta la aviación. Las puertas estaban cerradas, pero los Aliados podían entrar por el techo.

Los aviones no eran nuevos. Ya existían en la Primera Guerra Mundial y la audacia de los aviadores de aquella época era legendaria. Pero no habían influido de forma drástica en el resultado de la guerra. Eran pequeños y no muy numerosos.

Desde el principio estuvo claro que la Segunda Guerra Mundial sería diferente. Cuando Hitler invadió Polonia, la Luftwaffe tenía cuatro mil aviones, una amenaza temible que estuvo a punto de derribar las defensas británicas.[1226] La reacción de Estados Unidos fue empezar a construir su propia flota aérea, para lo que recurrió a todo su poderío industrial. En su momento más floreciente, las fábricas estadounidenses producían más de un avión cada cuatro minutos,[1227] mientras que la Luftwaffe lo hacía cada once días.

La abundancia de aviones significaba que los Aliados podían utilizarlos para más cosas además del combate. Podían utilizarlos para casi todo. Se dieron cuenta de que incluso las cadenas de suministro de larga distancia se podían mantener por el aire.

Una o dos décadas antes, esto habría sido impensable. Para empezar, los aviones eran demasiado pequeños. Los mayores aviones en funcionamiento durante la Primera Guerra Mundial habían sido los *Riesenflugzeug* («aviones gigantes») alemanes, sobre todo el Siemens-Schuckert R.VII, con una carga útil máxima de casi seis toneladas; los alemanes no construyeron más que uno durante la guerra. Por el contrario, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos estaba fabricando casi cuatro mil B-29 «*superfortalezas*», capaces de transportar veinte toneladas cada uno.

Además, al mismo tiempo que los aviones eran cada vez más grandes, el cargamento disminuía. La deshidratación redujo los huevos, la leche e incluso las verduras a una mínima parte de su peso y tamaño. Los ingenieros también encontraron formas de reducir el tamaño de los vehículos. Los grandes camiones eran difíciles de transportar por aire. Era mucho más fácil transportar piezas de camiones, pero para ello era necesario disponer de una fábrica en el lugar de destino en la que ensamblar los vehículos. Los militares desarrollaron una solución IKEA, el «transporte desmontado», que descomponía el vehículo lo suficiente como para que solo ocupara un tercio del espacio, pero dejaba que al llegar al destino lo montaran hombres sin experiencia con herramientas sencillas.[1228] Las innovaciones de este tipo —y hubo muchas— hicieron que cada vez cupieran más cosas en las bodegas de los aparatos.

Los aviones de ayuda a China, con su cargamento de tamaño reducido y sus bodegas ampliadas, partían de Miami en dirección sur,

siguiendo una ruta llamada «Fireball Express». Aterrizaban en el extremo oriental de Puerto Rico, que, junto con la isla también puertorriqueña de Vieques, se había convertido en una gigantesca base militar. Luego seguían hacia el sur, a otras bases en la parte más oriental de Brasil, desde donde volaban a toda prisa en dirección este, hacia África.

Hay una pequeña isla volcánica llamada Ascensión, situada en el centro del Atlántico, entre Sudamérica y África Occidental. Es uno de los campos de aterrizaje menos apetecibles del mundo: escarpado, lleno de rocas, sin agua y lejos de todo. «Un cuervo se rompería una pata intentando aterrizar allí», bromeó un visitante.[1229] Pese a todo, a principios de 1942 llegaron los ingenieros del Ejército estadounidense y tres meses después habían volado la cima de la isla y habían construido una larga pista de aterrizaje, a la que pronto siguieron barracones, una cantina y talleres mecánicos: todo lo necesario para reaprovisionar los aviones antes de que siguieran su ruta.

Desde Ascensión, los aviones aterrizaban en la costa occidental de África y cruzaban a toda velocidad el Sahara. También allí se necesitaban bases y también allí aparecieron. Jenifer van Vleck, conservadora del Museo Nacional del Aire y del Espacio estadounidense, ha recopilado una lista de los tipos de edificios que se construyeron en dieciocho bases aéreas africanas, lo que transmite la magnitud de la empresa:[1230]

> Edificios de generadores de acetileno, edificios administrativos, tiendas de trueque, tiendas de baterías, carnicerías, carpinterías, edificios para cafeterías, laboratorios químicos, iglesias, aulas, almacenes para los economatos, comedores, dormitorios, talleres de reparación de motores, talleres eléctricos, edificios de equipos contra incendios, garajes, casetas de guardia, hospitales, cocinas, almacenes de madera, simuladores de vuelo, lavanderías, talleres mecánicos, edificios de inspección médica, barracones para los nativos (con cocina, lavandería, aseos y duchas), almacenes de aceite, edificios de oficinas, talleres de pintura, estaciones de bombeo, centrales eléctricas, despensas, comisarías de policía, fontanerías, talleres de radio y edificios de recepción de transmisiones, almacenes, mataderos, edificios de duchas, centros y alojamientos para el personal, aseos y vestuarios, almacenes, torres y depósitos de agua, pozos.

Algunas bases estaban en el interior del país, lejos de los ríos y del ferrocarril, cosa que ahora era posible gracias a la aviación. Para su

mantenimiento había que transportar toneladas de suministros a kilómetros de distancia a través del desierto. Para abastecer de combustible a una de las bases más remotas, el comandante en jefe alquiló, según uno de sus subordinados, «probablemente todos los camellos del norte de África» que transportaron la gasolina en latas, como un oleoducto de cuatro patas.[1231]

El Fireball Express seguía hasta El Cairo. Atravesaba la India. Y luego llegaba el obstáculo final y más temible: el salto de ochocientos ochenta kilómetros a través de la cordillera del Himalaya. Las condiciones meteorológicas en el Himalaya eran de las peores del mundo: monzones, tormentas, hielo, fuertes turbulencias y violentas corrientes descendentes capaces de succionar los aviones de repente y estrellarlos contra la ladera de la montaña. Los mapas eran imprecisos y los pilotos tenían que mantener la radio en silencio mientras volaban sobre territorio enemigo. Podían guiarse hasta cierto punto siguiendo el «rastro de aluminio»,[1232] los cientos de aviones estrellados que marcaban la ruta hacia China.

Un DC-3 se acerca a El Cairo.

Los vuelos regulares sobre «la Joroba», nombre que le daban los pilotos, empezaron en diciembre de 1942, con el aterrizaje en Kunming, China. La última etapa del Fireball Express comenzó siendo una aventura enloquecida, el vuelo de unos pilotos temerarios que tentaban a la suerte. Cuando el tráfico empezó a aumentar, se puso a las órdenes del severo general William H. Tunner.

El apodo de Tunner, *Tonelaje*, reflejaba sus frías inclinaciones logísticas. Elaboraba tablas y gráficos para mostrar la situación de cada avión. Bajo su supervisión, el pasillo entre India y China se convirtió en una cinta transportadora aérea. Los aviones transportaban carros de combate, camiones y otras piezas de maquinaria pesada además de alimentos, combustible y armas.

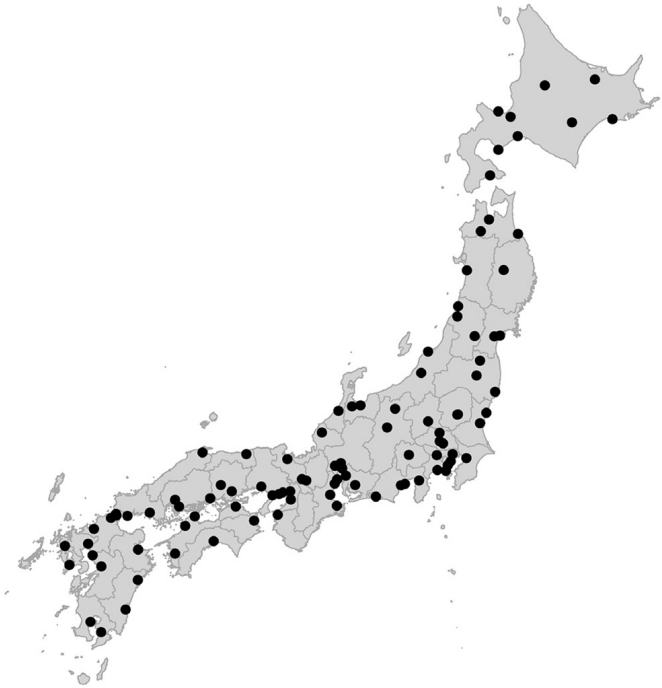
A finales de 1943 ya aterrizaban aviones en Kunming cada once minutos.[1233] En 1945 hubo un periodo de veinticuatro horas en el que Tunner consiguió que aterrizara un avión cada minuto y doce segundos.[1234]

«Da la impresión de que las carreteras han dejado de ser esenciales para las operaciones militares», fue la conclusión que sacó un escritor de los vuelos sobre la Joroba.[1235] Desde luego, que Japón se hubiera apoderado de Birmania era un contratiempo. Pero Tunner había demostrado que no era fatal. Después de la Joroba, escribió, «sabía que podíamos hacer volar cualquier cosa a cualquier sitio y en cualquier momento».[1236]

Cualquier cosa a cualquier sitio y en cualquier momento; eso tenía muy poco que ver con el mundo de solo medio siglo antes, cuando ir de Florida a Cuba era una odisea. Los aviones no solo permitían tener más velocidad, sino que cambiaron las leyes de la geopolítica. La superficie de la Tierra, con sus baluartes, sus barreras infranqueables y sus fronteras fortificadas, era distinta desde la cabina de un avión. El acceso desde territorios contiguos había dejado de ser importante. La vieja lógica imperialista —unos hombres de blancos bigotes que coloreaban países en el mapa— perdió gran parte de su fuerza.

En Europa, el Eje cayó derrotado en la guerra tradicional de frentes y flancos. Los soviéticos invadieron Alemania desde el este, las potencias anglófonas llegaron desde el oeste y, entre todos, redujeron la Gran Alemania a una delgada franja. Pero en el Pacífico, con todas

sus islas, fue donde quedó claramente patente la nueva lógica que no tenía en cuenta el territorio.

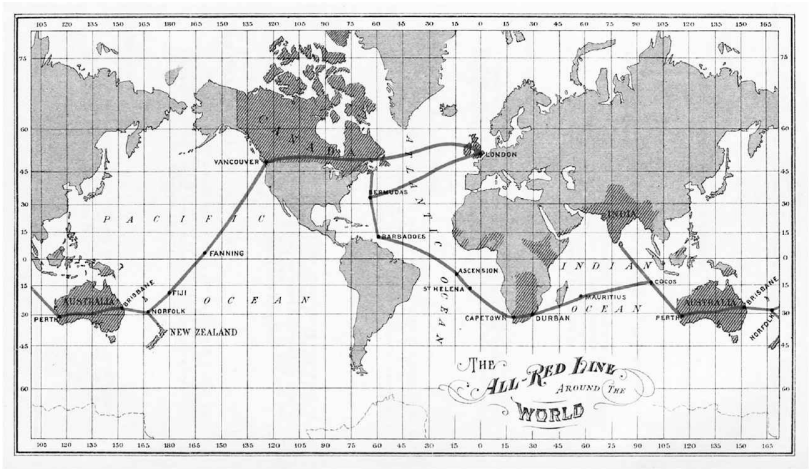


La conquista de las grandes islas de Japón, llevada a cabo íntegramente mediante bombardeos aéreos. (*Fuente*: Kenneth Hewitt, «Place Annihilation: Area Bombing and the Fate of Urban Places», cuadro 3).

Se vio en la estrategia de «saltar de isla en isla» utilizada por MacArthur y Nimitz para atacar el Pacífico. En lugar de luchar por zonas contiguas, saltaban por encima de los bastiones japoneses y seguían adelante. Fue posible gracias a la aviación.

La aviación también permitió a los aliados hacer algo extraordinario: derrotar a Japón sin invadirlo. En lugar de ello, una vez establecidas bases en Guam, Tinián y Saipán, Okinawa e Iwo Jima, arrasaron casi setenta ciudades japonesas desde el aire.

En ese caso, los aviones repartían muerte en lugar de camiones, pero, por lo demás, no era muy diferente de los vuelos sobre la Joroba. A partir de un pequeño conjunto de islas, Estados Unidos venció a Japón sin poner un pie en su territorio.



«La línea roja alrededor del mundo»: las principales rutas del sistema de cables británico, que conectaban sus colonias y solo atravesaban territorio británico (salvo un breve desvío por el norte de Maine), completado en 1902.

La trascendencia de las tecnologías de superficie en el transporte tuvo un análogo directo en la comunicación. Desde 1844, cuando Samuel Morse transmitió la frase «Lo que ha hecho Dios» en el primer telegrama del mundo, los cables eran un instrumento vital de la política. Los cables cruzaban los mares y eran el sistema nervioso de los grandes imperios. A principios del siglo xx, los británicos, campeones en este ámbito, habían conseguido el control de más de la mitad de los cables existentes en el mundo. Además, gracias a Malaya, poseían el monopolio mundial de gutapercha de látex natural, el único material —hasta la aparición del plástico— capaz de aislar con eficacia los cables submarinos en aguas profundas.

Pero la mera preponderancia no era suficiente. Los británicos estaban obsesionados con conseguir una red «totalmente roja», por el rojo que designaba el Imperio británico en los mapas. Una red que solo atravesara territorios británicos estaría a salvo de las potencias extranjeras que quisieran cortar o intervenir los cables británicos.

Gran Bretaña logró tener su red totalmente roja y, con ella, la invulnerabilidad. Los demás países, en cambio, descubrieron el precio de no tener una red segura. En los primeros días de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña cortó los cables transatlánticos alemanes y lo hizo con facilidad porque Alemania no controlaba el territorio que los

rodeaba. Los alemanes se vieron obligados a utilizar intermediarios poco fiables para transmitir sus mensajes, por lo que quedaron expuestos al peligro del espionaje. En 1917, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, envió a México una propuesta en la que prometía ayudarle a «reconquistar los territorios perdidos en Texas, Nuevo México y Arizona» a cambio de una alianza. Pero los británicos interceptaron el mensaje y se lo comunicaron a Washington. El conocido como «Telegrama Zimmermann» fue crucial para empujar a Estados Unidos a entrar en la guerra.[1237]

Estados Unidos tuvo la suerte de luchar en el mismo bando que los británicos, es decir, en el bando que controlaba los cables. Pero era una indignidad tener que utilizar la red de su aliado, lo que significaba hacer cola mientras los británicos daban prioridad a sus propios mensajes y estar a merced del espionaje británico. Las cosas empeoraron cuando la única conexión telegráfica estadounidense entre el continente y Filipinas se sobrecargó y se rompió;[1238] como consecuencia, durante varios meses de 1917 Estados Unidos no tuvo enlace directo con su mayor colonia ni con Asia en general.

Una red tan débil e incompleta no iba a bastar en la Segunda Guerra Mundial, que fue, entre otras cosas, una guerra de información. Con el tiempo, se transmitieron desde el territorio continental de Estados Unidos hacia el extranjero miles de millones de palabras, alrededor de ocho palabras por cada bala disparada en todos los campos de batalla por los miembros de la coalición aliada. Al llegar el Día D, el tráfico de teletipos de Estados Unidos estaba ya en ocho millones de palabras a la semana.[1239]

Estados Unidos podría haber intentado construir su propia red para manejar ese bombardeo verbal. Pero tener un sistema de cableado planetario verdaderamente seguro exigía, como habían demostrado los británicos, un imperio colonial que llegara a todos los rincones del mundo. Para sustituirlo, Estados Unidos recurrió a otra tecnología: la radio.

La radio, como la aviación, era una tecnología que permitía saltar a través del espacio. No hacían falta más que dos transmisores-receptores: no era necesario controlar la tierra que estaba entre los dos. La radio no solo ponía en contacto lugares distantes entre sí, sino que permitía la comunicación con barcos, aviones, camiones, carros de

combate, submarinos y hombres sobre el terreno (gracias a la nueva tecnología del *walkie-talkie*). Los miles de bases desconectadas que construyó Estados Unidos por todo el mundo no habrían podido funcionar sin la radio.

Por supuesto, transmitir mensajes por el aire quería decir que cualquiera podía oírlos. Así que Estados Unidos también invirtió mucho dinero en encriptarlos. Y tuvo a dieciséis mil empleados dedicados a cifrar y descifrar las comunicaciones durante toda la guerra.[1240]

Con la radio encriptada, Estados Unidos podía gestionar una red muy amplia dejando muy poca huella. No necesitaba más que unos cuantos puntos, a ser posible a lo largo del ecuador, donde las ondas de radio de alta frecuencia viajaban con más facilidad. Unas cuantas estaciones en lugares como Asmara, Karachi, Nueva Delhi, Manila y Honolulú fueron suficientes para manejar la mayor avalancha de información que la humanidad había conocido hasta entonces.[1241]

«Tenemos nuestra red —presumió el jefe del Servicio de Comunicaciones del Ejército— y es la mejor red del mundo».[1242]

La verdad es que era impresionante. Aunque FDR viajó más lejos y con más frecuencia que sus predecesores, el Cuerpo de Transmisiones le mantenía en contacto permanente con el Estado Mayor Conjunto y con todos los jefes sobre el terreno y le permitía ir con un gabinete móvil de crisis acompañándole en todo momento. En la conferencia de Yalta, en Crimea, hacía consultas inmediatas con China, Francia y Washington. A su regreso, el presidente, asombrado, habló ante el Congreso sobre «el moderno milagro de las comunicaciones».[1243]

Antes de la invasión de Normandía, George Marshall, que estaba en Washington, utilizó un sistema similar para hablar durante más de una hora con Dwight Eisenhower, en Europa, Douglas MacArthur, en el suroeste del Pacífico, y John Deane, en Moscú. Los generales se comunicaron mediante breves mensajes mecanografiados. En otras palabras, se enviaron mensajes de texto.[1244]

Cuando llevaba medio año de guerra, Estados Unidos descubrió cómo enviar imágenes por fax inalámbrico, una tecnología que utilizó para transmitir mapas, mapas del tiempo y fotos de noticias.[1245] La famosa fotografía del izado de la bandera de Iwo Jima se envió por fax. Poco después, los militares empezaron a mandar fotos en color.

Una fotografía en color de Truman, Stalin y Clement Attlee reunidos en Potsdam se envió directamente a Washington desde Berlín.

Para conmemorar el centenario de la transmisión de la frase «Lo que ha hecho Dios» que Samuel Morse había enviado en 1844 de Washington a Baltimore, el Cuerpo de Transmisiones transmitió el mismo mensaje alrededor del mundo en tres minutos y medio.[1246] Un año escaso después, envió otro mensaje que dio la vuelta al mundo en nueve segundos y medio. No utilizó más que cinco estaciones inalámbricas, cada una de las cuales tenía capacidad para transmitir a miles de kilómetros reflejando las ondas de radio en la ionosfera.

El mensaje era «Lo que ha hecho Dios». Firmado: «Servicio de Comunicaciones del Ejército».

Medio año después, el Cuerpo de Transmisiones consiguió que las ondas de radio rebotaran en la Luna. Fue la primera vez que se utilizó el espacio exterior para las comunicaciones, un presagio de la era de los satélites que estaba por llegar.

Gracias a los aviones y a la radio, era posible trasladar los cargamentos y la información rápidamente de un lugar a otro, saltando por encima del territorio enemigo si era necesario. Pero no estaba claro si la carga podría sobrevivir al viaje. En este sentido, el cargamento humano era especialmente delicado, dada la tendencia de las personas a contraer enfermedades siempre que viajaban hasta muy lejos o en medio de una multitud. La descripción que había hecho Walt Whitman de la guerra —«novecientas noventa y nueve partes de diarrea y una parte de gloria»—[1247] resultó acertada hasta bien entrado el siglo XX. Los combates de la Primera Guerra Mundial habían matado a alrededor de doce millones de personas. Pero esa cifra no es nada comparada con la de la pandemia de gripe desencadenada por la guerra, que mató a entre cincuenta y cien millones.

Todo indicaba que la Segunda Guerra Mundial sería todavía peor. Su dimensión mundial y la profusión de aviones amenazaban con transmitir las enfermedades por todo el planeta con gran rapidez y, por tanto, provocar una pandemia tras otra.

A este respecto, las tropas de MacArthur en el Pacífico sur fueron los proverbiales canarios en la mina de carbón. En teoría luchaban contra los japoneses, pero tenían un enemigo mucho más serio que era

la malaria, causante, al principio, de entre ocho y diez veces más bajas que el combate.[1248] A los afortunados que esquivaban la malaria les esperaban las úlceras tropicales, el dengue, la disentería y el tifus. Un observador comentó que los hombres de MacArthur en Nueva Guinea, demacrados y con los ojos hundidos, eran «quizá los soldados de aspecto más miserable que han llevado jamás el uniforme estadounidense. Casi no había ningún soldado, entre los miles que entraron en la selva, que no cayera enfermo con algún tipo de fiebre».[1249]

La malaria era especialmente irritante porque los remedios habituales ya no estaban disponibles. Más del 95 por ciento de la quinina, el antipalúdico más eficaz, procedía de las plantaciones de quina de las Indias Orientales Holandesas, que estaban en manos de Japón.[1250] Y el insecticida con el que se había fumigado la Zona del Canal de Panamá, el pelitre, procedía sobre todo de Japón.

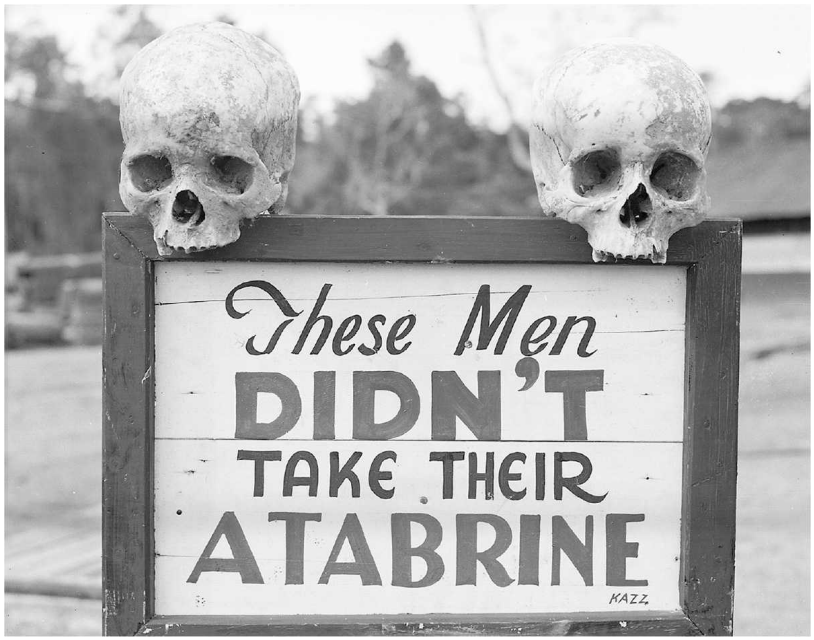
Era un problema como el del caucho, así que los científicos emprendieron la carrera para dar con una solución. Decenas de laboratorios universitarios examinaron más de catorce mil compuestos en busca de un antipalúdico sintético.[1251] Como conejillos de indias se utilizó a prisioneros y objetores de conciencia.[1252]

Hubo dos compuestos que daban buen resultado: la atabrina y la cloroquina. La atabrina volvía la piel de un tono amarillo alarmante e irritaba el tracto gastrointestinal, pero disminuía de forma considerable los casos de malaria. La cloroquina, que empezó a usarse al final de la guerra, funcionó todavía mejor. Las dos juntas no solo sustituyeron a la quinina, sino que la superaron.

El remedio sintético más impresionante no fue un medicamento, sino un insecticida. El diclorodifeniltricloroetano, conocido por el acrónimo afortunadamente corto de DDT, se había desarrollado poco antes de la guerra en un laboratorio suizo, pero fue el Ejército estadounidense el que empezó a producirlo en masa. Parecía un milagro: barato, fácil de aplicar, fácil de enviar y asombrosamente persistente: una sola aplicación duraba meses. Y, por si fuera poco, era eficaz contra todo tipo de bichos, no solo mosquitos, sino piojos, escarabajos devoradores de cosechas y plagas de todo tipo.

En la época del canal de Panamá, acabar con los insectos había sido un proceso arduo y artesanal, que exigía a los trabajadores fumigar cada casa y examinar cada charco. En cambio, el DDT se

podía rociar desde unos aviones llamados «Skeeter Beaters» [matamosquitos]. Se fumigaban islas enteras del Pacífico antes de cada desembarco para destruir los principales vectores de enfermedades antes de que los primeros hombres pisaran las playas.



«Estos hombres no se tomaron la Atabrina»: letrero en un hospital de campaña de Papúa Nueva Guinea. Museo Nacional de Salud y Medicina.

Un oficial médico de la Armada que vio la magia del matamosquitos en la práctica en los escenarios del Pacífico describió la escena con asombro y destacó la «completa destrucción de la vida vegetal y animal».[1253] En Saipán, escribió, «no quedó apenas ni un ser vivo» después de que los aviones hicieran sus pasadas. «No había pájaros, ni mamíferos, ni insectos, excepto unas cuantas moscas, y la vida vegetal iba apagándose». Es probable que parte de la destrucción que vio se debiera al disolvente utilizado con el DDT y no al insecticida en sí, pero la lección estaba clara, en cualquier caso.

Juntos, los antipalúdicos y el DDT fueron transformadores. En 1944, los casos de malaria entre las tropas bajo el mando de MacArthur, llenas de enfermedades, se había reducido en un 95 por ciento.[1254] Para entonces, desde el punto de vista de la posibilidad

de contraer enfermedades, luchar bajo su mando ya solo era un poco más peligroso que servir en el continente. Después de la guerra, el oficial a cargo de la campaña contra la enfermedad declaró con orgullo que «el hombre ha conseguido dominar la malaria».[1255]

Y no solo la malaria. Había ya un grupo de nuevos fármacos a base de sulfonamidas, capaces de tratar docenas de enfermedades e infecciones bacterianas: gonorrea, neumonía, faringitis estreptocócica, quemaduras, escarlatina, disentería, etcétera. La penicilina, el más poderoso asesino de bacterias, también se perfeccionó durante la guerra y transformó las heridas adquiridas en el campo de batalla, que dejaron de ser probablemente mortales para convertirse en contratiempos curables. En la Segunda Guerra Mundial, la tasa de mortalidad por enfermedades de cualquier tipo en el Ejército descendió a solo un 4 por ciento de la de la Primera Guerra Mundial.[1256]

Los nuevos fármacos y aerosoles no solo hicieron más segura la guerra, sino también los desplazamientos. Las zonas como Panamá ya no eran cementerios para los que llegaban de los estados continentales, lugares a los que había que llevar el ataúd dentro del equipaje. Es más, durante la guerra, Estados Unidos construyó en Panamá 134 bases fuera de la zona del canal con toda su vigilancia. Las construyó en parte para proteger el canal, pero también como lugares para practicar maniobras y experimentar con armas químicas, como las pruebas en la selva que supervisó Cornelius Rhoads.

Utilizar la selva panameña para llevar a cabo pruebas o entrenamientos habría sido una locura unas décadas antes. Pero ahora, con los Skeeter Beaters (que podían matar el 95 por ciento de los mosquitos adultos),[1257] los repelentes de insectos, los antipalúdicos, las mosquiteras y la fumigación del suelo, un entorno inhóspito se volvió hospitalario. Los soldados se sumergían en la espesa maleza. Y salían estupendamente.

¿Qué pasaba con la otra carga que llevaban los aviones, los objetos? ¿Cómo les sentaría el transporte al otro lado del mundo? No solemos pensar en ello, pero, durante la mayor parte de la historia, los objetos no se habían construido pensando en que fueran a viajar. La situación de los asistentes a la fiesta de Arthur MacArthur de 1901 en Filipinas —sus edificios se pudrían, sus sombreros se les escurrían por la cara—

había sido un riesgo constante.

Los problemas con el transporte continuaron durante la Segunda Guerra Mundial e hicieron que el material bélico estuviera a merced de un manejo brusco, tormentas de arena, grandes altitudes, temperaturas bajo cero, el agua de mar y las selvas sofocantes. Un observador que visitó Nueva Caledonia por orden de MacArthur se sorprendió de los daños que había causado el clima en los depósitos de almacenamiento. Las latas estaban «completamente cubiertas de óxido».[1258] Las cajas de madera, que eran muy útiles en el continente, estaban tan podridas que «la madera se podía aplastar con los dedos». El centro de las montañas de alimentos almacenados «parecía un gran cultivo de moho».

El material especializado era especialmente vulnerable.[1259] En el trópico, las máscaras de gas y el material eléctrico cultivaban hongos. Las baterías eran especialmente delicadas y daban problemas continuamente. En Nueva Guinea, las hormigas mordían el aislamiento de los cables telefónicos y los equipos de radio. Una inspección en las principales bases del Pacífico descubrió que entre el 20 y el 40 por ciento del material de los depósitos era inservible.[1260]

Una vez más, los ingenieros se pusieron a trabajar. Su tarea era extraordinaria: proteger el material de los militares contra los elementos. Asegurarse de que no iban a dejar de funcionar cada vez que se desplazaran.

Los encargados de la intendencia desarrollaron lo que llamaron envases «anfibios»,[1261] fabricados con materiales recién inventados, capaces de aguantar largas travesías y la exposición a los elementos. Con papel plastificado, gel de sílice, sisal y asfalto se fabricaban unos envases de varias capas que fueron los predecesores de los actuales envases de leche de larga duración, hechos de aluminio, plástico y papel. Los sacos de arpillera se sustituyeron por sacos de papel, plástico y asfalto. Y las latas las recubrían de laca o esmalte para resistir la oxidación.

Pero no eran solo los embalajes. Los militares también aprendieron a proteger sus equipos haciendo que los propios objetos se adaptaran a cualquier clima. El material se revestía, se rociaba y se envolvía en plástico para que fuera inmune a los elementos. Uno de los avances más impresionantes, por su complejidad, fue la robusta

unidad portátil de radio de alta frecuencia creada para usarla sobre el terreno.

En todas las áreas, los militares fueron superando los obstáculos del transporte para todo el mundo. Gracias a su trabajo, el mundo actual es como es: un lugar en el que los objetos no están limitados por las zonas climáticas, sino que pueden llevarse de una a otra sin dejar de funcionar.

Los avances médicos permitieron que los hombres sobrevivieran después de saltar en paracaídas en entornos difíciles. Las innovaciones de la ingeniería permitieron que sobrevivieran también los objetos que llevaban.

La aviación, el transporte por piezas, las comunicaciones inalámbricas, la criptografía, la cloroquina, el DDT y la protección frente a los elementos eran tecnologías diferentes, pero que tenían en común sus consecuencias para los desplazamientos. Gracias a ellas, Estados Unidos pudo moverse fácilmente por tierras extranjeras que no controlaba, apoyándose en la tecnología en vez de en los territorios.

No obstante, la sustitución nunca fue completa. No es que, ni siquiera hoy, todos los desplazamientos se hagan en avión ni toda la información se envíe de forma inalámbrica (los cables submarinos desempeñan un papel sorprendentemente crucial en este mundo conectado a Internet). Lo fundamental fue descubrir que los objetos, las personas y los mensajes podían trasladarse de esa manera. Eso disminuyó la importancia de las zonas de valor estratégico.

La Zona del Canal de Panamá es un ejemplo significativo. Al empezar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos tenía tanto miedo de perder el acceso al canal que instaló 134 bases en Panamá. Pero, al acabar la guerra, los militares se habían movido por todo el planeta sin colonias y se habían encontrado suficientemente cómodos como para que Harry Truman renunciara a todas esas bases y propusiera entregar el canal a Naciones Unidas. Después de Truman, todos los presidentes intentaron sacar de diversas maneras a Estados Unidos de una Zona del Canal cada vez más irrelevante, pero hubo que esperar a la presidencia de Jimmy Carter, en los años setenta, para que por fin se firmara un tratado que ponía fin a la jurisdicción estadounidense sobre la zona.[1262]

No era que el canal hubiese quedado obsoleto, porque el tráfico a través de él siguió creciendo de forma constante en los años de posguerra. Era la Zona del Canal, que garantizaba el acceso al canal y el control sobre él. Esa era la parte que había dejado de parecer esencial para la seguridad nacional.

Las tecnologías que eliminaban el espacio contribuyeron a establecer las condiciones de la Guerra Fría que empezaba a florecer, una guerra en la que los dos protagonistas llevaron a cabo muy pocas anexiones. En 1945, los aliados dividieron Alemania en zonas de ocupación e hicieron lo mismo con la ciudad de Berlín, situada en la zona soviética. Sin embargo, en su precipitación, los ocupantes no firmaron ningún acuerdo que permitiera a las potencias occidentales acceder a sus respectivas zonas en Berlín. Como todos los accesos terrestres pasaban por la Alemania ocupada por los soviéticos, Iósif Stalin podía bloquear por completo los sectores occidentales de Berlín. Y así lo hizo en 1948.

Fue una medida osada. Berlín Occidental importaba quince mil toneladas de mercancías al día.[1263] Stalin esperaba que, al impedir el acceso a la ciudad, podría obligar a los aliados occidentales a abandonarla y quizás a retirarse de Alemania por completo.

Es probable que, en épocas anteriores, le hubiera salido bien. De hecho, cuando la Primera Guerra Mundial aisló a la diminuta Bélgica de sus mercados, Herbert Hoover se vio obligado a negociar el derecho de paso desde Gran Bretaña, Francia y Alemania para abastecer a la población. Sin el acceso por tierra, no habría podido ayudar a los belgas.

Berlín Occidental era Bélgica sin los permisos. Sin embargo, la experiencia de la Segunda Guerra Mundial suscitó una pregunta. ¿Hacía falta permiso?

«A lo mejor soy el hombre más loco del mundo —dijo el gobernador militar de la Alemania ocupada, Lucius Clay, al alcalde electo de Berlín—, pero voy a hacer el experimento de dar de comer a esta ciudad por el aire».[1264]

Al frente de la operación pusieron al general William *Tonelaje* Tunner, el héroe de la Joroba. Era un nombramiento apropiado, «como nombrar a John Ringling para poner el circo en marcha»,[1265] señaló el comandante de la fuerza aérea en Europa. Tunner aportó su

conocido estilo burocrático. «Lo verdaderamente emocionante de dirigir un puente aéreo es ver una docena de líneas que no dejan de subir en una docena de gráficos», escribió.[1266]

Y las líneas subían.[1267] Tunner empezó por ajustar los aviones a un rápido ritmo de tres despegues por minuto. Los vuelos se sincronizaban al segundo y se mantenían en una trayectoria exacta gracias a la radio tierra-aire. Para celebrar la Pascua, Tunner pisó el acelerador e hizo aterrizar un avión en Berlín cada 61,8 segundos.

Los aviones, que despegaban de bases en Alemania Occidental, transportaban productos de primera necesidad: carbón, aceite, harina, alimentos deshidratados y sal. También transportaron pianos de cola y, en un caso concreto, una central eléctrica. La economía de Berlín Occidental funcionaba gracias a los aviones. Al final, Stalin no pudo seguir resistiendo: el bloqueo le perjudicaba a él más que a sus adversarios. En el undécimo mes, después de más de un cuarto de millón de vuelos, levantó las barreras.

La conclusión estaba clara: Stalin tenía el control del territorio, pero eso no tenía tanto peso como antes.

Fue una lección que Moscú iba a recibir más de una vez. A finales de los años cuarenta, Estados Unidos empezó a enviar emisiones de radio a la URSS y sus satélites,[1268] el equivalente en comunicaciones al puente aéreo de Berlín. Bastaron unas cuantas emisoras de alta potencia en Europa Occidental para hacer añicos la soberanía informativa del bloque oriental. La Voz de América y otras dos emisoras patrocinadas por la CIA, Radio Europa Libre y Radio Liberación (posteriormente rebautizada como Radio Libertad), alentaban a los disidentes, incitaban a las revueltas y difundían secretos gubernamentales.

Los soviéticos intentaron interferir en las emisiones; en 1958 dedicaban más dinero a esas interferencias que a sus propias emisiones. Pero nunca consiguieron cortar la difusión de informaciones. Parece que hubo muchas ocasiones en las que los soviéticos asesinaron o intentaron asesinar a periodistas occidentales. En 1981 bombardearon la sede de Radio Europa Libre y Radio Libertad en Múnich. Pero ninguna de esas cosas detuvo las emisiones de radio.

«Ante las ondas de radio, el telón de acero estaba indefenso»,

recordaba Lech Walesa, líder del movimiento disidente polaco Solidaridad.[1269] Solidaridad dependió enormemente de la radio occidental, a la que Walesa atribuyó la caída del comunismo en Europa.

«Las fronteras se podían cerrar —escribió—. Las palabras no».

[1200] Richard M. Leighton y Robert W. Coakley, *Global Logistics and Strategy, 1940–1943*, Washington, DC, 1955, p. 68.

[1201] *WTR*, 11, p. 43.

[1202] Julie Greene, *The Canal Builders: Making America's Empire at the Panama Canal*, Nueva York, 2009, p. 20.

[1203] *WTR*, 11, p. 143.

[1204] Helen Herron Taft, *Recollections of Full Years*, Nueva York, 1914, pp. 144-145.

[1205] Gerard Lico, *Arkitekturang Filipino: A History of Architecture and Urbanism in the Philippines*, Quezon City, 2008, p. 230.

[1206] Theodore Roosevelt, «The Panama Canal», en H. Morse Stephens y Herbert E. Bolton (eds.), *The Pacific Ocean in History*, Nueva York, 1917, p. 145.

[1207] Para las siguientes líneas me he basado especialmente en David McCullough, *The Path between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870–1914*, Nueva York, 1977; Greene, *Canal Builders*; y Noel Maurer y Carlos Yu, *The Big Ditch: How America Took, Built, Ran, and Ultimately Gave Away the Panama Canal,* Princeton, 2011.

[1208] J. R. McNeill, *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620–1914*, Cambridge, 2010, cap. 2.

[1209] Marie D. Gorgas y Burton J. Hendrick, *William Crawford Gorgas: His Life and Work*, Nueva York, 1924, pp. 143, 174.

[1210] Alfred Dottin, en *Competition for the Best True Stories of Life and Work on the Isthmus of Panama during the Construction of the Panama Canal*, Balboa, 1963, p. 105.

[1211] Citado en Jeffrey W. Parker, «Empire's Angst: The Politics of Race, Migration, and Sex Work in Panama, 1903–1945», tesis doctoral, Universidad de Texas, Austin, 2013, p. 23.

[1212] Gorgas y Hendrick, *Gorgas*, p. 141.

[1213] Maurer y Yu, *Big Ditch*, pp. 99-101.

[1214] McCullough, *Path*, p. 460.

[1215] Greene, *Canal Builders*, pp. 116-121 y Michael E. Donoghue, *Borderland on the Isthmus: Race, Culture, and the Struggle for the Canal Zone*, Durham, 2014, cap. 2.

[1216] Parker, «Empire's Angst», cap. 3.

[1217] McCullough, *Path*, p. 496.

[1218] Maurer y Yu, *Big Ditch*, p. 103.

[1219] Matthew Parker, *Panama Fever: The Battle to Build the Canal*, Londres, 2007, p. 341.

[1220] Michael L. Conniff, *Black Labor on a White Canal: Panama, 1904–1981*, Pittsburgh, 1985, p. 31.

[1221] R. H. Somers, «Ordenance Inspection», *Industrial Standardization*, junio de 1942, p. 155.

[1222] Robert W. Coakley y Richard M. Leighton, *Global Logistics and Strategy, 1943–45*, Washington, DC, 1968, p. 825.

[1223] Frank T. Hines, «Two Wars», *Army Transportation Journal*, agosto de 1945, pp. 21-22.

[1224] Leighton y Coakley, *Global Logistics and Strategy, 1940–1943*, pp. 9-11.

[1225] Citado en Frank H. Heck, «Airline to China», en Wesley Frank Craven y James Lea Cate (eds.), *The Army Air Forces in World War II*, Chicago, 1958, 7, p. 114.

[1226] Kevin Conley Ruffner, *Luftwaffe Field Divisions*, Oxford, 1990, p. 3.

[1227] Jeffrey A. Engel, *Cold War at 30,000 Feet: The Anglo-American Fight for Aviation Supremacy*, Cambridge, Massachusetts, 2007, p. 20.

[1228] Leighton y Coakley, *Global Logistics and Strategy, 1940–1943*, p. 640.

[1229] Ivan Dmitri, *Flight to Everywhere*, Nueva York, 1944, p. 26.

[1230] Jenifer van Vleck, *Empire of the Air: Aviation and the American Ascendancy*, Cambridge, Massachusetts, 2013, p. 142.

[1231] Cave, *Wings*, p. 62.

[1232] William H. Tunner, *Over the Hump,* Washington, DC, 1985 [1964], pp. 46-47.

[1233] Reginald M. Cleveland, *Air Transport at War*, Nueva York, 1946, p. 113.

[1234] Tunner, *Over the Hump*, p. 113.

[1235] Cave, *Wings*, p. 106.

[1236] Tunner, *Over the Hump*, p. 59.

[1237] Una exposición excelente es la de Daniel R. Headrick, *The Invisible Weapon: Telecommunications and International Politics, 1851–1945*, Nueva York, 1991, cap. 9.

[1238] Jonathan Reed Winkler, *Nexus: Strategic Communications and American Security in World War I*, Cambridge, Massachusetts, 2008, pp. 152-154.

[1239] U.S. Army Forces in the European Theater, *Service: The Story of the Signal Corps*, París, 1945, p. 8.

[1240] Headrick, *Invisible Weapon,* p. 223.

[1241] George Raynor Thompson y Dixie R. Harris, *United States Army in World War II: The Technical Services; The Signal Corps,* vol. 3, Washington, DC, 1966, p. 607.

[1242] Ibíd., 3, p. 582.

[1243] Rebecca Robbins Raines, *Getting the Message Through: A Branch History of the U.S. Army Signal Corps*, Washington, DC, 1996, p. 262.

[1244] Thompson y Harris, *Signal Corps,* 3, p. 586.

[1245] Ibíd., 3, p. 605.

[1246] Ibíd., 3, p. 607.

[1247] *With Walt Whitman in Camden*, Boston, 1906, 3, p. 293.

[1248] Edmund Russell, *War and Nature: Fighting Humans and Insects with Chemicals from World War I to Silent Spring*, Cambridge, 2001, p. 113.

[1249] Emory C. Cushing, *History of Entomology in World War II*, Washington, DC, 1957, p. 43.

[1250] James Phinney Baxter III, *Scientists against Time*, Cambridge, Massachusetts, 1946, p. 307.

[1251] Paul F. Russell, *Man's Mastery of Malaria*, Londres, 1955, pp. 112-113.

[1252] Baxter, *Scientists against Time*, p. 318.

[1253] Russell, *War and Nature*, 136. Sobre el DDT, véase también David Kinkela, *DDT and the American Century: Global Health, Environmental Politics, and the Pesticide that Changed the World*, Chapel Hill, 2011.

[1254] Russell, *War and Nature*, p. 117.

[1255] Russell, *Man's Mastery*, p. 243.

[1256] Vannevar Bush, *Science: The Endless Frontier*, Washington, DC, 1945, p. 1.

[1257] Cushing, *Entomology in World War II*, p. 34.

[1258] Citado en Harold W. Thatcher, *The Packaging and Packing of Subsistence for the Army*, Washington, DC, 1945, p. 3.

[1259] J. B. Dow, «How the Navy Uses Standards in Its Electronics Program», *Industrial Standardization*, mayo de 1945, pp. 97-99; John C. MacArthur, «Fungus Proofing of CWS Equipment in the Field», 20 de mayo de 1945; carpeta 470.72; caja 54; entrada 2B, Misc. Series, 1942–45, CWS; John Perry, *The Story of Standards,* Nueva York, 1955, p. 179; Raines, *Getting the Message Through*, p. 263.

[1260] Russell Jones, «The Packaging Problem», *Army Transportation Journal*, agosto de 1946, p. 6.

[1261] Thatcher, *Packaging and Packing,* caps. 2-3; Alvin P. Stauffer, *The Quartermaster Corps: Operations in the War against Japan*, Washington, DC, 1956, cap. 7.

[1262] Maurer y Yu, *Big Ditch*, cap. 7.

[1263] Tunner, *Over the Hump*, p. 162.

[1264] Roger G. Miller, *To Save a City: The Berlin Airlift, 1948–1949*, Washington, DC, 1998, p. 23.

[1265] Curtis LeMay, citado en ibíd., p. 46.

[1266] Tunner, *Over the Hump*, p. 162.

[1267] Ibíd., p. 222.

[1268] La extraordinaria historia se narra en Michael Nelson, *War of the Black Heavens: The Battles of Western Broadcasting in the Cold War*, Syracuse, 1997.

[1269] Lech Walesa, prólogo a Nelson, *Black Heavens*, p. xi.

18

El imperio del octógono rojo

La Segunda Guerra Mundial colocó a Estados Unidos en una posición extraordinaria. Era rico y poderoso y, gracias a sus químicos e ingenieros, tenía medios para intervenir en tierras extranjeras sin colonizarlas. Pero la guerra también le dio otra ventaja, más difícil de ver y más de fondo. Tenía que ver con las normas.

Las normas —los protocolos por los que se coordinan los objetos y los procesos— son uno de los temas más tediosos con los que lidia el ser humano. Una muestra de los titulares de la revista *Industrial Standardization* da una pista de las exquisitas alturas a las que puede llegar el aburrimiento:

La industria aprueba una lista de tamaños de papel recomendados.
La nueva ley exige etiquetas para la lana.
Un folleto informativo sobre la coordinación en la construcción.
Revisión de la lista de tamaños de papel recomendados.
¿Cómo de resistente es el hormigón de endurecimiento rápido?
Normas estadounidenses sobre postes de madera.
La unificación nacional resuelve las dudas sobre el número de ranuras de las fresadoras y las tolerancias de las fresadoras.
Tolerancias para ajustes cilíndricos (serie en cuatro capítulos).
Las etiquetas en láminas proporcionan mucha información útil.
Tarros de vidrio de tamaños recomendados para mayonesas.

> El Departamento de Agricultura define la «manteca de cerdo».

Y confieso que este me gusta especialmente:

> La aprobación de las normas de la ASA es un hito importante en la historia de las tuberías.

Es fácil reírse. Pero, si no fuera por los acuerdos sobre ajustes cilíndricos y tolerancias de las fresadoras, no es fácil saber cómo podría funcionar nuestro mundo. Cuanto más llenamos nuestras vidas de objetos manufacturados complejos y cuanto más se mueven esos objetos, más importante es que sean compatibles entre sí.

En 1904, un enorme incendio arrasó Baltimore. Acudieron bomberos desde Nueva York, Filadelfia, Annapolis, Wilmington y Harrisburg. Pero poco pudieron hacer porque, al llegar, se encontraron con que sus mangueras no podían conectarse a las bocas de riego de Baltimore (ni a las mangueras de los demás). Durante treinta horas de impotencia, vieron cómo ardían 1.562 edificios.[1270]

En la primera parte del siglo XX, las incompatibilidades de este tipo eran crónicas y hacían que cualquier intento de moverse entre jurisdicciones fuera exasperante. Un *bushel* de verduras equivalía a diez libras en Carolina del Norte y a treinta en el vecino Tennessee. La caja de frutos rojos habitual en Oregón era ilegal en California. Cada vez que los camioneros cruzaban los límites de un estado tenían que detenerse para demostrar que sus vehículos se ajustaban a las normas locales. Y no siempre era así. La altura, la longitud y el peso permitidos variaban enormemente de un estado a otro, de modo que el camión más largo que se permitía en Vermont, de 15,2 metros, tenía 7,5 metros de más para poder entrar en Kentucky.[1271]

El fútbol americano era un deporte muy popular en las universidades durante los años veinte, pero hasta 1940 no se pusieron de acuerdo las universidades sobre lo que era un «balón de fútbol». Los equipos locales se limitaban a suministrar cualquier objeto con forma de balón ovalado que quisieran. Los equipos a los que les gustaba pasar la pelota preferían balones delgados, mientras que los equipos que daban más importancia a las patadas (que las primeras reglas del fútbol americano fomentaban) suministraban balones cortos y gruesos.[1272]

Hasta 1927 no se homologaron los semáforos. Antes de esa fecha, los conductores de Manhattan se detenían con el semáforo en verde, arrancaban en amarillo e interpretaban que el rojo significaba «precaución». En Cleveland prevalecía un sistema diferente; en Chicago, otro; en Búfalo, otro, y así sucesivamente.[1273]

Es fácil hacer caso omiso de las normas. Ahora bien, si empezamos a pensar en ellas, las vemos por todas partes. Nos damos cuenta de cuántas cosas dependen de la coordinación callada de procesos muy complejos. Y empezamos a preguntarnos de verdad cómo es posible que pase un día sin que se derrumben los puentes, se caigan los aviones del cielo, exploten los electrodomésticos de repente y todo lo bueno arda en una bola de fuego.

En 1900, tras la guerra con España, el secretario del Tesoro propuso al Congreso que se instituyeran unas normas. Su argumento fue que estaban en un mundo nuevo. La ciencia y la tecnología habían tenido «un progreso muy rápido» y el país acababa de hacerse con territorios nuevos y lejanos.[1274] Para que esa sociedad en expansión se mantuviera unida, iba a necesitar normas.

El Congreso estuvo de acuerdo y creó la Oficina Nacional de Normas. Había mucho trabajo por delante. Unos meses después de la destructora conflagración de Baltimore, hubo un incendio en los terrenos de la oficina. El vigilante nocturno se apresuró a coger varias mangueras —guardadas en diferentes edificios— para extinguirlo. Pero se encontró con el mismo problema de Baltimore: las mangueras no podían conectarse. Tuvo que apagar el fuego con los pies.

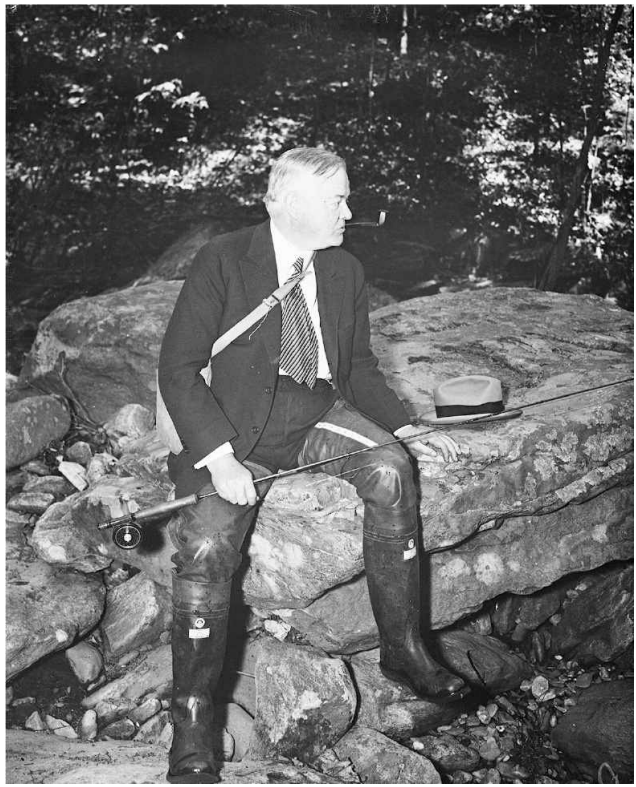
Al día siguiente, recordaba un empleado de la oficina, «hubo una gran discusión».[1275] En la propia Oficina de Normas, era imposible acoplar las mangueras de dos edificios diferentes.

Es fácil comprender la complicada situación en la que estaba la oficina. Todo el mundo quería normas, los fabricantes no estaban precisamente orgullosos de hacer mangueras incompatibles. Pero cada empresa quería por encima de todo que su forma de hacer las cosas fuera la que se generalizara, y había motivos para quererlo. Perder la guerra de las normas significaba tener que reestructurar sus procesos, lo que podía exigir la compra de máquinas nuevas y muy caras. Significaba que las existencias que hubiera se iban a quedar obsoletas.

Y significaba pagar esos costes mientras un competidor —el que hubiera conseguido implantar sus normas— podía avanzar sin obstáculos. Con todas esas cosas en juego, era fácil que las empresas se enzarzaran en peleas por imponer sus normas respectivas y que, mientras tanto, los desafortunados bomberos no pudieran más que maldecir sus mangueras incompatibles.

Resolver estas disputas que paralizaban todo era posiblemente una labor que correspondía al Gobierno. Vino bien que la oficina, en los años veinte, tuviera al frente a uno de los funcionarios públicos que más confianza inspiraba: el secretario de Comercio Herbert Hoover. Hoy en día, a Hoover se le recuerda como el presidente que tuvo la mala suerte de estar en el cargo durante la crisis bursátil de 1929. Pero la imagen popular que se tiene de él como un gobernante torpe deja al margen muchas cosas. Quizá Hoover fue un político poco hábil y gestionó mal la economía, pero como burócrata tenía una capacidad asombrosa. Y había pocas cosas que le importaran tanto como la normalización.[1276]

Para entender qué tipo de hombre era Herbert Hoover lo mejor es pensar en lo opuesto a Teddy Roosevelt. Mientras que Roosevelt soñaba con entrar en combate y se consideraba a sí mismo un vaquero, Hoover era un cuáquero que había vivido durante un año con el pueblo osage, en la nación india (luego nombró vicepresidente a Charles Curtis, un nativo americano con herencia osage).[1277] A Roosevelt le molestaban las reglas; Hoover, en una ocasión, se negó a que entrara el expresidente Benjamin Harrison en un partido de béisbol universitario sin entrada.[1278] Roosevelt puso a su caballo el dramático nombre de Lluvia en el Rostro,[1279] mientras que la mascota de Hoover era un gato al que llamó Señor Gato.[1280] Y si Roosevelt estuvo toda su vida obsesionado con la caza mayor, lo que adoraba Hoover era la pesca, una actividad que veneraba porque «silenciaba el odio», «acallaba la ambición» y fomentaba «la mansedumbre».[1281]



El Gran Normalizador: Herbert Hoover, de pesca con cuello almidonado y traje.

O puede que lo único que haga falta saber sobre Herbert Hoover es que se iba de pesca con traje y corbata.

Hoover adquirió su fortuna trabajando como ingeniero y se hizo famoso por organizar la ayuda a Bélgica durante la Primera Guerra Mundial, una enorme operación logística para la que tuvo que resolver el transporte de más de cinco millones de toneladas de alimentos por tren, barco y barcaza. Aunque los dos partidos estadounidenses pensaron en presentarlo como candidato a la presidencia en las elecciones de 1920, al final Hoover fue nombrado secretario de Comercio. Un predecesor le había dicho que el trabajo tenía pocas exigencias aparte de apagar los faros por la noche y acostar a los peces.[1282] Pero para Hoover fue mucho más. Fue una vocación.

En su opinión, el verdadero problema de la economía no era ni la injusticia de los capitalistas ni la impaciencia de los trabajadores, sino la ineficacia de los objetos. Se desperdiciaban mucho tiempo y mucho

dinero en cosas que no servían. Si se solucionaba ese problema, pensaba Hoover, habría más que suficiente para todos. Normalizar y simplificar eran, a su juicio, las claves de la prosperidad. Cuando tomó posesión como secretario, reorganizó el Departamento de Comercio para poder supervisar personalmente la Oficina de Normas.

Con Hoover al mando, la Oficina desarrolló un sistema de trabajo.[1283] Convocaba a un pequeño grupo de representantes de la industria en Washington, redactaba una norma basada en sus conversaciones y luego convocaba una convención más amplia, de nuevo en Washington, para aprobar o, en algunas ocasiones, modificar la norma. Hoover insistía en que el proceso fuera voluntario, porque no creía que unas normas impuestas ganaran adeptos. Pero el mero hecho de que el Gobierno organizara una convención de toda la industria solía bastar para garantizar el acuerdo.

Empezó con una conferencia de fabricantes de ladrillos que, después de reunirse varias horas con Hoover, acordaron reducir sesenta y seis variedades de ladrillos de pavimentación a once (y después a cinco).[1284] Luego se aprobaron normas nuevas sobre la tala, el cemento, las puertas, la madera, el acero, los muelles de somieres, los colchones, la ropa de hospital, los cojinetes de bolas y los forros de freno. Se decidió que los vasos de vidrio deberían ser capaces de resistir seis horas en agua hirviendo. Los neumáticos debían tener al menos un 70 por ciento de goma nueva en sus bandas de rodadura. La tinta roja debía tener una proporción determinada de tinte escarlata y agua.[1285]

El mayor problema que tuvo que afrontar Hoover fue uno de los menos visibles: la humilde rosca de tornillo. Los tornillos, las tuercas y los pernos son elementos de fijación universales. Funcionan en las sociedades industriales, en palabras de un escritor, como la sal y la pimienta, «espolvoreadas en prácticamente todos los aparatos imaginables».[1286] Sin embargo, todas las sociedades de este tipo se encuentran, desde muy pronto, con el fastidioso problema de la incompatibilidad de las roscas de tornillos. Cada tipo de tornillo tiene medidas distintas, incluidos los ángulos de la rosca. Si los machos y las hembras no coinciden, estamos, por así decir, jodidos.

«La rosca de tornillo es un mecanismo sencillo —explicó un senador—, pero que ensambla todo el esqueleto mecánico de nuestra

civilización».[1287]

O no. Durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, las roscas de tornillo estaban a discreción del fabricante. Por consiguiente, había una profusión anárquica de normas y una civilización muy poco unida. Un trabajador, se quejaba Hoover, «tenía que encontrar un tornillo de la misma marca para poder atornillarle una tuerca y tenía que buscar entre cien diámetros diferentes».[1288] Y si el fabricante que hacía sus tornillos quebraba, no había nada que hacer.

Las incompatibilidades de las roscas de tornillo se volvieron aún más preocupantes con la aparición de los coches y los aviones, unos objetos complejos que vibraban y cuyos fallos podían suponer la muerte. El problema había estorbado a las fuerzas armadas en la Primera Guerra Mundial, hasta el punto de que el Congreso decidió nombrar una Comisión Nacional de Roscas. Pero todavía hicieron falta varios años, hasta 1924, para que se publicara la primera norma nacional sobre roscas. No era una innovación tan llamativa como el Modelo T o el avión, pero esa norma de roscas que tanto había costado elaborar aceleró discretamente la economía.

«Ahora las tuercas de media pulgada entran en todos los tornillos de media pulgada», anunció satisfecho Herbert Hoover.[1289]

Fijar unas normas en los estados continentales fue difícil. En los territorios fue más sencillo. Allí, los grupos de interés industriales eran más débiles (cuando existían) y el Gobierno, que no habían elegido, se sentía más libre para actuar con contundencia. No hacía falta dedicarse a la agotadora tarea de persuadir a los fabricantes, convocar reuniones y consultar a las partes interesadas. Las autoridades se limitaban a proclamar las normas y hacerlas cumplir.

La capacidad de los imperios para promulgar normas fue uno de los principales beneficios de la conquista colonial. Con la homologación imperial, todos los colonizados seguían las prácticas de los colonizadores, incluso en tierras lejanas. Los imperios dejaron en las colonias la huella de sus leyes, ideas, idiomas, deportes, costumbres militares, modas, pesos y medidas, reglas de etiqueta, dinero y prácticas industriales. Es más, a eso era lo que se dedicaban los funcionarios coloniales durante gran parte de su tiempo.

En otras palabras, si el sistema de medidas británico (pies, yardas, galones, libras, toneladas) se llama sistema imperial es por algo.[1290] Esos pesos y medidas se promulgaron para garantizar la compatibilidad de las mediciones en todo el imperio, no solo en las islas Británicas. Incluso cuando se utilizaban unidades locales, se definían en relación con las británicas; un ejemplo es la unidad india de masa llamada *maund*, que en el siglo XX se normalizó para que equivaliera a cien libras.

Los imperios también normalizaban a la gente. Por ejemplo, en el caso de la enfermería en Filipinas. Los estadounidenses del continente que se atrevían a ir a la colonia necesitaban enfermeras que los atendieran, sobre todo con las enfermedades que había desencadenado la guerra. Sin embargo, como había pocas enfermeras del continente dispuestas a trasladarse a Filipinas, tuvieron que buscarlas en Filipinas. Así que, inmediatamente después de la anexión, el Gobierno empezó a formarlas.[1291]

La enfermería no era nueva en Filipinas.[1292] Hacía siglos que había hospitales en el país y las enfermeras habían desempeñado un papel importante en la Revolución filipina (la esposa de Emilio Aguinaldo, doña Hilaria, creó una Cruz Roja filipina para tratar a los soldados rebeldes). Pero la formación que ofrecía el nuevo Gobierno estaba concebida para sustituir por completo a las normas filipinas y españolas vigentes hasta entonces.[1293] A las estudiantes de Enfermería se las separaba de la población y se las alojaba en residencias especiales donde estudiaban inglés, cocinaban y consumían comida continental y también aprendían su etiqueta. Se les impartían las nociones continentales de higiene. Sustituían las sandalias por zapatos y los vestidos largos por uniformes a cuadros y medias.

Las escuelas filipinas eran auténticos satélites de las universidades del continente. La Facultad de Medicina de Filipinas, por ejemplo, copió su plan de estudios de la Johns Hopkins. A las enfermeras filipinas que más prometían las llevaban a que estudiaran en Estados Unidos. Como consecuencia, los hospitales filipinos no solo tenían enfermeras tituladas, sino enfermeras formadas en los estados continentales, lo que a su vez permitía que las recién llegadas del continente enseñaran y supervisaran con facilidad, sin necesidad de

mucha adaptación.

Ajustar los métodos de enfermería de Filipinas a los del continente hizo que el imperio funcionara mejor. Pero también tuvo una profunda consecuencia imprevista. Cuando se establecen firmemente unas normas, es difícil eliminarlas, y Filipinas siguió teniendo, incluso después de la independencia, una profesión de enfermería extraordinariamente afín a la de Estados Unidos. Por eso, a medida que la población estadounidense ha envejecido y ha necesitado más atención sanitaria y siempre que la economía filipina ha flaqueado, ha habido cada vez más enfermeras de Filipinas que se han ido a trabajar a Estados Unidos. En la actualidad, hay un enorme conducto que lleva a decenas de miles de enfermeras filipinas a trabajar en centros sanitarios estadounidenses.[1294]

Ahora, no solo es que los enfermeros se formen para emigrar, sino que los médicos filipinos se reciclan como enfermeros para poder encontrar también trabajo en el extranjero.

Salen del país las personas con experiencia médica y entra el dinero. El resultado ha sido ambivalente. Pero lo que importa aquí es que ese intercambio fluido que ha convertido a Filipinas en el principal proveedor de enfermeras extranjeras de Estados Unidos desde los años sesenta no es únicamente producto de los mercados. Filipinas juega con ventaja gracias a las generaciones de enfermeras que aprendieron su oficio precisamente con arreglo a las normas estadounidenses.

Las tuercas de media pulgada se enroscan en los pernos de media pulgada.

Los hombres como Herbert Hoover unificaron las normas en los estados continentales. Los gobernantes coloniales, después, impusieron esas normas en los territorios colonizados. Pero los dos procesos llegaban solo hasta la frontera. Dentro del Gran Estados Unidos predominaba una forma de hacer las cosas. Fuera, los países extranjeros tenían sus propias tradiciones de enfermería y sus propios ángulos de rosca.

En la época de Hoover era difícil imaginar que esa situación fuera a cambiar. Ya había sido suficientemente difícil conseguir que se coordinaran los fabricantes de ladrillos de un solo país. ¿Quién iba a

poner de acuerdo a los fabricantes de ladrillos franceses con los japoneses? La dificultad de homologar las normas de distintas jurisdicciones explica por qué, durante la primera mitad del siglo XX, unos países tenían culturas materiales muy distintas de otros.

La Primera Guerra Mundial lo dejó muy claro. Estados Unidos envió a Europa a sus soldados, que, al llegar, descubrieron que los europeos utilizaban armas diferentes, tenían uniformes de distinto tamaño y medían las distancias de otra forma.[1295]

También descubrieron que no podían hacer gran cosa para remediarlo. El Ejército estadounidense luchaba fuera de su país, de modo que tuvo que adaptarse a cosas que le resultaban incómodas. Pasó a utilizar el sistema métrico durante toda la guerra, a fabricar provisiones métricas, elaborar mapas métricos y dar órdenes en unidades métricas. Luchar en kilómetros y kilogramos no era fácil para unos hombres que habían crecido con millas y libras, pero ese era el precio de coordinarse con sus aliados franceses.

Las discrepancias normativas volvieron a verse en la Segunda Guerra Mundial. En esa ocasión, el problema fue aún peor. Estados Unidos no solo envió hombres y dinero a Europa, sino un torrente constante de material a los teatros de operaciones de todo el mundo.

Empezó a hacerlo ya antes de entrar formalmente en la guerra, una decisión que Roosevelt quiso justificar ante una población dubitativa: «Supongamos que la casa de mi vecino se incendia y yo tengo una manguera en el jardín —argumentó, utilizando una famosa analogía—. Si agarra mi manguera y la conecta a su boca de riego, podré ayudarle a apagar el fuego».[1296]

Era una metáfora, como es evidente. Pero no es difícil imaginar a Herbert Hoover sentado al fondo de la sala y levantando la mano: «¿Y si tu manguera no encaja en mi boca de riego?».

Habría sido una buena pregunta. Estados Unidos fabricaba armas con cartuchos de 0,30 pulgadas y el Imperio británico utilizaba cartuchos de 0,303 pulgadas. Tampoco las bombas británicas encajaban en los bastidores de los aviones estadounidenses.[1297] Un oficial naval canadiense consideró un «síntoma aterrador» del estado de la cooperación internacional el hecho de que, al empezar la guerra, «no hubiera ni un solo cañón ni una sola ronda de municiones» que pudieran compartir los aliados.[1298]

La cosa no se quedaba ahí. Los británicos habían adoptado un ángulo de rosca de 55 grados para sus tornillos, mientras que el estándar estadounidense, del que Hoover se enorgullecía tanto, era de 60 grados. Era como si las cosas mismas hablaran idiomas diferentes. «No podemos tomar prestadas las piezas de los británicos», se quejaba un mecánico estadounidense. «Ni siquiera podemos robarlas. No encajan».[1299]

En la Primera Guerra Mundial, en la que todavía participaron caballos, las incompatibilidades industriales entre los aliados habían sido un inconveniente. Ahora, en una guerra de acero, lo paralizaban todo. Cuando la empresa estadounidense Packard consiguió el contrato de fabricación de motores para los aviones británicos, sus ingenieros pasaron diez meses redibujando alrededor de dos mil planos británicos para traducirlos al sistema de tornillos estadounidense. Hasta el final de la guerra, Estados Unidos dedicó seiscientos millones de dólares a enviar tornillos, tuercas y pernos de repuesto al extranjero para subsanar las incompatibilidades.[1300]

¿No habrían podido los fabricantes adoptar sin más las normas europeas, como en la guerra anterior? Tal vez. Los británicos y los franceses gastaron 84 millones de dólares en establecer y expandir en Estados Unidos fábricas capaces de construir motores de avión al estilo europeo, lo que en definitiva era situar sucursales de la industria europea en suelo norteamericano.[1301] Además, el Ejército estadounidense adoptó como propios algunos elementos del arsenal británico y construyó bastidores para las bombas británicas.[1302]

«¡Usen piezas normalizadas! Han perdido un tornillo especial»: cartel de guerra que ilustra el problema de las piezas no normalizadas.

Sin embargo, Europa dejó rápidamente de ser crucial para la economía de guerra de los aliados. La caída de Francia y el bombardeo de Gran Bretaña dejaron las fábricas europeas fuera de servicio y, al mismo tiempo, las fábricas estadounidenses empezaron a funcionar a toda máquina. Al acabar la guerra, Estados Unidos había fabricado 84.000 tanques, 2,2 millones de camiones, 6,2 millones de rifles y 41.000 millones de cartuchos. La guerra contra Hitler fue una lucha europea, sin duda, pero en gran parte se hizo en Estados Unidos. [1303]

Cuanto más construían las fábricas estadounidenses, más detallada era la homologación. El objetivo, como dijeron dos destacados expertos, era «integrar todo el proceso para que fluya con suavidad, como un gran sistema fluvial».[1304] Es decir, no solo que las piezas

hechas en una misma fábrica fueran intercambiables, sino construir piezas que lo fueran en distintas fábricas, incluso en distintos sectores industriales, para lo que era necesario un grado de precisión abrumador.

Un ejemplo es la Fenn Manufacturing Company, que fabricaba maquinaria especializada.[1305] Antes de la guerra, explicaba su vicepresidente, nadie había oído hablar de fabricar piezas con tolerancias de más o menos 0,0002 pulgadas. A quien hubiera sugerido una precisión así se le habría tildado de «absolutamente loco». Pero eso es lo que exigía la inmensa economía militar y Fenn no tuvo más remedio que modernizar prácticamente toda su fábrica. Instaló una sala de temperatura constante para examinar los dispositivos y los calibres en busca de variaciones minúsculas.

En Washington, los ingenieros elaboraban sin parar «normas de guerra». Se trataba del mismo baile de funcionarios gubernamentales y dirigentes de la industria que había coreografiado Herbert Hoover, salvo que al doble de velocidad. Los reguladores publicaban sin descanso los detalles y requisitos de los nuevos materiales, los nuevos equipos y los nuevos diseños. En el apogeo de la guerra, en 1944, el presupuesto de la Oficina Nacional de Normalización era 7,5 veces superior al de la década anterior.[1306]

Toda esa actividad convirtió a Estados Unidos en el indiscutible encargado de establecer los criterios para los aliados. La guerra había unido sus economías, pero Washington fijó las condiciones de esa unión.

Se vio en Australia. Al ser un dominio británico, Australia había adoptado antes de la guerra las normas británicas, con algunas variaciones locales. Pese a ello, no tardó en caer en el campo de gravedad de la economía de guerra estadounidense.

El periodo crucial fue 1942-1944, cuando Douglas MacArthur ya había abandonado Filipinas, pero Estados Unidos todavía no podía aprovisionar a sus tropas desde Norteamérica. MacArthur seguía necesitando que Estados Unidos le enviase barcos y armas, pero para los artículos de gran volumen y poco valor, como los alimentos y la ropa, recurrió a Australia. En su momento de más auge, alrededor del 15 por ciento de los ingresos de Australia procedían de las ventas de los suministros encargados por MacArthur.[1307]

Cumplir con esos pedidos era complicado, sobre todo en el caso de la comida. Los agricultores australianos solían trabajar en pequeñas parcelas, limpiaban el terreno a mano y vendían sus productos en los mercados locales. Las máquinas intervenían poco en el cultivo y las medidas de seguridad, como la pasteurización de la leche, eran un lujo caro, que no tenía sitio apropiado en una agricultura de pequeños mercados como la australiana.[1308]

Todo eso iba a tener que cambiar. Estados Unidos envió expertos, misioneros de la agricultura que llevaron máquinas, herbicidas y fungicidas. ¿Cuál era su tarea? Transformar Australia.

Acribillaron a los agricultores con conferencias, programas de radio, películas educativas, folletos y demostraciones sobre el terreno, todo ello para enseñar los métodos de cultivo de Estados Unidos. A los fabricantes australianos les dieron modelos de tractores, segadoras, cosechadoras y fumigadoras estadounidenses y les enseñaron a fabricarlos. Las conserveras australianas aprendieron a enlatar al estilo del Ejército. A los productores de leche les ordenaron que la pasteurizaran y que hicieran pruebas de tuberculina a las vacas. Dado el volumen de pedidos de MacArthur, negarse habría sido un suicidio económico.

«Casi todas las fases de la industria alimentaria australiana se han visto profundamente afectadas por las actividades del extraordinario equipo de especialistas que ha traído Estados Unidos para guiarnos y asesorarnos», escribió un testigo de la transformación.[1309]

Los gustos también cambiaron. Los soldados australianos, acostumbrados a la carne de cordero, veían que sus aliados estadounidenses consumían raciones mucho más grandes, con carne de vaca o cerdo y jamón, acompañada de espaguetis, café y huevos. Se decidió que servir raciones distintas a cada tropa sería desalentador para los australianos, así que ellos también empezaron a comer raciones estadounidenses. Las envasadoras australianas de carne le cogieron el tranquillo a elaborar alimentos nuevos: chile con carne, refrito de carne encurtida, jamón con huevos, fiambres y salchichas de Viena.

La industria australiana del calzado también sufrió una transformación total, cuando los zapateros se actualizaron para hacer zapatos siguiendo las tallas estadounidenses en lugar de las británicas.

Dado que los pedidos mensuales del Ejército llegaban a los 60.000 pares, no podían permitirse no hacerlo.

«Sin ningún tipo de inhibición —anunció el primer ministro de Australia en los primeros tiempos de la guerra—, digo claramente que Australia mira hacia Estados Unidos, sin ningún remordimiento sobre nuestros vínculos tradicionales con el Reino Unido».[1310] En el ámbito de las normas, esa era una verdad inevitable. Desde el punto de vista político, Australia seguía siendo británica. Desde el punto de vista material, empezó a parecerse mucho a una colonia estadounidense.

Australia no fue más que el comienzo. Durante la guerra, los aliados crearon un comité para coordinar las normas, con sedes en Nueva York y Londres. Este comité supervisaba los acuerdos sobre las piezas de repuesto de los aviones, el ancho de las vías férreas y las frecuencias de las emisiones de radio. En general, estos acuerdos especificaban que se adoptarían las normas estadounidenses, puesto que los aviones, trenes y radios de Estados Unidos eran esenciales para la guerra. En 1943, los británicos indicaron que estaban dispuestos a hablar de las roscas de tornillo.[1311]

Ese año, una misión británica viajó a Nueva York. Durante casi dos semanas, una treintena de expertos debatieron sobre tornillos, roscas de tubos, roscas de bombonas de gas, acoplamientos de mangueras y ajustes cilíndricos.[1312] Todos estaban de acuerdo en que la «unificación» de los países anglófonos era esencial. Pero la unificación ¿en qué términos? Los representantes estadounidenses sugirieron que el Imperio británico se reequipara. Los británicos aceptaron pensarlo.

Después hubo una cumbre más larga en Londres.[1313] Las bombas caían sobre la ciudad en un «torrente interminable», informó el presidente de la Sociedad Estadounidense de Ingenieros Mecánicos.[1314] Quizá el bombardeo ablandó a los británicos. Los delegados estadounidenses habían pensado proponer el tema de la unificación a los británicos en el último momento, pero, para su sorpresa, los británicos lo sacaron a relucir de inmediato. Cambiar los tornillos de 55 grados por los de 60 grados sería un desastre para los fabricantes británicos. Aun así, dada la urgencia de la guerra, estaban dispuestos a probarlo de forma temporal.

Una tercera reunión, en Ottawa en 1945, cerró el trato.[1315] En esta ocasión, los maltrechos delegados británicos se rindieron sin más. Gran Bretaña estaba dispuesta a aceptar sin reservas una nueva norma, con un ángulo de rosca de 60 grados. Los fabricantes británicos harían las reformas necesarias. Por el contrario, los fabricantes estadounidenses apenas iban a notar el cambio, porque los tornillos fabricados bajo la nueva norma anglófona eran prácticamente intercambiables con los fabricados en función del viejo acuerdo nacional conseguido por Herbert Hoover.

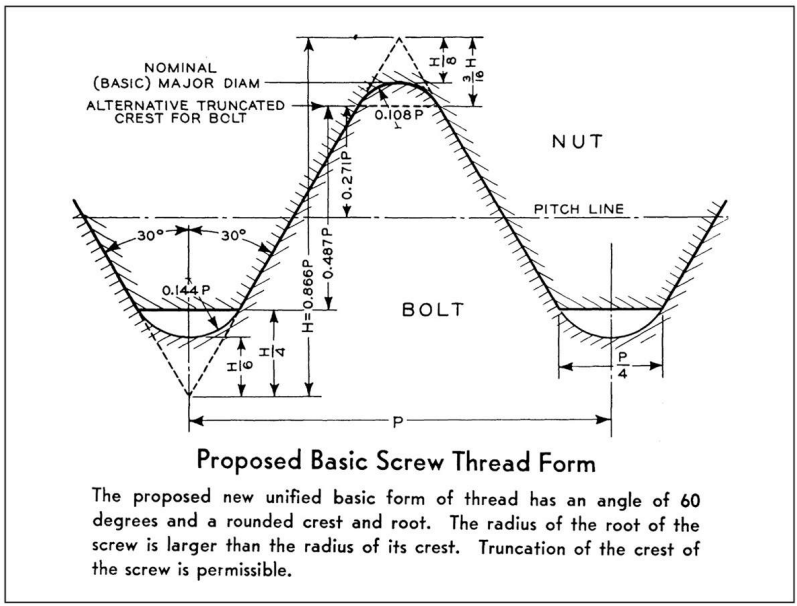
Podría decirse que fue un acontecimiento importante en la historia de la tubería.

Ese mismo mes, además de ponerse de acuerdo sobre la rosca de tornillo, las potencias anglófonas crearon una organización internacional de normalización, la ISO. La intención era que fuese una Organización de Naciones Unidas para los objetos. Tenía un comité administrativo inspirado en el Consejo de Seguridad de la ONU, con puestos permanentes para las cinco grandes potencias (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, China y la Unión Soviética) y puestos rotatorios para los demás países. El primer país que lo presidió fue Estados Unidos.

Uno de los primeros temas de discusión fue, por supuesto, la rosca de tornillo. La paz y la prosperidad exigían la unificación mundial. Pero los británicos se negaron a una nueva actualización y alegaron que ya lo habían pasado suficientemente mal para adoptar la norma de los 60 grados. Tampoco Estados Unidos estaba abierto al cambio. Las demás potencias se quejaron de que Estados Unidos y Gran Bretaña se habían «dado demasiada prisa» en la normalización internacional.[1316] Sin embargo, frente al peso de los dos imperios, el británico y el estadounidense, poco podían hacer. El comité cedió ante lo inevitable y aprobó por abrumadora mayoría que el ángulo del diente de rosca de los anglófonos fuera la norma internacional (la Unión Soviética fue el único miembro que votó «No»). Los países podrían seguir utilizando sus normas locales, pero, si querían ser compatibles con otros, tendrían que emplear el ángulo de rosca de 60 grados.

En realidad, había muchas cosas que iban a tener que rehacerse en un metafórico ángulo de 60 grados. La guerra había empobrecido las

economías, que ahora intentaban reconstruirse recurriendo a un mercado mundial. Pero ese mercado estaba dominado por Estados Unidos, que en 1946 representaba nada menos que el 60 por ciento de la producción económica del mundo industrializado.[1317] «Estados Unidos es nuestro mayor comprador y nuestro mayor vendedor», señalaban los reguladores franceses.[1318] Y así, a base de sucesivos acuerdos, se fue reafirmando la hegemonía de Estados Unidos.



Una rosca para gobernarlos a todos: la norma de 1945. «Propuesta de forma básica de rosca de tornillo. La nueva forma unificada de rosca que se propone tiene un ángulo de 60 grados y una cresta y un fondo redondeados. El radio de la raíz del tornillo es más ancho que el radio de la cresta. Se permite truncar la cresta del tornillo».

Estados Unidos no solo era una superpotencia económica, sino también militar. Sus enormes fuerzas armadas fueron instrumentos de normalización durante la Segunda Guerra Mundial y siguieron siéndolo después, durante la Guerra Fría. Washington inundó el mundo con sus armas y su material. Y los Ejércitos de otros países, al aceptarlos, tuvieron que aceptar también las normas estadounidenses.

La Organización del Tratado del Atlántico Norte, la OTAN, dio aún más impulso a la normalización. Instauró una alianza militar

permanente de doce países, la primera de este tipo. La alianza hizo que la normalización militar pasara de ser un problema agudo, en tiempos de guerra, a ser un problema crónico en tiempos de paz, que los administradores de la OTAN resolvieron revisando el catálogo de suministros y normalizando, uno por uno, los artículos que figuraban en él. Empezaron por los fusiles, para los que se estableció el sistema estadounidense de cartuchos de 0,30 pulgadas. En 1953, el representante estadounidense en el Consejo de Producción de Defensa de la OTAN presumía de que los aviones de combate con motores belgas se adaptaban perfectamente a los bastidores holandeses. También acababa de ponerse en marcha un programa de normalización de material médico, por lo que confiaba en que, en un plazo de dos o tres años, «una camilla británica entrará en los rieles de una ambulancia estadounidense y una aguja turca entrará en una jeringuilla francesa».[1319]

En 1953, la principal revista británica sobre normas sacó un número lleno de artículos publicados en la revista homóloga de Nueva York. Fue una capitulación indiscutible: en materia de normas, los británicos ya se limitaban a escribir al dictado.[1320]

El Tercer Mundo también estaba tomando nota. A los países más pobres les resultaba difícil fijar normas por su cuenta —los laboratorios, las conferencias y las revistas costaban dinero— y tenían fuertes incentivos para utilizar las de sus socios comerciales más ricos. Por eso, cuando las potencias europeas se adhirieron a las normas estadounidenses, sus antiguas colonias también lo hicieron. Para ayudarlas, los ingenieros estadounidenses asesoraron a los Gobiernos extranjeros y suministraron profesionales a las oficinas de campo de las asociaciones de normalización en otros países.[1321]

Era una inversión que merecía la pena. Al exportar sus normas, señaló Harry Truman, Estados Unidos estaba «facilitando el comercio internacional» y «permitiendo que los compradores y vendedores de distintos países hablaran el mismo idioma».[1322] No le hizo falta especificar a qué idioma se refería.

En un sector tras otro, el mundo se sintonizó con Estados Unidos. Ocurrió en sentido más literal en la música, un campo en el que los países discutían sobre el tono de un *la* de concierto. Estados Unidos

afinaba sus instrumentos en torno a un *la* de 440 hercios desde 1917. Pero la Europa continental se afinaba oficialmente siguiendo el «tono francés», un *la* ligeramente más plano de 435 hercios, más próximo a los tonos clásicos de los siglos XVIII y XIX. Los delegados austriacos defendieron en Naciones Unidas el *la* a 435, pero, como los discos estadounidenses estaban inundando el mercado y el Gobierno de Estados Unidos emitía un tono *la* 440 puro por todo el mundo, desde potentes emisoras de radio de Maryland y Hawái, como «servicio» a los músicos, los austriacos tenían pocas posibilidades. Hoy en día, salvo para quienes tocan «instrumentos de época», como las flautas barrocas o los órganos de iglesia más antiguos, el *la* a 440 es la ley imperante.[1323]

En el cielo sucedió algo similar. La aviación internacional depende de unas normas. Los controladores aéreos y los pilotos deben hablar el mismo idioma, las piezas de los aviones deben ser lo suficientemente similares como para que puedan llevarse a cabo reparaciones en cualquier país y las frecuencias de radio de todo el mundo deben recolocarse para que los canales de navegación de un país sean los mismos que los del siguiente. Los representantes de la industria aeronáutica estadounidense trabajaron esforzándose para conseguir todos estos objetivos y asegurarse de que el idioma de las ondas fuera el inglés. En 1950 ya se había avanzado notablemente.

No es extraño que la aviación esté estrictamente sujeta a unas normas, puesto que frecuentemente tiene un carácter internacional. Más impresionante es lo que hizo Estados Unidos con el transporte terrestre. Durante la primera mitad del siglo XX, los ingenieros de tráfico de Estados Unidos se habían dedicado a establecer normas nacionales: los colores de los semáforos, las señales, y así sucesivamente. Pero en 1953, el comisario adjunto de la Oficina de Carreteras Públicas explicó que «ahora tenemos una perspectiva de uniformidad mundial».[1324]

Uniformidad mundial. Si esa hubiera sido la ambición de un funcionario de transportes de, por ejemplo, Tailandia, habría provocado risas. Pero si procedía de Estados Unidos, era totalmente factible. Ese año, la Convención Internacional sobre Señalización Vial reprodujo los criterios estadounidenses con gran fidelidad. Los colores de los semáforos, las normas de señalización del pavimento e incluso,

en gran medida, las señales de tráfico pasaron a seguir el sistema estadounidense, incluido el conocido octógono amarillo con la palabra *STOP*.[1325]

Un momento, ¿amarillo? Sí, amarillo. La señal de stop octogonal nació en Michigan, cuando un sargento de la policía de Detroit cortó las esquinas de una señal cuadrada para darle una forma más distintiva. Pero las primeras señales eran amarillas, no rojas. El primer acuerdo nacional de los profesionales de las carreteras estatales de Estados Unidos rechazó el uso del rojo en cualquier señal porque era difícil de ver por la noche. Así que la señal de stop estadounidense, adoptada como norma internacional en 1953, era amarilla.

Sin embargo, solo un año después, en 1954, Estados Unidos cambió de opinión sobre el amarillo.[1326] Los expertos pensaron que el rojo denotaba mejor el peligro y los nuevos avances de la química industrial permitían tener acabados rojos duraderos y reflectantes. Así que, imagino que ante la indignación furibunda de los ingenieros de tráfico de todo el mundo, Estados Unidos abandonó la norma mundial —su propia norma, diseñada en Michigan e impuesta al mundo— y empezó a sustituir sus señales amarillas por otras rojas.

Este cambio demostró, mejor que ninguna otra cosa, los asombrosos privilegios de los que gozaba Estados Unidos en el ámbito de las normas. Podía obligar a otros países a adoptar su ángulo de rosca en nombre de la cooperación internacional, pero nunca se sentía obligado a respetar esas normas que había impuesto.

Donde más visible es esta peculiar exención de las normas internacionales es en el ámbito de los pesos y las medidas. Mientras que otros países han aceptado el sistema métrico, concebido por los franceses a finales del siglo XVIII, Estados Unidos se ha resistido. Todavía en 1971, nada menos que el 56 por ciento de los estadounidenses continentales afirmaban no conocer la existencia del sistema métrico.[1327]

El rechazo de Estados Unidos a las medidas métricas provoca frecuentes molestias y, en ocasiones, catástrofes, como en los casos de un avión Boeing 767 que transportaba docenas de personas y perdió potencia en pleno vuelo porque su carga de combustible se había calculado por error en libras, y de una sonda en Marte que se desintegró por culpa de un *software* estadounidense que utilizaba

libras en lugar de kilogramos. Estados Unidos consiguió que se adoptara en todo el mundo su ángulo de rosca de los tornillos, pero ha malgastado en parte esa ventaja por aferrarse (en algunos contextos) a los tornillos medidos en pulgadas, que no son compatibles con los que siguen unidades métricas. Sin embargo, Estados Unidos se ha negado a renunciar a sus pulgadas, libras y galones. Ellos, Myanmar, Liberia, el Estado Independiente de Samoa, Palau, los Estados Federados de Micronesia y la República de las Islas Marshall son los únicos países que se resisten al sistema métrico.[1328]

Estados Unidos tiene el privilegio de apartarse de las normas internacionales, pero el resto del mundo es responsable de habérselo consentido. Dos años después de que Estados Unidos terminara de cambiar sus señales de stop de amarillas a rojas, Naciones Unidas convocó una reunión de 134 países para volver a tratar el tema de las señales de tráfico.[1329] Se abandonó el octógono amarillo por el rojo (también se dio el imprimátur oficial a un triángulo rojo invertido dentro de un círculo rojo, aunque pocos países lo eligieron). Estados Unidos ni siquiera firmó el nuevo acuerdo, pero su norma prevaleció.

Hoy en día, el imperio del octógono rojo es mundial. Hay pequeñas variaciones: en Japón es un triángulo rojo, en Papúa Nueva Guinea es un escudo rojo y en Cuba es un triángulo rojo dentro de un círculo rojo. Pero, según mis cálculos, al menos el 91 por ciento de la población mundial se detiene en los octógonos rojos. Incluso los norcoreanos.[1330]

La señal de stop es una más de las tecnologías que acabaron con el imperio. Todas ellas, en conjunto, tuvieron unos efectos impresionantes. Los productos sintéticos hicieron que las grandes potencias no necesitaran tantas materias primas estratégicas, porque podían sustituirlas. En cuanto a la aviación, la criptografía, la radio y los satélites, permitieron que esas mismas potencias tuvieran redes de transporte y comunicación seguras sin tener que preocuparse por el acceso desde territorios contiguos. Las innovaciones en medicina e ingeniería, como el DDT, los antipalúdicos, los envases de plástico y los equipos electrónicos «protegidos contra los elementos», redujeron aún más la necesidad de control territorial. Permitieron que los objetos y los seres humanos viajaran de forma segura a terrenos

hostiles, por lo que los colonizadores no necesitaban preparar el terreno por adelantado.

También la normalización hizo que otros países fueran más accesibles. Había normas que facilitaban el comercio a larga distancia desde hacía mucho, por supuesto, siglos antes de la Segunda Guerra Mundial, pero casi siempre dentro de cada jurisdicción política. Para homologar las normas había que crear colonias, en general (con importantes excepciones). Lo que cambió en la Segunda Guerra Mundial fue la dimensión. Estados Unidos aprovechó su posición —era la superpotencia económica y política indiscutible, con su red logística de guerra instalada en más de cien países— para impulsar sus normas más allá de sus fronteras. La ola de normalización que se extendió desde Estados Unidos sobrepasó los límites de la nación y el imperio. Fue una ola de dimensión planetaria.

Las normas mundiales, junto con las demás tecnologías que acabaron con los imperios, cambiaron las reglas del juego. Los países poderosos tenían desde hacía mucho tiempo la capacidad de adueñarse de los recursos y desplazarse a base de controlar tierras. Esas eran las reglas por las que se rigió Estados Unidos cuando se expandió hacia el oeste y en el extranjero. Esas fueron las reglas con las que jugaron Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial. Y esas mismas reglas indicaban que, con el final de la guerra, Estados Unidos había ascendido a las vertiginosas alturas de las posibilidades imperiales. Tenía nuevas ambiciones y todas las oportunidades de hacerlas realidad conquistando territorios. Si lo hubiera hecho, podría haberse garantizado unos recursos y una posición estratégica sin parangón en la historia.

El hecho de que Estados Unidos renunciara a llevar a cabo una serie de anexiones tras la victoria —no solo eso, sino que se deshizo de colonias— no puede explicarse por un repentino ataque de altruismo. En parte se debió a la rebelión de los pueblos colonizados de todo el mundo, pero también a las lecciones aprendidas en la guerra. Combatir y ganar la guerra mundial había enseñado a Estados Unidos el arte de proyectar su poder sin adueñarse de colonias. Las nuevas tecnologías le ayudaron a conseguir, como dijo un escritor en los años cuarenta, «el dominio sin anexión».[1331]

Esas tecnologías sentaron las bases de nuestro mundo actual, un

mundo que está muy lejos del que imaginó Teddy Roosevelt, en el que los fuertes sometían con violencia a los débiles y les arrebataban sus tierras. Está mucho más cerca del que imaginó Herbert Hoover, que se mantiene unido no por los imperios, sino por el mercado, en el que el gran proceso de coordinación no es el dominio colonial, que actúa de puertas para fuera, sino la globalización, que las traspasa.[1332]

Para ser justos, la sustitución del colonialismo por la globalización no ha nivelado precisamente el terreno de juego. Puede que un mundo que antes era accidentado se haya vuelto «plano», como ha dicho el ensayista Thomas Friedman.[1333] ¿Pero quién lo ha aplanado? En su mayor parte, fue el Ejército de Estados Unidos, en su deseo de proyectar su poder en todo el planeta. Por eso no debería sorprender que la globalización, al menos al principio, favoreciera a Estados Unidos. Sus aviones surcaron los cielos, sus emisiones de radio inundaron las ondas, los productos sintéticos fabricados en Estados Unidos sustituyeron a los de las colonias y las normas estadounidenses mantuvieron todo unido.

No todas esas ventajas han perdurado: hoy en día, China fabrica más productos plásticos que Estados Unidos. Ahora bien, aunque no siga teniendo la hegemonía en todos los ámbitos, Estados Unidos siempre ha jugado con una ventaja considerable. Se ha permitido el lujo de mantener sus costumbres y obligar a otros países a reformar sus fábricas y afinar sus instrumentos. Los beneficios que eso le ha supuesto son abundantes. Pero hay uno que destaca por encima de todos y que merece que nos detengamos en él. Se trata de la imposición de una sola lengua a todo el mundo: el inglés.

[1270] John Perry, *The Story of Standards*, Nueva York, 1955, pp. 140-141, y Rexmond C. Cochrane, *Measures for Progress: A History of the National Bureau of Standards,* Washington, DC, 1966, pp. 84-86.

[1271] A. H. Martin Jr., «Diverse Local Standards Bar Free Trade in Many States», *Industrial Standardization*, julio de 1940, pp. 181-192.

[1272] «Standard Gauge for Standard Football», *Industrial Standardization*, abril de 1940, p. 96.

[1273] P. G. Agnew, «Consumer Standards on the Way», *Industrial Standardization*, febrero de 1940, p. 45; «How Standards Eliminate Trade Barriers», *Industrial Standardization*, abril de 1940, p. 86.

[1274] Lyman J. Gage, «National Standardizing Bureau», 18 de abril de 1900, reproducido en *Science* 11, 1900, p. 698.

[1275] Citado en Cochrane, *Measures*, p. 84.

[1276] Me he basado en Richard Norton Smith, *An Uncommon Man: The Triumph of Herbert Hoover,* Nueva York, 1984; Kendrick A. Clements, *The Life of Herbert Hoover: Imperfect Visionary, 1918–1928,* Nueva York, 2010; y Glen Jeansonne, *The Life of Herbert Hoover: Fighting Quaker, 1928–1933,* Nueva York, 2012.

[1277] Louise Morse Whitham, «Herbert Hoover and the Osages», *Chronicles of Oklahoma* 25, 1947, pp. 2-4.

[1278] Smith, *Uncommon Man*, p. 16.

[1279] *WTR*, 11, p. 40.

[1280] Smith, *Uncommon Man*, p. 19.

[1281] Herbert Hoover, *Memoirs*, Nueva York, 1952, 2, p. 158.

[1282] Oscar Straus, citado en Cochrane, *Measures*, p. 229.

[1283] Descrito en Clements, *Hoover,* p. 255.

[1284] Perry, *Story of Standards*, 132; Clements, *Hoover*, p. 111.

[1285] Cochrane, *Measures,* p. 258.

[1286] W. C. Stewart, «Serving All Industries!—Bolts and Nuts», *Industrial Standardization*, julio de 1941, p. 165.

[1287] Ralph Flanders, citado en George S. Case, «What Can be Done toward World Unification of Screw Threads?», *Standardization*, noviembre de 1949, p. 290.

[1288] Herbert Hoover, «Crusade for Standards», *Standardization*, diciembre de 1951, p. 381.

[1289] Ibíd., p. 282.

[1290] Aashish Velkar, *Markets and Measurements in Nineteenth-Century Britain*, Cambridge, 2012, pp. 63-66.

[1291] Me guío por Catherine Ceniza Choy, *Empire of Care: Nursing and Migration in Filipino American History*, Durham, 2003, cap. 2, y María Mercedes G. Planta, «Prerequisites to a Civilized Life: The American Public Health System in the Philippines, 1901 to 1927», tesis doctoral, Universidad Nacional de Singapur, 2008.

[1292] Anastacia Giron-Tupas, *History of Nursing the Philippines,* ed. rev., Manila, University Book Supply, 1961, pp. 11-15.

[1293] Detalles de Giron-Tupas, *History*, cap. 3, y Lavinia L. Dock, *A History of Nursing: From the Earliest Times to the Present Day with Special Reference to the Work of the Past Thirty Years*, Nueva York, 1912, 4, pp. 307-320.

[1294] Véase Choy, *Empire of Care*; Barbara L. Brush y Julie Sochalski, «International Nurse Migration: Lessons from the Philippines», *Policy, Politics, and Nursing Practice* 8, 2007, pp. 37-46; y Barbara L. Brush, «The Potent Lever of Toil: Nursing Development and Exportation in the Postcolonial Philippines», *American Journal of Public Health* 100, 2010, pp. 1.572-1.581.

[1295] Hector Vera, «The Social Life of Measures: Metrication in the United States and Mexico», tesis doctoral, The New School, 2011, p. 95.

[1296] Roosevelt, conferencia de prensa, 17 de diciembre de 1940, *APP*.

[1297] M. F. Schoeffel, «Some Adventures in Military Standardization», *Standardization*, septiembre de 1951, p. 277.

[1298] J. B. Carswell, «Postwar Standardization», *Industrial Standardization*, octubre 1944, p. 211.

[1299] Benjamin Melnitsky, *Profiting from Industrial Standardization*, Nueva York, 1953, p. 42.

[1300] Ralph E. Flanders, «How Big is an Inch?», *Atlantic Monthly*, enero de 1951, p. 45.

[1301] Edward R. Stettinius Jr., *Lend-Lease: Weapon for Victory*, Nueva York, 1944, cap. 5.

[1302] Schoeffel, «Adventures», p. 277.

[1303] Richard M. Leighton y Robert W. Coakley, *Global Logistics and Strategy, 1940–1943*, Washington, DC, 1955, p. 5.

[1304] Howard Coonley y P. G. Agnew, «The Role of Standards in the System of Free Enterprise», *Industrial Standardization*, abril de 1941, parte 2, p. 12.

[1305] W. L. Fenn, «Standards Smooth the Path of the Subcontractor», *Industrial Standardization*, junio de 1942, p. 163.

[1306] Cochrane, *Measures*, apéndice F.

[1307] Charles A. Willoughby y John Chamberlain, *MacArthur: 1941–1951*, Nueva York, 1954, p. 71.

[1308] Mi análisis procede de Alvin P. Stauffer, *The Quartermaster Corps: Operations in the War against Japan*, Washington, DC, 1956, cap. 5.

[1309] K. R. Cramp, 1945, citado en Michael Symons, *One Continuous Picnic: A Gastronomic History of Australia*, 2.ª ed., Melbourne, 2007, p. 187.

[1310] John Curtin, citado en Winston S. Churchill, *The Second World War,* Boston, 1985 [1950], 4, p. 7.

[1311] «United Nations Standards Committee Opens New York Office», *Industrial Standardization*, octubre de 1944, pp. 209-210.

[1312] Reunión descrita en varios artículos de *Industrial Standardization*, especialmente «British Mission and American Groups Confer on Screw Thread Standards», diciembre de 1943, pp. 364-365, y John Gaillard, «New War Standard for American Truncated Whitworth Threads», julio de 1944, pp. 129-131.

[1313] Véase número de diciembre de 1944 de *Industrial Standardization*.

[1314] Robert M. Gates, «How British and American Screw Threads Differ», *Industrial Standardization*, diciembre de 1944, p. 246.

[1315] «"Inch" Screw Thread Practice Unified», febrero de 1946, *Industrial Standardization*, pp. 36-42.

[1316] Case, «Unification of Screw Threads», p. 304.

[1317] Daniel J. Sargent, *A Superpower Transformed: The Remaking of American Foreign Relations in the 1970s*, Oxford, 2015, p. 15.

[1318] Citado en Roger E. Gay, «World Significance of Standardization», *Industrialization*, septiembre de 1952, p. 305.

[1319] William L. Batt, «Europe Discovers America», *Standardization*, enero de 1953, p. 8. Sobre la OTAN, véase también Willard L. Thorp, «Standards and International Relations», en Dickson Reck (ed.), *National Standards in a Modern Economy*, Nueva York, 1956, pp. 343-351.

[1320] «British Consider U.S. Views», *Standardization*, junio de 1953, p. 179.

[1321] El proceso por el que los países pobres adoptaron las normas de los ricos se describe en Lal C. Verman, *Standardization: A New Discipline,* Hamden, Connecticut, 1973, pp. 166-167, y Lal C. Verman, «India Reports Active Program», *Industrial Standardization*, septiembre de 1948, pp. 122-124.

[1322] Truman a George F. Hussey, 21 de mayo de 1952, reproducido en «Welcome to ISO from the President of the United States», *Standardization*, septiembre de 1952, p. 269.

[1323] Bruce Haynes, *A History of Performing Pitch: The Story of "A",* Lanham, Maryland, 2002, pp. 360-361; «What's the Pitch, Boys?», *Standardization*, abril de 1949, pp. 101-102; Perry, *Story of Standards*, p. 120.

[1324] H. E. Hilts, «International Signs for the World's Traffic», *Standardization*, agosto de 1953, p. 239.

[1325] Clay McShane, «The Origins and Globalization of Traffic Control Signals», *Journal of Urban History* 25, 1999, p. 382; H. Gene Hawkins Jr., «Evolution of the *MUTCD*: Early

Standards for Traffic Control Devices», *ITE Journal*, julio de 1992, p. 24.

[1326] H. Gene Hawkins Jr., «Evolution of the *MUTCD*: The *MUTCD* since World War II», *ITE Journal*, noviembre de 1992, p. 18.

[1327] John Bemelmans Marciano, *Whatever Happened to the Metric System?: How America Kept Its Feet*, Nueva York, 2014, p. 243. La conciencia surgió en los años setenta, cuando el Gobierno federal empezó a avanzar hacia la conversión al sistema métrico, pero la conversión nunca se completó.

[1328] Vera, «Social Life of Measures», pp. 60-61. Palau, los Estados Federados de Micronesia y las Islas Marshall formaron parte en su día de los territorios estratégicos de Micronesia controlados por Estados Unidos en fideicomiso.

[1329] Hay algo de contexto de la Convención de Viena de 1968 sobre señales de carretera en E. W. Foell, «Traffic Signs Baffling the World Over», *Los Angeles Times*, 4 de junio de 1970.

[1330] Gracias a la intrépida Callie Leone por ayudarme a obtener esta cifra.

[1331] George Marion, *Bases and Empire: A Chart of American Expansion*, Nueva York, 1948, cap. 12.

[1332] Un argumento que desarrolla de forma convincente Neil Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, 2003.

[1333] Thomas L. Friedman, *The World is Flat: A Brief History of the Twenty-First Century*, Nueva York, 2005. (Ed. esp., *La tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo xxi*, Barcelona, Martínez Roca, 2006).

19

La lengua es un virus

En 1620 llegó a las costas de Norteamérica un grupo de colonos ingleses a los que hoy se denomina los peregrinos. Habían zarpado dos meses antes, para un penoso viaje en el que murieron dos de ellos.

Pero resulta que esa fue la parte más fácil. Los colonos desembarcaron en un lugar desconocido en el que no tenían amigos. Intentaron cultivar alimentos, pero fracasaron estrepitosamente. En el primer invierno falleció más de la mitad de hambre y enfermedad. Un grupo de indios, los pauquunaukits wampanoags, los observaban desde lejos. Hasta que por fin, en primavera, cuando muchos colonos ya habían muerto, los pauquunaukits enviaron un emisario, un hombre llamado Samoset.

Les saludó en inglés.

Samoset había aprendido algo de «inglés chapurreado»[1334] (según la descripción de un colono) de los pescadores que navegaban por la costa de Maine. Varios días después, Samoset regresó con un hombre de Patuxet que hablaba el idioma aún mejor: Tisquantum, más conocido como Squanto. Squanto no solo hablaba inglés, sino que había vivido en Londres. Siete años antes de conocer a los colonos de Plymouth había sido capturado por un capitán inglés que lo había llevado a Europa. Había cruzado el Atlántico cuatro veces: una vez

después de ser capturado, otra vez de ida y vuelta en un viaje a Terranova y otra vez de vuelta con otra expedición a su tierra natal de Patuxet, es decir, el sur de Nueva Inglaterra.

Para los colonos, que habían cruzado el Atlántico una sola vez, fue un golpe de suerte casi inimaginable. Un pequeño grupo nómada de europeos, tan lejos de su entorno natural, se las había arreglado para encontrarse con una de las pocas personas del vasto continente norteamericano que había pasado un tiempo en el país del que procedían. Squanto era, a ojos de los colonos, «un instrumento especial enviado por Dios».[1335] Les sirvió de traductor, negoció alianzas diplomáticas fundamentales con las comunidades nativas y les enseñó los trucos de la agricultura local. Seguramente, Squanto fue para ellos lo que marcó la diferencia entre la supervivencia y la muerte.

Hoy, cuatro siglos después, la sociedad que fundaron aquellos peregrinos es tan afortunada como ellos. Sus habitantes pueden viajar a casi cualquier punto del mapa con la certeza de que alguien a su alrededor hablará su idioma. Ahora bien, a diferencia de los peregrinos, en su caso no es cuestión de suerte. El inglés se ha extendido como una hierba invasora y se ha implantado en casi todos los hábitats. Ha creado un mundo lleno de gente preparada y capaz de ayudar a los angloparlantes dondequiera que vayan. Un mundo casi diseñado para la conveniencia de Estados Unidos.

Un mundo lleno de Squantos.

Las lenguas son normas, como las señales de stop y las roscas de los tornillos, pero están mucho más arraigadas. Las lenguas dan forma al pensamiento y hacen que algunas ideas se construyan con más facilidad y otras, con menos. Además dan forma a las sociedades. La lengua que hablamos influye en nuestra pertenencia a una u otra comunidad, los libros que leemos y los lugares en los que nos sentimos como en casa. Por consiguiente, el hecho de que una sola lengua se haya convertido en la lengua dominante en todo el planeta, hablada mejor o peor por casi todas las personas cultas y poderosas, tiene unas consecuencias trascendentales.

Resulta especialmente asombroso porque no existe ningún precedente histórico. Los eruditos de Europa Occidental utilizaban

mucho el latín, pero nunca de la forma tan universal que a veces se dice. Ha habido otras lenguas, desde el español hasta el suajili, que también han unido regiones, pero ninguna ha hecho más que eso. Lo normal en la historia ha sido la diferencia lingüística, no la semejanza.

Desde luego, así fue Estados Unidos en sus comienzos: un enloquecido mosaico políglota de lenguas americanas, africanas y europeas.[1336] Incluso sin ir más allá de las lenguas europeas, Ben Franklin sintió que necesitaba dominar el francés, el alemán, el italiano, el español y el latín, además de su lengua materna, el inglés. Publicó un periódico en alemán, *Die Philadelphische Zeitung*, y no tenía claro si quizá el alemán acabaría desplazando al inglés en Pensilvania.

Hacía bien en no tenerlo claro. Había serias dudas sobre si el inglés se mantendría en todo el territorio del país recién nacido, Estados Unidos. Nunca había habido una lengua materna que abarcara una superficie tan grande como la de unos Estados Unidos en plena expansión y no se hubiera fragmentado. El hecho de que se asentara —que los virginianos hablaran el mismo idioma que los californianos — puede atribuirse al auge de la colonización, que impulsó el rápido arraigo de una población bastante homogénea en un territorio enorme. Las carretas y los trenes que transportaban a los colonos también transportaron la lengua, que sobrevivió al largo viaje con nada más que pequeñas mutaciones.

En cambio, fuera de la población de colonos, la imposición del inglés como lengua nacional fue más violenta. Los propietarios de esclavos daban suma importancia a separar a los esclavos africanos que hablaban la misma lengua. Quienes eran sorprendidos hablando su idioma materno podían sufrir castigos terribles; se sabe que a algunos les cortaban la lengua.[1337] Como consecuencia, la aniquilación de esos idiomas fue total. Aunque se pueden encontrar rastros de modismos africanos en el habla actual de los negros, no hubo ni una sola lengua africana que sobreviviera a los barcos de esclavos.[1338]

Las lenguas indígenas también fueron motivo de conflicto. A finales del siglo XIX, los reformadores empezaron a llevar a decenas de miles de niños nativos a internados dirigidos por blancos. Allí, aislados de sus familias y su comunidad, los alumnos estudiaban inglés. «Borraremos todo lo que tienen de indios en muy poco tiempo»,

prometió el fundador de uno de esos colegios.[1339] A los alumnos que hablaban lenguas indígenas se les pegaba de forma habitual o se les lavaba la boca con jabón y lejía.[1340] No es extraño que a los padres indios no les entusiasmara casi nunca la situación, pero los funcionarios del Gobierno y los administradores escolares recurrían al soborno, las amenazas, la retención de raciones de comida y la fuerza bruta —sobre todo, el secuestro de los niños— para llenar las escuelas.[1341]

Las autoridades intentaron usar la misma táctica en los territorios de ultramar. «En la escuela nos sacaron la lengua a golpes», recordaba un anciano nativo de Alaska.[1342] «Cada vez que hablo en tlingit, todavía me viene a la boca el sabor del jabón», confirmaba otro (su lengua tiene hoy menos de mil hablantes). En Guam, el Gobierno militar de la Armada prohibió el uso del chamorro en las escuelas, los tribunales y las oficinas gubernamentales.[1343] Los niños a los que veían hablándolo en el colegio recibían unos golpes o una multa. Un oficial naval reunió todos los diccionarios de chamorro que encontró y los quemó.[1344]

Ahora bien, el imperio era enorme y no había suficientes funcionarios coloniales para lavar todas las bocas que cometieran una infracción. Así que el Gobierno recurrió a otros métodos. Aprobó leyes en inglés, exigió que los funcionarios no utilizaran ninguna otra lengua y en las Islas Vírgenes de Estados Unidos ordenó que saber inglés fuera requisito para votar.[1345] Pero, sobre todo, las autoridades coloniales utilizaron la educación. Inculcar el inglés era el «eje cardinal» de todo el sistema escolar, explicó el director de educación de Filipinas.[1346] En todo el imperio se esperaba que los estudiantes, al menos en los cursos superiores, trabajaran en inglés.

Los anticolonialistas comprometidos, como Emilio Aguinaldo, se resistieron: Aguinaldo murió en 1964 sin saber hablar inglés. Pedro Albizu Campos lo hablaba bien, pero con el tiempo consideró que era un instrumento del imperialismo. «Me asombra que los puertorriqueños hayan tolerado esta forma de mutilar la mentalidad de sus hijos —dijo a sus seguidores—. Estados Unidos no solo quiere destruir nuestra cultura y desintegrar nuestra nación, sino también destruir nuestra lengua» e «imponernos su cultura y su idioma, eliminar nuestros libros y sustituirlos por los suyos».[1347]

Los profesores locales no eran demasiado firmes en su dedicación

a la lengua imperial. Un informe sobre las escuelas filipinas reveló que a los alumnos les daban clases de inglés «profesores que no saben hablar inglés»[1348] y un exgobernador se quejó de que sus acentos empezaban a ser incomprensibles.[1349] El gobernador de Puerto Rico acusó a los profesores locales de impartir clases de inglés «de forma desganada».[1350] Los profesores ejercieron una tenaz resistencia a la anglización, incluso a costa de que los pusieran en la lista negra y los despidieran.[1351]

En general, el dominio del inglés aumentó, pero despacio. En 1940, aproximadamente una cuarta parte de los puertorriqueños y de los filipinos sabía inglés.[1352] En Hawái, el idioma de la calle seguía siendo un inglés con mezcla de muchas otras lenguas.[1353]

En el resto del mundo, la situación no era mejor. Entre los países occidentales, el inglés habitualmente cedía ante sus rivales. El francés era la lengua de la diplomacia. En la ciencia, al francés se habían unido el alemán y (en química) el ruso. Todavía en 1932, el francés se admitía como lengua oficial en el 98,5 por ciento de las conferencias científicas internacionales, mientras que el inglés solo se aceptaba en el 83,5 por ciento.[1354]

Si los angloparlantes querían hablar con extranjeros, debían saber otros idiomas. Es lo que había hecho Ben Franklin en el siglo XVIII y lo que hicieron sus sucesores en el siglo XX. Teddy Roosevelt, a pesar de su obsesión por «los pueblos de lengua inglesa», hablaba francés y alemán y se desenvolvía en italiano. Woodrow Wilson, el otro presidente erudito de la época, leía libros académicos en alemán y daba vueltas a la posibilidad de irse a vivir a Europa para aprender mejor el idioma.[1355] Herbert Hoover fue aún más lejos. De niño había intentado aprender el osage,[1356] su primer libro publicado fue la traducción de un tratado latino del siglo XVI sobre minería y él y su mujer utilizaban el mandarín (que habían aprendido durante su estancia en China) cuando querían hablar en privado.[1357]

Los presidentes políglotas fueron una reacción a un mundo lleno de lenguas desconocidas, en el que el inglés no tenía más que un peso limitado.

Esos límites del inglés quedaron penosamente claros durante la Segunda Guerra Mundial. «Fue entonces —recordaba un destacado

filólogo— cuando muchos de nosotros nos dimos cuenta de que las lenguas extranjeras tienen una realidad concreta y objetiva, que hay grandes regiones de la Tierra en las que, por extraño que parezca, no se habla ni se entiende inglés».[1358] Estados Unidos se había construido un «pequeño y pulcro mundo en el que todo el mundo hablaba inglés», señaló. Pero, «de repente, esos irritantes extranjeros se levantaron contra nosotros y se negaron tercamente a entender nuestra lengua, por muy despacio y alto que la habláramos. Era poco menos que indignante».

El Ejército puso en marcha un programa de formación para dar a los soldados cursos intensivos de los idiomas que necesitarían en una guerra mundial. Con el tiempo, el programa incluyó alrededor de cuarenta idiomas (y fue el primero en utilizar el método «audiolingual» que se utiliza hoy en las aulas). Pero formar a un ejército de millones de personas para que hablaran todos los idiomas con los que iban a poder encontrarse cuando pasaran de un continente a otro era totalmente impracticable.

Sería mejor que los extranjeros aprendieran a hablar inglés.

Cuando los líderes aliados reflexionaban sobre cómo sería el mundo después de la guerra, también pensaban en el lenguaje. «Los imperios del futuro son imperios mentales», proclamó Winston Churchill en 1943 durante un discurso en Harvard.[1359] La clave de esa colonización mental, en su opinión, estaba en la lengua. Churchill invitó a los estudiantes de Harvard a imaginar la «gran comodidad» que supondría para los angloparlantes que su lengua se utilizara en todo el mundo. Ya no estarían sitiados por imperios territoriales, sino que podrían «moverse con libertad por el mundo».

Era una imagen estimulante. Pero Churchill reconocía que estaba lejos de la realidad. El inglés no era la lengua franca mundial en 1943 y no parecía que fuera a serlo a corto plazo. Tenía un vocabulario que intimidaba, con enormes diccionarios que llegaban a contener hasta medio millón de palabras. Su ortografía era una farsa atroz. Incluso Albert Einstein se había rendido ante lo que llamaba la «ortografía engañosa» del inglés.[1360]

Churchill se tomó en serio esas preocupaciones. En su discurso de Harvard, declaró su apoyo a Basic, una versión drásticamente

reducida del inglés que no contenía más que 850 palabras, de las cuales solo dieciocho eran verbos (*come, get, give, go, keep, let, make, put, seem, take, be, do, have, see, say, send, may* y *will*).[1361] Basic era inglés para extranjeros. El sistema entero —gramática y vocabulario— podía imprimirse de forma legible en una cara de una hoja de papel dejando todavía espacio para poner ejemplos.

Quizá sorprenda que Churchill, un indiscutible virtuoso de la lengua inglesa, estuviera tan dispuesto a cambiar su Steinway de cola por un piano de juguete. Pero no fue el único. Entre los defensores del sistema de Basic, además de Churchill, estuvieron Ezra Pound, Lawrence Durrell y George Orwell. «En Basic no se puede hacer una afirmación sin sentido sin que se note», señaló Orwell.[1362] H. G. Wells predijo que Basic iba a «propagarse como un reguero de pólvora» y que en 2020 no quedaría «casi nadie en el mundo» que no pudiera entenderlo.[1363]

El profesor de literatura más apreciado de Gran Bretaña, I. A. Richards, se dedicó en cuerpo y alma a Basic. Había dado clases en China y eso le hizo preocuparse por la difusión del inglés. «Los estudiantes chinos, en su mayoría, nunca llegarán a entender bien el inglés literario», opinaba.[1364] Richards pensaba que Basic era la mejor manera de darles a conocer «el enorme volumen de ideas, sentimientos, deseos y actitudes que solo pueden adquirir a través de una u otra forma de lengua occidental».

En 1937, Richards logró la extraordinaria hazaña de conseguir que el Gobierno chino aceptara enseñar Basic en sus escuelas.[1365] Pero el programa se encontró casi de inmediato con la oposición de los japoneses, que invadieron China ese mismo año. Aun así, Richards siguió adelante y, al acabar la guerra, estaba en Miami enseñando Basic a los marineros chinos en una base naval.

«Bastan cuatrocientas palabras de Basic para dirigir un acorazado —explicó Richards a *Time*—. Con ochocientas cincuenta puedes dirigir el planeta».[1366]

Franklin Delano Roosevelt tomó nota. Basic «tiene tremendas ventajas»,[1367] aseguró a su secretario de Estado, y quizá serviría para que el inglés desbancara al francés como lengua de la diplomacia. Sin embargo, el entusiasmo de Roosevelt no le impidió burlarse de Churchill. Escribió al primer ministro británico para preguntarle qué

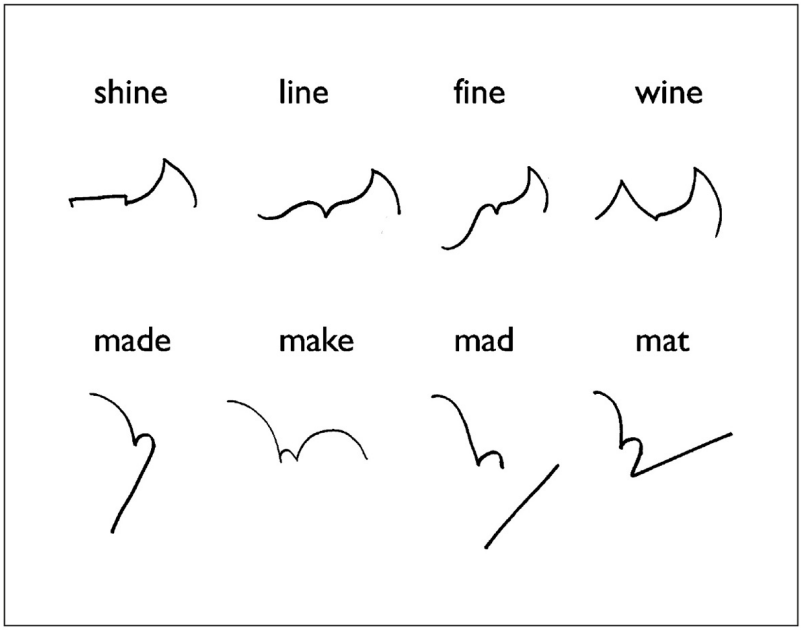
tal habría quedado su famoso discurso sobre «sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas» si lo hubiera hecho utilizando Basic, es decir, si Churchill hubiera ofrecido a sus compatriotas su «sangre, trabajo, agua de los ojos y agua de la cara».[1368]

«Pero, en serio, estamos interesados», se apresuró a añadir Roosevelt.

Aun así, tal como Roosevelt había imaginado, el inglés «deshidratado» era sorprendentemente difícil de utilizar. A los hablantes nativos de inglés les costaba mucho limitarse a las ochocientas cincuenta palabras aprobadas en Basic. En cuanto a los extranjeros, les desconcertaban los tortuosos circunloquios de Basic, en especial con los verbos. «Los coreanos, los españoles y los rusos tienen derecho a preguntarse por qué es más fácil decir “Fui al aire saltando” que “salté”», escribió un crítico, con razón.[1369]

A la hora de la verdad, Basic nunca dio el gran salto. Los hablantes no se acostumbraron a utilizarlo y sus defensores perdieron interés. Pero simplificar el inglés no era la única forma de conseguir que tuviera más seguidores en todo el mundo. En los años cuarenta, los reformistas propusieron docenas de planes para domar la ortografía tan irregular que tenía.[1370] Inventaron el Anglic («Forskor and sevn yeers agoe our faadherz braut forth on this kontinent a nue naeshon»),[1371] el Fonetic Crthqgrafi, el Nue Spelling, el Alfabet for the World of Tomorrow y un sistema curiosamente parco en vocales que se anunciaba como «1 Wrld, 1 Langwij».

El plan más audaz fue el de un antiguo senador, Robert Latham Owen.[1372] Owen, que era en parte cheroqui (los cheroquis le llamaban «Oconostota»), había sido uno de los que encabezaron el intento fallido de establecer un estado mayoritariamente indio, Sequoyah, en 1905. Incluso después de que el Congreso dijera no a Sequoyah y admitiera en su lugar el estado de Oklahoma, más grande (y más blanco), Owen consiguió ser elegido para el Senado. El futuro vicepresidente de Herbert Hoover, Charles Curtis, y él eran los únicos indios presentes en la cámara.



El alfabeto global: el sistema de Robert Latham Owen.

El estado de Sequoyah al que aspiraba Owen debía su nombre al hombre que había diseñado una escritura para la lengua cheroqui. Los cheroquis se habían acostumbrado a la escritura no latina y la habían aprendido enseguida. ¿Podría hacerse algo parecido con el inglés? Owen había dado vueltas a la idea de crear un nuevo alfabeto fonético. Los días del ataque de Japón, el 7 y el 8 de diciembre de 1941, decidió poner su idea en práctica.[1373]

El «alfabeto global» de Owen, como él lo llamaba, no utilizaba caracteres latinos. Se parecía más al árabe o a la taquigrafía. Y, como prescindía de las formas de letra conocidas, se libraba por completo de las dudas ortográficas. Las palabras se escribían exactamente como sonaban. Ese era el medio, insistía Owen, «por el que podremos enseñar la lengua inglesa a todo el mundo a gran velocidad».[1374]

Predijo que, con el alfabeto global, el inglés podría convertirse en «la lengua de conversación del mundo de aquí a dos o tres años». Y además, añadió, su sistema era totalmente compatible con Basic.[1375]

Owen llevó su idea a todas partes. Roosevelt la transmitió a su secretario de Estado para que la estudiara.[1376] El Comité de Relaciones Exteriores del Senado celebró varias reuniones

informativas sobre el tema («No creo que nadie pueda hacer una aportación a la humanidad que sea mayor que la creación de un método universal de comunicación», exclamó un senador de Nuevo México).[1377] Al escritor George Bernard Shaw le cautivó, hasta el punto de que donó parte de su patrimonio para financiar la creación y promoción de un alfabeto fonético y no latino.[1378] La única que se mostró cautelosa fue Eleanor Roosevelt, que temía que fuera demasiado difícil de aprender.[1379] Aun así, Owen se sentía optimista y decidió construir una máquina de escribir especial para su alfabeto.[1380]

Fue la primera y la última máquina de escribir de este tipo: el alfabeto nunca prosperó. No obstante, el mero hecho de que Owen llegara tan lejos ya es asombroso. Los líderes de Estados Unidos y Gran Bretaña tenían tal inquietud por las perspectivas del inglés normal que estaban dispuestos a tomar medidas drásticas para reformarlo. Un inglés domesticado —reducido a dieciocho verbos y escrito con garabatos— era un precio que no les parecía excesivo por los «imperios mentales» que preveía Churchill.

Los obstáculos a los que se enfrentaba el inglés no eran solo técnicos. El colonialismo, que había sido uno de los principales vehículos de difusión del inglés, se estaba desintegrando a ojos vistas. La descolonización acabaría liberando a más de seiscientos millones de personas del dominio de Gran Bretaña y Estados Unidos. ¿Conservarían el inglés?

Lo más probable era que no. Muchos se quejaban amargamente de los estragos que el inglés había causado en sus países. Mohandas Gandhi opinaba que la dependencia del inglés en India era «una señal de esclavitud»[1381] y, al final de su vida, renegó de él.[1382] El autor keniano James Ngugi consideraba «la violencia psicológica de las aulas» tan mala como «la violencia física del campo de batalla». Recordaba su propia infancia en una escuela dirigida por misioneros, en la que, cuando sorprendían a algún alumno hablando su lengua materna, gikuyu, le golpeaban, le multaban o le colgaban un cartel que decía «Soy estúpido» o «Soy un asno». Tras la descolonización, Ngugi cambió su nombre por el de Ngũgĩ wa Thiong'o y dejó de escribir novelas en inglés.[1383]

Manuel Quezón también se quejó. Aunque pocos filipinos adultos

hablaban inglés con fluidez cuando Filipinas se convirtió en Estado libre asociado, el lugar que ocupaba en las escuelas y en la administración impidió que las lenguas locales arraigaran. El resultado fue que, tras cientos de años de poder colonial (contando el dominio de España), Filipinas no tenía ninguna lengua autóctona que se hablara en todo el país.

«Cuando viajo por las provincias y hablo con mi gente, necesito un intérprete —se lamentó Quezón—. ¿Habéis oído alguna vez algo más humillante, más horrible que eso?».[1384]

Filipinas necesitaba «una lengua propia», insistió Quezón. Debía ser autóctona de Filipinas y enseñarse en todo el país. Sin esa lengua, continuó, «no puede existir un alma nacional».

Tras adquirir cierta autonomía de Washington con la instauración del Estado libre asociado en 1935, Quezón fundó un instituto nacional de idiomas. Su tarea era convertir una lengua local —eligió el tagalo, que se hablaba en Manila— en una lengua nacional. Para convertir una lengua vernácula en oficial y promulgarla hacía falta mucho tiempo (el Consejo Nacional de Educación sugirió el tagalo básico, inspirado en Basic, como lengua de transición).[1385] Pero Quezón confiaba en que, con el tiempo, revirtiera la anglización de la época colonial.

A medida que avanzaba la descolonización, se vio claramente que muchos países compartían ese objetivo. Cuando India declaró la independencia, adoptó el nombre oficial de Bharat y el hindi como lengua oficial, además de degradar el inglés a una categoría inferior y prometer que se abandonaría por completo en 1965. La colonia británica de Singapur fijó el malayo como lengua oficial en 1959, cuando consiguió el autogobierno. En Sri Lanka, la implantación del cingalés como lengua propia se llevó a cabo con la Ley del Cingalés, aprobada en 1956.

En 1949, la Asamblea General de Naciones Unidas decidió que los Estados miembros debían impartir clase a los alumnos de primaria y secundaria en su lengua materna. Ese mismo año, Mao Zedong se hizo con el poder en China; su Revolución Cultural iba a prohibir el inglés y a convertir a los profesores de esta lengua en blanco de la violencia. En el bloque del Este, la Unión Soviética intentó prohibir el inglés por considerarlo una asignatura «decadente» y fomentar el ruso en todo su

territorio.[1386]

La Organización para la Unidad Africana declaró que las lenguas europeas «solo se tolerarían de forma provisional» en el África independiente y creó una Oficina Interafricana de Lenguas para sustituirlas por las autóctonas.[1387]

Quizá era posible. En el mandato británico de Palestina, los colonos judíos habían recuperado la antigua lengua de las escrituras, el hebreo, y la enseñaban a sus hijos como lengua materna. Consiguieron extenderlo lo suficiente como para que en 1948, cuando Palestina se independizó como Estado de Israel, abandonara el inglés como lengua oficial. Un idioma que no tenía ningún hablante nativo vivo que se recordara había hecho retroceder al inglés.

I. A. Richards observaba todo esto con alarma. El nacionalismo del Tercer Mundo, advirtió, podía «arruinar todas las esperanzas del inglés».[1388]

¿Cómo se impuso el inglés? En los años cuarenta, FDR y Churchill pensaban que tendrían que transformar drásticamente el inglés para convertirlo en una lengua mundial, algo que nunca consiguieron. La descolonización, al dar el poder a hombres como Manuel Quezón, empeoró aún más las perspectivas de la lengua inglesa. Sin embargo, superó estos obstáculos y acabó convertida en una verdadera lengua mundial. ¿Cómo?

Algunos lingüistas han insistido en que uno de los motivos es la política exterior de Estados Unidos y Gran Bretaña. Según esta teoría, a pesar de que las potencias anglófonas perdieran el control político de gran parte del mundo, encontraron la forma de imponer su lengua a otros países más débiles.[1389]

Lo hicieron sobre todo mediante la educación.[1390] Los cientos de miles de estudiantes extranjeros que acudían a las universidades estadounidenses (120.000 al año en 1969) no solo estudiaban matemáticas y sociología. Estudiaban matemáticas y sociología en inglés. Después se llevaban el inglés al volver a sus países de origen, en los que pertenecían a los grupos más educados y poderosos. A ellos había que añadir el casi medio millón de militares extranjeros en prácticas que estudiaban en las academias militares, escuelas, bases e instalaciones especiales de Estados Unidos.

A medida que los estudiantes se apuntaban en masa, el inglés iba extendiéndose. En los años sesenta había un mínimo de cuarenta organismos gubernamentales estadounidenses que patrocinaban la enseñanza del inglés en el extranjero,[1391] sobre todo el Cuerpo de Paz («un instrumento de guerra psicológica de Occidente», según la acusación del presidente de Ghana).[1392] Las emisoras de radio también proyectaban el inglés hacia otros países. En 1959, Voice of America adoptó un «inglés especial» de vocabulario limitado que recordaba al Basic para algunos programas.[1393] Y de los países anglófonos salían libros de texto, cómics y películas, a veces con subvenciones gubernamentales, hacia el resto del mundo.

Pero ¿bastaba con eso? Seguramente no. El inglés tenía detrás una gran fuerza, sin duda, pero los países no anglófonos contaban con unas defensas formidables. Establecían planes de estudio en sus escuelas, otorgaban un estatus oficial a las lenguas distintas del inglés y emitían sus propios programas de radio. Si los niños aprendían suajili o cingalés en la escuela, ¿cómo iban a contrarrestarlo un centenar de voluntarios del Cuerpo de Paz?

Por si fuera poco, en realidad, exportar la lengua no era la máxima prioridad de los Gobiernos anglófonos.[1394] Aunque organismos como la Voz de América y el Cuerpo de Paz promocionaban el inglés, esa no era su misión principal. Hubo que esperar a 1965 para que el Gobierno de Estados Unidos declarara que expandir el inglés era un objetivo de política exterior.[1395]

Resulta útil mirar en la otra dirección. A la hora de la verdad, la globalización del inglés no es producto de unas cuantas decisiones importantes tomadas en Washington o Londres. Es consecuencia de miles de millones de decisiones más pequeñas tomadas en todo el mundo. En esos miles de millones de decisiones ha influido, sin duda, la posición predominante de Estados Unidos en el mundo. Pero, en última instancia, el idioma no se impuso de arriba abajo. Surgió de abajo arriba.[1396]

Eso es lo que pasa con las normas; funcionan de forma diferente que otros tipos de poder. Los Gobiernos pueden cobrar impuestos a sus súbditos, hacerles luchar en guerras o enviarlos a la cárcel. Lo hacen todo el tiempo. Pero las normas son mucho más difíciles de imponer.

Las autoridades coloniales estuvieron cincuenta años intentando meter la lengua inglesa en la cabeza de los puertorriqueños y no consiguieron que lo hablara más que la cuarta parte de la población.[1397] Les costó tanto porque, en la calle y en casa, los puertorriqueños seguían hablando español.

Las normas reflejan el poder, pero la verdadera normalización no suele emanar del Estado, sino de la comunidad.[1398] Un ejemplo clásico de normalización es el de los formatos rivales de grabadoras de vídeo. En 1976, Sony sacó el primer VCR de consumo, que utilizaba un formato de cinta llamado Betamax. Al año siguiente, JVC, la empresa rival de Sony, empezó a vender videograbadoras que utilizaban un formato diferente, el VHS. Cada uno tenía sus virtudes: el Betamax ofrecía mejor calidad de imagen y sonido y las cintas VHS duraban más. En 1980, los consumidores podían tener buenas razones para elegir cualquiera de los dos.

En 1990, no. Para entonces, las cosas habían cambiado. Los que habían elegido el VHS eran tantos que se había alcanzado una masa crítica. Los videoclubes dejaron de tener cintas en Betamax y las nuevas películas empezaron a salir solo en VHS. La propia Sony, a regañadientes, empezó a fabricar aparatos compatibles con el VHS. «La verdad es que no queríamos fabricar VHS —confesó su vicepresidente—. Pero una empresa no se gestiona guiándose por los sentimientos».[1399]

A Sony no le había obligado nadie a abandonar el sistema Betamax. Pero el coste de seguir con él se había vuelto prohibitivo. Demasiada gente había elegido ya el VHS.

Algo parecido ocurre con el lenguaje. A medida que culturas lejanas han entrado en contacto más estrecho, ha aumentado la necesidad de tener lenguas comunes. Sin embargo, no todos han tenido libertad para escoger qué lengua querían hablar. Elegimos la lengua que han elegido otros, la que creemos que nos llevará más lejos. Y, cuando se ha alcanzado una masa crítica, esa elección se vuelve prácticamente obligatoria.

Cada pueblo ha vivido este proceso a un ritmo diferente. Las comunidades internacionales pioneras de la globalización fueron las primeras que sintieron la necesidad de una lengua uniforme. Se aferraron enseguida al inglés y, a medida que cada comunidad lo

adoptaba, la lengua fue adquiriendo más fuerza y acabó arrastrando y sumando países enteros.

El primer grupo que se inclinó totalmente por el inglés fue el de los controladores aéreos. La aviación, técnicamente compleja y profundamente internacional, es un ámbito en el que las normas son vitales. Y lo es especialmente una lengua común, dada la enorme importancia de contar con una comunicación clara en los cielos. En los años cincuenta, un avión soviético que llevaba al ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko, a Londres, pasó de largo dos veces el aeropuerto de Heathrow y estuvo a punto de estrellarse porque al piloto le costaba entender las instrucciones de la torre de control.[1400]

Por suerte, estos malentendidos son infrecuentes porque, cuando se acordaron las normas del sistema internacional de aviación, en 1944, se eligió un idioma común para los vuelos internacionales, que fue, como era de esperar, el inglés. No se hizo por el deseo de que el mundo se volviera anglófono. Se hizo por necesidad: tenía que haber un solo idioma y, en ese momento, Estados Unidos era responsable de casi el 70 por ciento de los kilómetros que recorrían los pasajeros en todo el mundo.[1401]

A los no angloparlantes les irritaba. En los años setenta, los francófonos de Quebec quisieron hablar francés en los vuelos locales cuando tanto el piloto como el controlador lo hablaban. No pedían que el francés fuera la lengua principal de la navegación aérea, sino que fuera una opción. Pero los pilotos y los controladores aéreos se resistieron. En general solían ser muy internacionales y se habían adaptado al inglés. Hicieron una huelga que paralizó la aviación de Canadá durante nueve días hasta que el Gobierno aceptó prohibir el francés en el aire.[1402]

La comunidad mundial de pilotos se ha diversificado mucho en las décadas posteriores, pero el inglés se ha mantenido. Lo hablan los pilotos coreanos, alemanes, brasileños y argelinos. En grandes regiones monolingües, como Latinoamérica, pueden cambiar sigilosamente a su lengua materna. Pero en cuanto hay anglófonos presentes tienen que volver al inglés.

El siguiente grupo que prefirió el inglés fue el de los científicos.[1403] La ciencia moderna siempre ha sido internacional y los

científicos estaban acostumbrados a tener que aprender los idiomas de sus colegas para leer sobre las últimas investigaciones. En el siglo XX pensaron seriamente en utilizar lenguas inventadas para agilizar su trabajo. Les interesaba sobre todo una lengua puente de la posguerra llamada *interlingua*, diseñada específicamente para la ciencia. El prestigioso *Journal of the American Medical Association* imprimió algunas síntesis en ella («Velocitates de conduction esseva determinate in 126 patients qui presentava con disordines neurologic»). Y se publicó íntegramente en esa lengua una revista de espectroscopia molecular.

Tales ambiciones internacionalistas eran loables, pero no consiguieron superar la fuerza de gravedad de Estados Unidos. En la primera década y media posterior a la Segunda Guerra Mundial, el 55 por ciento de los Premios Nobel de Ciencias recayeron en académicos de universidades estadounidenses y el 76 por ciento de los galardonados pertenecían a universidades anglófonas.[1404] En los años sesenta, más de la mitad de las publicaciones de ciencias naturales del mundo estaban en inglés.[1405]

Aquí se alcanzó de nuevo un punto de inflexión. Si la mitad de las publicaciones estaban en inglés y más de la mitad de los premios nobel lo hablaban, ¿qué probabilidades había de que interlingua o cualquier otra lengua pudiera rivalizar con él? Los científicos de los países no anglófonos tenían que aprender inglés para leer los últimos avances en su campo y, cada vez más, tenían que escribir en él. La proporción de publicaciones científicas en inglés se disparó a medida que un número cada vez mayor de científicos de países no anglófonos cambiaban de lengua. En la actualidad está muy por encima del 90 por ciento.[1406]

En Israel, los científicos bromean con la idea de que ni siquiera el propio Dios podría conseguir una plaza en la Universidad Hebrea de Jerusalén, porque no ha publicado más que una obra, que no está en inglés. No les falta razón. Las 1.921 publicaciones de investigación que figuran en las páginas web de los profesores del Instituto de Física Racah de la Universidad Hebrea están todas en inglés.[1407]

El control del tráfico aéreo y la investigación científica no fueron más que meros preludios. El motor más poderoso para la implantación del inglés ha sido internet, que ha facilitado las comunicaciones

internacionales, pero exige dominar el inglés. Internet se inventó en Estados Unidos y desde entonces es desproporcionadamente anglófona. En 1997, un estudio sobre la distribución de lenguas en la red reveló que el 82,3 por ciento de las páginas web elegidas al azar en todo el mundo estaban en inglés.[1408]

No es solo que los usuarios ingleses dominen internet. Es que el propio medio favorece esa lengua. Los lenguajes de programación derivan del inglés, así que cualquiera que quiera dominar Python, C++ o Java —por mencionar tres lenguajes de codificación populares— lo tendrá mucho más fácil si habla inglés.

En un nivel más profundo están los esquemas de codificación que traducen los bits (unos y ceros) a caracteres. La codificación más utilizada en los primeros tiempos de internet era ASCII, un esquema diseñado para que fuera compatible con el inglés. ASCII no es compatible con lenguas que usan caracteres no latinos, como el árabe y el hindi. Ni siquiera puede manejar símbolos de uso frecuente en las lenguas europeas, como *ø, ü, ß o ñ*. ASCII acerca todo al inglés.[1409]

Hoy en día, existen codificaciones con más compatibilidades, que abarcan idiomas desde el cheroqui hasta el cuneiforme, pero no son universales. Eso quiere decir que no hay garantía de que un correo electrónico o un texto que no esté en inglés se muestre correctamente. Las direcciones web siguen estando casi todas en ASCII, por lo que a la página web más popular de China se accede escribiendo baidu.com, no 百度.中文网. Y aunque tuviera una dirección web en chino, los usuarios tendrían que utilizar teclados QWERTY —el más habitual en el mundo, diseñado en Nueva York basándose en el alfabeto inglés — para escribirla.[1410]

La hegemonía del inglés en internet es, en cierto modo, el resultado de libres decisiones. No lo ordenó ningún gobierno ni lo impuso ningún ejército. No obstante, muchos de los que han decidido trabajar en inglés lo han hecho a su pesar, del mismo modo que alguien que prefería Betamax tuvo que ceder a lo inevitable y comprar un sistema VHS. Utilizan el inglés porque no hay otra opción viable.

Los caracteres latinos son los primeros que aparecen en el motor de búsqueda Baidu, la página web más visitada de China.

«Es la forma suprema de colonialismo intelectual —suspiraba el director de un proveedor de internet en Rusia—. El producto viene de Estados Unidos, así que debemos adoptar el inglés o dejar de usarlo. Las empresas están en su derecho. Pero cuando hablamos de una tecnología que se supone que va a abrir el mundo a cientos de millones de personas, eso es una broma. Solo sirve para que el mundo se divida entre nuevos tipos de ricos y pobres».[1411]

El presidente francés Jacques Chirac declaró que el dominio del inglés en internet era «un gran peligro para la humanidad».[1412]

Los controladores aéreos, los científicos y los usuarios de internet. A medida que cada comunidad técnica, cada vez más grande, adoptaba el inglés, este cobraba más fuerza. Países enteros —algunos con cientos de millones de personas que nunca han asistido a una reunión científica y que quizá ni siquiera suelen usar internet— se vieron arrastrados al remolino.

Este proceso, aunque ahora parece inexorable, fue largo. En 1969, un destacado lingüista de la Universidad de Columbia señaló que probablemente era inevitable la existencia de una lengua mundial. Pero no estaba seguro, ni siquiera a esas alturas, de que fuera a ser el inglés. Aproximadamente el 60 por ciento de las emisiones de radio y televisión del mundo se hacían en inglés.[1413] Pero la resistencia a este idioma era lo bastante fuerte como para pensar seriamente en que pudiera ser el esperanto, una lengua artificial, más fácil de aprender y que no tenía todo el bagaje cultural del inglés.[1414] En otras palabras, Betamax seguía siendo una opción.

Pero el plazo para elegir fue limitado y 1969 estaba bastante cerca del final. En las décadas posteriores, todos los países fueron

rindiéndose ante el inglés. Incluso cuando intentaban escapar de él, acababan cayendo en su campo de gravedad, cada vez más amplio.

India, al alcanzar la independencia, había permitido temporalmente que el inglés siguiera siendo una lengua «oficial subsidiaria», con el acuerdo de que el Gobierno pasaría a usar exclusivamente el hindi en 1965. Pero el inglés no solo sobrevivió sino que creció. Hoy en día, los anuncios están en inglés, la educación superior se desarrolla en inglés y las películas de Bollywood incluyen generosas dosis de inglés. El inglés sigue siendo una lengua oficial y se oye en los debates parlamentarios con la misma frecuencia que el hindi. La «amarga verdad», informaba recientemente *The New York Times*, es que «en la práctica, el inglés es la lengua nacional de India». [1415]

Esa es la amarga verdad de muchos países. Sri Lanka, que en su día aprobó una Ley de Solo Cingalés, ha recuperado el inglés como lengua oficial («Welcome to the Official Web Portal of Government of Sri Lanka», dice su página de inicio). Singapur, que había sustituido el inglés por el malayo, en el año 2000 puso en marcha un movimiento para «hablar bien inglés». «Los inversores no vendrán si sus supervisores y directivos tienen que adivinar lo que dicen nuestros trabajadores —explicó el primer ministro—. Un inglés deficiente da mala imagen de nosotros y nos hace parecer menos inteligentes».[1416]

Filipinas también cayó. A pesar del empeño de Manuel Quezón en establecer una lengua nacional autóctona para desbancarlo, el inglés sigue siendo una lengua oficial y de comercio. Filipinas es el país con más trabajadores de centros de atención telefónica.[1417] Además es un núcleo internacional de enseñanza del inglés, un lugar en el que los que quieren aprenderlo pueden hacerlo de forma barata y con un claro acento continental.

La atracción gravitatoria del inglés se extiende mucho más allá del ámbito en el que las potencias anglófonas promovieron su lengua. Es difícil encontrar un lugar más lejano de Washington y Londres, en lo cultural y lo político, que Mongolia. Sin embargo, en 2004 su primer ministro, licenciado en Harvard, anunció que el inglés iba a sustituir al ruso como primera lengua extranjera en las escuelas mongolas. Su aspiración era convertir la capital de Mongolia, Ulan Bator, en un núcleo de centros de atención telefónica.[1418]

La conquista más increíble del inglés ha sido China. En 1978, bajo

el mandato del primer ministro reformista Deng Xiaoping, China restableció la presencia del inglés como lengua extranjera permitida y lo fomentó como un elemento del camino que tenía que recorrer China hacia la prosperidad. La televisión china empezó a emitir un programa de enseñanza en inglés, *Follow Me*, protagonizado por una mujer británica y que tenía una audiencia de decenas de millones de personas. Hoy en día, las principales universidades chinas ofrecen cientos de programas de grado que se imparten en inglés, sobre materias que van desde la historia hasta la física nuclear. Aproximadamente cien mil hablantes nativos de inglés han encontrado trabajo como profesores en China.[1419]

«Dominar el inglés para hacer que China sea más fuerte»: Li Yang, personaje mediático y el profesor de inglés más popular de China, afirma haber enseñado a millones de personas en su campaña para convertir China en país hegemónico mundial gracias al dominio del inglés.

«Si los chinos […] gobiernan algún día el mundo —ha escrito el lingüista John McWhorter—, sospecho que lo harán en inglés».[1420]

Hoy en día, el inglés no es el idioma con más hablantes nativos. Es el chino mandarín, seguido del español.[1421] En el propio Estados Unidos hay mucha gente que tiene dificultades para hablar inglés. Pero lo que llama la atención sobre el inglés es que es la lengua con más hablantes no nativos. Las estimaciones varían mucho, pero parece

que lo habla aproximadamente uno de cada cuatro seres humanos del planeta. Y da la impresión de que esa cifra va en aumento.[1422]

Los motivos de quienes hablan inglés como lengua extranjera están claros. El inglés es la lengua del poder. Hablarlo significa ir a mejores escuelas, conseguir mejores trabajos y moverse en círculos más selectos. Un estudio encargado por el British Council sobre cinco países pobres (Pakistán, Bangladés, Camerún, Nigeria y Ruanda) reveló que los profesionales que hablaban inglés ganaban entre un 20 y un 30 por ciento más que los que no.[1423]

En Corea del Sur, los padres pendientes de esta dinámica envían a clínicas a sus hijos pequeños, normalmente menores de cinco años, para que les hagan una frenectomía lingual, una operación para cortar la fina banda de tejido que hay debajo de la lengua. La operación hace que los niños tengan una lengua más ágil y les sea más sencillo pronunciar los difíciles sonidos de la *l* y la *r*. Si en otro tiempo los plantadores cortaban la lengua a los esclavos para obligarles a hablar inglés, hoy es la propia gente la que se encarga de cortarla.[1424]

Hay que decir que las frenectomías linguales no son habituales. No obstante, el mero hecho de que existan indica las ansias generalizadas de hablar inglés. Incluso en Corea del Sur, que nunca ha estado colonizada por una potencia anglófona, hablar esa lengua tiene una importancia aplastante. Como dice un profesor de la Universidad de Seúl, «el inglés se está convirtiendo en un medio de supervivencia».

Para los habitantes de Estados Unidos, la anglización del mundo es, tal como predijo Churchill, una «gran comodidad». Les permite hacer negocios en cualquier parte del mundo y ayuda a difundir sus ideas y ambiciones. De Estados Unidos salen con facilidad las películas, los libros, los espectáculos, la música y la publicidad, de modo que incluso en los países extranjeros más remotos se sienten como en casa.

Pero el privilegio más extraordinario es quizá que los estadounidenses no necesitan esforzarse en aprender lenguas extranjeras. Mientras todos los demás pagan el impuesto cognitivo de aprender inglés, los angloparlantes pueden prescindir por completo de las clases de idiomas. En 2013, la Asociación de Lenguas Modernas descubrió que la matriculación en lenguas extranjeras dentro de los colegios y las universidades era la mitad que cincuenta años antes. Es

decir, la respuesta de los estudiantes estadounidenses a la globalización ha sido aprender la mitad de idiomas.[1425]

¿Para qué van a molestarse? Mientras que, a principios del siglo XX, hombres con inclinaciones y ambiciones internacionales como Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson y Herbert Hoover tuvieron que aprender idiomas extranjeros, sus homólogos de hoy no lo hacen. Barack Obama, a pesar de un origen tan cosmopolita que es casi cómico (un padre keniano que conoció a su madre de Estados Unidos en una clase de ruso y una infancia vivida en Hawái e Indonesia), solo habla inglés.

«Es una vergüenza —ha reconocido—. Cuando los europeos vienen aquí, todos hablan inglés, hablan francés, hablan alemán. Y nosotros vamos a Europa y no sabemos decir más que *merci beaucoup*». [1426]

[1334] William Bradford, *History of Plymouth Plantation, 1606–1646*, William T. Davis (ed.), Nueva York, 1908 [1651], p. 135. Sobre Squanto, me baso en Neil Salisbury, «Squanto: Last of the Patuxets», en David G. Sweet y Gary B. Nash (eds.), *Struggle and Survival in Colonial America,* Berkeley, 1981, pp. 228-246.

[1335] Bradford, *History*, p. 111.

[1336] Sobre el lenguaje del siglo XVIII, he recurrido a Jill Lepore, *A is for American: Letters and Others Characters in the Newly United States,* Nueva York, 2002; Marc Shell (ed.), *American Babel: Literatures of the United States from Abnaki to Zuni,* Cambridge, Massachusetts, 2002; y Vicente L. Rafael, «Translation, American English, and the National Insecurities of Empire», en Alyosha Goldstein (ed.), *Formations of United States Colonialism*, Durham, 2014, pp. 335-360.

[1337] Marc Shell, «Babel in America», en *American Babel*, p. 4.

[1338] La supervivencia de las lenguas africanas se ve sobre todo en el gullah, que todavía hoy se habla en las islas Sea y las costas de Georgia y Carolina del Sur. Pero el gullah es una lengua criolla formada a partir del inglés, no una lengua africana.

[1339] Richard Henry Pratt, citado en Margaret D. Jacobs, *White Mother to a Dark Race: Settler Colonialism, Maternalism, and the Removal of Indigenous Children in the American West and Australia, 1880–1940*, Lincoln, 2009, p. 27.

[1340] Brenda J. Child, *Boarding School Seasons: American Indian Families, 1900–1940*, Lincoln, 1988, p. 28.

[1341] Prácticas descritas en Jacobs, *White Mother*, cap. 4.

[1342] Nora Marks Dauenhauer y Richard Dauenhauer, «Technical, Emotional,and Ideological Issues in Reversing Language Shift: Examples from Southeast Alaska», en Lenore A. Grenoble y Lindsay J. Whaley (eds.), *Endangered Languages: Language Loss and Community Response*, Cambridge, 1998, p. 65.

[1343] Sharleen J. Q. Santos-Bamba, «The Literate Lives of Chamorro Women in Modern Guam», tesis doctoral, Universidad de Indiana de Pensilvania, 2010, cap. 5.

[1344] Jack Fahy, Asistente especial del Secretario, «Preliminary Report of Naval

Administration of Island Possessions», 15 de abril de 1945, 8; carpeta «Pacific Planning»; caja 156; R-0-40, Administrative, World War; Office of Territories Classified Files, 1907–1951; ROT.

[1345] William W. Boyer, *America's Virgin Islands: A History of Human Rights and Wrongs*, Durham, 1983, p. 182.

[1346] Fred Atkinson, citado en Funie Hsu, «Colonial Articulations: English Instruction and the "Benevolence" of U.S. Overseas Expansion in the Philippines, 1898–1916», tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, 2013, p. 20.

[1347] Discurso, 20 de diciembre de 1947, registrado en Jack West, informa sobre Albizu, 4 de mayo de 1948, pp. 34-35, Archivo Albizu del FBI, sección 5, caja 2.

[1348] Ford Report, 1913, citado en Cristina Evangelista Torres, *The Americanization of Manila, 1898–1921*, Quezon City, 2010, p. 154.

[1349] Michael P. Onorato (ed.), *Origins of the Philippine Republic: Extracts from the Diaries and Records of Francis Burton Harrison*, Ithaca, 1974, p. 117.

[1350] Robert H. Gore, citado en Thomas Mathews, *Puerto Rican Politics and the New Deal*, Gainesville, 1960, p. 64.

[1351] Solsiree del Moral, *Negotiating Empire: The Cultural Politics of the Schools in Puerto Rico, 1898–1952*, Madison, 2013, p. 16.

[1352] El 27,8 por ciento en Puerto Rico, el 26,6 por ciento en Filipinas. Amílcar Antonio Barreto, *The Politics of Language in Puerto Rico*, Gainesville, 2001, p. 21; Andrew B. Gonzalez, *Language and Nationalism: The Philippine Experience Thus Far,* Quezon City, 1980, p. 26.

[1353] John E. Reinecke, «'Pidgin English' in Hawaii: A Local Study of the Sociology of Language», *American Journal of Sociology* 5, 1938, pp. 778-789.

[1354] Michael D. Gordin, *Scientific Babel: How Science was Done before and after Global English*, Chicago, 2015, p. 180.

[1355] Ronald J. Pestritto, *Woodrow Wilson and the Roots of Modern Liberalism*, Lanham, Maryland, 2005, p. 34.

[1356] Louise Morse Whitham, «Herbert Hoover and the Osages», *Chronicles of Oklahoma* 25, 1947, p. 3.

[1357] Herbert Hoover, *Memoirs*, Nueva York, 1951, 1, p. 36.

[1358] Pei, *One Language*, pp. 31-32.

[1359] «Anglo-American Unity», 6 de septiembre, en Winston S. Churchill, *His Complete Speeches*, *1897–1963*, Robert Rhodes James (ed.), Nueva York, 1974, 7, p. 6.826.

[1360] Gordin, *Scientific Babel,* p. 205.

[1361] W. Terrence Gordon, «C. K. Ogden's Basic English», *ETC: A Review of General Semantics* 45, 1988, p. 339.

[1362] Alok Rai, *Orwell and the Politics of Despair: A Critical Study of the Writings of George Orwell*, Cambridge, 1988, pp. 125-126.

[1363] H. G. Wells, *The Shape of Things to Come*, Nueva York, 1934, p. 417.

[1364] I. A. Richards, *Basic in Teaching: East and West*, Londres, 1935, p. 45.

[1365] Rodney Koeneke, *Empires of the Mind: I. A. Richards and Basic English in China, 1929–1979*, Stanford, 2004, p. 5.

[1366] «Globalingo», *Time*, 31 de diciembre de 1945, p. 48.

[1367] FDR a Cordell Hull, 5 de junio de 1944, FDR Library, docs.fdrlibrary.marist.edu/psf/caja37/t335k03.html.

[1368] FDR a Churchill, junio de 1944, FDR Library, docs.fdrlibrary.marist.edu/psf/caja37/a335k01.html.

[1369] Chad Walsh, «Basic English: World Language or World Philosophy», *College English* 6, 1945, p. 456.

[1370] Pei, *One Language*, p. 119; Edmund Vincent Starrett, «Spelling Reform Proposals for the English Language», tesis doctoral, Universidad Estatal Wayne, 1981.

[1371] Transcripción al nuevo lenguaje del principio del discurso de Lincoln en Gettysburg: «Four score and seven years ago our fathers brought forth on this continent, a new nation», «Hace ochenta y siete años, nuestros padres crearon en este continente una nación nueva» (*N. de la T.*).

[1372] Narcissa Owen, *A cherokee Woman's America: Memoirs of Narcissa Owen, 1831–1907*, Gainesville, 2005, p. 97.

[1373] *Global Alphabet: Hearing before the Committee on Foreign Relations,United States Senate*, 79.º Cong., 1.ª ses., 7 de noviembre de 1945, Washington, DC, 1945, p. 6.

[1374] «Former Senator Owen Devises Global Alphabet», *New York Herald Tribune*, 29 de julio de 1943.

[1375] *Global Alphabet*, 65, p. 4.

[1376] Ibíd., p. 48.

[1377] Carl Hatch, citado en ibíd., p. 11.

[1378] Starrett, «Spelling Reform», pp. 260-261.

[1379] Pei, *Story of English*, p. 314.

[1380] «Appeal for Global Alphabet Made», *Baltimore Evening Sun*, 18 de diciembre de 1946.

[1381] M. K. Gandhi, *Hind Swaraj and Other Writings,* Cambridge, 2009, p. 102.

[1382] Para dejar patente que repudiaba el inglés, Gandhi aseguraba que no lo hablaba, pese a su obvio dominio del idioma. Adavesh Kumar Singh, «'What is English Doing in India?': A Historical Perspective on an "Awkward" Question», en Makarand Paranjape y G. J. V. Prasad (eds.), *Indian English and "Vernacular" India, Makarand Paranjape y G. J. V. Prasad (eds.), Delhi, 2010,* pp. 30-31.

[1383] Ngũgĩ wa Thiong'o, *Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature*, Londres, 1986, pp. 9, 11.

[1384] Quezón, discurso, 7 de noviembre de 1937, en *The Great Quezon's Dream: A National Language for the Filipinos*, pp. 4-5, mecanografiado, en AHC.

[1385] «Eureka! Basic Tagalog!», *Manila Evening News*, 17 de enero de 1946.

[1386] Pei, *Story of English*, p. 347.

[1387] Citado en Robert Phillipson, *Linguistic Imperialism*, Oxford, 1992, p. 27.

[1388] Citado en Phillipson, *Linguistic Imperialism*, p. 167.

[1389] Las mejores exposiciones de este argumento son la de Phillipson, *Linguistic Imperialism,* y la de Diana Lemberg, «"The Universal Language of the Future": Decolonization, Development, and the American Embrace of Global English, 1945–1965», *Modern Intellectual History*, en prensa.

[1390] Paul A. Kramer, «Is the World Our Campus?: International Students and U.S. Global Power in the Long Twentieth Century», *DH* 33, 2009, p. 792.

[1391] Phillipson, *Linguistic Imperialism*, p. 157.

[1392] Kwame Nkrumah, *Neo-Colonialism: The Last Stage of Imperialism*, Nueva York, 1965, p. 248.

[1393] Arika Okrent, *In the Land of Invented Languages: Esperanto Rock Stars, Klingon Poets, Loglan Lovers, and the Mad Dreamers Who Tried to Build a Perfect Language*, Nueva York, 2009, pp. 141-142.

[1394] Las entrevistas de Phillipson con funcionarios lo aclaran. *Linguistic Imperialism*, p. 310.

[1395] National Security Action Memorandum 332, 1965, tratado en Lemberg, «Universal Language», en prensa.

[1396] Véase especialmente David Crystal, *English as a Global Language*, 2.ª ed., Cambridge, 2003, y David Northrup, *How English Became the Global Language*, Nueva York, 2013.

[1397] El 26,1 por ciento hablaba inglés en 1950: Barreto, *Politics of Language*, p. 21.

[1398] Lo argumenta de forma convincente David Singh Grewal, *Network Power: The Social Dynamics of Globalization*, New Haven, 2008.

[1399] Masaaka Morita, citado en *Genryu*, la historia de Sony con motivo de su 50 aniversario, traducida al inglés y abreviada en sony.net/SonyInfo/CorporateInfo/History/SonyHistory.

[1400] Mario Pei, *One Language for the World*, Nueva York, 1958, p. 51.

[1401] Jenifer Van Vleck, *Empire of the Air: Aviation and the American Ascendancy*, Cambridge, Massachusetts, 2013, p. 170.

[1402] Sandford F. Borins, *The Language of the Skies: The Bilingual Air Traffic Control Conflict in Canada*, Montreal, 1983. Tres años después de la huelga, el Gobierno cedió y permitió que se utilizara el francés en circunstancias muy concretas.

[1403] Mi explicación sobre las ciencias, cómo se buscaron lenguas internacionales y cómo se rindieron al inglés, deriva de Gordin, *Scientific Babel.*

[1404] Contando los premios en Física, Química y Fisiología o Medicina y según las biografías de los galardonados en www.nobelprize.org.

[1405] Ulrich Ammon, «Linguistic Inequality and Its Effects on Participation in Scientific Discourse and on Global Knowledge Accumulation», *Applied Linguistics Review* 3, 2012, p. 338.

[1406] Ibíd.

[1407] He contado los ensayos evaluados o en espera de la evaluación por parte de pares en las páginas web de los profesorados en www.phys.huji.ac.il/people_faculty, visitada el 30 de mayo de 2017.

[1408] David Crystal, *Language and the Internet*, Cambridge, 2001, p. 217.

[1409] Daniel Pargman y Jacob Palme, «ASCII Imperialism», en *Standards and Their Stories: How Quantifying, Classifying, and Formalizing Practices Shape Everyday Life*, Martha Lampland y Susan Leigh Star (eds.), Ithaca, 2009, pp. 177–199.

[1410] La larga sombra que proyecta esa máquina de escribir inglesa sobre el procesamiento global de la información se trata de forma brillante en Thomas S. Mullaney, *The Chinese Typewriter: A History*, Cambridge, Massachusetts, 2017.

[1411] Crystal, *English as a Global Language*, p. 117.

[1412] Citado en «The Coming Global Tongue», *The Economist,* 21 de diciembre de 1996, p. 75.

[1413] Daniel Nettle y Suzanne Romaine, *Vanishing Voices: The Extinction of the World's Languages*, Oxford, 2000, p. 18.

[1414] Mario Pei, *Wanted: A World Language*, Nueva York, 1969.

[1415] Manu Joseph, «India Faces a Linguistic Truth: English Spoken Here», *NYT*, 16 de febrero de 2011. Sobre la tendencia general, véase Joshua A. Fishman, Andrew W. Conrad y Alma Rubal-Lopez (eds.), *Post-Imperial English: Status Change in Former British and American Colonies, 1940–1990*, Berlín, 1996.

[1416] Goh Chok Tong, citado en Phyllis Ghim-Lian Chew, *Emergent Lingua Francas and World Orders: The Politics and Place of English as a World Language*, Nueva York, 2009, p. 141.

[1417] Funie Hsu, «The Coloniality of Neoliberal English: The Enduring Structures of American Colonial English Instruction in the Philippines and Puerto Rico», *L2 Journal* 7, 2015, 124, pp. 139-140.

[1418] Nicholas Ostler, *The Last Lingua Franca: English until the Return of Babel*, Nueva York, 2010, p. 15.

[1419] Daniel Goodard, «Teaching English Abroad is an Increasingly Popular Choice for Struggling Undergraduates», *The Independent*, 19 de noviembre de 2012.

[1420] John McWhorter, «Where Do Languages Go to Die?», *The Atlantic*, 10 de septiembre de 2015, www.theatlantic.com/international/archive/2015/09/aramaic-middle-eastlanguage/404434/.

[1421] «Summary by Language Size», *Ethnologue*, www.ethnologue.com/statistics/size. Sobre los límites del inglés, véase Barbara Wallraff, «What Global Language?», *Atlantic Monthly*, noviembre de 2000, pp. 52-66.

[1422] Crystal, *Global Language*, p. 69.

[1423] Robert Pinon y John Haydon, *The Benefits of English Language for Individuals and Societies: Quantitative Indicators from Cameroon, Nigeria, Rwanda, Bangladesh, and Pakistan*, Londres, 2010, p. 11.

[1424] Kathy Marks, «Seoul Tries to Shock Parents out of Linguistic Surgery», *The Independent*, 3 de enero de 2004.

[1425] David Goldberg, Dennis Looney y Natalia Lusin, «Enrollments in Languages Other than English in United States Institutions of Higher Education», 26, Modern Language Association, febrero de 2015, apps.mla.org/pdf/2013_enrollment_survey.pdf.

[1426] Maria Gavrilovic, «Obama: “I Don’t Speak a Foreign Language. It’s Embarrassing!”», *CBS News*, 11 julio de 2008, cbsnews.com.

20

El poder es soberanía, señor Bond

«Ah, señor Powers, bienvenido a mi guarida en el volcán», dice el doctor Maligno, mientras señala su compleja base subterránea en una isla tropical. La situación, de *Austin Powers: La espía que me acosó*, se reconoce de inmediato. El supervillano demente, su guarida en la isla, la amenaza de destrucción del mundo; resulta tan familiar que casi olvidamos lo extravagante que es.

De todos los lugares que pueden resultar amenazantes, ¿por qué nuestros malvados más ambiciosos, los que se empeñan en dominar el mundo, buscan remotas manchas de tierra en medio de mares y océanos? Parecería que las cualidades que hacen de una isla un lugar ideal de vacaciones —la lejanía de los centros de población, el ritmo de vida relajado— no favorecen que sea una buena base para emprender la conquista del mundo. Al fin y al cabo, los adversarios de Napoleón le enviaron a Elba para exiliarle, no para animarle a que volviera a intentarlo.

Desde luego, hace mucho tiempo que las islas están asociadas a las actividades ilícitas, por lo menos en la ficción occidental. No es difícil recordar ejemplos de islas que son espacios anárquicos y peligrosos, como *La isla del tesoro* (1883), *La isla del doctor Moreau* (1896) de H.

G. Wells, o la isla de la Calavera en *King Kong* (1933). Pero dominar el mundo desde una isla es otra cosa. Por lo que yo sé, es un fenómeno literario más reciente. Por lo que yo sé, empieza con James Bond.

Ian Fleming, el creador de James Bond, conocía las islas y la maldad que engendraban. Durante la Segunda Guerra Mundial fue asistente del director de Inteligencia Naval. En 1943 viajó a Kingston, Jamaica, para una reunión de alto nivel de los servicios navales de inteligencia con Estados Unidos. Por aquel entonces el Caribe estaba en una situación desesperada, acosado por los submarinos alemanes que se escapaban de las Armadas aliadas. Corrían rumores de que los U-boat se refugiaban en un puerto secreto construido por Axel Wenner-Gren, un multimillonario sueco que se había instalado en una isla de las Bahamas.[1427]

Wenner-Gren era un personaje oscuro, que actuaba, como dijo uno de sus cronistas, «detrás del telón de la historia, con enorme influencia en el curso de los acontecimientos».[1428] Era un ejemplar físico impresionante, con ojos azules penetrantes, pelo blanco como la nieve, piel bronceada y una postura totalmente recta. Empezó a acumular dinero fabricando aspiradoras, pero su extenso imperio de empresas multinacionales creció hasta incluir municiones, cerillas, pasta de celulosa, aviones, monorraíles, banca, telecomunicaciones y, por último, ordenadores. Los monorraíles de Disneyland y Seattle los construyó la empresa de Wenner-Gren. Telmex, la empresa de telecomunicaciones latinoamericana sobre la que se ha construido la fortuna de uno de los hombres más ricos del mundo, Carlos Slim, fue fundada por Wenner-Gren.

Wenner-Gren había abandonado Suecia para irse a vivir a las Bahamas, aparentemente por razones fiscales. Allí había comprado la mayor parte de una isla, había creado una finca llamada Shangri-La y había anclado su yate, el más grande del mundo, equipado con radiocomunicaciones de última generación.

«Es demasiado grande para Suecia», escribió una revista de su país. «Es una potencia internacional».[1429]

Era cierto que Wenner-Gren tenía una política exterior propia. Su teoría era que la ciencia y la razón estaban produciendo una era de paz.[1430] Y, para alentarla, decidió promover uno de los muchos

planes de reforma ortográfica de la época, Anglic, con la esperanza de convertir el inglés en una lengua mundial.[1431] También con el propósito de preservar la paz sirvió de emisario entre el primer ministro británico Neville Chamberlain y Hermann Göring, el número dos de la jerarquía nazi. De hecho, Wenner-Gren fue uno de los últimos enlaces diplomáticos entre Gran Bretaña y Alemania antes de que Hitler invadiera Polonia.

Los vínculos de Wenner-Gren con Göring hicieron que muchos sospecharan de él. «No poseo ni una sola prueba, pero tengo la firme sensación de que este hombre es un espía del Gobierno alemán», declaró el subsecretario de Estado estadounidense.[1432] El FBI puso a Wenner-Gren bajo vigilancia, el Gobierno congeló sus cuentas y se hicieron acusaciones descabelladas. Se decía que Wenner-Gren ayudaba a los nazis a transferir bienes, que Göring había escondido un misterioso paquete en su yate y que todos los miembros de la tripulación eran espías.

Desde luego, no ayudó a mejorar las cosas el hecho de que el FBI estuviera investigando con todos sus recursos a una integrante de la camarilla de Wenner-Gren, Inga Arvad, una reina de la belleza danesa de la que a veces se pensó, sin razón, que era su amante. Arvad era una de las favoritas de los dirigentes nazis; Hitler la consideraba «el ejemplo más perfecto de belleza nórdica» que había visto jamás y la acogió en su palco privado durante los Juegos Olímpicos de 1936.[1433] Pero es difícil saber si eso quería decir que era una espía. La principal revelación de la vigilancia constante del FBI no fue que Arvad se relacionara con nazis, sino que mantenía una tórrida e intensa aventura —que el FBI grabó en cintas— con un joven alférez de navío llamado John F. Kennedy. (Cuando Kennedy fue elegido presidente, J. Edgar Hoover utilizó el expediente del FBI sobre Arvad como chantaje para asegurarse de que volviera a nombrarlo director del FBI).[1434]

Este era el hervidero de intrigas internacionales con el que se encontró Ian Fleming en 1943.

Las acusaciones de que Wenner-Gren había construido un puerto secreto para los submarinos alemanes resultaron falsas. Aun así, a Fleming le pareció irresistible todo aquel mundillo empapado de ron. «Cuando hayamos ganado esta maldita guerra —le dijo a su amigo—,

me iré a vivir a Jamaica. Viviré en Jamaica y disfrutaré a fondo y me bañaré en el mar y escribiré libros».[1435]

Compró allí una finca, Goldeneye, llamada así por una de las operaciones de inteligencia en las que había participado durante la guerra.

Jamaica era, en opinión de Fleming, uno de esos «benditos rincones del Imperio británico»,[1436] un lugar en el que los nativos de piel morena todavía servían copas en el club y se podía seguir disfrutando durante un poco más las fantasías de la vida colonial. En 1956, Gran Bretaña perdió el control del canal de Suez, un incidente que presagió el fin del imperio («No se me ocurre un desastre comparable en toda la historia moderna», escribió Fleming).[1437] El primer ministro Anthony Eden fue a Jamaica para recuperarse de la derrota. Se alojó en Goldeneye.

Fleming pasó todos los inviernos en Jamaica desde 1946 hasta su muerte, en 1964. Allí escribió todos los libros de James Bond. En Jamaica también tuvo una aventura con una rica viuda llamada Blanche Blackwell, que, al mismo tiempo, tenía una aventura con el vecino de Fleming, Errol Flynn. Por Goldeneye correteaba el hijo pequeño de Blackwell, Chris, que años más tarde fundaría Island Records y lanzaría a la fama mundial a los músicos de reggae Bob Marley, Jimmy Cliff, Toots and the Maytals y Peter Tosh.[1438] (Tras la muerte de Fleming, Bob Marley compró Goldeneye, pero le pareció «demasiado pija» y se la vendió a Chris Blackwell, que sigue siendo hoy su propietario).[1439]

Fleming ambientó tres novelas de Bond en Jamaica, aunque ninguna reflejó el escenario de forma tan brillante como *Doctor No* (1958). Después de que un grupo de asesinos destruya la estación de radio del Servicio Secreto británico e interrumpa la conexión entre Jamaica e Inglaterra, envían a Bond a solucionarlo. Las pistas apuntan a una isla cercana. Una isla de guano, casualmente.

Los lectores de Fleming probablemente no sabían gran cosa sobre el guano, pero él estaba deseando remediar su ignorancia. Cuando Bond llega a Jamaica, el secretario colonial le imparte una lección sobre la historia del guano («Bond se dispuso a aburrirse»). La escena dura nada menos que todo un capítulo. El secretario cuenta toda la

historia, desde el monopolio británico-peruano hasta la síntesis del amoniaco conseguida por Fritz Haber.

«No sabe en lo que se ha metido —continúa parloteando—. Puedo hablar de este tema durante horas».[1440]

Lo que quiere recalcar y a lo que acaba llegando es que hay pequeñas islas deshabitadas dispersas en el Caribe. Y una de ellas la ha comprado un misterioso personaje internacional, el doctor Julius No.

Es difícil no ver a Axel Wenner-Gren en la figura de Julius No. Entre los dos hay una similitud cautivadora: físicamente llamativos, obsesionados con la ciencia, sin lealtad a ningún país, deseosos de inmiscuirse en la política mundial y dueños de grandes fortunas. Wenner-Gren incluso insistía en que lo llamaran «doctor Wenner-Gren», con la excusa de que tenía un doctorado honorario de una universidad peruana.

Y, por supuesto, ambos poseían islas privadas en el Caribe. En la novela, el doctor No le cuenta a Bond cómo compró su isla y la transformó en «el centro técnico de inteligencia más valioso del mundo». Desde ella puede utilizar la radio para vigilar, interferir y redirigir los misiles de los Estados Unidos («Puedo doblar los rayos sobre los que vuelan estos cohetes, señor Bond») y presume de tener las armas de una superpotencia.[1441]

El hecho de que sea una isla es muy importante para el doctor No. «Señor Bond, el poder es soberanía», explica.

> ¿Quién en el mundo tiene un poder de vida o muerte sobre su pueblo? Ahora que Stalin está muerto, ¿puede usted nombrar a algún otro hombre que no sea yo? ¿Y cómo poseo ese poder, esa soberanía? Gracias al aislamiento. Gracias a que nadie sabe. Gracias a que no tengo que rendir cuentas a nadie.[1442]

Si hubo un momento en la literatura en el que se encendió el interruptor, fue este. Antes del doctor No, las islas eran lugares remotos y dejados de la mano de Dios. Después, centros de poder global.

Las películas adoptaron la idea y la exprimieron. La isla privada ocupa un lugar destacado en la película del *Doctor No*, para la que Chris Blackwell trabajó como buscador de localizaciones. Y en otras películas de Bond figuran sitios similares: *Operación Trueno* (rodada en

la isla de Wenner-Gren), *Solo se vive dos veces* (una base de misiles bajo una isla volcánica japonesa), *Diamantes para la eternidad* (una plataforma petrolífera en alta mar), *Vive y deja morir* (una dictadura situada en una islita caribeña), *El hombre de la pistola de oro* (una isla privada tailandesa), *La espía que me amó* (una base marina gigantesca) y *Skyfall* (una isla abandonada). También hay una secuencia en la película de 2006 *Casino Royale* rodada, igual que *Operación Trueno*, en la isla de Wenner-Gren.

El mundo de James Bond contiene muchas cosas absurdas. Los bolígrafos que explotan, los tanques de tiburones y la interminable procesión de conquistas femeninas que le ayudan en sus aventuras parecen más fruto de la curtida imaginación de Fleming que un panorama del espionaje de verdad. Ahora bien, con lo de la isla, Fleming no andaba desencaminado.

Tal como él descubrió, las islas son instrumentos de dominación mundial.

No siempre lo habían sido. Aunque Estados Unidos había comenzado su expansión en ultramar coleccionando islas guaneras, su interés se desvaneció en cuanto les sacó todo el partido posible. En 1904, un funcionario del Departamento de Estado anunció que Estados Unidos no reclamaba «ningún derecho soberano ni territorial sobre las islas guaneras», una declaración extraña, sobre todo porque no parece que nada la provocara.[1443]

Un funcionario no puede separar por su cuenta y riesgo una parte de Estados Unidos. No obstante, la declaración reflejaba el estado de ánimo imperante en la época. Estados Unidos tenía verdadero interés por las colonias y estaba librando una guerra sangrienta para conservar la mayor de ellas, Filipinas. Pero los atolones remotos y los bancos de arena importaban mucho menos. Washington no puso ninguna objeción cuando otras potencias se instalaron en varias de sus islas de guano y quizá ni siquiera se dio cuenta.

Esta actitud despreocupada pudo funcionar en el siglo XIX y primeros años del XX. Pero las nuevas tecnologías pronto dieron a las islas un nuevo significado. La aviación las convirtió en pistas de aterrizaje y la radio en emisoras. En 1935, el Departamento de Estado anunció la anexión de las islas Baker, Howland y Jarvis, en el Pacífico

central. Sin embargo, dos días más tarde, se apresuró a revocar el anuncio. Estados Unidos no necesitaba anexionarse esas islas, aclararon los funcionarios avergonzados. Al consultar los registros, habían visto que ya eran suyas.[1444]

El descuido fue revelador y reflejó lo caótico de la administración imperial de Estados Unidos. Pero no cambió nada desde una perspectiva estratégica. Franklin Delano Roosevelt convocó a Ernest Gruening, entonces jefe de la División de Territorios y Posesiones Insulares, para hablar sobre las islas. «¿Estamos hoy con ganas de adquisiciones?», preguntó Roosevelt.[1445]

Gruening aseguró al presidente que él sí.

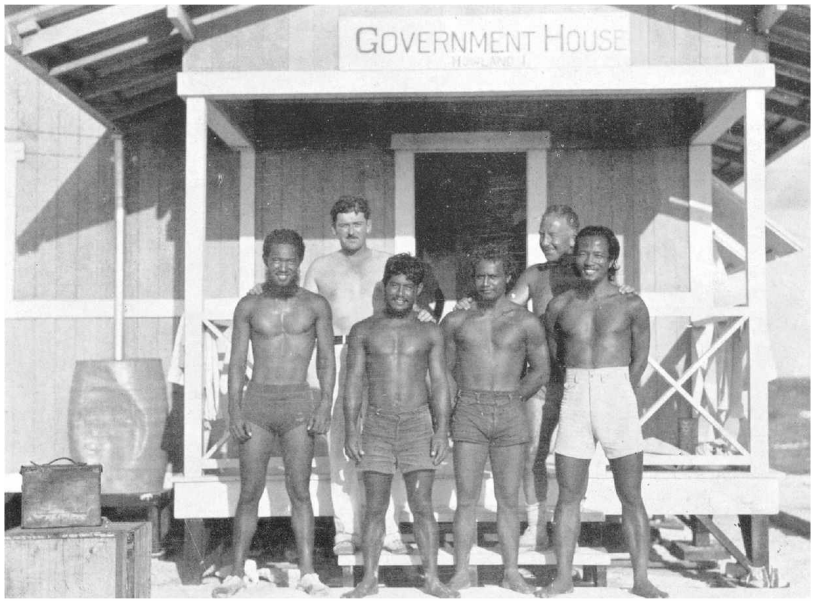
Roosevelt envió a Gruening a recorrer el Pacífico. En opinión de este último, las concesiones legales establecidas en el siglo XIX no bastaban. Pensaba que, para «mantener la soberanía de Estados Unidos», había que colonizar en serio las islas guaneras.[1446] De modo que, en el papel de uno de los últimos conquistadores de la historia, Gruening partió para plantar la bandera sobre el terreno y reclamar las islas en nombre de su país.

El plan de Gruening, que emprendió en secreto en 1937, consistía en visitar las islas guaneras del Pacífico, izar una bandera, instalar una placa y colocar una «colonia» de cuatro hawaianos en cada una. ¿Por qué hawaianos? «Por su adaptabilidad a las condiciones dominantes», explicó Gruening.[1447] De modo que seleccionaron a los mejores graduados de las escuelas Kamehameha de Hawái y los depositaron en grupos de cuatro en unas islas remotas, con bidones de agua, cajas de productos enlatados e instrucciones para alejar a los invasores.[1448]

No salió del todo bien. Al llegar a la isla de Cantón, los hombres de Gruening se encontraron con un operador de radio británico que ya estaba allí. «Tengo órdenes de advertirles que esto es territorio británico y protestar contra el izado de la bandera estadounidense», dijo. Aun así, izaron la bandera y dejaron a los hawaianos.[1449]

La isla de Howland tenía especial interés porque iba a ser una de las paradas de la vuelta al mundo de la aviadora Amelia Earhart (que murió cuando se dirigía hacia allí).[1450] Pero, para dominarla, los hawaianos tuvieron que enfrentarse a una población descontrolada de ratas (el mismo problema que había atormentado a los recolectores de guano de la isla aproximadamente ochenta años antes). Los colonos

utilizaron polvo de pluma roja como veneno. El polvo mataba a las ratas, pero era de acción retardada, por lo que a los demás animales de la isla, que eran escasos, les daba tiempo a regurgitarlo.



Ernest Gruening (fila de atrás, derecha) y cuatro colonos hawaianos en la isla de Howland.

El panorama resultante era surrealista, mitad *El corazón de las tinieblas*, mitad Salvador Dalí. Como mínimo, habría sido un diorama impresionante: cuatro hawaianos comiendo cosas que sacaban de cajas y esperando a una famosa aviadora que nunca iba a llegar en una islita envenenada, llena de guano, vómito de cangrejo y ratas muertas. Mientras, las barras y estrellas ondeaban con fuerza al viento.

La reconquista de las islas del guano tuvo rasgos cómicos. Sin embargo, si ampliamos la perspectiva, vemos que en realidad fue un punto de inflexión importante en la historia de Estados Unidos. Algunas islas pequeñas como Howland acabaron siendo, tal como preveían Roosevelt y Gruening, muy útiles. A partir de la gira de Gruening en 1937, las islas y otras pequeñas franjas de tierra se convirtieron en los pilares del imperio territorial de Estados Unidos.

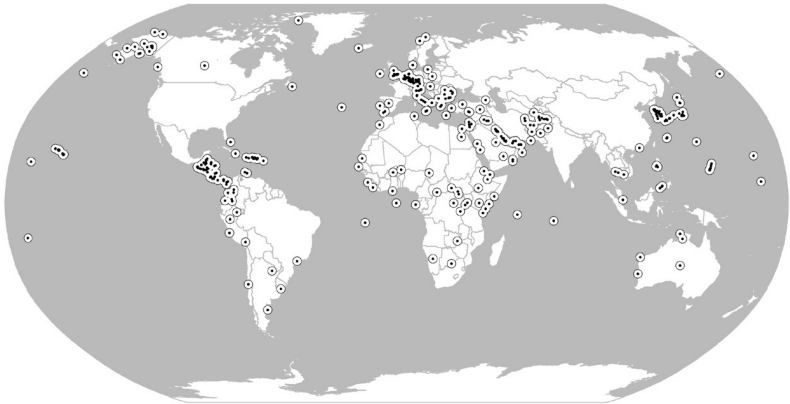
Esas pequeñas manchas de tierra adquirieron especial importancia

en el crepúsculo del imperio. La marea global de la descolonización borró del mapa la mayoría de los acuerdos imperiales, pero dejó algunos rincones, en general pequeñas islas. Las colonias de gran tamaño podían aspirar a ser autosuficientes y poner en marcha movimientos nacionalistas para conseguirla. Las pequeñas no. Para ellas, como había observado Luis Muñoz Marín, conseguir la independencia podía significar un suicidio económico. Y para lugares tan pequeños como Guam, en las Islas Vírgenes de Estados Unidos, organizar una revolución armada sería un auténtico suicidio.

Los mismos cálculos se hicieron en el otro lado de la ecuación. Los productos sintéticos, la normalización internacional y las tecnologías del transporte habían aliviado la presión que empujaba a los países ricos a tener colonias, puesto que los productos coloniales eran menos necesarios y más fáciles de conseguir a través del comercio internacional (en lugar del imperial). Pero la geopolítica no desapareció del todo. Las grandes potencias seguían usando el mapa como tablero de juego. Con la diferencia de que, con la llegada de los aviones y la tecnología inalámbrica, ya no necesitaban molestarse en tener colonias pobladas difíciles de mantener, como en la época del capitán Mahan. En lugar de ello, podían concentrarse en pequeños focos controlables.

En otras palabras, Estados Unidos no abandonó el imperio tras la Segunda Guerra Mundial. Lo que hizo fue reorganizar su cartera imperial, desprenderse de las grandes colonias e invertir en bases militares, pequeñas manchas de semisoberanía repartidas por todo el mundo. Hoy en día existen alrededor de ochocientas bases de este tipo, algunas de las más importantes, situadas en islas.[1451]

Es revelador que Gruening recolonizara las islas del guano en la misma época en la que se instauró el Estado libre asociado de Filipinas, es decir, justo cuando la mayor colonia se encaminaba hacia la independencia. Es como si Estados Unidos, al tener delante el mapa del mundo, hubiera dejado el rodillo de pintar del imperialista y hubiera cogido el pincel del puntillista.[1452]



El imperio puntillista en la actualidad: bases estadounidenses conocidas más allá del continente. (*Fuentes*: bases extranjeras: David Vine, basenation.us/maps; bases nacionales/territoriales: data.gov).

El paso al puntillismo empezó con las aventuras de Gruening en el Pacífico en los años treinta, propias de una opereta de Gilbert y Sullivan, y se consolidó durante la Segunda Guerra Mundial. La guerra proporcionó a Estados Unidos más de dos mil bases en el extranjero. Y su valor no pasó inadvertido para las autoridades estadounidenses.

Justo cuando acababa la guerra, Harry Truman anunció que su país no codiciaba ningún territorio. Fue una declaración anodina, casi idéntica a las que sus predecesores habían hecho muchas veces. Pero en esa ocasión desencadenó lo que el Departamento de Estado calificó de «tormenta de comentarios» por parte de la prensa, el Congreso y los jefes militares.[1453] ¿Y qué pasa con las bases?, preguntaron. Truman no iba a prescindir de ellas, ¿verdad?

Truman se apresuró a hacer una aclaración. Estados Unidos no iba a apoderarse de ninguna colonia, explicó, pero sí iba a «mantener las bases militares necesarias para la completa protección de nuestros intereses y de la paz mundial».[1454] (Un crítico se burló y dijo que era una frase propia de *Tom Sawyer*: «No buscamos ninguna expansión territorial ni ventaja egoísta, salvo quizá unas cuantas bases viejas y maltrechas que nadie quiere y que en cualquier caso no sirven para mucho»).[1455]

Ese era el nuevo rumbo. A medida que Estados Unidos soltaba las riendas de las grandes colonias, agarraba con más fuerza las bases y

las islas pequeñas. En Filipinas, el proyecto de ley de independencia obligaba a Estados Unidos a marcharse del todo. Pero el Gobierno insistió en modificar el acuerdo. A cambio de la ayuda de posguerra, Estados Unidos recibiría contratos de arrendamiento de determinadas bases con una vigencia de noventa y nueve años.

Lo mismo pasó en Puerto Rico. Washington concedió a su territorio la elección del gobernador y el estatus de Estado libre asociado, pero se aferró a la isla oriental de Vieques, que la Armada convirtió en una especie de Pearl Harbor caribeño. Allí vivían alrededor de diez mil puertorriqueños de entre los más pobres y a muchos les arrebataron las casas. Pedro Albizu Campos consideró que la entrega de Vieques había sido la «vivisección» de Puerto Rico.[1456] Como describió una lideresa local de Vieques: «Somos el cordero que se ha sacrificado para que la isla grande viva cómodamente».[1457]

En Guam, el refuerzo de los derechos y la ciudadanía se consiguió a cambio de un enorme despliegue militar: hoy en día, más de la cuarta parte de la isla es una base militar.[1458] La concesión del carácter de estado a Hawái fue acompañada de la ocupación militar de la más pequeña de las islas grandes del archipiélago, Kaho'olawe, para utilizarla como campo de tiro y de ejercicios de bombardeo. El presidente Dwight Eisenhower había buscado algo similar en Alaska. Su idea era otorgarle la condición de estado, pero separar la parte del territorio con más valor estratégico, que permanecería en manos de los militares.[1459]

Fue la misma dinámica que prevaleció en Japón. Estados Unidos ocupó las islas principales hasta 1952, pero siguió presente en otras islas japonesas que eran de utilidad estratégica durante mucho más tiempo. Conservó Iwo Jima hasta 1968 y Okinawa hasta 1972. Incluso hoy, con Okinawa en manos japonesas, las bases estadounidenses siguen dominando el paisaje. «Los militares no tienen bases en Okinawa —ha explicado un oficial de la Armada—. La propia isla es la base».[1460]

Luego estaban las islas de Micronesia bajo mandato de Japón y que Estados Unidos había capturado durante la guerra. En virtud del acuerdo de paz, se le quitaron a Japón y se pusieron bajo la autoridad de Naciones Unidas como «territorio estratégico en fideicomiso». Sin embargo, como esas islas poco habitadas (viven en ellas unas 30.000

personas) tenían gran valor estratégico, Truman insistió en que Estados Unidos asumiera el poder de supervisión. Lo consiguió, y con escasa vigilancia por parte de la ONU.

En 1958, el mismo año en que Fleming publicó *Doctor No*, un oficial de la Armada llamado Stuart Barber plasmó todos esos pasos en un plan estratégico. En opinión de Barber, la descolonización se estaba extendiendo por todo el mundo y hacía que a las potencias occidentales les fuera más difícil tener acceso a tierras extranjeras. Así que, en lugar de reclamar colonias o negociar con las naciones descolonizadas, Barber sugirió que Estados Unidos buscara «islas relativamente pequeñas y poco pobladas, separadas de las grandes masas de población», para instalar sus bases.[1461]

Este era el «concepto de isla estratégica» de Barber, que dio nombre a lo que Estados Unidos ya estaba haciendo. El plan ponía de relieve que, en el nuevo imperio puntillista, la colonización era un lastre, no una ventaja. Las mejores bases eran las que no involucraban a grandes poblaciones. Eran lugares en los que, en palabras del doctor No, Estados Unidos no tendría que «rendir cuentas a nadie». O, como dijo Albizu, «a los yanquis les interesa la jaula, pero no los pájaros».[1462]

¿Qué podía hacer en concreto Estados Unidos con una base insular? Un buen ejemplo son las islas del Cisne, un pequeño archipiélago de tres islas en una zona aislada del Caribe, no muy lejos de donde la ficción sitúa la isla del doctor No. Las islas del Cisne formaban parte del primer grupo de islas guaneras que se apropió Estados Unidos.

El guano se agotó, pero, al acabar la Segunda Guerra Mundial, Washington encontró otros usos para las islas. El Departamento de Agricultura las empleó para poner en cuarentena el ganado importado sospechoso de tener fiebre aftosa. En los años cincuenta, la CIA se hizo cargo de la isla en secreto y construyó una pista de aterrizaje y un transmisor de radio de 50.000 vatios. Este potentísimo transmisor podía llegar hasta Sudamérica, lo que permitía a Estados Unidos llegar con sus emisiones a un territorio inaccesible por tierra.

Poco después de que la CIA construyera su estación de radio, una misión de estudiantes hondureños armados viajó a Gran Cisne para liberar las islas y reclamarlas para su país. No tenían ni idea de que la CIA estaba allí, y la agencia quería mantenerlos en la ignorancia como

fuera. «DENLES CERVEZA Y PROTEJAN LAS JOYAS DE LA FAMILIA», dijo el frenético cable de Washington (o sea, que no descubrieran el equipo de transmisión). Los *marines* se dirigieron a toda prisa a la isla para repeler la invasión.

Lo que pasó a continuación se entiende mejor leyendo los cables que se enviaron de las islas del Cisne a Washington:

> Cisne a CG: BARCO HONDUREÑO EN EL HORIZONTE. CERVEZA ENFRIÁNDOSE. HABLAMOS CON LOS ESTUDIANTES. ESTÁN DEBATIENDO. HAN ACEPTADO LA CERVEZA.
>
> Cisne a CG: LOS ESTUDIANTES ESTÁN MEZCLANDO CEMENTO EN EL QUE QUIEREN ESCRIBIR «ESTA ISLA PERTENECE A HONDURAS». UN GRUPO FINGE ENCONTRARSE MAL Y ESTÁ ESCUCHANDO DISCO DE EARTHA KITT Y BEBIENDO LA QUINTA CERVEZA.
>
> Cisne a CG: LOS ESTUDIANTES ACABAN DE IZAR LA BANDERA HONDUREÑA. LE HE RENDIDO HONORES.
>
> Cisne a CG: LAS EXISTENCIAS DE CERVEZA SE ESTÁN AGOTANDO. VAMOS A ABRIR EL RON. ESTOS CHICOS SON ESTUPENDOS.
>
> Cisne a CG: LOS ESTUDIANTES HAN ZARPADO HACIA HONDURAS. LAS RESERVAS DE ALCOHOL SE HAN AGOTADO. LAS JOYAS DE LA FAMILIA, INTACTAS.[1463]

Llegado el momento, a los estudiantes les permitieron cantar el himno nacional de Honduras, hacer un censo e izar la bandera (en un mástil proporcionado por la CIA). Luego se fueron, sin descubrir en ningún momento con quiénes habían estado bebiendo. Ni que había habido un contingente de *marines* a la espera, dispuesto a empezar a disparar si la cerveza no servía de nada.

Mereció la pena proteger las joyas de la familia. En 1954, la CIA había utilizado con éxito la radio para difundir noticias falsas durante un golpe de Estado que organizó para derrocar al Gobierno democráticamente elegido de Guatemala, de tendencia izquierdista. Con su transmisor en las islas del Cisne, pudo llevar a cabo una operación aún más segura y sofisticada, esta vez dirigida contra el régimen socialista de Fidel Castro en Cuba. A través de Radio Swan, que fingía ser una emisora privada, Estados Unidos *troleaba* al Gobierno cubano. Castro y sus lugartenientes eran «cerdos barbudos»

y Raúl Castro era «un marica con amigos afeminados». Radio Habana respondió que Radio Swan era «una jaula de loros histéricos».[1464] Con histeria o sin ella, Radio Swan se jactaba de tener cincuenta millones de oyentes habituales en el Caribe, Centroamérica y Sudamérica.[1465]

En 1961, Estados Unidos envió siete barcos con fuerzas paramilitares a invadir Cuba: el fallido golpe de bahía de Cochinos. La víspera de la invasión, Radio Swan sembró la confusión con mensajes crípticos destinados a despistar a Castro («Mirad bien el arco iris». «Los peces se levantarán muy pronto». «Chico está en la casa. Visítalo»).[1466] Durante la operación, Radio Swan emitió órdenes a batallones inexistentes para alentar a los rebeldes y provocar miedo entre las autoridades.

Cuando se dio a conocer todo esto, los periodistas se burlaron del parecido entre la operación y la trama de *Doctor No*.[1467] Pero las similitudes quizá no eran pura coincidencia. Al director de la CIA, Allen Dulles, le encantaban las novelas de Bond y poseía una colección completa, regalo del autor. Además, Dulles había pedido a Ian Fleming consejo sobre cómo desalojar a Castro.[1468] Y, para asombro de sus colegas, dio a entender que se había tomado en serio las recomendaciones. La debacle de bahía de Cochinos obligó a Dulles a jubilarse y estropeó la tapadera de Radio Swan, pero la CIA siguió encontrando usos para las islas. En los años ochenta, la agencia acondicionó Gran Cisne como puerto de descarga de materiales destinados a sus aliados políticos preferidos. Desde la isla se enviaban municiones, uniformes, paracaídas y otros bienes a los rebeldes de Nicaragua que estaban intentando derrocar al Gobierno izquierdista. Las islas del Cisne eran el lugar en el que se entrenaban los paramilitares de derechas y los pilotos mercenarios de Rodesia despegaban para arrojar los paquetes sobre Nicaragua.

De hecho, la isla de la CIA fue un nodo central en el vasto complot, claramente ilegal, para derrocar al Gobierno nicaragüense. En total, el plan incluía a traficantes de armas, narcotraficantes, Gobiernos de Oriente Medio, organizaciones religiosas, exiliados cubanos, generales retirados y mercenarios en plan Rambo. Si hubiera aparecido un plan tan variopinto en una de las novelas de Fleming, quizá habría llevado al límite la paciencia de sus lectores. Es una

victoria de la concisión que hoy lo conozcamos solo por dos palabras, aunque incongruentes: el asunto «Irán-Contra».[1469]

En la novela de 1958 *Doctor No*, el guano está en todas partes. Bond observa los pájaros que vuelan en bandada, mira a los mineros y huele el olor del guano. La mujer con la que tiene una relación amorosa, Honeychile Rider, aparece cubierta de guano (estaba «empolvada de blanco [...] excepto donde las lágrimas habían marcado sus mejillas»). Al final de la novela, Bond derrota al doctor No ahogándolo en un pozo de guano y «los pulmones del villano, entre alaridos, se llenan del sucio polvo» hasta que muere.[1470]

Por el contrario, en la versión cinematográfica de 1962 no queda ningún rastro de guano. En lugar de eso, Honeychile se cubre de «contaminación radiactiva». La base del doctor No funciona con un reactor nuclear y Bond vence al final cuando provoca una fusión, ahoga al doctor No en la piscina que contiene el reactor sobrecalentado y destruye la isla. (Que la maniobra de Bond probablemente habría convertido Jamaica y sus alrededores en una zona de lluvia radiactiva como la de Chernóbil es algo que no se examina en la narración).

Introducir el tema nuclear en la película no fue una decisión al azar. Existe una relación especial entre las armas nucleares y las islas y siempre se han colocado las mayores fuerzas de destrucción del mundo en los lugares más remotos. La distancia entre las islas pequeñas y los lugares más poblados es precisamente lo que las ha convertido en lugares idóneos para probar y almacenar dispositivos nucleares.

Cuando Estados Unidos probó su primera bomba atómica, los científicos eligieron el desierto de Nuevo México. Sin embargo, para las pruebas posteriores, la Comisión de Energía Atómica buscó lugares alejados del continente. «Sacamos docenas de mapas y empezamos a buscar lugares remotos»,[1471] recordaba uno de los oficiales de la Armada encargado de buscar islas, que descubrió el atolón de Bikini, en las islas Marshall. Pertenecía, oportunamente, a las islas de Micronesia que Estados Unidos había confiscado al final de la guerra (y que pronto se convertirían en el «territorio estratégico en fideicomiso» supervisado por Estados Unidos).

Menos oportuno era el hecho de que el atolón estaba habitado; vivían en él 167 personas. ¿Qué sería de ellos? La Armada les pidió que se fueran y le dio gran publicidad a la operación. Filmó una reunión entre el gobernador militar de las Marshall y el rey Juda, de los habitantes de Bikini. En la película, que tuvo enorme difusión, los marshaleses reflexionan con solemnidad sobre la petición. «Nos iremos con mucho gusto —responde Juda—. Todo está en manos de Dios». [1472]

La realidad no fue tan nítida. «No sabíamos qué estaba pasando —recordaba Kilon Buano, uno de los marshaleses que estaba allí—. Estábamos muy confundidos… Por aquel entonces no tenía ni idea de lo que era una bomba atómica. Ninguno de nosotros la tenía».[1473] Por lo visto, la película no mostraba la verdadera discusión, sino una recreación bastante torpe.[1474] Después de unas cuantas tomas llenas de tensión, Juda se marchó indignado.

Pese a todo, se expulsó a los marshaleses del atolón y el 1 de julio de 1946 los militares detonaron allí dos bombas atómicas, cada una más potente que las arrojadas en Japón. La prueba dio a conocer el nombre de un atolón hasta entonces desconocido. Cuatro días después, el diseñador de moda francés Louis Réard estrenó su traje de baño de dos piezas. Lo llamó «bikini», con el argumento de que el cuerpo de una mujer casi sin ropa era tan espectacular como la bomba.

Réard presentó el bikini el 5 de julio de 1946. La víspera, el 4 de julio, fue otra fecha histórica: la de la independencia de Filipinas. El alto comisionado, en su discurso, no pudo resistirse a explicar la relación entre la descolonización y las pruebas atómicas de unos días antes. Filipinas era por fin independiente, anunció con orgullo. No obstante, recordó, «todos los países han cedido parte de su independencia, de su independencia absoluta, al avión, la radio y la bomba atómica».[1475]

A los marshaleses de Bikini, expulsados de su hogar, los reubicaron en el atolón de Rongerik. Al cabo de dos meses, se les empezó a acabar la comida y el agua y pidieron volver a casa, a Bikini.

Por supuesto, no podían. Su isla era radiactiva, pero además los militares no tenían intención alguna de abandonar el valioso lugar de pruebas. Entre 1946 y 1958, Estados Unidos detonó sesenta y seis armas nucleares en Bikini o sus alrededores y en el atolón vecino de

Eniwetok. Si, como suele decirse, un marciano hubiera estado observando todo desde el espacio, habría pensado que la humanidad, por alguna razón incomprensible, estaba librando una guerra furiosa e implacable en una cadena de bancos de arena en medio del Pacífico.

Una de las pruebas que se hicieron en Bikini fue la de una bomba de hidrógeno, el *Castle Bravo*, en 1954. Su potencia, quince megatones, fue el doble de lo previsto, y unos vientos especialmente fuertes llevaron la lluvia radiactiva mucho más allá de la zona acordonada para la onda expansiva. Si hubiera explotado sobre Washington, DC, podría haber matado al 90 por ciento de la población de Washington, Baltimore, Filadelfia y Nueva York en tres días.[1476]

En Rongelap, a más de ciento sesenta kilómetros de la zona cero, los isleños vieron caer del cielo ceniza blanca radiactiva como si fuera nieve (la radiación envenenó a ochenta personas y hubo que evacuar la isla durante tres años). Un barco atunero japonés, el *Lucky Dragon*, que también estaba fuera de la zona de explosión, se vio engullido por la lluvia radiactiva. Los veintitrés miembros de su tripulación sufrieron envenenamiento por la radiación y uno de ellos murió.

El candidato presidencial demócrata, Adlai Stevenson, propuso detener las pruebas de bombas al aire libre por miedo al riesgo de cáncer (un estudio posterior del Instituto Nacional del Cáncer confirmó que los habitantes de las islas Marshall cercanas habían experimentado unos niveles cancerígenos de exposición a la radiación).[1477] Richard Nixon despreció la propuesta, que calificó de «tontería catastrofista».[1478] Cornelius Rhoads, que para entonces había dejado de experimentar con los puertorriqueños y era ya el investigador sobre el cáncer más importante del país, se mostró de acuerdo con Nixon. «No tenemos más curso prudente que continuar con el desarrollo y las pruebas de las más modernas armas de defensa», escribió, en una carta que también firmaron once destacados científicos.[1479]

Henry Kissinger, el experto civil en energía nuclear más prestigioso del país, expresó la misma lógica de forma más contundente. «Allí no hay más que noventa mil personas —dijo, en referencia a Micronesia—. ¿A quién le importa lo que pase?».[1480]

Kissinger tenía razón; en Estados Unidos, a poca gente le importaba

Micronesia. Pero, si hubiera visitado Japón, habría visto un país al que le importaba muchísimo.

Cuando la tripulación del *Lucky Dragon*, enferma por la radiación, regresó sin fuerzas a puerto con su captura de atún radiactivo, se desató la locura en los medios. Japón era un país con experiencia de primera mano en la lluvia radiactiva. Corrió el rumor de que el pescado irradiado había llegado al mercado. La industria del atún se hundió durante un breve periodo.

El Gobierno japonés realizó pruebas de lluvia radiactiva (algo que el Gobierno estadounidense se negó a hacer). Encontró niveles alarmantes de radiactividad en el agua del mar en un radio de dos mil millas náuticas alrededor de Bikini y mucha radiactividad en la lluvia que caía sobre Japón.

El propio emperador empezó a ir siempre acompañado de un contador Geiger.

Los pescaderos y los vendedores de sushi protestaron contra las pruebas nucleares de Estados Unidos. Las mujeres del barrio de Suginami, en Tokio, hicieron circular una petición para que se prohibieran por completo las bombas atómicas y de hidrógeno. En un mes recogieron más de 260.000 firmas, casi dos tercios de la población del barrio. En año y medio, la firmaron veinte millones de personas.[1481]

Entre los que se dejaron arrastrar por el movimiento antinuclear estaba un joven productor de cine, Tomoyuki Tanaka, que posteriormente llegaría a producir clásicos del cine japonés de calidad como *Yojimbo*, de Akira Kurosawa; pero en el año de la detonación de *Bravo*, Tanaka tenía otra cosa en mente. Contrató al director Ishirō Honda, que había recorrido Hiroshima en 1945 y había visto la devastación en persona.[1482]

Gojira, la popularísima película de Tanaka y Honda, trata de un antiguo dinosaurio que despierta por las pruebas de la bomba de hidrógeno de Estados Unidos. Lo primero que destruye Gojira es un barco pesquero japonés —un *Lucky Dragon* muy poco disfrazado—, antes de atacar e irradiar una isla parecida a Bikini llamada Odo. Después, Gojira, del que se dice que «emite altos niveles de radiación de la bomba H», se vuelve contra Tokio y escupe fuego sobre la ciudad, que queda arrasada.[1483]

Gojira no es precisamente una película sutil. No paran de hablar de bombas y radiación. «Si continúan las pruebas nucleares, algún día, en algún lugar del mundo, puede aparecer otro Gojira», son sus lúgubres palabras finales.

Pero el mensaje se perdió al traducirlo. Para su proyección en Estados Unidos, se hizo una remezcla de la película, que utilizaba gran parte del metraje original, pero añadió un protagonista blanco de habla inglesa interpretado por Raymond Burr. A cambio se eliminó el aspecto político antinuclear. La versión de Hollywood no contiene más que dos tenues referencias a la radiación. Y tiene un final mucho más optimista: «La amenaza había desaparecido —concluye el narrador—. El mundo podía despertar y volver a vivir».[1484]

La versión japonesa de *Gojira* era un film de protesta, que denunciaba los peligros de las pruebas de Estados Unidos en el Pacífico. La versión en inglés, *Godzilla*, quedó como una película más de monstruos.

Los japoneses tenían motivos para estar nerviosos. Por mucho que hubiera advertencias sobre ataques soviéticos contra Cincinnati y Dubuque, el verdadero frente de la guerra nuclear eran las bases y territorios de ultramar. Según sabemos ahora, se colocaron cientos de armas nucleares en Corea del Sur, Filipinas, Guam y Puerto Rico. Durante la mayor parte de la década de los años sesenta hubo más de mil en Okinawa. La isla Johnston, una de las islas guaneras que Ernest Gruening había recolonizado, estaba repleta de misiles Thor dotados de cabezas nucleares. También había almacenado un número desconocido de armas nucleares en Hawái, Alaska (incluidas las islas Aleutianas) y Midway.[1485]

Cuando Estados Unidos armaba las bases, acercaba su arsenal nuclear a posibles zonas de guerra y, por tanto, hacía más creíbles sus amenazas. También repartía los riesgos. Si el arsenal estadounidense estaba presente en todas partes, a Moscú no le bastaría con apuntar al continente. Para eliminar la capacidad de respuesta de Estados Unidos tendría que atacar también las bases, lo que complicaría mucho la operación.

No obstante, aunque las armas nucleares en las bases protegían la parte continental de Estados Unidos, ponían en peligro los territorios y

las naciones anfitrionas. Transportar armas nucleares en avión alrededor de las bases —algo que Estados Unidos hacía con frecuencia — entrañaba el riesgo de un accidente catastrófico. E incluso cuando las armas estaban quietas, su presencia en las islas las convertía en objetivos tentadores, sobre todo porque las bases de ultramar eran más fáciles de atacar que el continente. Situar armas en las bases equivalía a pintar en ellas una diana de color rojo brillante.

Podemos hacernos una idea del riesgo si nos fijamos en la base ártica de Thule, en Groenlandia. Groenlandia era una colonia de Dinamarca, con un estatus similar al de Puerto Rico en Estados Unidos. Por eso era un lugar atractivo para establecer bases, dado que las protestas de los groenlandeses recibían mucha menos atención por parte del Gobierno danés que las de los habitantes de Copenhague. Cuando Washington se fijó en el pueblo de Thule como posible emplazamiento de una base, el Gobierno danés se comprometió a desalojar a la comunidad indígena inuit. Se llevaron a todos sus miembros y los dejaron sin contemplaciones con mantas, tiendas de campaña y sus mejores deseos en «Nueva Thule», a más de ciento cuatro kilómetros al norte.[1486]

La ventaja que tenía Thule para Estados Unidos era que estaba lo bastante cerca de la Unión Soviética como para poder disparar desde allí misiles que llegaran a Moscú atravesando el Polo Norte. El inconveniente era que los soviéticos también podían disparar sus propios misiles hacia allí. El primer ministro soviético advirtió a Dinamarca de que permitir que Estados Unidos alojara su arsenal en Thule —o en cualquier lugar del territorio danés— sería «como suicidarse».[1487] Los políticos daneses, inquietos, añadieron un principio «de no a lo nuclear» en el programa de su coalición de gobierno:[1488] Estados Unidos podía tener su base, pero no armas nucleares.

A pesar de ello, Washington insistió. Cuando el primer ministro danés no se opuso de forma explícita, las autoridades estadounidenses interpretaron su silencio como un guiño y trasladaron en secreto las armas nucleares a Thule. Pronto, las fuerzas aéreas empezaron a sobrevolar Groenlandia a diario con aviones B-52 dotados de armas nucleares. La operación formaba parte de un programa de alerta aérea para mantener los aviones armados en el aire y listos para atacar a la

Unión Soviética en todo momento; el argumento de *Doctor Strangelove,* de Stanley Kubrick, rodada en parte sobre Groenlandia.

El general responsable del programa no dudó en reconocer su peligrosidad. Thule, declaró ante el Congreso, sería «uno de los primeros sitios en desaparecer» si llegaba la guerra.[1489] Incluso sin ella, se enfrentaba al peligro. En 1967, tres aviones que transportaban bombas de hidrógeno hicieron un aterrizaje de emergencia en Groenlandia. Al año siguiente, un B-52 que volaba cerca de Thule con cuatro bombas de hidrógeno Mark 28 se estrelló.[1490]

El avión se estrelló contra el hielo a más de ochocientos kilómetros por hora y dejó un rastro de escombros de ocho kilómetros de largo. Se incendiaron casi 113.000 litros de combustible para aviones, lo que hizo estallar los explosivos convencionales de las cuatro bombas. En teoría, las bombas tenían «seguridad de un punto», es decir, los explosivos que rodeaban el núcleo podían estallar sin detonar la bomba siempre que no lo hicieran simultáneamente (lo que comprimiría de forma violenta el núcleo y desencadenaría una fisión nuclear).[1491] Pero ya se había visto que algunas bombas del arsenal no tenían esa seguridad de un punto y, en caso de que un avión se estrellara, había muchas cosas que podían salir mal, especialmente con armas como las de Thule, que estaban por debajo de los niveles de seguridad que se exigen hoy.

El accidente de Thule no provocó una explosión nuclear, pero arrojó plutonio por todo el lugar del accidente. Las fuerzas aéreas se apresuraron a limpiar los restos antes de que se derritiera el hielo y los residuos radiactivos fueran a parar al océano. El material recogido llenó setenta y cinco camiones cisterna. Si hubiera ocurrido un accidente de esa magnitud por encima de una ciudad, el caos habría sido total.[1492]

¿Podría haber ocurrido? Sí. El avión de Thule se estrelló en Groenlandia, una de las masas terrestres menos pobladas del mundo. Pero el mismo sistema de alerta aérea controlaba aviones que volaban sobre una de las masas terrestres con mayor densidad de población, Europa Occidental. Dos años antes del accidente de Thule, un B-52 se estrelló sobre el pueblo español de Palomares cuando llevaba cuatro bombas de hidrógeno, cada una de ellas setenta y cinco veces más potente que la bomba de Hiroshima.[1493] Un trozo del avión aterrizó

a ochenta metros de una escuela primaria, y otro, a ciento cincuenta metros de una capilla. En dos de las bombas estallaron los explosivos convencionales, que sembraron de polvo de plutonio las plantaciones de tomates en varios kilómetros a la redonda.

La tercera bomba cayó intacta. ¿Y la cuarta? No se encontró en ninguna parte. Las autoridades la buscaron desesperadamente durante casi tres meses. La búsqueda tenía «todos los ingredientes de un *thriller* de James Bond», informó *The Boston Globe*.[1494] Es más, se parecía de forma inquietante a *Operación Trueno*, la película de Bond sobre unas armas nucleares desaparecidas que dominaba la taquilla por aquel entonces. Cuando los militares encontraron, por fin, la bomba en el fondo del mar, la exhibieron con orgullo ante las cámaras; fue la primera vez que la gente vio una bomba de hidrógeno.

Tenía un aspecto, señaló *Time* en tono elogioso, «exactamente como la de *Operación Trueno*».[1495]

[1427] Ivar Bryce, *You Only Live Once: Memories of Ian Fleming,* Londres, 1975, p. 68. Sobre Fleming, véase también Matthew Parker, *Goldeneye, Where Bond was Born: Ian Fleming's Jamaica,* Nueva York, 2015.

[1428] Stanley Ross, *Axel Wenner-Gren: The Sphinx of Sweden*, Nueva York, 1947, p. 1. Un estudio más serio es el de Ilja A. Luciak, «Vision and Reality: Axel Wenner-Gren, Paul Fejos, and the Origins of the Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research», *Current Anthropology* 57, 2016, pp. S302-S332.

[1429] Citado en Ross, *Wenner-Gren*, p. 3.

[1430] Axel Wenner-Gren, *Call to Reason: An Appeal to Common Sense*, Nueva York, 1938.

[1431] «Anglic Urged as World Tongue», *Albuquerque Journal*, 8 de diciembre de 1931.

[1432] Sumner Welles, citado en Luciak, «Vision and Reality», p. S314.

[1433] Scott Farris, *Inga: Kennedy's Great Love, Hitler's Perfect Beauty, and J. Edgar Hoover's Prime Suspect*, Guilford, Connecticut, 2016, p. 137.

[1434] Farris señala que las grabaciones de Kennedy y Arvad mientras mantenían relaciones sexuales se perdieron probablemente en los años sesenta, pero que, pese a ello, Hoover se esforzó en asegurar a Kennedy que guardaba el archivo de la pareja «a salvo». Kennedy volvió a nombrar a Hoover director del FBI inmediatamente después de su toma de posesión. *Inga*, pp. 240-242.

[1435] Bryce, *You Only Live Once*, p. 72.

[1436] Citado en Tao Leigh Goffe, «007 versus the Darker Races: The Black and Yellow Peril in *Dr. No*», *Anthurium: A Caribbean Studies Journal* 12, 2015, p. 1.

[1437] Citado en Parker, *Goldeneye*, p. 212.

[1438] Mark Binelli, «Chris Blackwell: The Barefoot Mogul», *Men's Journal*, marzo de 2014, www.mensjournal.com/features/chris-blackwell-the-barefoot-mogul-20140319.

[1439] Edward Helmore, «Chris Blackwell: The Original Trustafarian», *London Telegraph*, 8 de mayo de 2012.

[1440] Ian Fleming, *Doctor No,* 1958, Nueva York, 2002, p. 53.

[1441] Ibíd., pp. 175, 178.

[1442] Ibíd., pp. 161-162.

[1443] Jimmy M. Skaggs, *The Great Guano Rush: Entrepreneurs and American Overseas Expansion*, Nueva York, 1994, p. 200.

[1444] Skaggs, *Great Guano Rush*, p. 216.

[1445] Ernest Gruening, *Many Battles: The Autobiography of Ernest Gruening,* Nueva York, 1973, p. 235. Sobre la recolonización de las islas guaneras ecuatoriales en los años treinta, véase Roy F. Nichols, *Advance Agents of American Destiny,* Filadelfia, 1956, cap. 9; Lowell T. Young, «Franklin D. Roosevelt and America's Islets: Acquisition of Territory in the Caribbean and the Pacific», *The Historian* 35, 1973, pp. 205-220; y Skaggs, *Guano Rush*, cap. 11.

[1446] Ernest Gruening, «General Information, Equatorial Islands», hacia 1939; carpeta «World's Colonies—General»; caja 607; 9-0-1, Administrative, World's Colonies; Office of Territories Classified Files, 1907–1951; ROT.

[1447] Ibíd.

[1448] Detalles en Department of Interior press memos, 1938, en la carpeta «Colonization —Other Islands», caja 12, Padover File.

[1449] Gruening, *Many Battles*, p. 236.

[1450] William Atherton DuPuy, «Our New Islands», *Current History,* febrero de 1937, pp. 62–64.

[1451] David Vine ofrece este cálculo razonable en *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*, Nueva York, 2015, p. 4.

[1452] Mi idea del imperio puntillista deriva del estudio del «puntillismo territorial» que hace William Rankin en *After the Map: Cartography, Navigation, and the Transformation of Territory in the Twentieth Century,* Chicago, 2016, y los análisis de Ruth Oldenziel en su capítulo «Islands: The United States as a Networked Empire», en Gabrielle Hecht (ed.), *Entangled Geographies: Empire and Technopolitics in the Global Cold War,* Cambridge, 2011, pp. 13-42. El argumento de que «las bases son la nueva forma de imperio» me lo inspiró Chalmers Johnson, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire,* Nueva York, 1999. Véanse también los estudios históricos posteriores en Daniel Immerwahr, «The Greater United States: Territory and Empire in U.S. History», *DH* 40, 2016, p. 390n.

[1453] CDA 359, «American Opinion of 'Trusteeship' for Pacific Bases», noviembre de 1945, 5, Notter Records, caja 126.

[1454] Truman, Palabras por radio al pueblo estadounidense tras la Conferencia de Potsdam, 9 de agosto de 1945, *APP*.

[1455] George Marion, *Bases and Empire: A Chart of American Expansion*, Nueva York, 1948, p. 11.

[1456] Citado en Amílcar Antonio Barreto, *Vieques, the Navy, and Puerto Rican Politics*, Gainesville, 2002, p. 24.

[1457] Alba Encarnación, citada en ibíd., p. 40.

[1458] Departamento de Defensa, *Base Structure Report, Fiscal Year 2015 Baseline*, p. 42.

[1459] John S. Whitehead, *Completing the Union: Alaska, Hawai'i, and the Battle for Statehood*, Albuquerque, 2004, pp. 277-278.

[1460] Citado en Vine, *Base Nation*, p. 75.

[1461] Citado en ibíd., p. 65. Stuart Barber y el concepto de isla estratégica se estudian también en David Vine, *Island of Shame: The Secret History of the U.S Military Base on Diego Garcia*, Princeton, 2009, caps. 2-3.

[1462] Benjamin Torres (ed.), *Pedro Albizu Campos: Obras escogidas, 1923–1936*, San Juan, 1975, p. 271.

[1463] Reproducido en Daniel C. Walsh, *An Air War with Cuba: The United States Radio*

Campaign against Castro, Jefferson, Carolina del Norte, 2012, p. 17.

[1464] «Swans, Spooks, and Boobies», *Time*, 6 de diciembre de 1971.

[1465] James McCartney, «Radio on Swan Island an Outpost of Free Cuba», *Boston Globe*, 23 de abril de 1961.

[1466] «Swans, Spooks, and Boobies».

[1467] David Wise y Thomas B. Ross, *Our Invisible Government*, Nueva York, 1964, p. 329.

[1468] Christopher Moran, «Ian Fleming and CIA Director Allen Dulles: The Very Best of Friends», en Robert G. Weiner, B. Lynn Whitfield y Jack Becker (eds.), *James Bond in World and Popular Culture: The Films are Not Enough*, 2.ª ed., Cambridge, 2011, pp. 208-215.

[1469] Sam Dillon, *Comandos: The CIA and Nicaragua's Contra Rebels*, Nueva York, 1991, pp. 177-182.

[1470] Fleming, *Doctor No*, pp. 214, 211.

[1471] Citado en Sasha Davis, *The Empires' Edge: Militarization, Resistance, and Transcending Hegemony in the Pacific*, Athens, 2015, p. 61.

[1472] Carey Wilson, director, *Bikini: The Atom Island*, MGM, 1946.

[1473] Entrevistado en Robert Stone, director, *Radio Bikini,* IFC Films, 1988.

[1474] Peter Bacon Hales, *Outside the Gates of Eden: The Dream of America from Hiroshima to Now*, Chicago, 2014, cap. 1.

[1475] Paul V. McNutt, Address at the Inauguration of the Philippine Republic (Discurso en la instauración de la República Filipina), 4 de julio de 1946; carpeta «McNutt, P.V., Correspondence and Speeches, 1945–46», caja 7, HC–DC.

[1476] Davis, *Empires' Edge*, p. 53.

[1477] Simon L. Steven *et al.*, «Radiation Doses and Cancer Risks in the Marshall Islands Associated with Exposure to Radioactive Fallout from Bikini and Enewetak Nuclear Weapons Tests: Summary», *Health Physics* 99, 2010, pp. 105-124.

[1478] Lawrence S. Wittner, *Resisting the Bomb: A History of the World Nuclear Disarmament Movement, 1954–70*, Stanford, 1997, p. 14.

[1479] «12 Scientists Ask Bomb Tests Go On», *NYT*, 21 de octubre de 1956.

[1480] Davis, *Empires' Edge*, p. 86. El cálculo de población de Kissinger estaba muy inflado.

[1481] Mi explicación se basa en dos artículos: George O. Totten y Tamio Kawakami, «Gensuikyō and the Peace Movement in Japan», *Asia Survey* 4, 1964, pp. 833-841, y Toshihiro Higuchi, «An Environmental Origin of Antinuclear Activism in Japan, 1954–63: The Government, the Grassroots Movement, and the Politics of Risk», *Peace and Change*, 33, 2008, pp. 333-367.

[1482] El siguiente análisis deriva de Yuki Tanaka, «Godzilla and the Bravo Shot: Who Killed and Created the Monster?», en Robert Jacobs (ed.), *Filling the Hole in the Nuclear Future: Art and Popular Culture Respond to the Bomb*, Lanham, Maryland, 2010, pp. 159-170.

[1483] *Gojira*, dirigida por Ishirō Honda, Toho, 1954.

[1484] *Godzilla, King of the Monsters!*, dirigida por Terry Morse, Transworld, 1956.

[1485] Oficina del Asistente al Secretario de Defensa, *History of the Custody and Deployment of Nuclear Weapons, July 1945 through September 1977*, 1978, www.dod.mil/pubs/foi/Reading_Room/NCB/306.pdf. Para descifrar este importante documento es útil Robert S. Norris y William M. Arkin, «Where They Were», *Bulletin of the Atomic Scientists* 55, 1999, pp. 26-35. También se almacenaron armas nucleares en países aliados como Gran Bretaña, Canadá y Alemania Occidental.

[1486] Deneen L. Brown, «Trail of Frozen Tears: The Cold War is Over, but to Native Greenlanders Displaced by It, There's Still No Peace», *The Washington Post*, 22 de octubre de 2002.

[1487] Nikolai Bulganin a H. C. Hansen, 28 de marzo de 1957, citado en Nikolaj Petersen, «The H. C. Hansen Paper and Nuclear Weapons in Greenland», *Scandinavian Journal of History* 23, 1998, p. 32. Véase también Danish Institute of International Affairs, *Greenland during the Cold War: Danish and American Security Policy, 1945–68*, trad. de Henry Myers, Copenhague, 1997.

[1488] Petersen, «H. C. Hansen Paper», p. 33.

[1489] Thomas Power, 1950, citado en Scott D. Sagan, *The Limits of Safety: Organizations, Accidents and Nuclear Weapons*, Princeton, 1993, p. 170.

[1490] History and Research Division, Headquarters, Strategic Air Command, *Project Crested Ice: The Thule Nuclear Accident*, vol. 1, SAC Historical Study 113, 1969; Sagan, *Limits of Safety*, cap. 4.

[1491] Hay unos análisis excelentes de estos temas en Sagan, *Limits of Safety*, cap. 4, y Eric Schlosser, *Command and Control: Nuclear Weapons, the Damascus Accident, and the Illusion of Safety*, Nueva York, 2013.

[1492] Calculado a partir de las cifras de las fases 1 y 2 que se presentan en *Project Crested Ice*, pp. 24, 56.

[1493] Detalles de Tad Szulc, *The Bombs of Palomares*, Nueva York, 1967.

[1494] «The Missing H-Bomb», *Boston Globe*, 4 de marzo de 1966.

[1495] «¡La bomba recuperada!», *Time*, 15 de abril de 1966, p. 35.

21

Baselandia

En 1949, George Orwell inventó un futuro sombrío para Gran Bretaña. La guerra atómica había asolado el mundo industrial. Un dictador había tomado el mando. El Gobierno, con la intención de «restringir la diversidad de ideas», estaba reemplazando gradualmente la lengua inglesa por una versión de pesadilla del Basic, llamada «nuevalengua». Y Gran Bretaña había sido absorbida por Estados Unidos. Incluso había cambiado de nombre, de «Gran Bretaña» a «Franja Aérea Uno».[1496]

La novela de Orwell *1984* era sobre todo una advertencia sobre el totalitarismo. No obstante, al imaginar Gran Bretaña como un puesto avanzado de un imperio cuyo centro era Estados Unidos, Orwell señaló otra tendencia importante. Durante la Segunda Guerra Mundial habían pisado suelo británico millones de soldados estadounidenses. En teoría, su presencia había sido pasajera. Pero cuando comenzó la «Guerra Fría» (un término acuñado por Orwell), se vio con claridad que Estados Unidos iba a permanecer allí más tiempo.[1497]

En la Segunda Guerra Mundial, una de las bases británicas más importantes para Estados Unidos había sido la de Burtonwood, que en su apogeo acogió a más de dieciocho mil personas. En 1948, un año antes de que Orwell publicara *1984*, volvieron a establecerse allí las

fuerzas aéreas estadounidenses. El propósito de Burtonwood cambió y pasó a ser una base de apoyo para el puente aéreo de Berlín. Se convirtió en la mayor base aérea de toda Europa. Miles de soldados se quedaron allí y no se fueron hasta los años noventa.[1498]

Este fue un rasgo importante del imperio puntillista de Estados Unidos. Algunos de sus «puntos» estaban en islas o espacios remotos, como Thule, el atolón de Bikini o las islas del Cisne. Pero otros estaban en zonas muy pobladas. Las tropas salían de las bases, bebían, frecuentaban clubes, comerciaban en el mercado negro y tenían citas amorosas. Y la gente que vivía en los alrededores trabajaba en las bases o vendía cosas a los militares. Es decir, las bases y su entorno eran unas ajetreadas zonas fronterizas, unas áreas en las que los estadounidenses tenían contacto directo y frecuente con extranjeros.

Las bases se establecían en función de un acuerdo: Washington daba protección y normalmente dinero a cambio del derecho a instalar sus puestos avanzados. Pero, para la gente que vivía junto a ellas, aquello podía parecer colonialismo. Los izquierdistas franceses se quejaban de los «ocupantes» estadounidenses y refunfuñaban sobre la «coca-colonización».[1499] En el Panamá de la posguerra, abarrotado de bases, miles de personas se manifestaron con pancartas que decían «Abajo el imperialismo yanqui» y «Ni una pulgada más de territorio panameño».[1500]

Para los británicos, el principal problema eran las armas nucleares. Estados Unidos se había dedicado a almacenar armas en bases británicas y sobrevolaba Inglaterra con aviones B-47. ¿Llevaban bombas nucleares? «Bueno, no construimos estos bombarderos para que llevaran pétalos de rosa prensados», dijo a la prensa el general estadounidense al mando en 1958.[1501] En realidad, se estaba tirando un ligero farol: las bombas estaban desarmadas. Pero el aterrorizado público británico no tenía forma de saberlo.

Pocos meses después, más de cinco mil manifestantes trajeados se congregaron bajo la lluvia en Trafalgar Square. Desde allí caminaron durante cuatro días hasta las instalaciones de armas nucleares de Aldermaston. Al llegar eran ya diez mil manifestantes.[1502]

No es que fueran unas cifras enormes. Pero el mero hecho de que la gente hubiera acudido, en plenos años cincuenta y en el corazón de la OTAN, para protestar contra la lógica de la Guerra Fría ya fue

impresionante. «Desarme nuclear» y «No a las bases con misiles», decían sus pancartas sobriamente escritas en blanco y negro.

Un artista llamado Gerald Holtom diseñó un símbolo para la marcha de Aldermaston. «Estaba desesperado», recordaba.[1503] Se dibujó a sí mismo «con las manos abiertas hacia fuera y hacia abajo, a la manera del campesino de Goya ante el pelotón de fusilamiento. Reduje el dibujo a una línea y puse un círculo alrededor».

El individuo solitario, indefenso ante un poderío militar capaz de aniquilar el mundo, era «una cosa insignificante», pensaba Holtom.[1504] Pero su creación, el símbolo de la paz, caló hondo y recorrió a toda velocidad el mundo entero.

Holtom pensaba que las bases sembraban el miedo. Sin embargo, desde otra perspectiva, tenían cierto glamur. Los hombres destinados en ellas manejaban mucho dinero y bienes de consumo. Por eso, aunque las bases provocaban protestas, también despertaban otras pasiones.

Un ejemplo es Liverpool, una ciudad portuaria del norte de Inglaterra. Antes de la guerra, era una sombría ciudad industrial con poca música aparte del mundillo del *music-hall* típico de gran parte de la Inglaterra provinciana. Hasta que de repente, en los años cincuenta, se iluminó como un árbol de Navidad. En las décadas siguientes, la ciudad produjo muchos más grupos musicales de los que habría sido imaginable. Algunos, como The Searchers o Gerry and the Pacemakers, se desvanecieron con el tiempo. Otros, como The Beatles, no.

Un historiador local ha calculado que entre 1958 y 1964 hubo quinientos grupos en el Merseyside, el barrio de los locales de ocio de Liverpool.[1505]

¿Por qué? «Tiene que haber alguna razón —escribió el productor de los Beatles, George Martin— para que precisamente Liverpool, más que otras ciudades británicas, tuviera ese dinamismo adolescente en torno a la música pop en los años cincuenta, mientras el resto de Gran Bretaña dormitaba dulcemente en brazos de la confortable música melódica».[1506] Que Liverpool tuviera puerto, sin duda, ayudó. Sin embargo, Martin creía que había que buscar la respuesta en otro factor. Liverpool era una ciudad muy vinculada a una base. Estaba a

veinticuatro kilómetros al oeste de Burtonwood, la mayor base de las fuerzas aéreas estadounidenses en Europa.

Burtonwood era enorme. Era la «Puerta de Europa», donde aterrizaban los vuelos militares transatlánticos. Entre sus 1.636 edificios estaban el mayor almacén de Europa y el único laboratorio europeo de calibración electrónica del Ejército, que los técnicos utilizaban para ajustar sus instrumentos y fijar sus criterios de prueba. Tenía un equipo de béisbol, otro de fútbol, una emisora de radio y las visitas constantes de artistas de Estados Unidos (Bob Hope, Nat King Cole, Bing Crosby).[1507]

Todo lo que se diga de lo importante que era Burtonwood es poco. Durante la guerra, barrios enteros de Liverpool habían sufrido bombardeos, sobre todo en torno a la zona de Penny Lane, y su economía estaba aún en una situación desastrosa. Los miles de militares que pasaron por allí parecían millonarios. Las adolescentes los asaltaban en la estación de tren (*The Daily Mirror*, que sospechaba que se trataba de prostitución, dijo que aquello era «lamentable, vergonzoso y escandaloso»).[1508]

Solo con los contratos oficiales, Burtonwood invertía más de 75.000 dólares diarios en la economía local.[1509] Y eso sin contar el dinero destinado al ocio. Era especialmente beneficioso para los músicos. Actuaban en la base o atraían a los soldados que, con los bolsillos repletos de dólares, salían a recorrer Merseyside de noche.

En opinión de George Martin, aquello supuso una transformación. Los soldados, recordaba, «trajeron su cultura —y sus discos favoritos— y la insertaron directamente en la vida de Liverpool».[1510] Los hombres repartían medias de nailon, chocolate, dinero y discos como unos Papás Noel ruidosos y nocturnos. La base se convirtió en «un imán irresistible para todas las mujeres de entre quince y treinta años».

Los hombres jóvenes también caían en su campo magnético, en particular John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Starr. El padrastro de Ringo trabajaba en la base y le aseguraba un suministro constante de cómics y discos de Estados Unidos.[1511] La madre de John, Julia, era conocida como una «chica a la que le gustaba pasárselo bien», una afición que, independientemente de que implicara otras cosas, le dejó una colección de discos admirable,

amplia y actualizada, que John y Paul asaltaban con entusiasmo. George conseguía sus discos robándolos en la tienda de Brian Epstein, que, gracias a las tropas, tenía siempre todas las novedades del otro lado del Atlántico (Epstein fue más tarde el mánager de los Beatles). [1512]

En una época en la que las instituciones culturales británicas estaban atrapadas en la era del vodevil y la BBC intentaba borrar el rock, los habitantes de Liverpool disfrutaban de una situación especial. Tenían discos, sobre todo de artistas afroamericanos, que no tenía nadie más. Y disponían de fuertes incentivos económicos para aprenderse las canciones que llegaban de Estados Unidos.

El ambiente musical de la ciudad se disparó. Los grupos de Liverpool se dedicaban fundamentalmente a tocar versiones. Rivalizaban entre sí, no componiendo nuevas canciones, sino reproduciendo fielmente los sonidos que escuchaban en los discos y en la radio.

La primera canción que grabaron John, Paul y George fue «That'll Be the Day», un tema de Buddy Holly que interpretaban con notable fidelidad al original. No intentaban desbancar a Holly, sino establecerse como artistas que imitaban su estilo. Solo se imprimió una copia, que los miembros de la banda se pasaban de uno a otro y que hoy es el disco más valioso que existe.

La grabaron en 1958, el mismo año en el que los manifestantes antinucleares llevaron su protesta a Aldermaston. Es decir, los Beatles y el símbolo de la paz debutaron con cuatro meses y un día de viaje en tren de diferencia. Y ambos fueron efectos secundarios del sistema de bases de Estados Unidos.

Con el tiempo, los propios Beatles se unieron al movimiento que comenzó con la marcha sobre Aldermaston. Paul McCartney apareció en televisión en 1964 para pedir la prohibición de las armas nucleares. [1513] Tres años después, John Lennon manifestó su propia protesta contra el sistema de bases de Estados Unidos. «Mirad lo que están haciendo —protestó—. Están gastando miles de millones en armas nucleares y llenando todo de bases estadounidenses de las que nadie sabe nada».[1514]

Puede parecer raro oír estas opiniones de un grupo que debía su existencia al Ejército estadounidense, pero era un fenómeno frecuente.

Quienes vivían a la sombra de las bases las odiaban y al mismo tiempo construían sus vidas en torno a ellas, de modo que vacilaban entre la protesta y la participación.[1515]

La misma ambivalencia se observaba al otro lado del mundo, en el Japón de la posguerra. Pocas veces un país había experimentado transformaciones tan desgarradoras con tanta rapidez. En solo dos años, los japoneses vieron el bombardeo de decenas de sus mayores ciudades, la destrucción de dos de ellas por armas nucleares, el derrumbe de su imperio, la conquista de sus islas principales, la degradación de su emperador infalible y la presencia de los hombres de Douglas MacArthur en todo su país. Según Edwin Reischauer, que había crecido en Japón, todo el país parecía «confuso» y «aturdido».[1516]

«Humillado» también habría sido una palabra adecuada. Los japoneses habían pasado de ser los amos de Asia a ser súbditos en un país ocupado. MacArthur gobernó Japón sin complejos, como un dictador. Se negó a socializar con los japoneses e incluso a viajar por el país que gobernaba. Por el contrario, se refugió en el «Pequeño Tokio», una parte no bombardeada del centro de la ciudad que las autoridades de ocupación convirtieron en un puesto de mando. Desde allí, MacArthur censuró la prensa, dirigió la economía y estableció el plan de estudios de las escuelas.[1517]

Los japoneses se adaptaron rápidamente a la nueva realidad. El primer éxito de ventas de posguerra fue un libro de frases en inglés de 32 páginas, del que se vendieron millones de ejemplares. Los niños aprendían a decir frases fundamentales como «Dame chocolate» y se pegaban a las piernas de los soldados que pasaban. Decenas de miles de mujeres encontraron trabajo como prostitutas. El trabajo sexual fue, en los primeros tiempos, uno de los sectores más dinámicos de la economía.

La ocupación duró seis años y ocho meses. Sin embargo, después de que terminara, en 1952, permanecieron casi doscientos mil soldados en más de dos mil edificios y construcciones situados en las islas principales de Japón.[1518] De esa forma, el país estaba «atado de pies y manos» a Estados Unidos, acusó un importante político.[1519] Solo el 18 por ciento de los encuestados tras el fin de la ocupación pensaba sin duda alguna que Japón era verdaderamente independiente.[1520] Todavía había demasiadas tropas extranjeras en

el país.

Y Japón no era totalmente independiente, puesto que Estados Unidos seguía conservando sus islas frente al continente, incluida Okinawa. El embajador estadounidense decía sin reparos que Okinawa era «una colonia de un millón de japoneses».[1521] En esos momentos, casi el 5 por ciento de su población estaba formado por el personal militar estadounidense y sus familias.[1522] Japón no recuperaría Okinawa hasta dos décadas después.

Las bases japonesas funcionaban como «ciudades americanas», enclaves acordonados de Estados Unidos en territorio extranjero. Tenían sus propias oficinas, viviendas, centros comerciales, escuelas y estaciones de bomberos. Pero nunca fueron completamente autónomas. A veces crecían físicamente y devoraban terrenos locales para albergar unas construcciones mayores. Otras veces, las actividades de las bases se filtraban a los alrededores. En 1951, el depósito de combustible de un avión de combate cayó del cielo sobre una casa y mató a seis personas. En 1959, un avión se estrelló contra una escuela primaria, donde mató a diecisiete personas e hirió a más de un centenar. Este tipo de «incidentes y accidentes» eran frecuentes y, para quienes vivían cerca de las bases, aterradores (1965: el remolque de un avión cae y mata a una niña; 1966: un avión cisterna se estrella y mata a un residente local; 1967: un vehículo militar atropella y mata a un estudiante de secundaria y un tráiler militar aplasta a un niño de cuatro años, etcétera).[1523]

También se cometían delitos. En 1957, la opinión pública japonesa se indignó cuando un sargento estadounidense disparó un casquillo vacío de su lanzagranadas contra una mujer de cuarenta y seis años y la mató (le había irritado que recogiera chatarra de un campo de tiro del Ejército). Los homicidios, las violaciones y las agresiones por parte de los hombres de las bases no eran infrecuentes. En el año posterior a que terminara la ocupación murieron más de cien japoneses a manos de militares estadounidenses.[1524] En teoría, los delitos cometidos por militares debían juzgarse en los tribunales japoneses. Pero en la práctica, en los primeros años, el Gobierno japonés renunció a las competencias sobre el 97 por ciento de los casos y entregó a miles de presuntos criminales a sus superiores para que ellos los castigaran.[1525]

No obstante, como bien sabían los japoneses, albergar las bases no quería decir solo tener que aguantar peleas en bares, accidentes aéreos y *jeeps* conducidos en estado de embriaguez por calles abarrotadas. También significaba que Japón tenía un lugar especial dentro del extenso complejo militar estadounidense. Durante la Guerra Fría, esa fue una de las mayores y más constantes infusiones de dinero del planeta.

De hecho, el Ejército estadounidense era una de las principales fuentes de empleo de Japón. En la base, los japoneses trabajaban como intérpretes, taquígrafos, conductores, criadas y obreros de la construcción. Fuera de ella, los bares y burdeles hacían negocio constante. Y luego estaban los soldados estacionados en toda Asia que iban a Japón durante sus permisos. Oficialmente, el programa se llamaba R&R, por las siglas en inglés de descanso y recuperación, pero los hombres lo llamaban I&I: relaciones sexuales e intoxicación (*intercourse and intoxication*). Fueran cuales fueran las siglas, consistía en mucho dinero volando por los hoteles, las tiendas, los bares y los burdeles.

Más transformadores aún eran los pedidos de compras del Ejército, que se iniciaron en 1950 con la guerra de Corea. Las mercancías procedentes de Estados Unidos podían tardar semanas en llegar a Asia. En Japón podían fabricarse de forma barata y llegar en cuestión de horas. De modo que el Ejército estadounidense empezó a comprar como loco. Desde el principio de la guerra de Corea hasta el final de la guerra de Vietnam, las empresas japonesas recibieron un mínimo de trescientos millones de dólares al año por las compras de Estados Unidos. En el momento álgido de la guerra de Corea, en 1952, fueron casi ochocientos millones de dólares.[1526]

Era mucho dinero. El presidente del Banco de Japón calificó las compras de «ayuda divina».[1527] El primer ministro de Japón las llamó «regalo de los dioses».[1528] En vísperas de la guerra de Corea, la empresa automovilística Toyota había despedido a empleados, había recortado salarios y había reducido las pensiones a la mitad. Los contratos militares revirtieron su suerte. Fueron, según recordaba el presidente de la empresa, «la salvación de Toyota».[1529] La producción de Toyota creció entre tres y cuatro veces en solo seis años, de 1948 a 1954.[1530]

Los contratos no solo proporcionaban beneficios, sino que daban a las empresas japonesas la oportunidad de aprender las normas de Estados Unidos, es decir, las normas que estaban extendiéndose a toda velocidad por el mundo. El Ejército estadounidense era el mayor organismo de normalización del planeta y uno de los más exigentes. Fabricar para él era como hacer unas prácticas bien remuneradas: [1531] era una actividad lucrativa que además permitía adquirir unas habilidades que serían muy valiosas más adelante.

Es significativo que uno de los visitantes estadounidenses a los que más apreciaban los japoneses fuera un estadístico llamado William Edwards Deming.[1532] Había trabajado en logística durante la Segunda Guerra Mundial y estaba especializado en el control de calidad: técnicas para garantizar que los productos industriales se fabricaran con arreglo a los requisitos (el movimiento de Gestión de Calidad Total nació, en parte, de sus ideas). Eso no le valió mucho prestigio en Estados Unidos, pero le hizo muy famoso en Japón. Los ingenieros acudían a sus conferencias, leían sus obras y se apuntaban a sus cursos. «Nunca me sentí tan importante», recordaba Deming. [1533] El emperador le concedió una medalla.

¿Fue porque Deming era un genio? Probablemente no. Los ingenieros japoneses no tardaron en absorber lo que él sabía y superarlo. Deming se hizo famoso, más bien, por lo que representaba. Era el «santo patrón» del control de calidad en Japón, como dijo uno de los fundadores de Sony.[1534] En una economía en apuros que dependía hasta tal punto de la obtención de contratos militares y el cumplimiento de las normas, fue el santo al que más se rezaba.

La beatificación de Deming indica la importancia que tuvo el Ejército estadounidense en el crecimiento económico de Japón. Cuantas más guerras libraba el Ejército, más se beneficiaban las empresas japonesas. La guerra de Corea había sido un regalo del cielo. La guerra de Vietnam también lo fue. Los hombres que luchaban en ella bebían cerveza Kirin, llevaban cámaras Nikon, montaban en motos Honda y lanzaban bombas con piezas fabricadas por Sony. Y las bolsas de polietileno en las que volvían los cuerpos a casa estaban fabricadas en Japón.[1535]

No todos los rincones de Baselandia salieron tan bien parados como Japón. Filipinas, por ejemplo, acogió grandes contingentes

militares estadounidenses, pero nadie conducía un camión filipino al frente de batalla. La diferencia era que Japón contaba con otros factores que estimulaban su crecimiento, como una tasa de ahorro muy alta, protecciones de mercado, una cultura empresarial y un Gobierno capaz de fomentar el desarrollo industrial. Aun así, tener a Estados Unidos como cliente fue esencial para la receta.[1536]

Independientemente de la proporción de los ingredientes, el efecto total fue asombroso. Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el final de la guerra de Vietnam, la economía japonesa se multiplicó por cincuenta y cinco.[1537] En aquella época se volvió habitual calificar el crecimiento de Japón de «milagro».

Ahora bien, incluso para Japón, el sitio más próspero de Baselandia, el éxito tuvo sus costes. A cambio de su posición privilegiada en la economía mundial, Japón cedió gran parte de su autonomía al Ejército estadounidense. Su población tuvo que hacerse a un lado mientras Estados Unidos utilizaba el territorio japonés para emprender guerras en Asia, espiar a la Unión Soviética y almacenar armas nucleares, con todos los peligros que ello entrañaba.

Los sentimientos de la gente eran muy complejos. Los japoneses protestaban por la ampliación de las bases, pero también por los planes de Estados Unidos de retirar a sus militares, dado que las bases eran fuentes vitales de empleo. En los sondeos realizados entre 1958 y 1966, la mayoría de los encuestados se mostraban disconformes con las bases.[1538] Pero, con el tiempo, las respuestas fueron siendo más ambivalentes y cada vez eran más quienes confesaban que no estaban seguros de lo que pensaban. Incluso un líder de la campaña para acabar con la ocupación de Okinawa reconocía la «contradicción»: los habitantes de la isla no tenían ningún interés en ayudar a Estados Unidos a luchar en Vietnam, pero necesitaban desesperadamente el dinero.[1539]

En ocasiones, la hostilidad japonesa hacia las bases estallaba en graves protestas. Un ejemplo fue el movimiento antinuclear surgido tras las pruebas de Bikini en 1954: dio al mundo *Godzilla*. Hubo otro estallido en 1959-1960, en vísperas de la renovación del acuerdo entre Estados Unidos y Japón sobre las bases. Los manifestantes salían a recorrer las calles de Tokio un día sí y otro no; la mayor protesta

convocó a alrededor de trescientas mil personas. Eisenhower había planeado ir a Japón para celebrar la renovación del acuerdo. Pero, cuando su secretario de prensa llegó para preparar la visita, entre ocho mil y diez mil manifestantes le impidieron salir del aeropuerto. Rodearon su limusina, rompieron las ventanas, la zarandearon y saltaron sobre el techo; tuvo que acudir un helicóptero de la marina estadounidense para rescatarlo. A Eisenhower no le quedó más remedio que cancelar su visita porque el primer ministro japonés no podía garantizar su seguridad.[1540]

Japón renovó el acuerdo sobre las bases, pero el Gobierno tuvo que pagar un precio visible. El mismo día de la firma del tratado, en 1960, el primer ministro anunció su dimisión. Al mes siguiente, un manifestante le apuñaló seis veces en una pierna.

Diez años después volvió a renovarse el tratado y los manifestantes japoneses volvieron a salir a la calle. Pedían el fin de la guerra de Vietnam, la devolución de Okinawa y el cierre de las bases. En la ciudad okinawense de Koza, las cosas se pusieron violentas. Koza era el Liverpool de Okinawa, una ciudad que vivía de la base y que tenía un animado ambiente rockero que latía al ritmo de la música de Jimi Hendrix, Deep Purple, Cream y Led Zeppelin. Cuando un vehículo conducido por un soldado atropelló a un residente y la policía dejó en libertad al conductor, estalló un motín. Los manifestantes lanzaron cócteles molotov, quemaron decenas de coches e irrumpieron en la propia base, donde rompieron ventanas y atacaron escuelas. Incluso se amotinaron los rockeros, muchos de los cuales hablaban inglés y eran hijos de soldados estadounidenses.[1541]

Aeródromo de Futenma: un puesto avanzado de Estados Unidos alojado en el corazón de la populosa ciudad de Okinawa.

Yukio Kyan, el bajista de la primera banda de rock de Okinawa, The Whispers, explicó a un historiador la razón. Tenía fuertes nexos con Estados Unidos: el padre de su hermana era de allí y el de su mujer también. Y, por supuesto, debía su carrera a los soldados de la base y la alegría con la que gastaban el dinero. Pero, al mismo tiempo, Kyan tenía la sensación de que los ocupantes se habían «cargado» a su familia. Su casa había quedado destruida por los bombarderos durante la guerra. Su tía murió atropellada por un *jeep* estadounidense; el conductor regresó corriendo a la base y nunca le castigaron. Kyan reconocía que, aunque tocaba música estadounidense, se había llenado de odio hacia Estados Unidos. Y había «reprimido» sus sentimientos hasta que al final, en el motín de 1970, «explotaron». [1542]

En vista de las protestas, Estados Unidos devolvió Okinawa a Japón en 1972, pero mantuvo las bases. Hoy, el 20 por ciento de la isla está en manos del Ejército estadounidense.

Las protestas de Japón no fueron ninguna sorpresa. Las autoridades de Washington sabían que las bases provocaban disturbios, por eso buscaban, siempre que era posible, islas y lugares remotos. O colocaban las bases en sitios en los que las protestas

llamaban menos la atención: Okinawa en lugar de las grandes islas japonesas, Guam en lugar de California, Groenlandia en lugar de Dinamarca.

Pero, si bien los estrategas de Washington eran conscientes de que las bases iban a tener consecuencias políticas, pensaron poco en las consecuencias económicas. Apoyaron la economía de Japón e incluso le permitieron tratar de forma desfavorable las importaciones estadounidenses, creyendo que sería una potencia regional, pero nunca un rival de Estados Unidos. Como dijo John Foster Dulles, que presidió la firma del tratado que puso fin a la ocupación, los productos japoneses tenían «poco futuro» en Estados Unidos. No eran más que «imitaciones baratas de nuestros propios productos».[1543]

Dulles se equivocó, por decirlo suavemente. Lo que no previó —lo que nadie previó— fue que, al utilizar Japón como piedra angular de sus campañas militares en Asia, Estados Unidos estaba sembrando las semillas de su propia desindustrialización.

Para entender lo que pasó hay que volver al final de la guerra, a un Japón al borde de la hambruna. Quizá parezca que no era el momento más propicio para crear una empresa tecnológica. Pero Masaru Ibuka, un oficial técnico de la destruida Armada japonesa, pensó que probablemente era un momento tan bueno como cualquier otro. Japón estaba tan destrozado que había un posible mercado casi para cualquier cosa.

Ibuka se instaló en Tokio, en el tercer piso de unos grandes almacenes incendiados. Reclutó a un amigo de la marina, un físico llamado Akio Morita.[1544] Morita pertenecía a la decimoquinta generación de una de las empresas de elaboración de sake más antiguas de Japón y en circunstancias normales la habría heredado. Pero, tras la guerra, todo había cambiado. Ibuka nombró a Morita vicepresidente y ambos crearon su nueva empresa, Tokyo Tsushin Kogyo, la Compañía de Ingeniería de Telecomunicaciones de Tokio. Totsuko, para abreviar.

La empresa de Ibuka y Morita no fabricaba ningún objeto concreto, sino todo lo que sus trabajadores podían ensamblar con la chatarra que encontraban: una rudimentaria olla eléctrica para cocinar arroz, unos almohadones eléctricos completamente inseguros, voltímetros de tubo de vacío. Ibuka y Morita creaban herramientas a

partir de la chatarra que encontraban abandonada; por ejemplo, destornilladores hechos con muelles de motocicletas. También recurrían con frecuencia al «callejón de los yanquis», un mercado negro en el que los soldados vendían los artículos que robaban en las bases.[1545] Allí es donde Ibuka y Morita consiguieron sus tubos de vacío.

Lo que de verdad les interesaba era el sonido. «Los americanos habían traído su música —recordaba Morita— y la gente estaba deseando oírla».[1546] Ibuka declaró que la empresa intentaría fabricar un magnetofón de alambre, aunque los primeros intentos resultaron difíciles.

Mientras tanto, Totsuko trabajaba en otras cosas, como los contratos que le ofrecían las autoridades de ocupación. Uno de ellos era para suministrar un aparato de mezclas a la emisora de radio nacional japonesa, que era en aquel entonces un brazo al servicio de la ocupación de MacArthur. Cuando Masaru Ibuka fue a llevar el aparato, vio algo que nunca había visto: un magnetofón que las tropas estadounidenses habían llevado consigo. «Esto es lo que debería hacer Totsuko», pensó. Convenció a un oficial para que lo llevara al taller de Totsuko con el fin de que todo su personal pudiera examinarlo.

Los ingenieros de Totsuko sabían cómo funcionaban los magnetofones. Las autoridades de ocupación habían llevado a una biblioteca en el centro de Tokio revistas técnicas occidentales muy actuales, que los científicos japoneses copiaban a mano y difundían.[1547] El problema que tuvieron los ingenieros fue localizar los materiales. Japón no tenía plástico para la cinta, así que probaron a utilizar papel rígido en su lugar. Después de una serie interminable de pruebas y errores, descubrieron una forma de magnetizarlo con materiales locales. Frieron ferrita oxálica en una sartén para hacer óxido férrico que luego traspasaron de forma manual al papel utilizando las suaves cerdas de la barriga de un mapache. No era el método de 3M en Estados Unidos, pero obtenía resultados. El magnetofón de cuarenta y cinco kilos de Totsuko salió al mercado en 1950.

¿Podrían los japoneses permitirse el lujo de comprar un magnetofón? ¿Lo querían? Fue Akio Morita quien descubrió cómo comercializarlo. Las autoridades de ocupación estaban sustituyendo en

los colegios japoneses la memorización por el aprendizaje audiovisual. Eso significaba llenarlos de películas educativas producidas en Estados Unidos. Por desgracia —como ocurría con frecuencia durante la ocupación—, las películas estaban en inglés, idioma que los estudiantes japoneses no hablaban.

Morita vio una forma de subir su empresa al carro de la ocupación, como una rémora aferrada al vientre de otros peces. Totsuko fabricaría cintas con traducciones al japonés para acompañar a las películas estadounidenses. Es decir, el mercado de las cintas no serían los particulares, sino los colegios. Fue el primer gran éxito de la empresa.

Para entonces, Ibuka y Morita ya sabían a quién les convenía arrimarse. La tecnología procedía de Estados Unidos. El dinero venía, de forma directa o indirecta, de Estados Unidos. Si su empresa quería crecer, debía mirar a Estados Unidos.

Ibuka, pese a no hablar casi nada de inglés, visitó el país norteamericano por primera vez en 1952. Allí descubrió el transistor que habían desarrollado los Laboratorios Bell. Una vez más, como con el magnetofón, decidió hacer una inversión considerable en una nueva tecnología nacida en Estados Unidos. Compró una patente japonesa para el transistor, a pesar de las advertencias de los ingenieros estadounidenses de que la utilización más rentable que podía tener era probablemente la de los audífonos. Ibuka no tuvo en cuenta la advertencia. Quería fabricar radios.

También quería comercializarlas fuera de Japón y, para ello, su empresa necesitaría un nuevo nombre. Morita también había visitado Estados Unidos y descubrió que el nombre que tenía —Tokio Tsushin Kogyo—, totalmente normal para una empresa japonesa, era objeto de desprecio entre los angloparlantes. Ni siquiera con la versión abreviada, Totsuko, podía ir a ninguna parte.

Ibuka y Morita buscaban un nombre que «se pudiera reconocer en cualquier parte del mundo, que se pudiera pronunciar igual en cualquier lengua», recordaba Morita.[1548] Él quería que fuera corto, como Ford. Los dos responsables se intercambiaban posibilidades y rebuscaban en los diccionarios. Aunque ninguno de los dos hablaba todavía bien inglés, les atrajo la palabra *sonus*, la raíz latina de «sonido». Y en Japón evocaba otra cosa. Los soldados utilizaban un

término cariñoso para los japoneses: *sonny* o *sonny boy*, «hijo». Muchos lo considerarían quizá condescendiente. Pero para unos luchadores como Ibuka y Morita sonaba a dinero.

«En esa época nos considerábamos unos *sonny-boys* —decía Morita —.[1549] Éramos unos niños en el negocio».[1550]

Quitaron una ene y registraron el nombre: Sony. Conscientes de la difusión del inglés en Japón y en todas partes, insistieron en escribirlo en caracteres latinos en lugar de japoneses, incluso para sus anuncios en Japón. Adoptaron una mascota para la empresa: «Sony Boy». Era moreno, entusiasta y, pensando en el público occidental, caucásico.[1551]

«Unos niños en el negocio del sonido»: la radio de transistores de Sony y su mascota de pelo castaño, Sony Boy.

La radio de transistores que presentó Sony en 1955 no era la primera del mundo: una empresa estadounidense se había adelantado. Pero la de Sony fue la que se vendió. Y, tal como esperaban Ibuka y Morita, se vendió en Estados Unidos.

No solo se vendió, sino que constituyó un cambio tecnológico trascendental. Antes de Sony, las radios, los magnetofones y los tocadiscos eran muebles. Eran grandes y caros y los fabricantes competían por ofrecer el sonido más puro: «alta fidelidad» era el

término en boga. Sony cambió las reglas del juego. Los transistores permitían crear una radio diminuta, barata y alimentada por baterías y, por consiguiente, que la música se consumiera de forma individual y no en familia. Morita presumía de que la radio de Sony no era meramente «portátil», sino «de bolsillo». Para demostrarlo, hacía que los vendedores la llevaran en el bolsillo (ligeramente agrandado) de la camisa.

Sony no solo vendía una radio, sino una nueva forma de consumir los medios de comunicación. A partir de ese momento, los jóvenes oyentes podían sintonizar emisoras sin la supervisión de ningún adulto (según Bob Spitz, el cronista especializado en los Beatles, el adolescente John Lennon tenía una radio de transistores expuesta «como una obra de arte de valor incalculable en el dormitorio»).[1552] Si hoy vivimos en un mundo de dispositivos personales de bolsillo y no de grandes pantallas y altavoces, es gracias a Sony. O por su culpa.

La radio de transistores de Sony también marcó el inicio de otra tendencia trascendental: que las empresas tecnológicas japonesas fabricaran productos de gran calidad. Sony había dejado de ser la rémora aferrada al vientre del leviatán estadounidense. Se había desprendido y nadaba por delante.

Muy por delante. Sony fue el Apple de su época. En los años sesenta creó el televisor portátil, la televisión en color de calidad y la primera calculadora de sobremesa que no necesitaba tubos de vacío. En los años setenta, el VCR y el *walkman*. En la década de los ochenta, Sony presentó los discos compactos, el *discman*, la videocámara, el disquete de 3,5 pulgadas y, a pesar de su predilección por los tamaños pequeños, el Jumbotron.

La historia de Sony tiene semejanzas con la de los Beatles. Unos jóvenes emprendedores que viven pegados al Ejército estadounidense empiezan por imitar lo que ven a su alrededor. Aprenden los fraseos de guitarra de las canciones de Buddy Holly o se pelean con el papel rígido y los pinceles de pelo de mapache para copiar un magnetofón. Pero, con el tiempo, todos acabamos escuchando *Abbey Road* en nuestro *walkman*.

Las normas actúan de forma curiosa. Las empresas o los países que consiguen imponer las suyas juegan con ventaja mientras los

competidores se actualizan o aprenden el nuevo sistema. Los economistas lo llaman la «ventaja del primero en moverse». Pero esa ventaja disminuye poco a poco. Cuando todo el mundo empieza a utilizar las roscas de tornillo de 60 grados, haber sido el primero deja de ser una ventaja (aunque haberse adelantado a la curva de aprendizaje puede compensar en otros sentidos). Cuanto más se prolongue la carrera, menos importará la ventaja inicial.

La capacidad de Estados Unidos para promulgar sus normas le daba enormes ventajas por ser el pionero. Pero también tenían ventaja los que adoptaban las normas estadounidenses poco después, es decir, los segundos. En la enfermería, los filipinos fueron los segundos. En el rock, los de Liverpool. En la industria, fueron Sony y las demás empresas japonesas que crecieron en torno al Ejército estadounidense. Su posición privilegiada en la economía mundial, cerca de la fuente de la que emanaban las normas y la tecnología y con fácil acceso a los mercados estadounidenses, les permitió globalizarse.

En otras palabras, el orden internacional que Estados Unidos construyó a su alrededor a partir de 1945 redundó en su beneficio, pero no de forma permanente. En cuanto otros países adoptaron las normas estadounidenses, también pudieron beneficiarse e incluso competir con los propios norteamericanos. Es revelador que los rivales más temibles fueran, entre otros, los países que albergaban más bases estadounidenses en tiempos de paz, como Gran Bretaña, Japón, Alemania Occidental y Corea del Sur.

En los años sesenta, la «invasión británica» invirtió el sentido de la expansión de la música rock. Después de los Beatles empezaron a ir a Estados Unidos otros músicos británicos que dominaban el rock y el blues: los Rolling Stones, Eric Clapton, Van Morrison y Led Zeppelin. La ventaja que tenían artistas como Elvis Presley y Chuck Berry por haber sido los pioneros caducó en cuanto los grupos británicos fueron capaces de dominar las listas de éxitos con la misma facilidad.

Sony puso en marcha algo similar con su radio de transistores. Y después llegaron otras empresas japonesas. Estados Unidos se familiarizó con nombres como Nikon, Canon, Mitsubishi, Honda, Toyota, Subaru, Nissan, Mazda, Kawasaki, Toshiba, Sanyo, Panasonic y Nintendo. La balanza comercial entre ambos países dio un vuelco en 1965, diez años después de la radio de transistores de Sony. Japón

empezó a vender a Estados Unidos más de lo que compraba.[1553] El gobernador de California, muy a su pesar, lo calificó de relación «colonial». «Nosotros les enviamos materias primas y ellos nos envían productos manufacturados».[1554]

El ascenso de Japón fue especialmente llamativo en la industria automovilística, una de las bases de la economía estadounidense. En 1980, cientos de miles de trabajadores perdieron su empleo cuando las empresas automovilísticas cerraron cuarenta plantas de montaje y unos mil quinientos concesionarios.[1555] Mientras tanto, los coches japoneses, pequeños y de bajo consumo, se apoderaban de una parte cada vez mayor del mercado.

Los líderes empresariales, desesperados, intentaron desentrañar el secreto del éxito de Japón. La NBC emitió un documental titulado *Si Japón puede, ¿por qué nosotros no?*, que recorría la trayectoria de William Edwards Deming. Por fin, después de décadas de semianonimato, Deming alcanzó en su propio país la fama que tenía en Japón. «Estoy orgulloso de considerarme discípulo del doctor Deming», declaró el director general de Ford.[1556]

No obstante, mientras el deseo de emular a Japón se apoderaba de los despachos de los directivos, en los talleres reinaba la desesperación. Se notaba en la música. Las melodías burbujeantes de Buddy Holly habían dado paso a unas canciones más pesimistas. «Nací en la ciudad de un hombre muerto» es la primera frase de «Born in the USA», la sombría evaluación de las perspectivas nacionales que hace Bruce Springsteen, el bardo de la desindustrialización. Cinco años después, Sony compró Columbia Records, el sello de Springsteen. «Born in the USA» pasó a ser propiedad de Japón.

Pero la cosa no se limitó a Springsteen. Al comprar Columbia Records, Sony se quedó con los catálogos de Bob Dylan, Johnny Cash, Simon and Garfunkel y muchos otros pilares del rock. Después, Sony compró Columbia Pictures y así adquirió clásicos del cine como *On the Waterfront* [*La ley del silencio*], *Ghostbusters* [*Cazafantasmas*] y *Bridge on the River Kwai* [*El puente sobre el río Kwai*]. Y Mitsubishi compró el Rockefeller Center de Nueva York.

«Imaginen dentro de unos años. Es diciembre y toda la familia va a ver el gran árbol de Navidad en el Centro Hirohito —advertía un anuncio de General Motors—. Adelante, sigan comprando coches

japoneses».[1557]

El resentimiento cuajó, al menos en algunos sectores. «Vienen aquí, venden sus coches, sus reproductores de vídeo. Acaban con nuestras empresas», se quejó el magnate inmobiliario Donald Trump en televisión. Este tema supuso la primera incursión de Trump en la política, y tocó la fibra sensible. La presentadora del programa, Oprah Winfrey, señaló que el mensaje de Trump sonaba muy «presidencial». ¿Pensaría alguna vez en presentarse como candidato? «Probablemente no —contestó Trump—, pero sí me cansa ver cómo se estafa al país».[1558]

El autor Michael Crichton intensificó los ataques contra Japón con su novela de 1992 *Rising Sun* [*Sol naciente*], un *thriller* sobre empresarios japoneses siniestros y pervertidos, uno de los cuales asesina a una mujer blanca. La película, protagonizada por Sean Connery y Wesley Snipes, se estrenó entre las protestas de los estadounidenses de origen asiático, que temían que incitara a la violencia. Ya había habido algunos brotes. En Flint y Lansing, en Michigan, habían roto los cristales y rajado las ruedas de los coches japoneses. En Detroit, un directivo de Chrysler y un trabajador despedido golpearon con un bate de béisbol a un hombre de origen chino hasta reventarle los sesos; por lo visto, habían creído que era japonés («Vosotros tenéis la culpa, pequeños hijos de puta, de que estemos sin trabajo», declaró un testigo que oyó decir a uno de los asesinos).[1559]

Akio Morita, de Sony, que vivía en Nueva York, fue el rostro visible de Japón en ese momento hostil. A principios de los años setenta, cuando *Time* empezó a informar sobre el éxito económico de Japón en Estados Unidos, publicó un artículo titulado «Cómo hacer frente a la invasión empresarial de Japón». La portada mostraba un televisor Sony portátil, con el rostro de Morita resaltado sobre un fondo de luz amarilla.[1560]

Morita siempre se había esforzado por parecer poco amenazador. Había escrito dos amables libros en inglés en los que exponía sus ideas sobre el mundo de los negocios y en los que destacaba lo mucho que había aprendido de Estados Unidos. Ahora bien, en 1989 empezó a publicar algunas reflexiones nada respetuosas sobre su país de adopción. Criticaba a Estados Unidos por su racismo, su desigualdad económica y su falta de agudeza empresarial.

Por más que Morita se hubiera enriquecido gracias al complejo militar-industrial de Estados Unidos, su gratitud, por lo visto, no era infinita. «Convirtámonos en un Japón capaz de decir no», amonestó a sus compatriotas.[1561] Fue coautor de un libro con ese nombre —*a Japan that Can Say No*—, escrito con un nacionalista de derechas. Lo publicó en japonés y se negó a que lo tradujeran. Quedaban muy lejos los días en los que se consideraba a sí mismo un «hijo».

Pero resulta que Akio Morita no fue el único beneficiario del imperio puntillista de Estados Unidos que iba a acabar diciendo «No».

[1496] George Orwell, *Nineteen Eighty-Four,* Nueva York, 1984 [1949], pp. 53, 186. (Ed. esp., 1984, Barcelona, Debolsillo, 2013).

[1497] George Orwell «You and the Atom Bomb», 19 de noviembre de 1945, en *The Collected Essays, Journalism, and Letters*, ed. de Sonia Orwell y Ian Angus, Boston, 2000, 4, p. 9.

[1498] Detalles de Aldon P. Ferguson, *Eighth Air Force Base Air Depot Burtonwood*, Reading, 1986. Burtonwood se cerró y dejó de ser base estadounidense durante un breve periodo en los años sesenta, pero después volvió a abrirse.

[1499] Richard F. Kuisel, *Seducing the French: The Dilemma of Americanization*, Berkeley, 1993.

[1500] Thomas L. Pearcy, *We Answer Only to God: Politics and the Military in Panama, 1903–1947*, Albuquerque, 1998, p. 175.

[1501] Thomas S. Power, *Design for Survival,* Nueva York, 1965, p. 132; Eric Schlosser, *Command and Control: Nuclear Weapons, the Damascus Accident, and the Illusion of Safety,* Nueva York, 2013, p. 188.

[1502] Ken Kolsbun, *Peace: The Biography of a Symbol*, Washington, DC, 2008, pp. 41, 43.

[1503] Gerald Holtom, «A Prelude to the Dance of Life», citado en Andrew Rigby, «A Peace Symbol's Origins», *Peace Review* 10, 1998, p. 477. Otra curiosidad es que el diseño de Holtom combinaba las señales de *N y D*: *nuclear disarmament*.

[1504] Ibíd.

[1505] El cálculo de Bill Harry está en Keith Gildart, *Images of England through Popular Music: Class, Youth and Rock 'n' Roll, 1955–1976*, Nueva York, 2013, p. 63.

[1506] George Martin, *Summer of Love: The Making of Sgt. Pepper*, Nueva York, 1994, p. 41.

[1507] Ferguson, *Burtonwood*, pp. 103, 88, 96.

[1508] Ibíd., p. 81.

[1509] Ibíd., p. 97. El argumento de que los Beatles eran un grupo ligado a la base se explica muy bien en Gildart, *Images of England*, cap. 3. Sobre Burtonwood y la música, véase también Helen Southall, «"Total War": Effects of World War II on the Live Music Industry in Cheshire and North Wales», en Christopher Hart, Guy Hodgson y Simon Gwyn Roberts (eds.), *World War II and the Media*, Chester, 2014, pp. 137-153.

[1510] Martin, *Summer of Love*, p. 42.

[1511] Brian Roylance (ed.), *The Beatles Anthology*, San Francisco, 2000, p. 35.

[1512] Bob Spitz, *The Beatles: The Biography*, Nueva York, 2005, pp. 27, 55, 110, 123.

[1513] Lawrence S. Wittner, *Resisting the Bomb: A History of the World Nuclear Disarmament Movement, 1954–70*, Stanford, 1997, p. 196.

[1514] Roylance, *Beatles Anthology*, p. 258.

[1515] Un excelente análisis de esta dinámica dentro de Estados Unidos es el de Gretchen Heefner, *The Missile Next Door: The Minuteman in the American Heartland*, Cambridge, Massachusetts, 2012.

[1516] Edwin O. Reischauer, *The United States and Japan*, Cambridge, Massachusetts, 1954, p. 217.

[1517] Los detalles, salvo indicación de lo contrario, proceden del extraordinario libro de John W. Dower *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*, Nueva York, 1999.

[1518] Sarah Kovner, «The Soundproofed Superpower: American Bases and Japanese Communities, 1945–1972», *Journal of Asian Studies* 75, 2016, pp. 90, 97.

[1519] Suzuki Mosaburo, citado en George R. Packard, *Protest in Tokyo: The Security Treaty Crisis of 1960*, Princeton, 1966, p. 19.

[1520] Justin Jesty, «Tokyo 1960: Days of Rage and Grief: Hamaya Hiroshi's Photos of Anti-Security-Treaty Protests», *Asia-Pacific Journal* 13, 2015, p. 6.

[1521] Thomas R. H. Havens, *Fire across the Sea: The Vietnam War and Japan, 1965–1975*, Princeton, 1987, p. 193.

[1522] Tessa Morris-Suzuki, *Borderline Japan: Foreigners and Frontiers Controls in the Postwar Era*, Cambridge, 2010, p. 137.

[1523] Masumichi S. Inoue, *Okinawa and the U.S. Military: Identity Making in the Age of Globalization*, Nueva York, 2007, pp. 50-51.

[1524] Kovner, «Soundproofed Leviathan», p. 98.

[1525] Walter LaFeber, *The Clash: U.S. Japanese Relations throughout History*, Nueva York, 1997, p. 316.

[1526] Richard Stubbs, *Rethinking Asia's Economic Miracle: The Political Economy of War, Prosperity, and Crisis*, Nueva York, 2005, p. 68.

[1527] Michael Schaller, *The American Occupation of Japan: The Origins of the Cold War in Asia*, Nueva York, 1985, p. 289.

[1528] LaFeber, *The Clash*, p. 287.

[1529] Schaller, *Occupation of Japan*, p. 289.

[1530] Fujita Kuniko, «Corporatism and the Corporate Welfare Program: Impact of the Korean War on the Toyota Motor Corporation», en William F. Nimmo (ed.), *The Occupation of Japan: The Impact of the Korean War,* Norfolk, Virginia, 1990, p. 124.

[1531] Sobre la relación entre contratos militares, normalización y desarrollo asiático, he aprendido mucho de Jim Glassman y Young-Jin Choi, «The *Chaebol* and the US Military-Industrial Complex: Cold War Geopolitical Economy and South Korean Industrialization», *Environment and Planning A* 46, 2014, pp. 1.160-1.180, y Patrick Chung, «Building Global Capitalism: Militarization, Standardization, and U.S.–South Korea Relations since the Korean War», tesis doctoral, Universidad de Brown, 2017.

[1532] Mis conocimientos sobre Deming y su posición en Japón proceden de William M. Tsutsui, «W. Edwards Deming and the Origins of Quality Control in Japan», *Journal of Japanese Studies* 22, 1996, pp. 295-325.

[1533] Andrea Gabor, *The Man Who Discovered Quality*, Nueva York, 1990, p. 80.

[1534] Akio Morita, *Made in Japan: Akio Morita and Sony*, Nueva York, 1986, p. 165.

[1535] Havens, *Fire across the Sea*, p. 98.

[1536] Unas perspectivas importantes son Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925–1975,* Stanford, 1982, y los ensayos de Bruce Cumings y Laura Hein en *Postwar Japan as History*, ed. de Andrew Gordon, Berkeley, 1993.

[1537] Johnson, *MITI*, p. 6.

[1538] Kovner, «Soundproofed Superpower», pp. 94-95, 100.

[1539] Havens, *Fire across the Sea*, p. 194.

[1540] Detalles de Packard, *Protest in Tokyo.*

[1541] Inoue, *Okinawa*, pp. 55-54; Miyume Tanji, *Myth, Protest and Struggle in Okinawa,* Londres, 2006, pp. 103-104; James E. Roberson, «"Doin' Our Thing": Identity and Colonial Modernity in Okinawan Rock Music», *Popular Music and Society* 34, 2011, pp. 593-620.

[1542] Roberson, «Doin' Our Thing», p. 606; véase también Justin Zaun, «It's Only Rock and Roll», *Okinawa Living*, octubre de 2004, pp. 10-17.

[1543] Michael Schaller, *Altered States: The United States and Japanese since the Occupation*, Nueva York, 1997, p. 3.

[1544] Mi exposición se basa en Nick Lyons, *The Sony Vision,* Nueva York, 1976; Akio Morita, *From a 500-Dollar Company to a Global Corporation,* Pittsburgh, 1985; Morita, *Made in Japan*; John Nathan, *Sony: The Private Life*, Boston, 1999; y *Genryu*, la historia de Sony con motivo de su 50 aniversario, traducida al inglés y abreviada en sony.net/SonyInfo/CorporateInfo/History/SonyHistory.

[1545] Nathan, *Sony*, p. 15.

[1546] Morita, *Made in Japan*, p. 51.

[1547] Hyungsub Choi, «Manufacturing Knowledge in Transit: Technical Practice, Organizational Change, and the Rise of the Semiconductor Industry in the United States and Japan, 1948–1960», tesis doctoral, Universidad Johns Hopkins, 2007, pp. 109-110.

[1548] Morita, *Made in Japan*, p. 70.

[1549] Ibíd., p. 70.

[1550] Morita, *500-Dollar Company*, p. 223.

[1551] En Japón, *Sony Boy* seguramente se interpretaba como algo japonés.

[1552] Spitz, *Beatles*, p. 35.

[1553] Aaron Forsberg, *America and the Japanese Miracle: The Cold War Context of Japan's Postwar Economic Revival, 1950–60*, Chapel Hill, 2000, p. 10.

[1554] Jerry Brown, citado en M. J. Heale, «Anatomy of a Scare: Yellow Peril Politics in America, 1980–1993», *Journal of American Studies* 43, 2009, p. 23. Véase también Andrew C. McKevitt, *Consuming Japan: Popular Culture and the Globalizing of 1980s America*, Chapel Hill, 2017.

[1555] Judith Stein, *Pivotal Decade: How the United States Traded Factories for Finance in the Seventies*, New Haven, 2010, pp. 252-259.

[1556] Gabor, *Man Who Discovered Quality*, p. 126.

[1557] Citado en Andrea Chronister, «Japan-Bashing: How Propaganda Shapes Americans' Perceptions of the Japanese», tesis de máster, Universidad de Lehigh, 1992, p. 74.

[1558] *The Oprah Winfrey Show*, ABC, 25 de abril de 1988. Las quejas de Trump también se referían a los países del golfo Pérsico.

[1559] *Who Killed Vincent Chin?,* dirigido por Christine Choy, Film News Now Foundation, 1987.

[1560] *Time*, 10 de mayo de 1971.

[1561] Akio Morita y Shintaro Ishihara, *The Japan that Can Say No: The New U.S.–Japan Relations*, Ann Arbor, 1989, p. 36. Traducción publicada sin el permiso de Morita.

22

La guerra de puntos

De todos los puntos del mapa que Estados Unidos quiso controlar a lo largo del tiempo, pocos eran tan poco prometedores al principio como Dhahran. El lugar en sí era un espacio en blanco en medio del desierto. La ciudad más cercana, Khobar, no era mucho más: «Unas cuantas cabañas de barro», escribió un observador.[1562] Y Dhahran estaba situada en Arabia Saudí, una monarquía no precisamente famosa por su buena acogida a los forasteros.

Pero Arabia Saudí tenía petróleo y el petróleo hace girar al mundo. Un conglomerado estadounidense llamado Aramco (con la participación de Standard Oil, Texaco y más tarde Exxon y Mobil) compró los derechos de prospección de ese petróleo. Aramco estableció el primer asentamiento en Dhahran en la década de 1930. Y Aramco fue construyéndolo poco a poco.

O, por lo menos, Aramco pagó las obras. Las tareas en sí las llevaron a cabo trabajadores de la región. Uno de ellos, un albañil yemení llamado Muhammad, parecía especialmente capaz. Era analfabeto y tenía un solo ojo, pero era «cordial y enérgico», como dijo uno de sus compañeros, y un buen constructor.[1563] Su historia no era muy diferente de la de Akio Morita en Sony o la de John Lennon en Liverpool: Muhammad había comprendido cómo podía

prosperar a la sombra de un enclave estadounidense. Como Morita y Lennon, aprendió el oficio y después se independizó. Con la bendición de Aramco, su hermano y él crearon su propia empresa de construcción: Muhammad y Abdullah, Hijos de Awadh bin Laden. [1564]

Era el momento adecuado para entrar en este mercado. Aramco estaba expandiéndose. La familia real saudí, que ganaba millones de dólares del petróleo, estaba construyendo palacios y carreteras. Estados Unidos, que había empezado a considerar Arabia Saudí como un nodo de su red mundial de transporte, también tenía planes. El país era como «un inmenso portaaviones situado frente a varias de las principales rutas de tráfico aéreo del mundo», decía un cable del Departamento de Estado.[1565] Por eso, en 1945, Washington firmó un contrato para alquilar una gran base aérea en Dhahran. Una base que también habría que construir.

Pero tener una base era un asunto delicado. A la familia real saudí le preocupaba la imagen que pudiera dar que Estados Unidos izara su bandera en la tierra de La Meca y Medina. Tan nervioso estaba el rey que prohibió que el consulado de Estados Unidos en Dhahran colocara una bandera propiamente dicha.[1566] Las barras y estrellas se fijaron en el costado del edificio para que la bandera no tocara suelo saudí. Y el lugar debía llamarse «aeródromo», nunca base.

Aun así, el acuerdo se firmó y Dhahran —mitad colonia industrial, mitad base— creció. Aramco dijo que era la mayor concentración de ciudadanos estadounidenses en el extranjero.[1567] Parecía, escribió un visitante en los años cincuenta, «un trocito de Estados Unidos: casas modernas con aire acondicionado, piscina, cine, etcétera».[1568]

Tal como temía el rey, muchos musulmanes se quedaron lívidos. El complejo de Dhahran llevaba a cristianos y judíos a su tierra santa y la Casa de Saúd era cómplice de la profanación del reino. Internamente, la familia real podía acallar las quejas de los disidentes, y lo hizo. Pero no había forma de silenciar La Voz de los Árabes, una emisora de radio egipcia, crítica con el Estado saudí, que ponía Dhahran como principal ejemplo de imperialismo estadounidense. [1569] Por fin, el Gobierno saudí cedió y canceló el contrato de arrendamiento. El Ejército estadounidense abandonó la base en 1962.

Aquellas eran aguas políticas agitadas, pero Muhammad bin Laden se movió por ellas con destreza. Se convirtió en el constructor

preferido del Gobierno saudí. Al mismo tiempo, hizo tantos negocios con Estados Unidos que tenía un agente propio en Nueva York. Construyó proyectos secretos para el Ejército estadounidense, incluidas bases aéreas y guarniciones alrededor de la costa occidental de Arabia Saudí. Envió a su hijo mayor, Salem, a Inglaterra para que recibiera una educación occidental. Otros cuatro hijos fueron posteriormente a estudiar ingeniería civil en Estados Unidos.

Bin Laden murió en 1967 en un accidente de avión (su piloto, como la mayoría de los hombres que le llevaban de un lado a otro, era un veterano de las fuerzas aéreas estadounidenses). Dejó a sus cincuenta y cuatro hijos acciones de su empresa de construcción con un valor de cientos de millones de dólares. Algunos de sus hijos se contentaron con vivir de las rentas. Otros se involucraron en el negocio familiar, que siguió consiguiendo grandes contratos de defensa e infraestructuras. Uno de los hijos, Osama, se dedicó al trabajo con especial ahínco. Parecía tener talento para los detalles técnicos.

A Osama bin Laden también le interesaba la política. Había aprendido sobre ella en la escuela: el hermano del islamista Sayyid Qutb daba clases en la universidad en la que él estudió, en Yeda. Osama se convenció de que era necesario proteger el islam de los imperialistas.

Los acontecimientos corroboraron su opinión. En 1978, los comunistas afganos dieron un golpe de Estado y depusieron al presidente. No solo era una revolución dirigida por infieles, sino que proporcionó un punto de apoyo en la región a la Unión Soviética, que envió tropas para respaldar al titubeante nuevo régimen. La intención de Moscú era que fuese una ayuda temporal. «Se acabará en tres o cuatro semanas», predijo Leonid Brezhnev, el líder soviético.[1570]

Pero no fue así. Los combatientes de la resistencia, los denominados muyahidines, libraron una larga guerra contra el Estado respaldado por los soviéticos. El Gobierno saudí, deseoso de proclamarse defensor mundial del islam, los ayudó. También lo hizo Estados Unidos, que disfrutaba viendo al otro bloque gastar sus energías en una desafortunada guerra en Asia. Era el momento de «sembrar mierda, por fin, en su patio trasero», dijo el consejero de Seguridad Nacional Zbigniew Brzezinski.[1571] Los dos Gobiernos

acordaron financiar a los muyahidines mediante un acuerdo de contrapartida: un dólar de los estadounidenses por cada dólar de los saudíes.

Osama bin Laden apareció dispuesto a hacer retroceder a la superpotencia impía que ocupaba tierras musulmanas. Empezó yendo y viniendo entre Arabia Saudí y Peshawar, justo en el lado paquistaní de la frontera afgana, para recaudar fondos y reclutar combatientes. Pero después se trasladó a Peshawar. Llevó consigo desde Arabia Saudí, según sus cálculos, cien toneladas de material pesado de construcción: excavadoras, volquetes, equipos para cavar zanjas, y así sucesivamente. Abrió túneles y construyó carreteras. Excavó refugios antiaéreos. Levantó un hospital.[1572]

En definitiva, Bin Laden era un tipo especializado en infraestructuras. En la práctica, estaba administrando una base de muyahidines en Pakistán. En 1988 formó una pequeña organización para dirigir la yihad. Tenía un nombre muy apropiado, Al Qaeda al Askariya («La Base Militar»). O simplemente Al Qaeda («La Base»), para abreviar.

¿Era muy importante Al Qaeda? La verdad es que no. No desempeñó más que un papel pequeño a la hora de expulsar a la Unión Soviética de Afganistán. Pero la experiencia enseñó a Bin Laden una lección fundamental. Había visto a uno de los grandes ejércitos del mundo caer derrotado por una alianza de guerrilleros desharrapados (aunque bien financiados). En 1989, el Ejército Rojo retrocedió a Uzbekistán. En 1991, todo el castillo de naipes del comunismo europeo se había derrumbado.

«El mito de la superpotencia quedó destruido, no solo en mi mente, sino en la de todos los musulmanes», reflexionó Bin Laden.[1573] Y si era fácil que cayera una superpotencia, ¿por qué no otra?

Bin Laden no era el único que pensaba así. En 1990, Sadam Huseín, el dictador de Irak, invadió Kuwait. Fue un ataque audaz y repentino. A las cuatro horas de cruzar la frontera, el Ejército iraquí había llegado a la capital de Kuwait, donde asaltó el palacio del emir y le prendió fuego.[1574] Pocos días después, Huseín se anexionó Kuwait y así consiguió tener el control de dos quintas partes del suministro mundial de petróleo. Y parecía que su siguiente paso iba a ser invadir

Arabia Saudí.

Bin Laden, que consideraba a Huseín un laico sin escrúpulos, se ofreció a luchar. Había expulsado a los infieles de Afganistán y seguro que podría hacer lo mismo en la península Arábiga.

Pero el Gobierno saudí se negó. «En Kuwait no hay cuevas —le recordó a Bin Laden el representante del Gobierno, el príncipe Sultán —. ¿Qué harás cuando te lance misiles cargados de armas químicas y biológicas?».[1575]

«Combatiremos contra él armados con la fe», respondió Bin Laden.

La Casa de Saúd sabía de fe, pero tenía poca confianza en el plan de Bin Laden. En cambio, el rey Fahd había aceptado reunirse con el secretario de Defensa estadounidense, Dick Cheney, que había volado a Yeda al día siguiente de la invasión con el general Norman Schwarzkopf y el jefe del Pentágono, Paul Wolfowitz. Cheney quería que se reabriera Dhahran al Ejército estadounidense. «Cuando el peligro haya pasado, nuestras fuerzas volverán a casa», prometió.

«Eso espero», respondió el príncipe heredero Abdulá en árabe y en voz baja.[1576]

Abdulá estaba inquieto, pero el rey Fahd aceptó la propuesta. «Vengan con todo lo que puedan —le dijo a Cheney—. Vengan lo antes posible».[1577]

Y así fue. Los primeros aviones aterrizaron en Dhahran veinticuatro horas más tarde y después siguieron llegando. El Pentágono puso «en el aire todo lo que podía volar», escribió Colin Powell,[1578] casi todos los aviones de transporte de los que podía prescindir la fuerza aérea, más 158 aviones civiles reclutados para el servicio. Medido en toneladas por kilómetro por día, el puente aéreo a Arabia Saudí fue diez veces mayor que el puente aéreo de Berlín.[1579]

«Se habría podido recorrer el Mediterráneo saltando de ala en ala de los C-5, los C-141 y los aparatos comerciales que atravesaban la región», comentó un piloto admirado.[1580]

El frenesí del puente aéreo reflejaba la gravedad de la amenaza. Huseín llevaba años canalizando los ingresos del petróleo de Irak y la ayuda extranjera (en parte, procedente de Estados Unidos) hacia el Ejército y eso se notaba. Irak había capturado Kuwait con unos trescientos mil soldados curtidos, cuatro mil tanques y cientos de aviones de combate.[1581] El Ejército iraquí era el cuarto más grande

del mundo (justo por debajo del estadounidense) y su fuerza aérea era la sexta.[1582] Acuartelado en Arabia Saudí, al general Norman Schwarzkopf le preocupaba, según recordaba después, «que los echaran al mar y se perdieran miles de vidas».[1583]

Principales aeródromos de la coalición utilizados en la guerra del Golfo. (*Fuente*: Richard Hallion, *Storm over Iraq*, p. 156).

Los temores de Schwarzkopf no solo se debían al tamaño del Ejército iraquí. El mayor miedo, el que flotaba en el aire, era que la guerra del Golfo se convirtiera en «otro Vietnam». Todos los que eran generales en 1990 habían vivido aquella humillante experiencia. Habían visto a una superpotencia dotada de la tecnología más avanzada envuelta en una lucha interminable e imposible de ganar. La llamaban «la ciénaga», el terreno que se traga a una persona.

Los estrategas militares habían confiado en evitar ese terreno y triunfar gracias al poder aéreo, aprovechando las considerables ventajas tecnológicas de Estados Unidos sobre sus adversarios vietnamitas.[1584] Enviaron a los B-52 a llevar a cabo bombardeos a

gran escala y equiparon los helicópteros con napalm. Cuando los árboles estorbaban la visión de los pilotos, las tripulaciones los rociaban con el defoliante Agente Naranja («Somos los únicos que podemos evitar los bosques», era su lema no oficial).

En total, durante la guerra de Vietnam, Estados Unidos lanzó cinco millones de toneladas de bombas, más de 110 kilogramos por persona.[1585] Pero arrojar bombas y alcanzar objetivos son dos cosas diferentes. Uno de los blancos más importantes era el enorme puente de Thanh Hoa, por el que pasaban una carretera y una vía férrea y que servía de enlace crucial entre el norte y el sur.[1586] Estados Unidos intentó bombardearlo durante años, con más de ochocientas salidas de sus aviones y la pérdida de once aparatos. Sin embargo, no consiguió dejar el puente fuera de servicio hasta 1972, al final de la guerra.

A la hora de la verdad, las bombas y los aviones no fueron suficientes. Por Vietnam pasaron más de 2,5 millones de militares estadounidenses. Pero no les fue mejor que a los aviones. En 1973 se retiraron las últimas tropas de combate. La mayor potencia militar del mundo había luchado contra un ejército de campesinos y había perdido.

De ahí que Schwarzkopf y sus colegas observaran con una inquietud comprensible los preparativos de Sadam Huseín. Los carros de combate iraquíes estaban «atrincherados», escondidos en búnkeres cubiertos de arena que impedían verlos hasta que atacaran. Huseín estaba preparándose para una guerra de desgaste, el tipo de confrontación prolongada y sangrienta que Estados Unidos había perdido en Vietnam y la Unión Soviética en Afganistán.

Iba a ser, prometió Huseín, «la madre de todas las batallas».

La Operación Tormenta del Desierto,[1587] nombre de la campaña de la coalición contra Irak, empezó en Luisiana. Siete B-52G *stratofortress* despegaron de la base aérea de Barksdale para llevar a cabo un bombardeo. Su llegada, quince horas después, estaba perfectamente programada para coincidir con una auténtica explosión de los cielos. Distintos bombarderos que habían partido de Inglaterra, España, Arabia Saudí y la remota isla de Diego García arrojaron sus cargas explosivas. Los misiles *tomahawk* disparados desde barcos atracados en el golfo hicieron añicos las calles de Bagdad a más de ochocientos

kilómetros por hora. Los aviones furtivos (*stealth*) entraron en el espacio aéreo iraquí y dispararon bombas de precisión.

Diez minutos después de comenzar el ataque, gran parte de la red de infraestructuras de Irak, incluida la red eléctrica de Bagdad, había quedado inutilizada. En cuestión de horas, las comunicaciones de Huseín quedaron fuera de servicio.

Los bombardeos continuaron durante cuarenta y tres días. Librar una guerra aérea sobre un desierto es mucho más fácil que hacerlo sobre la selva, pero el factor verdaderamente crucial fue la tecnología. La guerra del Golfo fue el primer gran conflicto en el que se utilizó el sistema de posicionamiento global (GPS). Eso, sumado a las bombas «inteligentes» —algunas guiadas por láser, otras con sistemas de navegación incorporados—, dio unos resultados asombrosos.

«Eliges exactamente el objetivo que quieres —presumía el comandante de la 37.ª Ala Táctica de Caza—. Puedes querer el baño de hombres o el de mujeres».[1588]

Por supuesto, había que seguir preocupándose por el Ejército iraquí, con sus miles de tanques atrincherados. Pero una característica importante de esos tanques metálicos enterrados era que se enfriaban a una velocidad diferente a la de la arena que los rodeaba. Por tanto, durante las horas mágicas entre el atardecer y la medianoche, los pilotos de los cazas podían encender las gafas de visión por infrarrojos y ver los tanques con claridad. Entonces les arrojaban bombas de 225 kilogramos guiadas por láser. Los pilotos lo llamaban «tiro al tanque». Un disparo, dos, tres, y los tanques desaparecían.

Por fin, Schwarzkopf cruzó la frontera iraquí. Pero la «madre de todas las batallas» que se había prometido fue cualquier cosa menos eso. Schwarzkopf condujo a sus tropas en una carga guiada por GPS a través del desierto y sorprendió a los restos del maltrecho Ejército iraquí (los iraquíes, asumiendo que ningún Ejército podía navegar por la extensión sin caminos, habían esperado que la invasión llegara por las carreteras).[1589] La guerra terrestre duró cien horas, costó a las fuerzas de la coalición 366 vidas y consistió principalmente en aceptar las rendiciones iraquíes. Irak quedó destrozado: su Ejército, mermado; sus tropas, aterrorizadas y sus infraestructuras, en ruinas; una consecuencia de la guerra con la que los iraquíes tendrían que vivir

durante años.

Varios prisioneros iraquíes de alto rango confesaron que la campaña terrestre probablemente ni siquiera era necesaria.[1590] Un par de semanas más de guerra aérea y el Ejército iraquí —no lo olvidemos, el cuarto más grande del mundo— se habría retirado sin haber tenido contacto con ningún enemigo sobre el terreno.

Fue algo asombroso. Confirmaba la idea, barajada por los teóricos soviéticos y estadounidenses en los años setenta y ochenta, de que la tecnología estaba cambiando la faz de la guerra. Una «revolución en las prácticas militares», la llamaban.[1591] ¿Para qué servían las divisiones blindadas, la artillería pesada, las nutridas infanterías y la ocupación de otros países en la era del GPS? ¿Para qué desplegar un ejército cuando se podían ordenar ataques aéreos desde una base cercana?

El teórico militar ruso Vladimir Slipchenko señaló que las propias categorías espaciales de la guerra estaban cambiando. En el futuro, indicó, los conceptos militares basados en la superficie de terreno, como frente, retaguardia y flanco, serían irrelevantes. No habría más que «objetivos y no objetivos».[1592] Además, predijo Slipchenko, «no habrá necesidad de ocupar el territorio enemigo». Controlar el territorio no importaría porque ya no se luchaba por un territorio. Se luchaba por unos puntos.

No solo es que los combates se hubieran vuelto puntillistas. Para poner en marcha incursiones aéreas y disparar misiles, Estados Unidos necesitaba plataformas. Era esencial disponer de bases y barcos no demasiado lejos de la zona de combate. De ahí la creación de una red de bases en Arabia Saudí, especialmente en Dhahran.

Pero acoger a las fuerzas estadounidenses en Dhahran era un tema tan delicado en los años noventa como había sido en los cincuenta. A los saudíes que se encontraban cerca de la base les incomodaba ver a mujeres militares conduciendo y vestidas con camiseta.[1593] Y las emisiones de radio de Bagdad denunciaban que las fuerzas estadounidenses estaban profanando los lugares más sagrados del islam.

Eso era precisamente lo que preocupaba en Washington. Tras el acuerdo de reapertura de la base, el embajador de Estados Unidos en

Arabia Saudí había confiado a Robert Gates su terror por lo que sucedería la primera vez que un soldado «orinara sin darse cuenta en una mezquita».[1594] Se hicieron grandes esfuerzos para evitar los roces.[1595] Los militares prohibieron la pornografía y el alcohol, dijeron a los cristianos que llevaran sus crucifijos bajo la camisa y tomaron la extraordinaria medida de llevar a los militares judíos en helicóptero hasta los barcos anclados en el golfo para que asistieran a sus servicios religiosos y los saudíes no pudieran quejarse de la presencia de rabinos en tierra santa.

«Teníamos que evitar dar la impresión de que los "colonialistas" occidentales habían impuesto su voluntad de forma unilateral», explicó Schwarzkopf.[1596] Para ello, convocó un «seminario de reacciones árabes» que se reuniría de forma periódica para analizar qué podrían pensar los residentes locales sobre las acciones de los militares.

Pero ninguna precaución podía cambiar el hecho fundamental de que un país estaba estacionando sus tropas en la tierra de otro. Podemos imaginar cómo habría reaccionado el pueblo estadounidense ante una base saudí en, por ejemplo, Texas. En realidad, no hace falta imaginarlo. En el siglo XVIII, la presencia de soldados británicos en Norteamérica repugnaba tanto a los colonos que sirvió de acicate para su revolución. La Declaración de Independencia denunció al rey por «acuartelar grandes grupos de tropas armadas entre nosotros» y eximirlas del castigo por sus crímenes.

Así que no sorprendió demasiado que los clérigos saudíes se quejaran. Para Osama bin Laden, las bases no solo eran una afrenta a la religión, sino también una muestra exasperante de hipocresía.[1597] Bin Laden había arriesgado su vida, a petición de su Gobierno, para expulsar a los infieles del país musulmán de Afganistán. ¿Y ahora ese mismo Gobierno invitaba a entrar a unos no creyentes? ¿A la tierra de La Meca y Medina?

«Es inadmisible que el país se convierta en una colonia estadounidense con soldados estadounidenses, con sus asquerosos pies pisando todo», dijo indignado.[1598] Estados Unidos, acusó, estaba «convirtiendo la península Arábiga en la mayor base aérea, terrestre y marítima de la región».[1599]

A instancias del nervioso Gobierno saudí, Bin Laden abandonó el

país. Pero no abandonó su preocupación. El hecho de que las tropas estadounidenses permanecieran en Arabia Saudí después de acabar la guerra del Golfo, a pesar de la promesa de Cheney, no hizo sino echar más leña al fuego de Bin Laden.

En 1995 estalló un coche bomba en Riad, delante de un centro de entrenamiento estadounidense. Mató a siete personas, cinco de ellas estadounidenses, e hirió a otras treinta y cuatro. El Gobierno saudí detuvo a cuatro sospechosos que confesaron haberse inspirado en Bin Laden, que, fuera o no responsable, se atribuyó el mérito.

Al año siguiente explotó otra bomba, esta vez en una zona de viviendas de Dhahran. Murieron diecinueve miembros de las fuerzas aéreas estadounidenses y hubo 372 heridos. Bin Laden volvió a atribuirse la responsabilidad. No está nada claro si tuvo algo que ver, pero el caso es que alguien odiaba la base lo bastante como para bombardearla.[1600]

En un intento de reforzar la seguridad, las fuerzas aéreas de Estados Unidos firmaron un contrato para construir un complejo por valor de ciento cincuenta millones de dólares en un remoto lugar del desierto saudí. «Se puede ver si viene alguien desde varios kilómetros», explicó el portavoz. Iba a ser un oasis en el desierto, con cuatro mil doscientas camas y ochenta y cinco edificios, entre ellos un comedor, un gimnasio, una piscina y un pabellón recreativo.[1601] Pero lo más llamativo fue el constructor al que contrató el Gobierno saudí para levantar la base: la empresa de Bin Laden.

Si hay un episodio que plasma perfectamente la dualidad del imperio de las bases estadounidenses es este. La participación y la protesta —los Beatles y el signo de la paz, Sony y los disturbios de Okinawa— trenzados en una sola familia. Los Bin Laden construyeron las bases. Un Bin Laden trataría de destruirlas.

Osama bin Laden emitió su «Declaración de Guerra contra los estadounidenses que ocupan la Tierra de los Dos Lugares Santos» en 1996, tras el atentado de Dhahran. A primera vista, parecía una guerra absurdamente desequilibrada: un exiliado que vivía en una serie de cuevas en Tora Bora, Afganistán, se enfrentaba al Ejército más poderoso del mundo. Pero Bin Laden había absorbido las lecciones de la revolución en los asuntos militares. Desde su base en la montaña podía, como una especie de doctor No de Asia Central, ordenar

ataques de precisión sin necesidad de un Ejército.

Lo que sí necesitaba era la tecnología, y Bin Laden demostró ser muy astuto a la hora de manejarla. El mismo año en que declaró la yihad, adquirió uno de los primeros teléfonos por satélite existentes. Tenía el tamaño de un ordenador portátil y costaba alrededor de quince mil dólares, pero le permitía comunicarse fácilmente con todo el mundo. (Lo compró justo cuando sus hermanos acababan de convertirse en inversores importantes de otra empresa distinta de telefonía por satélite).[1602]

Bin Laden utilizó su teléfono para coordinar los primeros atentados de los que sabemos con certeza que fueron obra suya: unas bombas que estallaron, con cinco minutos de diferencia, contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania. Murieron más de doscientas personas y hubo varios miles de heridos. Fue como el reflejo en un espejo oscuro del primer día de la guerra del Golfo: utilizó la tecnología de los satélites para coordinar los ataques contra objetivos cruciales y lo hizo sin moverse de otro continente distinto.

No fue casual que las bombas estallaran el 7 de agosto de 1998, en el octavo aniversario de la llegada de las tropas estadounidenses a Dhahran.

Trece días después, el presidente Bill Clinton ordenó el lanzamiento simultáneo de misiles Tomahawk contra bases de Al Qaeda en Afganistán (se creía que Bin Laden estaba en una de ellas) y contra una planta farmacéutica en Sudán sospechosa de haber fabricado precursores de armas químicas para Al Qaeda. Fue la denominada Operación Alcance Infinito.

Fue un desastre. Bin Laden no estaba en la base afgana y tampoco consiguieron matar a ningún otro dirigente de Al Qaeda. La planta farmacéutica sudanesa quedó destruida, pero parece muy dudoso que hubiera contribuido a la fabricación de armas químicas. Es decir, Estados Unidos había gastado casi setecientos cincuenta millones de dólares en misiles para matar a unos cuantos militantes de base de Al Qaeda y destruir la fábrica que producía más de la mitad de los medicamentos de Sudán, incluidos los cruciales antipalúdicos. Como las sanciones impuestas a Sudán dificultaban la importación de medicamentos, la destrucción de la fábrica provocó un número incalculable de muertes innecesarias —el embajador de Alemania en

Sudán calculó «varias decenas de miles»— en uno de los países más pobres del mundo.[1603]

Los chapuceros ataques con misiles reforzaron la fama de Bin Laden y le dieron abundante material para reclutar adeptos: *The Economist* advirtió de que podrían crear «cien mil nuevos fanáticos».[1604] Además sugirieron un objetivo para la venganza. En el año 2000, unos terroristas suicidas se acercaron en una pequeña embarcación de fibra de vidrio al *USS Cole*, un destructor multimillonario de alta tecnología que estaba anclado frente a Yemen y había lanzado misiles en la Operación Alcance Infinito. Los terroristas hicieron estallar cientos de kilos de explosivos que mataron a diecisiete militares estadounidenses e inutilizaron el barco, hasta el punto de que hubo que remolcarlo de vuelta a su país.

Dicho de otra forma, el Ejército de Estados Unidos no era el único que tenía un alcance infinito.

El clímax llegó al año siguiente, con la que Al Qaeda llamó «operación de los aviones». Diecinueve secuestradores, quince de ellos procedentes de Arabia Saudí, secuestraron cuatro aviones de pasajeros. Uno se estrelló contra el Pentágono («Una base militar», explicó Bin Laden). Otros dos chocaron contra el World Trade Center («¡No era un colegio lleno de niños!»).[1605] El cuarto, que se dirigía al Capitolio de Estados Unidos, se estrelló en medio del campo en Pensilvania. Bin Laden había encontrado una forma de llevar a cabo ataques aéreos sin tener una fuerza aérea.

Los ataques desconcertaron a muchos en Estados Unidos. «Afganistán nos parecía muy lejano», escribieron los miembros de la Comisión del 11-S. ¿Por qué un saudí estaba atacando Washington y Nueva York?[1606]

La respuesta es que Estados Unidos no le parecía «muy lejano» a Bin Laden. «Vuestras tropas ocupan nuestros países —escribió en su mensaje a la población estadounidense—. Extendéis vuestras bases militares por todas partes». La lista de agravios de Bin Laden contra Estados Unidos era larga y comprendía desde el apoyo a Israel hasta el lío de Bill Clinton con Monica Lewinsky («¿Hay algún otro suceso peor por el que el nombre de una persona pueda pasar a la historia?», preguntó).[1607] Pero su principal objeción, que había expresado sin cesar durante toda su vida, era la presencia de tropas en Arabia Saudí.

Conviene subrayarlo. Después de los atentados, la pregunta constante era: «¿Por qué nos odian?». Pero los motivos de Bin Laden no eran inescrutables ni inciertos. El 11 de Septiembre fue, en gran parte, una represalia contra Estados Unidos por el imperio de las bases.

Da la impresión de que la operación de los aviones de Al Qaeda respondía a una estrategia más amplia: provocar a Estados Unidos, arrastrarlo a una guerra en Oriente Medio, forzar a los Gobiernos infieles de la región a entrar en crisis (puesto que tendrían que hospedar a los impopulares ocupantes o luchar contra ellos) y luego derrotar a Estados Unidos sobre el terreno, igual que los muyahidines habían derrotado a la Unión Soviética. Pero, para que el plan saliera bien, Bin Laden necesitaba que Washington enviara tropas, no que se limitara a disparar unos cuantos misiles Tomahawk. Estaba seguro de que esa guerra sería una ciénaga que atraparía a los norteamericanos.

En cierto modo, Bin Laden tuvo suerte con George W. Bush, que acababa de suceder a Bill Clinton. Bush podría haber tratado los atentados del 11-S como un crimen, haber detenido a los autores y haberlos llevado ante la justicia. En lugar de ello, declaró una «guerra contra el terror» a escala mundial y prometió «librar al mundo de malhechores».[1608]

Sin embargo, a pesar de sus ambiciones, a Bush no le interesaba una campaña terrestre como las típicas de la época del colonialismo y con la que contaba Bin Laden. Cuando era candidato a la presidencia, se había manifestado inequívocamente en contra de las ocupaciones. «No creo que el papel de Estados Unidos sea entrar en un país y decir: "Nosotros lo hacemos así y así debéis hacerlo vosotros también"».[1609] Lo que hizo fue exigir un Ejército ágil pero letal, capaz de atacar con rapidez y marcharse después. Una revolución en las prácticas militares.

Bush encargó la tarea de rehacer el Ejército a su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, que ya había ocupado el mismo puesto en el Gobierno de Gerald Ford. Es evidente por qué lo eligió. Rumsfeld estaba obsesionado con el ahorro, pero además, después de trabajar con Ford, había sido director general de dos empresas tecnológicas. La primera era Searle Pharmaceuticals, que había patentado la primera

píldora anticonceptiva y luego, bajo la dirección de Rumsfeld, sacó al mercado un sustituto sintético del azúcar, el aspartamo. La otra era General Instrument, especializada en equipos de televisión por satélite. Ahora, de nuevo en el Gobierno, la labor de Rumsfeld consistía en crear un Ejército de menor tamaño y con conocimientos tecnológicos: menos carros de combate y más ataques aéreos guiados por GPS.

Al principio le salió bien. La invasión inicial de Afganistán, en 2001, y la de Irak, en 2003, fueron rápidas y decisivas, tal como quería Bush. Se destruyeron las defensas aéreas, se capturaron las principales ciudades y los Ejércitos afgano e iraquí se hicieron añicos. Rumsfeld calculó que, en los dos meses que tardó la coalición en expulsar a los talibanes de las principales ciudades de Afganistán, habían muerto entre ocho mil y doce mil combatientes talibanes y de Al Qaeda, frente a once soldados estadounidenses.[1610] Los ciento veintidós militares estadounidenses muertos en las tres primeras semanas de guerra en Irak fallecieron en su mayoría por accidentes o por fuego amigo.[1611]

Pero la guerra contra el terrorismo, en última instancia, no era una lucha entre países, como la guerra del Golfo. Era «un tipo de conflicto muy nuevo —declaró Rumsfeld a la prensa una semana después del 11-S—. Tendremos que ocuparnos de las redes».[1612]

Esta metáfora de la red —una serie de puntos conectados— se volvió omnipresente y se puso de moda como se había puesto *ciénaga* en la guerra de Vietnam.[1613] Pero la connotación era distinta. Si la ciénaga evocaba una guerra terrestre, la red daba a entender que el espacio del campo de batalla iba a ser otro o que incluso podría no tener sentido hablar de una batalla como si fuera un enfrentamiento sobre el terreno.

Después de identificar al adversario como una serie de puntos, Rumsfeld desplegó con entusiasmo el armamento de precisión que ya era mayoritario en los arsenales militares. En las primeras semanas de la guerra de Afganistán, las fuerzas de la coalición establecieron una pauta. Los equipos de las fuerzas especiales, los agentes de la CIA y sus aliados afganos exploraban los bastiones del enemigo sobre el terreno y comunicaban las coordenadas a los aviones que los sobrevolaban. Los pilotos lo llamaban «tiro al talibán».[1614]

Desde la cabina era como un videojuego, pero desde tierra era otra sensación. «Los aviones nos disparaban —recordaba Osama bin Laden, que estuvo a punto de morir—. Las fuerzas estadounidenses nos bombardearon con bombas inteligentes, bombas de miles de kilos, bombas de racimo y bombas antibúnker. Sobre nosotros volaban bombarderos como el B-52, uno de ellos durante más de dos horas, y arrojaban entre veinte y treinta bombas cada uno».[1615]

Una cosa eran los bombarderos y las municiones inteligentes. Pero otra era una tecnología aún más avanzada que estrenó rápidamente Estados Unidos: el dron armado. Los drones eran casi perfectos para luchar contra Bin Laden. De hecho, el Gobierno de Bush había empezado a interesarse por ellos cuando, poco antes del 11 de Septiembre, los responsables de la lucha antiterrorista probaron un dron Predator desarmado sobre Kandahar y descubrieron a un hombre alto vestido con túnica blanca y rodeado de un equipo de seguridad, probablemente el propio Bin Laden. Si se incluían armas en los drones, Estados Unidos tendría la garantía de poder actuar en caso de volver a avistarlo.

Los drones llevaron la guerra puntillista a su extremo más lógico. A diferencia de los aviones tripulados, podían planear durante horas y reunir información con cámaras de alta resolución. Si la información se recopilaba desde el cielo, ni siquiera los pequeños equipos de fuerzas especiales en tierra eran estrictamente necesarios. Además, como espiaban con paciencia a su presa, los drones podían apuntar no solo a los edificios, sino a personas concretas: podían apuntar «las cabezas explosivas a la frente de alguien», según la jerga militar.

En este tipo de guerra, el enemigo no era un país, sino una coordenada GPS.

Gracias a los drones fue posible sustituir las batallas por los asesinatos selectivos. Los límites bélicos se difuminaron. La diferencia entre lo que era una zona de combate y lo que no se volvió confusa. Es más, el uso más llamativo de los drones armados se ha hecho en países «amigos». Los drones han matado (según cálculos de la CIA) a más de dos mil personas en Pakistán, entre ellas, el hijo de Osama bin Laden, Saad. Y la guerra con aviones no tripulados ha llegado también a Somalia, Yemen, Libia y Siria.[1616]

El rostro de la batalla en una guerra de puntos.

Lo que prometía la revolución de las prácticas militares era una guerra inmaculada: ataques de precisión, pocas bajas civiles y, sobre todo, ningún ejército de ocupación. La aversión a los enredos territoriales adquirida en Vietnam fue una cuestión clave durante el Gobierno de Bush. «No somos una potencia colonial —dijo Rumsfeld a los periodistas—. No llevamos nuestras tropas por todo el mundo para intentar quedarnos con los territorios de otros».[1617]

Todo indica que Rumsfeld era sincero. Uno de sus mayores errores en Irak fue apostar por lo que un funcionario denominó un «momento Mago de Oz», por la idea de que la malvada bruja moriría (quizá por un ataque aéreo) y los habitantes liberados de Oz tomarían el control con gran júbilo.[1618] Como el Pentágono esperaba una transición sin problemas, su planificación de la ocupación de posguerra fue precipitada, desordenada y completamente infradotada. Los jefes de las fuerzas de ocupación ni siquiera llegaron a Irak hasta semanas después de la caída de Bagdad, cuando la ciudad no tenía electricidad, se estaba quedando sin agua y estaba viendo cómo se arrebataban a sus ministerios y museos los registros y los objetos de valor.

«Debemos crear una oficina colonial de inmediato», escribió Max Boot, un conservador crítico con el Gobierno.[1619] El historiador británico Niall Ferguson se mostró de acuerdo. Estados Unidos había

demostrado ser «un constructor de imperios sorprendentemente inepto» y debería tomar ejemplo de la historia de Gran Bretaña.[1620] Atacar objetivos desde el cielo, explicaban Boot y Ferguson, no era lo mismo que gobernar.

La crítica fue mal recibida en la Casa Blanca. «No somos una potencia imperial —insistió Bush—. Somos una potencia liberadora».[1621] Rumsfeld estaba decidido a que la fuerza de ocupación siguiera siendo pequeña. De modo que, durante los tres primeros años de la guerra de Irak —hasta la dimisión de Rumsfeld—, las tropas se mantuvieron sobre todo en sus bases, en especial en la «Zona Verde», fuertemente protegida, situada en los terrenos del antiguo Palacio de la República en Bagdad.[1622] En la «Zona Roja», en el exterior, la ciudad estaba derrumbándose. En el interior, los soldados disfrutaban de aire acondicionado, piscinas, gimnasios, bares y las emisiones de Freedom Radio.

«No codiciamos la tierra de nadie»: esta era la frase que Rumsfeld y sus colegas repetían una y otra vez.[1623] Y era verdad. Por mucho que se acusara al Gobierno de Bush de imperialismo, estaba muy claro que no quería colonias.

Ahora bien, aunque Rumsfeld no codiciara las tierras, sí que le interesaban algunos lugares concretos. Los aviones no tripulados también necesitaban plataformas de lanzamiento, por lo que la guerra contra el terrorismo dependía de una serie de bases que se extendían desde el territorio continental de Estados Unidos hasta los focos de conflicto y las zonas de guerra.

El problema, reconocía Rumsfeld, era que muchas veces «la presencia y las actividades de nuestras fuerzas irritan a las poblaciones locales».[1624] Para ser exactos, el Ejército se había visto expulsado de un lugar tras otro. En Hawái, en los años noventa, los activistas arrebataron a los militares Kaho'olawe, la más pequeña de las islas principales del estado. Los políticos filipinos incluyeron en su Constitución de 1987 una cláusula que prohibía el almacenamiento de armas nucleares y expulsaron por completo a Estados Unidos en 1992. La gran base naval de Puerto Rico en Vieques provocó una protesta tan activa, incluso de puertorriqueños en Nueva York, que los militares la abandonaron en 2003.[1625] Ese fue el mismo año en el

que el Gobierno saudí volvió a cerrar la puerta de sus bases, incluida la de Dhahran, a Estados Unidos. Uzbekistán, que había concedido a Estados Unidos bases cerca de Afganistán, siguió su ejemplo dos años después. En 2009, los políticos de Kirguistán también votaron para expulsar a Estados Unidos.[1626]

Hasta Okinawa, un bastión del poderío estadounidense en Asia, empezó a tambalearse. Cuando tres *marines* violaron a una niña de doce años en 1995, se desencadenó otra larga ola de protestas. Al año siguiente, el político Yukio Hatoyama creó un nuevo partido político, el Partido Democrático de Japón, y manifestó su objetivo de eliminar por completo las bases del suelo japonés. En 2009, Hatoyama fue elegido primer ministro y prometió que, por lo menos, cerraría la principal base aérea de Futenma. Al final, Hatoyama fracasó y, como consecuencia, dimitió. Era la segunda vez que un primer ministro japonés caía debido a las bases.[1627]

Cuanto más precaria era la situación de otras bases, más recurrían los estrategas militares a Guam. Para establecer fuerzas en Guam, a diferencia de Arabia Saudí u Okinawa, no hacía falta negociar con Gobiernos extranjeros. Además, los guameños no tenían representación en el Congreso, ni directa, como los residentes de Hawái, ni indirecta, como los puertorriqueños a través de su diáspora en Nueva York. Cuando las protestas pusieron en peligro las bases de Okinawa, el Gobierno propuso trasladar a unos diecisiete mil *marines* y sus familias a Guam, en una decisión tomada sin consultar a nadie de la isla.

Si se les hubiera consultado, los guameños habrían expresado diversas opiniones. Guam ya era un nodo crucial en la red militar estadounidense, la «punta de lanza», como muchos la llaman. Su economía dependía por completo de los militares; Guam tiene unos niveles de alistamiento muy superiores a los de cualquier estado. En la isla, muchos pensaron que la ampliación de la base suponía una posibilidad de tener más puestos de trabajo.[1628] Sin embargo, al mismo tiempo, los activistas se resistieron enérgicamente y alegaron que la ampliación de la base horadaría bajo la antigua aldea de Pagat y arrastraría a Guam todavía más hacia la economía militar.[1629]

«Estamos otra vez ante un colonialismo de la vieja escuela —protestó Lisa Linda Natividad, profesora de la Universidad de Guam—.

A la hora de la verdad, nuestro estatus político es el de territorio ocupado».[1630]

Que los guameños apoyaran o no el traslado era irrelevante, como descubrió un estudiante de posgrado que consiguió entrevistar a un analista de las fuerzas aéreas sorprendentemente sincero. Los habitantes de Guam se habían olvidado de que «son una posesión y no un socio en igualdad de condiciones —explicó el analista—. Si California dice que quiere hacer esto o aquello, es como si mi mujer dijera que quiere mudarse aquí o allá: tendré que respetar su deseo y al menos discutirlo con ella. Si Guam dice que quiere hacer esto o aquello, es como si esta taza de aquí —continuó, señalando su taza de café— expresara un deseo; la respuesta será: me perteneces y puedo hacer contigo lo que quiera».[1631]

La mudanza prevista de Okinawa a Guam se ha estancado debido a las complicaciones por el lado de Okinawa. Sin embargo, una cosa está clara: Guam es una isla pequeña, pero es tremendamente importante que exista este punto, en medio del Pacífico, que el Ejército estadounidense puede utilizar sin pedir permiso a nadie.

Guam no era el único punto útil del imperio estadounidense. El domingo después de los atentados del 11-S, el vicepresidente Dick Cheney salió en televisión para anunciar que el Gobierno iba a tener que trabajar «en el lado oscuro».[1632]

«Va a ser fundamental que utilicemos cualquier medio a nuestra disposición», explicó. En la práctica, eso significaba detener de manera indefinida e interrogar por la fuerza a los sospechosos de terrorismo. Las leyes lo prohibían, tanto los tratados internacionales que proscriben la tortura como las garantías constitucionales del derecho al juicio justo. Pero el Gobierno de Bush descubrió que esas leyes no tenían la misma fuerza en todas partes.[1633]

Estados Unidos, por ley, no podía torturar. Pero podía trasladar a sospechosos a países aliados para interrogarlos, incluso a aliados famosos por su vaga adhesión a los acuerdos internacionales. Mediante un proceso denominado «entrega extraordinaria», la CIA utilizó una flota aérea secreta para trasladar a más de cien y posiblemente miles de detenidos a países extranjeros, en particular Egipto, Marruecos, Siria, Uzbekistán y Jordania. «Están

subcontratando la tortura porque saben que es ilegal», dijo una víctima del sistema,[1634] un hombre que había estado retenido y había sufrido torturas durante meses (debido a una confesión falsa de otra víctima de torturas) antes de quedar en libertad sin cargos.

El Gobierno también hizo uso de lo que llamó «sitios negros».[1635] En ellos, los prisioneros estaban bajo la custodia de la CIA, pero de forma encubierta y en suelo extranjero, donde se los podía tratar con mayor dureza. El programa sigue envuelto en el secreto, pero parece que hubo más de un centenar de presuntos terroristas presos de este modo en un mínimo de ocho países. En una auténtica vuelta a 1898, unos cuantos presos fueron torturados con agua, igual que los rebeldes filipinos con los que se había empleado la «cura de agua».[1636]

Las entregas extraordinarias y las prisiones clandestinas necesitaban socios extranjeros. Pero el Gobierno de Bush se dio cuenta de que podía utilizar el imperio estadounidense. Después de estudiar la posibilidad de construir una prisión en las islas estadounidenses de Tinián, Wake y Midway,[1637] se fijó en la bahía de Guantánamo, que Estados Unidos había arrendado desde 1903 a Cuba por un plazo indefinido, un premio obtenido en la guerra de 1898 con España.

El contrato de arrendamiento otorgaba a Estados Unidos «jurisdicción y control total» sobre la bahía de Guantánamo, aunque Cuba conservaba «la suprema soberanía». Se habían utilizado marcos legales similares para la Zona del Canal de Panamá y Okinawa. La ventaja, dijeron los abogados John Yoo y Patrick Philbin, de la Asesoría Jurídica de la Casa Blanca, era que concedía al Gobierno un trozo de tierra exclusivamente bajo su control, pero que era «territorio extranjero, no sujeto a la soberanía de Estados Unidos».[1638]

Así, pues, la CIA estableció una prisión en Guantánamo. Los oficiales la bautizaron con el nombre de la canción de los Beatles «Strawberry Fields», con la presunción de que los detenidos permanecerían allí «para siempre».[1639]

Ahora bien, la detención permanente solo era factible si Guantánamo era verdaderamente extranjero. ¿Lo era? Los abogados que representaban a los detenidos lo ponían en duda. Presentaron un recurso de *habeas corpus*, con el argumento de que la base era un «enclave totalmente estadounidense», con un centro comercial, un McDonald's, un Baskin Robbins, una tropa de *boy scouts* y un club de

fans de *Star Trek*.[1640] La idea de que Cuba conservaba la soberanía era, según ellos, una ficción. Destacaron que Fidel Castro se negaba a reconocer el contrato de arrendamiento (insistía en no cobrar nunca los cheques anuales de 4.085 dólares que enviaba Estados Unidos) y repetía que la Armada estadounidense debía marcharse. Si Estados Unidos no se iba cuando Castro lo pedía, ¿cómo podía Cuba tener la soberanía?

Esta era una de esas preguntas de «¿Es Estados Unidos o no?» que atormentaban al imperio desde hacía más de un siglo. El caso llegó al Tribunal Supremo en 2004. Para sorpresa de la Casa Blanca, el tribunal dictaminó que los presos de Guantánamo podían reclamar justicia en los tribunales federales. La bahía de Guantánamo estaba en régimen de arrendamiento, escribió el juez Anthony Kennedy, pero «este arrendamiento no es un arrendamiento ordinario».[1641]

En la peculiaridad de su estatus legal, la bahía de Guantánamo no se diferencia mucho de Guam. Son muy parecidos: dos puestos avanzados estadounidenses, ganados como botín en una guerra casi olvidada del siglo XIX, y en Estados Unidos sin ser de él. Los lugares así pueden parecer vestigios extraños de una época imperialista muy lejana. Pero no lo son. Los puntos pequeños del mapa como ellos son la base del imperio puntillista de Estados Unidos en la actualidad.

Prisiones extranjeras, recintos amurallados, bases ocultas, colonias insulares, estaciones de antenas de GPS, ataques de precisión, redes, aviones y drones: estos son los lugares e instrumentos de la guerra sin fin contra el terrorismo. Esta es la forma del poder actual. Este es el mundo que ha creado Estados Unidos.

[1562] Lloyd Hamilton, 1934, citado en Robert Vitalis, *America's Kingdom: Mythmaking on the Saudi Oil Frontier*, Londres, 2009, p. 54.

[1563] Lawrence Wright, *The Looming Tower: Al-Qaeda and the Road to 9/11*, Nueva York, 2007, p. 65. (Ed. esp.: *La torre elevada*, Barcelona, Debate, 2009).

[1564] Para mi descripción de la familia Bin Laden me he basado en gran medida en Steve Coll, *The Bin Ladens: An Arabian Family in the American Century*, Nueva York, 2008. Los detalles proceden de este libro salvo que se indique lo contrario.

[1565] Ibíd., p. 42.

[1566] Parker T. Hart, *Saudi Arabia and the United States: Birth of a Security Partnership*, Bloomington, 1998, pp. 31-32, 85.

[1567] Vitalis, *America's Kingdom*, p. 34.

[1568] Mary Eddy, 1954, citado en ibíd., p. 80.

[1569] Hart, *Saudi Arabia and the U.S.*, pp. 82-85.

[1570] Thomas Borstelmann, *The 1970s: A New Global History from Civil Rights to Economic Inequality*, Princeton, 2011, p. 199.

[1571] Peter L. Bergen, *Holy War, Inc.: Inside the Secret World of Osama bin Laden*, Londres, 2001, p. 69.

[1572] Bruce Lawrence (ed.), *Messages to the World: The Statements of Osama bin Laden*, trad. ingl. de James Howarth, Londres, 2005, p. 48; Wright, *Looming Tower*, p. 114.

[1573] Lawrence, *Messages to the World*, p. 48.

[1574] Richard P. Hallion, *Storm over Iraq: Air Power and the Gulf War*, Washington, DC, 1992, p. 134.

[1575] Diálogo anotado en Steve Coll, *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10, 2001*, Nueva York, 2004, p. 223.

[1576] Bob Woodward, *The Commanders,* Nueva York, 1991, p. 270.

[1577] Wright, *Looming Tower*, p. 157.

[1578] Colin Powell, *My American Journey*, Nueva York, 1995, p. 468.

[1579] Hallion, *Storm over Iraq*, p. 138.

[1580] Ibíd., p. 137.

[1581] Thomas A. Keaney y Eliot A. Cohen, *Revolution in Warfare?: Air Power in the Persian Gulf*, Annapolis, 1995, pp. 7-9.

[1582] Hallion, *Storm over Iraq*, p. 128.

[1583] H. Norman Schwarzkopf, *It Doesn't Take a Hero*, Nueva York, 1992, p. 332. (Ed. esp., *Autobiografía*, descatalogado).

[1584] Sobre el poder aéreo en Vietnam y en la Tormenta del Desierto, me he guiado por Michael Adas, *Dominance by Design: Technological Imperatives and America's Civilizing Mission*, Cambridge, Massachusetts, 2006, caps. 6-7.

[1585] Christian G. Appy, *American Reckoning: The Vietnam War and Our National Identity*, Nueva York, 2015, p. 229.

[1586] Walter J. Boyne, «Breaking the Dragon's Jaw», *Air Force Magazine*, agosto de 2011, p. 60.

[1587] Mi exposición procede de Hallion, *Storm over Iraq*; Michael J. Mazarr, Don M. Snider, James A. Blackwell Jr., *Desert Storm: The Gulf War and What We Learned*, Boulder, 1993; y Benjamin S. Lambeth, «Air Power, Space Power, and Geography», *Journal of Strategic Studies* 22, 1999, pp. 63-82.

[1588] Mazarr *et al., Desert Storm*, p. 96.

[1589] Sobre el uso del GPS, Michael Russell Rip y James M. Hasik, *The Precision Revolution: GPS and the Future of Aerial Warfare*, Annapolis, 2002, cap. 5.

[1590] Thomas Mahnken y Barry D. Watts, «What the Gulf War Can (and Cannot) Tell Us about the Future of Warfare», *International Security* 22, 1997, pp. 160-161.

[1591] Unos resúmenes muy útiles de esta revolución militar son los de Eliot A. Cohen, «A Revolution in Warfare», *Foreign Affairs* 75, 1996, pp. 37-54, y Michael Ignatieff, *Virtual War: Kosovo and Beyond,* Londres, 2000.

[1592] Citado en Rip y Hasik, *The Precision Revolution*, p. 131. Mi comprensión de este asunto se ha guiado por William Rankin, *After the Map: Cartography, Navigation, and the Transformation of Territory in the Twentieth Century*, Chicago, 2016, cap. 6.

[1593] Powell, *American Journey*, p. 474; Schwarzkopf, *Doesn't Take a Hero*, pp. 332-335.

[1594] Rachel Bronson, *Thicker than Oil: America's Uneasy Partnership with Saudi Arabia*, Oxford, 2006, p. 195.

[1595] Powell, *American Journey*, p. 474; Schwarzkopf, *Doesn't Take a Hero*, p. 332.

[1596] Schwarzkopf, *Doesn't Take a Hero*, p. 355.

[1597] Sobre Bin Laden, Al Qaeda y el camino hasta el 11-S me he basado especialmente en Bergen, *Holy War, Inc.*; Coll, *Ghost Wars*; *The 9/11 Commission Report: Final Report on the National Commission on Terrorist Attacks upon the United States*, Washington, DC, 2004; y Wright, *Looming Tower*.

[1598] Wright, *Looming Tower*, pp. 209-210.

[1599] Lawrence, *Messages to the World*, p. 16.

[1600] The *9/11 Commission Report* dictaminó que las bombas habían sido «principalmente» obra de la Hezbolá saudí, pero mencionaba «indicios de que Al Qaeda tuvo algo que ver» (p. 60).

[1601] Rowan Scarborough, «Air Force Barracks is Built by Bin Laden's Family Firm», *Washington Times*, 15 de septiembre de 1998.

[1602] Coll, *Bin Ladens*, p. 467.

[1603] Werner Daum, «Universalism and the West», *Harvard International Review*, verano de 2001, p. 19. Se ofrecen cálculos similares en Noam Chomsky, *9-11: Was There an Alternative?,* Nueva York, 2011, pp. 79-80.

[1604] «Punish and Be Damned», *The Economist*, 27 de agosto de 1998, p. 16.

[1605] Lawrence, *Messages to the World*, p. 119.

[1606] *9/11 Commission Report*, p. 340.

[1607] Lawrence, *Messages to the World*, pp. 163, 167.

[1608] «Bush Vows to Rid the World of "Evil-Doers"», CNN, 16 de septiembre de 2001, edition.cnn.com/2001/US/09/16/gen.bush.terrorism.

[1609] Debate presidencial en Winston-Salem, Carolina del Norte, 11 de octubre de 2001, *APP*.

[1610] Donald Rumsfeld, *Known and Unknown: A Memoir*, Nueva York, 2011, p. 400.

[1611] Terry H. Anderson, *Bush's Wars*, Oxford, 2011, p. 136.

[1612] «Text: Pentagon Briefing on Military Response to Terrorist Attacks», *The Washington Post*, 18 de septiembre de 2001.

[1613] Una exploración útil es la de Stuart Elden, *Terror and Territory: The Spatial Extent of Sovereignty*, Minneapolis, 2009.

[1614] Benjamin S. Lambeth, *Air Power against Terror: America's Conduct of Operation Enduring Freedom*, Santa Mónica, 2005, pp. 95-96.

[1615] Lawrence, *Messages to the World*, p. 182.

[1616] Cifras estudiadas en Chris Woods, «Understanding the Gulf between Public and U.S. Government Estimates of Civilian Casualties in Covert Drone Strikes», en David Cortright, Rachel Fairhurst y Kristen Wall (eds.), *Drones and the Future of Armed Conflict: Ethical, Legal, and Strategic Implications*, Chicago, 2015, p. 186. Una guía excelente para entender los drones es la de Peter L. Bergen y Daniel Rothenberg (eds.), *Drone Wars: Transforming Conflict, Law, and Policy,* Cambridge, 2015.

[1617] «Secretary Rumsfeld Interview with Al Jazeera», 25 de febrero de 2003, www.digitaljournal.com/article/34851.

[1618] Citado en Anderson, *Bush's Wars*, p. 141.

[1619] Max Boot, «Washington Needs a Colonial Office», *Financial Times*, 3 de julio de 2003.

[1620] Niall Ferguson, *Colossus: The Price of America's Empire*, Nueva York, 2004, p. 2. (Ed. esp., *Coloso: Auge y decadencia del imperio americano,* Barcelona, Debate, 2011).

[1621] «Text of President Bush's Press Conference», *NYT*, 13 de abril de 2004.

[1622] Rajiv Chandrasekeran, *Imperial Life in the Emerald City: Inside Iraq's Green Zone*, Nueva York, 2006.

[1623] Rumsfeld, conferencia de prensa, 16 de noviembre de 2001, avalon.law.yale.edu/sept11/dod_brief93.asp.

[1624] Donald H. Rumsfeld, «Positioning Our Military for a Rapidly Changing World», *Seattle Times*, 24 de septiembre de 2004.

[1625] Sasha Davis, *The Empires' Edge: Militarization, Resistance, and Transcending Hegemony in the Pacific*, Athens, 2015.

[1626] Stacie L. Pettyjohn y Jennifer Kavanaugh, *Access Granted: Political Challenges to the U.S. Overseas Military Presence, 1945–2014*, Santa Mónica, 2016.

[1627] Yuko Kawato, *Protests against U.S. Military Base Policy in Asia: Persuasion and its Limits*, Stanford, 2015, cap. 2.

[1628] Frank Quimby, «Fortress *Guåhån*: Chamorro Nationalism, Regional Economic Integration and US Defence Interests Shape Guam's Recent History», *Journal of Pacific History* 46, 2011, p. 373.

[1629] Tiara Rose Na'puti, «Charting Contemporary Chamoru Activism: Anti-Militarization and Social Movements in Guåhan», tesis doctoral, Universidad de Texas, Austin, 2013.

[1630] Quimby, «Fortress *Guåhån*», p. 373.

[1631] Teniente coronel Douglas, citado en Ronald Stade, *Pacific Passages: World Culture and Local Politics in Guam*, Estocolmo, 1998, pp. 192-193.

[1632] *Meet the Press*, NBC, 16 de septiembre de 2001.

[1633] Una panorámica importante: Kal Raustiala, *Does the Constitution Follow the Flag?: The Evolution of Territoriality in American Law*, Oxford, 2009, cap. 7.

[1634] Maher Arar, citado en Jane Mayer, *The Dark Side: The Inside Story of How the War on Terror Turned into a War on American Ideals,* Nueva York, 2008, p. 133. Véase las pp. 108-109 sobre las estimaciones del alcance de una rendición extraordinaria. Sobre la flota privada de la CIA, véase Stephen Grey, *Ghost Plane: The True Story of the CIA Torture Program,* Nueva York, 2006.

[1635] Una fuente fundamental es Dana Priest, «CIA Holds Terror Suspects in Secret Prisons», *The Washington Post*, 2 de noviembre de 2005.

[1636] A pesar de la gran controversia, durante años solo se supo de tres prisioneros a los que habían torturado con agua. Sin embargo, en 2012, Human Rights Watch entrevistó a dos detenidos entregados a Libia, que dieron testimonio creíble de que a ellos también les habían aplicado la misma tortura. En 2014, el Comité de Inteligencia del Senado hizo público un informe con partes tachadas que hablaba de instrumentos de la tortura con agua que estaban guardados en un centro de detención en Afganistán que no era el que había usado la CIA para los tres sospechosos. *Delivered into Enemy Hands: US-Led Abuse and Rendition of Opponents to Gaddafi's Libya,* Washington, DC, 2012, p. 51; *Report of the Senate Select Committee on Intelligence Committee Study of the Central Intelligence Agency's Detention and Interrogation Program*, Senate Report 113–288, 9 de diciembre de 2014, p. 51, n. 245.

[1637] Simon Reid-Henry, «Exceptional Sovereignty?: Guantánamo Bay and the Re-Colonial Present», *Antipode* 39, 2007, p. 629.

[1638] Patrick F. Philbin y John C. Yoo, «Possible Habeas Jurisdiction over Aliens Held in Guantanamo Bay, Cuba», 28 de diciembre de 2001, en Karen J. Greenberg y Joseph L. Dratel (eds.), *The Torture Papers: The Road to Abu Ghraib*, Cambridge, 2005, p. 37. Un análisis útil de la bahía de Guantánamo como parte de la historia imperial es el de Amy Kaplan, «Where is Guantánamo?», *American Quarterly* 57, 2005, pp. 831-858.

[1639] Mark Mazzetti, *The Way of the Knife: The CIA, a Secret Army, and a War at the Ends of the Earth*, Nueva York, 2013, p. 17.

[1640] Amended Petition for Writ of Habeas Corpus, *Rasul v. Bush*, 19 February 2002, en

Karen J. Greenberg y Joseph L. Dratel (eds.), *The Enemy Combatant Papers: American Justice, the Courts, and the War on Terror*, Cambridge, 2008, p. 21.

[1641] *Rasul v. Bush*, 542 U.S. 466, 487, 2004 (Kennedy, J., opinión mayoritaria).

Conclusión

Un imperio duradero

La isla de Saipán es uno de los lugares más asombrosos y bellos de la Tierra. Lo tiene todo: cielos azules, aguas claras, vegetación exuberante, playas cálidas. A todo ello sumó, en los años noventa, un enorme centro de fabricación de ropa.[1642] Los trabajadores venían de China, Filipinas y Bangladés, atraídos por las promesas de buenos salarios. Pero a su llegada se veían sumidos en deudas y obligados a trabajar sin descanso en talleres clandestinos para pagar el viaje y el alojamiento. En su apogeo, el sector de la confección de Saipán enviaba cada año ropa valorada en mil millones de dólares (al por mayor) a Estados Unidos, donde la vendían las grandes cadenas de minoristas, como Gap, Anne Taylor, Calvin Klein, Liz Claiborne, Target, Wal-Mart y J. Crew.

¿Por qué? Saipán es una pequeña isla próxima a Guam, que mide el doble que Manhattan. Está aproximadamente a ocho mil kilómetros del territorio continental de Estados Unidos, donde se vendían esas prendas. Y a unos tres mil doscientos kilómetros de China, de donde procedía la mayor parte de la mano de obra. En China hay fábricas. ¿Por qué transportar a los trabajadores de las barriadas chinas a una pequeña isla del Pacífico solo para que hicieran ropa para Ralph Lauren?

La respuesta es que Saipán pertenece a la Mancomunidad de las Islas Marianas del Norte, que, a su vez, formaban parte de las islas de Micronesia que Estados Unidos arrebató a Japón tras la Segunda Guerra Mundial. No fue una anexión, puesto que las islas eran un territorio en fideicomiso bajo la soberanía suprema de Naciones Unidas. Pero Estados Unidos era el administrador único.

En un largo proceso que se prolongó desde los años setenta hasta los noventa, el fideicomiso se disolvió. La República de las Islas Marshall, los Estados Federados de Micronesia y la República de Palaos pasaron a ser Estados soberanos «libremente asociados» a Estados Unidos, que recibían ayuda económica a cambio de ofrecer espacio para sus bases. Las Marianas del Norte, en cambio, se convirtieron en un Estado libre asociado similar a Puerto Rico. En 1986, cuando finalmente se aprobó la legislación, sus residentes —treinta y pico mil personas— se convirtieron en ciudadanos estadounidenses.

Las Marianas del Norte, como Puerto Rico, estaban sujetas a algunas leyes estadounidenses, pero no a otras. El salario mínimo federal y gran parte de las leyes de inmigración no se aplicaban allí. La oficina más cercana de la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional estaba a miles de kilómetros de distancia. Pero, al mismo tiempo, a efectos del comercio, las Marianas del Norte contaban como parte del país. Era una buena mezcla: un entorno legal en el que los extranjeros podían trabajar por sueldos de miseria y con poca supervisión para coser prendas con la etiqueta «Made in the USA».

Saipán era una especie de vacío legal permanente. En 1995, cuando empezaron a llegar al continente las historias de trabajadores oprimidos, los miembros del Congreso trataron de cerrar ese vacío. Durante la siguiente década, más o menos, presentaron un mínimo de veintinueve proyectos de ley para cambiar alguna parte de la legislación correspondiente. En dos ocasiones, el Senado votó unánimemente a favor de reformas salariales y de inmigración, pero el texto no consiguió pasar más allá del Comité de Recursos de la Cámara. Un proyecto de ley presentado en 1999 en la Cámara tenía doscientos cuarenta y tres copatrocinadores, una mayoría sustancial. Pero tampoco consiguió pasar.[1643]

Cuarto de dólar
de las Marianas del Norte.

Se descubrió que el Gobierno de las Marianas del Norte y los fabricantes de ropa habían contratado a un profesional de un grupo de presión para que defendiera su lucrativo acuerdo. Un profesional verdaderamente bueno, que ofreció viajes pagados a todos los congresistas y asesores del Congreso que quisieran visitar Saipán;[1644] y allí fueron más de ciento cincuenta. Los visitantes disfrutaban del golf, los hoteles de lujo, el buceo y, en algunos casos, los servicios de prostitutas (algunas de las inmigrantes de Saipán llegaban al trabajo sexual empujadas por la pobreza y otras lo ejercían obligadas).[1645]

Una empresa privada no habría podido ofrecer esos viajes con todos los gastos pagados a los legisladores. Pero, según explicó el lobista, «una de las grandes lagunas constitucionales de las que nos habíamos aprovechado durante años era la disposición de que, cuando un "Gobierno" paga los viajes —en realidad, cuando concede cualquier regalo o gratificación—, los congresistas y sus equipos no están obligados a informar de esos gastos».[1646]

Es decir, a efectos del derecho laboral, las Marianas del Norte no eran parte de Estados Unidos. A efectos del comercio, sí. Y a efectos de la normativa sobre grupos de presión, era un Gobierno extranjero.

Casi la mitad de los miembros republicanos de la Comisión de Recursos de la Cámara de Representantes fueron a Saipán o enviaron allí a sus colaboradores. Tom DeLay, el jefe de la mayoría en la Cámara de Representantes, visitó la isla con su esposa, su hija y seis ayudantes. «Sois la estrella que nos guía —dijo a las autoridades

locales—. Representáis todo lo bueno de lo que estamos intentando hacer en Estados Unidos, estar en primera línea mundial del sistema de libre mercado».[1647]

Posteriormente, DeLay dijo a *The Washington Post* que Saipán era «una placa de Petri perfecta del capitalismo». «Es como mi isla de las Galápagos», dijo con una gran sonrisa.[1648]

Para el profesional del grupo de presión fue todo un triunfo. A pesar de la abrumadora oposición existente (dos votaciones unánimes en el Senado), había organizado suficientes partidas de golf y excursiones de buceo como para mantener el vacío legal durante más de una década. Fue la primera de una serie de maniobras legalmente creativas que iban a convertirlo en el profesional de las labores de presión mejor pagado de Washington —«El hombre que compró Washington», lo llamó *Time*— y en un nombre muy conocido.[1649]

Se llamaba Jack Abramoff.

Para ser el lobista mejor pagado de Washington, Abramoff tenía una extraña cartera de clientes. No representaba a empresas de la lista Fortune 500. Se dedicaba a aprovechar los vacíos legales. Su siguiente victoria, después de las Marianas del Norte, fue la Banda de Indios Choctaw de Misisipi, que estaba intentando que no se le aplicara un impuesto sobre el juego. Utilizó la misma estrategia que en Saipán y aprovechó que un Gobierno tribal indio podía hacer regalos no declarados a los políticos. Después aceptó como clientes a más tribus y naciones indias. Empezó a representar a un grupo empresarial puertorriqueño. Organizó viajes a la República de las Islas Marshall y se involucró en las elecciones a gobernador de Guam.

Lo que Jack Abramoff había descubierto en Saipán era lo mismo que el abogado de la Casa Blanca de Bush, John Yoo, había descubierto en la bahía de Guantánamo: el imperio sigue existiendo y los lugares con situaciones legales anómalas pueden ser muy útiles.

En 2005, un tratado internacional eliminó las cuotas de importación de textiles a Estados Unidos. Dos años después, por fin, el Congreso amplió la legislación federal sobre el salario mínimo a las Marianas del Norte. La industria de la confección de Saipán se hundió y los fabricantes se trasladaron a China, Vietnam y Camboya.

Para entonces, Jack Abramoff había sido condenado por

conspiración, fraude y evasión fiscal en sus numerosos negocios turbios, sobre todo, por defraudar a las tribus nativas americanas que le habían contratado. Sus actividades ilegales llenaron un informe de trescientas setenta y tres páginas redactado por el indignado presidente de la Comisión de Asuntos Indígenas del Senado, John McCain. O, como lo llamó Abramoff, «mi verdugo».[1650]

El haber liquidado al lobista de fama más siniestra del país pintó una imagen muy favorecedora de McCain, lo cual contribuyó a impulsar su candidatura presidencial. En 2008, después de hacer campaña destacando su fama de íntegro, obtuvo la nominación republicana.

Pero McCain tenía sus propios problemas relacionados con el imperio. Hijo de un oficial de la Armada, no había nacido en los estados continentales, sino en la Zona del Canal de Panamá. No había vivido allí mucho tiempo, pero su lugar de nacimiento planteaba dudas. Nunca había habido un presidente que hubiera nacido en un territorio. ¿Cumplía McCain los requisitos para ser presidente?

La Constitución exige que el presidente sea un «ciudadano natural de nacimiento», pero no está claro qué significa eso. Como mínimo —en eso todo el mundo está de acuerdo—, significa que el presidente debe ser ciudadano desde el momento de nacer. Pero ¿qué pasa con los ciudadanos nacidos en el extranjero o en los territorios? El Tribunal Supremo nunca se ha pronunciado al respecto.

El candidato republicano en las elecciones presidenciales de 1964, Barry Goldwater, había nacido en el territorio de Arizona. Tuvo que responder a bastantes preguntas, pero, como perdió las elecciones, la cuestión de su elegibilidad quedó sin resolver. El caso de McCain era más complicado. La decimocuarta enmienda concede la ciudadanía a «todas las personas nacidas o naturalizadas en Estados Unidos y sujetas a su jurisdicción», pero los Casos Insulares habían establecido que eso no valía para los territorios no incorporados. En el momento de nacer McCain, existía una ley que concedía la ciudadanía (con excepciones) a los hijos nacidos de padres ciudadanos «fuera de los límites y la jurisdicción de Estados Unidos»,[1651] pero McCain nació en la Zona del Canal de Panamá, un espacio similar a Guantánamo, bajo la jurisdicción exclusiva de Estados Unidos.

En los años treinta, el Congreso reconoció que los niños como

McCain se encontraban en un limbo legal. Como decía un informe de la Cámara, «la ciudadanía de las personas nacidas en la Zona del Canal de padres estadounidenses nunca ha quedado definida ni por la Constitución, ni por un tratado, ni por una ley emanada del Congreso».[1652] Tras un debate, el Congreso aprobó la ley que les concedía la ciudadanía, que tendría efecto no solo sobre los hijos futuros, sino, con carácter retroactivo, sobre cualquiera que ya hubiera nacido en la Zona del Canal de un padre ciudadano. La ley se aprobó en 1937.

John McCain nació en 1936.

Si el caso hubiera llegado a los tribunales, habría creado una jurisprudencia fascinante. Según la ley de 1937, McCain era ciudadano de nacimiento. Pero no nació como ciudadano, puesto que ninguna ley le declaró ciudadano en el momento de nacer. Por tanto, podría decirse que no era un «ciudadano natural» ni cumplía los requisitos para ser elegido presidente. Como dijo Gabriel Chin, el profesor de derecho que lo sacó a la luz, McCain nació «a once meses y cien metros de la ciudadanía».[1653]

La demanda de Gabriel Chin contra John McCain nunca llegó ante el juez. Aun así, los colegas de McCain en el Senado se pusieron tan nerviosos que decidieron aprobar una resolución no vinculante en la que se declaraba que era ciudadano de nacimiento. Pero es difícil pensar que eso le hubiera servido de algo ante los tribunales. El Congreso no puede estipular una interpretación de la Constitución mediante una resolución.

Curiosamente, este no fue el final de los problemas de McCain con el imperio. Como compañera de candidatura, eligió a la gobernadora de Alaska, Sarah Palin. Palin había nacido en Idaho, pero su familia se trasladó a Alaska cuando ella era una bebé. Allí conoció a su marido, Todd Palin, un trabajador de un campo petrolífero de ascendencia yupik. Tuvieron cinco hijos, que eran legalmente, como su padre, nativos de Alaska.

Palin no ocultaba sus vínculos con los nativos.[1654] Convenció a la abuela de Todd, que trabajaba como traductora de yupik a inglés, para que apareciera con ella en el escenario durante la convención de la Federación de Nativos de Alaska, cuando estaba haciendo campaña

para ser gobernadora. Su familia mixta, alegó, era un ejemplo para el estado.

Sin embargo, cuando saltó a la política nacional como compañera de candidatura de McCain, hubo un aspecto de la vida de Todd que complicaba las cosas. Todd Palin no solo era yupik, sino que había sido durante siete años miembro del Partido de la Independencia de Alaska. Y Sarah había asistido a convenciones con él.[1655]

El Partido de la Independencia de Alaska rechazaba la legitimidad del proceso por el que Ernest Gruening había llevado el territorio hasta adquirir la condición de estado. Como señalaba el presidente del partido, el proceso había estado viciado porque los nativos de Alaska que no hablaban inglés no podían votar y el personal militar destinado en las bases de Alaska sí. «Alaska no era diferente de otras colonias —explicó—. Igual que los argelinos no se consideraban parte de Francia ni los libios se consideraban parte de Italia, la mayoría de los habitantes de Alaska no se consideraban parte de Estados Unidos». El partido quería que se celebrara un nuevo referéndum que quizá desembocaría en la independencia.[1656]

Sarah Palin simpatizaba con ellos. «Vuestro partido desempeña un papel importante en la política de nuestro estado —dijo en una intervención por vídeo durante la convención de la formación independentista en 2008—. Os deseo suerte y que tengáis una convención fructífera y estimulante. Seguid como hasta ahora».[1657]

Al final, McCain y Palin no se vieron muy perjudicados por sus vínculos coloniales. Eran blancos y proyectaban una imagen de «estadounidenses»: McCain era un héroe de guerra nacido en una familia militar y Palin era una feroz defensora de lo que llamaba «la verdadera América».

No tuvo la misma inmunidad su rival en las elecciones de 2008, Barack Obama. En teoría, Obama tenía menos lastres coloniales que sus oponentes. Había nacido en Hawái dos años después de que se convirtiera en estado, así que no se ponía en duda que cumplía los requisitos para ser presidente; no tenía el problema de McCain. Y aunque Hawái, como Alaska, cuenta con un formidable movimiento soberanista, Obama nunca se había relacionado con él; es decir, tampoco tenía el problema de Palin. Durante la campaña habló poco

de Hawái. En cambio, hizo muchas menciones de su madre, que era de Kansas, y de su formación política como organizador comunitario en Chicago.

A pesar de todo, los rivales de Obama olieron sangre. Su educación hawaiana y el tiempo que vivió en Indonesia eran un «terrible punto débil», aseguró el estratega principal de Hillary Clinton, Mark Penn. «Su arraigo en los valores y culturas fundamentales estadounidenses es, en el mejor de los casos, limitado —escribió Penn en 2007, en un memorando dirigido a Clinton—. No me imagino a Estados Unidos eligiendo en tiempos de guerra a un presidente que no tenga en el fondo un pensamiento y unos valores esencialmente estadounidenses».[1658] Penn sugirió que Clinton, que se disputaba con Obama la nominación demócrata, hiciera hincapié en su condición de nacida en Estados Unidos.

«Todos tus discursos deberían contener la frase de que naciste en mitad de Estados Unidos —le aconsejó—. Vamos a resaltar explícitamente "americano" en nuestros programas, en los discursos y en los valores. Él no lo hace».

Hillary Clinton no siguió el consejo de Penn. Dos personas de su campaña dijeron a un periodista que el memorando de Penn había provocado «casi una revuelta en el equipo» (otra fuente dijo que el memorando casi ni se discutió).[1659] Sin embargo, la percepción de que Obama era extranjero irritó a algunos miembros de la base de Clinton. Cuando Obama consiguió la nominación, los partidarios de Clinton empezaron a fantasear con la posibilidad de que lo descalificaran por la cláusula de «ciudadano natural de nacimiento». Hicieron circular un correo electrónico anónimo en el que se afirmaba que había nacido en Kenia.[1660]

Desde el punto de vista objetivo, no había nada de realidad en esa afirmación. Pero desde el punto de vista cultural, dejó huella. Incluso cuando la campaña de Obama hizo público su certificado de nacimiento, incluso cuando se publicó en la web una página del *Honolulú Advertiser* en la que se anunciaba su nacimiento, siguió habiendo sospechas. Los documentos tenían que ser falsos, concluyeron los «nativistas». En su opinión, un hombre mestizo llamado Barack Hussein Obama, nacido en una isla del Pacífico, parecía extranjero.

Hay que reconocer que Obama era poco habitual en los estados continentales. Pero desde luego no era inusual en Hawái, entre cuyos representantes en el Congreso actuales hay un hindú samoano y un budista nacido en Japón, pero ni un solo WASP.[1661] No hay más que ver los apellidos de los demás niños cuyo nacimiento se anunció en el *Honolulú Advertiser* el 13 de agosto de 1961:

> Arakawa, Asing, Ayau, Brown, Caberto, Chun, Clifford, Durkin, Earnest, Haas, Hatchie, Kamealoha, Kitson, Liu, Mokuani, Nagaishi, Raymond, Simpson, Staley, Takahashi, Waidelich, Walker, Wright, Wong.

Quizá un Simpson o un Durkin de Hawái habría podido presentarse como candidato a la presidencia sin problemas. ¿Pero un Kamealoha? ¿Un Nagaishi? ¿Un Caberto? Es probable que cualquiera de ellos hubiera despertado las mismas sospechas que Obama.

A pesar de que la teoría conspiranoica sobre el nacimiento de Obama se originó entre los demócratas que apoyaban a Clinton, en las elecciones generales saltó al otro partido. El presentador de Fox News Sean Hannity retomó el asunto, igual que el presentador de CNN Lou Dobbs. Diecisiete republicanos del Congreso sugirieron que Obama no había nacido en Estados Unidos o expresaron una incertidumbre estratégica («Creo que hay preguntas. Tendremos que ver», fue una evasiva típica, en este caso, la del representante de Luisiana Charles Boustany).[1662] Sarah Palin consideró que «la gente, con razón, sigue pensando que es un problema».[1663] «Me parece que es una pregunta legítima», añadió.

En julio de 2009, medio año después de que Obama jurara su cargo, una encuesta reveló que el 58 por ciento de los republicanos pensaban que Obama no era ciudadano natural de nacimiento o no estaban seguros.[1664]

Con el tiempo, el tema desapareció de los titulares y pasó a la trastienda de internet. Volvió en 2011, cuando el promotor inmobiliario Donald Trump volvió a airearlo. «¿Por qué no muestra su certificado de nacimiento? —preguntó Trump en el programa *The View*—. Hay algo en ese certificado de nacimiento que no le gusta».[1665]

«¡Como poco, hay una buena posibilidad de que Barack Hussein Obama haya hecho añicos nuestra gran y amada Constitución!»,

escribió Trump a *The New York Times*. De ser así, razonó, era «la mayor "estafa" en la historia de nuestro país».[1666]

Trump ya había metido el pie en las aguas políticas con anterioridad. Pero esto fue tirarse en bomba. Insistió de forma obstinada en hablar del tema y aseguró que había contratado a investigadores privados. Amenazó con escribir un libro sobre la cuestión.[1667] Así consiguió ocupar titulares y dio el primer paso en su aspiración de llegar a la presidencia. Aunque lo que impulsó a Trump hasta la Casa Blanca fue la desconfianza respecto a todo tipo de extranjeros, el primer paso fue este. Sin las dudas públicas sobre la «americanidad» de Obama, es muy probable que Trump no hubiera sido elegido.

Se podría pensar que las intromisiones del colonialismo en la política reciente son una especie de resaca, el precio que se paga por los excesos del pasado. Desde este punto de vista, el imperio es una cuestión del pasado, aunque sus consecuencias persistan hoy.

Pero el imperio no es cosa del pasado. En agosto de 2017, Pyongyang, deseoso de exhibir su poder destructivo, pero sin la seguridad de que sus misiles pudieran llegar al territorio continental de Estados Unidos, amenazó con crear «un fuego envolvente» alrededor de Guam, que el Gobierno estadounidense utiliza como plataforma de lanzamiento para los bombarderos B-1 que sobrevuelan Corea del Norte.[1668] Otra vez parecía que un territorio iba a convertirse en una zona de sacrificio militar, pero a la prensa continental le preocupaba más la suerte de las tropas estacionadas allí que la propia colonia. «Guam es suelo estadounidense —recordó con inquietud su gobernador—. No somos solo una instalación militar».[1669]

Al mes siguiente, el huracán María golpeó Puerto Rico y destrozó la red eléctrica, las conducciones de agua y las comunicaciones de la isla. También puso en evidencia la peligrosa situación de la mayor colonia de Estados Unidos. Aunque la estrategia de Luis Muñoz Marín de utilizar lagunas fiscales para atraer a las empresas del continente a la isla había mejorado drásticamente la economía de Puerto Rico en los años cincuenta y durante las décadas sucesivas, en los años noventa el Congreso eliminó esas lagunas, lo que provocó la fuga de empresas, el hundimiento económico y una avalancha de

puertorriqueños hacia el continente en busca de empleo. Cuando golpeó María, más del 60 por ciento de los habitantes que quedaban en la isla vivían gracias a Medicare o Medicaid.[1670] Como el Gobierno federal financia esos programas de forma menos generosa en Puerto Rico que en el continente, el Estado libre asociado se encontró con una deuda insostenible.

El huracán transformó la crisis en catástrofe. Los puertorriqueños retrocedieron un siglo cuando tuvieron que arreglárselas para estar sin teléfonos ni electricidad. Los médicos se vieron obligados a realizar cirugías con linternas y los habitantes de las ciudades, a buscar desesperadamente agua potable. El huracán María golpeó casi al mismo tiempo que otros dos huracanes en el continente, Harvey en Texas e Irma en Florida (aunque también arrasó las Islas Vírgenes de Estados Unidos). Las reacciones fueron palpablemente distintas entre unos casos y otros. A pesar de que los puertorriqueños tenían muchas más probabilidades de morir debido a los daños provocados por la tormenta, tuvieron menos presencia de personal federal,[1671] una cobertura mediática notablemente menor[1672] y una parte muy pequeña de las donaciones benéficas.[1673]

«Reconozcan que los puertorriqueños somos ciudadanos estadounidenses», rogó el gobernador de la isla.[1674] Sin embargo, una encuesta realizada después del paso de María reveló que una mínima mayoría de los habitantes del continente (y solo el 37 por ciento de los adultos menores de treinta años) lo sabía.[1675]

Hoy en día viven más de cuatro millones de personas en los territorios: en Guam, Puerto Rico, Samoa Americana, las Islas Vírgenes de Estados Unidos y las Marianas del Norte. Están sujetos a los caprichos del Congreso y el presidente, pero no pueden votar a ninguno de los dos. Más de cincuenta años después de la Ley del Derecho al Voto, siguen sin poder ejercer ese derecho. Y, como han visto en años recientes los guameños y los puertorriqueños, esa privación de derechos tiene consecuencias que pueden ser letales.

El imperio también sigue vivo en las bases de ultramar salpicadas por el mundo. Es fácil pensar que la política exterior es una cuestión de mesas de negociaciones: las naciones soberanas se sientan para amenazar, negociar o cooperar. Pero la política exterior de Estados Unidos es casi la única que tiene un componente territorial. Gran

Bretaña y Francia tienen aproximadamente trece bases en el extranjero entre los dos países, Rusia tiene nueve y unos cuantos países más tienen una; en total, hay alrededor de treinta bases de ultramar propiedad de varios países.[1676] Estados Unidos, en cambio, tiene unas ochocientas bases, además de los acuerdos que le permiten acceder a otros emplazamientos extranjeros. Al menos cuarenta y dos países albergan bases estadounidenses.[1677] Los que se niegan a albergarlas están rodeados de ellas. En otras palabras, el Gran Estados Unidos está en el patio trasero de todos.

¿Eso quiere decir que Estados Unidos es un imperio? Este término suele utilizarse en sentido peyorativo, como una valoración negativa. Los imperios son los matones que avasallan a las naciones más débiles. En este sentido, no es difícil alegar que Estados Unidos es imperialista. No cabe duda de que sus empresas y sus fuerzas armadas se han extendido tranquilamente por todo el mundo.

Pero *imperio* no es solo un término peyorativo. Es también una forma de describir un país que, para bien o para mal, tiene puestos avanzados y colonias. En este sentido, el imperio no tiene que ver con el carácter, sino con el territorio. Y según esta definición, es indiscutible que Estados Unidos ha sido un imperio y sigue siéndolo hoy.

Lo curioso es que, aunque se acusa con frecuencia a Estados Unidos de imperialismo, sus dimensiones territoriales suelen pasar inadvertidas. Se han dedicado tantas energías a presentar la imagen de Estados Unidos mediante el mapa del logotipo que incluso sus detractores, los que más ganas tienen de gritar «imperio», tienen poco que decir sobre los territorios de ultramar.

Ahora bien, si algo nos dice la historia del Gran Estados Unidos es que esos territorios importan. No solo son importantes para la gente que vive en las colonias o cerca de las bases. Lo son para todo el país. La Segunda Guerra Mundial, para Estados Unidos, empezó en los territorios. La guerra contra el terror comenzó con una base militar. La píldora anticonceptiva, la quimioterapia, el plástico, Godzilla, The Beatles, *La casa de la pradera*, Irán-Contra, la radio de transistores, el propio nombre de Estados Unidos: no se puede entender la historia de ninguna de estas cosas sin entender el imperio territorial.

El territorio sigue siendo importante hoy en día. El colonialismo acecha en el entorno de la política al más alto nivel. Ha afectado a McCain, Palin, Obama y Trump. Puede parecer extraño y sorprendente, pero tenemos que superar nuestra sorpresa. La historia de Estados Unidos es la historia del imperio.

[1642] *Behind the Labels: Garment Workers on U.S. Saipan*, dirigido por Tessa Lessin, Oxygen, 2001; John Ydstie, «The Abramoff-DeLay-Mariana Islands Connection», *NPR: Weekend Edition*, 17 de junio de 2006; Rebecca Clarren, «Paradise Lost: Greed, Sex Slavery, Forced Abortions and Right-Wing Moralists», *Ms.*, primavera de 2006, www.msmagazine.com/spring2006/paradise_full.asp.

[1643] Lessin, *Behind the Labels*; Clarren, «Paradise Lost».

[1644] Jack Abramoff, *Capitol Punishment: The Hard Truth about Washington Corruption from America's Most Notorious Lobbyist*, Washington, DC, 2011, p. 77.

[1645] Clarren, «Paradise Lost»; John Bowe, *Nobodies: Modern American Slave Labor and the Dark Side of the New Global Economy*, Nueva York, 2007, p. 182; *20/20*, ABC News, 24 de mayo de 1999.

[1646] Abramoff, *Capitol Punishment*, p. 125.

[1647] *20/20*, ABC News, 24 de mayo de 1999.

[1648] Juliet Eilperin, «A 'Petri Dish' in the Pacific», *The Washington Post*, 26 de junio de 2000.

[1649] *Time*, portada, 8 de enero de 2006.

[1650] Abramoff, *Capitol Punishment*, p. 175.

[1651] Ley de Ciudadanía de 1934, 48 *Stat.* 797.

[1652] House Report 75–1303, citado en Gabriel J. Chin, «Why Senator John McCain Cannot Be President: Eleven Months and a Hundred Yards Short of Citizenship», *Michigan Law Review First Impressions* 107, 2008, p. 7.

[1653] Ibíd.

[1654] Tom Kizzia, «Yup'ik Ties Give Palins Unique Alaska Connection», *Seattle Times*, 23 de octubre de 2008.

[1655] Kate Zernike, «A Palin Joined Alaskan Third Party, Just Not Sarah Palin», *NYT*, 3 de septiembre de 2008.

[1656] Lynette Clark, entrevistada en Lisa Karpova, «Alaska Independence Movement», *Pravda*, 20 de abril de 2008, www.pravdareport.com/world/americas/20-04-2008/104960-alaskaindep-0.

[1657] Sarah Palin, Discurso ante la Convención del Partido de la Independencia de Alaska, 2008, youtu.be/ZwvPNXYrIyI.

[1658] Mark Penn, «Weekly Strategic Review on Hillary Clinton for President Campaign», 19 de marzo de 2007, en www.theatlantic.com/politics/archive/2008/08/penn-strategy-memo-march-19-2008/37952.

[1659] Kyle Cheney, «No, Clinton Didn't Start the Birther Thing. This Guy Did», *Politico*, 16 de septiembre de 2016, www.politico.com/story/2016/09/birther-movementfounder-trump-clinton-228304.

[1660] John Avlon, *Wingnuts: Extremism in the Age of Obama*, Nueva York, 2014, pp. 204-207.

[1661] WASP: White Anglo-Saxon Protestant, blanco, anglosajón y protestante. (*N. de la T.*).

[1662] Gabriel Winant, «The Birthers in Congress», *Salon*, 28 de julio de 2009, www.salon.com/2009/07/28/birther_enablers.

[1663] Citado en Jed Lewison, «Palin Goes Birther», *Daily Kos*, 3 de diciembre de 2009, www.dailykos.com/storyonly/2009/12/3/810660/-Palin-goes-birther.

[1664] Encuesta de Research 2000, anotada en «Birthers are Mostly Republican and Southern», *Daily Kos*, 31 de julio de 2009, www.dailykos. com/ storyonly/2009/7/31/760087/-Birthers-are-mostly-Republican-and-Southern.

[1665] *The View*, ABC, 23 de marzo de 2011.

[1666] «Donald Trump Responds», *NYT*, 8 de abril de 2011.

[1667] *The Situation Room with Wolf Blitzer*, CNN, 6 de enero de 2016.

[1668] Choe Sang-hun, «North Korea Says It Might Fire Missiles into Waters Near Guam», *NYT*, 9 de agosto de 2017.

[1669] Eddie Baza Calvo, 9 de agosto de 2017, youtu.be/YgdXG-LPUBw.

[1670] Michael Kranz, «Here's How Puerto Rico Got into So Much Debt», *Business Insider*, 9 de octubre de 2017.

[1671] A. J. Willingham, «A Look at Four Storms from One Brutal Hurricane Season», CNN, 21 de noviembre de 2017.

[1672] Anushka Shah, Allan Ko y Fernando Peinado, «The Mainstream Media Didn't Care about Puerto Rico until It Became a Trump Story», *The Washington Post*, 27 de noviembre de 2017.

[1673] Marco Delia Cava, «Why Puerto Rico Donations Lag Behind Fundraising for Harvey, Irma Victims», *USA Today*, 5 de octubre de 2017.

[1674] «In Battered Puerto Rico, Governor Warns of a "Humanitarian Crisis"», *NYT*, 25 de septiembre de 2017.

[1675] Morning Consult, National Tracking Poll 170916, septiembre de 2017, morningconsult.com/wp-content/uploads/2017/10/170916_crosstabs_pr_v1_KD.pdf.

[1676] David Vine, *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*, Nueva York, 2015, 5.

[1677] Departamento de Defensa, *Base Structure Report, Fiscal Year 2015 Baseline*, 6; Vine, *Base Nation*, 4.

AGRADECI-
MIENTOS

Este libro no habría sido ni remotamente posible sin el trabajo de todos los especialistas anteriores que han insistido durante décadas en que el imperio estadounidense era un digno objeto de estudio. Mis citas no transmiten más que una pequeña parte de lo que les debo.

Y esas no son mis únicas deudas. Comencé mi investigación en 2011 con una beca de un año en el Comité de Pensamiento Global de la Universidad de Columbia. El Fondo Nacional para las Humanidades financió otro año de investigación en la Biblioteca Huntington (con el apoyo de mis jefes en la Universidad Northwestern). Una beca Andrew Carnegie me permitió terminarlo. Los tres años libres que me proporcionaron estas becas fueron un privilegio insultante que me hace sentirme muchas veces culpable.

Y mis deudas continúan con lo que debo a los colegas que se tomaron la molestia de leer varios capítulos y ofrecer sus sugerencias, correcciones y disquisiciones alarmantemente precisas sobre mis fallos personales e intelectuales. Fueron tan espléndidos que me temo que estoy endeudado hasta arriba. A falta de una perspectiva realista de reembolso, expreso aquí mi más sincera gratitud, aunque sé que es como intentar pagar un préstamo bancario con unas cervezas y una sonrisa. Gloria eterna a Ken Alder, Hannah Appel, Seth Archer, Beth Bailey, Juliana Barr, Kathleen Belew, Daniel Bessner, Megan Black, Brooke Blower, Catherine Carrigan, Oliver Charbonneau, Will Chou, Patrick Chung, Brian DeLay, Kornel Ehmann, José-Antonio Espín-Sánchez, David Farber, Dexter Fergie, Ted Fertik, Caitlin Fitz, Camilla Fojas, Andrew Friedman, Paul Frymer, Margaret Garb, Lally Gartel, Adam Goodman, Gretchen Heefner, Laura Hein, Mariah Hepworth, Rebecca Herman, Lauren Beth Hirshberg, Hi‘ilei Hobart, Alex Hobson, A. G. Hopkins, James Hudspeth, Adam Immerwahr, Julia Irwin, Sheyda Jahanbani, Sylvester Johnson, Tim Johnson, Peter Kastor, Jinah Kim, Sam Kling, Naomi Lamoreaux, Henri Lauzière, Sam Lebovic, Bobby Lee, Niko Letsos, Erez Manela, Diana Martinez, Dan

Margolies, Rebecca McKenna, Alison McManus, Fred Meiton, Stephen Mihm, Sarah Miller-Davenport, Garrett Dash Nelson, Tore Olsson, Margaret Power, Louis Pérez, Andrew Preston, Bill Rankin, Ben Remsen, Ariel Ron, Eric Rutkow, Daniel Sargent, Nitasha Sharma, Carl Smith, Susan Smith, George Spisak y Helen Tilley. Mis compañeros de Huntington, ocupados con sus propios libros, fingieron un interés muy caritativo cuando les expuse mis ideas sobre el guano y la anquilostomiasis («¿Quizá podrías diversificar tus temas?», fue su sabio aunque inútil consejo). Dentro de ese grupo, Danna Agmon, Tom Cogswell, Alice Fahs, Dena Goodman, Steve Hindle, Peter Lunenfeld, Tawny Paul y Asif Siddiqi son especialmente dignos de elogio por reducir al mínimo sus miradas de incredulidad.

Otros lectores, benditos sean sus nombres, se arriesgaron a exponerse aún más a este libro en el radiactivo estado de borrador. Alvita Akiboh, Michael Allen, Kevin Boyle, Gerry Cadava, Doug Kiel, Susan Pearson y Mike Sherry se pusieron delantales de plomo y examinaron grandes fragmentos del manuscrito en un taller en Northwestern. Por su ayuda en los capítulos relacionados con el Ejército, el coronel Aaron O'Connell merece un corazón púrpura. Deborah Cohen, David Hollinger, John Immerwahr, Tom Meaney, Sam Means y Stephen Wertheim dejaron de lado la preocupación por su seguridad personal y su futura salud reproductiva y leyeron todo el manuscrito. Sus consejos fueron muy importantes.

Mención especial merecen Brooke Blower, por llamarme la atención sobre los aspectos del discurso de FDR en Pearl Harbor relacionados con la ocultación del imperio, y Herman Eberhardt, por ayudarme a entender su contexto. Chris Capozzola me dio a conocer el término «Gran Estados Unidos». Katharina Pistor me atrajo hacia los estudios de normalización. A. G. Hopkins compartió generosamente los frutos de su propia investigación sobre historia imperial. También merece mención Ken Alder. «No hay nada más aburrido que la historia de la ingeniería y la química —me dijo una vez Ken—. Y no hay nada más interesante». Tenía razón y gracias a su influencia aprendí lo interesantes que pueden ser las cosas aburridas.

Leí el lúcido *Patterns of Empire* de Julian Go cuando empezaba mi investigación y todavía me resuena en los oídos (Julian se atrevió a leer gran parte de este libro). *After the Map*, de Bill Rankin, también

provoca *tinitus*. He adaptado el «puntillismo territorial», un concepto que figura en ese libro, para mis propios fines.

Hablar de *After the Map* me lleva a otro sumidero de deudas de un tamaño verdaderamente incómodo. Cuando empecé, no sabía nada de cartografía. Katie Chiu, Dave Sivertsen y Ann Aler pusieron remedio. Kelsey Rydland, de Northwestern, completó la formación, que necesitó horas de paciente instrucción del tipo «No, no, tienes que hacer clic con el botón derecho». Contar con la presencia de Bill Rankin para analizar los resultados fue como tener a Tiger Woods para ayudar con mi juego de golpe corto. David Vine me ofreció su asombroso volumen de datos para el mapa de bases militares. Bobby Lee me explicó el complicado tema de las cesiones de tierras indias en el siglo XIX para mi mapa de la Nación India.

Durante todo el proyecto he tenido la fortuna de trabajar con unos asistentes de investigación de gran talento: Callie Leone, Ryan Scales, Eddie Stein y Adam Voortman.

Uno siempre aprende de sus alumnos, pero rara vez un profesor ha recibido una educación tan exhaustiva como la que me dieron Alvita Akiboh y Michael Falcone. Han leído borradores, han investigado y han analizado conmigo casi todos los aspectos de este libro, desde el argumento hasta la prosa. Me quedo muy corto si digo que la tesis doctoral de Akiboh sobre la cultura material de los territorios de ultramar y la de Falcone sobre las tecnologías de la hegemonía de Estados Unidos me han enseñado mucho.

Edward Orloff, de McCormick Literary, ha sido mucho más que un agente. Ha sido un colaborador indispensable, al que debo elogiar tanto por su perspicacia como por su paciencia («Edward, creo que este libro debería tener ochocientas páginas y tratar exclusivamente sobre las infraestructuras en la Segunda Guerra Mundial». «Eh... Ya. ¿Y por qué lo crees?»). Fue Edward quien propuso el alcance y la estructura de este libro, fue él quien estableció el tono.

Y fue Edward quien me depositó en las hábiles manos de Alex Star en Farrar, Straus and Giroux. «¿Estás trabajando con Alex Star?» era la reacción de asombro que solía provocar esa noticia. Su reputación es totalmente merecida. Alex editó con un criterio amable, pero firme, me salvó de mis peores hábitos y fomentó los mejores. Brindo por él, por sus colegas de FSG y sus homólogos de The Bodley Head, en

especial Stuart Williams y Jorg Hensgen.

Por último, la vida, a veces, contiene otras cosas además de los libros. Doy las gracias por ello a Lucas Alvarez, Erin Barnes, Brianna Benner, Gloria Bruce, Catherine Carrigan, Lally Gartel, Marion Gutwein, Miklos Gosztonyi, James Hudspeth, Adam Immerwahr, John Immerwahr, Stephen Immerwahr, Orion Johnstone, Pam Krayenbuhl, Sam Means, Wendy Seider, Teya Sepinuck, Jonathan Spies, y Charlie Max Ward.

Índice

Portada

Cómo ocultar un imperio. Historia de las colonias de Estados Unidos

Abreviaturas usadas en las notas

Introducción. Más allá del mapa del logotipo

Nota sobre el lenguaje

Parte I. El imperio colonial

- 01. Caída y ascenso de Daniel Boone
- 02. Tierras indias
- 03. Todo lo siempre quiso saber sobre el guano y que nunca se atrevió a preguntar
- 04. El día más afortunado de Teddy Roosevelt
- 05. Un estado de ánimo imperial
- 06. Lanzaron un grito de libertad
- 07. Fuera del círculo encantado
- 08. La ciudad blanca
- 09. Médicos sin fronteras
- 10. La fortaleza norteamericana
- 11. Un Estado en guerra
- 12. Hay momentos en los que algunos hombres tienen que morir

Parte II. El imperio puntillista

- 13. Aquí estuvo Kilroy
- 14. La descolonización de Estados Unidos
- 15. Nadie lo sabe en Estados Unidos, Puerto Rico está en Estados Unidos
- 16. Synthetica
- 17. Lo que ha hecho Dios
- 18. El imperio del octógono rojo
- 19. La lengua es un virus
- 20. El poder es soberanía, señor Bond
- 21. Baselandia
- 22. La guerra de puntos
- Conclusión. Un imperio duradero

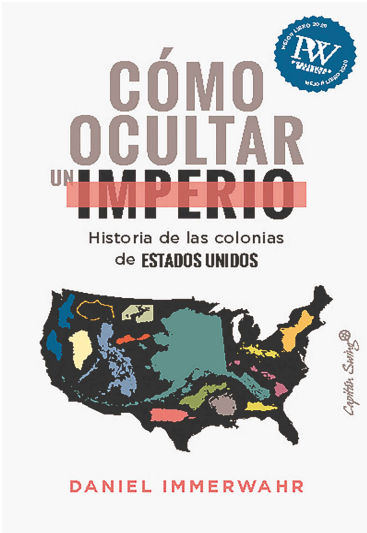
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Daniel Immerwahr

Créditos

Cómo ocultar un imperio



Estamos familiarizados con los mapas que delimitan los cincuenta estados. Y también estamos familiarizados con la idea de que Estados Unidos es un "imperio" que ejerce su poder en todo el mundo. ¿Pero qué hay de los territorios reales -las islas, atolones y archipiélagos- que este país ha gobernado y habitado?

En ‘Cómo ocultar un imperio’, Daniel Immerwahr cuenta la fascinante historia de Estados Unidos fuera de los Estados Unidos. Con una prosa crepitante y rápida, revela episodios olvidados que arrojan una nueva luz sobre la historia estadounidense. Viajamos a las Islas del Guano, donde los buscadores recogieron uno de los productos más valiosos del siglo XIX, y a Filipinas, escenario del acontecimiento más destructivo en suelo estadounidense. En Puerto Rico, Immerwahr muestra cómo los médicos estadounidenses llevaron a cabo espeluznantes experimentos que nunca habrían realizado en el continente y traza el surgimiento de independentistas que dispararían al Congreso de Estados Unidos.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, señala Immerwahr, Estados Unidos se alejó del colonialismo. En su lugar, puso en práctica las innovaciones en electrónica, transporte y cultura, ideando un nuevo tipo de influencia que no requería el control de las

colonias.

Con una gran cantidad de viñetas absorbentes, llenas de sorpresas, e impulsado por una concepción original de lo que significan el imperio y la globalización hoy en día, ‘Cómo ocultar un imperio’ es una obra de historia importante y de lectura compulsiva.

Daniel immerwahr. Historiador estadounidense, profesor y director del departamento de Historia de la Universidad Northwestern. Me licencié en la Universidad de Columbia, donde estudié historia y filosofía. Luego, financiado por una beca Marshall, obtuve una segunda licenciatura, esta vez en el King's College de la Universidad de Cambridge. Me doctoré en historia en la Universidad de California, Berkeley. Mi tesis ganó el Premio Allan Nevins de Historia Económica Americana de la Asociación de Historia Económica, y recibió una mención honorífica para el Premio Betty M. Unterberger de la Sociedad de Historiadores de las Relaciones Exteriores Americanas. En otoño de 2012, me incorporé al departamento de historia de la Universidad Northwestern, donde ahora soy profesor. Mi primer libro, *Thinking Small* (Harvard, 2015), ganó el Premio Merle Curti de Historia Intelectual de la Organización de Historiadores Americanos y fue el co-ganador del Premio Anual de Libros de la Sociedad de Historia Intelectual de Estados Unidos. Además, en 2015 recibí el premio Stuart L. Bernath Lecture Prize de la Society for *Historians of American Foreign Relations*.

Título original: *How to Hide an Empire: A History of the Greater United States* (2020)

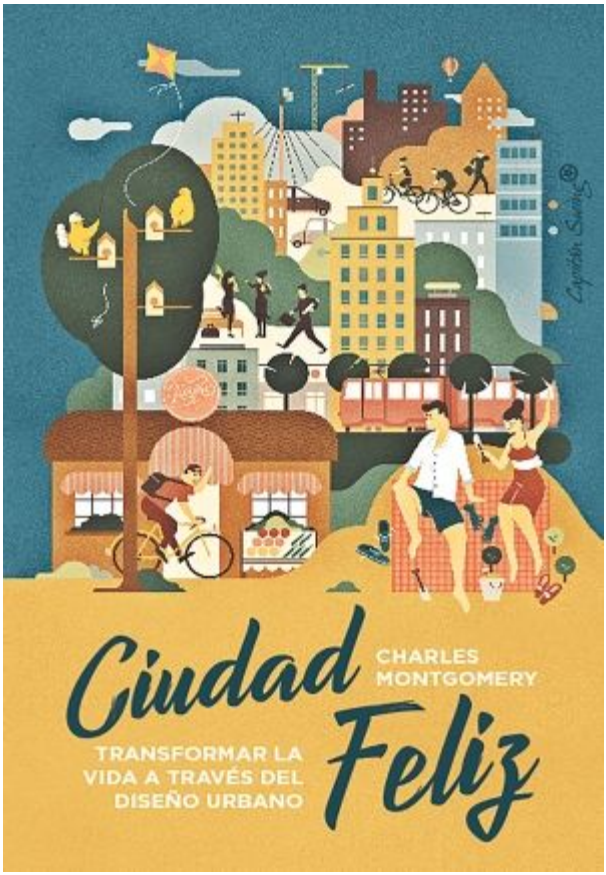
© Del libro: Daniel Immerwahr
© De la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia
Edición en ebook: marzo de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-126200-4-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Rafael Díaz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.


Ciudad Feliz
CHARLES MONTGOMERY
TRANSFORMAR LA VIDA A TRAVÉS DEL DISEÑO URBANO

Ciudad Feliz

Montgomery, Charles
9788412620092
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un viaje por todo el mundo y una exploración reveladora de cómo las ciudades pueden hacer -y hacen- que seamos más felices.
'Ciudad feliz', de Charles Montgomery, está **revolucionando la forma de concebir la vida urbana**.
Tras décadas de expansión descontrolada, más personas que nunca están volviendo a la ciudad. La vida urbana densa se ha prescrito como la panacea para la crisis medioambiental y de recursos de nuestro tiempo. ¿Pero es mejor o peor para nuestra felicidad? ¿Son el metro, las aceras y las torres de apartamentos una mejora respecto a la dependencia del coche en los suburbios?
El galardonado periodista Charles Montgomery encuentra respuestas a estas preguntas en la intersección entre el diseño urbano y la emergente ciencia de la felicidad, durante un estimulante viaje por **algunas de las ciudades más dinámicas del mundo**. Conoce al visionario alcalde que introdujo un autobús "sexy" para aliviar la ansiedad por el estatus en Bogotá; al arquitecto que trasladó las lecciones de las ciudades medievales de la Toscana a la ciudad de Nueva York de hoy en día; al activista que convirtió las autopistas urbanas de París en playas; y a un ejército de suburbanistas estadounidenses que han modificado el diseño de sus propias calles y barrios.
Con nuevos conocimientos de psicología, neurociencia y los propios experimentos urbanos de Montgomery, 'Ciudad feliz' revela cómo las ciudades pueden moldear nuestros pensamientos y nuestro comportamiento. El mensaje es tan sorprendente como esperanzador: **si adaptamos las ciudades y nuestras propias vidas a la felicidad, podemos afrontar los urgentes retos de nuestra época**. La ciudad

feliz puede salvar el mundo y todos podemos ayudar a construirla.

Cómpralo y empieza a leer

CHRISTOPHER LASCH

GANADOR DEL NATIONAL BOOK AWARD • 1980 •

Capitán Swing®

LA CULTURA DEL NARCISISMO

La vida en una era de
expectativas decrecientes

La cultura del narcisismo

Lasch, Christopher
9788412620085
328 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando se publicó por primera vez 'La cultura del narcisismo' en 1979, Christopher Lasch fue aclamado como un "profeta bíblico" (Time). La identificación por parte de Lasch del narcisismo no sólo como una dolencia individual, sino también como una floreciente epidemia social, fue innovadora. Su diagnóstico de la cultura estadounidense es aún más relevante hoy en día, ya que predice la expansión ilimitada del yo narcisista, ansioso y codicioso, en todos los ámbitos de la vida estadounidense.
'La cultura del narcisismo' ofrece un análisis astuto y urgente de lo que necesitamos saber en estos tiempos difíciles.
En esté clásico, Lasch plantea que la evolución social del siglo XX dio lugar a una estructura de personalidad narcisista, en la que el frágil concepto de sí mismo de los individuos había dado lugar, entre otras cosas, a **un miedo al compromiso y a las relaciones duraderas** (incluida la religión), a un temor a envejecer (es decir, la "cultura juvenil" de los años sesenta y setenta) y a una admiración ilimitada por la fama y la celebridad (alimentada inicialmente por la industria cinematográfica y fomentada principalmente por la televisión). Afirmaba, además, que este tipo de personalidad se ajustaba a los cambios estructurales en el mundo del trabajo. Con estos desarrollos, acusó, surgió inevitablemente una cierta sensibilidad terapéutica (y, por tanto, dependencia) que, inadvertidamente o no, socavó las antiguas nociones de autoayuda e iniciativa individual. En la década de 1970, incluso las peticiones de "individualismo" eran gritos desesperados y esencialmente

Cómpralo y empieza a leer

Matthew Walker
BEST SELLER INTERNACIONAL
POR QUÉ DORMIMOS
La nueva ciencia del sueño
Capitán Swing

Por qué dormimos

Walker, Matthew
9788412099362
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

Cómpralo y empieza a leer

AUDRE LORDE

ZAMI

UNA NUEVA FORMA DE ESCRIBIR

MI

NOMBRE

UNA BIOMITOGRAFÍA

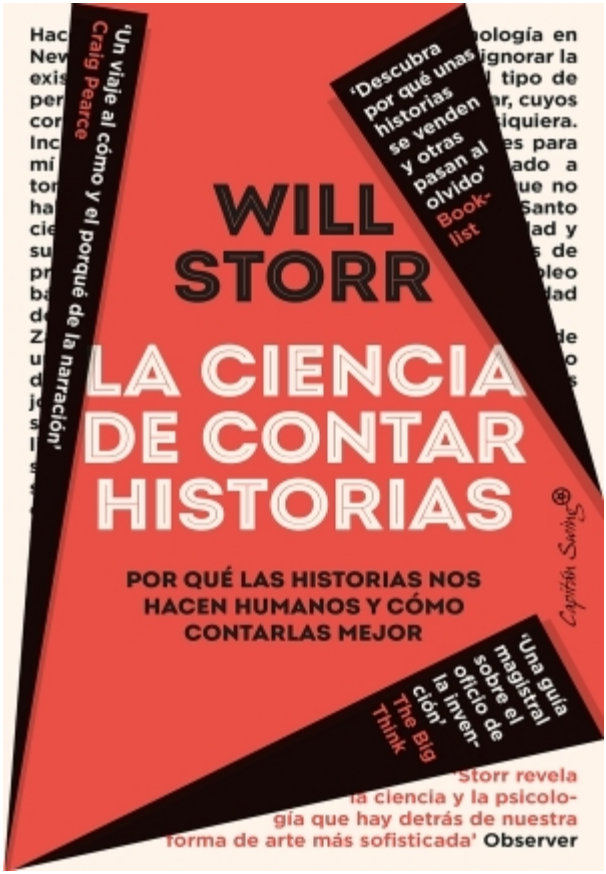
Zami

Lorde, Audre
9788412620078
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

'Si no me definiera a mí misma por mí misma, me meterían en las fantasías de los demás para mí y me comerían viva' Una niña negra abre los ojos en el Harlem de los años treinta. A su alrededor, un embriagador remolino de transeúntes, bocinas de coches, lámparas de queroseno, la caída de la bolsa, plátanos fritos, historias de la Granada natal de sus padres. Caminando a la escuela pública por las aceras nevadas, se da cuenta de que tiene la lengua trabada, que es legalmente ciega y que sus hermanas mayores la han dejado atrás. Sigue dando tumbos a través del dolor y la soledad de la adolescencia, pero luego hacia la felicidad en la amistad, el trabajo y el sexo, desde Washington Heights hasta México, siempre cambiando, siempre fuerte.
Esta es la historia de Audre Lorde. Un relato arrebatador que alienta la vida, sobre la independencia, el amor, el trabajo, la fuerza, la sexualidad y el cambio.
Su primera y única novela, clasificada como una «biomitografía», pues combina el mito, la historia y la biografía para detallar sus experiencias navegando por la vida como lesbiana negra en el Estados Unidos de los años cincuenta.

Cómpralo y empieza a leer


'Un viaje al cómo y el porqué de la narración'
Craig Pearce
'Descubra por qué unas historias se venden y otras pasan al olvido'
Book-list
WILL STORR
LA CIENCIA DE CONTAR HISTORIAS
POR QUÉ LAS HISTORIAS NOS HACEN HUMANOS Y CÓMO CONTARLAS MEJOR
'Una guía magistral sobre el oficio de la invención'
The Big Think
Storr revela la ciencia y la psicología que hay detrás de nuestra forma de arte más sofisticada' Observer

La ciencia de contar historias

Storr, Will
9788412528534
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las historias moldean lo que somos, desde nuestro carácter hasta nuestra identidad cultural, nos impulsan a realizar nuestros sueños y ambiciones y dan forma a nuestra política y nuestras creencias. Las utilizamos para construir nuestras relaciones, para mantener el orden en nuestros tribunales, para interpretar los acontecimientos en nuestros periódicos y medios de comunicación social.

Contar historias es una parte esencial de lo que nos hace humanos. Ha habido muchos intentos de descifrar lo que constituye una buena historia, desde las teorías de Joseph Campbell hasta los recientes intentos de descifrar el «código del best seller». Pero pocos han utilizado un enfoque científico.

Para entender la narración de historias en su sentido más amplio, primero debemos comprender al narrador por excelencia: el cerebro humano.

Aplicando una deslumbrante investigación psicológica y la neurociencia más vanguardista, Will Storr demuestra cómo nos manipulan los maestros de la narración, en un viaje que va desde las escrituras hebreas hasta Mr. Men, desde la literatura ganadora del Premio Booker hasta la televisión de pago, desde el drama griego hasta las novelas rusas y los cuentos populares de los nativos americanos.

Cómpralo y empieza a leer